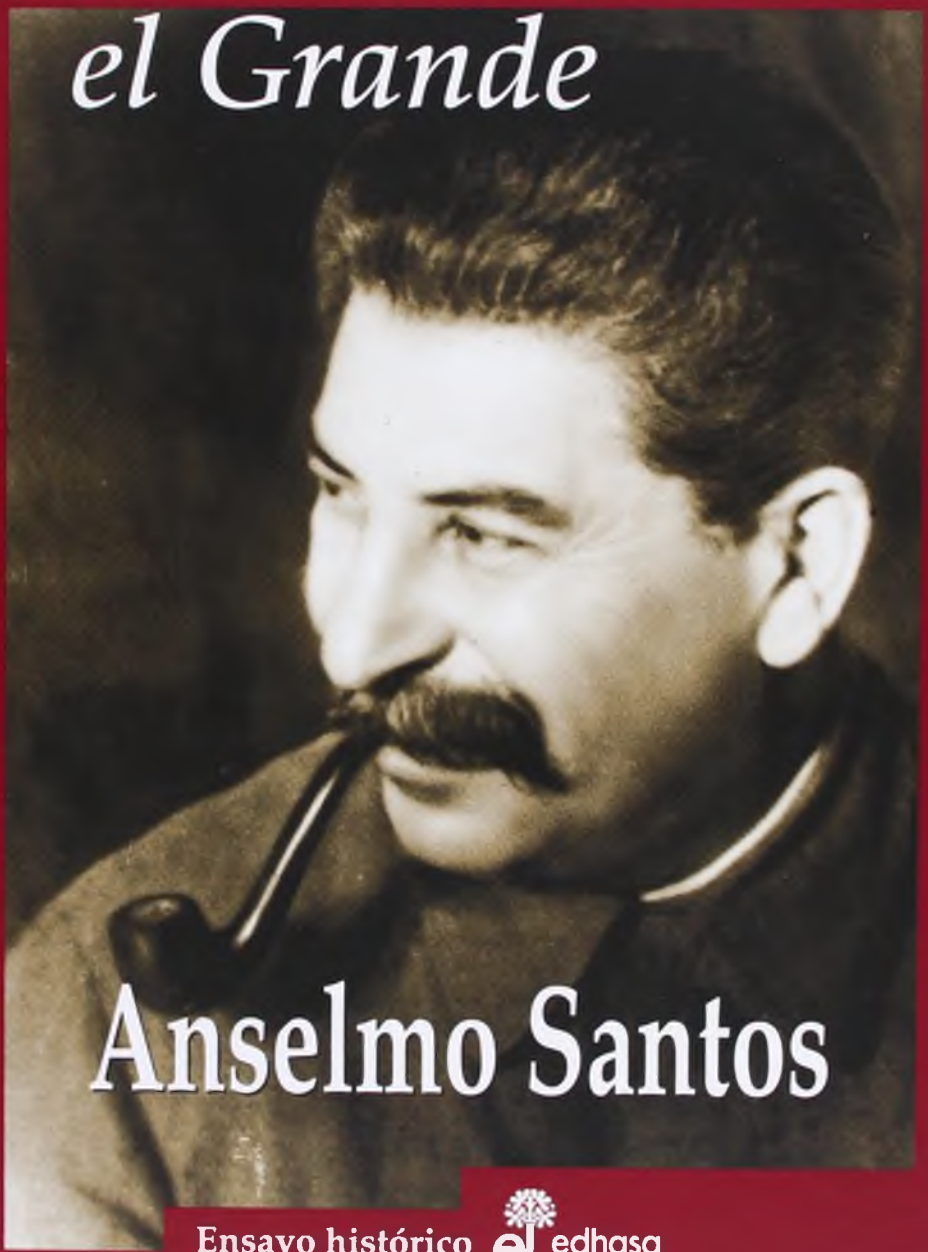
Stalin

el Grande



Anselmo Santos

Ensayo histórico

edhasa

Igual que el franquismo no fue el período monocromo que algunos historiadores han pintado, tampoco el estalinismo fue una etapa negra por completo ni Stalin simplemente un criminal.

Días después del fallecimiento del *Zar Rojo,* Anselmo Santos descubrió, por puro azar, el extenso artículo de Isaiah Berlin, «Generalissimo Stalin and the art of government». El estupor que le produjo ese hallazgo despertó su interés –un *hobby* apasionante– por el dictador bolchevique. Ahora, tras décadas de investigación, publica en este libro una parte sustancial de la ingente documentación acumulada, in memóriam de Stalin en el sexagésimo aniversario de su muerte (5 de marzo de 1953). Aborda la figura del personaje con una mirada limpia y nueva, esforzándose por conocer y entender a Stalin. No niega que fue uno de los grandes asesinos de la historia, pero reconoce sus extraordinarias virtudes como gobernante.Y le califica de «rey filósofo, de déspota ilustrado y creador».

Si sorprendente es descubrir hoy aspectos novedosos del líder soviético, quizá sea el talento que pone de manifiesto el autor para sacar el máximo partido a diversos registros (las memorias, las citas, la dramatización, los diálogos, incluso las anécdotas) lo que convierte esta obra sobre Stalin en una lectura apasionante.

Anselmo Santos (Salamanca, 1930), oficial de Artillería, dejó el Ejército por el mundo civil y se licenció en Ciencias Políticas con una tesis sobre la revolución portuguesa de 1974. Además de publicar artículos diversos en *El País,* ha participado como ponente en varios foros sobre la transición rusa celebrados en Moscú, Madrid y otras ciudades. Sobre el mismo tema, ha publicado una larga serie de artículos en *Cinco Días*. Buen conocedor de Rusia y su cultura, resumió su visión del alma rusa en el libro *En Rusia todo es posible* (2003).

Ensayo histórico

ACCESO ABIERTO

edhasa

ANSELMO SANTOS

STALIN EL GRANDE

edhasa

Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

Primera edición: diciembre de 20 12

© Anselmo Santos, 2012
© de la presente edición: Edhasa, 2012

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Av. Córdoba, 744, 2° piso, unidad C
C1054A ATT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-84-350-2578-2

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B-30.433-2012

Impreso en España

La cultura estaliniana pone de manifiesto el mito del demiurgo, del transformador de los mundos social y cósmico, [...] es una visualización del sueño colectivo de un mundo y un hombre nuevos, [...] de que la Historia Sagrada está ocurriendo aquí, entre nosotros, de que los dioses y demiurgos —Stalin y su «guardia estalinista de hierro»—están haciendo incesantemente, en el presente y lo cotidiano, sus milagros que transforman el mundo.

Borís Groys, *Obra de arte total Stalin*

A cuantos sienten fascinación por el poder

Índice

El azar y la empatía en la gestación de este libro 15
Glosario 25

INTRODUCCIÓN

1. Stalin y su obra 35
2. El mago del poder 61

PRIMERA PARTE
STALIN Y LOS LITERATOS

3. El amor a los libros 91
4. Los escritores leales 101
5. Los desencantados nocivos 133
6. Los genios consentidos 143
7. Los herejes inmolados 179

SEGUNDA PARTE
STALIN Y LAS ARTES

8. La arquitectura estalinista 189
9. El melómano 213
10. La pintura 249
11. El cine 259
12. El teatro y el *ballet* 279

TERCERA PARTE
LA PASIÓN POR LA GUERRA

13. Las lecturas históricas de Stalin 297
14. La defensa de la Revolución y de la patria. 311
15. La fabulosa Osoaviajim 321
16. Los vengadores del pueblo 327
17. La creación del gran arsenal 339
18. Las órdenes del día de Stalin. 361
19. La conducción de la guerra 377

CUARTA PARTE
EL TRATO CON LOS GENERALES

20. Los *centuriones* de Stalin 389
21. Los marinos 461
22. Los generales del aire 475

QUINTA PARTE
EL ARTE DEL ESPIONAJE

23. Stalin como sabueso 501
24. El Smersh. La excelencia en el contraespionaje 509
25. Harold Philby 531
26. Pável Sudoplátov 541
27. Leopold Trepper 551
28. El robo de la bomba a los americanos 581
29. Espionaje y propaganda. El hechizo de los ilustrados . . . 601

SEXTA PARTE
OTRAS LUCES Y SOMBRAS DEL *REINADO*

30. La educación del pueblo 613
31. La alianza con la Iglesia 621
32. Las jugadas en política exterior 629
33. El declive de Stalin. Sus errores en la posguerra 641
34. Fábulas sobre Stalin 655
35. Stalin visto por propios y extraños 675

EPÍLOGO

36. Diálogo sobre el poder entre Stalin y Gorbachov 689

El azar y la empatía en la gestación de este libro

Esta obra es fruto del estupor, la pasión por el personaje, el apoyo de muchos y la buena fortuna. En enero de 1953, tras recibir el despacho de teniente, me incorporé a mi primer destino, un regimiento en las afueras de Madrid. Dos meses más tarde, el 6 de marzo, la radio anunciaba de súbito la muerte de Stalin, sensacional noticia que fue objeto, durante semanas, de entrevistas, crónicas, comentarios, en los que abundaban los epítetos usuales al déspota desaparecido: patán, sádico, demente, salvaje, sanguinario. Días después, el coronel –un jefe admirable, culto, abierto, dialogante–* me llamó a su despacho, y me dio la dirección de una oficina para que recogiera un sobre con «documentos importantes» (por estar al cargo del material de transporte, yo disponía de una moto con sidecar y hacía de mensajero en ocasiones).

* El coronel Ignacio Moyano, marqués de Inicio, fue un personaje fuera de serie y un jefe inigualable. En 1925, poco después de recibir el despacho de teniente, participó en el desembarco de Alhucemas. Sus artilleros fueron cayendo, y él y su capitán, Joaquin Planell (ministro de Industria entre 1951 y 1962) siguieron disparando. Planell fue herido en la cabeza y Moyano salió indemne. Ambos recibieron la Laureada de San Fernando, máxima condecoración militar española, concedida las más de las veces a título póstumo; y Moyano ascendió a capitán por méritos de guerra (se *saltó* seis promociones). Lector voraz, amante del arte, políglota, diplomado de Estado Mayor, fue agregado militar en París y Berlín durante la Segunda Guerra Mundial y siguió perteneciendo a los servicios de inteligencia del Ejército. Ascendió a coronel con apenas cincuenta años, y Franco le preguntó en cierta ocasión si era consciente de que sería general en activo durante más de diez años. Un tumor cerebral acabó con él antes de llegar a serlo.

La oficina se hallaba en la calle de Alcalá, frente al Retiro. Esperé varios minutos en una sala de reuniones con vitrinas llenas de libros adosadas a las paredes. En una de ellas se encontraban decenas de números de la revista *Foreign Affairs*. Abrí la vitrina y cogí el último con intención de mirar el índice. Quedé boquiabierto. En la portada aparecía un título asombroso: *Generalissimo Stalin and the art of government, by O. Utis.** Tomé nota a toda prisa, recibí los documentos y, sin poder ocultar mi estupor, conté al coronel lo sucedido. Me contestó mirándome fijamente a los ojos, pensativo: «No diga una palabra. Fue un hijo de perra, pero era un genio». Así nació mi interés por Stalin, un *hobby* apasionante que no decae pese al largo tiempo transcurrido.

La primera pieza de mi colección fue la voluminosa *Historia de la Rusia Soviética*, del argentino Alberto Falcionelli, un trabajo de investigación extraordinario en el que se analiza ampliamente la figura de Stalin. La siguieron *Tres que hicieron una revolución*, de Bertram Wolfe, otra obra excelente, y varias biografías menores. A partir de los años sesenta, ya en la vida civil, viajaba con frecuencia al extranjero, y en las librerías de viejo encontraba revistas y libros desconocidos en España. A duras penas conseguía leer todo lo que compraba, y tomaba cientos de notas sin objeto definido. ¿Una tesis? Además de no tener tiempo, las fuentes disponibles eran muy pobres.

* * *

Todo cambió a finales de 1989. Asistí a un seminario de sociología en Moscú, que se inauguró tres días después de la caída del muro de

* Muchos años después, me enteré de que bajo el seudónimo O.Utis se ocultaba Isaiah Berlin. Destinado tras la guerra en la embajada británica en Moscú, quiso evitar problemas a sus amigos soviéticos. El artículo «Generalissimo Stalin and the art of government» se encuentra en su libro *The soviet mind* (hay traducción española: *La mentalidad soviética*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2009).

Berlín, y allí conocí a Iván Kadulin, un muchacho que acababa de empezar la carrera de Periodismo (asistía al seminario como reportero en prácticas: tenía que hacer una crónica del evento). Nos hicimos amigos, y me invitó a su casa. Su padre, Vladímir, antiguo corresponsal de *Pravda* en el extranjero, funcionario del Comité Central, se entusiasmó tanto al conocer mi afición a Stalin que me hizo un fantástico regalo. Con ayuda de su hijo, separó un pesado aparador de la pared y sacó una acuarela allí escondida, envuelta en papeles llenos de polvo: Stalin, de perfil, con uniforme de mariscal y la pipa en la mano, enmarcado en ramas de laurel. Vladímir la había recibido en la escuela, como premio por un poema laudatorio, el día en que el líder cumplió setenta años: 21.XII.1949 (así figura en el cuadro). Volví a Moscú en mayo, invitado por los Kadulin –mis primeros *ángeles custodios*–, y Vladímir me introdujo en su mundo, donde aún quedaban viejos estalinistas que me regalaban de todo: fotografías, cuadros, bustos de su ídolo, vinilos con sus discursos.

* * *

Llegué a Georgia, la patria de Stalin, por otro golpe de suerte. Entre las personas que me presentó Kadulin estaba Gevork Egiazarián, catedrático de Economía de la Lomonósov, la Universidad estatal de Moscú, que acababa de fundar el Instituto para el Desarrollo de las Pequeñas y Medianas Empresas. Me pidió que lo ayudase a organizar seminarios para directivos rusos en Madrid, Barcelona o Lisboa, y acepté encantado.

En uno de los seminarios, patrocinado por Banesto y destinado a banqueros y hombres de negocios, participó un gigante siberiano, Víktor Bósert, de ascendencia alemana.* Víktor vivía en Moscú, pero

* Al iniciarse la guerra, Stalin había enviado a Siberia a los llamados «alemanes del Volga», millares de personas cuyos antepasados habían llegado a Rusia dos siglos antes, en tiempos de Ca-

nació en Omsk, a medio camino entre Moscú e Irkutsk (en la ruta de *Miguel Strogoff*, el correo del zar), donde ha pasado la mayor parte de su vida; y es un enamorado de su tierra. Tiene un carácter dominante –se ve a la legua que está acostumbrado a mandar–,* pero es un tipo estupendo. Hicimos buenas migas, y un buen día me sorprendió con una *orden* que no admitía discusión: su madre cumpliría setenta años poco después, y él, su mujer y yo iríamos a Omsk a celebrarlo.

Víktor me presentó a sus amigos. Uno de ellos resultó ser un georgiano, Levan Turmanidze, director de Intourist, quien, cómo no –mi interés por Stalin fue siempre un señuelo irresistible–, me invitó a ir en agosto a Batumi, el gran puerto del mar Negro, su ciudad natal, donde él y su familia suelen pasar las vacaciones; acepté sin dudarlo, naturalmente. El clan de los Turmanidze, el más poderoso de la República Autónoma de Adjaria, está encabezado por Murad, hermano mayor de Levan y prefecto de la región en la época soviética. Los Turmanidze me abrieron todas las puertas: por poner un solo ejemplo, me presentaron a Guram Kojidze, un capataz del puerto con cierto parecido a Stalin, que tenía en su casa, por increíble que parezca, la mayor colección privada del mundo de recuerdos del *vozhd*. En sucesivos viajes a

---

talina la Grande. No eran represaliados ni fueron trasladados en vagones de ganado como los condenados al gulag: se trataba de una medida de prevención ante la posible llegada de las tropas nazis; y en Siberia, en las fábricas de material de guerra, había trabajo de sobra para todos.

* Egiazarián me contó que Víktor era un líder nato conocido en todo el país. Uno de los experimentos demenciales de Gorbachov –rápidamente abandonado– fue el modo de designación de los altos directivos. Quienes aspiraban a dirigir una empresa debían enviar su currículo al departamento de personal de la misma, que entregaba copia a todos los trabajadores (aunque fueran miles); y éstos elegían democráticamente a su *patrón*... por lo que leían. Bósert llevaba varios años al frente de una gigantesca fábrica de armamento de Omsk (10 000 obreros) y en 1987 decidió cambiar de aires. Presentó su candidatura a director general de la fábrica de minibuses de Letonia (RAF) y fue el primero en ser elegido por tan singular procedimiento. La noticia, naturalmente, tuvo gran difusión en el país. Incluso fue recogida, años más tarde, en el libro-reportaje *URSS. Crónica de un decenio* (Moscú, 1991).

Georgia, ¡he conocido a tanta gente! Entre otros miembros de la *intelligentsia*, al profesor Grisha Oniani, presidente de la Asociación Stalin, cuya ayuda no tiene precio. Me queda un resquemor: quise conocer a Galia, la nieta de Stalin, que vive en Tiflis, y mi acompañante –no Oniani, por supuesto–, con el hiriente menosprecio de los nuevos potentados a los perdedores, me contestó: «No es nadie». La respuesta, al menos, me confirmó que el déspota no hizo fortuna.

* * *

A mediados de 1993, Yuri Petrov, sucesor de Yeltsin como secretario del Partido en Ekaterinburgo, exembajador en Cuba y a la sazón presidente del Comité del Estado para las Inversiones, invitó a cenar a varios amigos. Me tocó al lado un cincuentón con buena facha, llano y cordial, que me dio su tarjeta: Víktor G. Kompléktov, *ambassador at large* (enviado extraordinario), pero me dijo que estaba en espera de destino. Meses después, la prensa anunciaba su nombramiento como embajador en España. Le escribí recordándole nuestro encuentro y me llamó enseguida; sigue siendo un gran amigo.

Años más tarde, me presentó en FITUR a un compañero de carrera, Evgeni Lukiánchikov, que había dejado la diplomacia por el turismo: es presidente fundador de Irkust-Baikal Travel, compañía heredera, gracias a la privatización, de muchas de las propiedades de Intourist en la región, entre ellas un hotel a orillas del Angará. Cenamos juntos un par de veces, y Evgeni me contó que estaba organizando un viaje promocional a Mongolia para aquel verano (había sido cónsul en Ulán Bator); y me invitó a unirme al grupo: una docena de antiguos cosmonautas, varios periodistas y algunos amigos. En Moscú, lugar de concentración, conocí a Alfonso Garreta, un aragonés trotamundos que se había enterado casualmente del

viaje y había logrado que le inscribieran. Llegamos a Mongolia y pasamos dos días en un precioso camping de *yurtas.**

Cuando Alfonso y yo entramos en la tienda que nos había sido asignada, encontramos en ella, colocando sus cosas, a otro miembro de la expedición de quien solo sabíamos que hablaba francés e inglés (por eso Lukiánchikov le había puesto con nosotros). «Féliks Chuev», dijo al darnos la mano. ¿Féliks Chuev? No podía creerlo. ¿El poeta estalinista a quien Mólotov quería como a un hijo? ¿El autor de *Conversaciones con Mólotov* y de *Tak govoril Kaganovich* (no traducida), en el que recoge sus charlas con otro de los fieles de Stalin? Ya no se trataba de suerte, sino de un verdadero milagro. Chuev, máximo dirigente de la Asociación Stalin de Rusia, me dedicó allí mismo uno de sus libros de poemas y se convirtió en mi padrino. ¿Cuánta gente me presentó en Moscú? ¿Cuánto tiempo perdió por ayudarme? Mi deuda con él es impagable.

* * *

El relato de mi primer hallazgo y de algunos encuentros providenciales prueba cuánto debe este libro al azar y a la buena fortuna. Y, a la vez, sirve de homenaje a quienes espontáneamente, nada más conocerme, me brindaron su ayuda; ellos y sus amistades iniciaron en los años noventa la larga serie de mis relaciones en la antigua Unión Soviética, debidas sobre todo al habitual efecto en cadena –el efecto dominó– de los contactos personales. Es tanta la documentación acumulada gracias a todos ellos, que me he visto obligado a seleccionar y recortar para no caer en el exceso. He suprimido,

* En la más imponente, reproducción de la de Gengis Kan, se alojaba el mismísimo Pierre Cardin, invitado por el presidente de la República; sus prendas de cachemir se fabrican en Mongolia. En cualquier caso, las *yurtas* eran enormes y confortables: tenían tres camas de gran tamaño, armarios para la ropa, alfombras, samovar, palanganas, servicio de mesa.

por ejemplo, el habitual apéndice bibliográfico, una veintena de páginas superfluas, puesto que no afectan al contenido del texto y pueden bajarse de Internet. Emprendí esa dolorosa criba con clara conciencia de lo que *no quería* en modo alguno: ver de enmendar las biografías existentes que contienen errores de bulto. Decidí centrarme en la fascinante personalidad del implacable *zar rojo*; y especialmente, en tres de sus rasgos distintivos: la naturaleza polivalente y transformista, el ansia de conocimientos y el genio político. La primera se revela en sus innatas dotes de actor: la calculada modestia para adormecer a sus rivales; la astucia para utilizar en provecho propio las querellas entre ellos; la imagen plácida y paternal, de guardián sereno y justiciero, durante el Gran Terror; el trato franco, sin artificios, no exento de humor –a veces siniestro– con sus colaboradores; el encanto desplegado en los encuentros con extranjeros. La curiosidad intelectual, el afán por aprender, la pasión por los libros, el vivo interés por las artes y la ciencia le acompañaron hasta el final de sus días. En cuanto a su talento político, queda patente en los impresionantes logros de Stalin como estadista, materia más que suficiente para acreditar su grandeza. ¿Prevalece ésta sobre su crueldad? El lector juzgará; y puede que haga suya la expresiva sentencia de mi coronel: «Fue un hijo de perra, pero era un genio».

* * *

Además de Vladímir e Iván Kadulin, Víktor Bósert, los Turmanidze, Grisha Oniani, Víktor Kompléktov, Féliks Chuev, otras personas merecen mi reconocimiento. En primer lugar, Antonio María Ávila, crítico erudito y documentado, quien, además de aportar ideas excelentes, se desvive por los amigos y ha resultado ser mi más eficaz agente literario. Gracias a su infinito tesón, tengo el privilegio de aparecer en un catálogo de tanto prestigio. Y, cómo no, estoy obligado a Daniel Fernández, presidente de Edhasa, por la determina-

ción con que asumió el compromiso de publicar esta obra pese a su título *a contracorriente*. En cuanto a sus colaboradores, quiero agradecer a Jean-Matthieu Gosselin su visto bueno al manuscrito sin hacer reparo alguno; a Esther López y Josep Mengual su paciencia y simpatía; a éste y Anna Portabella, la creación del libro.

Anna Riazántseva, Elena García, Antonio Herranz (ruso-españoles por su parentesco con *niños de la guerra*) y el gran hispanófilo Alexandr Kazachkov me han apoyado largamente contrastando datos y rebuscando en los archivos, en las librerías de viejo, en las casas de sus mayores. El coronel Evgeni Trishin me proporcionó valiosos documentos, entre ellos las memorias apenas conocidas de algunos personajes. Ígor Odintsov se valió de sus contactos para conseguir varias fotografías excelentes. Bárbara Gimelli y Tinatín Seturidze me presentaron al profesor Oniani, líder cultural de los estalinistas georgianos.

Víktor Makashov, desde Moscú, y Víktor Voloshin, en Yakutia, prepararon el programa de mi primer viaje a esa república; gracias a ellos conocí el espectacular desarrollo, iniciado por Stalin en toda Siberia, de un territorio infinito, tribal hasta los años veinte, que hoy cuenta, entre otras instalaciones científicas, con uno de los centros de investigación del permafrost (congelación perpetua) más avanzados del mundo. Alexandr Mejeda, antiguo piloto militar, y su mujer Liudmila, residentes en Zirianka, junto al círculo polar, utilizaron su helicóptero para enseñarme el tétrico gulag, desmantelado hace unos años. (Me dejó una huella imborrable la visión de los campos en ruina a lo largo del río Kolimá: si el Gulag acongoja cuando viene a la memoria, es desolador visto de cerca). Manuel Pérez Reigadas, que ha trabajado treinta y dos años (!) en Yakutia como minero y leñador, es una fuente inagotable de noticias sobre la educación, la sanidad, las condiciones de vida, en el extremo norte siberiano.

Ascensión Elvira localizó el artículo de *Foreing Affairs*, origen de mi interés por Stalin, y Elena García –ajena a la rusa del mismo

nombre– me desveló quién fue su autor (¡qué no sabrá de Isaiah Berlin si en su tesis doctoral *lo desmenuza*!). El profesor mexicano José Luís González, a quien conocí casualmente en Moscú, se brindó a ayudarme y me condujo, en la antigua Biblioteca Lenin (la *Leniska*, hoy Biblioteca Estatal de Rusia), hasta el torreón Stalin –así lo llama– una auténtica mina en lo más alto del enorme edificio.

Los viejos estalinistas encontrados en mi largo peregrinaje por Rusia me regalaron numerosos recortes de lo publicado en la prensa sobre Stalin desde la perestroika, y mi nuera, Anastasiya Kolosova, los ha expurgado y ha traducido el resto. Dolores Tomás, coleccionista apasionada de arte soviético, ha revisado el texto dedicado a la pintura; y lo mismo ha hecho, con el capítulo «El Melómano», Luis Suñén, uno de nuestros grandes musicólogos.

Daría Bobkova, Elena Guitián, Alberto Piris y Mauricio Santos han leído los borradores del libro y han sugerido cambios incluso en el enfoque de algunos temas. Daria –paciente e inigualable consejera– ha contrastado, además, las fechas, los nombres y otros datos del texto; y la transcripción al español de los términos rusos. Alberto, revisor concienzudo por su doble condición de escritor y militar, ha descubierto nuevas fuentes y se ha molestado en identificar a los personajes históricos calificados de grandes. Elena me ha sorprendido por sus conocimientos lingüísticos y su afán de perfección. Mauricio, creador de tantos libros, ha dedicado mucho tiempo a *barajar* los diversos capítulos hasta ordenarlos tal y como figuran en el índice. También estoy en deuda con Manuel Rodríguez Rivero, lector infatigable por devoción y obligación, que vive prácticamente en su sillón de orejas cercado por pilas de libros y ha encontrado hueco para leer, y releer, retazo a retazo, el original completo.

Manuel Blanco Chivite, editor de las *Obras Escogidas* de Stalin, me facilitó todas las entrevistas del dictador con periodistas y escritores extranjeros. José Medina y mi hijo Pablo han pasado muchas horas explorando en Internet y han encontrado *links* inesperados

de sumo interés. Mi hijo Jorge y su mujer, Maite de Pablos, han pasado a su PC los originales y han mostrado, lo mismo que Mercedes Collada y Raquel Cañadas, una paciencia infinita al corregir y recomponer los textos hasta llegar a la versión definitiva.

¿Qué puedo decir de Pilar Bonet? Es una periodista ejemplar por su inquietud, su trabajo sin tregua, su coraje personal en tantas ocasiones. Tras más de veinte años como corresponsal de *El País*, conoce como nadie la extinta Unión Soviética y tiene en ella excelentes relaciones que ha compartido conmigo cuando lo he necesitado. Me ha presentado empresarios, políticos, periodistas; me ha sugerido viajes; me ha recomendado nuevos libros.

Por último, rindo homenaje a mi compañero desde los tiempos de cadete, el general José Luis Tamayo, hombre de amplia cultura, historiador, traductor, publicista, que revisó los capítulos dedicados al espionaje y a la pasión de Stalin por la guerra; y me envió infinidad de notas, correcciones y sugerencias días antes de morir inesperadamente a causa de una rara dolencia incurable.

Glosario*

Agitprop. Departamento de Agitación y Propaganda del Comité Central. Por su maestría en esa actividad, Stalin fue elegido por Lenin para dirigirla en el interior de Rusia, en la clandestinidad, años antes de la Revolución.

Bespartini. Sin partido. No eran miembros del Partido ni compartían todos sus credos, pero participaban con entusiasmo en las tareas colectivas. Stalin reconoció siempre su contribución al rápido desarrollo del país.

Blancos. Fuerzas zaristas que, apoyadas por tropas de catorce países, lucharon contra los bolcheviques en la guerra civil (1918-1921).

Bogatir. Héroe legendario de la historia rusa.

Chaika. Gaviota. Automóvil soviético, del que existían dos modelos: uno, de gran tamaño, para uso exclusivo de los miembros del Politburó; otro, más pequeño, que utilizaban los comisarios del Pueblo (ministros) y otros altos jerarcas del Estado. Eran siempre negros, color exclusivo del poder.

* Las palabras escritas en negrita están castellanizadas, se encuentran en el *Diccionario de la RAE*. Para la transcripción de los términos en cirílico se han seguido, en la medida de lo posible, las reglas establecidas en la última *Ortografía de la lengua española* (2010).

Checa. Versión castellana de *Cheká,* Comisión Extraordinaria Panrusa para la Lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje (1917-1922), a la que siguieron otros organismos con similares competencias, entre ellos la GPU (1922-1924), la OGPU (1924-1934), el NKVD (1934-1941) y la KGB tras la muerte de Stalin.

Chequista. Término que se sigue usando para designar a los miembros de los organismos de seguridad del Estado.

Comintern. Tercera Internacional Comunista, creada por Lenin en 1919, a la que pertenecían los partidos comunistas de varios países. Fue disuelta por Stalin en 1943 como gesto destinado a Occidente: la URSS ya no pretendía extender la Revolución al resto del mundo.

Comité Central. Formalmente, responsable de definir la política del Partido entre congresos. Sus miembros eran elegidos en la sesión de clausura de cada uno de ellos. En tiempos de Stalin, su papel fue irrelevante.

Dacha. Casa de campo, generalmente segunda residencia de los habitantes de la ciudad.

Duma. Parlamento ruso.

Glásnost. Política de transparencia informativa promovida por Gorbachov.

Glavlit. Dirección Principal de Asuntos Literarios y Edición, responsable de la censura.

Gosplan. Comité Estatal de Planificación.

GRU. Servicios de Información del Ejército. Con objeto de confirmar que toda información procedente del exterior era correcta, Stalin la recibía a través de dos canales diferentes: el GRU y el NKVD.

Gulag. Acrónimo de la Administración Principal de los Campos de Trabajo Correctivo, que formaba parte del organismo responsable de la seguridad del Estado (GPU, NKVD, KGB, etc.).

Intelligentsia. Clase culta. En la época zarista se llamaba así a la minoría instruida. Durante el régimen soviético, creció enormemente debido a la amplia extensión de la cultura y al alto porcentaje de población con educación superior.

Isbá. Casa rural, situada generalmente en una aldea. A diferencia de la dacha, que no siempre se utiliza en invierno, la isbá es vivienda permanente.

Izvestia. Periódico soviético, segundo por su tirada después de *Pravda.*

Joziain. Amo, patrón.

Koljós. Cooperativa campesina. Explotación agropecuaria colectiva que agrupaba a campesinos de varias aldeas y vendía su producción al Estado. Sus miembros, formalmente propietarios del koljós, disponían también de pequeñas parcelas privadas.

Komsomol. Liga de la Juventud, a la que pertenecían los jóvenes –no obligatoriamente– entre los catorce y los veintiocho años de edad. Desde los diez a los catorce eran *pioneros.*

Krásnaia. Roja y bella (en ruso antiguo). La Plaza Roja era, por tanto, la Plaza Bella. También se llamaba así, en el siglo XIX, al billete de diez rublos.

Kulak. Campesino acomodado. El término era utilizado por los aldeanos para designar a usureros, comerciantes, rentistas, que les explotaban. Se opusieron frontalmente a la colectivización, y Stalin fijó el objetivo: «la destrucción de los *kulaks* como clase». Terminaron ejecutados, deportados o en el gulag.

Narkom. Comisariado del Pueblo (ministerio).

NKVD. Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores, del que dependían los servicios secretos (fue uno de los organismos sucesores de la Checa).

Nomenklatura. Élite política. Colectivo de miembros destacados del Partido. Todos los altos dirigentes de la Unión Soviética pertenecían al restringido círculo de la *nomenklatura* y gozaban de grandes privilegios.

Ojranka. Policía secreta del régimen zarista.

Oprichnina. Ejército regular y policía secreta en tiempos de Iván el Terrible.

Osoaviajim. Sociedad de cooperación con la defensa y las industrias aérea y química. Tenía por objeto preparar al pueblo para repeler cualquier agresión del exterior.

Órganos. Denominación popular de los servicios de seguridad desde tiempos de la Checa hasta el presente.

Perestroika. Apertura política emprendida en el régimen soviético por Gorbachov en los años ochenta del pasado siglo.

Politburó. Buró político del Comité Central, centro real del poder en la URSS. Constaba de miembros y candidatos. Estos asistían a las reuniones, pero no tenían derecho a voto. De 1952 a 1966 se llamó Presidium.

Pravda (La Verdad). Primer periódico de la Unión Soviética, órgano del Partido.

Rabfak. Facultad obrera, en la que los trabajadores se preparaban para acceder a la enseñanza superior.

Rabkori. Corresponsales obreros. Ante la falta de periodistas adictos tras la toma del poder, los bolcheviques recibían las noticias de todo tipo a través de los trabajadores. En el mundo rural, la red estaba compuesta principalmente por ferroviarios.

Raspútitsa. Época del año, en primavera y otoño, en la que el fango hace intransitables los caminos e inmoviliza los vehículos. Ese *aliado* natural ha sido decisivo en la resistencia a los invasores de Rusia.

Rezident. Máximo responsable del espionaje en un lugar. Podía ser legal o ilegal. Un *rezident* legal era un agente en el extranjero con cobertura oficial, generalmente con pasaporte diplomático, camuflado en una embajada. Un *rezident* ilegal operaba sin protección alguna, casi siempre bajo nombre supuesto, dedicado en apariencia a una actividad normal.

Samovar. Recipiente metálico con grifo para calentar el agua del té.

Sharashki. Nombre popular de los confortables establecimientos penitenciarios dedicados en especial a los sabios. Stalin encarceló en ellos a inventores y científicos para que se dedicaran exclusivamente a su trabajo.

Sniper. Francotirador.

Soviet. Consejo. Corporación equiparable al ayuntamiento en los municipios, desde la aldea a la ciudad, y órgano máximo de poder en provincias y regiones.

Sovjós. Explotación agraria del Estado, cuyos obreros recibían un salario y tenían los mismos derechos que los demás trabajadores del país.

Sovnarkom. Consejo de Comisarios del Pueblo (Gobierno). A partir de 1946, los comisarios pasaron a denominarse ministros, y, por tanto, se convirtió en Consejo de Ministros.

Stavka. Cuartel General del Mando Supremo presidido por Stalin, responsable de la dirección de la guerra.

Taigá. Bosque siberiano. Ocupa casi la mitad de Siberia, más de seis millones de kilómetros cuadrados. Se distingue de los bosques de la Rusia europea por ser más impenetrable y, sobre todo, por su bello y diverso colorido, debido a la variedad del arbolado.

Troika. Varias acepciones: carruaje tirado por tres caballos; triunvirato político; tribunal extrajudicial en tiempos de Stalin.

Válenki. Botas de invierno hechas de lana prensada. La nieve no las traspasa, y los soldados alemanes se las quitaban a los muertos soviéticos para sustituir sus botas de cuero, inútiles en el invierno ruso.

En 2002 se inauguró en Moscú una escultura dedicada a este singular invento ruso.

Verstá. Medida de longitud equivalente a 1067 metros.

Volga. Automóvil más pequeño que el *Chaika* utilizado por los dirigentes menores como «coche de servicio». También se vendía a los particulares, en ese caso, nunca de color negro.

Vozhd. Jefe, líder, equivalente a *führer,* caudillo.

Yuródivie. Locos de Dios, tontos por el bien de Cristo. Se les tenía por adivinos y eran muy venerados incluso por los zares. Solían vagar por el campo predicando y haciendo profecías.

Zek. En argot penitenciario, recluso del gulag.

Pro memoria

1. Rusia se regía por el calendario juliano de la Iglesia ortodoxa, retrasado en trece días respecto al gregoriano universal. Lenin decidió cambiarlo en 1918: el jueves 1 de febrero pasó a ser jueves 14. Así, la Revolución bolchevique no tuvo lugar el 25 de octubre de 1917, sino el 7 de noviembre, fecha en la que siempre se celebró su aniversario.

2. Fundada por Pedro el Grande en 1703, San Petersburgo pasó a llamarse Petrogrado cuando estalló la Primera Guerra Mundial (1914) por la connotación alemana de su nombre; y Leningrado, tras la muerte de Lenin (1924). Recuperó su denominación original a la caída de la URSS (1991). En el texto se utilizan indistintamente –en su tiempo respectivo– los tres nombres de la ciudad.

INTRODUCCIÓN

Capítulo 1

Stalin y su obra

> Debilidad, pereza y estupidez son las únicas cosas a las que se puede llamar vicios. Todo lo demás, en ausencia de lo dicho, es una virtud. Si un hombre es fuerte, activo y capaz, es bueno, aunque tenga otros vicios.
>
> STALIN

Esa curiosa reflexión –en esencia, un autorretrato– figura de su puño y letra en la portada de la obra de Lenin *Materialismo y Empiriocriticismo*, uno de los innumerables libros encontrados en la biblioteca de Stalin tras su muerte. Así pues, el gran asesino se tenía por un hombre virtuoso y justiciero que castigaba con rigor a los malvados. Y es que su idea del bien y del mal provenía de su propio juicio sobre lo que era bueno –su inquebrantable designio de transformar el país de arriba abajo– o era malo para el pueblo; criterio que, aplicado a los individuos, los dividía inexorablemente en amigos y enemigos. Stalin se pasó la vida identificando y exterminando «enemigos del pueblo». Lo fueron, sucesivamente, los capitalistas, los terratenientes, los saboteadores, los trotskistas, los campesinos acomodados *(kulaks)* contrarios a la colectivización, los viejos camaradas que se oponían a sus planes y pretendían derribarle. Para el

implacable inquisidor, todo adversario era portador de un pensamiento heterodoxo y, por tanto, debía ser eliminado. Stalin reprochaba a Iván el Terrible su debilidad por postrarse ante Dios lleno de remordimiento y por no haber acabado con las cinco familias más poderosas del reino, culpables de que el país quedara arruinado, tras la muerte del zar, por las luchas intestinas. Él no tenía que arrepentirse de nada, ya que matar a los malos por el bien de los buenos era un deber y una virtud. «La purificación ha terminado», declaró plácidamente, con la conciencia tranquila, tras las grandes purgas de los años treinta. En contra de lo generalmente sostenido, no mataba por sadismo, por venganza, por instintos criminales, sino por razones políticas, para poder llevar a cabo sin contestación alguna sus proyectos.

* * *

Henry Kissinger, en *Diplomacia* –un crudo análisis, sin ninguna consideración moral, de los juegos de poder desde el siglo XVII–, no oculta su predilección absoluta, su admiración sin límites, por tres colosos del arte de gobernar: Richelieu, Bismarck y Stalin, de quienes se ocupa largamente. Llama a Stalin el Richelieu de su época porque ambos, mediante pactos contra natura, rompieron el cerco de potencias hostiles que amenazaban incluso la existencia de sus respectivos países, humillaron a sus enemigos, alteraron radicalmente el curso de la historia. Pero los éxitos de Stalin no se limitaron a la política exterior ni a conquistas puramente materiales. Su logro más trascendente fue crear una nueva civilización: transformó por entero el modo de vida, la psicología, la cultura del pueblo. La sociedad sufrió una convulsión drástica, despertó del letargo secular, mudó de valores, se encontró inmersa en un mundo diferente; mundo en el que surgió como por ensalmo una sólida conciencia colectiva. Gracias a su

sabia política cultural, Stalin consiguió inculcar en el centenar largo de nacionalidades y grupos étnicos integrados desde siglos en el Imperio ruso, generalmente por la fuerza, el sentido de pertenencia a una patria común. La cohesión de la sociedad soviética quedó de manifiesto en la guerra: hombres de Asia Central, del Cáucaso, de la Rusia europea, imbuidos de idéntico patriotismo, lucharon fraternalmente, codo con codo, en las mismas unidades, contra el invasor alemán. Además de ese asombroso milagro, Stalin realizó otras *proezas morales*: supo transmitir a la gran masa de la población su propio paroxismo del esfuerzo, la esperanza en una vida mejor, la aspiración al saber, el sueño de que todo era posible; y el pueblo le siguió con fervor, respondió con entusiasmo a sus llamadas.

Por otra parte, Stalin, como un verdadero demiurgo, tuvo la virtud de «crear desde la nada». Recibió un país arruinado por la Primera Guerra Mundial, la intervención extranjera y la guerra civil, en el que tres cuartas partes de la población, mayoritariamente campesina, era analfabeta, y lo convirtió en una gran potencia; lo encontró con arados de madera, y lo dejó con armamento atómico y a punto de emprender la carrera espacial. Entre sus hechos relevantes, figuran la modernización del país, las previsiones para su defensa, las medidas tomadas durante la guerra, la difusión de la cultura, que son otras tantas pruebas de su inteligencia, su imaginación, su infinita voluntad transformadora.

Modernización del país

«Llevamos entre cincuenta y cien años de retraso respecto a las naciones industrializadas. O las alcanzamos en diez años o seremos aplastados.» Con ese argumento como fuerza motriz, Stalin emprendió la modernización a marchas forzadas del país. Se construyeron

a toda prisa canales kilométricos entre mares, centrales hidráulicas enormes,* infinidad de fábricas de todo tipo –entre ellas Magnitogorsk, la gigantesca acería equiparable a la norteamericana de Indiana, la mayor del mundo en aquel tiempo–; se descubrieron nuevos yacimientos de petróleo, carbón, níquel y otras materias primas, y se renovaron completamente los medios de explotación de los antiguos. El ritmo de esa radical transformación fue tan intenso que ya al término del Primer Plan Quinquenal (1928–1932) la producción industrial de la Unión Soviética solo era superada por Estados Unidos.

Simultáneamente, se realizó la concentración agraria, que respondía a cuatro objetivos básicos: mecanizar la agricultura sustituyendo veinticinco millones de parcelas individuales, cultivadas en gran parte con primitivos arados de madera, por extensas granjas colectivas dotadas de tractores y de la más moderna maquinaria agrícola; multiplicar la producción de grano con vistas a la exportación, único medio de obtener las divisas necesarias para adquirir en el extranjero la maquinaria prevista en los planes industriales; asegurar el abastecimiento de las ciudades, que crecían sin cesar, y del inmenso Ejército Rojo en la guerra que se avecinaba, cosa materialmente imposible con la agricultura de minifundio; incitar a los jóvenes sobrantes en el campo a trasladarse a las áreas urbanas con objeto de cubrir la continua demanda de mano de obra generada por las nuevas fábricas y construcciones.**

* Solo una de ellas, en el Dnieper, tenía una capacidad de producción sensiblemente superior a la de toda Rusia en los últimos años del zarismo.

** Diez años después, esos muchachos integrados en la vida urbana se habían convertido en ingenieros, militares, directores de fábricas. Yuri Gagarin era hijo de una ordeñadora koljosiana. Alexandr Zinóviev, filósofo, matemático, escritor, expulsado de su país por Brézhnev, también nació en un koljós y cuenta en una entrevista que su madre, trabajadora del mismo, guardaba hasta su muerte, entre las páginas del Evangelio, un retrato de Stalin: sus seis hijos habían recibido enseñanza superior y ocupaban puestos importantes en el ejército, la industria y la universidad.

En 1932, Stalin fundó la Academia de Arquitectura bajo un lema imperativo: «No se puede crear nada nuevo sin un profundo conocimiento de lo antiguo»; era prioritario que sus miembros estudiasen a fondo la herencia arquitectónica de todos los tiempos. Tres años después, Stalin firmó el Plan General de Reconstrucción de Moscú, que supuso la transformación radical de la ciudad, una enorme *aldea* que había crecido en un desorden absoluto: sus callejuelas desaparecieron para dar lugar a avenidas amplias y rectilíneas, flanqueadas por hermosos edificios. Como complemento de esa reforma, se construyó el metro, medio de transporte imprescindible en una urbe que crecía de modo incesante en territorio y población. Los nuevos habitantes procedían, lógicamente, del campo, y Stalin quiso satisfacer la pasión innata del pueblo ruso por lo maravilloso. «Los campesinos quieren palacios», afirmó cuando se tomó el acuerdo de construirlo. Los mejores artistas fueron convocados, y ninguna otra obra de la época concentró tanta riqueza. El oro, la plata, los mármoles más lujosos se emplearon con profusión en lámparas, esculturas, mosaicos y vidrieras. El espectacular metro de Moscú fue una de las grandes creaciones de Stalin: las más bellas estaciones, cuyos proyectos discutía en persona con los artistas, se construyeron en su tiempo.

Unos meses después del ataque alemán, a comienzos de 1942, Stalin creó la Comisión de Restauración destinada a recuperar íntegramente el territorio devastado por los nazis. En cuanto una ciudad era liberada, llegaba a ella, pisando prácticamente los talones a las tropas, un equipo de arquitectos con objeto de reconstruirla en el menor tiempo posible; en varios casos (Smolensko y Stalingrado, por ejemplo) se levantaron sobre las ruinas ciudades monumentales prácticamente nuevas. Tras la guerra, las obras más espectaculares fueron los siete rascacielos de Moscú dedicados a la victoria, las llamadas «catedrales de Stalin», con reminiscencias góticas evidentes.

Stalin impulsó también al máximo la actividad científica, la investigación en los campos más diversos, antes de nada en la esfera militar: el célebre fusil de asalto kaláshnikov, del que existen millones en todo el mundo; los morteros katiusha, bautizados como «órganos de Stalin» por los nazis; el indestructible T-34, el mejor tanque de la guerra; los cazas YAK –todos ellos muy superiores a sus equivalentes alemanes– fueron otras tantas muestras de la inventiva soviética. Los sabios en cualquier disciplina eran intocables: a diferencia de otras capas de la sociedad, no hubo bajas en sus filas durante los años del Gran Terror. Después de la guerra, con la inestimable ayuda de los espías, se consiguieron en un tiempo récord las bombas atómica y de hidrógeno, rompiendo así el monopolio nuclear estadounidense. También se iniciaron en la época de Stalin las investigaciones aeroespaciales, que culminaron después de su muerte con un éxito espectacular: el lanzamiento del *Sputnik*, el primer satélite artificial, puesto en órbita en 1957. Y cuatro años después, como una prueba más del alto nivel alcanzado por la ciencia soviética, Yuri Gagarin se convirtió en el primer cosmonauta de la historia.

Previsiones para la defensa

En 1927, Stalin, ya asentado firmemente en el poder, convencido de que la instrucción militar limitada al propio Ejército no garantizaba la defensa del país, puso en marcha una de sus más singulares invenciones: la portentosa Osoaviajim, gigantesca organización paramilitar que llegó a contar con cuarenta millones de miembros, de los que más del 30 por ciento eran muchachas. Consistía en cientos de clubes deportivos, repartidos por todo el territorio, cuyas múltiples actividades tenían un objetivo común: preparar al pueblo para la guerra. Disponía de aviones, torres de paracaidismo,

campos de tiro, escuelas de equitación, talleres de diverso tipo. Los cursos eran voluntarios y debían seguirse sin interrumpir los estudios o la actividad laboral, pero era tal la demanda que superaba con creces las plazas disponibles. Los alumnos elegían entre las distintas opciones: se aprendía a pilotar aviones, volar en planeadores, realizar vuelos nocturnos, lanzarse en paracaídas, interceptar y mantener comunicaciones por radio, teléfono y telégrafo, reparar emisoras, manejar ametralladoras, desactivar minas. Tenían preferencia los jóvenes que, por su edad, aún no habían cumplido el servicio militar; gracias a la Osoaviajim, llegaban a los cuarteles con conocimientos prácticos que agilizaban su formación. En los años treinta los aviadores soviéticos consiguieron récords internacionales de velocidad, distancia y altitud; todos ellos habían iniciado su aprendizaje en la Osoaviajim.

Otra de las previsiones fue la organización del movimiento guerrillero mucho antes de la invasión alemana. Después de la guerra civil, a iniciativa de las autoridades locales, habían surgido en el país numerosas asociaciones de partisanos voluntarios. Todas ellas se integraron en la Osoaviajim desde que ésta fue creada en 1927; y se acometió rápidamente el reclutamiento y la formación intensiva de los futuros partisanos. Estos aprendían a fabricar minas caseras en pleno bosque; dinamitar puentes y vías férreas; pernoctar en la nieve; preparar emboscadas; instalar puestos de observación; utilizar hierbas medicinales; orientarse por las estrellas. En el Comisariado de Defensa, del que dependía la Osoaviajim, se duplicó el Estado Mayor con otro dedicado en exclusiva al movimiento guerrillero. Gracias a esta medida, sin precedentes en la historia militar, las unidades de partisanos –las llamadas despectivamente *bandas* por los nazis–, que parecieron surgir de modo espontáneo al producirse el ataque alemán, nacieron conforme a un minucioso plan preparado de antemano. En él, además de disposiciones específicas –relativas, por ejemplo, a la instalación de bases logísticas en los bosques o a la

colaboración con los paracaidistas–, se establecía un principio esencial: siempre que fuera posible, las operaciones de los partisanos debían estar coordinadas con las del Ejército Rojo. El temible movimiento guerrillero, nada improvisado, previsto y organizado con años de antelación, fue una pesadilla insoportable para el ejército alemán.

Como es lógico, Stalin también se ocupó del material de guerra. Se trazaron los llamados *planes de edificación militar.* El primero de ellos (1929-1933) preveía la producción masiva de tanques, piezas de artillería, aviones y armas personales; la motorización a gran escala del ejército y el entrenamiento de las tropas en el uso del nuevo armamento. Cuando ese plan se inició, no existían fábricas de tanques; cinco años después se producían más de quinientos al mes, aunque la mayoría de ellos eran de modelos obsoletos. El T-34 no apareció hasta el comienzo de la guerra.

En la guerra

Entre los logros de Stalin, figuran sus aciertos durante la guerra. Uno de los más sonados fue la espectacular evacuación del complejo militar-industrial desde los territorios en riesgo inminente de ser ocupados hasta más allá de los Urales. En cuanto se produjo el ataque alemán, fue creado el Consejo de Evacuación, con objeto, por una parte, de organizar rápidamente el desmantelamiento «hasta el último tornillo» y el traslado «hasta el último hombre» de cientos de plantas industriales de todo tipo, entre ellas, casi mil cuatrocientos de material bélico; y, por otro, de preparar a la vez los nuevos asentamientos para que las fábricas pudieran reanudar su actividad lo antes posible. A finales de 1941, la mayor parte de las industrias de Ucrania, el Volga y la región de Moscú ya estaban funcionando a pleno rendimiento en Kazajistán, los Urales y Siberia; y el año si-

guiente suministraron al Ejército Rojo las tres cuartas partes del material que recibió. Ese asombroso desalojo, considerado por los analistas militares como una de las operaciones logísticas más perfectamente planeada y ejecutada de la historia de las guerras, exigió millón y medio de vagones. Junto con las máquinas viajaban los obreros y sus familias: diecisiete millones de personas fueron evacuadas en menos de cuatro meses. Cuando los alemanes llegaron a las zonas desmanteladas, incluso los raíles habían desaparecido.

La medida más trascendental tomada por Stalin al comienzo de la guerra fue negarse a *quemar* las mejores tropas en los primeros choques con los nazis. Las continuas provocaciones alemanas previas a la invasión tenían el propósito de atraer al grueso del Ejército Rojo hacia la frontera para cercarlo y aniquilarlo en sus posiciones defensivas. Stalin no cayó en la trampa: en contra de la opinión del Estado Mayor y de la mayoría de los generales, dejó prácticamente desamparadas las zonas fronterizas con unidades incompletas y material obsoleto. Impasible ante el avance alemán, y pese al peligro inminente de que cayese Moscú, mantuvo firmemente en sus manos, con pasmosa sangre fría, las poderosas fuerzas de reserva con que contaba: nada menos que 400 000 hombres perfectamente entrenados, que habían sido trasladados desde el Extremo Oriente soviético hasta las cercanías de la capital. Aunque el ejército alemán, atascado en la nieve, se encontraba inmovilizado a las puertas de Moscú, sus mandos no tenían duda: los rusos estaban acabados, carecían de reservas para intentar un contraataque. Cuando las divisiones siberianas, bien pertrechadas con abrigos de piel de cordero y excelente armamento, cayeron a primeros de diciembre sobre las trincheras alemanas, la sorpresa fue total: por primera vez, el hasta entonces imparable ejército nazi fue arrollado; tuvo que abandonar su material y emprender la retirada en completo desorden. La batalla de Moscú selló el fracaso en Rusia de la *blitzkrieg,* la guerra relámpago.

Otro gran éxito de Stalin fue el continuo hallazgo de colaboradores capaces. A diferencia de Lenin, que –según Trotski– tenía una capacidad limitada para juzgar a la gente, supo rodearse en todo momento de un equipo extraordinario. Por pura intuición, descubría al primer golpe de vista jóvenes talentos en la industria, la ciencia y las instituciones del Estado, y los designaba para puestos que con frecuencia les venían grandes; confiaba en ellos y estaba seguro de que se entregarían en cuerpo y alma al trabajo, y harían frente al desafío. Es lo que hizo en el ámbito militar en numerosas ocasiones: por ejemplo, Shtemenko, director de Operaciones del Estado Mayor General, que despachaba diariamente con Stalin, y Kuznetsov, comisario de la Marina de Guerra, tenían poco más de treinta años cuando asumieron sus funciones. A esa edad, muchos oficiales habían alcanzado el generalato y mandaban con acierto grandes unidades. Incluso los mariscales eran muy jóvenes: al terminar la guerra, ninguno de ellos había cumplido cincuenta años.*

En el campo del espionaje

Desde el primer intento de derribar el poder soviético –la intervención extranjera de 1918, preludio de la guerra civil– hasta el final de sus días, Stalin vivió obsesionado por la seguridad del país. Para protegerlo, se propuso obtener la máxima información de los Estados potencialmente agresores, lo que implicaba la captación en ellos de agentes bien situados. Los servicios secretos, cuya actividad siempre siguió de cerca, fueron para Stalin un verdadero

* A consecuencia de las purgas, se producían numerosas vacantes en todos los niveles del poder, y resultaba cada vez más arduo hallar gente valiosa para cubrirlas. Y Stalin repetía la máxima evangélica: «Buscad y encontraréis».

hobby al que se dedicaba con pasión. Hizo del espionaje una obra de arte, reconocida como tal en todo el mundo, imitada por otros servicios de seguridad, ensalzada incluso por el propio Hitler: «Los bolcheviques nos superan en un solo dominio: el espionaje», afirmó en 1942.

Tras el triunfo bolchevique, las dificultades para obtener información del interior del país eran enormes, ya que la mayoría de los periodistas de la época zarista habían emigrado. Para paliarlas en lo posible, se creó una densa red de corresponsales obreros, los llamados *rabkori*, ferroviarios en su mayoría, que eran una fuente inagotable de noticias pese a la tosquedad de sus informes. En 1926, Stalin firmó una directriz para extender el sistema a Francia, y tres años después actuaban en esta más de tres mil *rabkori*, que trabajaban principalmente en astilleros, arsenales y fábricas de material bélico.

En Gran Bretaña, por el contrario, se fijó como objetivo la captación de jóvenes idealistas de la alta sociedad, «excluyendo» –palabra subrayada con doble trazo en la orden de Stalin– a los cercanos al Partido Comunista. Se esperaba que hiciesen carrera en las instituciones del Estado y que alguno de ellos lograse entrar en el Secret Intelligence Service (SIS). Fueron, efectivamente, captados los célebres Cinco de Cambridge, con el legendario Kim Philby a la cabeza. Este no solo ingresó en el SIS, sino que, para mayor escarnio, fue nombrado jefe de la sección responsable de desenmascarar a los agentes soviéticos en suelo británico.

En Europa funcionó la llamada Orquesta Roja, dirigida por Leopold Trepper, que tenía topos en los más importantes centros de decisión germanos. En la Francia ocupada, agentes soviéticos se infiltraron en la central telefónica alemana de París y lograron instalar una mesa de escucha en el hotel Lutetia, cuartel general del Abwehr, el Servicio de Información militar nazi. En la propia Alemania, Trepper llegó a contar con más de doscientos agentes, todos ellos alema-

nes contrarios a Hitler y situados en el corazón mismo del poder: Estado Mayor, industria militar, ministerios, servicios secretos; incluso un oficial taquígrafo del cuartel general de Hitler pertenecía a la red. El jefe de esta era uno de los hombres de confianza del mariscal Goering, segunda figura del Estado.

Richard Sorge, el gran espía soviético en Tokio, agregado de prensa de la embajada alemana, y bien introducido en la alta sociedad japonesa, proporcionaba valiosa información: aseguró, por ejemplo, que Japón no tenía intención alguna de atacar a la Unión Soviética; transmitió, en concreto, el contenido de la Conferencia Imperial celebrada el 2 de julio de 1941 en la que se aprobó el ataque a Estados Unidos y se descartó expresamente la intervención en la recién comenzada guerra germano-soviética. Ello permitió a Stalin crear las fuerzas de reserva, emplear contra los nazis las tropas de élite estacionadas en la costa del Pacífico.

En Norteamérica, el espionaje soviético realizó la mayor proeza de su historia: logró situar a Klaus Fuchs y a otra docena de científicos en Los Álamos, el laboratorio del Proyecto Manhattan, en el que se fabricó la primera bomba atómica. Sus mensajes llegaban directamente al despacho de Stalin, y este, con su habitual desconfianza, prohibió que salieran del Kremlin. Allí los estudiaba el jefe del proyecto nuclear soviético, Ígor Kurchátov, quien escribió en uno de sus informes: «Los materiales obtenidos por los servicios secretos tienen un valor inmenso, incalculable, para nuestro gobierno y nuestra ciencia».

Universalización de la cultura

Cuando los bolcheviques llegaron al poder, tres cuartas partes de la población era analfabeta y la mayoría de los niños campesinos no recibían educación alguna por no tener acceso a las escuelas

parroquiales donde se impartía la enseñanza primaria. El nuevo régimen abrió rápidamente millares de escuelas en locales improvisados y multiplicó, en cursos intensivos, el número de maestros. A la vez, se puso en marcha la campaña de alfabetización de adultos, una acción masiva y persistente que alcanzó su objetivo en pocos años. Pero los planes de Stalin no podían llevarse a cabo con un bajo nivel de instrucción. Saber leer y escribir era un bagaje insuficiente para elevar el nivel de la agricultura, la industria y la defensa, ya que tanto los obreros y campesinos como los soldados debían aprender a manejar máquinas complejas. «La cultura es el oxígeno sin el que no podemos dar un paso adelante», dijo Stalin en una reunión del Partido.

Se generalizó la educación preescolar, bien orientada, equiparable a la de los países desarrollados. Aparecieron en todo el territorio infinidad de jardines de infancia, que acogían incluso a los niños de las más remotas aldeas. Simultáneamente, se implantó la escolaridad obligatoria como base de todo el sistema educativo: de sus resultados dependía el éxito en la enseñanza secundaria, a la que tenían acceso todos los estudiantes sin exclusión alguna. En cuanto a universidades, el esfuerzo fue enorme. Antes de la Revolución, únicamente las dieciséis ciudades más importantes de Rusia tenían establecimientos de enseñanza superior; en los extensos dominios de Asia Central, por ejemplo, no había ninguno. Veinte años después, en vísperas de la guerra, existían en casi un millar de poblaciones, entre ellas cincuenta de las repúblicas asiáticas (el primero se abrió en Tashkent en 1929; hoy su sede la ocupa el Instituto de Economía de Uzbekistán). La enseñanza era gratuita en todos sus niveles, y las universidades estaban repletas de estudiantes. También se potenció al máximo la formación profesional, dada la creciente demanda de obreros especializados. Las granjas colectivas y las empresas importantes contaban con escuelas técnicas, en las que obreros y campesinos seguían cursos de perfeccionamiento o aprendían un nuevo

oficio. Incluso los penados que trabajaban de sol a sol en las grandes obras de construcción asistían a cursos nocturnos en los propios campamentos.

Con sus constantes llamadas a la superación personal y al esfuerzo colectivo para alcanzar el «radiante porvenir», Stalin contagió a la gran masa de la población su propia ansia de saber; en su tiempo, todo el mundo estudiaba, desde los niños a los ancianos. Pero la formación por el estudio se quedaba corta, y el pueblo adquirió mayor cultura por otros medios. Millones de personas descubrieron la literatura, el teatro, la ópera, el *ballet*, la música clásica, la pintura. Se abrieron infinidad de bibliotecas y se despertó una gran pasión por la lectura; en los últimos años de Stalin, la producción editorial en la URSS llegó a ser la más alta del mundo. Asimismo el teatro –considerado como un instrumento inmediato e irreemplazable para la difusión de la cultura y, por tanto, impulsado por el gobierno– se expandió rápidamente. Frente a los doscientos teatros existentes al final del zarismo se construyeron o acondicionaron más de seis mil salas en solo un año. A falta de suficientes actores profesionales, actuaban en ellas grupos teatrales que se crearon a millares en todo el país y embelesaban a los vecinos. Así nació la afición del pueblo entero al teatro, un considerable avance en el proceso educativo.

Stalin era un gran melómano, y la música ocupó un lugar preferente en sus planes culturales; por lo pronto, fue incluida, de modo obligatorio, como una materia más, en las enseñanzas básica y secundaria. Se abrieron conservatorios en las principales ciudades y escuelas de música en todas partes, hasta en las aldeas. En pleno proceso de industrialización, que consumía prácticamente todos los recursos del país, Stalin construyó nada menos que treinta y cuatro espléndidos teatros de ópera y *ballet*. Generalmente, los espectáculos se transmitían en directo y la radio, además, emitía música excelente a todas horas. Al cabo de unos años, la mayoría del pueblo enten-

día de música clásica y se había aficionado a ella. En 1927, Prokófiev, de gira por el país, lo confirmó: «Dos fenómenos me han sorprendido: la intensa actividad musical y el enorme interés que se observa en el rostro de los nuevos melómanos, que invaden las salas de concierto».

Respecto al *ballet*, Stalin no solo quiso preservarlo, sino que consiguió, a fuerza de disciplina, que fuera el mejor del mundo. Se abrieron escuelas en medio centenar de ciudades –las que contaban con teatros idóneos para la danza–, y los niños admitidos en ellas eran –y siguen– sometidos a un régimen *salvaje* en busca de la más absoluta perfección: seis horas diarias de baile y gimnasia a lo largo de ocho años. Asimismo, se fomentó el folclore en todas las regiones del país. En 1936 abrió sus puertas el Teatro de Arte Folclórico, de donde surgió, un año después, la primera compañía soviética de baile popular creada por el célebre Ígor Moiséiev y ampliamente conocida en todo el mundo.

Por otra parte, con objeto de despertar el interés por las bellas artes, se abrieron innumerables museos en todo el territorio. Se ha dicho que Stalin fue «un déspota con aptitudes artísticas poco comunes» y que contemplaba el arte como una actividad básica, esencial, no marginal, del ser humano. De ahí que se propusiera educar estéticamente al pueblo, cosa que hizo sobre todo a través de la pintura y de la escultura, máximas expresiones, como intérpretes del llamado realismo socialista, del espíritu de la época.

* * *

Stalin fue un tirano sanguinario, por supuesto. Pero también fue un déspota ilustrado, un *rey filósofo* dotado de gran talento, de una capacidad de trabajo sobrehumana y de un tesón inigualable. Austero, sin apego alguno a los bienes materiales, fue además un fervoroso patriota, pues tuvo como principal objetivo la defensa y el

engrandecimiento del Estado. Fue asimismo un hombre fáustico, ávido de conocimientos, inquieto, apasionado, siempre dispuesto a emprender cosas, en busca constante de nuevas experiencias, incapaz de detenerse y de darse por satisfecho de sus logros. El poder absoluto, la excepcionalidad del tiempo histórico y su férrea voluntad le permitieron hacer realidad la mayor parte de sus sueños. Por su obra irrepetible, tanto en su país como en el ámbito internacional, Stalin es considerado, de modo prácticamente unánime, como el mayor genio político del siglo XX y merece figurar entre los *grandes* de todos los tiempos. Él mismo era consciente de su grandeza. Durante la guerra, cuando la victoria estaba cerca, dijo a Mólotov: «Ya sé que después de mi muerte se echarán montones de basura sobre mi tumba, pero el viento de la historia los barrerá inexorablemente».

Jruschov fue el primero en echar paladas de inmundicia sobre Stalin. En el XX Congreso del Partido (1956) no se limitó a denunciar sus crímenes, en los que él mismo había participado como *virrey* de Ucrania durante las purgas, sino que se propuso destruir su imagen mítica con una sarta de imposturas sobre su ignorancia, su cobardía, sus errores, sus carencias como líder. Fue el inicio de una campaña obsesiva, secundada por arribistas de toda laya, que traslucía el miedo, el odio y la envidia de tantos años y que se convirtió en un bumerán para su autor.

Cuatro décadas después, la caída de la Unión Soviética, la pérdida del Imperio, el salvaje saqueo de la riqueza del país por los cómplices de Yeltsin, la anarquía, la miseria hicieron que el pueblo volviese los ojos a Stalin, cuya popularidad crece como la espuma. Lo prueba el éxito de los numerosos libros que se vienen publicando sobre él. Por citar solo uno de ellos, en 2002 apareció *Generalissimo*, cuyo autor, Vladímir Karpov, pasó cinco años en los campos, condenado a trabajos forzados por criticar a Stalin; y que ahora le ensalza y aconseja a Putin que sea tan implacable como él si quiere

eliminar la corrupción y el desorden. Por aquel tiempo, el centro de estudios internacionales ISOMAR realizó una encuesta en cuarenta regiones de Rusia sobre el papel de Stalin en la historia del país. El 77 por ciento de los encuestados lo cosideraron positivo; el 15 por ciento no se pronunciaron, y solo un 8 por ciento lo juzgaron negativo.

En 2008, una emisora de televisión organizó otra encuesta sobre la figura más importante de la historia de Rusia. Ante la avalancha de respuestas a favor de Stalin, se amañaron los resultados para que saliera en tercer lugar, tras Alexandr Nevski, un guerrero santo del siglo XIII, y Piotr Stolipin, político reformista, primer ministro del último zar, muerto en atentado en 1911, a quien los propios rusos apenas conocen (algo así como si en España eligiésemos como principales protagonistas de nuestra historia a Don Pelayo y a José Canalejas, asesinado, por cierto, unos meses después que Stolipin). El año siguiente, con motivo del ciento treinta aniversario del nacimiento de Stalin, se le rindió un homenaje asombroso. La estación de metro Kúrskaia, en Moscú, dedicada a la batalla del mismo nombre (julio de 1943), reabrió una de sus entradas, que llevaba años cerrada por obras de restauración. En el amplio y bello vestíbulo, completamente renovado, aparece en el friso, sobre las columnas, en grandes letras doradas, un verso del antiguo himno soviético: «Stalin nos educó en la lealtad al pueblo, nos alentó a trabajar y a ser heroicos».

En 2010 se expuso en la pequeña iglesia de San Nicolás, a dos pasos del Kremlin, un icono de gran tamaño, en el que figura Stalin de cuerpo entero, con capote militar y botas altas, en compañía de una monja ciega, muy venerada en vida por su don de profecía y canonizada por la Iglesia ortodoxa poco después de su muerte: santa Matrona Níkonova. Según la leyenda, en octubre de 1941, cuando los alemanes se encontraban a las puertas de Moscú y se había decretado el estado de excepción, Stalin fue a ver a la monja, y esta

le aconsejó que permaneciese en la capital –el gobierno y el cuerpo diplomático habían sido evacuados– y vaticinó la victoria: «el gallo rojo derrotará al gallo negro».

El mismo año apareció la compilación *Stalin se ríe,* título ciertamente afortunado. Su autor, Nikolái Jojlov participó en la Segunda Guerra Mundial como oficial de los servicios de Inteligencia de la Armada y continuó su carrera en los «órganos» hasta su jubilación. Dirigente del Club de Veteranos de la KGB y de la Asociación de Veteranos de la Flota Rusa, murió en Sochi (mar Negro), donde residía, el mismo año 2010, meses después de la publicación de su libro y de cumplir noventa años. En la obra se recogen un centenar largo de anécdotas, bien documentadas, en las que Stalin muestra su sentido del humor, tantas veces siniestro. Dos años después de su primera edición, el libro sigue teniendo enorme éxito: rara es la librería de Moscú que no tiene varios ejemplares a la venta.

También en 2010, al celebrarse en mayo el sesenta y cinco aniversario de la victoria, los autobuses urbanos de San Petersburgo llevaban grandes carteles en el exterior con la imagen de Stalin (el alcalde de Moscú, al parecer, quiso copiar la idea, pero el gobierno se opuso). Dos años después, en mayo de 2012, los autobuses municipales de ¡cuarenta ciudades!, entre ellas Ekaterinburgo, capital de los Urales, donde fueron asesinados los zares en 1918, aparecieron con el rostro de Stalin, de gran tamaño, pintado –no en carteles, sino de modo permanente– en la carrocería. Hubo algunas protestas, pero ni un solo ataque a los retratos con pintura o raspaduras. En general, la gente ha acogido bien la novedad y sube complacida al que ha sido bautizado, con buen humor, el *Stalinbús.* Algunas viejas se santiguan ante la efigie, y entre los hombres, chicos y grandes, se ha convertido en hábito saludar militarmente. Eso sí, el gobierno ha prohibido de nuevo esa exhibición rodante en Moscú.

En la enseñaza primaria, nuevos manuales de historia resaltan el papel de Stalin en la guerra. Y ello ha sido aprovechado por una

firma de papelería para poner a la venta lujosos cuadernos escolares, que los papás pudientes no niegan a sus niños, en cuya portada aparece un excelente retrato de Stalin con uniforme de mariscal, enmarcado en un sinnúmero de estrellitas doradas de cinco puntas –enseña del Ejército Rojo y emblema de Héroe de la Unión Soviética–, y con una simple mención al pie: «Generalísimo». Aunque Putin, sin duda, se identifica con Stalin y le tiene por mentor y *santo patrono,* no parece que solo se deba a él la rehabilitación de su gran antecesor. La mayoría de los analistas coinciden: las autoridades de todo el país lo hacen por propia iniciativa, con sucesivos golpes de efecto, como expresión del sentir general. Según otra encuesta reciente, menos del 10 por ciento de la población condena taxativamente los crímenes de Stalin; el resto cree que fueron necesarios para mantener unido el país y derrotar a Alemania

Apuntes sobre los herederos

Entre la Revolución de Octubre (1917) y la extinción de la Unión Soviética (1991), se sucedieron al frente del país dos genios (Lenin y Stalin), un patán impulsivo y temerario (Jruschov), un ignorante pancista y vanidoso (Brézhnev), dos moribundos (Andrópov y Chernenko) y un insensato (Gorbachov).

Nikita Jruschov, igual que Stalin, llegó a la cima por la ceguera de sus iguales, ceguera provocada por la imagen engañosa que ambos daban de sí mismos. Trotski, un líder de gran talento, buen psicólogo –supo rodearse de gente extraordinaria–, cayó en la trampa y falló clamorosamente al juzgar a Stalin como «la mayor mediocridad del Partido». Beria, el más inteligente de los secuaces del *vozhd,* debió de pensar lo mismo de Jruschov cuando, a raíz de la muerte de Stalin, dejó caer a su cómplice, el correoso Malenkov, para sustituirle a la cabeza del Partido por un simplón aparentemente inofen-

sivo. Como es sabido, los *inocentes*, llegado el momento, dejaron de serlo y entraron en liza: Stalin acabó con Trotski, y Jruschov hizo lo mismo con Beria.

Pero Jruschov –a diferencia de Stalin, el supremo realista– se volvió literalmente loco cuando alcanzó el poder y cometió una sarta de disparates. Los más sonados fueron el memorándum contra Stalin (1956) y la instalación de misiles en Cuba (1962). El mal llamado Informe Secreto (leído a puerta cerrada en el XX Congreso del Partido, fue inmediatamente conocido por los diplomáticos y periodistas extranjeros) produjo una enorme conmoción en los partidos comunistas de todos los países y supuso un auténtico regalo para los enemigos de la URSS. De hecho, esta inició su declive con el demoledor informe de Jruschov, una denuncia irresponsable de los *excesos* de Stalin y, por sus efectos, una carga de profundidad contra el sistema.

Otra acción descabellada fue el emplazamiento de misiles en Cuba, intolerable para Estados Unidos, que estuvo a punto de provocar una guerra nuclear. Kennedy exigió su desmantelamiento inmediato, y Jruschov, tras varios días de tensión, tuvo que ceder. Para mayor escarnio, la Casa Blanca se arrogó el derecho de controlar la operación de retorno: la aviación americana fotografió a placer en alta mar los barcos soviéticos para comprobar que todos los misiles se hallaban en ellos. La llamada «crisis del Caribe» horrorizó al mundo, y la condena a la Unión Soviética fue unánime; hasta Mao Zedong se pronunció criticando con dureza el aventurerismo, primero, y la cobardía, después, de Jruschov. Este, por supuesto, salió malparado. Sus colegas del Politburó comprendieron que el Estado no podía seguir en manos de un inconsciente y se confabularon contra él. Fue depuesto en octubre de 1964 por sus gravísimos errores en la conducción del país, resumidos en las amargas palabras de uno de los conjurados: «¡Cuánto daño nos has hecho!».

* * *

«La mierda flota», exclamó Jruschov al enterarse de que su sucesor era Leonid Brézhnev. Dejando al margen su resentimiento, no andaba lejos de la verdad. La incultura de Brézhnev, su pobre intelecto, su falta de amor al trabajo, se reflejan en su diario, lleno de faltas de ortografía y de banalidades sin cuento: su peso día tras día, los paseos por el bosque, las piezas cobradas en la caza, los cortes de pelo, los análisis de sangre, los partidos y programas vistos en televisión, los trajes elegidos para los eventos, la asistencia al circo; diez, doce líneas por día, en las que las referencias a sus funciones son triviales.

Elegido por sus iguales como figura de transición, sacó del Politburó a quienes le habían aupado y adoptó el viejo lema: «vive y deja vivir»; y se mantuvo en el puesto hasta su muerte, dieciocho años más tarde. Eliminó la «rotación de los cuadros», y estos se eternizaron en sus cargos. Como consecuencia, los líderes del Partido en regiones y repúblicas, prácticamente inamovibles, actuaron con total impunidad: crearon extensas tramas de intereses y se convirtieron en jefes de clanes que controlaban por entero la economía de sus feudos. Durante el mandato de Brézhnev, la corrupción se extendió por todo el cuerpo social; y apareció la *gran mafia*, la mafia auténtica, que nace, como es sabido, de la estrecha alianza entre el poder político y la delincuencia organizada.

La vanidad de Brézhnev es otro de sus rasgos distintivos. El «sargentísimo recargado de estrellas» (Alexandr Zinóviev) llevaba el pecho cubierto de condecoraciones, algunas de ellas creadas solo para él por organismos de todo tipo. Se hizo conceder el Premio Lenin de Literatura por una trilogía en la que no hay ni una línea suya; recibió la medalla Karl Marx, la más alta distinción de la Academia de Ciencias, por su «extraordinaria aportación al desarrollo teórico del marxismo-leninismo»; quiso ser mariscal, y nadie le negó el capri-

cho. Prácticamente incapacitado en sus últimos años, murió el 10 de noviembre de 1982.

Dos días después, Yuri Andrópov fue elegido secretario general. A diferencia de su antecesor, era un hombre de gran inteligencia, cultivado, amante de la lectura, melómano. Sabía que el país necesitaba un cambio radical: la economía no funcionaba; el Partido estaba minado por la corrupción; los recursos se dilapidaban en guerras sin salida (Afganistán, sobre todo) y en ayudas a otros países. Pero había estado muchos años al frente del KGB y era partidario de la mano dura. Convencido de que las reformas solo llegarían a buen puerto si las riendas del poder no se aflojaban, extremó la «vigilancia revolucionaria» y se ensañó con los disidentes. Poco pudo hacer, en cualquier caso. Era un hombre seriamente disminuido por la enfermedad y, además, solo tuvo quince meses por delante: murió de uremia en febrero de 1984. En cuanto a su sucesor, Konstantín Chernenko, otro enfermo crónico que le sobrevivió apenas un año, basta decir que fue el brazo derecho de Brézhnev, y que este era un lince a su lado. Pasó sin pena ni gloria.

* * *

Con astucia, con disimulo, adulando servilmente a sus patrones, llegaron a la cima los sucesores de Stalin. Se hacía lo mismo en todos los niveles del poder, y ello explica la mediocridad de los dirigentes y, en último término, la caída de la URSS. Gorbachov no fue ajeno a esa práctica generalizada: como secretario del Partido en Stavropol, un paraíso frecuentado por la *nomenklatura*, cubría de halagos a los ilustres visitantes con toda clase de ceremonias en su honor. Supo ganarse a los viejos jerarcas, en especial a Andrópov –nacido en la región y asiduo del lugar–, que se convirtió en su gran valedor: logró su traslado a Moscú y, a los pocos meses, convenció a Brézhnev para que le incluyera en el Politburó a pesar de su juventud (tenía

veinte años menos que la mayoría de sus colegas). Sucedió a Chernenko en marzo de 1985.

Sin embargo, su encanto personal y su listeza no hacen de Gorbachov un estadista. Ingenuo, incoherente, indeciso, débil de carácter, fue siempre a remolque de los acontecimientos. Incapaz de usar la fuerza incluso cuando era imprescindible, dejó, por ejemplo, que Yeltsin campara a sus anchas y minara su autoridad sin tomar medida alguna contra él. (Kaganovich, viejo secuaz de Stalin y a punto de morir, al ver por televisión en directo un enfrentamiento entre los dos, exclamó: «¡Estamos acabados!».) Carente de cultura política –si ha leído a Maquiavelo, lo ha hecho tras ser defenestrado– y de sentido de la realidad, quiso reformar el sistema y lo hizo trizas. Resulta incomprensible su ceguera, ya que conocía el pensamiento de su mentor, idéntico al de los chinos: un cambio social de envergadura solo es posible si se mantiene firme el poder. Gorbachov hizo exactamente lo contrario: destruyó el aparato del Estado para eliminar la oposición a sus reformas, y el país entero dejó de funcionar.

Lo tenía todo: la riqueza, la fuerza, la información, la popularidad, incluso la legitimidad; y el orden estaba asegurado. Pero no supo gobernar, y su herencia fue, como en los tiempos posteriores a Iván el Terrible, «el caos, el pecado, la muerte y la desgracia sobre la tierra rusa» (Alain Besançon). La perestroika fue, por sus efectos, un seísmo devastador que destruyó en un lustro la obra de Pedro el Grande, de Catalina y de Stalin; y aplastó al propio Gorbachov, contumaz sin remedio, que siempre se sintió satisfecho de su obra pese a ver el resultado: la URSS hecha pedazos, su riqueza robada impunemente, millones de personas sumidas de golpe en la miseria.

Uno de los grandes errores de Gorbachov fue aceptar la unificación alemana sin contrapartida y permitir que la nueva Alemania perteneciese a la OTAN. Se le prometió verbalmente –«un pacto entre caballeros»– que la Alianza Atlántica nunca se amplia-

ría hacia el Este. ¿Pensaba realmente que Reagan y Bush eran «buenos chicos» dispuestos a secundar su sueño de un mundo bondadoso?, ¿creía que, en aras de la «paz perpetua», dejarían de perseguir el perenne designio americano de hegemonía universal? Reagan, seguro de que Gorbachov no respondería, incumplió el acuerdo inmediatamente, y Clinton debió de pensar que el compromiso no le afectaba. Antes de acabar el siglo XX, la OTAN llegaba a las fronteras de Rusia.

Alexandr Zinóviev, encarcelado en tiempos de Brézhnev, expulsado del país, privado de la ciudadanía soviética, antepuso su patriotismo a su frontal oposición al régimen y, en su artículo «Una tragedia histórica» (*Política Exterior*, vol. V-núm. 22), dice:

> Se intenta ocultar en qué ha consistido exactamente el papel de Gorbachov. Pasarán los años y la posteridad apreciará en su justo valor este papel, a saber, la traición de los intereses nacionales de su país y de su pueblo. No conozco en la historia un caso de traición comparable por su amplitud y sus consecuencias. [...] Si los dirigentes occidentales hubieran colocado a la cabeza del Estado soviético a uno de sus propios políticos, no habrían podido causar un perjuicio tan grande como el que Gorbachov ha infligido a su país.

¿Fue un traidor Gorbachov? Lo fue, al menos, por su insensatez, ya que estuvo, de hecho, al servicio de los enemigos.* Jaleado en todo el mundo mientras conservó el poder, en olor de multitudes cuan-

* En 2002, Mark Harrison publicó un extenso artículo en *Economic History Review* en que sostenía que el colapso de la economía soviética se debió a las decisiones de Gorbachov. Hasta 1987 la productividad y el PNB habían aumentado continuamente, aunque la tasa de crecimiento descendió algo desde los últimos años setenta. Si Gorbachov no hubiera llegado al poder –añade– la economía y el Estado soviético habrían sobrevivido en una situación semejante a la de las décadas anteriores.

do llegaba a otros países –lo que literalmente le extasiaba–, «fue cayendo en el limbo reservado a los estadistas que han naufragado por aspirar a unos objetivos que estaban fuera de su aptitud» (Kissinger). Hace recordar otras citas de los clásicos: «Quien no sabe gobernar es siempre un usurpador» (Carlo Bini); «La mayor impostura es querer gobernar a los hombres sin tener capacidad para ello» (Jenofonte).Y viene a la memoria la *Vida de Marco Bruto,* de Quevedo, quien habla de la «torpeza de la bondad de Marco Bruto», que ejecutaba mal lo que pensaba bien; y añade una frase lapidaria: «Empezó sabio y acabó tonto».

Es tan abismal la distancia entre el primer secretario general y su último sucesor que he querido cerrar este trabajo con una fábula: recreo en la ficción un agrio debate sobre el poder entre Stalin y Gorbachov, en el que ambos pregonan sus *virtudes* y justifican sus actos. Ideada como epílogo del libro, esa enconada disputa –el crudo realismo del primero frente al voluntarismo y la candidez de su oponente– viene a ser una breve *antología* de las más firmes creencias de uno y otro.

Capítulo 2

El mago del poder

Es sabido que Stalin alcanza el poder absoluto eliminando, uno tras otro, a sus iguales. Lo extraordinario es que, sin recurrir a la violencia física, consigue destruirlos políticamente años antes de acabar con ellos. ¿Cómo lo logra? Prodiga por etapas las excelsas *virtudes* que le adornan: paciencia infinita, talento, astucia, prudencia, cinismo, crueldad. Pero, además, resulta que está cargado de razón: pretende sacar al país del atraso medieval y transformarlo a marchas forzadas en una gran potencia capaz de repeler cualquier agresión. Y sus adversarios –unos, por motivos ideológicos o por considerar ilusorio ese propósito; otros, por mero oportunismo– se oponen radicalmente a sus planes y se confabulan para derribarle. Stalin, seguro de sí mismo, puede con todos ellos, desbroza paso a paso el camino hacia la cumbre. Una historia fascinante que demuestra su insuperable maestría en el arte del poder.

A primeros de abril de 1922, la prensa occidental se hacía eco del nombramiento de Stalin por el Comité Central, a propuesta de Lenin, como secretario general del Partido, un nuevo puesto –se subrayaba– «sin trascendencia política alguna». En aquel tiempo, tras la victoria en la guerra civil, la popularidad de Trotski, el mítico creador del Ejército Rojo, era inmensa, comparable a la del propio Lenin. Este, sin embargo, nunca le tuvo por su primer lugarteniente: confiaba más en el «maravilloso georgiano», un trabajador infa-

tigable que desempeñaba con éxito innumerables funciones: entre ellas el nombramiento de cuadros y la Inspección Obrera y Campesina, lo que le daba, de hecho, el control sobre el aparato del Partido. Stalin, además, era el representante del Comité Central en los órganos de seguridad, donde supo granjearse grandes amistades: su director Féliks Dzerzhinski, fundador de la Checa, se convirtió en uno de sus íntimos.

No habían pasado dos meses desde el nombramiento de Stalin como secretario general, cuando Lenin sufría su primer ataque cerebral, que le mantuvo alejado de los asuntos durante casi medio año. Vuelto a la actividad en octubre, con grandes limitaciones, un segundo ictus, a mediados de diciembre, le dejó prácticamente incapacitado. Lenin se engañaba a sí mismo, no percibía la gravedad de su estado: era el líder incontestado y creía dirigir el país mediante las notas que, de tanto en tanto, dictaba para sus colaboradores más cercanos. Pero los altos dirigentes sabían que estaba condenado y se aprestaban a la lucha por la sucesión; tenían en común el pánico a que Trotski, al frente del Ejército Rojo, se alzase con el poder. Y es entonces, tras la recaída de Lenin, cuando Stalin levanta el telón para dar comienzo a su obra más acabada: una impresionante tragedia en cuatro actos, que abarca quince largos años (1923-1938), en la que oficia de director, escenógrafo, tramoyista, incluso de actor, en un papel idéntico al que su admirado Shakespeare solía interpretar en *Hamlet:* el de espectro, pero a escala universal. Si el espíritu del padre asesinado tiene un papel secundario en el drama de Shakespeare, el fantasma de Stalin es una figura trascendente que apenas sale de escena. Es una visión pavorosa que aparece sobre todo en el último acto de la tragedia, el tiempo de las purgas: en el duermevela de cuantos viven estremecidos de espanto, en la atroz vigilia de quienes se saben condenados (Bujarin, en una de las angustiosas cartas que escribe a Stalin desde la cárcel, le confiesa que ha soñado con él).

Son tantos los protagonistas del dantesco drama estaliniano que el riesgo de perderse a lo largo de la trama es evidente. Se prescinde por ello de los fieles, los hombres de confianza de Stalin, aunque alguno de ellos aparece entre bambalinas fugazmente. También se excluyen los cientos de actores secundarios, seguidores de las diversas corrientes opositoras, que fueron eliminados cuando cayeron sus líderes. Quedan así, como *dramatis personae*, siete personajes principales: un alto mandatario sin mácula, oportunamente desaparecido, y los grandes adversarios del secretario general, que no lograron destronarle aun estando a la cabeza del Ejército Rojo, del gobierno, de los sindicatos, de las poderosas organizaciones del Partido en Moscú y Leningrado, de la Comintern (la Internacional Comunista), de la prensa oficial con sus tiradas millonarias, además de integrar, junto con Stalin, el Politburó, el exclusivo sanedrín de siete miembros, órgano efectivo del poder.

LA LUCHA POR EL PODER
Tragedia en cuatro actos

DRAMATIS PERSONAE
*(por orden de desaparición de la escena)**

Lev Trotski, 1925
Mijaíl Frunze, 1925
Lev Kámenev, 1925
Grígori Zinóviev, 1926
Nikolái Bujarin, 1929
Mijaíl Tomski, 1929
Alexéi Ríkov, 1930

LEV TROTSKI (1879-1940). *Su biografía es ampliamente conocida. En 1905, con tan solo veinticuatro años, es elegido presidente del soviet de Petrogrado. Arrestado y deportado en 1906, logra escapar antes de llegar a su destino. Se traslada a Viena, de donde ha de salir en 1914, al estallar la Primera Guerra Mundial. Vive primero en Zúrich y enseguida se instala en París hasta que el gobierno decreta su expulsión de Francia. Se niega a acatar la orden, y la gendarmería le conduce a la frontera española. En Madrid es detenido y pasa algunos días en la cárcel. Se le autoriza a trasladarse a Norteamérica y desembarca en Nueva York en enero de 1917. Unas semanas después, tras la Revolución de Febrero, intenta regresar a Rusia, pero es encarcelado al pasar por Canadá durante más de un mes y solo llega a Petrogrado a primeros de mayo. Se une inmediatamente a Lenin, de quien ha sido adversario largo tiempo, y dirige la insurrección armada a la cabeza del Comité Militar Revolucionario.*

Ilustrado, cautivador, el más brillante escritor y orador bolchevique, Trotski se caracteriza por su ceguera política, su soberbia intelectual y su hones-

* Seis de los personajes abandonaron, de hecho, la escena al perder en el año que se indica los puestos clave que ocupaban, aunque su muerte política no comportó su eliminación física inmediata (entre paréntesis figura el año en que perecieron). En el caso de Frunze, la siniestra partida se jugó justo al revés: salió de escena al sucumbir en el momento oportuno, y en beneficio de Stalin, que heredó acto seguido su importante cuota de poder, el control del Ejército Rojo.

tidad a toda prueba: en su gran Historia de la Revolución rusa *reconoce que, sin Lenin, él no habría podido organizar la insurrección, y que, en cambio, si el propio Trotski hubiera faltado, Lenin se habría bastado para llevarla a buen fin. Creador del Ejército Rojo, recorre miles de kilómetros en su legendario tren blindado durante la guerra civil y, como si gozase del don de la ubicuidad, derrota tanto a los ejércitos zaristas (los guardias blancos) como a las fuerzas extranjeras que invaden Rusia con el propósito de liquidar el poder soviético.*

A la muerte de Lenin –que en su testamento califica a Trotski y a Stalin como los hombres más eminentes del Comité Central– es jefe del Ejército Rojo como comisario del Pueblo para el Ejército, la Marina y las Comunicaciones, y presidente del Comité Militar Revolucionario.

MIJAÍL FRUNZE (1885-1925). *Activista político desde la adolescencia, es detenido en 1904 por primera vez en una manifestación ilegal. Liberado poco después, asiste como delegado a los congresos III y IV del Partido celebrados en Londres y Estocolmo. Arrestado de nuevo en 1907, se le acusa de organizar un atentado contra un suboficial de la gendarmería y es condenado a muerte. La sentencia se conmuta por siete años de trabajos forzados, de los que pasa cuatro en distintos presidios. Desterrado a Siberia para que cumpla el resto de la pena, vuelve a prisión poco antes de quedar libre por haber creado varias células comunistas entre sus compañeros de cautiverio. Logra escapar y se camufla en el ejército: se enrola bajo otro nombre en una de las unidades que luchan contra Alemania en la recién comenzada Primera Guerra Mundial; y reanuda su actividad proselitista entre los exasperados combatientes, a quienes falta de todo.*

Participa en la Revolución de Octubre a la cabeza de un destacamento de soldados desertores captados por él a favor de los bolcheviques. Durante la guerra civil se distingue por sus excepcionales dotes de mando y el fervor que despierta entre las tropas. En 1921 es elegido miembro del Comité Central a propuesta de su amigo Zinóviev. Estudioso, inteligente, preocupado por estar al día en temas militares, Frunze es un hombre idealista, recto,

incapaz de doblez alguna y, en palabras de Trotski –su superior en la guerra civil–, «un jefe militar de gran talento». A la muerte de Lenin es vicepresidente del Comité Militar Revolucionario y adjunto de Trotski en el Comisariado de Guerra; y ejerce, de hecho, como jefe del Estado Mayor General.

LEV KÁMENEV Y GRÍGORI ZINÓVIEV (AMBOS, 1883-1936). *Desde la Revolución, y hasta su muerte, sus nombres van siempre unidos por formar un tándem indisoluble en la acción política. La personalidad del primero (modesto, reflexivo, sensato, clemente) se complementa con la del segundo (vanidoso, exaltado, contumaz, vengativo). Mientras que Kámenev es un* bon vivant *afable, querido por todos, Zinóviev, bajo su apariencia espartana, resulta odioso, según todos los testimonios; su falta de escrúpulos es proverbial. Angélica Balabánov, la gran activista bolchevique, secretaria de la Internacional Comunista, dice en sus memorias,* Mi vida de rebelde: *«Después de Mussolini, a quien conocí mejor y durante más tiempo, considero a Zinóviev el individuo más despreciable que he conocido en mi vida [...] si había que socavar una reputación revolucionaria, Lenin encargaba a Zinóviev la tarea».*

Kámenev, dirigente de los movimientos estudiantiles en San Petersburgo y Moscú, tras ser arrestado en 1902 y pasar varios meses en prisión, se traslada a París, y allí conoce a Lenin y a una hermana de Trotski, que sería su esposa. A su vuelta, es detenido de nuevo y se le niega el reingreso en la universidad. Arrestado repetidas veces, en 1915 es condenado al exilio en Siberia, casualmente en la misma localidad, Turujansk, donde se encuentra Stalin. Este lo observa atentamente un par de días y dice a sus camaradas. «Este hombre no es de fiar, puede traicionarnos.» Regresan juntos a Petrogrado en 1917, tras la abdicación del zar, y ambos entran en la redacción de Pravda. *Kámenev es elegido miembro del Comité Central ese mismo año (Stalin lo es desde 1912).*

Zinóviev, por su parte, conoce a Lenin en Suiza en 1903, y es miembro del Comité Central desde 1907. Al año siguiente es detenido en Petrogrado y cae enfermo en la cárcel. Liberado poco después, se traslada a

Suiza y no regresa a Rusia hasta hacerlo con Lenin en el legendario vagón blindado, en abril de 1917. De hecho, Kámenev y Zinóviev figuran entre los más próximos colaboradores de Lenin: uno en el interior de Rusia, otro a su lado. Pero en octubre de 1917, ambos cometen un verdadero sacrilegio: el día 10, el Comité Central acuerda la inmediata sublevación armada con los únicos votos en contra de Kámenev y Zinóviev; y estos, en carta publicada en Nóvaya Zhizn, *el periódico de Gorki, condenan la proyectada insurrección como «un acto desesperado». Lenin exige su exclusión del Partido y Stalin, con su habilidad característica para ganarse a los* tocados, *se opone firmemente: se toma su tiempo –casi veinte años– para asesinarles. Tras el triunfo de la Revolución, Lenin no tiene mucho donde escoger a la hora de formar gobierno, y los dos traidores continúan en el Comité Central y asumen importantes responsabilidades. No obstante, Lenin, en su testamento, no oculta su resquemor y afirma: «Recordaré solamente que el episodio de octubre de Kámenev y Zinóviev, evidentemente no fue casual». A la muerte de Lenin, ambos son miembros del Politburó y dirigen, como presidentes de los sóviets respectivos, las poderosas organizaciones del Partido en Moscú y Petrogrado. Kámenev, además, es vicepresidente del Gobierno y presidente del Consejo de Trabajo y Defensa. Y Zinóviev es presidente ejecutivo de la* Comintern, *lo que le da un inmerecido prestigio internacional (según Paul Lévi, «el asno de renombre europeo»).*

NIKOLÁI BUJARIN (1888-1938). *Líder nato desde la adolescencia, brillante tribuno, estudioso, gran lector, ingresa en el Partido Socialdemócrata (facción bolchevique) en 1906 y se inicia inmediatamente en el trabajo clandestino. Es detenido en sucesivas ocasiones, pasa varios meses en prisión y huye al extranjero. A finales de 1912 asiste a la Conferencia del Partido en Cracovia, donde conoce a Lenin y a Stalin. Se traslada con este a Viena, donde ambos permanecen más de un mes. Y, a petición de Lenin, le guía en las bibliotecas: Stalin está trabajando en su obra* El marxismo y la cuestión nacional, *y necesita documentarse. En la capital austríaca, en pleno*

invierno y con poco dinero, las horas en la pensión se hacen eternas, y Bujarin lee a su camarada la obra más conocida de Baltasar Gracián (traducida al alemán por Schopenhauer). Un cuarto de siglo más tarde, Stalin dirá con sarcasmo de quien es entonces su enemigo: «Se conoce que el esfuerzo de traducir en voz alta del alemán al ruso le impidió enterarse de lo que leía: no aprendió nada del arte de la prudencia».

En su llamado Testamento, Lenin define a Bujarin como «el niño mimado del Partido», como su más «eminente teórico», aunque añade que sus opiniones no son enteramente marxistas, pues nunca ha estudiado ni comprendido la dialéctica. Algo infantil, en efecto, vehemente, poco flexible, Bujarin se rebela contra la paz de Brest-Litovsk, que pone fin a las hostilidades con Alemania en la Primera Guerra Mundial. No es capaz de comprender que la política claudicatoria de Lenin –que cede a Alemania prácticamente la mitad de la Rusia europea– es una acción inevitable tendente a salvar la Revolución. Bujarin funda sobre la marcha con sus partidarios el periódico Kommunist *y, en su primer número, expresa ardientemente su rechazo: «La paz es la deshonra». Es tanta su cólera que llega a proponer la sustitución de Lenin a la cabeza del Estado. Y, sin embargo, cuando Lenin queda incapacitado, Bujarin sigue siendo miembro del Politburó y secretario del Comité Ejecutivo de la* Comintern; *y dirige el diario* Pravda, *órgano del Partido, en el que escribe diariamente el editorial.*

MIJAÍL TOMSKI (1880-1936). *Militante obrero, toda su carrera se desarrolla en el movimiento sindical. Arrestado varias veces por su actividad clandestina, pasa más de una década en prisión. En 1911 es condenado por última vez: cinco años de trabajos forzados, que cumple íntegramente. Al término de esa condena, se le deporta a Siberia, y allí le sorprende la Revolución de Febrero y la amnistía consiguiente. Antes de regresar a Moscú, lidera la banda de exconvictos que recorren la región para limpiarla de seguidores del régimen derribado. Tras el triunfo de la insurrección de Octubre, es elegido presidente de los sindicatos de Moscú y dirige el periódico de la cen-*

tral sindical de Rusia. Un año después, es nombrado presidente de los sindicatos de todo el país, puesto que conserva durante más de diez años. Goza de gran popularidad entre los obreros y, en el VIII Congreso del Partido (1919), es elegido miembro del Comité Central. Tres años después, en el congreso que aprueba la creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, asciende al Politburó, en el que permanece a la muerte de Lenin sin abandonar la dirección del inmenso aparato sindical.

ALEXÉI RÍKOV (1881-1938). *Hijo de campesino, líder nato desde su juventud, su actividad clandestina es tan intensa que se le tiene por uno de los padres del bolchevismo en Rusia. Entre 1905 y 1917 permanece en prisión, por sucesivas condenas, durante casi seis años, y otros tantos, deportado en Siberia; y en los cortos períodos de libertad, él mismo reconoce no haber estado más de dos meses en el mismo sitio. En una de esas escapadas aparece en Ginebra, donde se encuentra por vez primera con Lenin. Arremete contra este en el Congreso del Partido celebrado en Londres en 1905: no soporta sus métodos dictatoriales. También se opone a las llamadas* Tesis de Abril, *expuestas por Lenin a su llegada a Petrogrado en abril de 1917, en las que rechaza radicalmente cualquier pacto con el gobierno burgués. No obstante, Lenin reconoce su valía como dirigente y, pese a no contarle en absoluto entre sus fieles, le nombra, tras el triunfo de la Revolución, su adjunto y sustituto en el Consejo de Comisarios del Pueblo, que Ríkov, de hecho, dirige desde que aquel queda incapacitado. También ejerce algún tiempo como comisario del Interior y preside el Consejo de Economía Nacional. Durante la guerra civil, se ocupa, además, de los suministros al Ejército Rojo y a la Marina. Su eficacia como gestor es incuestionable, y por ello, al morir Lenin, le sucede, sin oposición alguna, al frente del Consejo (el Sovnarkom, el Gobierno). Su carrera es paralela a la de su amigo Tomski: es elegido miembro del Comité Central en el VIII Congreso (1919) y del Politburó en el XI Congreso (1922).*

ACTO PRIMERO (1923-1924)

Trotski es la primera pieza que abatir. Convertido en leyenda tras sus milagros en la guerra civil, su gran popularidad es pareja a las envidias que despierta; es un hombre engreído y poco sociable, pero un rival temible en la lucha por el poder. Stalin, siempre bien informado, sabe además que Lenin, enfurecido por la cruenta anexión de Georgia –llevada a cabo por la fuerza aprovechando su enfermedad–, intenta recabar la ayuda de Trotski para desalojarle de la Secretaría General. Y prepara meticulosamente la operación de acoso y derribo. Se une a Kámenev y Zinóviev para formar una troika que, en ausencia del líder enfermo, suplanta al Politburó y, en la práctica, dirige el país. En realidad, el amo del Partido ya es el secretario general, que utiliza sus poderes de nombramiento para encumbrar a sus fieles.* Los secretarios regionales saben que sus cargos no dependen de la organización local, sino de Stalin. Y lo mismo ocurre en los congresos del Partido: solo los candidatos de la Secretaría General tienen la oportunidad de ser elegidos como delegados.

Stalin inicia el cerco a su rival con una sutil artimaña en dos tiempos. A comienzos de 1923 –poco después del segundo ictus de Lenin–, en una reunión del Politburó, sin venir a cuento, ataca a Trotski con gran virulencia, acusándole de sed de poder, insinuando que ambiciona heredar al líder enfermo. Trotski, desconcertado, no acierta a responder. Y dos meses más tarde, en otra reunión del Politburó preparatoria del XII Congreso, que debe celebrarse en abril, Stalin hace exactamente lo contrario: propone que sea Trotski quien, en sustitución del ausente, presente el informe del Comité Central por ser su

* En agosto de 1924, cuatro meses después de ser nombrado secretario general, Stalin anuncia por primera vez el número de funcionarios del Partido: 15 325. A comienzos de 1924, cinco días antes de la muerte de Lenin, fija en 3500 los cuadros (los «generales» y «oficiales» del Partido) que deben ser nombrados directamente por el Comité Central. Pero en los dos años siguientes cubre a su conveniencia cerca de 9 000 vacantes de la *nomenklatura*.

miembro «más popular». Sabe de sobra que, tras ser acusado de codiciar el poder, antes que aparecer públicamente como sucesor virtual de Lenin, rechazará rotundamente la propuesta. Es lo que responde Trotski, en efecto: quien debe presentar el informe es el secretario general. No es ese el objetivo de Stalin, no ha llegado su hora: ni se le pasa por la cabeza asumir el papel principal. Cede el protagonismo a Zinóviev –que se ofrece para hacerlo–, un hombre pagado de sí mismo que teme y aborrece a Trotski. Es una jugada maestra. Durante el congreso, Trotski, aunque es aclamado repetidas veces al darse lectura a los mensajes recibidos de todo el país –en la mayoría de ellos, su nombre figura tras el de Lenin–, permanece ausente y abandona con frecuencia las sesiones; Kámenev, elegido para presidirlo, dirige satisfecho los debates; Stalin se mantiene en un discreto segundo plano y Zinóviev está en sus glorias: cobarde por naturaleza,* pierde el temor al vencido y, a partir de ese momento de esplendor, se convierte en el más feroz de sus adversarios. Stalin se repliega, se muestra moderado y conciliador, y deja que Zinóviev y su amigo Kámenev se quemen en la lucha contra Trotski.

En marzo de 1923, Lenin sufre otro ataque que le deja semiparalítico y privado prácticamente del habla y la consciencia. Trasladado a Gorki, un lugar paradisíaco cercano a la capital, Lenin, que padece de insomnio, duerme con sosiego y parece mejorar; pero queda incapacitado, y la lucha por el poder se agudiza. Un nuevo ictus le provoca la muerte el 21 de enero de 1924. Stalin no pierde el tiempo, aprovecha al máximo el *interregno*: durante todo el año redobla los esfuerzos para situar en los puestos clave a sus propios partidarios. En cuanto a Trotski, Stalin comparte con los otros dos *triunviros* la preocupación; debe cesar en el Comisariado de Guerra lo antes posible, no pueden correr el riesgo de que siga al frente del Ejército Rojo.

* Lenin llegó a decir de Zinóviev: «Si él no siente miedo, eso significa que no hay nada que temer».

Zinóviev toma la iniciativa: como Trotski se ausenta con frecuencia por enfermedad, propone al Politburó que sea sustituido por su adjunto, Mijaíl Frunze, un hombre lleno de vigor. No se toma ninguna decisión, y Trotski, en diciembre del mismo año, por sorpresa y a destiempo, envía una Carta Abierta a las organizaciones del Partido de todo el país en la que arremete contra el aparato burocrático del Partido y propone que la vieja guardia se retire y dé paso a jóvenes camaradas íntegros y eficientes. Stalin le contesta en *Pravda* con un sarcástico artículo en el que inquiere: «¿Se incluye Trotski en la vieja guardia bolchevique?».* Si es así, y está dispuesto a sacrificarse, será un indudable «rasgo de nobleza». Y un mes más tarde, en enero de 1924, al iniciarse la XIII Conferencia del Partido –cinco días antes de la muerte de Lenin–, Stalin acusa a Trotski de estar en contra del Comité Central, por encima de sus leyes y decisiones, y de haber «concebido sobre sí mismo la idea de que es un superhombre».

A partir de ese instante, los ataques no cesan y aumenta su virulencia. Zinóviev llega a pedir la expulsión de Trotski del Partido e incluso su arresto. Stalin, hábilmente, se desmarca: denuncia que ese paso sería un atentado a la libre discusión entre camaradas; y escribe en *Pravda* que no se contempla medida alguna disciplinaria contra Trotski y que excluirle de la dirección del Partido «sería inconcebible». Con ello consigue que su adversario tenga a Kámenev y Zinóviev por sus principales enemigos y les dedique toda su artillería: las diatribas del secretario general, un hombre *comedido,* son olvidadas. Esa guerra de desgaste, con Stalin como mudo espectador, se salda con el inevitable triunfo de los triunviros. Trotski, enfermo y asqueado, presenta, a finales de 1924, la dimisión tanto del Comisariado de Guerra como del Comité Militar Revolucionario. Días después, se celebra un pleno conjunto del Comité Central y de la

* La ironía es punzante, ya que Trotski no se unió a los bolcheviques hasta mediados de 1917, en vísperas de la Revolución.

Comisión de Control del Partido con un único punto en el orden del día: el caso Trotski. La resolución presentada contra este ha sido escrita, de su puño y letra, por Zinóviev. Y Stalin hace entonces leña del árbol caído:

> Trotski no ha dicho nada para refutar las acusaciones [...] Es difícil comprender por qué no ha dicho nada para justificarse. Por lo general, las explicaciones se reducen a afirmar que se ha puesto enfermo. [...] El Partido no tiene la culpa de que a Trotski le dé fiebre después de cada uno de sus ataques al Partido.

Pero, de nuevo, se permite hacer gala de moderación. Explica las diferentes propuestas recibidas de las organizaciones del Partido: expulsar de este a Trotski; destituirle del Comisariado de Guerra y del Politburó; dejarle en este, pero despojarle de todos sus cargos. Stalin, naturalmente, apoya la última opción. El pleno acepta la doble dimisión de Trotski y, tras rechazar una moción de Kámenev para que Stalin ocupe ambos puestos –burdo intento de desplazarle de la Secretaría General– nombra para sustituirle, a propuesta de Zinóviev y sin un solo voto en contra, a Mijaíl Frunze. En menos de un año desde la muerte de Lenin, Stalin derriba a su más poderoso adversario.

ACTO SEGUNDO (1925-1927)

Zinóviev se cree cabeza de la troika porque tanto en la prensa como en los documentos del Partido su nombre figura siempre en primer lugar. Stalin, lleno de modestia, aparece el último y sigue dándole coba: deja que también presente el informe del Comité Central en el XIII Congreso del Partido, celebrado poco después de la muerte de Lenin. Zinóviev, además, se siente reforzado al tener a un buen amigo como jefe del Ejército Rojo. Frunze es otro héroe popular,

distinguido en la guerra civil, antiguo y fiel colaborador de Trotski, que goza de gran simpatía entre sus camaradas. Stalin viene renovando con gente fiel el personal del Comisariado de Guerra, pero no puede dejar las cosas como están cuando ya tiene en el punto de mira a Kámenev y Zinóviev. Se ve obligado, por tanto, sin tener motivo alguno para hacerlo, a deshacerse de Frunze. Este, desbordado de trabajo, sometido a un gran estrés, comienza a tener problemas gástricos que le debilitan seriamente y le obligan a guardar cama con frecuencia.* Y el Comité Central, a propuesta de Stalin, que se apoya en un informe de los médicos del Kremlin recomendando la intervención quirúrgica, decide que Frunze debe operarse; y este, pese a sus reticencias, obedece disciplinadamente. La supuesta úlcera se revela inexistente, pero Frunze, enfermo del corazón, debido probablemente a una dosis inadecuada de anestesia, muere tres días después, a finales de octubre de 1925: ha estado menos de diez meses al frente del Ejército Rojo. Stalin va dos veces al hospital: la primera, para interesarse por la salud del enfermo y, tras el fallecimiento, para rendir homenaje al difunto. Y logra sin problemas situar en el Comisariado de Guerra a Voroshílov, uno de sus secuaces. En las espectaculares exequias de Frunze, en la Plaza Roja,** Stalin, en nombre del Comité Central y visiblemente afectado, pronuncia un sentido *responso*:

* Años antes que Frunze, también Trotski sufre diversas dolencias que le producen un gran cansancio y solo desaparecen cuando sale de Moscú. Debido a ellas, se encuentra *oportunamente* en el mar Negro cuando muere Lenin y es el gran ausente en su funeral. Es asombroso que entre los crímenes de Stalin desvelados en el Informe Secreto de Jruschov no figure el uso del veneno. El profesor Mairanovski, toxicólogo oficial en aquel tiempo, maestro reverenciado por quienes, hasta hoy mismo, siguieron su oficio en los servicios secretos rusos, nunca fue molestado: murió en su cama en 1964.

** Once años más tarde, Stalin repite el *show* funerario secuencia por secuencia. En junio de 1936, Gorki, sometido a *cuidados paliativos*, se encuentra en su casa moribundo. Stalin va a visitarle y pide a sus allegados que, si recupera la conciencia, le digan que ha ido en persona a interesarse por su estado. El viejo escritor fallece poco después, y el espectáculo funerario que monta su asesino es inenarrable.

> Camaradas: No me encuentro en condiciones de pronunciar un largo discurso; mi estado de ánimo no me lo permite. Diré únicamente que en el camarada Frunze hemos perdido a uno de los revolucionarios más puros, más honrados y más intrépidos de nuestro tiempo, [...] a uno de nuestros dirigentes más fieles y más disciplinados, [...] el ejército ha perdido a uno de sus jefes y organizadores más queridos y respetados. Por eso es tan grande el dolor que el Partido siente por la muerte del camarada Frunze. [...] Que este corto discurso mío sea la expresión de ese dolor, que es infinito y no necesita de muchas palabras.

Con el Partido y el Ejército bajo control, Stalin emprende el derribo de Kámenev y Zinóviev. Lleva meses provocándolos, realizando nombramientos y tomando decisiones sin contar con ellos. Los dos *triunviros* protestan y, al no recibir respuestas convincentes del secretario general, deciden plantarle cara cuando es demasiado tarde. Lo hacen con ocasión de la más controvertida decisión de Stalin, quien, lúcido y realista, consciente de que la toma del poder por los comunistas en el resto de Europa es un sueño irrealizable, proclama «el socialismo en un solo país», una auténtica aberración para cuantos creen, con Trotski a la cabeza, que el deber de todo bolchevique es «la revolución permanente». Kámenev y Zinóviev, más por oportunismo que por convicción, dando por seguro que la mayoría del Partido estará con ellos, se oponen frontalmente, creen tener una baza decisiva para derribarle: califican la tesis de Stalin de mesianismo nacional, de estrechez de miras, de traición a los ideales de la Revolución. En octubre de 1925, unas semanas antes de la muerte de Frunze, se inician los preparativos para el XIV Congreso del Partido, convocado para finales de año. Y los dos triunviros, junto con Nadezhda Krúpskaia, viuda de Lenin, y otros camaradas, exigen un debate libre sobre la decisiva cuestión, en el que todos los miembros

del Partido puedan expresar sus opiniones. El Comité Central, copado por los partidarios del secretario general, rechaza abruptamente la propuesta.

Stalin cree llegado el tiempo de quitarse la careta y dejar claro quién manda. En abril había aceptado «humildemente» que Tsaritsin, la ciudad del Volga que él había defendido en la guerra civil, cambiase su nombre por el de Stalingrado. El 7 de noviembre, en el número extraordinario de *Pravda* conmemorativo de la Revolución, un largo artículo suyo aparece en la primera página, y el de Zinóviev queda relegado a la tercera (justo un año antes, el de Zinóviev, como máximo representante del Politburó, figura en la primera página: los de Trotski y Ríkov, como jefes del Ejército Rojo y del Gobierno, aparecen en la segunda, y Stalin ni siquiera es mencionado). Por otra parte, convoca a Krúpskaia y le dice brutalmente que si sigue incordiando, él *descubrirá* sin dificultad otra viuda legítima del líder desaparecido. Ella, obviamente, se desliga de la oposición.

El 18 de diciembre de 1925 se inaugura el XIV Congreso del Partido, y es Stalin quien presenta, en lugar de Zinóviev, que lo ha hecho en los dos congresos anteriores, el informe de gestión del Comité Central.* Su discurso es una refinada muestra de cinismo. Empieza recordando a la audiencia el ensañamiento de Kámenev y Zinóviev con Trotski (este asistía al congreso y seguía en el Politburó):

> ¿Dónde empezaron nuestras divergencias? Empezaron al discutirse el problema de «cómo proceder con Trotski». [...] En 1924 proponían que se expulsara a Trotski del Partido. [...] Nosotros nos manifestamos disconformes, obtuvimos la mayoría en el Comité Central y nos limitamos a retirar a Trotski del

* Stalin seguirá presentando el informe del Comité Central en congresos sucesivos; hasta el celebrado en octubre de 1952, a cuatro meses de su muerte, cuando cede el testigo a Malenkov.

> cargo de comisario del Pueblo de Asuntos Militares y Navales. No estuvimos de acuerdo con Zinóviev y Kámenev porque sabíamos que el método de la amputación, el método de la sangría –y ellos exigían sangre– es peligroso, contagioso: hoy se amputa a uno; mañana a otro; pasado mañana a un tercero. ¿Quién quedaría, entonces, en el Partido? [...] Eso no quiere decir que se permitirá a los jefes ponerse caprichosos y montarse a lomos del Partido impunemente. Perdonen, pero no será así. No haremos reverencias a los jefes. Nosotros estamos por la unidad, contra la amputación. La política de amputación nos repugna. El Partido desea la unidad y la logrará con Kámenev y Zinóviev si ellos lo quieren; sin ellos, si no lo quieren.

El congreso condena a la oposición y aprueba «el socialismo en un solo país». Kámenev es degradado de miembro del Politburó a aspirante a serlo (debe portarse bien) y, lo más importante, pierde para siempre la base de su poder, la dirección del Partido en la capital, su *feudo* de Moscú. Se amplía la composición del Politburó a nueve miembros, y Stalin coloca en él a tres de sus más fervientes partidarios. Y por primera vez se deja aclamar como «el jefe en torno al cual se une el Comité Central».

La derrota de Kámenev y Zinóviev es aplastante. Exasperados, se vuelven hacia su antiguo enemigo, al que han hecho caer en beneficio de Stalin. Trotski no habla con ellos desde 1923, los desprecia públicamente, tiene a Zinóviev por «el más perverso de sus adversarios». Pero se reúne con ambos y acepta tácitamente esa alianza espúrea, con la vana esperanza, compartida por los tres, de que uniendo sus fuerzas –la masa de sus partidarios–, lograrán derribar al secretario general. La respuesta es fulminante: Stalin los acusa de hipocresía, de doblez, de falta de principios. Y en febrero de 1926, dos meses después que Kámenev, Zinóviev pierde también el fundamento de su poder, la jefatura del Partido en Leningrado.

Es su muerte política. El antaño primer *triunviro* se suma a la lista de los defenestrados por un rival implacable al que todos ellos han tomado por mediocre.

Una vez conseguido su objetivo –desplazar del poder real a Kámenev y Zinóviev–, Stalin se muestra conciliador. En una reunión del Partido se pregunta: «¿Queremos que continúen en el Comité Central los líderes de la oposición?»; y se responde benévolamente: «Yo creo que sí». Pero los opositores no cejan en su empeño: montan imprentas clandestinas, sacan a la calle a sus partidarios, intentan organizar huelgas. Trotski llama a Stalin «el enterrador de la Revolución» y profetiza que la derrota de la oposición llevará inevitablemente a la expulsión del Partido de sus líderes. Stalin responde que esa afirmación «es mendaz, carece de todo fundamento». Pero no oculta que habrá represalias: «En el arsenal de nuestro Partido –dice– nunca se han excluido las represalias». Kámenev pierde todos sus cargos (vicepresidente del gobierno, comisario de Comercio, miembro aspirante del Politburó, presidente del Instituto Lenin) y es enviado a Roma como representante soviético. Zinóviev es destituido de la presidencia de la Internacional Comunista y sale, junto con Trotski, primero, del Politburó, seis meses después, del Comité Central y, por último, se cumple la predicción de Trotski: ambos son expulsados del Partido por «actividades contrarrevolucionarias» en noviembre de 1927, cuando se celebra a bombo y platillo el décimo aniversario de la Revolución. Y ello les obliga a abandonar inmediatamente sus apartamentos del Kremlin. Al finalizar el segundo acto, Stalin ya ha desalojado del poder a la mitad de sus rivales.

ACTO TERCERO (1928-1930)

En la lucha contra Kámenev y Zinóviev, Stalin ha contado con el sostén del ala más conservadora del Partido, encabezada por Bujarin

y a la que pertenecen Tomski, al frente de los sindicatos, y Ríkov, jefe del gobierno. Stalin repite la jugada, y resulta increíble que sus nuevos aliados no lo perciban. Del mismo modo que Zinóviev es el ariete principal en la lucha contra Trotski, Bujarin lleva el mayor peso en la campaña contra aquel. Acude a asambleas interminables de punta a punta del país; pasa las noches en las estrechas literas de los trenes; escribe un artículo tras otro; pronuncia infinidad de discursos contra la oposición. Durante cuatro meses seguidos realiza esa actividad extenuante y, al cabo de ellos, confiesa que está agotado, que no se mantiene en pie. ¿Cómo no se da cuenta de que está siendo utilizado por Stalin?

Bujarin acusa a Kámenev y Zinóviev de indignidad y desvergüenza por su alianza con Trotski y afirma que «solo los cobardes o los charlatanes políticos pueden comportarse de tal forma». Y en una conferencia del Partido celebrada en el otoño de 1926 pronuncia el más encendido discurso en apoyo de Stalin y es tan cruel como este al burlarse de la llamada Oposición Unida (Trotski, Kámenev, Zinóviev). Trotski, por cierto, desde su lugar de destierro (Alma-Atá),* profetiza –pésimo en la acción política, lúcido siempre en el análisis– que la derrota de los tres irá seguida de la inevitable conversión en oposición de los conservadores: «se producirá una nueva lucha en la que uno desenmascarará a Ríkov, otro a Tomski, y otros destronarán a Bujarin», y añade: «solo un zoquete irrecuperable puede no caer en la cuenta de lo inevitable de esta perspectiva».

Bujarin se tiene por amigo de Stalin –desde su estancia en Viena, en 1912, donde compartieron habitación durante un mes– y defiende, convencido, el «socialismo en un solo país» siempre que este se realice sin violencia, «a paso de tortuga». Pero los propósitos de Stalin son otros: quiere industrializar la URSS a marchas forzadas y

* En enero de 1928, Trotski fue desterrado a Kazajistány y, un año después, expulsado de la Unión Soviética.

modernizar la agricultura mediante la colectivización del campo; y ello implica poner en tensión al pueblo y exigirle enormes sacrificios. Los conservadores se oponen radicalmente: los privilegiados del régimen, los incontables funcionarios del Estado –solo entre el aparato estatal y los sindicatos, cerca de dos millones, frente a treinta o cuarenta mil funcionarios del Partido– tienen, como única aspiración, vivir cada día mejor sin gran esfuerzo. Ese espíritu se extiende a otros estratos de la sociedad. Diez años después de la Revolución, el país entero se ha aburguesado y es, por tanto, mayoritariamente *bujarinista*. Simultáneamente, por contradictorio que resulte, Bujarin y sus seguidores critican a la burocracia del Partido, verdadera detentadora del poder, correa de transmisión de los designios del secretario general. Mucho antes de que se produzca la ruptura con Stalin, en las páginas de *Pravda*, cuyo director es Bujarin, y en mítines y reuniones, no se ahorran ataques a la falta de democracia, al modo dictatorial de conducir el país. Stalin se enfrenta, pues, a una oposición de múltiples facetas, mucho más consistente que la de sus antiguos adversarios.

Un influyente feudo de Bujarin es el Instituto de Profesores Rojos, pilar intelectual del nuevo régimen, creado por Lenin en 1921 para terminar con el monopolio burgués de la enseñanza superior. Con alto nivel cultural, imparte inicialmente ciencias sociales sin cortapisas ideológicas, y de él salen, excelentemente formados, nuevos dirigentes y futuros popes del mundo académico. Los alumnos proceden de la élite bolchevique y, debido a su posición y su juventud, son abiertamente contestatarios. Están, por principio, en contra de lo establecido y, a diferencia de lo que sucede en las células y asambleas del Partido, y en sus amañados congresos, debaten con pasión, de modo democrático, las cuestiones políticas sin temor alguno. En diciembre de 1923, poco antes de la muerte de Lenin, convocan una asamblea para discutir la Carta Abierta dirigida al Partido por Trotski ese mismo mes –en la que ataca a la vieja guardia– y la sarcástica res-

puesta de Stalin en *Pravda* el día anterior. La asamblea, en la que intervienen decenas de estudiantes, dura más de quince horas: empieza después del almuerzo y termina a las seis de la mañana del día siguiente. En presencia de Kámenev, que asiste a la reunión en representación de la troika y defiende la postura oficial, se aprueba la carta de Trotski y se condena el artículo de Stalin por noventa votos contra cuarenta. El Instituto es, por tanto, en aquel entonces, mayoritariamente trotskista, y ello obliga a realizar una limpieza a fondo de profesores y alumnos. La depuración, con la connivencia de Stalin, es dirigida por Bujarin, «el máximo teórico y niño mimado del Partido» –según Lenin–, que pasa a convertirse en el patrón virtual del centro y en su más prestigioso maestro y conferenciante. Lleno de estudiantes privilegiados, con condiciones de vida aceptables y excelentes perspectivas de futuro, el Instituto de Profesores Rojos se transmuta en el alma del *bujarinismo* más conservador.

Lo demuestra un hecho asombroso, ocurrido cuando Stalin ya lleva dos años dirigiendo el país prácticamente en solitario. El 28 de mayo de 1928, a la hora del almuerzo, se anuncia a los alumnos que ese mismo día, a las seis de la tarde, tendrá lugar una importante conferencia en la que intervendrá uno de los líderes del Partido. Los estudiantes, que no tienen ni idea de quién puede ser el orador, entran en el auditorio media hora antes para ocupar sus asientos y rompen a reír a carcajadas. En el estrado, a un lado de la presidencia, se encuentra un retrato de Stalin, de cuerpo entero, con la cabeza cortada y tirada a sus pies. Fijado en su pecho, un cartel confeccionado con letras de periódico recortadas dice: «El proletariado no tiene nada que perder salvo la cabeza de Stalin. ¡Proletarios de todos los países, regocijaos!».* El escándalo es mayúsculo, aunque el direc-

* Se trataba de una parodia de las últimas frases del *Manifiesto Comunista*: «Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella salvo sus cadenas».

tor del centro –un protegido de Bujarin–, que acude inmediatamente, no exterioriza su enfado. El retrato es sustituido por otro menor que se encuentra a mano, y Stalin llega con su comitiva puntualmente.

Empieza su intervención, como hace a menudo, con una pregunta que se dirige a sí mismo: «¿Cómo resolver las deficiencias en la producción de cereales?». Continúa con un largo discurso de casi dos horas repleto de datos estadísticos y de citas de Lenin. Explica que en el país se emplean todavía no menos de cinco millones de arados primitivos y concluye proclamando la solución a los problemas:

> ... pasar de las pequeñas haciendas campesinas, atrasadas y dispersas, a haciendas unificadas, grandes, colectivas, dotadas de máquinas, pertrechadas con los adelantos de la ciencia. [...] La salida es pasar de la hacienda campesina individual a la hacienda agrícola colectiva.

Cuando termina, se dan unos minutos de receso para que los asistentes presenten sus preguntas por escrito. Al reanudarse la sesión, Stalin, que ha separado en tres partes las notas recibidas, anuncia que contestará a las preguntas más importantes. Una voz se levanta pidiendo que responda a todas por mucho que dure la sesión, y Stalin accede sonriente. Una de las preguntas dice: «Si los campesinos se niegan a aceptar voluntariamente su plan de colectivización, ¿piensa que deben ser colectivizados a la fuerza?». Stalin no pierde la sonrisa y contesta con una cita de Lenin: «La dictadura del proletariado es el poder absoluto basado en la violencia». Ese inaudito incidente muestra hasta qué punto Stalin es todavía contestado en el seno del propio Partido.*

* El furor de Stalin debió de ser inmenso. Dos días después de la agitada sesión, el cuerpo de docentes casi al completo es destituido, y algunos profesores, arrestados; y en las semanas si-

Se ve obligado a luchar en varios frentes y lo hace sin dar un paso atrás, dispuesto a liquidar de una vez por todas la resistencia a sus proyectos. Ha explicado hasta la saciedad que el país lleva un retraso de más de medio siglo respecto a las naciones industrializadas y que el riesgo de una nueva intervención extranjera para derribar el poder soviético sigue latente; hay que superar, por tanto, a los países capitalistas avanzados en el aspecto técnico-económico. «O lo hacemos en diez años –dice– o seremos aplastados.» No está dispuesto, en consecuencia, a aceptar el socialismo «a paso de tortuga» de Bujarin, ya que ello sería renunciar a sus dos objetivos primordiales: en la industria, «el desarrollo a marchas forzadas» para proporcionar máquinas al campo y producir armas, tanques, aviones; en la agricultura, acelerar la colectivización forzosa para modernizar la producción.* Stalin no oculta que, no teniendo acceso al crédito exterior, la única fuente de recursos para financiar la industrialización acelerada es la exportación de grano; lo que Bujarin define como «la explotación militar-feudal del campesinado», frase que Stalin no le perdona (de hecho, le cuesta la vida).

En el acto tercero Stalin muestra al máximo su virtuosismo en el arte del poder. Tiene en contra a la gran mayoría de los campesinos, con alto riesgo de un levantamiento, y a buena parte de la población urbana; y así lo reconoce: «el Partido está cercado de ideas y aspiraciones pequeñoburguesas» que anidan en las organizaciones administrativas y sindicales; en el mismo Partido; en la gente aco-

---

guientes, decenas de alumnos son expulsados. Cuatro años más tarde, en 1932, Stalin consuma su venganza: el Instituto de Profesores Rojos cierra sus puertas para siempre.

* Gracias a la colectivización, el campo pudo alimentar a las ciudades y al Ejército Rojo en la guerra. En cierta ocasión, Hitler afirmó: «Nunca pude imaginar que Stalin fuese capaz de alimentar a su pueblo». En 1942 realizó una rápida visita al puesto de mando de un Grupo de Ejércitos y aprovechó el viaje para detenerse en algunos lugares de la zona ocupada. Goebbels escribió en su Diario: «En el curso de su última ronda de inspección en el frente del Este, el Führer ha podido observar que la población desborda de salud en los territorios ocupados, a diferencia de una parte del pueblo alemán».

modada que pertenece a esos aparatos y en cuantos pretenden «adaptar nuestra política a los gustos y necesidades de la burguesía soviética». Stalin cuenta con una amplia mayoría en el Comité Central, pero Bujarin ha sido su aliado durante cinco años en la lucha contra Trotski, Kámenev y Zinóviev; además, goza de un inmenso prestigio entre la *intelligentsia* del régimen; utiliza las páginas de *Pravda* para defender sus ideas y lleva la polémica a las células del Partido e incluso al diezmado Instituto de Profesores Rojos, donde sigue contando con numerosos partidarios. ¿Cómo derribarle sin que el escándalo sea mayúsculo? Stalin realiza dos jugadas maestras, hace caer a su nuevo adversario en dos trampas saduceas.

En primer lugar, crea un comité paritario con objeto de limar las diferencias entre unos y otros; y un día, tras una larga discusión, aparenta estar dudoso y pide a Bujarin –cuya pasión por la pluma conoce– que ponga por escrito las tesis de su grupo. Ríkov adivina la intención de Stalin –tener pruebas en el momento oportuno– e intenta convencer a sus compañeros para que no lo hagan, pero estos insisten, y él firma el extenso documento junto con Bujarin y Tomski.

Por otra parte, Stalin intuye que, más pronto o más tarde, Bujarin, al verse en minoría, repetirá el error de los viejos *triunviros* al aliarse con Trotski y buscará el apoyo de sus antiguos adversarios. Como Zinóviev ha sido expulsado del Partido, hace regresar de Roma, donde ha estado un año como plenipotenciario soviético, a Kámenev y le utiliza como cebo. Y, efectivamente, en el verano de 1928, Bujarin va a verlo a su apartamento (ambos siguen viviendo en el Kremlin) y se despacha contra Stalin: le llama «asesino a lo Gengis Kan». Kámenev escribe una amplia reseña de la conversación y se la envía al excomulgado Zinóviev. No sospecha que el mensajero pertenece al NKVD y que el texto, una vez copiado, cae en manos de Stalin antes de llegar a su destino. Este, que ya tiene la grabación íntegra de la entrevista, dice la mar de satisfecho a Mólotov: «Ellos mismos se han

encerrado en su ataúd. Lo único que necesitan es la tumba». Ordena que se publique la misiva de Kámenev a Zinóviev sobre su conversación con Bujarin y acusa a todos ellos de deslealtad, de fraccionalismo, de falta de principios: tiene argumentos más que suficientes para calificar la desviación derechista –hasta entonces una controversia entre camaradas– de movimiento contrarrevolucionario, tendente a la restauración del capitalismo. Exhibe las tesis *burguesas* de Bujarin como testimonio: «aquí está el documento que lo prueba, con vuestras firmas», dice en una reunión del Politburó, al que Bujarin, Tomski y Ríkov siguen perteneciendo. El último se lamenta en privado: «¡Cuántas veces repetí a Bujarin que era un gran error poner sus puntos de vista por escrito!».

El *show* continúa. En un pleno del Comité Central, celebrado en abril de 1929, Stalin se refiere a su antigua amistad con Bujarin:

> El factor personal es una minucia y las minucias no valen la pena. [...] Bujarin hablaba de su correspondencia personal conmigo [de la que] se desprende que nosotros, ayer todavía amigos, discrepamos ahora en política y no sabemos respetarnos. Creo que todas esas jeremiadas y lamentaciones no valen un comino: no somos una tertulia familiar, no somos una peña de amigos personales, sino el partido político de la clase obrera. [...] Una cosa es la amistad y otra cosa es el deber.

Aunque el Comité Central, copado casi al completo por sus partidarios, es, desde hace tiempo, una simple correa de transmisión de su voluntad soberana, Stalin guarda las formas y añade:

> Hago las propuestas siguientes: hay que condenar las negociaciones entre bastidores de Bujarin con el grupo de Kámenev como la expresión más flagrante de la deslealtad, [...] y hay que destituir a Bujarin y a Tomski de los puestos que ocupan. Cier-

> tos camaradas insisten en que se expulse inmediatamente a Bujarin y a Tomski del Politburó. No estoy de acuerdo con esos camaradas. Opino que, por ahora, no es necesaria una medida tan extrema.

Las propuestas obviamente son aprobadas y Stalin sigue quemando etapas en su camino hacia la cima: despoja del poder efectivo a otros dos de sus adversarios. Bujarin pierde la secretaría general de la Internacional Comunista, que ocupa desde que esta fue creada en 1919; y cesa en la dirección de *Pravda*, el periódico del Partido con millones de suscriptores, en el que escribe diariamente defendiendo su posición. Y Tomski es destituido de la dirección central de los sindicatos soviéticos. Stalin siempre actúa paso a paso y salva a Ríkov, de momento; aquella misma tarde se presenta alicaído en el apartamento de este y ahoga en vodka, con lágrimas de cocodrilo, su inmensa pena por haber tenido que volverse contra su amigo Bujarin.

¿Por qué no los expulsa del Politburó? Conoce bien la naturaleza humana y sabe que, con tal de mantenerse en el sanedrín, ellos aceptarán disciplinadamente la pérdida de sus cargos. Realizado el traspaso sin problemas, los echará unos meses después. Y el año siguiente, a mediados de 1930, hace lo mismo con Ríkov, que sale simultáneamente del Politburó y de la jefatura del Gobierno, en la que es sustituido por Mólotov: es el último en ser desalojado del poder real. A partir de entonces, el Comité Central por entero y los altos puestos del Partido y del Estado son ocupados por fieles de Stalin. Este presidirá desde ese momento, cosa que venía haciéndose por turno, un Politburó sin fisuras. Seis años después de la muerte de Lenin, Stalin es el líder único, el *vozhd*, el *joziain*, el amo, el patrón.

ACTO CUARTO (1931-1938)

Los «excomulgados» no solo pierden enormes privilegios, sino que, fuera del Partido, carecen de futuro. Tratan, por ello, de evitar su muerte política y se someten sin condiciones, se humillan, aceptan todo lo que se les exige: abjuran de sus ideas, reconocen el carácter inadmisible de su actividad fraccional. En el verano de 1928, Zinóviev y decenas de sus partidarios son readmitidos, y lo mismo sucede en los años siguientes con otros líderes y sus respectivos seguidores. Stalin, naturalmente, no se fía de los arrepentidos: «quien nace lobo –dice– es siempre lobo». Los coloca en instancias gubernamentales, nunca en el aparato del Partido ni en los servicios secretos, y no le faltan razones. Sus enemigos desempeñan un papel similar al de los nobles en lucha contra el poder real, y Stalin considera a Iván el Terrible culpable de los disturbios posteriores a su muerte por no haber liquidado completamente a las más poderosas familias del reino; él no cometerá ese error.

Por otra parte, desde el ascenso de Hitler al poder, sabe que la guerra con Alemania es inevitable y conoce la llamada «tesis Clemenceau»: cuando se producen los primeros reveses, es seguro un golpe de Estado para «salvar» el país; solo se evita con un pueblo sólidamente unido a su gobierno, y Stalin no se para en barras para conseguirlo. Lo asombroso es que los antiguos disidentes estén convencidos de que sus vidas no corren peligro, aunque eventualmente puedan ser arrestados. Uno de ellos afirma con ingenuidad: «Cuando se tienen tantos vastos espacios y tanta estepa a su disposición, la guillotina es innecesaria».

En tres tragicomedias judiciales, Stalin liquida a todos sus viejos adversarios.* Sigue el discurso del llamado «apóstol de la masa-

* Salvo a Trotski, asesinado en México, en agosto de 1940. Al producirse la invasión alemana en 1941, también fueron asesinados, en previsión de revueltas y por orden directa de Stalin, unos 20 000 presos trotskistas que cumplían condena en los campos siberianos del río Kolimá.

cre», Marat, uno de sus ídolos: de la prisión y del exilio se regresa, y es absolutamente necesario que los acusados no puedan volver jamás. En el primer proceso, celebrado en agosto de 1936, caen Kámenev y Zinóviev. Se dicta sentencia el día 20, y el 23, Tomski, convencido de que a esa condena seguirán las de los demás, se suicida. El último proceso (marzo de 1938) se salda con la ejecución de Bujarin y Ríkov acusados de traición. ¿Cuántos seguidores de unos y otros son ajusticiados? En tiempos de Gorbachov, la KGB da a conocer el número de miembros del Partido condenados a muerte durante las purgas por «crímenes contrarrevolucionarios»: cerca de 800 000 (algo más de un millar en 1936; el resto, entre 1937 y 1938, los años del Gran Terror). Como es lógico, Stalin también descabezó el Ejército, protagonista universal de los levantamientos contra el poder constituido.

Con las purgas termina el acto final de la tragedia. Cae el telón y Stalin sale al proscenio. Pronuncia cuatro palabras para anunciar la buena nueva: «La purificación ha terminado».*

* George Kennan (1904-2005) formó parte del equipo del primer embajador estadounidense en la URSS, William Bullit, y permaneció en Moscú desde finales de 1933 hasta mediados de 1937. Regresó a la Unión Soviética en 1944 como ministro-consejero, segundo del nuevo embajador, Averell Harriman. A poco de llegar escribió un extenso memorándum sobre las tendencias de la política estalinista en los planos económico, cultural, social, internacional... En ese informe, *Rusia, siete años después*, un lúcido análisis de la realidad soviética, Kennan sostiene que, con las purgas de los años treinta, «el barco del Estado se había liberado de las amarras del dogma comunista», y que Stalin no era un revolucionario internacional, sino un autócrata, un zar, con el mismo designio que sus predecesores: la expansión imperialista. Sin negar la mayor, y al margen de la ideología, la «purificación» de Stalin –esos 800 000 miembros del Partido ejecutados– tenía como objeto primordial la unión sin fisuras del pueblo ante los retos que lo esperaban; era imprescindible acabar con el guirigay dialéctico, tan parecido al de la Revolución francesa (que él conocía profundamente). Asimismo, con las purgas, Stalin consolidó su poder absoluto, sin el cual no hubiera podido modernizar de arriba abajo el país: la industrialización a marchas forzadas, la colectivización, el fortalecimiento militar y tantos otros logros que no se hubieran conseguido sin violencia y sin la universalización de la cultura, «el oxígeno que precisamos» (Stalin *dixit*).

Primera parte

STALIN Y LOS LITERATOS

Capítulo 3

El amor a los libros

Como en una parábola bíblica, el caprichoso azar, al que Stalin debe en gran parte su fortuna, y el mítico número por él preferido –presente incluso en el ritual de sus crímenes–* aparecen ya en su oscura filiación. Se le atribuyen siete padres biológicos posibles, incluido, claro está, quien legítimamente lo era. Dos de ellos figuran entre los candidatos sin nada que lo justifique, por tratarse tan solo de presuntos amantes de Keke, la madre de Stalin –una muchacha abierta y atractiva, casada con un alcohólico–, en el tiempo de su embarazo. Otros tres cuentan con mejores credenciales, ya que, según todos los indicios, tuvieron con ella relaciones estables y hogareñas frecuentes en la época. El último, en fin, entra en liza porque supuestamente también las tuvo en virtud del tácito derecho del señor a ser satisfecho en sus caprichos. Keke, muy apreciada por su buena presencia y su disposición para el trabajo, pasaba breves temporadas en mansiones de la nobleza cuando en ellas se celebraban sucesivos festejos en honor de sus huéspedes. ¿Qué sirvienta podía negarse si alguno de estos la requería? De ahí surge la leyenda de que Stalin era hijo del famoso explorador ruso Nikolái Przhevalski, un hombre brillan-

* Durante las purgas de los años treinta, los condenados eran ejecutados con un tiro en la nuca, de siete en siete, por riguroso orden alfabético.

te y cultivado, amante de la aventura,* que había pasado varias semanas en el palacio de uno de sus amigos (un príncipe de Georgia), donde Keke oportunamente se encontraba; ello explicaría la versátil personalidad de Stalin. Algún que otro historiador defiende como posible esa opción maravillosa. Se afirma que Przhevalski era homosexual, y se responde que no lo era de modo excluyente. Se demuestra que no se encontraba en Gori cuando Stalin fue concebido, y se arguye que este retrasó la fecha de su nacimiento (la inscrita en el registro parroquial es, en efecto, anterior en más de un año a la oficialmente establecida). Lo cierto es que, junto a varios rasgos psíquicos comunes, el parecido físico entre ambos es asombroso (puede observarse en la estatua de Przhevalski que se encuentra en los jardines del Almirantazgo, en San Petersburgo).

En cualquier caso, lo que no ofrece duda es que Keke siempre contó con el afecto y la protección de tres hombres acomodados en cuyas casas había servido. Trataban al niño como a un miembro más de la familia: convivía y jugaba con sus hijos; le enseñaron a leer y escribir; se ocuparon de su educación. Gracias a ellos, entró en la escuela parroquial de Gori –la Escuela Eclesiástica solo admitía hijos de clérigo y se le hizo pasar por tal– y en el seminario de Tiflis. Si es cierto, como afirma uno de sus biógrafos, que Stalin comenzó a leer la Biblia cuando tenía seis años, solo pudo hacerlo en casa del más ilustrado de sus «padres adoptivos» –un clérigo culto y borrachín–, ya que el libro sagrado no se tradujo al ruso hasta 1870 y su difusión en Georgia era muy limitada; no existía la costumbre, salvo en las clases altas y en versión francesa, de leer la Biblia en familia.

* Exploró el Tíbet, el Asia Central y el Extremo Oriente siberiano. Su más célebre continuador fue Vladímir Arséniev, muy admirado por Stalin, autor de *Dersu Uzala* (1923), relato en el que se inspiró Akira Kurosawa, medio siglo más tarde, para su conocido filme del mismo nombre.

Es natural que, en ese entorno favorable, el amor a los libros se despertase pronto en el muchacho. Pasó sin dificultad las pruebas de ingreso en la escuela parroquial: oraciones, lectura, aritmética, ruso elemental. Como le obsesionaba ser el primero en todo, nunca se perdía una clase y estudiaba tenazmente. Aunque era un chico de la calle, y en ella tenía su propia panda, aprovechaba el resto de sus ratos libres, y buena parte de la noche, para leer a la luz de una vela cuanto caía en sus manos. El modesto librero de Gori, su ciudad natal, le tenía gran simpatía y le prestaba libros, que Stalin forraba para no mancharlos; por eso pudo leer, cuando solo tenía trece años, *El origen de las especies*, obra que, según propia confesión, le hizo perder la fe. Durante su estancia en el seminario, en el que ingresó en agosto de 1894 con las mejores notas, la lectura se convirtió en su pasión favorita. Leía sobre todo novela, historia y poesía; y pertenecía al Club Literario del seminario, donde se estudiaban las obras rusas y extranjeras permitidas. Retiraba de la llamada Biblioteca Barata de la ciudad –un club de lectura laico y subversivo– libros prohibidos, que los inspectores del seminario descubrían fácilmente. Para evitarlo, a falta de un escondite más seguro, llevaba consigo, sujetos a la cintura y ocultos bajo el blusón, los libros que estaba leyendo; aun así, fue castigado varias veces por el mismo motivo. En cualquier caso, resultaba odioso por su prepotencia. Se cuenta que uno de sus profesores dejó de jugar al ajedrez con sus amigos para encerrarse a estudiar las materias que impartía: el futuro Stalin le encontraba siempre algún fallo.

A poco de llegar a Tiflis, escribió sus primeros poemas y los llevó al periódico *Iveria* (antiguo nombre de Georgia). Llegaron a manos del poeta más célebre del país, el príncipe Ilía Chavchavadze,* y

* Después de estudiar en San Petersburgo, Chavchavadze regresó a Georgia, donde encabezó la lucha de la *intelligentsia* progresista contra la nobleza reaccionaria. Fue asesinado por agentes zaristas en 1907. Stalin ordenó la publicación de sus *Obras Escogidas* y eligió personalmente los poemas y artículos que se incluyeron en ellas.

este los juzgó tan buenos que aconsejó su publicación. Aparecieron bajo un seudónimo, Sobelo, para evitar problemas en el seminario, y uno de ellos, «Mañana», fue incluido en 1916, dos años antes de la Revolución, en la antología de las mejores poesías georgianas.

Aunque la mayoría de los profesores le detestaban, el maestro de literatura rusa, a quien Stalin siempre recordó con afecto, le protegía, alentaba su afición a la lectura y le ayudó a profundizar en el conocimiento de la lengua. Stalin habló toda su vida con acento georgiano, pero escribía muy bien en ruso; seguía escrupulosamente las reglas gramaticales; corregía, malhumorado por la pérdida de tiempo, los escritos que recibía y llamaba analfabetos a sus autores. Nunca tuvo un *negro* y no soportaba la presencia de un taquígrafo.* Escribía a mano, lentamente, sus artículos y discursos; lo hacía cuando estaba solo, en absoluto silencio, con letra clara pese a las frecuentes correcciones. El aserto de Trotski de que el ruso siempre fue para Stalin una lengua a medias extranjera, improvisada, convencional y forzada no se sostiene.

Como es sabido, la condena por motivos políticos en tiempo de los zares consistía generalmente en el destierro a regiones alejadas. Los exiliados recibían del gobierno una pequeña asignación que les permitía pagar su alojamiento en casa de algún vecino, y su única obligación era presentarse periódicamente a las autoridades. Con motivo de una de sus condenas, Stalin fue conducido a una pequeña aldea, antiguo poblado medieval dedicado en tiempos al comercio de pieles. El agente de la autoridad, un hombre rudo, pagado de sí mismo, respondió al patente desprecio del recién llegado exigiéndole que se presentase ante él cada tres días. Husmeaba también en-

* Durante la guerra, dictaba órdenes, telegramas o requerimientos puntuales a los miembros del Estado Mayor presentes en las reuniones; pedía que le leyesen el texto lentamente, lo corregía sobre la marcha y lo firmaba. También rubricaba algunas de las sentencias pronunciadas por los tribunales, pero jamás ordenó un asesinato por escrito; nunca dejaba rastros.

tre sus libros –cosa ofensiva– y se indignaba de que todos ellos fueran propiedad del pope, quien, por el contrario, se había hecho amigo de Stalin y le dejaba usar su modesta biblioteca.

Pese a todo, Stalin logró evadirse como hizo en otras ocasiones; hasta que, en su última condena, fue enviado a una región inhóspita y perdida de Siberia, de la que solo salió, tras cuatro largos años, cuando el zar fue derribado. Allí leía y releía los libros que le prestaban otros exiliados. Uno de ellos, un hombre cultivado de buena posición, que recibía frecuentes paquetes de su familia con libros, ropas y alimentos, murió ahogado en el río dejando una importante biblioteca. La ley no escrita del exilio exigía que las pertenencias de un muerto se repartiesen entre los condenados del lugar. Pero Stalin, con quien nadie osaba enfrentarse, arrambló con todos los libros y solo devolvió al colectivo los que no le interesaban. Entre aquellos libros se encontraban los doce tomos de la *Historia del Estado ruso*, de Nikolái Karamzín, que Stalin devoró de cabo a rabo y conservó como un tesoro: los llevó consigo a Petrogrado al regresar de Siberia en 1917; le acompañaron cuando el gobierno trasladó la capital a Moscú al año siguiente y permanecieron en su apartamento del Kremlin hasta su muerte.

La biblioteca de Stalin

Cuando Moscú volvió a ser la capital del Estado, los miembros del gobierno y otros dirigentes pasaron a ocupar pequeños apartamentos en el recinto del Kremlin. Stalin comenzó entonces a formar su biblioteca, que organizó, con su meticulosidad acostumbrada, en una veintena de secciones: en primer lugar, la historia, su gran pasión, subdividida en historia de Rusia, de otros países, de las religiones, del arte militar, de la diplomacia, del absolutismo, de las revoluciones, biografías, memorias. Seguían en importancia la literatura y la

crítica literaria y, entre otros apartados, los textos marxistas, los escritos de la emigración, la arquitectura, la economía y las revistas políticas y científicas. De sus lecturas históricas y sobre temas militares se habla en otro lugar;* mostró su preferencia por ellas hasta el final de su vida, como se desprende de la lista de libros que encargó a su secretario, en octubre de 1947, antes de partir para su lugar de descanso en el mar Negro: desde la *Historia de la Guerra de los Siete Años* hasta *La batalla del mar* (1939-1945), de Peter Scott, que acababa de ser traducido. En su afán de estar al día, había dispuesto, ya en los años veinte, que, junto con los habituales resúmenes de prensa, se le enviasen listas de todo lo publicado en otros países sobre los temas que le interesaban. Decidía, así, qué textos debían ser traducidos; entre ellos, para uso personal, en único ejemplar, todos los escritos de Trotski aparecidos en el extranjero.

Aunque la *Blizhniaia*, la «dacha cercana», en la que murió Stalin, fue cerrada a cal y canto, muchos libros, discos, cartas, telegramas, borradores de sus escritos y objetos personales desaparecieron; también volaron fajos y sobres con miles de rublos, que Stalin metía descuidadamente en cajones sin llave cuando recibía su sueldo. A Jruschov no le hubiera importado que la casa entera fuera expoliada y destruida, pero no quiso oponerse en materia tan nimia, cuando estaba en plena lucha por consolidar su poder, a los demás miembros del Politburó, partidarios de que las pertenencias de Stalin fuesen conservadas. Y así, en 1957, se dispuso que todos los libros del líder desaparecido que se hallasen en la dacha o en el Kremlin fueran trasladados al Instituto de Marxismo-Leninismo. El director de su biblioteca, Yuri Sharapov, responsable de la operación, comprendió enseguida que esta no tenía sentido. Stalin recibía todo lo publicado en la Unión Soviética y, aunque solo conservaba una pequeña parte, la mayoría de las 20 000 obras existentes se encontra-

* v. pág. 297 y ss.

ban en las bibliotecas públicas. Se decidió por ello que únicamente fueran clasificados y trasladados los libros con muestras visibles de haber sido, al menos, hojeados por Stalin; en concreto, los que tenían párrafos subrayados, anotaciones en los márgenes o tiras de papel entre sus páginas. Muchos de esos libros llevaban el sello de la Biblioteca Lenin, a la que Stalin pedía unos quinientos libros al año; devolvía la mayor parte y se quedaba con los que le interesaban, dando por hecho que la biblioteca no tendría dificultad en reponerlos. Y en la gran mayoría de los demás libros figuraba su ex libris personal: J. Stalin.

En 1988, treinta años después de la mudanza, Sharapov publicó *Meditaciones en una biblioteca privada*; no esconde su aversión por el personaje, pero subraya: «Hay que tributar lo merecido a Stalin porque leía todo con gran atención». Los cinco mil libros seleccionados se clasificaron, prácticamente, según el mismo criterio seguido por Stalin. La literatura se encontraba en la dacha. Stalin conocía muy bien las obras de los clásicos rusos y a innumerables autores extranjeros: Balzac, Dickens, Ibsen, Locke, Oscar Wilde, Steinbeck, Bernard Shaw, Romain Rolland, André Gide, Thomas Mann, Stefan Zweig, Wells, Hemingway, Renan, Nietzsche, Pirandello, Rousseau, Stendhal, Tagore, Victor Hugo, Voltaire, Zola. Había leído las *Cartas* de Goethe y tenía a *Fausto* por la obra cumbre de la literatura universal. Sentía predilección por Shakespeare y Schiller, cuyas obras están llenas de anotaciones; y, curiosamente, por Guy de Maupassant (le descubrió gracias al relato de Isaac Bábel sobre él y quizá le distraía). Entre los clásicos rusos, prefería desde su juventud a Pushkin, Chéjov y Dostoievski; y al gran satírico Saltikov-Schedrín, cuya influencia es notoria en el estilo de Stalin, sobre todo en los sarcásticos discursos contra sus adversarios. Admiraba a Dostoievski como psicólogo, pero prohibió sus obras porque su sentimentalismo y su enfermiza religiosidad serían nocivos para los jóvenes. Y, a diferencia de Lenin, que no sentía curiosidad alguna por la literatura contem-

poránea, conocía al dedillo toda la literatura soviética, de la que era el más implacable censor.

Todo lo demás se encontraba en sus aposentos del Kremlin: clásicos del marxismo, historia, temas militares, memorias y biografías, libros y revistas sobre temas científicos y culturales. Los escritos de sus oponentes políticos estaban llenos de anotaciones y subrayados. Lo mismo sucedía con las obras de Lenin, decenas de tomos expurgados pacientemente por Stalin en busca de argumentos con que rebatir las tesis de sus adversarios.

* * *

Stalin estaba obsesionado con la biblioteca de Iván el Terrible, el monarca más culto de su tiempo, que debía la pasión por los libros a su abuela, Sofía Paleóloga, sobrina del último emperador de Bizancio.* Esta había llevado a Rusia, como parte de su dote, una colección de antiguos manuscritos y pergaminos, que legó expresamente a su nieto. Ese fue el fondo inicial de la famosa biblioteca de Iván, desaparecida sin dejar rastro y objeto de numerosas leyendas. Según una de ellas, el zar había pedido a un monje de su confianza que la escondiese en lugar seguro, de forma que el secreto, transmitido oralmente, monje a monje, generación tras generación, solo fuese desvelado ocho siglos después de su muerte. Pero la mayoría de los historiadores siempre creyeron que la biblioteca había quedado enterrada en alguno de los múltiples pasadizos y refugios, cegados por obras sucesivas, que existían bajo el Kremlin como en tantas otras fortalezas medievales.

La pasión por encontrar la biblioteca se desbordó a mediados del siglo XIX, cuando apareció, por puro azar, un viejo manuscrito

* Constantino murió sin descendencia directa, y sus sobrinos fueron recogidos por el papa. Años después, Iván III pidió la mano de Zoé –la futura Sofía–, y Sixto IV aceptó seducido por la posibilidad de cerrar el cisma de la Iglesia ortodoxa.

en el que se reseñaba su contenido: además del legado de su abuela, centenares de otros manuscritos recibidos como regalos, o adquiridos por el zar, y un número considerable de libros raros; entre ellos, obras en latín de Aristófanes, Cicerón, Esquilo, Julio César, Plutarco, Tito Livio, Suetonio y otros autores. Los tres últimos zares emprendieron excavaciones en varios puntos del Kremlin; la biblioteca no apareció, pero se hallaron otros objetos valiosos. Stalin lo intentó de nuevo convencido de que él sí sería capaz de encontrarla. ¿Quería apropiársela? No es probable, aunque quizá pensase que, por tratarse de pertenencias personales del zar, él era su legítimo heredero. Seguramente, la habría entregado a la Biblioteca Lenin como fondo reservado en exclusiva a historiadores, pero es de suponer que no resistiría la tentación de quedarse con los libros que tuvieran acotaciones de su admirado antecesor para sentir el placer de tenerlos en sus manos.

Stalin, lo mismo que Iván, tenía debilidad por los dementes y, en los años treinta, después de escuchar las quimeras de Ignati Steletski, un arqueólogo desquiciado, decidió probar fortuna, y le facilitó hombres y máquinas procedentes de las obras del metro. El insensato adivino estuvo a punto de derribar con sus excavadoras la antigua torre del Arsenal, en una de las esquinas del Kremlin. Tras todo un año de espera, Stalin perdió la paciencia y suspendió los trabajos. Steletski salió bien parado: solo fue castigado a no poner nunca más los pies en el recinto de sus ensueños. Encerrado más tarde en un psiquiátrico, repetía una y otra vez: «Si me hubieran dejado un poco más de tiempo...».

Capítulo 4

Los escritores leales

Ya se ha dicho que Stalin alcanzó el poder absoluto situando a sus seguidores en los puestos clave del país. Controló y dirigió siempre las carreras de la élite dirigente –la *nomenklatura*– llevando personalmente millares de fichas con la vida y milagros de los cuadros del Partido.* Como hacía lo mismo con otros grupos sociales, y ello se reflejaba en el trato que dispensaba a sus miembros, se puede aventurar que, en el caso de los escritores –muy superiores en número a los demás creadores juntos–, Stalin los clasificaba en diversas categorías y se ocupaba directamente de los más célebres: leales sin fisuras (Bedni, Ehrenburg, Símonov, Shólojov, Alexéi Tolstói, Fadéiev); desencantados nocivos (Gorki, Maiakovski); genios que preservar (Mandelshtam, Bulgákov, Ajmátova, Pasternak); satíricos soportables (Zóschenko, Ilf y Petrov); enemigos que eliminar. ¿Cuántos de estos últimos cayeron? Aunque se han dado cifras desmesuradas –Isaiah Berlin, por ejemplo, habla de decenas de miles–, Stalin *solo* se llevó por delante a unos trescientos. Incluso la acusación de que ejecutó al 80 por ciento de los participantes en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos, celebrado en 1934, no se sostiene. Es cierto que 470 escritores de los 600 asistentes a ese primer congreso faltaron

* En tiempos de Lenin, los engreídos, y ciegos, colegas de Stalin le llamaban desdeñosamente camarada Kartotekov (de *kartoteka*, fichero).

al segundo, pero este tuvo lugar veinte años después, tras la desaparición del dictador, y gran parte de los ausentes lo fueron por causas ajenas a la represión: habían muerto en el frente o por causas naturales; eran muy viejos o estaban enfermos. Lo que no ofrece dudas es que Stalin, incluso en la guerra, sacaba tiempo para seguir los pasos de los escritores más populares, y que su juicio inapelable determinó el destino de casi todos ellos,

De la pléyade de la era estalinista se entresacan los escritores que merecieron, para bien o para mal, la atención personal del déspota: o gozaron de su favor, o fueron víctimas directas de su encono. Entre los primeros, figuran los fieles a ultranza, los más firmes defensores del régimen, generalmente miembros del Partido, que contaban, como es lógico, con el aprecio de Stalin, quien, sin embargo, no pasaba por alto ni el menor de sus deslices. Uno de sus íntimos desde antes de la Revolución era Demián Bedni (1883-1945), un poeta mediocre pero muy popular. Los dos se encontraban reunidos con otros camaradas cuando Stalin fue arrestado por última vez en febrero de 1913, arresto que le costó cuatro largos años en Siberia. También vivió junto a Stalin, desde la redacción de *Pravda*, la insurrección de los obreros de Petrogrado del 3 de julio de 1917, el intento fallido de derribar al gobierno de Kerenski que se saldó con numerosas detenciones de bolcheviques. (Stalin, convencido de que Lenin sería asesinado si era capturado, logró ocultarle en Finlandia). En 1918, cuando el gobierno soviético se trasladó a Moscú, Bedni recibió el gran privilegio de residir en el Kremlin, en uno de los pequeños apartamentos reservados a los dirigentes. En septiembre del mismo año, Fanni Kaplán, tras atentar contra Lenin, fue ejecutada en un garaje por el comandante del Kremlin, y Bedni le ayudó a quemar su cadáver (el primer crematorio de Moscú se inauguró, poco después, en el monasterio Donskói).

Durante la guerra civil, eran célebres sus feroces consignas contra los blancos, que las tropas cantaban como estribillos: «¡Matad a

las ratas! ¡Matadlas a todas, hasta la última!»; y en el frente del sur, confiado a Stalin, este y su amigo Dzerzhinski, fundador de la Checa, solían compartir alojamiento con Bedni y su mujer.

En octubre de 1926 Bedni publicó en *Pravda* el poema contra Trotski «Todo tiene un fin»: «...¿Dónde está su ejército? No tiene ni siquiera el menor destacamento obrero porque los proletarios no están dispuestos a seguirle. [...] Nuestro partido está harto de ser su blanco preferido. Es tiempo de poner fin a esta ignominia». Stalin, aunque ya tenía contra las cuerdas a su gran rival, felicitó efusivamente a Bedni por sus versos. Y reunió a Mólotov, Kaganóvich y otros miembros de su clan para explicarles, con crudo pragmatismo, cuál era el verdadero valor del poema: sería infinitamente más leído y comentado que todos sus discursos y escritos contra Trotski.

Cuatro años después, las tornas cambiaron. Bedni escribió el poema «Despega la espalda del horno», en el que achacaba a la desidia de los mineros –muchos de ellos sin experiencia, recién llegados del campo– el descenso de la producción de carbón en el Donbás. La sección de propaganda del Comité Central lo consideró tendencioso, convocó al poeta y, tras varias horas de discusión, le comunicó formalmente su veredicto condenatorio: era una obra derrotista y antipatriótica. Indignado por esa vejación, escribió a su amigo Stalin y, al hacerlo, cometió una doble estupidez: se quejaba de la resolución como si hubiera sido tomada sin conocimiento de Stalin, cosa inconcebible en aquel tiempo; y comparaba su poema, al que calificaba de crítica constructiva, con las sátiras a la sociedad de su tiempo de Gógol y Saltikov-Schedrín, dos de los clásicos preferidos del líder. La respuesta fue inmisericorde:

> Entiende usted la decisión del Comité Central como «un dogal», como el indicio de que «ha llegado la hora de mi hundimiento». [...] Decenas de veces le ha defendido el C.C. (¡no sin forzar un tanto la cosa!). [...] A decenas de poetas y escritores

> ha llamado al orden el C.C. cuando han cometido algún error. A usted le parecía todo eso natural y lógico. Y ahora, cuando el C.C. se ha visto precisado a criticar sus errores, usted, de pronto, se pone a bufar. [...] ¿No le parece que está contagiado de cierta desagradable enfermedad llamada presunción? Más modestia, camarada Demián. [...] ¿En qué consiste la esencia de sus errores? [...] [Proclama] que la «pereza», «el deseo de tumbarse a la bartola» es poco menos que el rasgo nacional de los rusos en su totalidad y, por tanto, de los obreros rusos. [...] ¡Y a eso lo llama usted crítica bolchevique! No, respetable camarada Demián, eso no es crítica bolchevique, eso es calumniar a nuestro pueblo, difamar a la URSS, difamar al proletariado ruso. [...] ¡Y quiere usted que yo calle porque resulta que siente por mí «ternura biográfica»! ¡Qué ingenuo es usted! [Indignan] las vacuas lamentaciones de un intelectual acobardado que, en su miedo, prorrumpe en frases de que se quiere «aislar» a Demián, que «ya no publicarán más cosas de Demián».

Bedni era corto de luces y volvió a meter la pata, comprometiendo además a otros camaradas que confiaron en su vieja amistad con Stalin. El 18 de septiembre de 1931, Japón invadía Manchuria, y la Unión Soviética era entonces demasiado débil para responder militarmente. Además, Stalin sabía que las grandes potencias no habían olvidado su derrota en la guerra civil y podrían aprovechar el conflicto para una nueva intervención. Su conducta, por tanto, fue muy precavida: solo la prensa, mediante algunos editoriales (sin firma), denunciaba la invasión y afirmaba que el pueblo soviético estaba en cuerpo y alma contra ella. Pero no todos los dirigentes se mostraban de acuerdo con la falta de reacción: incluso Masim Litvínov, comisario de Asuntos Exteriores, cuestionaba la postura oficial. Y el 23 de septiembre, Bedni publicó en *Izvestia* el poema «¿Cuál será la próxima?», en el que criticaba abiertamente «el misterioso silencio

de Moscú». Una semana después, Stalin, que se encontraba descansando en el mar Negro, escribía a Kaganóvich, su adjunto en la Secretaría del Partido: «No he leído el poema de Demián ni pienso hacerlo porque estoy seguro de que no vale la pena. Él es otro problema: está intentando entrar en política, y es en política donde resulta más imbécil. [...] Debemos reprender a los responsables: primero, al editor de *Izvestia*, segundo, a Demián (y a Litvínov)».

Y el 5 de octubre el Comité Central adoptaba una resolución sobre el asunto: se condenaba a Iván Gronski, redactor jefe de *Izvestia*, por haber publicado indebidamente un poema crítico con la posición del gobierno soviético en los acontecimientos de Manchuria; se calificaba el poema de Demián Bedni como «incorrecto y políticamente erróneo» y se amonestaba a Litvínov por haber apoyado su publicación. (Stalin, implacable con sus adversarios políticos, fue en general condescendiente con sus camaradas de los primeros tiempos: Bedni falleció de diabetes en 1945; Litvínov vivió tres cuartos de siglo y Gronski murió varias décadas después que Stalin, con más de noventa años.)

En agosto de 1936, al dictado de Stalin como otros escritores y políticos –algunos de ellos caídos más tarde en desgracia– Bedni publicó el atroz poema «Sin piedad», en el que, tácitamente, se pedía la pena de muerte para los antiguos dirigentes Kámenev y Zinóviev. Meses después, ponía en escena una ópera bufa, *Bogatiri* (Paladines), con música de Borodin, en la que se burlaba de la historia de Rusia y de alguno de sus personajes legendarios: el bautizo colectivo de los habitantes de Kiev en las aguas del Dniéper por orden del príncipe Vladímir, que había adoptado, a finales del siglo X, la religión ortodoxa como elemento unificador de las variadas tribus que componían su inmenso Estado, aparecía en la ópera como una orgía de borrachos. Mólotov, que asistía al estreno, se marchó indignado al terminar el primer acto. Y Stalin, que se identificaba con los grandes héroes del pasado y sostenía que, sin la conversión al cris-

tianismo, los rusos seguirían siendo asiáticos, montó en cólera. *Pravda* arremetió contra el poeta:

> En la epopeya popular no son los bandidos quienes encarnan la actitud heroica, como sucede en la obra de Bedni, sino los paladines, a quienes la obra difama y calumnia sin distinción alguna.

Gorki se unió a los críticos: era intolerable que los héroes de las epopeyas rusas, los paladines de la Edad Media, fueran representados, en una grosera deformación del marxismo, como opresores del pueblo ruso. La ópera fue prohibida, y Bedni, expulsado del Kremlin, tuvo que mudarse a un piso en la céntrica calle Gorki. (Stalin ya no le quería cerca, pero no le dejó en la calle. No es cierto lo que afirma Nadezhda Mandelshtam en sus memorias: que el poeta vivía en la miseria y tuvo que vender su biblioteca para subsistir; aún la conservan sus herederos.) Inasequible al desaliento, Bedni envió en 1938 un nuevo original a la censura, «Infierno», un poema antinazi, una imagen dantesca de Alemania en contraste con el paraíso soviético. El momento no podía ser más inoportuno, ya que Stalin estaba iniciando el juego que conduciría al pacto germano-soviético. Devolvió el manuscrito con una rabiosa nota en la portada: «Decid a ese Dante de pacotilla que se abstenga de seguir escribiendo». Bedni fue expulsado de la Unión de Escritores y no volvió a publicar nada con su firma hasta el comienzo de la guerra, tres años después. Fiado, sin embargo, en que su vieja amistad con el *vozhd* le permitía saltarse sus dictados, seguía publicando bajo seudónimo con la complicidad de su amigo Gronski. Stalin lo sabía, naturalmente, pero no quería castigarle ni, menos aún, volver a tener tratos con él. Y cuando apareció el poema «Lucha o Muerte», que no le gustó nada, tomó una curiosa decisión. Escribió una carta al director de *Pravda,* Lev Mejlis, otro viejo camarada, diciéndole, en una nota

aparte, que «se la podía leer a Demián». Su contenido no podía ser más brutal: «"Lucha o Muerte"» es mediocre. Como crítica del fascismo es floja y nada original. Como encomio del sistema soviético es idiota. Es una basura, pero hay tantas basuras que debemos promover el suministro [al pueblo] de otra clase de literatura».Y Stalin cerraba la nota adjunta con una maldad. «Entiendo que debas pedir disculpas a Demián-Dante por mi franqueza».

* * *

Stalin sentía verdadero afecto por otro popular escritor, Konstantín Símonov (1915-1979), hijo de un oficial zarista, gran amigo de su hijo Vasili y tan irresponsable como este. Los dos llevaban una vida desordenada, bebían más de la cuenta, conducían peligrosamente y hacían ir de cabeza a los hombres responsables de su seguridad; pero Stalin sabía que el poeta, diez años mayor que Vasili, tenía cierta influencia sobre él y moderaba en lo posible sus excesos. Símonov fue corresponsal de guerra en Stalingrado, y su poema «Espérame» emocionaba hasta tal punto a los soldados que estos lo sabían de memoria, lo llevaban en sus mochilas y repetían los versos en las cartas que escribían a sus amadas; y estas lo recitaban como si fuera una plegaria. En plena contienda, se enamoró perdidamente de una célebre actriz, la seductora Valentina Serova, que conservaba el apellido de su joven esposo, un famoso piloto muerto en accidente aéreo antes de la guerra.* Símonov dedicó a *la Serova* –como era conocida– un libro de poemas, *Contigo y Sin Ti*. El pueblo ruso, al que siempre enternecen las historias de amor, adoraba a los dos protagonistas y su-

* Antes de conocer a Símonov, Valentina mantuvo un fugaz romance con el futuro mariscal Rokosovski, que nunca rompió con su mujer legítima pese a su intensa vida amorosa; durante gran parte de la guerra, compartió penas y alegrías con su médica personal, Galina Talanova, con quien tuvo una hija en enero de 1945.

fría literalmente por el riesgo que corría el poeta como corresponsal en el frente. En cuanto fue puesto a la venta, el libro desapareció de las librerías, y los soldados, indignados porque no llegaba a sus unidades por mucho que lo pidieran, se quejaban a sus mandos e incluso escribían al propio Stalin rogándole que interviniera. Este llamó a Alexandr Fadéiev, secretario de la Unión de Escritores:

– ¿Cuántos ejemplares habéis hecho de esas poesías del camarada Símonov a la Serova?

– Doscientos mil.

– Pues con dos hubiera bastado: uno para ella y otro para él.

En julio de 1942, cuando las tropas nazis avanzaban hacia Stalingrado, apareció su impresionante drama, *El pueblo ruso*, representado en centenares de teatros de todo el país y publicado íntegramente en *Pravda*. Las últimas palabras del tercer acto sobrecogían a los espectadores, que no podían contener los sollozos: «Mira, mira cómo el pueblo ruso camina hacia la muerte». Después de la guerra, Símonov escribió *Días y noches de Stalingrado*, una crónica de lo allí vivido, que resaltaba el heroísmo y la fraternidad de los combatientes. Las ventas del libro, sucesivamente reeditado, alcanzaron cifras astronómicas, como sucedía con todas sus obras. Fue director de *Novi Mir*, la más prestigiosa revista literaria soviética, y vicesecretario de la Unión de Escritores. Recibió seis veces el Premio Stalin y, tras la muerte de este, publicó *De los vivos y de los muertos*, la más célebre de sus novelas, un emocionante relato de los primeros meses de guerra en la que no oculta su admiración por el líder desaparecido. Describe la emoción que despiertan en el pueblo los hechos de Stalin: el sereno discurso del 3 de julio, en el que se muestra seguro de la victoria pese a la superioridad del ejército alemán; el gesto de permanecer en Moscú durante el estado de excepción mientras el gobierno y el cuerpo diplomático eran evacuados a Kúibishev; el coraje de celebrar –y presidir desde el Mausoleo de Lenin– la habitual parada conmemorativa de la Revolución, igual que otros años, como si los alemanes no se en-

contrasen a las puertas de la capital. Gracias a la complicidad de un censor que estaba a punto de jubilarse, Símonov logró publicar *De los vivos y de los muertos* en plena campaña antiestalinista, después del Informe Secreto de Jruschov; pero este, ante el éxito de la novela, no se atrevió a arremeter contra el popular escritor ni castigó a su cómplice. Traducida a numerosos idiomas, la obra recibió el aplauso unánime de la crítica internacional como una de las mejores novelas soviéticas sobre la guerra con Alemania. Símonov murió en Moscú, en 1979, sin renegar de Stalin, sin haber escrito, pese a todas las presiones, ni una sola palabra contra él.

* * *

El escritor favorito de Stalin fue, sin duda, Mijaíl Shólojov (1905-1984), autor de *El Don apacible* y premio Nobel de Literatura. La primera parte de su gran novela apareció cuando solo tenía veinticuatro años. Su éxito despertó los celos de algunos autores consagrados, que dejaron correr la insidia de que el libro no era obra del joven escritor sino de un oficial cosaco muerto en 1920.* Otra novela de sus primeros tiempos es *Campos roturados*, dedicada a la colectivización, en la que destaca el esfuerzo realizado para alfabetizar y formar al campesino. La novela se publicó por entregas en la revista literaria *Novi Mir*, y en junio de 1932, Stalin, desde su refugio en el mar Negro, escribía a Kaganóvich:

> *Novi Mir* está publicando la nueva novela de Shólojov, *Campos roturados.* ¡Una obra interesante! Shólojov ha estudiado el sis-

* La denuncia ha llegado hasta nuestros días sin nada fidedigno que la justifique. Incluso Solzhenitsin sostenía que la novela es plagiada: en 1974 publicó en París *El rápido del Don apacible. Enigmas en torno a una novela*. Pero, según una novedosa investigación de lingüística computacional, la novela no es un plagio en absoluto.

> tema de granjas colectivas en el Don. Pienso que tiene gran talento. Además, es un escritor profundamente honesto: escribe sobre cosas que conoce bien. No como *nuestro* frívolo Bábel, que continúa escribiendo sobre cosas de las que no sabe nada (por ejemplo, La Caballería [Roja]).

Unos años después, cuando apareció la ópera *El Don apacible*, basada en la novela de Shólojov, Stalin y Mólotov asistieron juntos a una de las representaciones. Y, a renglón seguido, apareció en la prensa un comunicado oficial resaltando el valor ideológico de la obra.

Shólojov era, efectivamente, un hombre honesto, sincero, espontáneo, y, como buen ruso, bebedor e irresponsable. En abril de 1933, horrorizado por la situación en el campo, cometió la imprudencia de escribir a Stalin describiendo con toda crudeza los métodos bárbaros utilizados para obligar a los cosacos a incorporarse a las granjas colectivas y los aún más salvajes de las brigadas de confiscación para arrancar el trigo a los campesinos, literalmente muertos de hambre. Stalin, sorprendentemente, le contestó a primeros de mayo, reprochándole que solo viese un lado de la cuestión y calificando a los campesinos de saboteadores dispuestos a dejar sin pan a los obreros y al Ejército Rojo. Ese intercambio de cartas continuó durante años.

En 1937 Shólojov cometió la insensatez de su vida. Se acostó nada menos que con la mujer del siniestro Yezhov, jefe entonces del NKVD, en pleno período de purgas. El encuentro, celebrado en el Hotel Nacional, fue grabado, y Stalin, con su maldad habitual, envió la cinta al esposo para que «sujetase a su mujer», pero con la orden expresa de que no tocase al escritor. Unos meses después, en mayo de 1938, Shólojov, que se encontraba en Rostov del Don, volvió a escribir a Stalin pidiéndole audiencia: quería contarle en persona –como si el déspota no lo supiera– los excesos de la represión en aquel territorio. Temiendo que la carta no llegase a su destino, tomó

el tren a Moscú, depositó el sobre en la sede del Comité Central y se trasladó a un hotel dispuesto a esperar el tiempo que fuera necesario. Solía cenar con su amigo Alexandr Fadéiev, secretario de la Unión de Escritores, y bebían hasta el amanecer. Una noche, a altas horas de la madrugada, recibió una llamada anunciándole que un coche esperaba en la puerta para trasladarle al Kremlin. Se lavó la cara y salió disparado, pero el jefe de la Secretaría de Stalin lo vio tan borracho que le obligó a ducharse rápidamente antes de entrar en el despacho. El líder estaba acompañado por otros miembros del Politburó, varios mandos militares y dos representantes del Comité Territorial del Partido en Rostov; y en un extremo de la mesa se encontraba el ofendido Yezhov, listo para consumar su venganza. Shólojov, medio dormido, escuchó la alucinante denuncia de un general: se había descubierto un complot de los cosacos del Don para constituir una república autónoma bajo la presidencia del escritor. De repente, Stalin, que observaba a Shólojov para ver sus reacciones, percibió el estado en que se encontraba, se acercó a él y le dijo en voz baja:

–Parece que bebe mucho, camarada Shólojov.

–Con esta vida, no queda más remedio que emborracharse –contestó inconscientemente.

Stalin, desconcertado, se sentó, declaró que no creía en el complot y añadió:

–Es necesario crear buenas condiciones de trabajo para el gran escritor y camarada Shólojov.

La frase, fuera de contexto, apareció al día siguiente en toda la prensa soviética y fue repetida en la radio. En aquel tiempo de espanto, Stalin cultivaba su imagen: el culpable del terror era Yezhov, que pronto sería ejecutado; él era un patriarca preocupado por la educación del pueblo, un sabio mecenas impulsor de la cultura. Shólojov, naturalmente, redobló su popularidad y todas sus obras se agotaron.

El 24 de mayo de 1942, cuando Hitler estaba a punto de desencadenar la ofensiva que habría de llevarle hasta Stalingrado y el Cáucaso, Stalin, consciente de las dificultades pero seguro de la victoria, dejó entrever cuánto le preocupaba su propia imagen en la historia de Rusia. Ese día Shólojov celebraba su cumpleaños, y Stalin le invitó a cenar. Habló de la guerra, una guerra amarga, extremadamente amarga, de la que alguien debería escribir en el futuro. Se lamentó de que se hablara poco de Suvórov y Kutúzov, los legendarios caudillos de Catalina II y Alejandro I, y afirmó que las guerras son ganadas por grandes capitanes como ellos. Levantó la copa y brindó por el escritor:

–Le deseo que conserve su buena salud durante muchos años y que escriba una nueva y hermosa novela sobre esta contienda, en la que estén representados, con humanidad y realismo, como en *El Don apacible*, tanto los heroicos soldados como los grandes capitanes que participan en ella.

Al sugerir una novela sobre la Gran Guerra Patria (la contienda con Alemania), Stalin debía de tener in mente *Guerra y Paz,* la gran novela épica de la Guerra Patria (la lucha contra Napoleón en 1814). Shólojov, ante ese reto insuperable de emular a Tolstói, prefirió, claro está, escurrir el bulto; nunca escribió la novela sugerida por Stalin. Este no le reprochó nada y siempre le dio muestras de su afecto. Sabía que no era un lacayo sino un buen bolchevique; le admiraba como escritor; apreciaba su sinceridad y su coraje, y no se ofendía por sus denuncias, que, además de serle útiles, no amenazaban su poder. Cualquier político que se hubiera permitido un comportamiento parecido habría sido ejecutado. Shólojov, sabiamente, siguió escribiendo de aquello que conocía: rehízo y publicó su obra de juventud, los deliciosos *Cuentos del Don*, que Stalin releía encantado. Y en 1969 publicó su impresionante novela *Ellos lucharon por la Patria*. Murió en Moscú, en 1984.

* * *

Hijo de un cirujano militar, Alexandr Fadéiev (1901-1956) nació en diciembre de 1901 no lejos de Moscú, en los alrededores de Tver (Kalinin en tiempos soviéticos). Cuando estalló la Revolución, su padre estaba destinado en Vladivostok y él era alumno de la escuela de comercio de la ciudad. Esta fue ocupada en 1918 por los zaristas (los guardias blancos) y las tropas extranjeras que invadieron Rusia con la intención de derribar el nuevo régimen; y Fadéiev, que acababa de cumplir diecisiete años, abandonó la casa paterna, se unió a un grupo de guerrilleros e ingresó en el Partido. Durante los tres largos años de la guerra civil, luchó junto a sus camaradas en la zona ocupada, recorrió miles de kilómetros por los bosques huyendo de sus perseguidores, sufrió penalidades sin cuento, sobrevivió de milagro; acosados día y noche por blancos y japoneses, solo una veintena de partisanos lograron salvarse. Quienes caían prisioneros, aun malheridos, eran torturados ferozmente y liquidados de modo salvaje: el jefe de su destacamento y un primo de Fadéiev fueron arrojados vivos al fogón de una locomotora.

Finalizada la guerra civil, Alexandr fue elegido delegado al X Congreso del Partido celebrado en Moscú en marzo de 1921. En pleno período de sesiones, se produjo el levantamiento de Kronstadt contra los bolcheviques, y Fadéiev, junto con la mayoría de los congresistas, se unió a las fuerzas que se trasladaron al Báltico para reducir a los rebeldes. Gravemente herido, pasó casi un año en el lazareto militar de Petrogrado y, una vez recuperado, trabajó para el Partido en Siberia y en Ucrania. En 1927 se dio a conocer como escritor con su novela *La derrota*, su mejor obra, fruto de su trágica experiencia como guerrillero, en la que da vida a sus antiguos camaradas, mineros y campesinos sin instrucción, toscos y abiertos, que luchan heroicamente contra las fuerzas antibolcheviques. La no-

vela, considerada como uno de los primeros relatos del realismo socialista, tuvo gran repercusión incluso en el extranjero.

Ingresó en la Asociación Rusa de Escritores Proletarios (RAPP) y se convirtió en uno de los dirigentes por su dedicación al trabajo y sus dotes organizativas. Stalin ya le tenía fichado y, cuando decidió agrupar a todos los literatos en la Unión de Escritores Soviéticos, situó en uno de los puestos directivos a Fadéiev. Este se consagró a la nueva institución y abandonó prácticamente la escritura. Sus funciones burocráticas y su inmoderada afición a la bebida le impedían dedicarse seriamente a la literatura: solo publicaba algunas críticas de libros y de obras de teatro. En aquel tiempo, pese a sus privilegios como funcionario, Fadéiev seguía siendo un hombre sencillo y espartano, parecido, por su modo de vida, a un estudiante. Louis Aragon y su compañera, Elsa Triolet, llegaron a Moscú en agosto de 1934 para participar en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos y quisieron visitar al célebre autor de *La derrota*. Quedaron asombrados: «Vivía –dice Aragon– en una pequeña habitación con una estrecha cama, como si tuviera dieciocho años». Tras la muerte de Gorki en 1936, Fadéiev, aunque formalmente no llegó a la cima de la Unión de Escritores hasta diez años después, fue en ella el hombre de Stalin, y cómplice, por tanto, de la represión. Era, sin embargo, muy sensible, «de lágrima fácil», y sufría realmente por la suerte de sus colegas, aunque nunca se atrevió a interceder por ellos. Ahogaba en alcohol la piedad por los otros y el propio pavor.

Corresponsal de *Pravda* durante la guerra, recorrió varios frentes y estuvo algunos meses en Leningrado cuando la ciudad fue cercada por los nazis. En 1945 publicó su novela más conocida, *La joven guardia*, basada en un hecho real. Un año después de la invasión, en el verano de 1942, los alemanes ocuparon Krasnodón, en Ucrania, y un grupo de adolescentes, que optó por la resistencia, fue brutalmente liquidado. Tras la liberación, Fadéiev visitó la ciudad, habló con amigos y familiares de los jóvenes asesinados y recogió infinidad de tes-

timonios que le permitieron reconstruir los trágicos sucesos. La novela recibió el Premio Stalin, se reeditó varias veces en tiradas enormes, fue traducida a todas las lenguas de la Unión Soviética, llevada al cine y al teatro. Pero a Stalin no le gustó nada el filme y encontró un serio fallo en el relato: aunque los jóvenes rebeldes pertenecían al Komsomol, se ignoraba el papel esencial del Partido en el fomento de los valores patrios y en la organización de las guerrillas. Y así se lo dijo al escritor, sin acritud, sin pedirle expresamente que la rehiciera, dos años después de la aparición de la novela. Fadéiev acababa de ser nombrado máximo dirigente de la Unión de Escritores y tenía entre manos otra novela, que nunca terminó. Pero quiso halagar a Stalin y emprendió la ingrata tarea de rehacer entera *La joven guardia,* cosa que le llevó tres largos años; años en los que Fadéiev se vio obligado a secundar las letales arremetidas del líder contra los autores «desmandados» tras la guerra. La nueva versión apareció en 1950, y Stalin recibió al escritor para felicitarle. El muchacho lleno de ideales, alto y apuesto, que había llegado a Moscú en los años veinte, era una ruina física –y moral, por supuesto– con signos visibles de su adicción al alcohol. Aunque solía acudir a su trabajo en un estado lamentable, Stalin valoraba su labor disciplinaria en el indómito mundo literario y sabía que podía contar enteramente con él; como en el caso de su propio hijo Vasili, de Shólojov, de Símonov y de tantos otros hombres de su entorno, nada podía hacer para impedir que bebiera. Impresionado por el aspecto enfermizo y el rostro enrojecido de Fadéiev, le preguntó afablemente:

–¿Cuánto tiempo suele durarte una de tus borracheras?

–Lamentablemente, tres semanas o más –contestó avergonzado el escritor.

–¿Y no podrías sujetarte un poco para que te durase solo dos? Piensa en ello, camarada.

Tres años después moría el dictador, y Fadéiev publicó un largo artículo necrológico, «El humanismo de Stalin», en el que decía:

«Todos los progresistas del mundo llorarán por la muerte del humanista más grande que el mundo ha conocido». Y, entre copa y copa, cuando su lengua se desataba, criticaba abiertamente a Jruschov y sus secuaces, a quienes tildaba de nuevos ricos ignorantes, indignos herederos del gran Stalin ilustrado. Después de la guerra, Fadéiev se había distanciado de su gran amigo Mijaíl Shólojov –otro bebedor impenitente– porque este se negó rotundamente a acompañarle en el cuerpo directivo de la Unión de Escritores. (Stalin, más astuto y mejor psicólogo que Fadéiev, sabía de sobra que Shólojov, aun siendo estalinista hasta la médula, no era manipulable, y nunca le propuso para un puesto dirigente: más pronto que tarde se hubiera visto obligado a liquidarle.) Y en 1954, en el Segundo Congreso de Escritores Soviéticos, Shólojov, Símonov y otros colegas arremetieron contra Fadéiev por su forma despótica de dirigir la Unión y su complicidad en la represión. Alexandr, acosado, respondió a los ataques con una penosa autocrítica, que no evitó su destitución fulminante. Y, tras el informe secreto de Jruschov en el que se denunciaban los crímenes de Stalin, Fadéiev deprimido, atormentado, incapaz de soportar el sufrimiento, se pegó un tiro en su dacha de las afueras de Moscú el 13 de mayo de 1946. *La joven guardia* fue siempre muy popular, sobre todo entre los participantes en la guerra con Alemania, y en 1974 Brézhnev creó la Medalla Fadéiev, un galardón literario para obras sobre las Fuerzas Armadas soviéticas.

* * *

Otro de los grandes escritores estalinistas fue Alexéi Tolstói (1883-1945), miembro de la aristocracia zarista, descendiente, por su madre, de Turguénev, y lejano pariente de Lev Tolstói, por su padre. El llamado *conde rojo* nace a principios de 1883 (según el calendario juliano, vigente entonces en Rusia, trece días antes, a finales de 1882). Cuando estalla la Revolución, la familia se traslada a Odesa y, un

año después, en la primavera de 1919, desembarca en Marsella, camino de París. En otoño de 1921, Tolstói se instala en Berlín y se une a un pequeño grupo de intelectuales emigrados que propician un acercamiento al poder soviético, lo que lleva a la ruptura con el resto de la emigración. Y en 1923 regresa a Moscú, íntimamente convencido de que se debe a su patria. Es recibido con los brazos abiertos por su doble condición de noble y de converso y, tras la muerte de Gorki, es considerado como el mejor escritor soviético y el más admirado por Stalin. Tres rasgos le definen: su talento indiscutible como narrador; su pasión por la historia, que comparte con el líder; su forma de hablar y de escribir, sorprendentemente parecida a la del propio Stalin. Este le protege siempre, aunque no es miembro del Partido y se acumulan las denuncias contra él por su modo de vida, su vanidad, su amor al lujo y a las mujeres (gana y dilapida sumas enormes).

Al comienzo de la guerra, Alexéi recibe una tajante respuesta cuando pide ser enviado al frente: «Bajo ninguna circunstancia. Hay una orden expresa de no enviarle al frente y protegerle». Escribe, no obstante, con emoción sobre la fuerza del pueblo, y es leído y escuchado en todos los rincones del país. Su mejor obra, la trilogía *El camino de las tormentas*, alcanza tiradas enormes. Pero sobre todo debe su celebridad a la novela histórica *Pedro I*, que recibe el Premio Stalin no solo por su alta calidad literaria, sino porque satisface el íntimo deseo del líder –ser identificado con los héroes del pasado– y porque justifica indirectamente sus excesos parejos a los del zar: la cruel explotación de las masas y el terror implacable para modernizar y engrandecer el país. Tolstói es un astuto cortesano y, a la vez, un magnífico escritor. Muere en Moscú el 23 de febrero de 1945, Día del Ejército Rojo, cuando la guerra está a punto de terminar.

* * *

Entre los escritores al servicio de Stalin, sobresale por su fascinante personalidad, su talento y su milagrosa supervivencia, Iliá Ehrenburg (1891-1967), de origen judío, nacido en Kiev. Poco después, la familia se traslada a Moscú, donde el padre se abre paso en el mundo de los negocios. Apasionado por los libros desde la infancia, devora las obras de los clásicos rusos y extranjeros que llenan las vitrinas de la biblioteca familiar, pero dedica poco tiempo a los estudios. Cuando comienza el bachillerato, coincide en el colegio con Nikolái Bujarin, tres años mayor que él. El futuro dirigente bolchevique –liquidado por Stalin en 1938–, un líder nato pese a su corta edad, deslumbra a Ehrenburg: es su ídolo de aquellos años. Se hacen grandes amigos, son inseparables dentro y fuera de las aulas. Bujarin protege a Iliá del acoso antisemita, le descubre los textos marxistas, le capta para el llamado entonces Partido Socialdemócrata y le inicia en la actividad clandestina. Antes de terminar la educación secundaria, Ehrenburg es arrestado por primera vez, curiosamente, tres años antes de que lo fuera su mentor. En un cacheo rutinario, la policía le encuentra un panfleto escrito con su letra: *Organización militar del Comité de Moscú del Partido Socialdemócrata ruso*, lo que implica ocho años de condena, reducida a tres por su edad. Su padre, que teme males mayores, paga una importante fianza y llega a un acuerdo con las autoridades: es liberado a condición de que abandone el país y resida en el extranjero.

Ehrenburg llega a París en diciembre de 1908, cuando acaba de cumplir diecisiete años, y se granjea enseguida, por su encanto personal, innumerables amistades. Dos días después de su llegada, en un café donde suelen reunirse los bolcheviques, conoce a Lenin y a su compañera, Nadezhda Krúpskaia, que quedan encantados con el fervor del joven acólito y le invitan a su casa. Quiere también conocer a Trotski, y este acoge complacido al muchacho en el modesto apartamento que comparte con su mujer en Viena. A pesar de sus pocos años, Ehrenburg se da cuenta rápidamente de la vanidad insoportable,

la soberbia intelectual del ya famoso líder. Y cuando regresa a París, quizá decepcionado a la vez por la pobre imagen de Lenin, toma una brusca decisión: pide la baja en el Partido. Nunca pide el reingreso ni recibe presión alguna para hacerlo, pero Stalin, por pura conveniencia, impone que siempre sea llamado camarada Ehrenburg.

No llega a fin de mes con el dinero que recibe de su padre. Lo gasta en libros, en ir al teatro, en salidas nocturnas, en viajes que no se puede permitir; lleva una vida desordenada como un miembro más de la bohemia. Frecuenta los cafés de Montparnasse y en ellos conoce a muchos escritores y artistas: unos, consagrados (Anatole France, Apollinaire, Max Jacob, Chagall); otros, en ciernes (Cocteau, Duhamel, Modigliani, Juan Gris, Diego Rivera). Se hace gran amigo de Picasso, quien, en 1948, casi cuarenta años después de conocer a Ehrenburg, dibuja en un instante el célebre retrato que figura grabado en lo alto de un monolito, sobre la tumba del escritor, en el cementerio Novodévichi de Moscú.

Comienza su carrera de periodista cuando estalla la Primera Guerra Mundial. Envía un artículo, por propia iniciativa, al periódico de San Petersburgo *Novedades de la Bolsa,* y gusta tanto que no solo es publicado: se nombra a su autor corresponsal en el frente. Vive intensamente la tragedia, y sus tremendas crónicas causan sensación. Una de ellas, considerada ofensiva para el ejército francés, está a punto de costarle su expulsión del país. Ehrenburg sigue en Francia hasta el derrocamiento del zar, en febrero de 1917. Regresa inmediatamente a Moscú y, medio año después, le sorprende la toma de poder por sus antiguos camaradas. Ese inesperado suceso, la revolución bolchevique que todo lo arrasa, le provoca encontrados sentimientos: admira sus ideales, los mismos de su adolescencia; pero presiente, melancólico, la pérdida de las libertades, tan caras a su alma indócil y bohemia.

Se ahoga en el Moscú del miedo y la penuria, sin vida, sin luz, sin cafés donde encontrar a los amigos. Y pide ayuda a su viejo ca-

marada, el entonces poderoso Bujarin, que protege una vez más a su angustiado amigo y le consigue la autorización oficial para salir al extranjero. Ehrenburg llega de nuevo a París en abril de 1921 y es recibido con hostilidad por los emigrados de la primera hora, que han abandonado Rusia –lo que implica la pérdida de la nacionalidad– y desconfían de quien ha salido del país con pasaporte soviético. ¿De qué vive?, ¿recibe dinero a través de la embajada, a la que acude con frecuencia? Mientras sus padres, que han sido expropiados, subsisten penosamente en Crimea, él cuenta con medios mínimos pero suficientes. Tiene treinta años, ha dejado de hacer locuras, lleva una vida sencilla y ordenada, y escribe constantemente. Sigue acudiendo, eso sí, a los cafés de Montparnasse, y en La Coupole, el nuevo templo de la bohemia, reanuda la relación con sus viejos amigos y conoce a las figuras en ascenso: Aragon, Gide, Barbuse, Joyce; y Picasso le trata y le recibe siempre con gran afecto. André Malraux es uno de sus nuevos conocidos, y su amistad se consolida con el tiempo: ambos se admiran y, pasados unos años, se sentirán encantados de traducirse mutuamente.

Vuelve a Moscú de tiempo en tiempo, sin motivo alguno, seguramente porque se le ordena, y regresa a París al cabo de varios meses. Cada estancia en Rusia se le hace más penosa. Tras la muerte de Lenin, Stalin, afianzado en el poder, decide colectivizar la agricultura y recurre al terror para vencer la resistencia de los campesinos; y la represión se intensifica en todas partes contra quienes critican el brutal proceso. Ehrenburg no se manifiesta ni a favor ni en contra: prudentemente, calla. Como dice en sus memorias: «[...] yo sabía que sería necesario vivir con los dientes apretados, aprendiendo una de las ciencias más difíciles: el silencio». Stalin sabe que es útil como «embajador» en el extranjero por sus relaciones en el mundo de la cultura, pero no quiere que se sienta impune y deja planear sobre él la sombra de la amenaza. La prensa le fustiga por su modo de vida, su falta de ideales, su escapismo. Y en la *Gran Enci-*

clopedia Soviética de 1928, la biografía de Ehrenburg dice: «[...] comenzó su carrera poética como un místico y la actitud que adoptó hacia la Revolución fue la de un antibolchevique». Iliá cuenta aún con su eterno valedor y, gracias a Bujarin, es nombrado en 1932 corresponsal permanente de *Izvestia* en Francia. Ya no puede ocultar que sirve al poder soviético.

Ese mismo año publica en París *España, república de trabajadores*, una desenfadada sátira costumbrista, fruto de un largo recorrido por el país tras la caída de la monarquía. En el Primer Congreso de Escritores Soviéticos (1934) se le encarga de «pastorear» a los invitados extranjeros, muchos de ellos viejos conocidos. Cuando la reunión finaliza, tiene la idea de escribir directamente a Stalin contándole sus impresiones: piensa que se debe aprovechar la repercusión del congreso para crear una gran organización antifascista de escritores americanos y europeos. Se cura en salud disculpándose devotamente por su osadía: «He dudado mucho si debería escribir esta carta. Su tiempo es precioso no solo para usted, sino para todos nosotros». Es decir, al líder que está incondicionalmente a su servicio. Diez días después, Stalin escribe a Kaganóvich desde el mar Negro: «Ehrenburg tiene razón. Será muy bueno ampliar el MORP,* (encauzarlo) hacia el combate antifascista y poner a la cabeza al camarada Ehrenburg». Este, en efecto, se convierte en líder del movimiento de oposición al fascismo en el mundo cultural: organiza congresos, conferencias, exposiciones; y moviliza a cientos de escritores y artistas que proclaman por todos los medios su frontal rechazo a una ideología cuya más violenta expresión es la Alemania de Hitler.

Cuando empieza la guerra civil española, Ehrenburg pide a la dirección de *Izvestia* que se le envíe a Madrid como corresponsal; aunque insiste un par de veces, no recibe respuesta. Envía, no obstante, al periódico noticias sobre los combates basadas en lo pu-

* MORP: Organización Internacional de Escritores Revolucionarios.

blicado por la prensa francesa. Y dos semanas después del inicio del conflicto, incapaz de dominar su impaciencia, comete la insensatez de marcharse a España sin contar con nadie. Allí permanece más de un año: su *Diario de la Guerra de España* se abre en agosto de 1936 y termina en noviembre de 1937, cuando recibe la orden de regresar directamente a Moscú. Sus crónicas desapasionadas y certeras, sin florituras, en el estilo cortante que le caracteriza como periodista, encantan a Stalin. Su acto de indisciplina es pasado por alto, y recibe la orden militar de la Estrella Roja, un apartamento en el centro de Moscú y una dacha en Peredélkino, la colonia de los escritores en las cercanías de la capital. Pasa en Rusia la mayor parte de 1938, cuando las purgas están en su apogeo. Su viejo amigo Bujarin es arrestado y Ehrenburg, sobrecogido, pide volver a España. Ante la negativa, decide escribir a Stalin rogándole que intervenga. Dos semanas después recibe de la dirección de *Izvestia* una tajante respuesta: debe continuar en Moscú; su mujer puede viajar a París para levantar el piso. Angustiado, temiendo lo peor, escribe otra vez al líder, que no se molesta en contestarle.

Stalin no olvida nada, no perdona nada, y rumia largamente su respuesta. Iliá se merece un escarmiento no solo por trasladarse a España sin permiso, sino, sobre todo, por su indisoluble amistad de treinta años con Bujarin. Y Ehrenburg recibe una acreditación oficial, que no puede rechazar, para asistir al juicio de su amigo. Como cuenta en sus memorias, escucha incrédulo y atónito las inconcebibles declaraciones de los acusados y, literalmente destrozado, la inapelable sentencia. Hundido, espantado, con los nervios a flor de piel, se enfrenta a su director con un raro gesto de rebeldía: se niega secamente a escribir sobre la siniestra farsa; ni una sola palabra sale de su pluma. No le pasa nada, ni siquiera es reprendido. Una vez consumada la ejecución de Bujarin, recupera su puesto de corresponsal en Francia, con la prohibición expresa de volver a Madrid y

de escribir sobre la guerra de España. Stalin la da por perdida y empieza a virar hacia Alemania.

Llega a París en septiembre de 1938, reaparece en La Coupole, soslaya como puede las insistentes preguntas de sus contertulios sobre las atroces purgas en cadena y reanuda su febril actividad antifascista. Y, de repente, en abril del año siguiente, sus apasionadas crónicas en las que denuncia la creciente amenaza nazi y la pasividad francesa, desaparecen de las páginas de *Izvestia* sin explicación alguna. Sigue recibiendo su salario, pero nada de lo que escribe es publicado. El lúcido Litvínov, sustituido por entonces como comisario de Asuntos Exteriores por Mólotov, predice la guerra y afirma en privado: «Los judíos permanecemos a la espera». Cuatro meses después, Ehrenburg recibe con espanto el mayor mazazo de su vida. El pacto de no agresión con Alemania, inconcebible, contra natura, aterrador para un judío, hiere de tal forma a Ehrenburg que este se viene abajo: incapaz de reaccionar, deprimido, enfermo de anorexia, pierde veinte kilos y está a punto de suicidarse. Encerrado prácticamente en casa, permanece inactivo durante ocho largos meses, hasta la invasión de Francia, cuando su instinto de periodista prevalece sobre la desesperanza y la tristeza. Sale a la calle, percibe la indiferencia de la gente, vive exasperado la humillante derrota y el salvajismo de los ocupantes.

Stalin sabe que pronto volverá a serle útil y no quiere que caiga en manos alemanas. Ehrenburg debe refugiarse en la embajada, único medio de proteger al implacable activista antinazi y, para colmo, judío. Al amparo del pacto, por su condición de ciudadano soviético, su arresto es poco probable, pero sí puede sufrir un oportuno «accidente». Ehrenburg se traslada a la embajada unos días antes de la entrada de las tropas nazis en París, cosa que contempla, incapaz de permanecer en su cobijo escuchando la BBC, desde una acera de la avenida del Maine. A finales de julio, regresa a Moscú y, en un par de meses, escribe las dos primeras partes de *La caída de París*, que envía, como es preceptivo, a la censura. En enero de 1941 se le

informa de que la primera parte –un retrato descarnado de la sociedad francesa, mezquina y aburguesada, y de una clase política reaccionaria y cobarde, culpable del trágico desastre– será publicada con algunos cortes. En cambio, la segunda parte, dedicada a las primeras semanas de la ocupación alemana, queda, de momento, aparcada. Tres meses después, a finales de abril, Ehrenburg recibe una llamada del propio Stalin: ha leído su manuscrito por entero, ha visto la primera parte, espera que aparezca pronto la segunda y pregunta si está trabajando en la siguiente.

–Pero –balbucea el periodista– me han dicho que no publicarán nada más si empleo la palabra fascista.

–Usted escriba, escriba siempre, y no se preocupe. Verá cómo entre los dos vencemos todas las resistencias.

Al día siguiente, el secretario de la Unión de Escritores le anuncia por teléfono que la segunda parte ya puede ser publicada; y Ehrenburg interpreta la llamada como un anuncio de que la guerra se avecina. Efectivamente, dos meses antes de la invasión, Stalin, consciente de que el conflicto es inevitable a corto plazo, decide que el pueblo, ajeno hasta entonces a la grave amenaza, debe conocer la infinita crueldad y la humillante soberbia de los nazis, y el poderío del ejército alemán, que ha aplastado al francés en menos de seis semanas. *La caída de París*, traducida a todas las lenguas de la Unión, rápidamente reeditada en tiradas enormes, llega a la mayoría de los hogares y contribuye a poner sobre aviso al pueblo, que es, en definitiva, el objeto perseguido por Stalin al cambiar bruscamente de criterio y ordenar que sea publicada. En cuanto a Ehrenburg, el viejo zorro evita dejar otros rastros de su relación personal con él por si algún día decide eliminarle: le premia largamente por sus servicios, pero no contesta a ninguna de sus cartas, nunca más vuelve a llamarle, no se digna recibirle ni una sola vez.

Cuando se consuma la capitulación de Francia, Ehrenburg escucha por la BBC el llamamiento a la resistencia del general De Gaulle,

el histórico *appel* del 18 de junio de 1940; y se las arregla para hacerle llegar a Londres, en contra de la política oficial del momento, su fervorosa adhesión. De Gaulle, consciente del riesgo que corre el escritor, no lo divulga, pero Stalin tiene espías en todas partes y lo sabe: la grave falta, una más en el historial de Ehrenburg, pasa a engrosar su expediente en el NKVD. Un año después, las alianzas cambian, y la Francia libre hace causa común con la Unión Soviética. *La caída de París* recibe el Premio Stalin 1942, y De Gaulle envía un telegrama de felicitación a su temprano seguidor aunque no conoce la novela: se ha publicado en inglés, pero el general es monolingüe; y nadie le avisa de que en ella se describe sin miramientos el derrumbe del pueblo francés ante la embestida alemana. En mayo de 1944 Ehrenburg recibe la Orden de Lenin y De Gaulle le envía otro encomiástico telegrama: «Enhorabuena al gran escritor y fiel amigo de Francia». Por entonces, *La caída de París* ya ha aparecido en francés, pero De Gaulle, entregado en cuerpo y alma a la causa, no pierde el tiempo en leerla.

Tres meses después, París es liberado y De Gaulle, aclamado como un héroe, asume el poder. En cuanto consigue que su gobierno sea reconocido por las potencias aliadas, convoca al embajador soviético, Alexandr Bogomólov, y le expresa su deseo de entrevistarse con Stalin. Y, para halagar a este, le envía un telegrama el 7 de noviembre, aniversario de la Revolución, ensalzando «las victorias de la URSS bajo la dirección de su jefe genial». Logra su propósito: recibe una invitación oficial y viaja a Moscú a primeros de diciembre. Desde la primera entrevista, las cosas no funcionan entre tan dispares personajes. De Gaulle tiene que refrenarse para no mostrarse ofendido por el patente menosprecio del dictador, que dibuja en un cuaderno mientras lo escucha.* Y a Stalin le irritan de tal modo

* Durante el encuentro, Stalin pidió a De Gaulle un pequeño favor: «No fusile a Thorez [líder comunista francés], por lo menos ahora». (Debió de pensar que De Gaulle liquidaría a los comunistas como hizo Hitler cuando llegó al poder.)

los aires de *prima donna* del altivo general que decide bajarle los humos: su secretario llama a Ehrenburg para que este haga llegar a De Gaulle un ejemplar en francés de *La caída de París,* con una efusiva dedicatoria. La noche siguiente, la embajada francesa ofrece una cena a los escritores soviéticos, y Ehrenburg, sentado en la presidencia junto al general, que no oculta su malhumor, le entrega su inmisericorde novela. De Gaulle por fin la lee durante el largo viaje de regreso (quiso ir en tren hasta Bakú).

–Si nosotros, y no ellos, hubiéramos tenido a la espalda ocho mil kilómetros –comenta a sus acompañantes con desdén–, nosotros habríamos escrito *La caída de Moscú.*

Lo que no es óbice para que, al final de la guerra, conceda al gran amigo de Francia la Legión de Honor. En cualquier caso, otros testigos de los acontecimientos coinciden con Ehrenburg. Alexander Werth, uno de los grandes cronistas de la guerra, dice en su libro *Francia (1940-1955)* que, en vísperas del ataque alemán, la moral de todo el país, incluso de la clase obrera, era muy baja.

Durante la guerra con Alemania, Ehrenburg se convierte en el periodista más popular del país. Por indicación personal de Stalin, la dirección política del Ejército Rojo le adscribe como corresponsal, desde el mismo día de la invasión, a su órgano oficial *Krásnaia Zvezdá* (Estrella Roja), y sus virulentos artículos contra los alemanes son reproducidos por todos los periódicos del frente, por la prensa clandestina de la Europa ocupada y por los medios de comunicación de los países aliados. Con una capacidad de trabajo sobrehumana y un gran talento para la propaganda, Ehrenburg escribe a lo largo de la contienda más de dos mil artículos llenos de pasión y habla cada noche por la radio. Es leído y escuchado diariamente por millones de personas en todos los rincones de la llamada Gran Tierra, el territorio libre de nazis; y seguido con fervor por los verdaderos destinatarios de sus mensajes, los componentes del Ejército Rojo. No escribe reportajes sobre el frente aun siendo formalmen-

te un corresponsal de guerra: habla del sufrimiento del pueblo, del heroísmo del soldado, de las atrocidades nazis, de la lucha sin piedad contra el fascismo, de la segura victoria. Su célebre eslogan: «La esperanza del mundo es el Ejército Rojo» llena de orgullo y de coraje a los soldados. Y su feroz consigna: «¡Mata al alemán!», cotidianamente repetida, despierta la furia de los combatientes y hace del odio al invasor una pavorosa arma de guerra.

Ningún otro escritor llega como él al alma de los soldados. Ehrenburg es un verdadero ídolo para ellos: todos vibran de emoción con sus consignas, retienen sus frases lapidarias y le escriben millares de cartas, que son otros tantos testimonios del impacto de sus palabras en la moral de los combatientes. Los demás corresponsales de guerra, incluso de medios extranjeros, reconocen su primacía. Konstantín Símonov, también adorado por los soldados, cuyas crónicas desde el frente causan sensación por su crudeza, declara su admiración por el frenético ritmo de trabajo de Ehrenburg, que él no es capaz de seguir. Stalin sabe que el incansable luchador antifascista es único e irreemplazable; que su contribución al esfuerzo de guerra no tiene precio; que sus vibrantes mensajes, reproducidos en medio mundo, difunden la imagen de su heroico país, la solidez del régimen, el coraje y el patriotismo del pueblo soviético. Y en mayo de 1944, cuando el Ejército Rojo está a punto de entrar en Prusia, concede al escritor la Orden de Lenin, la más alta condecoración soviética; y afirma satisfecho «Los artículos de Ehrenburg han hecho su trabajo». Los soldados que cruzan enardecidos la frontera también quieren premiarle y buscan en las casas alemanas cosas que puedan gustarle (libros antiguos, vinos añejos), que empaquetan como pueden y entregan en los servicios postales con una simple mención: «Para Ehrenburg». Este recibe cientos de regalos procedentes del saqueo; entre ellos, un antiguo fusil de caza fabricado en Lieja, con la firma de Napoleón en la culata, que Ehrenburg envía en 1967, poco antes de morir, con la venia del gobierno soviético,

a su viejo amigo André Malraux, entonces ministro francés de Cultura, como un legado al Museo de los Inválidos.

Sin embargo, poco antes del final de la guerra, el escritor recibe, uno tras otro, dos tremendos varapalos. Desde el desastre de Stalingrado, la propaganda nazi se ensaña sistemáticamente con el «judío Ehrenburg», un sanguinario enemigo que clama sin descanso por el exterminio de los alemanes. Los ataques se multiplican cuando las tropas soviéticas entran en Prusia, y Ehrenburg, embriagado, lanza sus feroces consignas reproducidas en grandes caracteres por todos los periódicos del frente:

> ¡Soldados del Ejército Rojo! Estamos ahora en suelo alemán. ¡Sonó la hora de la venganza! Alemania es una arpía. Allí estamos ahora y estoy lleno de felicidad. [...] Un viento helado barre las calles de Berlín. No es viento, es pavor que los impele, a ellos y a sus hembras hacia el oeste. Un alemán es un alemán dondequiera que esté. [...] ¡Alemán! Puedes retorcerte y aullar en tu mortal agonía. ¡La hora de la venganza ha sonado! Los superhombres nietzscheanos ahora aúllan. Son un cruce entre un chacal y una oveja.

No habla expresamente de violar, pero se sobreentiende que no hay límite alguno a la hora de vengar las atrocidades nazis. Y la prensa germana alienta a endurecer la defensa acusando al odiado judío de incitar a los pueblos asiáticos a «beber la sangre de las mujeres alemanas». Stalin, por su parte, viene proclamando, a partir precisamente de Stalingrado, cuando tiene por segura la victoria, que una cosa es Hitler y su gente, y otra, muy distinta, el pueblo alemán; intenta con ello dar la mano a los vencidos con vistas al futuro y minar su resistencia. Las consignas de Ehrenburg, aclamadas en los tiempos difíciles y mientras se combate en territorio soviético, suponen, cuando el final se acerca, una oposición inadmisible a la política

conciliadora preconizada entonces por Stalin; y este arremete siempre brutalmente contra quienes, aun de modo inconsciente, le contradicen. Lo mismo que en 1938, la palabra de Ehrenburg desaparece de periódicos y radios: su último artículo en la guerra es publicado el 9 de abril de 1945, justo un mes antes del Día de la Victoria. La sorpresa es mayúscula en todo el país, y los soldados se preguntan por el súbito silencio de su ídolo. El misterio se desvela pronto. Aparece en *Pravda* el artículo «El camarada Ehrenburg esquematiza», firmado por Georgi Alexándrov, máximo ideólogo del Comité Central, pero escrito, según todos los indicios, por el propio Stalin. Es un ataque en toda regla contra el escritor. Se le censura por sostener que todos los alemanes son culpables y, por tanto, todos deben pagar por los crímenes nazis; y se condena su incitación a la violencia indiscriminada: el Ejército Rojo no tiene como objetivo el exterminio del pueblo alemán, sino ganar la guerra.

Tras la reprensión, la penitencia. Ehrenburg recibe desolado la cruel e injusta decisión de Stalin: elimina sin contemplaciones al encarnizado combatiente antinazi, que tanto ha hecho por la victoria, de la lista de periodistas convocados para asistir en Berlín a la firma de la capitulación alemana; eso sí, a partir de ese soñado momento, cumplido el humillante castigo, podrá volver a publicar. Aunque la absolución no alivia su amargura, le libera, al menos, de la angustia, del miedo siempre latente. Escribe un solo artículo y lo envía, con semanas de anticipación, a la censura: sabe que irá a manos de Stalin. Escucha emocionado por la radio la transmisión de la histórica ceremonia y, aquella misma tarde, superado el rencor, al tenaz e implacable *vozhd*. Y lo dispuesto por este se cumple puntualmente. Al día siguiente, 10 de mayo, aparece en *Pravda* el artículo de Ehrenburg, «La aurora de la paz», un acta de abjuración sin reservas: en los corazones soviéticos no cabe la venganza, y el pueblo alemán, liberado del fascismo, vivirá una nueva era en armonía con las demás naciones.

Ehrenburg vuelve a tener el viento a favor. Asiste como corresponsal de *Izvestia* al proceso de Núremberg y, antes, el mismo año, viaja a Estados Unidos en compañía de su amigo Símonov. Al regreso, ambos escriben una larga pieza de teatro, *La cuestión rusa,* sobre los imperialistas americanos que preconizan una guerra preventiva contra la URSS. La obra encanta a Stalin y es publicada por entregas en los periódicos, emitida por la radio, representada en los teatros de todo el país, vista por millones de personas que no olvidan a sus ídolos de ayer. Y en 1947 Ehrenburg publica *La Tempestad,* una novela de los tiempos de guerra en la que los dos principales protagonistas, una muchacha francesa de origen burgués y un joven soviético que está de paso en París como miembro de una delegación, se enamoran perdidamente y se separan sabiendo que no volverán a verse. Aunque la obra recibe innumerables críticas por su heterodoxia, Símonov, a la sazón director de la revista literaria *Novi Mir,* consigue la autorización para publicarla. Como el pueblo ruso adora las historias de amor, la novela tiene un éxito inmenso y es propuesta para un Premio Stalin de segunda categoría. Como es habitual, Alexandr Fadéiev, presidente del Comité de los Premios Stalin, presenta personalmente a este las conclusiones del jurado.

–¿Por qué proponéis –pregunta el temible censor– un premio de segunda categoría para *La Tempestad*?

Fadéiev explica que el comportamiento del joven soviético es anormal: cae en el sentimentalismo y se enamora de una burguesita.

–¿Por qué anormal? Son cosas que pasan. Además, la chica me cae bien, es buena y delicada.

La Tempestad recibe el Premio Stalin de primera categoría. Y, poco después, aparece una ley que prohíbe a los soviéticos el matrimonio con extranjeros incluso si estos son naturales de los países satélites. Las «cosas que pasan» no deben pasar más.

Ehrenburg vive en un sobresalto continuo hasta la muerte de Stalin. Un año después de ser premiado por *La Tempestad* se le cie-

rran las puertas de nuevo: nada de lo que escribe es publicado. Stalin arremete contra los judíos, y más de cuatrocientos intelectuales y artistas son arrestados; lo son incluso las mujeres semitas de sus colaboradores más próximos (la de Mólotov, su brazo derecho, por ejemplo). Caen los mejores amigos de Iliá, y este, aterrado, escribe una vez más al déspota quejándose del inmerecido trato que recibe y pidiéndole que desmienta, si no son ciertos, los rumores de que también va a ser encarcelado; y el bloqueo se levanta de inmediato. Pero en 1952, un perturbado Stalin a punto de morir le acusa públicamente de ser un espía internacional, y todo el mundo piensa que su destino está sellado. La envidia que provocan sus grandes privilegios, sus continuos viajes, sus relaciones en el extranjero, le granjean innumerables enemigos, que hacen lo imposible por destruirle y predicen con malevolencia su próximo arresto. Y, sin embargo, Ehrenburg sobrevive. ¿Sobrevive por puro azar? Es lo que afirma en sus memorias: «Muchos de mis contemporáneos perecían bajo las ruedas del tiempo. Yo sobreviví, no porque fuera más fuerte o más perspicaz, sino porque hay tiempos en los que el destino de un hombre se parece no a una partida de ajedrez jugada según las reglas, sino a una lotería». No es del todo cierto: conserva en gran parte la vida por su habilidad para adaptarse, su prudencia y sus silencios. Así se lo dice a Simone Signoret en 1956: «Nosotros, escritores soviéticos, si estamos todavía vivos es porque somos los más grandes acróbatas del mundo».

Stalin no siente ninguna simpatía por el renombrado judío cosmopolita, cuyos valores tanto distan de los suyos, pero admira su talento y reconoce su extraordinario papel al servicio del régimen: embajador cultural en el extranjero, impulsor de la lucha antifascista y de la moral del ejército, líder del Movimiento por la Paz desde el inicio de la guerra fría. Está seguro de su patriotismo y, a fin de cuentas, le protege. Ehrenburg, en efecto, es fiel sin fisuras a un sistema que tiene por superior a cualquier otro; aunque ocasiones no

le faltan, nunca, ni en los más tenebrosos momentos, piensa en desertar. No cae en el hechizo de Stalin como la mayoría de sus compatriotas, pero se une al coro colectivo y cree firmemente que el futuro del país depende en gran medida de su terrible dirigente. «Sin tener fe, yo me he sometido a la fe general», dice con franqueza en sus memorias. Reconoce en ellas sus fuertes *vínculos con Stalin*, exentos de amor, colmados de espanto, y los explica con una singular comparación: «...yo le llamaba, como todo el mundo, "patrón". Los hebreos tampoco pronunciaban el nombre de Dios. Dudo que amasen a Jehová: no solo era todopoderoso; era también injusto y despiadado».

Cuando el «dios» desaparece, Ehrenburg no se transfigura, como tantos otros, en un antiestalinista. Fascinado por la magia, los sueños, los milagros de aquel tiempo, resume sus vivencias de la era Stalin con un magistral veredicto que el autor de estas páginas suscribe: «Todo era insoportable y magnífico». Muere en Moscú, en 1967.

Capítulo 5

Los desencantados nocivos

Por su influencia entre las masas, los grandes poetas y novelistas que perdían la fe en la Revolución se volvían altamente peligrosos. Sus críticas a la represión y a otras medidas del gobierno, por veladas que fueran, dañaban la imagen del sistema soviético y los convertían en una creciente amenaza, ya que irían a peor mientras vivieran. En cambio, si desaparecían en el momento oportuno, no solo acababa el problema –«No hay hombre, no hay problema», decía Stalin–, sino que resultaban muy útiles después de muertos.

Alexandr Blok (1880-1921) y Serguéi Yesenin (1895-1925), dos de los grandes poetas rusos de todos los tiempos, que se habían unido a la Revolución desde el primer momento, pronto mostraron su desencanto. Blok, a pesar de su origen noble, acogió la revolución bolchevique como un cataclismo necesario y vio en el pueblo ruso un poder bárbaro, regenerador y redentor. En «Los doce», el fascinante poema narrativo sobre doce guardias rojos –los apóstoles, con Cristo a la cabeza portando la bandera–, que patrullan imponentes por un Petrogrado silencioso y cubierto de nieve, pide una bala para la vieja Rusia (los versos se recitaban en la calle y corrían de boca en boca). Y en su otra gran obra, «Escitas», exalta el papel mesiánico de Rusia, como valladar frente a los mongoles, en la salvación de Occidente. Lo mismo que Pushkin en su poema «Los calumniadores de Rusia», Blok reprocha a Europa que quiera ahogar

en sangre la Revolución y le pide que recapacite, ya que, en caso contrario, los rusos abrirán paso a la «salvaje horda mongólica». Pero tres años después, desengañado, escribía amargamente: «Todos los sueños han desaparecido. Ya no queda sueño alguno». Cayó en una profunda melancolía y murió prácticamente en la miseria en agosto de 1921. Lunacharski, comisario de Educación, en carta confidencial al Comité Central, escribió: «es imposible negar que hemos matado al poeta de más talento de Rusia».

Yesenin, ex pastor, hijo de campesino, más popular aún que Blok, también quedó herido sin remedio por la deriva insoportable de los acontecimientos. El terror desencadenado tras el atentado de Fanni Kaplán contra Lenin, en 1918, se había recrudecido en los últimos años del líder; y la Nueva Política Económica, implantada por el propio Lenin, había supuesto el retorno de la empresa privada, es decir, de la olvidada burguesía. Deprimido, consumido por una creciente ansiedad, Yesenin ahogaba en alcohol su decepción y su amargura: le era imposible escribir en la asfixiante atmósfera del régimen. Su estado de ánimo queda de manifiesto con una sola de sus frases, no exenta de ironía: «Lo más original en este tiempo no es morir, sino vivir». Escribió sus últimas palabras con su sangre: «Mi alma viviente no puede cambiar jamás»; y se colgó de una tubería de calefacción en el hotel Angleterre de Leningrado, en diciembre de 1925. Maiakovski, que cinco años después se pegaría un tiro, le criticó contrariado «por haber seguido el camino más fácil»; y Trotski, que le admiraba profundamente, alabó su genio como poeta y lamentó que «los tiempos hubieran sido demasiado catastróficos, épicos y públicos para la voz personal, lírica y solitaria de Yesenin».

Blok y Yesenin no llegaron a ser estorbos para Stalin porque murieron mucho antes de que este triunfara en la lucha por el poder. Bien distinto fue el destino de Gorki (1868-1936) y Maiakovski (1893-1930). La historia del primero es conocida. De familia muy pobre, hizo de todo, incluso fue cazador furtivo para sobrevivir. Con

fama de rebelde, el «trampero escritor» ya era muy conocido dentro y fuera de Rusia a finales del siglo XIX: fue el primero en crear en la literatura rusa el personaje del vagabundo, una imagen de sí mismo, que había recorrido el país a pie. Por su oposición al zarismo y su apoyo a los manifestantes de 1905, Maksim Gorki fue encarcelado en la fortaleza de Pedro y Pablo de San Petersburgo. Liberado poco después, en parte por la campaña internacional a su favor, llegó en 1906 a Nueva York y fue recibido por una gran multitud con Mark Twain a la cabeza; y el año siguiente participó como delegado en el congreso del partido socialdemócrata celebrado en Londres. Amigo personal de Lenin, y muy estimado por los bolcheviques por su compromiso con la izquierda desde antes de la Revolución, se convirtió en protector de los intelectuales sin recursos. Abrió un refugio de escritores y creó su propia editorial, Literatura Mundial –clausurada por Stalin en 1924, poco después de la muerte de Lenin–, para publicar ediciones baratas de los clásicos rusos con objeto de poner al alcance del pueblo «todos los tesoros de la poesía y la prosa creados en el transcurso de siglo y medio de intensa vida espiritual». Con ello, además, daba trabajo a sus colegas, que escribían los extensos comentarios introductorios y preparaban las bibliografías: Bábel, Blok, Mandelshtam, Zamiatin, Zóschenko y otros autores conocidos sobrevivieron en aquellos tiempos de penuria gracias a Gorki, quien también dirigía *La Aurora Boreal*, la primera revista infantil soviética, asilo de los cuentistas. Gorki, sin embargo, no ocultaba su rechazo al terror y al empleo sistemático de medidas coercitivas, que consideraba una verdadera tragedia para Rusia. En el diario *Nóvaia Zhizn* (Vida Nueva) aparecían sus «Pensamientos Inoportunos», en los que criticaba duramente la situación: llegó a calificar a Lenin y Trostki como «incendiarios que someten al pueblo ruso a una cruel experiencia»; Lenin no era un mago omnipotente, sino «un brujo inconmovible que jugaba con el honor y la vida del proletariado». Gorki martirizaba hasta tal punto a Lenin con sus

quejas, que este, con la débil salud del escritor como pretexto, le aconsejó que se trasladase al extranjero; llegó a decirle: «Si no te marchas, te obligaremos a exiliarte». Y cuando Gorki, en 1921, se decidió por fin a emigrar a Italia, su viejo amigo lo celebró como una auténtica liberación.

Seis años después, Stalin inició una sutil maniobra de aproximación al escritor, con la intención de utilizarle como arma de propaganda. Gorki vivía en Sorrento, frente al Vesubio, muy por encima de sus posibilidades: los editores pagaban tarde y mal, y sus gastos eran excesivos. De pronto, empezaron a llegarle donaciones anónimas que él atribuía, halagado, a algún admirador desconocido (más bien, cerraba los ojos: su secretario le ocultaba que recibía el dinero en mano de los servicios secretos soviéticos). A la vez, llegaban a Gorki continuos mensajes de toda clase de colectivos soviéticos, con un *leitmotiv* común: él era el escritor del pueblo y su casa estaba en su patria, el país del proletariado, donde más se le necesitaba. Tras meses de dudas, en marzo de 1928, Gorki tomó el tren en Nápoles camino de Moscú. El día 29 se celebró su sesenta cumpleaños, como colofón al apoteósico recibimiento. Meses antes, todos los centros educativos habían recibido instrucciones para que durante la última semana de marzo organizasen actos solemnes en honor del escritor: conferencias y exposiciones consagradas a su vida y a su obra. Tras los festejos, Gorki regresó a Sorrento y tres años después volvió a Moscú para quedarse.

Las muestras de veneración fueron interminables: se le asignó como residencia, con todos los gastos por cuenta del gobierno, una de las casas más bellas de la capital, un singular edificio *art nouveau* construido en 1900 por un rico mercader y hoy dedicado a museo del escritor; disfrutaba también de dos dachas, una en los alrededores de Moscú y otra en Crimea; calles, plazas, incluso su ciudad natal, Nizhni Nóvgorod, recibieron su nombre; se le otorgó la Orden de Lenin; fue el primer dirigente de la Unión de Escritores creada

por Stalín en 1932 para tenerlos bajo control; presidió el Primer Congreso de Escritores Soviéticos, celebrado en 1934; como íntimo de Stalin, pasaba con él en el mar Negro parte de sus vacaciones; fue paseado en olor de multitud de un extremo a otro del país. Cualquier hombre menos pagado de sí mismo que Gorki también hubiera caído en la red de adulación, dinero, bienestar material y poder tendida por Stalin.

Este le conocía bien: cuando pensó en dar su nombre al legendario Teatro de Arte de Moscú, Iván Gronski, director de *Izvestia* y viejo amigo del dictador, le indicó que Chéjov lo merecía más por su intensa vinculación con el teatro. «No importa –contestó Stalin–. Gorki es un hombre vanidoso y debemos atarle con los cables del partido.» Y cuando apareció *La doncella y la muerte*, en la que esta es vencida por el amor, Stalin, pese a la intrascendencia de la obra, escribió: «Esto es más poderoso que el *Fausto* de Goethe». (Mandelshtam, al ver la frase en la prensa, incapaz de callarse, reaccionó diciendo: «Estamos acabados»; Gorki, al parecer, comprendió que el líder le tomaba el pelo.)

En cualquier caso, el escritor respondió a la descarada manipulación de Stalin como este esperaba: vendió al mundo los logros del sistema; y defendía que los intelectuales debían cesar sus críticas al régimen porque este era el último bastión del humanismo y el antifascismo en Europa. Alabó incluso la reeducación de penados: cuando visitó las obras de construcción del canal Stalin entre el mar Blanco y el Báltico, abrazó con lágrimas en los ojos al siniestro Yagoda, jefe entonces del NKVD y responsable, por tanto, de campos y prisioneros: «Ustedes mismos, buenos diablos como son, no se dan cuenta de la labor que están llevando a cabo». Bajo su dirección, se publicó el libro *Belomor* por encargo del gobierno, en el que treinta y dos escritores, con obediente y unánime entusiasmo, elogiaban la función educativa del trabajo en las obras del gran canal, un trabajo de esclavos en el que diariamente morían decenas de penados.

A la vez, como hizo en el Petrogrado de la Revolución, Gorki ayudó en lo posible a otros escritores: consiguió que Zamiatin pudiera salir del país –con Bulgákov, en cambio, no tuvo éxito–; pidió que se autorizase un viaje de Bábel al extranjero, y Stalin, convencido de que no volvería, contestó por escrito: «No vale la pena gastar divisas en esa excursión».

La luna de miel entre Stalin y Gorki duró poco. El escritor cometió el error de contar, como aliado en cuestiones culturales, con Bujarin. Este intervino, por insistencia de Gorki, en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos, celebrado en agosto de 1934, con una ponencia sobre poesía. La audiencia, puesta en pie, le dedicó una gran ovación, y Bujarin, espantado, dijo a Gorki al oído: «Esto es una sentencia de muerte para mí». A partir de ese momento, Stalin preparó la lenta destrucción del escritor. No quería más sorpresas como la de Bujarin, un adversario indebidamente aclamado. Pero, sobre todo, la conciencia crítica de Gorki le convertía en un obstáculo para sus planes: su voz debía ser silenciada antes de que comenzasen las purgas. En sus últimos años, encerrado prácticamente en su casa, limitado en sus movimientos, manipulados y corregidos sus escritos, Gorki sufrió toda clase de vejaciones. Su hijo murió inesperadamente, con toda probabilidad asesinado, y el viejo escritor se vino abajo. Ayudado a morir según todos los indicios, Gorki falleció en 1936, unos meses antes del primer proceso de Moscú, que se llevó por delante, entre otros acusados, a su gran amigo Kámenev. Se organizó, por supuesto, un funeral grandioso, y Gorki fue proclamado como el más cercano y fiel amigo del camarada Stalin. Pero su familia fue inmediatamente trasladada a otro lugar, y su casa, precintada. Todos sus escritos, hasta el último papel, se enviaron en cajas selladas al despacho de Stalin. Y, unos años después, su secretario, Piotr Kriuchlov, que era agente del NKVD, fue ejecutado junto con su jefe, Yagoda, acusados ambos del asesinato del escritor y de su hijo.

* * *

Junto a Meyerhold y pocos artistas más, Vladímir Maiakovski (1893-1930) apoyó el poder soviético desde el principio. Fue el poeta de los tiempos heroicos, innovador, impetuoso, apasionado. «Necesitamos –proclamaba– la presencia viva del espíritu humano en las calles, en las fábricas, en los tranvías, en las casas de los trabajadores.» Defensor del terror como único medio de consolidar el nuevo Estado, llegó a decir que ya bastaba de cantar a la luna y la gaviota; que él cantaría a la Comisión Extraordinaria (la Checa), donde siempre tuvo, obviamente, grandes admiradores. Individualista, pagado de sí mismo, afirmaba despectivo que la modestia no era otra cosa que estupidez e hipocresía. Amaba el lujo, los viajes, la buena vida: usaba trajes, corbatas y zapatos extranjeros; y presumía de su Renault, importado de Francia, uno de los pocos automóviles privados del país. Hiperactivo y polifacético, trabajaba para el teatro y el circo, escribía canciones para la radio, dibujaba carteles de propaganda y hacía reclamos publicitarios para ropas y otros artículos soviéticos que él, en privado, despreciaba.

Se comparaba con Pushkin y talento no le faltaba, pero, infantil e inmaduro como otros grandes creadores, era incapaz de ocultar su soberbia, y ello le hacía insoportable. Al propio Lenin le irritaba la poesía de Maiakovski por muy prosoviética que fuera: decía que era profundamente estúpida y pomposa.* Los demás escritores, por supuesto, le aborrecían. Zamiatin, por ejemplo, publicó una dura denuncia: «El escritor X escribe versos revolucionarios no porque verdaderamente ame al proletariado y apoye la revolución, sino por-

* En 1921, cuando Maiakovski publicó su poema en prosa «150 000 000» en una editorial estatal, Lenin envió una nota a Lunacharski: «¿No le da vergüenza votar a favor de publicar cinco mil ejemplares del poema de Maiakovski, «150 000 000»? Es un sinsentido, una estupidez, un texto idiota y pretencioso».

que ama su coche y adora su imagen pública. Míster X, en mi opinión, es una prostituta». Maiakosvski, sin embargo, pese a sus hábitos burgueses, creía sinceramente en las conquistas revolucionarias, y no es cierto que fuese –como tanto se ha dicho– un simple y despreciable lacayo del poder. Aunque era, sin duda, un leal servidor del régimen, odiaba literalmente a los burócratas por su rigidez y su ignorancia. Publicaba diariamente una pequeña poesía en el periódico de la juventud, *Komsomólskaia Pravda*, y contaba con sarcasmo e inmodestia que un alto funcionario llamó a la redacción una mañana extrañado de que aquel día no aparecieran los habituales versos del poeta; y cuando le dijeron que Maiakovski estaba de vacaciones, preguntó seriamente quién le sustituía.

En 1929 estrenó *La chinche*, una sátira musical con partitura de Shostakóvich (este, por cierto, se asombraba de que llevara una corbata diferente en cada ensayo) sobre un mundo dominado por burócratas maleducados e incultos, en el que los poetas eran tan indeseables como las chinches. La prensa, naturalmente, arremetió contra él, y la obra desapareció de las carteleras. Su última y discreta creación, *La casa de baños*, puesta en escena por Meyerhold, en la que fustigaba de nuevo a los funcionarios soviéticos, corrió la misma suerte. Y Stalin, que entendía de poesía y valoraba doblemente a Maiakovski –por la excelencia de su obra y por la pasión que despertaba en el pueblo–, comprendió claramente que había llegado la hora de silenciarle. Se atribuye a Eisenstein una frase seguramente apócrifa: «Había que quitarle de en medio del modo que lo hicieron». (El cineasta murió cinco años antes que Stalin, y es impensable que en vida de este, incluso en la intimidad, hiciera ese comentario; otra cosa es que conociera los rumores sobre el modo ideado por Stalin para acabar con el «incordio».) Maiakovski vivía cómodamente en el confortable apartamento de Ósip y Lili Brick, que era su musa y su amante, un pequeño escándalo sin trascendencia. Tanto el marido (un poeta, crítico y lingüista conocido) como su

mujer eran confidentes del NKVD sobre el amplio círculo de sus relaciones, cosa que el poeta desconocía. Stalin actuó en dos frentes. Uno de sus hombres de confianza era Yákov Agránov, responsable en los servicios secretos de la cuestiones culturales y también amante de Lili.* Agránov, buen amigo de Maiakovski, le regaló, por sugerencia de Stalin, una preciosa pistola, y los Brick recibieron la orden de buscar un pretexto para que el poeta saliese de su casa. Desesperado por las amargas críticas de la prensa y por tener que vivir en una casa comunal –las personas solas recibían, como norma, una simple habitación–,** y por la insoportable pérdida de su amada, escribió a esta sus postreras palabras: «La causa del amor ha embarrancado en los arrecifes de la vida cotidiana».Y el 14 de abril de 1930, se pegó un tiro –o se lo pegaron– con la pistola tan oportunamente regalada. Sus disgustos a Stalin habían terminado.

El impresionante funeral fue seguido a través de la radio por millones de personas, pero, inexplicablemente, durante cinco años, cayó sobre Maiakovski un ominoso silencio. Hasta que, en noviembre de 1935, Lili Brick, dolorida aún por la pérdida de su amado, de cuyo suicidio, sin duda, se sentía culpable, escribió a Stalin lamentando el menosprecio del poeta y de su obra. El implacable censor reaccionó enviando la carta a la prensa con un comentario inme-

* Lili Brick era hermana de Elsa Triolet, la fiel compañera de Louis Aragon. Entre sus numerosos amantes estaba también Bábel. Murió en Moscú, casi centenaria. Respecto a Agránov, durante el primer gran proceso de Moscú (agosto de 1936) se ocupó personalmente de supervisar todo el material enviado a los medios de comunicación: artículos, crónicas, intervenciones del fiscal, declaraciones de los procesados, textos de las condenas. Poco después, cuando Stalin decidió sustituir al odiado Yagoda por el más siniestro Yezhov, Agránov fue nombrado adjunto de este y, por tanto, espía de los movimientos de su jefe. Lo que no impidió que en 1938, cuando las purgas terminaron, fuera ejecutado, junto con Yezhov y toda la cúpula del NKVD, como uno de los máximos culpables de la represión.

** La habitación en que vivió y murió Maiakovski se encuentra en la última planta de un gran edificio situado junto a la Lubianka,hoy dedicado por entero a museo –fantástico, por cierto- del poeta. Se puede fotografiar todo, excepto, curiosamente, esa habitación espartana, la *memorial room,* visible pero sagrada.

diatamente reproducido en todos los medios: »Maiakovski ha sido y sigue siendo el mejor, el más talentoso poeta de nuestra época soviética. La indiferencia a su memoria es un crimen.» La repercusión de ese veredicto fue enorme, aunque el pueblo no había olvidado al poeta, tan adorado como Pushkin por su humanidad y sus intensos sentimientos. Como en el caso de Gorki, calles, plazas, escuelas recibieron su nombre y sus poemas se reeditaron largamente. Desde 1920 hasta la muerte de Stalin se vendieron, solo en la Unión Soviética, veintitrés millones de ejemplares de sus obras, en ruso y otras cincuenta lenguas del país. Años después de la desaparición del dictador, Pasternak, incapaz de ocultar sus celos, escribió: «Maiakovski fue introducido a la fuerza, como la patata en el reinado de Catalina la Grande».

Capítulo 6

Los genios consentidos

En tiempos de Stalin, los llamados «órganos», los servicios de seguridad del Estado, no perdían de vista a los hombres de la cultura por muy bolcheviques que fueran; pero Beria y sus dos últimos antecesores (Yezhov y Yagoda) carecían de atribuciones para arrestar a los famosos. Debían enviar sus expedientes al *vozhd*, que solía devolverlos aprobando la detención; si bien, en contadas ocasiones, no autorizaba el arresto o ponía una nota en la portada: «Aislar pero preservar». ¿Quiénes recibieron ese trato de favor? Entre los escritores públicamente censurados, que esperaban sobrecogidos, noche tras noche, la llegada de los *chequistas,* vivieron al amparo de Stalin, sin saberlo, no más de una docena, sobre todo poetas y dramaturgos que admiraba. Preservó también a unos pocos autores utópicos, llenos de fe en un mundo sin sufrimiento, y críticos, por tanto, con las medidas del gobierno que contrariaban sus sueños. El más grande de esos visionarios fue Andréi Platónov (1899-1951), que nació y murió en la miseria. Embriagado por la Revolución, se alistó en el Ejército Rojo y fue condecorado en la guerra civil por su bravura. Ingresó en el Partido, lo abandonó muy pronto desilusionado e hizo un poco de todo para sobrevivir. Prácticamente autodidacta, gran lector, consiguió publicar por primera vez en 1927, cuando aún existía una cierta permisividad (cinco años más tarde, los artistas y los escritores perdieron, de hecho, su

independencia al ser agrupados por decreto en uniones bajo el control del Partido; quienes se negaron a ingresar en ellas por preservar «la libertad de creación» cayeron en desgracia). De todas formas, ya desde sus primeros relatos fue duramente criticado y muchas puertas se le cerraron para siempre.

En 1931 la revista *Krásnaia Nov* publicó uno de sus cuentos, «Vprok» (Provecho, subtitulado «Crónica de un hombre pobre»), que indignó a Stalin. El «satanoide insomne» de Platónov lo leía todo: tachó de basura la narración y dedicó al autor una sarta de insultos (bastardo, felón, infame) en los márgenes del texto. Se trataba de una sátira sobre la implantación de las granjas colectivas y la incompetencia de sus mandos, y Stalin envió una cruda nota a la revista junto con el ejemplar cubierto de injurias: reconvenía a la redacción por su error al publicar el cuento, al que calificaba como una historia escrita «por un agente de nuestros enemigos a fin de destruir el movimiento koljosiano»; y pedía que el escritor fuese «duramente golpeado» para que aprendiese la lección. Stalin, sin embargo, no acabó con Platónov porque apreciaba, más que su talento del que tenía pocas pruebas,* su gran calidad humana: su modestia, su honestidad, su pasión por la justicia y su resistencia a la adversidad. Ni siquiera autorizó su arresto por haberle llamado «satanoide insomne». En su fuero interno, puede que se sintiera halagado. Lector de Nietzsche, había subrayado la frase: «Satán es la levadura del universo»; y resulta curioso que entre las obras para piano preferidas por Stalin estuviera el *Poema Satánico* de

* Cuando Andréi Platónov murió, sus manuscritos fueron a parar a la Lubianka, donde aparecieron al abrirse los archivos. Dejó tres novelas (*La excavación, Dzhany Chevengur*, su obra cumbre, publicada por primera vez en 1988); y un número considerable de piezas de teatro, guiones de cine, cuentos, artículos y ensayos. No es probable que Stalin conociera el manuscrito de *Chevengur*, una de las grandes novelas del siglo XX, el *Quijote* del comunismo, cuyo personaje central, a lomos de su endeble caballo, vaga incansable por la tierra rusa para llevar la justicia al pueblo. En general, los críticos estiman que *Chevengur* es muy superior a cualquier otra novela soviética y juzgan a Platónov como un escritor prodigioso, el mejor de su país en tiempos de Stalin; según Joseph Brodski, comparable con Joyce, Musil o Kafka y «tal vez por encima de ellos».

Scriabin. Además, no debió de parecerle mal que el pueblo le temiese como al mismísimo diablo y creyese que pasaba las noches trabajando, creencia arraigada en la gente porque en el Kremlin la luz del supuesto despacho de Stalin nunca se apagaba.

En 1938 su hijo Platón, que solo tenía quince años, fue arrestado por supuestas actividades antisoviéticas en la escuela (cuatro años antes, y por idéntico motivo, le ocurrió lo mismo a otro estudiante, Anatoli Ribakov, autor de la célebre novela autobiográfica *Los hijos del Arbat*). Platónov, pese al atroz sufrimiento, siguió escribiendo y consiguió publicar varios relatos conmovedores, que Stalin apreciaba aunque reconocía que le dejaban perplejo: el rencoroso *vozhd* no lograba entender que el escritor, además de soportar su desgracia con gran entereza, siguiera creyendo firmemente –tal y como reflejaban sus historias– en la bondad humana. ¿Se apiadó de él? Lo cierto es que el 7 de noviembre de 1939, aniversario de la Revolución, Platónov recibió un mensaje que le hizo llorar de emoción: su hijo sería puesto en libertad próximamente. Pero el destino volvió a jugarle una mala pasada. Vivía en un edificio anexo a la Casa Herzen, en el bulevar Tverskói; ambos inmuebles se encontraban divididos en pequeños apartamentos en los que habitaban gran parte de los escritores moscovitas. Platónov era un hombre sencillo y amable, que no hacía daño a nadie, y la noticia de la pronta liberación de su hijo –algo insólito en aquel tiempo– llenó de estupor, y en general de alegría, a sus atemorizados vecinos. Uno de ellos, Andréi Nóvikov, quiso celebrarlo en su casa con el feliz padre y otro escritor amigo, Nikolái Kaurichev. Platónov, de frágil salud, apenas bebía: se negaba a apurar las copas de golpe, como es de rigor en Rusia: se limitaba a humedecer los labios, un verdadero sacrilegio que sacaba de quicio a todos sus conocidos. Nóvikov y Kaurichev pronto estuvieron borrachos, y los tres siguieron el interminable rito ruso de los brindis: bebieron por los ausentes y los presentes y, repetidas veces, por el anunciado regreso de Platón.

De repente, Nóvikov, que no se tenía en pie, levantó su copa y, sin poder contenerse, farfulló:

–¡Por la salud de Trotski y la perdición de Stalin!

Kaurichev, también ebrio, le secundó vaciando su copa de un trago, pero Platónov, indignado, se negó en redondo a beber. Furiosos, totalmente trastornados, ambos le acusaron de fingir: era imposible que estuviera a favor del déspota cuando su hijo había sido arrestado sin motivo. Platónov, también fuera de sí, les replicó que su desgracia personal no disminuía su fe en el régimen soviético y que, sin Stalin, el país sería destruido rápidamente por sus enemigos. Volcó la copa sobre la mesa y se marchó dando un portazo. Los edificios donde, agrupados por profesiones, vivían los creadores de renombre (arquitectos, compositores, literatos) estaban plagados de micrófonos –resulta increíble que sus moradores no lo sospecharan–, y el incidente fue grabado. Stalin acababa de mostrarse benévolo con Platónov, y Beria se curó en salud. En vez de decidir por sí mismo, envió la transcripción del encuentro al *vozhd* con su propuesta: citar a Platónov en la Lubianka para interrogarle y arrestar a Nóvikov y a Kaurichev. Sorprendentemente, el informe le fue devuelto con un rotundo rechazo: «No. Déjalos en paz».

Unas semanas más tarde, al comienzo de 1940, el hijo de Platónov regresó de prisión desahuciado a causa de una tisis galopante, enfermedad que contagió a su padre; y murió poco después. El escritor se vino abajo, pero soportó estoicamente su amargura. En junio del año siguiente, empezó la guerra, y Platónov, aunque tenía más de cuarenta años, quiso incorporarse al Ejército como la mayoría de sus colegas. Recibió una respuesta terminante: «Ocúpese de su salud y cuide la Casa Herzen».* El sosiego apenas le

* Se ha dicho que Platónov terminó su vida como barrendero de la Casa Herzen. No es cierto. Durante los primeros meses de la guerra se ocupó de apagar algún que otro fuego produ-

duró un mes: a finales de julio, él, Nóvikov y Kaurichev fueron arrestados. Los dos últimos estaban en el frente, y Beria, que tampoco olvidaba nada, debió de insinuar a Stalin que, ante el arrollador avance alemán, pensarían en salvarse, desertarían y se pondrían al servicio del enemigo. Platónov fue largamente interrogado y, por supuesto, ni se le pasó por la cabeza desfigurar lo sucedido. Stalin, enterado de que había dicho la verdad, ordenó que le dejasen libre. Nóvikov y Kaurichev declararon que siempre habían sido fieles al poder soviético y que aquel día estaban borrachos, pero fueron inmediatamente ejecutados.

Poco antes de terminar la guerra, los médicos, ante el curso favorable de su enfermedad, levantaron el veto, y Platónov vio por fin cumplido su deseo: fue destinado a uno de los Ejércitos de Kónev como corresponsal de *Estrella Roja*. Pero la desgracia le perseguía. Tras la caída de Berlín, en los combates por la liberación de Checoslovaquia recibió múltiples heridas de metralla de las que nunca se recuperó totalmente. Consumido también por la tuberculosis, y carente de recursos –subsistía gracias a su amigo Shólojov–, murió en Moscú, en 1951.

* * *

Stalin adoraba la poesía. Poeta él mismo en su juventud, lector de versos toda su vida, sabía distinguir perfectamente lo sublime de lo mediocre. Envidiaba a quienes tenía por genios y lo admitía: «Los dioses están fuera de mi alcance». ¿Asumía que debía exculparlos por mucho que le ultrajaran? Resulta realmente un misterio la rara indulgencia del vengativo déspota con los poetas que admiraba; aun-

---

cido por los bombardeos y ayudó a los ancianos que quedaron en la casa a mantener limpios patios y escaleras. En octubre de 1941, cuando se decretó el estado de excepción, fue evacuado a Ufá, donde su salud mejoró sensiblemente.

que vivieron estremecidos y sufrieron, en mayor o menor medida, la represión, ninguno de ellos fue ajusticiado. Entre los agraciados estaba Anna Ajmátova (1889-1966), la gran Anna de todas las Rusias.* Excepcionalmente favorecida y consentida, soportó a la vez, llena de amargura, un calvario interminable. Como raro privilegio, se le permitió vivir durante más de un cuarto de siglo en el antiguo palacio de los condes Sheremetiev, al borde del canal Fontanka, la «Fontanka Dom», donde ahora se encuentra su museo. A raíz de la Revolución, el palacio, dividido en varias viviendas, albergó a importantes personajes del nuevo régimen. Uno de los mejores apartamentos fue asignado a Nikolái Punin, miembro destacado del mundo cultural –conservador de museos, crítico e historiador del arte– y tercer compañero de Ajmátova. Punin, incapaz de abandonar a su familia, convivía con Anna, con su ex mujer, su hija Irina, una sirvienta y el hijo de ésta (cuando el muchacho se casó, su pareja también se incorporó a la tribu). Tras quince años de amarga relación, Punin y Anna rompieron, pero ella siguió en la casa, nadie le pidió que se marchara. Sucedió lo mismo en 1949. Punin fue arrestado (murió en prisión cuatro años más tarde); la tribu se dispersó y Anna, en contra de lo esperado, permaneció en la vieja y destartalada vivienda hasta que, poco antes de la muerte de Stalin, recibió un nuevo apartamento céntrico y confortable. A ello se unió otra merced sin precedentes: se permitió que la joven Irina, hija de Punin, un «enemigo del pueblo», viviera con ella para que la cuidase (Ajmátova tenía entonces más de sesenta años).

Resulta aún más asombroso que en la sociedad estalinista, sometida a una disciplina espartana y, por tanto, nada permisiva con las fla-

* Así la llamó otra gran poetisa, Marina Tsvetáeva (1892-1941), tan excelsa como la propia Ajmátova. Stalin la detestaba por su feroz antibolchevismo durante los largos años de exilio, pero conocía y valoraba su obra, y subrayaba, como siempre, lo que le gustaba; así hizo con los versos dedicados al último zar, Nicolás II el Sangriento: «Más de una vez recordarán los hijos venideros / la perfidia bizantina de tus claros ojos».

quezas humanas –ya que el pueblo debía entregarse al trabajo sin respiro–, Anna viviera como una niña mimada y consentida. Caprichosa y dominante, ejercía una atracción irresistible sobre los hombres tiernos y delicados, y viceversa: maridos y amantes se distinguían por su falta de carácter. En 1910 se casó con Nikolái Gumiliov, otro gran poeta, maestro de Mandelshtam y tan inmaduro como este: él mismo decía que era un niño de doce años. En París, durante el viaje de bodas, Anna conoció a Modigliani, y ambos quedaron fascinados. Él la seguía a todas partes, la llevaba a los museos, dibujaba su rostro de memoria, pasaba horas de noche bajo su ventana. Ella no olvidó nunca aquel encuentro «culpable de muchos infortunios». La única respuesta de Gumiliov a ese ultraje imperdonable fue decir a su mujer que Modigliani era un «monstruo alcoholizado».

Tras innumerables devaneos de uno y otro, Anna, joven y «alegre pecadora» –según ella misma–, abandonó a Gumiliov en 1918.* Le reemplazó por su más rendido adorador, Vladímir Shileiko, un egiptólogo adepto a la metempsicosis, persuadido de que el alma de Cleopatra se había reencarnado en ella. El idilio duró varios años, pese a que Ajmátova no interrumpió su vida libertina (Shileiko le puso de mote *Akuma*, el «espíritu del mal»). Tampoco mudó de conducta cuando, en 1925, se trasladó a la Fontanka para convivir con Punin, a quien hizo sufrir lo indecible: le fue infiel desde el primer momento y, para colmo, le tenía al corriente de sus aventuras. ¿Por qué Stalin, valedor de la familia por pura conveniencia –como soporte de una comunidad disciplinada–, fue tan indulgente con Ajmátova, paradigma del desorden? Le encantaba su poesía, por su-

* El año anterior, poco después de la caída del zar, Gumiliov había viajado a Londres para participar en un simposio. En su larga disertación, que no interrumpió siquiera cuando empezó un bombardeo aéreo, propuso que el gobierno del mundo debía confiarse en exclusiva a los poetas y proclamó a Chesterton, por serlo, autócrata de Inglaterra. El inglés ironiza sobre el asombroso coloquio en su *Autobiografía*: nada más inaudito que haber muerto bajo las bombas alemanas «mientras escuchaba a ese ruso demente que me ofrecía la corona de Inglaterra».

puesto, pero valoraba mucho más su patriotismo. A raíz de la Revolución, centenares de escritores y artistas emigraron, y gran parte de ellos apoyaron la intervención extranjera en la guerra civil, que hubiera supuesto, de haber tenido éxito, la desmembración de Rusia. Ajmátova también pudo hacerlo, pero optó por quedarse. Aunque aborrecía el nuevo régimen, nunca, ni en los peores momentos, se manifestó en su contra: sabía que era el único valladar contra la codicia extranjera. En 1922, como respuesta a la llamada de sus amigos del exilio, escribió: «No soy de aquellos que dejan a su patria en la estacada, / para que sea por sus enemigos destrozada». Stalin jamás olvidó estos versos: se los recordaba a Beria y a cuantos la acusaban de enemiga y pretendían arrestarla.

Nikolái Gumiliov procedía, como Ajmátova, de la nobleza y, obviamente, odiaba a los bolcheviques. Enfurecido por la inesperada victoria de estos en la cruenta guerra civil, perdió su poco juicio –nunca tuvo mucho, ciertamente– y se unió a otros insensatos dispuestos a derribar el poder soviético, con el que no habían podido ni los ejércitos zaristas ni las fuerzas extranjeras; «los comunistas no se atreverán a tocarme», afirmaba convencido. Como si el terror desencadenado tras el atentado contra Lenin no fuera con ellos, Gumiliov y sus amigos se reunían, sin tomar demasiadas precauciones, en el apartamento de uno de ellos. Hablaban de sus planes ilusorios: el levantamiento de las tropas, la detención de los dirigentes, la restauración del antiguo régimen. Lenin, tan despiadado como Stalin, no necesitaba, en cambio, como este, inventarse las conspiraciones: en aquellos años las había a cientos de extremo a extremo del país. La Checa aún no disponía de millares de micrófonos, pero llegaba a todas partes, y sus informes, que Lenin recibía diariamente, no tergiversaban la realidad. Y una noche de 1921, Lenin, sumamente preocupado por el creciente malestar de la población y el riesgo de subversión –la repetición del levantamiento de Kronstadt, recién aplastado–, decidió acabar de una vez con las intrigas, entre ellas «la

conjura de los necios», y ordenó el arresto de Gumiliov y de medio centenar de sus cómplices, todos ellos rápidamente ejecutados. La muerte de su exmarido –que nunca la olvidó–, padre de su único hijo, causó a Anna Ajmátova un inmenso pesar y provocó la ruptura con Shileiko, su segundo compañero.

No es extraño que Lev Gumiliov, con un padre que siempre estuvo en las nubes y una madre impulsiva e inestable, ambos sobrados de talento, fuese un niño prodigio y a la vez tan exaltado y falto de cordura como sus progenitores. Cuando estos se divorciaron, decidieron enviar al muchacho a casa de su abuela paterna, con la que vivió, en una ciudad provinciana, casi diez años; hasta que cumplió diecisiete y regresó a Leningrado para entrar en la universidad. Así que, en el verano de 1929, Lev, como no tenía alternativa, se presentó en el atestado manicomio de la Fontanka. Tras varios años perdidos –aprobaba los exámenes de ingreso, pero era rechazado por su «origen social»– fue admitido en la Facultad de Historia, donde rápidamente se granjeó la enemistad de todo el mundo: era prepotente, presumía de procedencia noble, dejaba en mal lugar a los profesores, no ocultaba sus ideas políticas y discutía de lo divino y humano con sus compañeros, cosa que también hacía en casa con moradores y visitantes. Y en octubre de 1935, Punin, por participar en las discusiones y consentirlas, y Lev, por sus propias faltas, fueron arrestados.

Anna, horrorizada, temiendo que se repitiera el drama de su primer marido, escribió inmediatamente a Stalin: le aseguraba que los detenidos no eran fascistas, ni espías, ni pertenecían a ningún grupo contrarrevolucionario; le recordaba que desde el inicio de la Revolución nunca había querido abandonar el país con el que se sentía ligada de corazón e intelecto, y le rogaba que le devolviese a su marido y a su hijo, gesto que nadie lamentaría. Tomó el tren a Moscú y movilizó a sus amigos. Gorki intervino, Pasternak también escribió a Stalin y, gracias a ellos, las cartas llegaron inmediatamente al *vozhd* a través de su secretario, que se había prestado a recogerlas en mano. La rápida

respuesta sorprendió incluso al NKVD, cuyo jefe, Yagoda, había pedido permiso para arrestar también a Anna. En la propia carta de esta, Stalin escribió su insólito veredicto: «Camarada Yagoda. Liberad a Punin y Gumiliov e informad de que así se ha hecho». Ajmátova llegó a Moscú el 29 de octubre y el 3 de noviembre los dos detenidos recobraron la libertad, un verdadero milagro. Lev Gumiliov no cambió: siguió comportándose de modo irresponsable. Expulsado de la universidad, readmitido gracias a su madre, hizo amistad con otros dos estudiantes adversarios del régimen y fue arrestado de nuevo en marzo de 1938, cuando las grandes purgas estaban en su apogeo. Ajmátova, desesperada, volvió a escribir a Stalin, pero no recibió respuesta. Vivió entonces el tiempo más atroz de su calvario. A lo largo de diecisiete meses recorrió diariamente el camino desde su casa a la cárcel y permaneció en la cola hora tras hora, indiferente al bochorno, a la nieve y al frío, esperando en vano noticias de su hijo. (El único medio de saber con certeza que un preso seguía vivo era llegar hasta la ventanilla antes de su cierre, cosa muchos días imposible, y dejar en ella un paquete con ropa, un sobre con algunos rublos; al cabo de unos minutos, o se le entregaba un recibo –señal de que el reo vivía– o el paquete era rechazado con un sello lacerante: «Recluso incomunicado», lo que solo creían los suyos que, aferrados a la esperanza, no podían concebir que hubiese muerto.) Ese insufrible tormento de ir y venir con el alma en vilo solo acabó cuando Lev, sentenciado a cinco años de trabajos forzados por participar en actos de propaganda antisoviética, fue conducido a Siberia. Y Ajmátova, sumida en una tristeza infinita, retomó el amargo poema de su desventura, «Réquiem», que había empezado en 1935 –durante su angustioso viaje a Moscú en busca de clemencia– con una imagen desoladora: «Te llevaron al alba».*

* Anna terminó el poema en 1940, y su amiga Lidia Chukóvskaia lo conservó en su memoria para que el peligroso manuscrito fuera destruido. «Réquiem» se publicó por primera vez en los años sesenta.

Anna pagaba en lágrimas –«abierta en sollozos», dice en «Réquiem»– las culpas ajenas y soportaba estoicamente el castigo recibido por las propias. Stalin nunca quiso destruirla, ni pretendió doblegarla, ni se ensañó con ella. Respondía simplemente, y más bien con indulgencia, a sus agravios. En 1934, Ajmátova participó en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos y, junto con Bulgákov, Mandelshtam, Platónov y otros pocos, defendió la libertad de creación frente a las restricciones del Partido y se negó a ingresar en la Unión de Escritores. Como réplica, sus obras desaparecieron de las librerías y no pudo publicar nada en cinco años. Cuando su compañero y su hijo fueron arrestados en 1935, Anna era tan culpable como ellos: había participado en las tertulias de su casa y había escuchado de labios de Mandelshtam sus injuriosos versos a Stalin. Este, naturalmente, lo sabía, pero ¿qué podía hacer si había perdonado a los dos reos? Pronto encontró la respuesta: por mucho que escribiese, Ajmátova formalmente no trabajaba puesto que no publicaba; y, por tanto, no tenía derecho alguno a emolumentos del Estado. Se le retiró la asignación que percibía por su actividad literaria, y con ello Stalin mató dos pájaros de un tiro. Humilló a Anna, que pasó a depender enteramente del hombre al que desdeñaba. Y esa carga ineludible fue para Punin un nuevo castigo: ya vivía atormentado por la falta de recursos –debido a su arresto, perdió cargos y prebendas– y tuvo que asumir, como una dolorosa penitencia y durante largos años, el sostén de la tribu por entero.

En febrero de 1939, cuando Lev, arrestado por segunda vez, llevaba casi un año en prisión, y Anna, desolada, recorría cada día el camino hasta la cárcel, Stalin asistió al acto de entrega de los premios que llevaban su nombre y, tras la ceremonia, se entretuvo largo rato con los galardonados. De repente, como si acabara de ocurrírsele, preguntó por ella usando el mote, por todos conocido, que él mismo le había puesto:

–¿Qué hace la monja?*

¿Temía Stalin que Ajmátova se suicidara? ¿Quería evitar que una voz capaz de conmover al pueblo se perdiese? Lo cierto es que, inmediatamente, el veto fue levantado, y las editoriales, las revistas, los diarios, volvieron a interesarse por sus poemas. Entre 1939 y 1940 se publicaron en tiradas enormes, prácticamente completas, las obras de Ajmátova escritas a lo largo de treinta años. Y fue admitida, con gran solemnidad, sin haberlo pedido, en la Unión de Escritores. Anna, por cierto, aprovechó la bonanza para «agradecer» a Punin los servicios prestados, esto es, para romper con él definitivamente, aunque, como es sabido, no tenía intención alguna de abandonar la Fontanka, donde pronto apareció su nuevo amante.

Stalin demostró, una vez más, su acierto al juzgar a las personas: sus previsiones se cumplieron. Estalló la guerra, y Anna, sin sombra de duda, permaneció en Leningrado entregada en cuerpo y alma a exaltar el coraje, el espíritu de resistencia de los sitiados. Incansable, soportando el hambre y el frío como toda la población, visitaba los hospitales y recitaba sus versos emocionantes a los soldados heridos; hablaba enardecida por la radio proclamando con pasión que la terrible prueba sería superada, que la ciudad de Pedro el Grande no se rendiría. Aunque tenía más de cincuenta años cuando comenzó el bloqueo y acusaba las secuelas de su interminable sufrimiento –tanto por la suerte de su hijo como por su propia desdicha–, no se había venido abajo ni había perdido la entereza. Pero seis meses después, tras el atroz invierno en el que casi medio millón de personas murieron de inanición, Anna, literalmente consumida, era un espectro.

Stalin quiso, una vez más, salvarla y ordenó que fuera evacuada a Tashkent. Ajmátova llegó a Uzbekistán en un estado deplorable,

* En esa ocasión, Stalin no empleó el mote completo: «la monja prostituta», singular definición de Anna, que era profundamente religiosa y a la vez llevaba una vida tan poco edificante.

vencida y trastornada por el horror vivido en Leningrado. Seguía escribiendo con fervor poesías de combate –su poema patriótico «Valor», por ejemplo–; y sus versos, a través de la prensa y la radio, llegaban a los frentes, a las fábricas, a todos los hogares de la Gran Tierra, el territorio libre de nazis. Pero las escenas dantescas de que había sido testigo, la agonía de su amada ciudad, que hacía presagiar su fin ineludible, volvían cada noche a su memoria. Se despertaba angustiada y escribía sin parar. Y las pesadillas que turbaban su sueño se traslucían inevitablemente en sus poemas, poemas pavorosos que guardaba para sí misma y que venían a ser como un segundo réquiem, esta vez por el dolor ajeno. ¿Por qué, de repente, intentó publicarlos?, ¿quiso simplemente dar a conocer sin tapujos, en toda su crudeza, la tragedia de Leningrado? Lo cierto es que apenas dormía, desquiciada también por el calor insoportable, y había perdido en gran medida la noción de la realidad. Y así, en pleno verano de 1942, reunió la mayor parte de los poemas escritos hasta entonces en Tashkent –los ya publicados, llenos de ardor bélico, y los inéditos, fruto de su espanto y su piedad– y los envió a la censura bajo el título *El viento de la guerra*.

El manuscrito llegó a manos de Stalin en momentos de gran tensión, cuando las tropas alemanas avanzaban imparables hacia Stalingrado y el Cáucaso. Descartó, uno a uno, todos los poemas dedicados al sufrimiento humano en Leningrado: los encontró deprimentes y, por tanto, dañinos en aquel tiempo inmisericorde. ¿Cómo iba a permitir que una «demente melancólica» socavase la moral del pueblo? Envió el manuscrito a los archivos con una expresión despectiva en la portada, pero no lo olvidó: lo pidió después de la guerra. Y en esa ocasión, señaló con su lápiz azul varios poemas y escribió: «En este estiércol se puede encontrar algún diamante». *El viento de la guerra* no fue publicado íntegro hasta los años sesenta.

Por uno u otro motivo, Ajmátova daba muchos disgustos a Stalin. En 1944 se celebró en el Museo Politécnico de Moscú una ve-

lada literaria en honor de los poetas de Leningrado, recién liberada tras dos años y medio de asedio. Cuando Anna apareció en el escenario, los asistentes, puestos en pie, emocionados, la ovacionaron largamente. Stalin, habituado a las aclamaciones orquestadas, pidió a la NKVD que averiguase quién había organizado esa recepción apoteósica, quién había ordenado que el auditorio se levantara y prorrumpiera en vítores y aplausos. La respuesta le dejó perplejo: si un público selecto –al fin y al cabo, gente del régimen– acogía con una ovación espontánea a una poetisa que él tenía por pesimista y decadente, ¿qué no sentiría el pueblo por ella?, ¿la recordaría por sus versos de aliento y de lucha o por su romanticismo del pasado? ¿Se estaría relajando la tensión cuando la guerra no había terminado? No estaba dispuesto a consentirlo ni siquiera después de la victoria; interpretó como un gesto de blandura la entusiasta acogida a Ajmátova y decidió endurecer aún más la política cultural. Ordenó que se expurgasen de nuevo sus obras y que la censura examinase con lupa todo lo nuevo que ella y los demás escritores pretendieran publicar.

Anna había regresado a la Fontanka en cuanto Leningrado fue liberado. Lo hizo por derecho propio. La Unión de Escritores, a la que pertenecía desde antes de la guerra, le asignó oficialmente dos habitaciones del apartamento ocupado por el clan Punin. Y el 14 de noviembre de 1945, su hijo, a quien no había visto desde 1939, regresó del gulag tras haber cumplido su condena.* Dos días después,

* Stalin soportó a Anna como un padre bondadoso a una hija sin cabeza; y a Lev como un abuelo paciente con un nieto incorregible. De ese inexplicable trato de favor se beneficiaron también los dos compinches de Lev. Este fue excluido, por supuestos problemas de salud, del trabajo en el bosque, atroz en invierno aun siendo pocas las horas de luz (solo se interrumpía cuando el gran termómetro colgado de un árbol marcaba 51,5° C bajo cero: cincuenta grados más un 3 por ciento de margen de error). Mientras sus compañeros abatían árboles o trabajaban en las minas, Lev permanecía en el campamento, adscrito a la biblioteca, la panadería, las cocinas; y, además, se le permitió escribir cuanto quisiera. Al comenzar la guerra, pidió ser enviado al frente, pero no fue destinado a una unidad de asalto, como la mayoría de los pena-

la desgracia se cruzó de nuevo en su camino. Isaiah Berlin, apenas conocido entonces en la Unión Soviética, estaba destinado en la embajada británica en Moscú y fue autorizado a visitar Leningrado, donde había vivido hasta que su familia emigró a raíz de la Revolución. En la Casa del Libro –el edificio Singer de la avenida Nevski– encontró «casualmente» a un conocido crítico literario que le habló de Ajmátova y se ofreció para presentársela. Berlin aceptó encantado: admiraba la obra de Anna, muy popular en Inglaterra, y no quiso perder la oportunidad de conocerla.

El soviético la llamó por teléfono y fijaron una cita para aquella misma tarde. Unos minutos después de que ambos llegaran a la Fontanka, se oyeron grandes gritos en el patio. Randolph Churchill, hijo del viejo líder, que se hallaba casualmente en Moscú y había acompañado a su amigo a Leningrado, quiso unirse al encuentro, pero no sabía el número del apartamento. Aunque Berlin corrió escaleras abajo para llevarse de allí a Randolph, el escándalo fue mayúsculo. Stalin, inmediatamente informado, montó en cólera: una cosa era mostrar a un profesor inglés cómo se trataba a los poetas en la Unión Soviética, y otra, inadmisible, que el hijo de Winston Churchill pretendiese entrar a gritos, y sin permiso, en la Fontanka. Anna, acusada por el propio Stalin de «confraternizar con espías», fue expulsada de la Unión de Escritores y, una vez más, dejó de publicar, perdió sus emolumentos y volvió a depender, para sobrevivir, de sus amigos. Andréi Zhdánov, inquisidor cultural del momento, arremetió contra ella de forma despiadada: en un acto público la describió como una sobreviviente de la vieja cultura aristocrática, «semimonja, semiprostituta o, mejor dicho, una monja prostituta cu-

---

dos, sino a una batería. Después de la victoria regresó al gulag hasta cumplir su condena. Fue arrestado de nuevo en 1949 y condenado a diez años como reincidente en actividades antisoviéticas, pero siguió manteniendo sus privilegios en el campo. Liberado tras la muerte de Stalin, alcanzó gran renombre como historiador. Murió longevo, en 1992.

yos pecados se mezclan con la plegaria». Dos ediciones enteras de sus obras, recién impresas, fueron destruidas.

Y así sucesivamente: una de cal y otra de arena. En abril de 1949 recibió la sorpresa de que se estaba preparando una velada en su honor y la propia «excomulgada» recitó sus poemas en la grandiosa Sala de las Columnas.* En noviembre del mismo año su hijo fue arrestado por tercera vez, y ella, desesperada, compuso una oda titulada «21 de diciembre de 1949», fecha en que Stalin cumplía setenta años: «la leyenda habla de un hombre sabio / que salvó a cada uno de nosotros de una muerte total». Esos versos, junto con otros poemas patrióticos, fueron publicados, y Ajmátova, confiada, volvió a escribir al *vozhd* rogándole que liberase a su hijo; no recibió respuesta, pero fue readmitida en la Unión de Escritores, con los privilegios que ello conllevaba. En junio del año siguiente, Abakúmov, ministro de Seguridad del Estado, antiguo jefe del Smersh, el servicio de contraespionaje, envió un informe a Stalin sobre las acciones antisoviéticas de Anna desde 1924 (!) pidiéndole autorización para arrestarla; no la obtuvo (en el informe, conservado en los archivos, figura la singular decisión: «Continuar trabajando»). Tres años después, Stalin desaparecía, y Beria, Abakúmov y otros chequistas eran ejecutados. Ajmátova sobrevivió a su protector exactamente trece años: murió el 5 de marzo de 1966.

* * *

Mijaíl Bulgákov (1891-1940), de origen noble, nació en Kiev dos años después que Anna Ajmátova, pero murió un cuarto de siglo

* La Sala de las Columnas no se encuentra en el Kremlin, como se afirma reiteradamente. Es el impresionante salón principal de la antigua Asamblea de los Nobles, la Casa de los Sindicatos durante el régimen soviético, a dos pasos del Bolshói. En ella se celebraron los famosos procesos de los años treinta y se exponían los cuerpos de los líderes importantes a la vista del pueblo, Lenin y Stalin entre ellos.

antes que ella, literalmente consumido por la angustia, por el miedo irrefrenable a ser arrestado. A diferencia de otros escritores (Platónov y la propia Anna), que sufrían sus desdichas con gran entereza, Bulgákov, incapaz de sobreponerse al terror, vivió los últimos años de su vida abatido y torturado. Solo aliviaba su honda depresión cuando escribía, pero lo hacía con gran dificultad, ya que terminó sus días prácticamente ciego.

Bulgákov nunca perteneció al Partido. Su actitud antisoviética era conocida, pero hasta la muerte de Lenin (1924) la libertad del artista se tenía por un derecho inalienable, una conquista de la Revolución. El primer comisario para la Educación y la Cultura, Anatoli Lunacharski, había declarado:

> El Comisariado para la Educación debe ser imparcial en su relación con las diferentes tendencias de la vida artística, [...] no se debe tener en cuenta el gusto del comisario del Pueblo ni de los demás representantes del gobierno. Es preciso proporcionar un desarrollo libre a todos los creadores y grupos artísticos.

De todas formas, Bulgákov, médico como su admirado Chéjov, era entonces poco conocido. Había dejado su oficio para ser escritor, publicaba algunos cuentos y trabajaba en *Gudok* (La sirena), órgano de los ferroviarios, como corrector de los informes enviados por los corresponsales obreros *(rabkori)*. Solo alcanzó la celebridad cuando la complacencia había terminado, en tiempos de Stalin, quien, armado de paciencia – igual que para aplastar a sus adversarios–, eliminó paso a paso la libertad de expresión. A mediados de 1925, en plena lucha por el poder, Stalin se plegó a las tesis de Lunacharski, compartidas por otros camaradas de primera hora, contrarios a la censura; y el Comité Central adoptó la resolución, *La política del Partido en relación con la literatura*, en la que, salvo las obras abierta-

mente contrarrevolucionarias, se defendía la libertad en el campo literario. Pasados unos años, antes del fin de la década, Stalin conseguía desplazar a Lunacharski, que fue nombrado embajador en Madrid (no llegó a ocupar el puesto, murió durante su escala en París). Y en 1932, con la creación de la Unión de Escritores, lograba prácticamente su objetivo: sometió casi por entero a sus dictados a quienes él mismo calificaba como «ingenieros del alma humana».

En 1924 Bulgákov saltó repentinamente a la fama. La revista *Rossia*, de Moscú, había iniciado la publicación por entregas de su novela *La guardia blanca*, y el éxito fue clamoroso: los ejemplares desaparecían de quioscos y librerías. Por primera vez desde la Revolución no se caracterizaba a los zaristas como malvados sanguinarios, sino que se resaltaban sus rasgos positivos: su humanidad, sus entrañables lazos familiares, su idealismo, su amor a la música y a los libros. Naturalmente, los bolcheviques pusieron el grito en el cielo: millones de rusos habían caído en la guerra civil luchando contra los salvajes guardias blancos. Y los «escritores proletarios», acusaron a Bulgákov de hacer el panegírico de la vieja Rusia. Lenin acababa de morir y Stalin se sostenía hábilmente en su puesto de secretario general adoptando una posición de centro, contentando a unos y a otros. Cedió, por tanto, a la presión de los «proletarios», que incluso lograron el cierre indefinido de la revista *Rossia*. La novela le había gustado, y dos años después, más afianzado en el poder, Stalin encontró el camino para contornear el cerco a Bulgákov, a quien se habían cerrado todas las puertas. Llamó al gran Stanislavski, fundador y director del Teatro de Arte, y le pidió que encargara a Bulgákov una versión teatral de su novela. *Los días de los Turbín* se estrenó en octubre de 1926 y su éxito fue fulminante: según los registros del teatro, el propio Stalin la vio quince veces. Sus intérpretes eran los mejores actores del momento, y quien hacía el papel de Alexéi Turbín (un oficial noble, principal protagonista de la pieza) recibió del *vozhd* en persona la más asombrosa felicitación: había soñado

con él (por lo visto el actor se parecía al joven Stalin anterior a la revolución).

Unos meses antes del estreno, la policía registró el apartamento del escritor; y lo hizo sin contar con Stalin, lo que prueba que este aún no disponía del poder absoluto. El clamor contra Bulgákov nunca había cesado, y Menzhinski, jefe virtual de la OGPU, enterado de los ensayos, quiso demostrar a los dirigentes que el autor de *Los días de los Turbín* era un furibundo antibolchevique, indigno, por tanto, del menor aplauso. Todavía no se arrestaba a discreción, como diez años más tarde, pero los sabuesos se llevaron el diario de Bulgákov, *Bajo la férula*, que llevaba desde 1923 (tres grandes cuadernos, uno por año), y su novela *Corazón de perro*. Fotografiaron todo, lo mecanografiaron y lo archivaron; y enviaron los manuscritos a Stalin, que los había pedido en cuanto tuvo conocimiento del registro. Stalin admiraba y elogiaba a Bulgákov; le tenía por «el dramaturgo con más talento del país» y reconocía que su humor sardónico le divertía enormemente. Ello explica que a pesar de leer y subrayar en el diario del escritor frases insultantes –«corruptos y serviles canallas soviéticos, [...] corazones de perro de los nuevos jefes»– y de conocer y prohibir otras obras de Bulgákov, entre ellas sus mordaces sátiras antibolcheviques, siempre le protegiese.* Es más, en 1928 promovió la puesta en escena de dos de sus piezas con un pretexto singular, idea, sin duda, del propio *vozhd*: una de ellas, porque serviría de experiencia a actores noveles; la otra, porque, siendo seguro su éxito, contribuiría al mantenimiento de un pequeño teatro.

La campaña contra el *bulgakismo* arreció, y una de las obras, *La huida,* que concitaba la repulsa unánime de la prensa proletaria, fue

* En *Los huevos fatales*, Bulgákov comparó el marxismo importado en la URSS con huevos también comprados en el extranjero, que, por error, en vez de ser de gallina, eran de reptil; sometidos a radiación, las crías devastaban el país en lugar de alimentarlo. En *Corazón de perro* el nuevo *homo sovieticus* es un híbrido deforme entre un perro y un ser humano.

prohibida tras el último ensayo, dos días antes de su estreno. Stalin disimuló su disgusto y, preocupado por el futuro de *Los días de los Turbín*, hizo pública su opinión: contestó a un camarada –crítico literario y autor mediocre– que le había escrito reiterando su oposición frontal a la obra de Bulgákov. Empezó la carta dándole en parte la razón:

> *La huida* es un intento de despertar compasión, cuando no simpatía, hacia ciertas capas de la emigración antisoviética y, por consiguiente, un intento de justificar o medio justificar la causa de los guardias blancos. *La huida*, tal como es, constituye un fenómeno antisoviético.

Pero añadía:

> ¿Por qué se representan con tanta frecuencia obras de Bulgákov? Seguramente, porque no tenemos bastantes obras *nuestras* que merezcan ser representadas. A falta de pan, incluso *Los días de los Turbín* pueden hacer de tortas. Naturalmente, es muy fácil «criticar» y exigir que se prohíba la literatura no proletaria. Pero no puede considerarse que lo más fácil sea lo mejor. Lo importante aquí no es prohibir, sino desplazar paso a paso de la escena las viejas y las nuevas chapuzas no proletarias mediante [...] la creación de verdaderas e interesantes obras de arte soviéticas que puedan remplazarlas. [...] En cuanto a *Los días de los Turbín* en concreto, no es una obra tan mala, pues reporta más beneficio que daño, [...] la principal impresión del espectador es favorable para los bolcheviques. Si incluso gente como los Turbín se ve obligada a deponer las armas y someterse a la voluntad del pueblo, reconociendo que su causa (la de los Turbín) es una causa definitivamente perdida, quiere decir que los bolcheviques son invencibles y no hay quien pueda con ellos. [...] Na-

> turalmente, el autor no es en lo más mínimo «culpable» de que la obra demuestre tal cosa.

Esa ferviente defensa no surtió efecto alguno. Las críticas, cada vez más acerbas, continuaron, y Stalin tuvo que ceder una vez más: todas las obras de Bulgákov en cartel fueron prohibidas a mediados de 1929; y, a partir de entonces, ni el más inocente de sus relatos fue publicado. No solo eso: Menzhinski* ordenó que se le citara a declarar y le interrogó personalmente:

–¿Por qué no escribe nunca sobre la clase obrera y el campesinado, sino solo sobre las clases altas y los intelectuales?

–Los obreros no me gustan –contestó exasperado–; a los campesinos no los conozco y los intelectuales son una parte muy importante de la sociedad: son su conciencia, buena o mala.

A pesar de ese exabrupto, no fue arrestado. Regresó a su apartamento y malvivió varios meses sin recursos, prácticamente en la miseria. Enfermo, abatido, sin esperanza alguna de que las cosas cambiaran, decidió escribir a Stalin en julio de 1929. Le contaba sus cuitas: llevaba diez años consagrado al trabajo literario en la URSS sin haber «recibido jamás, en ninguna parte, juicio aprobatorio alguno»; sus obras de teatro, representadas cientos de veces con gran éxito, y todos sus relatos, sin excepción, habían sido prohibidos; las críticas recibidas eran monstruosas, virulentas; se le injuriaba y difamaba incluso en la *Enciclopedia Soviética* y *la Enciclopedia Literaria*. Terminaba la carta con una angustiosa demanda:

> Al cabo de diez años, mis fuerzas se han agotado, no tengo ánimos suficientes para vivir más tiempo acorralado, sabiendo que no puedo publicar nada ni representar mis obras en la URSS.

* Menzhinski, sucesor del fundador de la Checa, se creía autónomo, independiente de Stalin. Murió muy pronto, seguramente envenenado.

> Llevado hasta la depresión nerviosa, me dirijo a usted y le pido que interceda ante el gobierno para que se me expulse de la URSS junto con mi esposa.

No recibió respuesta y, varios meses después, volvió a escribir a Stalin, aunque en esa ocasión dirigió la carta al «gobierno de la Unión Soviética». Lo hizo sin ocultar lo que pensaba (la franqueza no fue letal hasta el comienzo de las purgas, en 1936). Rechazaba de plano el consejo de quienes le sugerían que enviase al gobierno de la URSS una carta de arrepentimiento renunciando a sus ideas y que escribiese una «obra comunista» para escapar a las persecuciones y a la miseria: « Ni siquiera lo intento, ya que sé a ciencia cierta que no seré capaz de componer un escrito semejante». Repetía *in extenso* el relato de las críticas recibidas en diez años dedicados a la literatura: tres eran laudatorias, 298 hostiles e injuriosas. Y expresaba sin ambages su posición:

> La lucha contra la censura, cualquiera que sea y cualquiera que sea el poder que la detente, representa mi deber de escritor, así como la exigencia de una prensa libre. Soy un ferviente admirador de esa libertad y creo que si algún escritor intentara demostrar que la libertad no le es necesaria, se asemejaría a un pez que asegurara públicamente que el agua no le es imprescindible.

Terminaba pidiendo al gobierno soviético que le permitiese salir del país en compañía de su esposa o, de no ser posible, que se le diera un trabajo cualquiera: como director escénico, realizador auxiliar, figurante o tramoyista. «Si eso tampoco es posible, pido al gobierno soviético que proceda conmigo como crea procedente [...] ya que me siento abocado a la miseria, a la calle y a la muerte». Todo, incluso la prisión, le daba lo mismo. Stalin envió la carta a Gorki, recién llegado del exilio, decidido por fin a residir en su país, y este le

contestó que Bulgákov no le caía bien, pero que era un escritor de talento: «No tiene sentido convertir a esta gente en mártir de una idea. Al enemigo hay que aniquilarlo o reeducarlo. En este caso, voto por reeducarlo».

La carta de Bulgákov, fechada el 28 de marzo de 1930, llegó a manos de Stalin el 1 de abril. Dos semanas después, Maiakovski se quitaba la vida y, al día siguiente de su funeral, Stalin llamó a Bulgákov; sabía de sobra que el suicidio es contagioso. El escritor, creyendo que se trataba de una broma, colgó antes de que el *vozhd* se pusiera al teléfono. La llamada se repitió, y esa vez escuchó directamente la voz inconfundible, el marcado acento georgiano de Stalin. Este, tras un breve preámbulo, le preguntó si le gustaría trabajar en el Teatro de Arte.

–Claro que me gustaría, pero solo he recibido negativas.

–Haga una solicitud de nuevo. Me parece que esta vez tendrá éxito.

Unos instantes después, Bulgákov recibía otra llamada: se le citaba para el día siguiente en el despacho de Serguéi Sviderski, responsable del Departamento Teatral del Comisariado de Cultura, enemigo acérrimo del escritor y culpable último de su desgracia. Sviderski le recibió cubriéndole de elogios y le ofreció el puesto, que, por supuesto, Bulgákov aceptó entusiasmado, de director adjunto del Teatro de Arte, a las órdenes de su admirado Stanislavski. Y, poco después, *Los días de los Turbín* y otras obras volvieron a las carteleras. «Se me devuelve –dijo el propio Bulgákov– la mitad de la vida.»

La luna de miel apenas duró un par de años. En 1932 Stalin creó la Unión de Escritores y clausuró de un plumazo todas las asociaciones de literatos existentes. Bulgákov no pertenecía a ninguna de ellas y tampoco se inscribió en la nueva. La respuesta de Stalin no se hizo esperar: el Gran Teatro Dramático de Leningrado rechazó la nueva obra de Bulgákov, *Moliere*, una sátira sobre las relaciones

entre el artista y el poder, rechazo que el escritor definió como «una cuchillada hecha con una navaja finlandesa». Dos años después, en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos, Bulgákov rechazó expresamente el control del Partido sobre la producción literaria y, junto con Ajmátova, Platónov, Mandelshtam y pocos más, se negó a ingresar en la Unión. Conservó su puesto en el Teatro de Arte, pero sus obras desaparecieron definitivamente de los escenarios.

Bulgákov venía escribiendo a Stalin, carta tras carta, desde su breve conversación telefónica. En 1931 le dice que se siente «muy gravemente enfermo» y que quiere que se convierta en su primer lector: «... sufro una grave forma de neurastenia, con ataques de miedo y estados de angustia, [...] la causa de mi enfermedad es de sobra conocida. En el amplio campo de la literatura rusa, yo he sido el único lobo literario. Me aconsejaron que me tiñera la piel. Absurdo consejo. Un lobo, aun teñido o rapado, en absoluto se parece a un caniche». Y volvía a pedirle que se le autorizara a marchar al extranjero «hasta otoño». No recibió respuesta ni a esa ni a las decenas de cartas escritas a Stalin, en las que se percibe que Bulgákov iba perdiendo paulatinamente la cordura. Pasaba horas escribiendo esas cartas, varias de ellas firmadas «Tarzán», que su mujer, obviamente, destruía haciéndole creer que las entregaba en el Kremlin.

Cuando empezaron las purgas, en 1936, Bulgákov era un hombre acabado, que pasó los últimos años de su vida sumido en el terror, pendiente de que llamaran a la puerta: cualquier ruido de noche en la escalera le hacía temblar. Terminó en secreto, dictando a su mujer, corrigiendo de palabra lo que ella escribía, su obra cumbre, *El maestro y Margarita*, no publicada en la URSS hasta 1966. Dio por buena la versión definitiva unos días antes de morir, el 10 de marzo de 1940.

* * *

Ósip Mandelshtam (1891-1938) fue otro de los genios admirados y protegidos por Stalin pese a su antibolchevismo militante. Temerario, insensato, imprudente, Mandelshtam no ocultaba lo que pensaba ni callaba ante los excesos del poder. (En tiempos de Lenin se anunció que cinco viejos banqueros habían sido condenados a muerte; Ósip denunció inmediatamente en la prensa ese «asesinato legalizado» y, para sorpresa de todos, los ancianos fueron liberados). Íntimo de Ajmátova, viajaba con frecuencia a Leningrado porque le encantaba asistir a las interminables reuniones nocturnas de la Casa de la Fontanka en las que se criticaba abiertamente al gobierno, aunque en ellas participaban gentes poco conocidas (un amigo del hijo de Ajmátova resultó ser informador de la policía). En cierta ocasión, abofeteó en público al *conde rojo,* Alexéi Tolstói, y este se quejó a Gorki. «Se va a enterar», proclamó el gran corifeo, que, efectivamente, logró que el poeta no volviera a publicar tras negarse a ingresar en la recién creada Unión de Escritores, presidida por el propio Gorki. Ósip, no obstante, siguió criticando lo que le repugnaba y dejaba que sus palabras corriesen.

En noviembre de 1933 Mandelshtam escribió un atroz poema contra Stalin y se dedicó a divulgarlo entre sus amigos. Viajó a Leningrado y lo leyó en la Fontanka en presencia del marido y del hijo de Ajmátova. Esta no le ocultó su opinión: le pareció vulgar, populachero, indigno de él. Pero Nikolái Punin y el muchacho se mostraron entusiasmados, y a ello se debió el arresto de ambos en 1935 (Punin, además, había dicho en otra ocasión que sería necesario un acto terrorista contra Stalin porque «bastaba mirar su retrato para que toda esperanza se desvanezca». Aunque fue liberado, junto con el hijo de Anna, la primera vez, esa idea, que él calificó de broma en el interrogatorio, le costó la vida años más tarde). Denunciado varias veces por los soplones de la policía en el mundo de la cultura, Mandelshtam fue detenido en mayo de 1934, en presencia, casualmente, de Ajmátova, que había llegado a Moscú el día an-

terior y se alojaba en su casa. Aunque Stalin conocía por supuesto el poema causante del arresto, escribió en el acta de acusación su célebre frase: «Aislar pero preservar» (Bujarin, amigo de Ósip, desconocía, en cambio, el motivo del arresto y escribió a Stalin intercediendo por él; cuando se enteró de la existencia del poema fue tanto su espanto que cayó enfermo).

Mandelshtam fue condenado a tres años de exilio en la ciudad de Cherdin, en los Urales, una pena insignificante para sorpresa del fiscal instructor, quien había pedido al poeta que escribiese de su puño y letra los versos contra Stalin, cosa que hizo delante de él;*

Vivimos sin sentir el país a nuestros pies,
nuestras palabras no se escuchan a diez pasos.
La más breve de las pláticas
gravita, quejosa, al montañés del Kremlin.
Sus dedos gruesos como gusanos, grasientos,
Y sus palabras como pesados martillos, certeras.

Sus bigotes de cucaracha parecen reír
y relumbran las cañas de sus botas.
Entre una chusma de caciques de cuello extrafino
él juega con los favores de estas cuasipersonas.
Uno silba, otro maúlla, aquel gime, el otro llora;
solo él campea tonante y los tutea.
Como herraduras forja un decreto tras otro:
A uno en el bajo vientre, al otro en la frente,
al tercero en la ceja, al cuarto en el ojo.

* La hoja de cuaderno en la que Mandelshtam escribió su poema durante el interrogatorio se conserva en los archivos. Los versos, pésimamente traducidos, fueron publicados en 1989, en la revista *Novedades de Moscú*. José Manuel Prieto es el autor de esta versión impecable.

Toda ejecución es para él un festejo
que alegra su amplio pecho de oseta.

Mandelshtam, que se había mantenido indiferente durante el interrogatorio, se vino abajo al llegar a Cherdin: perdió la cabeza, cayó en una profunda depresión y se tiró por una ventana del apartamento –por suerte, en el primer piso– que le había sido asignado. Cuando Stalin supo que había intentado suicidarse, ordenó que se le dejase salir de los Urales y que cumpliese su condena en el lugar que eligiese, excepto en Moscú, Leningrado y otras ocho ciudades importantes, que le quedaban vedadas para siempre. Mandelshtam eligió Vorónezh, a orillas del Don, un lugar paradisíaco, no lejos de la capital. Pero, incapaz de someterse, tomaba el tren nocturno a Moscú, se presentaba de improviso en casa de sus amigos, asistía a tertulias, recitaba sus versos en presencia de desconocidos.

Obsesionado como Bulgákov con el *vozhd*, escribió en 1937 su «Oda a Stalin», un panegírico inesperado, una capitulación en toda regla, que, sin embargo, el Nobel Joseph Brodski valora como una de las mejores poesías de Mandelshtam (en ella imagina a Stalin como un ser deshumanizado por estar prisionero en el Kremlin). El mismo año, envió a Stalin el «Poema al Soldado Desconocido,» una obra visionaria, apocalíptica, en la que domina la muerte y se predice la aniquilación del mundo en una guerra universal. Stalin admiraba –envidiaba, según propia confesión– al poeta y le perdonaba todo, como los zares hacían con los *yuródivie*, los profetas, los santos locos de Dios. Pero la guerra anunciada por el poeta se aproximaba,y Stalin no podía permitir ni el más mínimo acto subversivo, ni la más leve fisura en la moral y en el espíritu combativo del pueblo. Mandelshtam fue avisado varias veces de que debía permanecer a más de cien kilómetros de Moscú, pero no hizo ningún caso.Y en abril de 1938 fue arrestado de nuevo y condenado a cinco años de prisión en uno de los campos del Extremo Oriente si-

beriano. Los reclusos que coincidieron con él en el traslado le tomaron por loco: repetía que su amigo Romain Rolland escribiría a Stalin y sería pronto liberado. Murió en Vladivostok el 27 de diciembre de 1938, exhausto, gravemente enfermo, antes de llegar a su destino. Fadéiev, secretario de la Unión de Escritores, estalinista hasta la médula, en una de sus tremendas y cotidianas borracheras exclamó imprudentemente: «¡Qué poeta nos hemos cargado!». Stalin, naturalmente al corriente, le citó poco después en el Kremlin; y, para asombro de Fadéiev, que había entrado en el despacho temblando, le dio la razón disgustado: «Había hecho lo imposible por sujetar a ese genio loco».

* * *

Borís Pasternak (1890-1960) gozó siempre del favor de Stalin, más por su habilidad en halagarle que por la calidad innegable de sus versos. En él primaba, como en tantos otros escritores de la era estalinista, el instinto de conservación, el miedo sobre la conciencia. En el halago fue realmente un virtuoso. Sabía que a Stalin le encantaba Shakespeare, como todo lo que tenía relación con el poder, y tradujo todos sus dramas históricos, aunque la mayoría de ellos ya habían sido vertidos al ruso. No hizo nada más, ni siquiera envió al *vozhd* un ejemplar dedicado; fue él quien le felicitó por su trabajo. Conocía que Stalin había escrito y publicado versos en su juventud, y se dedicó a traducir incluso a los más mediocres poetas georgianos. Stalin volvió a felicitarle y conservó entre sus libros las ediciones bilingües publicadas por Pasternak.

Cuando se anunció, en noviembre de 1932, la súbita muerte de Nadezhda, segunda mujer de Stalin (se ocultó, por supuesto, que se había suicidado), Pasternak, además de firmar la carta de condolencia de la Unión de Escritores redactada por Gorki, le envió un asombroso mensaje:

> Comparto los sentimientos de mis camaradas. La víspera del fallecimiento estuve pensando en usted, profunda y persistentemente, durante la noche, y en la mañana me llegó la noticia. Estoy tan impresionado y conmovido como si hubiera estado allí y hubiera vivido la tragedia.

Se ha dicho, sin nada que lo sostenga, que Stalin conservó esa carta bajo el cristal de su mesa, algo inconcebible incluso si se hubiese creído la pesadilla del escritor. Este aspiraba a que Stalin le tuviera por un *yuródivi* –suprema garantía de supervivencia– y unos años después volvió a la carga: escribió al *vozhd* confesándole que algo misterioso le unía a él. Y, acto seguido, publicó en *Izvestia* el poema «El Artista» con la misma cantinela: tras grandes murallas de piedra vive un genio de la acción, un poeta de la historia; fuera, a poca distancia, vive el artista, el poeta de la palabra. Esa vez se excedió: a Stalin no le gustó nada el poema y prohibió que fuera reproducido, leído en la radio o recitado en parte alguna.

Cuando Mandelshtam le leyó el poema contra Stalin, Pasternak quedó horrorizado:

> No he escuchado nada, usted no me ha leído nada, [...] sabe que han empezado a ocurrir cosas terribles, la gente está siendo arrestada. [...] Temo que las paredes oyen, quizá los bancos del parque también oyen. [...] Lo que me ha leído no tiene nada que ver ni con la literatura ni con la poesía. No es una obra literaria, sino un acto de suicidio que no apruebo y en el que no deseo participar.

En la carta que Bujarin escribió a Stalin intercediendo por Mandelshtam afirmaba, en una nota al pie, que Pasternak se sumaba a su petición de clemencia, algo impensable en quien había escuchado el poema de los propios labios del poeta. Y Stalin llamó a Pasternak. No citó la carta de Bujarin, entró directamente en materia:

–Hace unos días han detenido a su amigo Mandelshtam. ¿Qué me puede decir de él, camarada Pasternak?

–Le conozco muy poco, camarada Stalin –contestó espantado el escritor–. Procedemos de corrientes literarias muy distintas. Nunca fuimos realmente amigos, más bien lo contrario. Me es muy difícil tratar con él. No puedo decirle nada.

–Pues yo puedo decir que usted es un mal camarada. Si yo fuera un poeta y otro poeta amigo mío estuviera en dificultad, me arrojaría contra una pared para salvarle. Dígame por lo menos: ¿Le considera un maestro?, ¿es realmente un genio?

–Sí, sí, por supuesto –balbuceó Pasternak–. Ya sabe que me gustaría hablar con usted.

–¿De qué? No me interesa nada hablar con usted –replicó brutalmente.

–De la vida y de la muerte –contestó descompuesto Pasternak.

Stalin colgó sin contestarle y, con su maldad característica, dejó que corriera la cobarde respuesta de Pasternak a su pregunta sobre Mandelshtam. Dos años después, se produjo el primer arresto del marido y el hijo de Ajmátova, y Pasternak se sintió obligado a hacer un acto de valor. Escribió a Stalin en defensa de los detenidos y empezó la carta diciendo: «Una vez usted me reprochó mi indiferencia por el destino de mis camaradas». Como es sabido, Punin y Lev fueron liberados, y Pasternak volvió a escribir al *vozhd* dándole las gracias por su clemencia. «Creo que fue la única buena acción que Stalin hizo en su vida», diría veinte años más tarde.

Cuando Stalin consagró a Maiakovski, un lustro después de su suicidio, como «el más talentoso poeta de nuestra época soviética» y calificó de crimen la indiferencia hacia su memoria, Pasternak aprovechó la ocasión para escribirle de nuevo: «Calurosamente, le agradezco sus recientes palabras sobre Maiakovski. Coinciden con mis sentimientos personales». (Ya se ha dicho que, tras la desaparición de Stalin, afirmó despectivamente que Maiakovski había sido

introducido a la fuerza como la patata en tiempos de Catalina la Grande.)

Uno de sus biógrafos sostiene que Pasternak se negó a firmar, en 1937, una carta colectiva de los literatos aprobando la condena a muerte del mariscal Tujachevski y de sus supuestos cómplices de traición; y que escribió a Stalin diciéndole que «podía hacer lo que quisiera con su vida», pero que él se consideraba incapaz de juzgar sobre la vida y la muerte de otras personas. No existe rastro de esa misiva en los archivos. Lo cierto es que en la carta de los escritores publicada en la prensa en apoyo de la ejecución de los militares, el nombre de Pasternak figuraba entre los firmantes. Stalin ni siquiera se molestaba en pedir la firma a los «sin partido» en casos parecidos: estaba seguro de que ni una sola persona incluida por sorpresa en esas proclamaciones colectivas se atrevería a protestar. ¿Lloró Pasternak de rabia y de impotencia, como asegura el mismo biógrafo?, ¿se mesaba los cabellos gritando: «¡Ellos me han matado!, ¡ellos me han matado!»? La historia no es creíble. Pasternak era demasiado cauto para jugarse la vida por una causa perdida. La propia Ajmátova, que tenía motivos para el agradecimiento –por la carta a Stalin en favor de su marido y de su hijo–, le define como un ser frío y falto de humanidad:

> En el fondo, los versos de Pasternak son escritos antes del sexto día, antes de que Dios creara al hombre. En sus versos el hombre está ausente, ¿os habéis dado cuenta? Encontraréis todo lo que queráis: tormentas, bosques, caos, salvo seres humanos.

Ajmátova leyó *Doctor Zhivago* y reiteró su crítica: «Es un fraude; solo vale en la descripción de la naturaleza, mientras que los personajes son de cartón». Resulta realmente un misterio la benevolencia de Stalin con Pasternak. Este le halagaba descaradamente en público, sabiendo que sus palabras llegarían al *vozhd*: «Es un genio precris-

tiano», afirmó en una ocasión. ¿Le gustaban los enrevesados poemas de Pasternak? Es dudoso, ya que la poesía hermética y barroca no encajaba en sus gustos literarios. La prueba es que ni una sola de sus obras le parecieron dignas de recibir un Premio Stalin, ni siquiera en su menor categoría. ¿Le tenía por un *yuródivi*, un santo enajenado, uno de los profetas locos por los que sentía debilidad? Menos aún, porque conocía su apego por los bienes materiales (el nivel de vida de Pasternak era superior al de los más altos funcionarios). ¿Es cierto que ordenó a Beria que dejase en paz a «ese ser divino que está siempre en las nubes»? Resulta inconcebible y, además, no había motivo alguno para el arresto, pues Pasternak, aunque nunca perteneció al Partido, era un cortesano servil y jamás osó hacer ni la más mínima crítica al sistema. Stalin era un gran psicólogo y probablemente conocía y compartía el juicio de Ajmátova, para quien Pasternak no había pasado de la infancia: era uno de esos niños que siempre se comportan bien. ¿No utilizan los padres a sus hijos zalameros y obedientes como ejemplo para sus hermanos díscolos y revoltosos?

Años después de la muerte de Stalin, Pasternak afirmó que al empezar las purgas, en 1936, «el deseo de unirme con el tiempo se convirtió en resistencia contra él, actitud que yo no escondía». Afirmación espúrea, pues siempre vivió regalado y en silencio, como tantos otros, por supuesto. El filósofo húngaro György Lukács dio a George Steiner su opinión sobre *El doctor Zhivago:*

> Un libro deshonesto. Pasternak le atribuyó a Zhivago alguno de los mejores poemas de la literatura rusa moderna. De este modo le dio a la posición anticomunista de Zhivago una autoridad imponente. Shakespeare nos habría dado los torpes y quizá mediocres poemas líricos de un médico rural. Pasternak hace trampa.

A Jruschov, un rudo campesino, Pasternak siempre le pareció más falso que un pope de aldea, y aprovechó la concesión del Premio Nobel de 1958 para aplastarle. La prensa publicó un comunicado del gobierno:

> Teniendo en cuenta la degeneración moral y política de Borís Pasternak, de su traición al pueblo soviético y a la causa del socialismo, de la paz y del progreso, pagado con un Premio Nobel en apoyo de la guerra fría, [...] es despojado de su condición de hombre de letras soviético y excluido de la Unión de Escritores de la URSS.

Y fue obligado a renunciar al Nobel «en razón del significado atribuido a ese galardón por la sociedad en que vive». Pasternak cayó enfermo del disgusto y murió poco después.

* * *

Otros autores que gozaron del favor de Stalin fueron Mijaíl Zóschenko (1895-1958) y los conocidos como Ilf y Petrov, los mejores humoristas de aquel tiempo. El primero le divertía enormemente y, aun así, sobrevivió de milagro. Se salvó gracias a hacerse el loco, lo que le granjeó la estima del *vozhd* pese a sus continuos disparates. En los años treinta escribió pequeños relatos sobre Lenin que, naturalmente, eran publicados, lo que le permitía ganar algún dinero. En uno de ellos representaba a Lenin como un genio benefactor, sencillo, acogedor, gentil con todo el mundo. Como contraste, aparecía en el relato un tosco funcionario del Partido a quien Lenin trata como a un niño; no tiene nombre, pero trabaja en el Kremlin. El personaje llevaba barba con perilla, y el censor pidió a Zóschenko que la eliminase porque los lectores podrían pensar que se trataba de Mijaíl Kalinin, presidente del Soviet Supremo. En su prisa por

entregar la nueva versión, el escritor sustituyó la barba por un gran bigote, y todo el mundo creyó que se trataba de Stalin. Pero ni siquiera el inconsciente censor fue reprendido.

Stalin leía a sus hijos los cuentos de Zóschenko. En una ocasión interrumpió la lectura porque algo no encajaba. De pronto, soltó una carcajada y exclamó: «Aquí Zóschenko pensó en el NKVD y cambió el final del relato». Zóschenko carecía de oído musical y Stalin, gran melómano, se reía con las historias que el propio escritor y sus colegas inventaban sobre ese defecto. Evgueni Zamiatin, por ejemplo –otro fabuloso satírico que consiguió salir de la URSS en 1931 gracias a Gorki–, escribió que Zóschenko tenía un oso en cada oreja y que solo distinguía dos tipos de música: la *Internacional*, por un lado, y todo lo demás, por otro. Si asistía a un concierto y la gente se ponía en pie, sabía que se estaba interpretando la *Internacional*: si permanecía sentada, era cualquier otra cosa. Stalin recortaba esas historias y pasaba por alto su intención satírica.

La temeridad de Zóschenko no tenía límites. Por escrito o de viva voz, sus críticas eran aceradas. «La literatura soviética es un espectáculo patético», afirmó en cierta ocasión. Por esa frase y otros comentarios del mismo tenor fue denunciado al terminar la guerra, pero nunca fue arrestado. Se desató, eso sí, una implacable campaña de prensa contra él: se denunciaba que en sus relatos autobiográficos, *Antes de que amanezca,* aparecía como «un predicador de la antiideología» y que en todo lo que escribía se revelaba su malévola crítica al régimen. Su mujer, aterrada, temiendo lo peor, escribió a Stalin. Refutaba las calumnias contra su marido, a quien todos en Leningrado adoraban porque se había negado a abandonar la ciudad durante el sitio. Decía que era un verdadero patriota soviético y que estaba trabajando, día y noche, en un libro serio sobre los partisanos. Y añadía que, dada la situación, se veía obligada a contar un amargo secreto: su marido era un neurasténico medio psicópata, lleno de fobias y manías, al borde de la lo-

cura. Esos males incurables le habían dotado de una gran vena satírica, y en ello residía su desgracia: no podía frenarse, ni obedecer órdenes, ni someterse a una voluntad ajena. La carta surtió efecto: Zóschenko era, pues, un *yuródivi*, un loco de Dios que había que respetar, y Stalin dio la orden de que le dejasen en paz, pero en silencio. No volvió a publicar nada.

* * *

Iliá Fáinzilberg (1897-1937) y Evgeni Petrróvich Katáev (1903-1942), ambos nacidos en Odesa, crearon bajo un nombre común (Ilf y Petrov) la mejor literatura cómica de los primeros años soviéticos. Su obra *Las doce sillas*, publicada por entregas, en 1928, en la revista *30 días*, es una divertida crónica de la realidad del país, una audaz novela picaresca, irrespetuosa con instituciones y personajes, en la mejor tradición satírica rusa. El pueblo, en permanente tensión por las carencias de la vida cotidiana y los retos del primer Plan Quinquenal, necesitaba reírse, y el éxito de la novela fue inmenso. Convertidos en los humoristas más populares del país, publicaron poco después *El becerro de oro*, otra parodia de corte similar, que también alcanzó tiradas enormes.

Aunque Stalin tenía un sentido del humor más bien siniestro, interpretó perfectamente los sentimientos de los autores: su crítica de la realidad no era ácida ni despiadada, como la de Gógol, sino alegre y divertida, como debería ser la sociedad soviética del futuro. Por ello, frente a quienes tildaban de enemigos a Ilf y Petrov, los defendió siempre, aunque motivos no le faltaban para fulminarlos: cuando un buen número de literatos, encabezados por Gorki, publicaron un libro colectivo ensalzando la labor educativa llevada a cabo entre los penados que excavaban a pico y pala el Canal Blanco, ambos se negaron a participar en la patraña alegando que no sabían ni una palabra de la vida de los presos.

Stalin pensó que Ilf y Petrov también podrían hacer una crónica sarcástica de la sociedad norteamericana y los envió a Estados Unidos. Tras recorrer ampliamente el país, los dos humoristas publicaron *Amerika*, otro relato desenfadado que divirtió enormemente a Stalin y a millones de ciudadanos. Ilf regresó del viaje con una infección vírica –al parecer, una tisis galopante– y murió en 1937, cuando aún no había cumplido cuarenta años. A la misma edad, en 1942, moría Petrov, que era corresponsal en el frente, cuando el avión en que viajaba fue derribado en las cercanías de Rostov del Don. Quizá su muerte prematura los libró del gulag, de la tortura y del tiro en la nuca. En tiempos de tensión, en los angustiosos años de la guerra, Stalin no estaba para muchas bromas.

Capítulo 7

Los herejes inmolados

Entre el centenar de escritores ajusticiados en Moscú en los años anteriores a la invasión alemana, Borís Pilniak (1894-1938) e Isaac Bábel (1894-1940) se ganaron a pulso el odio implacable de Stalin. Pilniak, hijo de un veterinario alemán del Volga, ya era en tiempos de Lenin, cuando aún no había cumplido treinta años, uno de los escritores más leídos y populares del país. Autor de una decena de libros de relatos y de novelas traducidas a varios idiomas, Pilniak fue, como su amigo Blok, el cantor de la vieja Rusia «salvaje y pulgosa». Describe las chozas donde los campesinos vivían junto a sus vacas, sus ovejas y sus cerdos; el devenir cotidiano lleno de sangre y de lujuria; las aldeas sitiadas en invierno por lobos hambrientos. Ensalza la potencia corporal y espiritual del pueblo ruso: ni las guerras, ni el hambre, ni las epidemias consiguen socavar su vitalidad animal, su fuerza física y anímica. Odia a Pedro el Grande por haber abierto las puertas de Rusia a Occidente: para él, es un ser perverso, un maníaco, un sifilítico, un borracho, un bufón irreverente extraño a su país, que construye sobre pantanos una ciudad antinatural, cuyos cimientos descansan sobre los huesos de millares de esclavos muertos de escorbuto y de malaria. Pilniak sueña con el retorno a la Rusia asiática, un espacio infinito recorrido por hordas salvajes y manadas de lobos.

Aunque nunca fue miembro del Partido, acogió la Revolución con entusiasmo, como Blok, Yesenin, Bábel, Zamiatin, pero pronto

se decepcionó ante el ascenso de la burocracia (otros compañeros de viaje, Pasternak y Alexéi Tolstói entre ellos, por convicción o conveniencia, nunca se opusieron al régimen). En 1922 publicó *El año desnudo*, una imagen apocalíptica del ciclón bolchevique, percibido como una fuerza purificadora destinada a liberar Rusia de la influencia negativa de Occidente. Vio en la Revolución un tornado sangriento, un huracán desencadenado, un animal implacable «espontáneo como un lobo»; los bolcheviques son medio humanos, medio lobos, ángeles vengadores en «túnica de cuero», muchachos puros que arremeten con energía, brutalmente, contra los enemigos del cambio.*

En 1926 Pilniak cometió un error fatal, una insensatez inexplicable. Cuando Trotski, mítico creador del Ejército Rojo, fue obligado a dimitir como comisario de Defensa a finales de 1924, Stalin no quiso despertar recelos entre los miembros del Comité Central y, en vez de proponer a un hombre suyo para sustituirle, aprobó sin reservas el nombramiento de Mijaíl Frunze, héroe de la guerra civil, partidario hasta entonces de su antecesor y gran amigo de Zinóviev, uno de los *triunviros* que, desde la muerte de Lenin, detentaban *de facto* el poder. Diez meses después de acceder al cargo, Frunze, por decisión del Comité Central, se vio obligado a someterse a una operación de estómago para resolver «de una vez por todas» sus problemas gástricos.

Quien resolvió de una vez por todas el problema fue Stalin: la supuesta úlcera de Frunze estaba cicatrizada, pero este, enfermo del corazón, no resistió los efectos de la anestesia –o la dosis de algo

* Los lobos son una constante en los relatos de Pilniak. Curiosamente, Stalin tenía la costumbre de dibujar lobos y de rellenar las figuras con su lápiz rojo durante las largas sesiones de congresos y conferencias, aunque no perdía ni un instante la atención. Solía hacer lo mismo durante los encuentros con extranjeros mientras el intérprete traducía lo que él acababa de decir (el embajador de la India, último extranjero recibido por Stalin, atestigua que estuvo dibujando lobos durante la entrevista sin perder el hilo de la conversación).

peor– y murió en el hospital en octubre de 1925. Eso sí, los honores dispensados al líder desaparecido, solo comparables a los dedicados a Lenin, fueron infinitos: la principal academia militar adoptó su nombre; fábricas, institutos, bibliotecas hicieron lo mismo e incluso hoy en día rara es la ciudad rusa que no cuenta con una calle, una plaza o una avenida Frunze.

¿Qué movió a Pilniak a novelar el suceso? Gran admirador de Trotski, furioso por su caída, ¿creyó, como tantos otros –Lenin incluido–, que Stalin era derribable?, ¿pensó realmente que podía hacerle daño? Lo cierto es que, unos meses después de la muerte de Frunze, apareció en la revista *Novi Mir*, en mayo de 1926, el «Cuento de la luna no apagada», titulado en algunos países «La muerte del comandante en jefe». El relato se hace eco de los rumores que corrían por Moscú sobre la sospechosa muerte del comisario. El comandante en jefe del Ejército, Gabrílov, es forzado fríamente a una operación innecesaria por una troika encabezada por *el Inflexible*, el hombre de «espalda rígida» que no se doblega jamás. La víspera de la operación, Gabrílov confiesa a su amigo Popov: «Quieren asesinarme».

La tirada fue confiscada en la imprenta, y los carteros recogieron en pocas horas los ejemplares recibidos por los suscriptores de la revista. El redactor jefe, Polamski, aunque reconoció inmediatamente su «claro y flagrante error», fue destituido por falta de celo y, años más tarde, ejecutado. Su sustituto, Alexandr Voronski, que estuvo a punto de correr la misma suerte por un error semejante años después, escribió en el número siguiente:

> Tal retrato de acontecimientos profundadamente trágicos y tristes no es solo la más cruda distorsión, y extremadamente insultante, a la memoria del comisario Frunze, sino también una maliciosa calumnia sobre nuestro Partido.

El Politburó adoptó una resolución, no hecha pública, en la que se calificaba la novela como un ataque pérfido, contrarrevolucionario y calumnioso contra el Comité Central y el Partido. La prensa arremetió contra Pilniak; y Maiakovski, indignado, escribió a Andréiev, uno de los secretarios del Comité Central, rechazando que se pudiera «perdonar a Pilniak el relato sobre la muerte del comisario Frunze, en el que se afirma que la operación no era necesaria y que se sometió a ella por imposición del Comité Central».Y Gorki, desde su dorado exilio en Sorrento, reconoció que hasta entonces había sido admirador de Pilniak, pero que había cambiado de opinión: «Ni me gusta ni confío en él».

Pilniak viajaba con frecuencia y estaba considerado como el embajador de la cultura soviética en Alemania, Inglaterra, Japón y Estados Unidos, tal como lo era Ehrenburg en Francia. Cuando se publicó la novela, estaba en el extranjero y, a su regreso, en enero de 1927, contestó de una manera ambigua a las críticas recibidas: sentía el daño inconscientemente causado –que el cuento fuera usado por los filibusteros contrarrevolucionarios contra el Partido–, pero no renegaba de su contenido: «No tenía idea de que estuviera escribiendo una calumnia maliciosa».

Stalin no olvidaba nunca las ofensas, pero elegía el momento oportuno para vengarse. Si Pilniak hubiera sido arrestado a raíz de la publicación del cuento, todo el mundo habría creído que Frunze había sido asesinado. El escritor siguió viviendo bien, no dejó de viajar, continuó publicando. Incluso fue elegido presidente, en 1929, de la Unión Panrusa de Escritores, lo que era tanto como reconocer su primacía sobre los demás escritores del país. (La asociación fue disuelta, poco después, por antibolchevique, y lo hubiera sido indefectiblemente en 1932, cuando los literatos fueron integrados en la Unión de Escritores.) Y Pilniak, como otros escritores que inconscientemente se creían impunes, siguió cometiendo errores. *Novi Mir* había sido fundada por Lunacharski, primer comisario para la

Educación y la Cultura; y, aunque el gran defensor de la libertad artística ya había sido reemplazado, la revista no había perdido sus señas de identidad. Su nuevo redactor jefe, Voronski, que había encabezado la campaña contra el escritor y calificaba sus relatos como novelas del desaliento (en ellas –decía–, «los hombres parecen fieras», Pilniak capta sobre todo la faz sombría de la época), ante el rápido final de la campaña contra Pilniak y su popularidad en ascenso, no rechazó el cuento «Che-Che-O». Este contenía la siguiente inconcebible reflexión: «La locomotora del socialismo no llegará a la Estación Socialista porque los frenos de la burocracia harán que se fundan sus raíles». El relato fue publicado en 1928, y Stalin, que seguía luchando por el poder, prefirió callar. Ni siquiera Voronski fue arrestado.

Pero el año siguiente la editorial berlinesa Petrópolis publicó la novela *Krasnoe Dérevo* (Caoba), en la que el verdadero comunismo es realizado por gentes anormales, que se juntan con los lisiados y los dementes de la Santa Rusia. Iván Ozhegov, principal personaje, está medio loco y vive en un subterráneo con una pandilla de alcoholizados andrajosos que pretenden ser los auténticos defensores de la Revolución. Frente a los antiguos revolucionarios decepcionados y los sectarios políticos del momento, los verdaderos héroes son sujetos anormales, menospreciados y excluidos. El arrepentimiento público de Pilniak ya no le sirvió de nada: fue expulsado de la asociación que presidía y prácticamente dejó de publicar.

La gota que colmó el vaso vino inesperadamente de España. Los agentes de Stalin en Barcelona detuvieron y asesinaron a Andreu Nin, secretario general del Partido Obrero de Unificación Marxista, en 1937, en plena guerra civil; y en sus archivos se encontraron varias cartas de Pilniak al dirigente trotskista español, lo que constituía el mayor acto de traición que un soviético podía cometer en aquel tiempo. El escritor, detenido a finales de octubre del mismo año, acusado entre otras cosas de espía nipón, fue ejecutado en

abril de 1938. Sus obras fueron retiradas de bibliotecas y librerías, y el mero hecho de conservarlas se consideró un delito.

* * *

Isaac Bábel comenzó a escribir en 1920. Durante la guerra civil, había cabalgado junto a los hombres del futuro mariscal Budioni en el legendario Primer Ejército de Caballería, que luchó contra los independentistas ucranianos, los invasores polacos y las tropas zaristas (los guardias blancos). Su libro de relatos *Caballería Roja*, publicado en 1921, causó gran sensación por su retrato magistral de los jinetes cosacos rudos e ignorantes, con escasa conciencia revolucionaria, llenos de sentimientos contradictorios, tiernos y a la vez crueles hasta el salvajismo. Pero el libro despertó la ira de Budioni hasta tal punto que, si hubiera estado en su mano, habría fusilado a Bábel. A Stalin tampoco le gustaron sus relatos poco edificantes, pero sí otros, por ejemplo *Cuentos de Odesa*. Consideraba a Bábel el mejor cuentista soviético, en lo que coinciden buen número de críticos literarios, y hubiera pasado por alto la inquina de Budioni si el escritor hubiera sido más prudente.

Bábel era un hombre duro y realista por su vida aventurera durante siete largos años antes de la Revolución. Fue intérprete algún tiempo en la Checa de Petrogrado; asistió impasible a interrogatorios y ejecuciones, y tenía grandes amigos en los «órganos», entre ellos Yagoda, futuro jefe de los servicios de seguridad. Vivía el terror con indiferencia, con el sarcasmo que le caracterizaba. «*La Internacional* –dijo en cierta ocasión– se come con pólvora y sazonada con la mejor sangre.» Aborrecía a Stalin y no lo ocultaba: hacía y contaba chistes atroces sobre él. En cambio, admiraba a Trotski, al que había conocido en casa de un amigo común, y lo decía: «Es imposible imaginar el encanto, la fuerza con que influye en quien se topa con él». Y sobre Kámenev, otro de los adversarios de Stalin, afirmó

que era «el más brillante conocedor de la lengua y la literatura rusas», cosa, por otra parte, incierta. Ambas frases hubieran bastado para condenarle, pero Bábel siguió cometiendo insensateces.

En 1927 y 1932 viajó a París y fue bien acogido en los círculos de la emigración por sus imprudentes declaraciones antibolcheviques. En el primer viaje conoció en Berlín a Evgenia Gladum, secretaria de la delegación comercial soviética y futura mujer de Yezhov, sucesor de Yagoda al frente del NKVD. Inició con ella una peligrosa relación que duró, con intermitencias, largos años. En el segundo viaje entró en contacto con algunos seguidores de Trotski, encuentro suicida inexplicable. Y en 1934 participó aborrecido en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos, sobre el que escribió pequeñas notas críticas que hacía circular entre sus amigos. En una de ellas decía:

> El Congreso es tan aburrido como un desfile imperial, y ningún participante extranjero cree en él. Nuestra prensa puede inflar sus estúpidas invenciones sobre el colosal entusiasmo de los delegados, pero hay corresponsales extranjeros que arrojarán la luz adecuada sobre este réquiem literario. Mira a Gorki y a Demián Bedni. Se odian, pero se sientan tan juntos que parecen tortolitos.

Gorki, que desconocía esas críticas, quiso ayudarlo a salir del país, como hizo con Zamiatin. Pero Stalin, que sí estaba enterado, se negó en redondo. Bábel dejó prácticamente de publicar, como Ajmátova, Mandelshtam y algunos más, por negarse a ingresar en la Unión de Escritores, y declaró públicamente: «He descubierto un nuevo género literario, el silencio». Y en 1936, cuando Gorki murió, extendió el rumor de que había sido asesinado. Fue arrestado en mayo de 1939 y ejecutado en enero de 1940. Sus cenizas fueron enterradas en una de las fosas próximas al crematorio del monasterio Donskói.

Segunda parte

STALIN Y LAS ARTES

Capítulo 8

La arquitectura estalinista

En tiempos de Stalin todos los estratos de la sociedad y, más concretamente, los miembros de la *intelligentsia* (la clase culta), debían estar al servicio del Estado. Los arquitectos no fueron una excepción, pero apenas sufrieron la violencia que se abatió sobre tantos otros artistas; los escritores, por ejemplo. Ello se debió a que estuvieron realmente al servicio del propio Stalin, quien, como otros grandes déspotas de la historia, tenía pasión por las obras arquitectónicas y premiaba largamente a sus creadores. Estos llegaron a constituir una verdadera élite por sus prebendas: altos ingresos, muy superiores a los de la *nomenklatura;* espléndidos apartamentos; dachas en las cercanías de Moscú y en el mar Negro; y, sobre todo, el raro privilegio de viajar por el extranjero. Stalin tenía buen gusto artístico y su intervención personal en la mayor parte de los proyectos, en particular edificios y estaciones del metro, está ampliamente documentada. El gusto de Stalin se convirtió en ley, y los arquitectos, como es obvio, lo adoptaron con unánime entusiasmo.

El odio de Jruschov a Stalin llegó a ser una verdadera histeria: con tal de destruir su imagen mítica, la obra de su antecesor debía ser compulsivamente condenada. Nada más llegar al poder, Jruschov clausuró la Academia de Arquitectura por considerar que estaba llena de estalinistas irredentos. Despojó del Premio Stalin a los tres constructores del hotel Leningrádskaia «por sus excesos arquitectó-

nicos del seudoclasicismo estalinista»; y los corifeos del nuevo patrón ridiculizaban por todos lo medios las «tartas de boda» de Stalin.

De pronto, en los años noventa –cuatro décadas después de la muerte del *vozhd*– se despertó en Occidente el interés por la arquitectura estalinista. En el debate intervinieron críticos de arte y otros especialistas, que llegaron a inesperadas conclusiones: es una arquitectura fascinante, visionaria, épica, un fenómeno artístico singular que debe ser revaluado con rigor y objetividad; posee una poderosa calidad creativa que entronca con la Antigüedad y el Renacimiento; tiene poco en común con la tradición occidental contemporánea por tratarse de una reelaboración oriental de las grandes arquitecturas del pasado; resulta de una trágica grandeza por ser inseparable de la era siniestra en que fue concebida... En 1994 se celebró en Viena una exposición sobre la arquitectura soviética en la época de Stalin. Pronunció el discurso inaugural uno de los más famosos arquitectos del siglo, pionero de la arquitectura moderna en Estados Unidos: el viejo fascista americano Philip Johnson.* Este sorprendió al auditorio: «Hoy día se considera a Stalin como uno de los grandes villanos de la historia. Sin duda, lo fue. Sin embargo, esta tarde nos piden que contemplemos una faceta de este interesante tirano: el embellecimiento de Rusia y su propia glorificación».

Stalin fundó la Academia de Arquitectura en 1932. A ella se incorporaron los mejores arquitectos soviéticos, que debían estudiar todo lo referente a su arte: la Antigüedad clásica, los estilos gótico e islámico, las arquitecturas china y japonesa, y las contemporáneas europea y americana. Los objetivos que debían alcanzar se proclamaban en una serie de lemas, que contaban, obviamente, con la

* Philip Johnson, nacido en 1906, murió centenario en 2005. En 1932 publicó la obra *International Style,* donde exponía sus ideas arquitectónicas. Fue un trabajador infatigable. Entre los edificios proyectados por él figuran los rascacielos neoyorquinos Seagram Building, AT&T, Lipstik Tower y 33 Maide Lane. Una de sus últimas creaciones es la Puerta de Europa, en Madrid, inagurada cuando tenía noventa y dos años.

aprobación de Stalin: «La arquitectura no es de derechas ni de izquierdas, hemos de construir como lo hacían los romanos»; «No se puede crear nada nuevo sin un profundo conocimiento de lo antiguo»; «Nosotros, los bárbaros, comenzamos a civilizarnos». Un año después de su apertura, la Academia celebró un primer seminario sobre teoría e historia de la arquitectura, y varios participantes extranjeros expresaron su asombro por el alto nivel de las ponencias presentadas por sus colegas soviéticos.

En los últimos años de Lenin se había iniciado la construcción de algunos edificios acabados después de su muerte: la Oficina Central Telefónica de la calle Tverskaia (1925) y el Banco Central (1926). Y se tiene por primera obra representativa de la era Stalin la monumental Biblioteca Lenin, un espléndido edificio clásico, cuyo proyecto fue aprobado en 1928. Entre los requisitos del concurso, Stalin añadió de su puño y letra: «Debe tenerse en cuenta la vecindad del Kremlin y del Manezh (el magnífico picadero en el que aprendían a montar los miembros de la familia real, hoy dedicado a ferias y exposiciones) evitando entrar en flagrante contradicción con ellos». El proyecto vencedor, obra de los arquitectos Shchuko y Gelfreikh, fue criticado, como era de esperar, por los constructivistas; y algunos clasicistas lo consideraban demasiado moderno, aunque cumple perfectamente lo exigido por Stalin y no daña la belleza del entorno. La gigantesca biblioteca, que alberga cerca de cuarenta millones de libros y tiene salas de lectura para casi tres mil personas, no quedó totalmente terminada hasta 1941. A partir de su inauguración, la popular *Leninka* abrió todos los días pese a los bombardeos alemanes.

También en 1928 se pusieron los cimientos de la Casa del Gobierno, un enorme edificio –medio millón de metros cúbicos– de estilo constructivista, con quinientos apartamentos amplios y modernos, todos ellos amueblados del mismo modo, que se levanta cerca del Kremlin, a orillas del Moscova. Obra de Borís Iofán, uno de los ar-

quitectos favoritos de Stalin, estaba reservada para altos personajes del régimen: políticos, militares, académicos, escritores, artistas; el mismo Iofán vivió en ella hasta su muerte (1976). El complejo contaba con calefacción y agua caliente centrales, biblioteca, gimnasio, oficina de correos, agencia del Sberbank (caja de ahorros), supermercado, teatro (en el que también se proyectaban películas y se organizaban fiestas) y un restaurante, el Buffet número 7;* todo ello, para uso exclusivo de sus afortunados residentes. Lo que estos no podían imaginar es que en los apartamentos se habían instalado micrófonos y que todos los teléfonos estaban permanentemente pinchados. Esa simple jugada –agrupar a los dirigentes para conocer lo que pensaban– permitió a Stalin madurar con tiempo la liquidación de sus enemigos más próximos. El edificio fue inaugurado en 1930, y en sus muros exteriores permanecen las placas que recuerdan a sus más famosos residentes y las fechas en que allí vivieron. Las víctimas de Stalin se identifican fácilmente: «abandonaron» la casa en los años de la Gran Purga (1936-1938). Tan frecuente era la aparición nocturna de una *marusia* –coche negro de la policía, también llamado *voronok* (corneja)– y el consiguiente traslado de detenidos que los moscovitas llamaban al edificio «la prisión preventiva». Es popularmente conocido como *La Casa del Malecón,* título de una evocadora novela de gran éxito publicada en 1976; su autor, Yuri Trifónov, vivió en ella siendo niño. El edificio, en todo caso, siempre tuvo un aspecto siniestro.

* * *

Las nuevas construcciones se multiplicaron durante los planes quinquenales.

* Las muestras de la manía de Stalin por el número 7 son constantes: cuando se hizo construir en las afueras de Moscú la llamada «dacha cercana», esta quedó registrada como dacha del Estado número 7.

Además de innumerables instalaciones industriales de todo tipo, entre las que destaca la gigantesca acería de Magnitogorsk (Complejo Metalúrgico Stalin), solo superada en aquel tiempo por la planta de Indiana en Estados Unidos, se realizaron enormes obras hidráulicas con el fin de electrificar rápidamente el inmenso país y desarrollar el transporte fluvial. Un objetivo prioritario del nuevo régimen fue la alfabetización generalizada, paso previo tanto para emprender la industrialización como para educar y adoctrinar al pueblo. Era preciso, por tanto, llevar la corriente hasta el último rincón del territorio. De ahí la famosa fórmula de Lenin: «Comunismo igual a poder soviético más electrificación». Esta se hizo realidad en un tiempo récord –inferior a los quince años previstos– gracias a obras espectaculares; la impresionante presa del Dnieper, por ejemplo, una de las centrales hidroeléctricas más grandes del mundo, cuya capacidad de producción era sensiblemente superior a la de toda Rusia antes de la Revolución. (En 1937 la URSS producía más energía eléctrica que el resto de Europa y solo era superada por Estados Unidos.) Las mayores construcciones de aquella época fueron, no obstante, dos canales de enormes proporciones: el Belomor o canal Stalin, entre los mares Báltico y Blanco, cuyos 227 kilómetros se excavaron en tan solo veinte meses; y el canal Moscú-Volga, que, al margen de su utilidad como vía de comunicación, era imprescindible para garantizar el suministro de agua a la ciudad. Para realizar sus grandes proyectos, Stalin utilizó como fuerza de trabajo, en número incalculable, a los *zeki*, los prisioneros de los campos, que construyeron presas, esclusas, rascacielos, incluso ciudades enteras con los medios más elementales: los dos canales fueron abiertos a pico y pala, a costa de la vida de millares de esclavos. Los primeros túneles del metro se abrieron del mismo modo, ya que hasta 1937 la industria soviética no produjo máquinas modernas de construcción.

En los primeros años treinta Stalin puso en marcha sus ideas para la transformación radical de Moscú. Uno de sus inspiradores

fue siempre Pedro el Grande y, si este había concebido San Petersburgo, dos siglos atrás, con una gran avenida como es la Nevski, él no podía hacer menos por la capital de la Unión Soviética. Se pidió a las organizaciones relevantes del municipio que hicieran propuestas para la modernización y expansión de la ciudad. Cuando los planes preliminares fueron publicados, se celebró un mitin presidido por Stalin y se abrió un plazo de un año para someterlos a revisión. Y en junio de 1935, firmado por Stalin y Mólotov, presidente del Consejo de Comisarios (el gobierno), apareció el Plan General para la Reconstrucción de Moscú, que debía ser realizado en diez años, plazo que no se cumplió por la guerra.

Moscú era una enorme aldea, de calles estrechas, que había crecido en un desorden absoluto debido, en parte, a la pérdida de la capitalidad y de la corte a comienzos del siglo XVIII –con todo lo que ello conlleva–, a favor de San Petersburgo (los bolcheviques trasladaron de nuevo la capital a Moscú en 1918). Como en otras ciudades europeas, los reformadores tuvieron que derribar cuanto encontraron a su paso para construir vías amplias y modernas; de ahí la acusación de que Stalin había destruido «miles de iglesias en Moscú». La calle más ancha era la irregular Tverskaia, el viejo camino a Tver (calle Gorki hasta 1992). No solo fue ensanchada –de diecinueve a cuarenta metros–, sino que fue alineada de principio a fin imitando a la Nevski. Los edificios con mayor valor arquitectónico se conservaron y decenas de ellos fueron desplazados mediante raíles, espectacular proeza de la ingeniería soviética. En 1940 el Hospital Oftalmológico, que ocupaba una gran mansión de tres plantas del siglo XVIII y pesaba más de 13 000 toneladas, fue girado noventa grados y deslizado hasta un callejón cercano, tras añadirle una planta asimétrica debajo, a modo de cuña, para salvar el desnivel.

Stalin, previendo el tráfico del futuro, no quedó muy convencido con la reforma. ¿Qué hacer? Se barajó la idea de seguir demoliendo edificios a ambos lados de la calle Gorki con objeto de con-

vertirla en el tramo inicial de una gran avenida que cruzaría la ciudad de norte a sur. El problema estaba en que el trazado previsto para la nueva arteria atravesaba la Plaza Roja y no solo se llevaba por delante el Museo de Historia y la Puerta Iverski, situados en su entrada, sino que topaba de frente con uno de los símbolos representativos de la ciudad: la mágica catedral de San Basilio, «la octava maravilla del mundo». Algún que otro bárbaro preconizaba su demolición pura y simple; la Academia de Arquitectura ponía el grito en el cielo, y los promotores de la *Novi Prospekt* (Nueva Avenida) propusieron como alternativa trasladarla, piedra a piedra, a otro lugar. Kaganóvich –máximo dirigente del Partido en Moscú, que también tenía a su cargo la construcción del metro– presentó a Stalin este último plan e intentó convencerle de que era imprescindible desplazar el monumento. Stalin examinó pensativo el dibujo de la larga avenida que cruzaba la Plaza Roja sin obstáculo alguno y seguía más allá del Moscova. Tomó su lápiz azul, que él mismo llamaba «su polo positivo», hizo una cruz sobre el trazado a la altura de la catedral eliminada y gruñó: «Déjala donde está».

El Museo de Historia sobrevivió, pero la Puerta Iverski fue derribada para permitir la entrada de los tanques a la Plaza Roja en los desfiles (se reconstruyó en los años noventa). Debido a la guerra, la Nueva Avenida –nunca tuvo otro nombre– quedó en proyecto, y se desistió de ensanchar por segunda vez la calle Gorki. En cambio, su prolongación hacia el norte, la Leningradski prospekt, impresiona por su anchura, siete veces mayor (siete, el número de Stalin). De ella parte la autovía de Leningrado, que termina, al llegar a la ciudad del Neva, en una arteria similar: la gran avenida de Moscú, continuación de la Nevski, con sus diez kilómetros de largo en línea recta, donde se encuentran los más singulares edificios estalinistas de San Petersburgo.

Otra fue la suerte de la torre Sújarev, construida por Pedro el Grande, el edificio civil más alto de Rusia en aquel entonces. Se encontraba en medio de una de las nuevas avenidas proyectadas, en la

que se preveía un tráfico intenso, por lo que resultaba inevitable su demolición. Un grupo de arquitectos –entre ellos, Iván Fomin, uno de los favoritos de Stalin– escribieron a este y a Kaganóvich exponiendo sus razones en contra: «Derribar esa soberbia obra de arte sería un acto equivalente a destruir una pintura de Rafael». Stalin tardó en contestar. Tras estudiar otras opciones sin resultado positivo, en septiembre de 1933 escribió a Kaganóvich desde su refugio en el mar Negro: los arquitectos estaban ciegos, carecían de visión de futuro, y la torre debía ser derribada.

Dos años antes, Stalin había ordenado la demolición de la catedral de Cristo-Salvador; sus mármoles fueron utilizados en varias estaciones de metro y restos de sus mosaicos se conservan en el «cementerio» de obras de arte del monasterio Donskói. Hay quienes opinan que fue una de sus buenas obras porque la catedral –que ha sido reconstruida siguiendo los planos y dibujos originales incluso para repetir sus mediocres pinturas interiores– les parece horrorosa. Es lo que viene a decir el historiador Orlando Figes en *El baile de Natacha*, su libro sobre la cultura rusa: «una sentencia de muerte que podría quedar justificada por criterios puramente artísticos»; y María Kierman, gran conocedora del arte ruso, afirma en su libro sobre el Moscú del siglo XX que el valor arquitectónico de la catedral es discutible. Entre los testigos que aplaudieron la decisión de Stalin, el arquitecto Borís Iofán expresó su hiriente juicio sobre la catedral días antes de que fuera derribada:

> ... enorme y engorrosa, parecida a un pastel o a un samovar, aplasta las casas cercanas y a sus habitantes con su arquitectura oficial, fría, sin vida, reflejo de la autocracia rusa sin talento y de constructores aprovechados, que crearon ese templo para terratenientes y mercaderes. La revolución proletaria ha alzado su mano con audacia contra este edificio rebuscado que simboliza el poder y los gustos de los señores del viejo Moscú.

Stalin embelleció el nuevo Moscú con monumentos y edificios realmente impresionantes. En 1930 fue inaugurada la versión definitiva del Mausoleo de Lenin, que sustituía al construido en madera tras su muerte; su sobria estructura en mármol negro y rojo, sin decoración exterior alguna, moderna y vanguardista para la época, no rompe, sin embargo, la armonía de la histórica Plaza Roja. Su autor, Alexéi Schúsev, proyectó también el espectacular bloque de apartamentos, con la fachada en curva, levantado sobre una pequeña colina junto al río, cerca de la estación de Kiev, y conocido como «la casa de los arquitectos» porque muchos de los más famosos, incluso el propio Schúsev, vivían en ella. (Como excepción, Stalin permitió a Konstantín Mélnikov, uno de sus favoritos, que construyera su propia vivienda en el centro de Moscú, a dos pasos de la calle Arbat; en la casa, una singular obra de arte perfectamente conservada, siguió viviendo, hasta hace unos años, la familia Mélnikov.) Otros edificios llamativos de los años treinta son la célebre Academia Militar Frunze, la Casa de los Exploradores Polares, los Comisariados (ministerios) de Agricultura, Defensa y Transporte, la gigantesca sede central de la Unión de Cooperativas (según proyecto de Le Corbusier), la grandiosa terminal fluvial, los clubes de cultura (verdaderos palacios, cinco de ellos diseñados por Mélnikov) y varios de los bloques de apartamentos construidos en las proximidades del Kremlin y en las nuevas plazas y avenidas.

El trato de Stalin con los arquitectos dio lugar a episodios memorables. En 1935 se celebró el concurso para la construcción de la sede del Consejo de Trabajo y Defensa (edificio que alberga ahora la Duma estatal, el Parlamento ruso). Stalin se presentó de improviso, cuando estaban a punto de terminar las deliberaciones del jurado, pidió los bocetos, los examinó brevemente y preguntó: «¿Dónde está el dibujo de Langman?». Arkadi Langman era director del Departamento de Ingeniería y Construcción de la NKVD, antecesora de la KGB; tenía trabajo de sobra construyendo estableci-

mientos carcelarios y no había participado en el concurso. La decisión del jurado se pospuso, Langman, poco después, presentó su proyecto y, naturalmente, ganó por unanimidad el certamen.

Se había encargado el proyecto del enorme hotel Moscú, que iba a edificarse al pie de la Plaza Roja, a dos jóvenes arquitectos constructivistas, que diseñaron un edificio moderno y sin pretensiones, con un estrecho porche, sostenido por sencillas columnas, a lo largo de la fachada. Cuando esa planta ya había sido construida, Stalin pensó que el entorno exigía algo más clásico y monumental, y decidió suspender las obras y pedir a Alexéi Schúsev que rehiciera completamente el proyecto sin demoler la planta terminada. Schúsev diseñó una nueva fachada, según los gustos de Stalin, y añadió a ambos lados del porche dos torres simétricas de idéntico volumen, que, sorprendentemente, tienen balcones y ventanas muy diferentes. Al parecer, realizó dos diseños de las torres y, en vez de presentarlos por separado, en cartulinas distintas, lo hizo por descuido, sin darle mayor importancia, en una sola, con una simple línea entre los dos dibujos. Stalin, distraído, no firmó al margen del boceto elegido, sino al pie de la cartulina, lo que equivalía –como afirma con sorna un cronista– a convertirla en un decreto, ya que nadie se atrevió a decirle que tenía que haber escogido. Puede que la historia sea apócrifa, pero es impensable que Schúsev, autor del logrado Mausoleo de Lenin y uno de los máximos exponentes del clasicismo estalinista, diseñara deliberadamente la fachada con dos torres tan distintas. En cualquier caso, la insólita cartulina con la firma de Stalin, si es que existió, ha desaparecido; hay quien sostiene que, una vez terminada la construcción, alguien, quizás el propio Schúsev, se apropió de la reliquia. (El edificio, que ocupa una manzana entera, fue demolido en 2005 para construir en su lugar un hotel de lujo, pero se ha conservado, como monumento histórico, la singular fachada.)

El edificio más original anterior a la invasión nazi fue el teatro de las Fuerzas Armadas. El proyecto de Karo Alabián entusiasmó a

Stalin: del mismo modo que la planta de las catedrales tiene forma de cruz, el teatro, visto desde el aire, es una gigantesca estrella de cinco puntas, el emblema del Ejército Rojo. Y en los últimos años treinta, mientras tenían lugar los grandes procesos que le libraban para siempre de sus enemigos, y que él seguía muy de cerca, Stalin estudiaba tranquilamente con los arquitectos otro de sus más queridos proyectos: la construcción de la gran avenida Kutúzovski, la más amplia del nuevo Moscú –terminada después de la guerra–, con sus impresionantes casas de siete plantas encuadradas en clásicas torres estalinistas de trece.

* * *

Durante la contienda, 1700 ciudades fueron destruidas y, mucho antes de la victoria, en cuanto el ejército alemán las abandonaba, se inició su reconstrucción. Unos meses después del comienzo de la guerra, en febrero de 1942, Stalin creó la Comisión de Restauración adscrita a la Unión de Arquitectos Soviéticos. Era responsable de enviar equipos de arquitectos a las ciudades liberadas para que realizasen, en colaboración con las autoridades locales, un rápido estudio sobre la importancia de la destrucción y el estado de los edificios y monumentos que quedaban en pie. El equipo de Georgi Golts, por ejemplo, entró en Smolensko pisando prácticamente los talones a las tropas. «Habíamos pensado largamente sobre la reconstrucción de las ciudades –dice el arquitecto en sus memorias–, pero solo cuando llegué a Smolensko, seis días después de haber sido liberada, comprendí la complejidad y la magnitud de la tarea. La ciudad estaba ardiendo todavía entre cenizas, ruinas y esqueletos de las casas.» Las pérdidas eran enormes: el 90 por ciento de los edificios habían sido destruidos, junto con más de cien fábricas, las estaciones de suministro eléctrico, el abastecimiento de agua, las vías de trenes y tranvías; en términos prácticos, la ciudad no existía. Sometido a la inexo-

rable presión de Stalin y siguiendo su consigna: «Las nuevas ciudades han de ser monumentales», el estudio de Golts realizó, en solo cuatro semanas, el Plan de Reconstrucción de Smolensko, al que responde en esencia la ciudad actual.

Después de la guerra, las obras más espectaculares fueron los siete triunfales rascacielos de Moscú dedicados a la victoria y el faraónico canal Volga-Don. En las llamadas «catedrales de Stalin», todas ellas terminadas en largas agujas, son evidentes las reminiscencias de la arquitectura gótica, fuente de inspiración que reconocen expresamente los creadores de una de ellas: el Ministerio de Asuntos Exteriores. Como si intuyera su propia muerte, Stalin exigía un ritmo frenético en las obras, y ello obligó, en más de un caso, a poner a prueba la imaginación de los constructores. El emplazamiento previsto para uno de los rascacielos, en el llamado Anillo de los Jardines –la torre Lérmontov, así llamada porque en el lugar estuvo la casa natal del poeta–, coincidía con la estación de metro Krasnie Vorota, una de las más profundas de la red; además, el terreno era pantanoso, lo que dificultaba doblemente los trabajos de cimentación. El problema se resolvió con audacia, sin interrumpir el paso de los trenes. La entrada principal de la estación, un original pabellón que se encuentra en el lado opuesto de la gran avenida, permaneció abierta, y las largas escaleras mecánicas siguieron funcionando. El resto del espacio subterráneo, la inmensa cavidad bajo la superficie, dividida en compartimentos estancos y herméticamente sellada, se rellenó con freón líquido, y la estación quedó virtualmente «congelada». La enorme torre, de ciento treinta y cinco metros de altura, fue construida un poco inclinada, y los cálculos fueron tan precisos que, cuando se provocó el deshielo, el edificio se enderezó con una desviación inapreciable respecto a la vertical. En su planta baja se abrió un segundo acceso a la estación.

Respecto al canal Volga-Don, que une los mares Blanco, Báltico, Caspio, Azov y Negro, su construcción dio a Moscú el orgullo-

so título de «puerto de cinco mares», ya que se puede llegar a cualquiera de ellos por vía fluvial. Se divulgaron las historias de que Alejandro Magno ya había soñado con unir el mar Negro con el Caspio y de que Pedro el Grande había concebido proyectos irrealizables parecidos. Ello hizo de Stalin un ser mitológico con poderes sobrenaturales: solo un dios podía hacer el milagro de unir mares lejanos y abrir cauces de ríos en las estepas. La impresionante obra, con sus artísticas esclusas, fue considerada, efectivamente, como «arquitectura divina», y críticos occidentales coinciden en valorarla como la más extraordinaria de las creaciones imperiales de Stalin.

El metro de Moscú

En 1902 se sometió a estudio un primer proyecto para la construcción del metro, pero fue rechazado por la Duma de la ciudad debido, por una parte, a la oposición de las compañías de tranvías y, por otra, al sorprendente anatema del clero, que calificó de blasfemo, contrario a la justicia divina, el descenso indiscriminado a los infiernos de justos y pecadores. (¿Estarían, entre estos últimos, los mineros de todos los tiempos? Esa sentencia de la Iglesia ortodoxa recuerda a la condena católica del pararrayos, un ingenio diabólico destinado a entorpecer la acción purificadora del Señor.) Diez años después se publicaron las bases de un concurso con el mismo objeto, pero la Primera Guerra Mundial, la Revolución y la larga guerra civil (1918-1922) dieron carpetazo al asunto.

Tras la muerte de Lenin, Stalin puso en marcha un nuevo plan. En los últimos años veinte, el problema del transporte urbano era acuciante debido a la expansión de la ciudad en territorio y población; esta se acercaba a los cuatro millones de habitantes, más del triple que en el momento de la Revolución. En julio de 1931 el Comité Central tomó el acuerdo de abordar de inmediato la cons-

trucción de «un ferrocarril subterráneo que proporcione al público transporte barato y adecuado». La propuesta para la fase inicial –rápidamente aprobada– preveía cuatro líneas diametrales y una circular, con un total de cincuenta kilómetros. Poco después, llegó a Moscú el escritor Herbert Wells, quien, al tener noticias del ambicioso proyecto, calificó de utópica la idea y aconsejó a sus anfitriones que comprasen un millar de autobuses en Inglaterra para organizar el transporte urbano de modo normal. No se le hizo caso, por supuesto, y la excavación comenzó ese mismo año en el patio de una casa abandonada. En 1933 trabajaban en la construcción del metro 36 000 obreros, y seis meses más tarde ese número se doblaba. Además, los sábados llegaban voluntarios procedentes de fábricas y oficinas.

La apertura de la primera línea estaba prevista para el 1 de mayo de 1935, Día del Trabajo. La víspera, Stalin con toda su «corte», los dirigentes del Partido en Moscú, los constructores del metro y otros invitados subieron a un reluciente vagón para realizar el viaje inaugural. El tren arrancó y, unos minutos después, debido a un fallo eléctrico, se detuvo en el interior de un túnel. Espantados, los ilustres pasajeros esperaban una explosión de cólera, pero Stalin no se inmutó: permaneció sentado charlando tranquilamente con sus acompañantes. El convoy reanudó su marcha y, al llegar a la estación de destino, Stalin descendió del vagón y, sin dirigirse en particular a nadie, se limitó a decir: «Os doy dos semanas». Y con sonrisa sardónica dejó entrever que su reacción habría sido bastante menos amable si el tren se hubiese parado lleno de trabajadores el primer día de funcionamiento.

El 14 de mayo, justo dos semanas después de la inoportuna avería, se celebró un gran mitin en la estación Sokólniki, de donde había de partir, a la mañana siguiente, el primer tren destinado al público. (El billete número uno fue adquirido por un obrero, Pável Latisher, que lo conservó enmarcado junto a un retrato de Stalin.)

Este asistió al acto y, en un breve discurso de felicitación a cuantos habían participado en el proyecto, propuso otorgar la Orden de Lenin al propio metro. Estaba contento: esa misma mañana había estrenado la dacha del Estado número 7, su nueva casa a las afueras de Moscú. Kaganóvich, máximo responsable de la construcción del metro, se refirió, exaltado y aguerrido, a las dificultades encontradas. Consideró la gesta realizada como el resultado de una guerra subterránea librada en la capital durante los últimos cuatro años:

> Luchamos contra la naturaleza, contra el traicionero subsuelo de Moscú. La geología de Moscú ha demostrado ser prerrevolucionaria, parte del viejo régimen, incompatible con los bolcheviques, en lucha contra nosotros. [...] El ejército subterráneo, con su vanguardia de miles de jóvenes komsomoles, derribó finalmente y destruyó los bastiones de esa geología tan violentamente hostil como lo fue el viejo régimen.

Y continuó lleno de legítimo orgullo:

> Queremos que esta estructura, inmensamente mayor que ningún palacio o teatro, sirva a millones y eleve el espíritu de los seres humanos. [...] Los burgueses suelen pintarnos a nosotros, los bolcheviques proletarios, como bárbaros destructores de cultura. Esa mentira de nuestros enemigos es desenmascarada ahora de una vez por todas. Más bien, al contrario, nosotros luchamos por una nueva cultura, como muestra esta nueva estación por su originalidad. Señor burgués, ¿dónde están las barracas, la destrucción de la personalidad, de la creación y del arte?

El 15 de mayo, a las cinco horas y treinta y cinco minutos de la mañana – puntualizan los cronistas–, se abrieron las puertas de las primeras once estaciones, y miles de pasajeros expectantes entraron en

tromba. La línea tenía trece, pero aquel día dos permanecieron cerradas para que Stalin pudiera visitarlas. Su tren interrumpió brevemente la circulación; pasó sin detenerse por las estaciones abiertas y paró unos minutos en las otras. El recorrido se realizó sin incidencias, y Stalin se mostró sonriente y satisfecho. En 1937, tres de la estaciones recibieron el Gran Premio de la Exposición Universal de París. Dos años después, el inmenso pabellón soviético de la Exposición Universal de Nueva York causó sensación: contenía una enorme maqueta, casi de tamaño natural, de la estación Maiakóvskaia –«un navío sobre un pedestal de acero», en palabras de su autor–, y un juego de espejos daba a los visitantes la impresión de encontrarse realmente en ella; la estación recibió el Gran Premio y la medalla de oro de la Exposición. En 1940 el metro ya transportaba un millón de pasajeros al día con treinta trenes por hora en cada sentido.

* * *

Debido a la rápida industrialización, la población de Moscú seguía creciendo, y la mayoría de los nuevos habitantes procedían, lógicamente, del campo. «Los campesinos quieren palacios», decía Stalin; y toda su arquitectura tendía a satisfacer la pasión innata del pueblo ruso por lo maravilloso. Así fue concebido el metro. Los mejores artistas fueron convocados, y ninguna otra construcción de la época concentró tanta riqueza. El oro, la plata, los mármoles más lujosos se emplearon con profusión en lámparas, esculturas, mosaicos y vidrieras. El metro, imprescindible como medio de transporte en una urbe que crecía a ritmo incesante, fue también la representación religiosa de un poder capaz de transformar el mundo y contribuyó a la divinización de Stalin; cada nueva estación era inaugurada como si fuera una iglesia. Familias enteras recorrían el metro los días festivos, y las madres obligaban a sus hijos a lavarse las manos antes de visitarlo.

Stalin dedicó mucho tiempo al plan de construcción del metro y contribuyó con sus ideas a perfeccionarlo. Dio tres órdenes concretas: todo desnivel superior a siete metros debía ser salvado con escaleras mecánicas; la circulación interna en las estaciones se organizaría de tal forma que, fuese cual fuese el número de pasajeros, estos nunca entrasen en colisión; y la sensación de mazmorra, de espacio cerrado, tenía que ser completamente eliminada.

De acuerdo con lo exigido por Stalin, se necesitaban quince escaleras mecánicas para las primeras estaciones. La compañía OTIS sabía que en la Unión Soviética no se habían fabricado nunca y se ofreció a suministrarlas previo pago de cuatro millones de rublos oro. Stalin, indignado, rechazó la oferta, y exigió que se construyesen en el país: seis, en una fábrica de Moscú; nueve, en otra de Leningrado. La única documentación de que disponían los ingenieros eran los folletos publicitarios y algunos artículos en revistas técnicas. Sin embargo, lograron construirlas doblando incluso la longitud de las más largas del extranjero: sobrepasaron los treinta metros, mientras que en otros países, a partir de los quince, se usaban ascensores o los llamados *paternosters*, especie de norias con grandes cajones en los que los pasajeros subían desde los andenes a la superficie. El pueblo ruso, que siempre ha presumido del cañón y de la campana más grandes del mundo, tiene un motivo más de orgullo: en la estación Park Pobedi las escaleras mecánicas cuentan con 720 escalones por tramo y salvan un desnivel de 126 metros.

La circulación de personas en el interior de las estaciones se resolvió doblando los pasillos en la mayor parte de ellas, del mismo modo que existe un doble túnel en toda la red para eliminar el riesgo de colisión frontal. Respecto al ambiente en los amplios espacios subterráneos, se ha dicho que los verdaderos héroes del metro de Moscú son la luz y el color, y que este se manifiesta en todo su esplendor gracias a la primera. Si la luz fuese funcional –ya lo es, lamentablemente, en algunas estaciones– la impresión sería muy diferente.

* * *

También son muchas las historias del metro. En los primeros años, cada tren tenía tres servidores: el conductor, un vigilante de puertas con un banderín de dos colores para enviar señales al primero y un mecánico. La función principal de este último era presionar constantemente durante los trayectos el llamado interruptor «hombre muerto» de toma de corriente; si, por cualquier razón, levantaba la mano, el tren se detenía. Cuando esto sucedía, y la interrupción se prolongaba, los pasajeros se encogían de hombros con aire compungido, movían la mano con el pulgar hacia el suelo y repetían al unísono su funesta convicción: *kapput*.

Una de las más espectaculares estaciones es la Ploschad Revoliutsi por sus setenta y dos gigantescas esculturas de bronce dedicadas al pueblo soviético: campesinos, obreros, técnicos, soldados, estudiantes, deportistas. Stalin había aprobado el proyecto sin prestar atención a los detalles, pero los constructores, al ver los bocetos de las enormes figuras, constataron con espanto que su altura superaría la de los arcos donde estaba previsto situarlas. El arquitecto, Alexéi Dushkin, y el escultor, Matvéi Manizer, eran grandes amigos y se contaban entre los favoritos de Stalin. Conscientes de que nadie se atrevería a contar a este lo que pasaba, decidieron «agachar» las figuras sin reducir sus proporciones: estarían sentadas o con una rodilla en tierra. Stalin anunció por sorpresa que asistiría a la inauguración, y los constructores se temieron lo peor; pero llegó a la estación una hora antes de que sus puertas se abrieran al público, recorrió lentamente los largos andenes deteniéndose ante cada escultura y mostró su satisfacción repitiendo varias veces con su inconfundible acento georgiano: «Parecen vivas, casi vivas». Tras la muerte de Stalin –cuando los chistes ya no eran peligrosos–, los moscovitas sacaron punta a las posturas de las estatuas. Como la palabra rusa *sidit* significa a la vez «sentado» y «encarcelado», decían

con sorna: «Ya se ve que aquí todo el mundo está en prisión o de rodillas».

Las esculturas están cuadruplicadas: solo son diferentes dieciocho. Una de ellas representa a un campesino junto a un marinero que empuña un bonito revólver; este desaparecía tan frecuentemente que tuvo que ser soldado a la mano. En otra, un joven ingeniero examina una máquina y anota algo en un cuaderno con un lápiz invisible: ha sido robado tantas veces que ya no se repone. Un precioso perro al acecho, que acompaña a un miliciano guardafronteras, es una figura literalmente adorada: los estudiantes acarician su hocico porque, según la leyenda, ello les da suerte en los exámenes, y gran parte de los pasajeros repiten el gesto como prenda de buena fortuna. Como todas las esculturas se repiten, los hocicos de los cuatro perros, a la manera de reliquias besadas durante siglos por los fieles, aparecen visiblemente desgastados.

Varias de las más bellas estaciones son obra de Alexéi Dushkin, de quien se decía que estaba completamente loco; quizá por eso le caía bien a Stalin, quien, como su admirado Iván el Terrible, tenía predilección por los dementes. Para inspirarse, Dushkin pedía a su mujer que tocase al piano, sin parar, a Bach o a Prokófiev, mientras él dibujaba. Por decisión personal del *vozhd*, había recibido un delicado encargo: el diseño de una estación que se llamaría Zavod imeni Stalina (fábrica de automóviles Stalin, que se encontraba en las inmediaciones). Hizo varios bocetos que no le convencieron, se mesó irritado el cabello, tiró la plumilla y comenzó a dar zancadas de un lado a otro. Se detuvo a mirar los libros de una estantería, cogió un grueso tomo, *La vida de las plantas*, y se enfrascó en su lectura. Su mujer, que es quien cuenta estos recuerdos, le preguntaba de qué le servía leer aquel tocho, y Dushkin contestaba enfadado: «Tú, calla, calla, y toca la fuga de Bach». Cuando terminó el libro, cosa que le llevó un par de días, volvió al estudio, hizo dos dibujos, eligió uno y lo hizo llegar a manos de Stalin. Este quedó encantado,

le felicitó efusivamente y le concedió uno de los codiciados premios que llevaban su nombre.

La estación más representativa de lo que se ha llamado estilo imperio de Stalin y, sin duda, la más hermosa de toda la red, es la Komsomólskaia, inaugurada en 1951. Dos líneas de sesenta y ocho columnas separan los andenes del espectacular pasillo central, con sus casi doscientos metros de largo. Concebida como un homenaje a las victorias legendarias del pueblo ruso, el techo, que casi dobla en altura al de las demás estaciones, está cubierto con ocho grandes paneles de mosaicos –dos millones y medio de piezas colocadas en solo cinco meses– que representan las batallas y acontecimientos más importantes de la historia de Rusia. Stalin examinó los respectivos bocetos en presencia de su autor, Pável Korin, quien se había inspirado en el discurso del propio Stalin del 7 de noviembre de 1941 –la legendaria parada en la Plaza Roja, con los alemanes a las puertas de Moscú–, en el que incitó a las tropas que partían hacia el cercano frente a seguir el ejemplo de sus heroicos antepasados. En el primer boceto, dedicado a la victoria de Alexandr Nevski sobre los Caballeros Teutónicos en el lago Chudskoie (1242), hizo una objeción: en la bandera que portaba el príncipe faltaba el rostro de Cristo, y Stalin ordenó al artista que respetase la historia y lo pusiera. En el segundo, en honor de Dmitri Donskói, vencedor de los tártaros en Kulikovo (1380), sucedió lo mismo: en su bandera, el rostro de Cristo había sido eliminado. En el dedicado a Kutúzov y a la batalla de Borodinó contra Napoleón (1812), Stalin echó de menos las cruces ortodoxas que llevaban los estandartes en aquella ocasión. En los que aparecía él mismo, su exagerada figura dominaba sobre cualquier otra, y Stalin rechazó bruscamente el boceto con un inesperado argumento: él no era eterno y le parecía vana la pretensión de que su lugar en la historia de Rusia, por importante que fuera, nunca sería superado en el futuro; su imagen no debía

destacar sobre las de sus antecesores, los héroes, santos y príncipes del pasado (imagen, en cualquier caso, de corta vida, ya que fue eliminada por Jruschov poco después de la muerte de Stalin, como en otras varias estaciones).

Por fin se llegó al dibujo de la caída de Berlín, en el que figuraban los soldados portando la enseña soviética que había de colocarse en lo alto de Reichstag. Stalin tomó el boceto en sus manos y lo examinó unos minutos pensativo. Rompió su silencio diciendo al artista mientras señalaba la bandera con su lápiz azul: «Aquí, pon el rostro de Lenin». Así se hizo, y así aparece en la gran bóveda de la estación Komsomólskaia.

Korin fue también el autor de los bellísimos vitrales de la estación Novoslobódskaia, una de las últimas inauguradas en vida de Stalin. El proyecto fue enviado, para su aprobación, a la comisión correspondiente. Jruschov, a la sazón máximo dirigente del Partido en Moscú, acompañado por el jefe de la comisión, presentó personalmente a Stalin el proyecto con su dictamen negativo: los vitrales harían que la estación pareciese una iglesia católica. Stalin replicó brutalmente:

– Sois idiotas. ¿Cuántos soviéticos conocen las catedrales de Occidente?

Y, efectivamente, los vitrales fascinaron a los moscovitas como si fueran escenas de un mágico cuento de hadas.

* * *

Una de las fechas más importantes de la historia del metro es el 6 de noviembre de 1941. Hasta entonces, los actos conmemorativos del aniversario de la Revolución consistían en una sesión solemne en el Teatro Bolshói, seguida de un espectáculo en el que participaban los mejores artistas del país; y un desfile en la Plaza Roja al día siguiente. Pero ese año Moscú no estaba para fiestas: se había decre-

tado el estado de emergencia; el cuerpo diplomático y gran parte de los organismos oficiales habían sido evacuados a Kúibishev; los bombardeos eran continuos y los alemanes estaban muy cerca. Sin embargo, Stalin, en contra de la opinión de muchos de sus colaboradores, que temían un ataque aéreo, insistió en la celebración del desfile por el efecto propagandístico que tendría; la repercusión, efectivamente, fue enorme en todo el mundo. Del mismo modo, ordenó que se realizase la habitual sesión conmemorativa, pero no en el Bolshói, sino en la estación Maiakóvskaia, entonces la más suntuosa y profunda de la red. Aunque algunos historiadores afirman que el acto se celebró en el teatro, solo la tribuna para los oradores procedía de su almacén de decorados; las butacas se trajeron de la sala de conciertos Chaikovski, que se encuentra encima de la estación, y de otros locales próximos. Dos días antes Stalin visitó el lugar para supervisar personalmente los preparativos de la tradicional ceremonia.

En uno de los dos andenes se hallaban varios vagones: unos estaban reservados para la prensa y los artistas; en otros se hallaban los servicios médicos y de seguridad, los equipos de sonido, el guardarropa; en los demás, se servía un espléndido bufé. Al segundo andén llegó el tren de Stalin, que apareció visiblemente satisfecho: como dijo en su discurso, los alemanes, pese a su superioridad en tanques y aviones, y al hecho de encontrarse a las puertas de Moscú, estaban exhaustos y cada vez más lejos de sus centros de aprovisionamiento. Ocultó, naturalmente, el motivo principal de su contento: la llegada a los alrededores de la capital del último tren con tropas siberianas, las poderosas fuerzas de reserva que los nazis no esperaban. Durante el acto, se produjo un ataque aéreo que duró más de una hora, pero la transmisión en directo a todo el país no se interrumpió. Se había ordenado al jefe de la defensa antiaérea que, pasase lo que pasase, no hiciera sonar la alarma.

Los trabajos de construcción del metro continuaron a buen

ritmo durante toda la guerra excepto en los primeros meses, cuando Moscú estaba sometida a continuos bombardeos (hasta la desmovilización del ejército, la mano de obra estuvo compuesta en su mayor parte por mujeres). Tampoco se suspendió el servicio ni un solo día: su horario habitual de veinte horas solo se alteró al decretarse el estado de emergencia a mediados de octubre de 1941; mientras este duró –algo más de un mes– el metro cerraba a las siete de la tarde. Stalin revisó, como hacía con todo, las disposiciones para la alarma aérea. En cuanto se recibía el aviso, los trenes se detenían en la estación más próxima, y los pasajeros se refugiaban en los túneles, que estaban bien iluminados y disponían de agua potable. Inválidos, niños y ancianos permanecían en los vagones, bien atendidos por personal sanitario. De noche, varias estaciones se utilizaban como refugios antiaéreos, y más de doscientos niños nacieron en ellas. El municipio derrochó imaginación para hacerlas confortables. Además de mantas, colchonetas y alimentos, había en ellas altavoces de radio y bibliotecas móviles con libros y revistas; se celebraban exposiciones y conciertos, y se pasaban películas; se entretenía a los niños con juegos, concursos y lecciones de todo tipo.

En la estación Kírovskaia (hoy, Chistie Prudi), cerrada al público, se instalaron al comienzo de la guerra las dependencias más importantes del Estado Mayor General, cuya sede se hallaba en un edificio próximo. Los andenes, separados de las vías con paneles de madera, se convirtieron en improvisadas oficinas, y con el mismo material se cerró un amplio despacho para Stalin, que este apenas utilizó. En aquel semestre crítico aparecía con frecuencia por el Estado Mayor, pero solo se movía cuando se hallaba con un grupo importante de dirigentes y sonaban las sirenas de alarma; en ese caso, bajaba con todos ellos al metro para continuar allí la reunión. Una tarde cayó una bomba en el patio del edificio, que se usaba como aparcamiento; mató a tres chóferes, y otras quince personas resulta-

ron heridas, entre ellas, levemente, el general Vasilevski, entonces director de Operaciones del Estado Mayor.*

Tras la derrota de Alemania, Stalin hizo trasladar a Moscú ciento cincuenta vagones del metro de Berlín. En un rasgo de humor, ordenó que se pintasen de azul y se llamaran V-1 y V-2, nombres de los misiles de largo alcance aparecidos a mediados de 1944, con los que Hitler, ilusamente, esperaba cambiar el curso de la guerra. La idea de que las famosas «bombas volantes» alemanas solo servían para trasladar personas de un lado a otro divirtió enormemente a los moscovitas

* La defensa antiaérea funcionaba muy bien, mucho mejor que la de Londres los meses anteriores, porque había sido constantemente perfeccionada durante los últimos ocho años, desde que Hitler llegó al poder. Los daños producidos por la aviación alemana fueron escasos: una bomba cayó en la plaza de las catedrales del Kremlin, pero no estalló; y otra, destinada a la estación Arbátskaia – obsesivamente atacada porque su vestíbulo exterior tiene la forma de una estrella de cinco puntas–, destruyó completamente el antiguo mercado Arbat, que no fue reconstruido. En el solar se levantó el «Pentágono soviético».

Capítulo 9

El melómano

Stalin adora la música desde su infancia. Canta en el coro de la escuela parroquial de Gori, su ciudad natal, y conoce de memoria todo su repertorio. La escuela solo admite «hijos de clérigo», y un pope amigo de su madre adopta al pequeño y consigue, años más tarde, que sea admitido en el seminario de Tiflis. En la carta de recomendación que une a la solicitud de ingreso destaca su gran inteligencia, sus altas calificaciones en la escuela, su profunda religiosidad, su «excelente oído musical y su magnífica voz de contralto».* Stalin aprueba los exámenes de ingreso, se incorpora al coro en cuanto llega al seminario y se convierte rápidamente en el solista predilecto: canta los solos, como primer tenor y, en poco tiempo, pasa a ser la mano derecha, el sustituto del director. Es, además, el mejor lector de los salmos y enseña a hacerlo a sus compañeros. La Iglesia le regala el libro de los Salmos de David: «por los excelentes progresos realizados, por su buena conducta y por la forma sobresaliente en que recita y canta el salterio». Can-

* Debido a esa constante preocupación por el muchacho, el padre Cristófor Charkviani figura en cabeza entre los supuestos progenitores de Stalin. Este siempre protegió a su familia adoptiva: los hijos de Charkviani no corrieron riesgo alguno, ni siquiera en los peores años del terror. Nunca fueron molestados, vivieron decorosamente dedicados a su trabajo.

ta también como solista en la catedral de Zion, junto al río Mtkvari, y recibe por cada actuación cinco rublos, dinero de bolsillo que le viene muy bien (su madre poco puede enviarle); le pagan el doble por cantar en las bodas.

El profesor de música del seminario, Simón Gogchilidze, un hombre cultivado, muy pagado de sí mismo, se siente halagado por el raro fervor con que su joven alumno sigue sus lecciones y se vuelca con él: le dedica infinidad de horas en su propia casa año tras año: le enseña a interpretar el sentido de compases y secuencias: le introduce en la música clásica: le facilita entradas para óperas y conciertos; en una palabra, le educa musicalmente. Los grandes compositores de la era Stalin saben que este es un verdadero entendido, capaz de descubrir el más oculto «mensaje» encerrado en un movimiento. No sabe composición, por supuesto, pero es un crítico musical de primer orden y, por tanto, muy peligroso en aquel tiempo. La poesía y la música son, junto con la lectura, las grandes aficiones de Stalin. Adora a Pushkin y, como consecuencia, a Glinka, primer compositor que utiliza textos del poeta en sus obras; le considera el creador de la escuela musical rusa y no oculta su preferencia absoluta por él. Le entusiasma su ópera *Iván Susanin* (título que sustituye, en tiempos de Stalin, por razones obvias, al original *Una vida por el zar)* hasta tal punto que, una tarde en que la obra se transmite en directo desde el Bolshói mientras se celebra una reunión del Politburó, ordena a su secretario que entre en la sala y encienda la radio cuando queden unos minutos para el aria final.

La afición a la ópera de Stalin es incontestable. Va con frecuencia al Bolshói, aunque solo utiliza el palco real en actos oficiales: ocupa el primero de la izquierda, encima de la orquesta, oculto tras una gruesa cortina blindada (sus aplausos se oyen claramente, pero los espectadores ni siquiera se atreven a girar la cabeza hacia el palco A). Además de los grandes compositores rusos

de ópera y *ballet* anteriores a la Revolución, autores también de música sacra, le encantan Verdi y Bizet. Le entusiasman las canciones folclóricas rusas, ucranianas y georgianas, y las canta hasta su muerte junto con los himnos litúrgicos de su juventud. Esa predilección de Stalin por la música coral explica su apoyo constante a los Coros del Ejército Rojo. Recibe todos los discos que se producen en el país, escucha los que contienen nuevas canciones que desconoce y escribe su veredicto sobre la cubierta: excelente, bueno, pasable, pésimo; y conserva todo lo que le gusta. A su muerte, deja una gran colección, que fue trasladada a los archivos del Comité Central: grabaciones en directo de óperas y *ballets* realizadas por la Casa de la Radio y numerosos discos de música clásica y de canciones folclóricas.

Entre los compositores extranjeros, Stalin siente predilección por Mozart, que le emociona profundamente: es su música de cabecera hasta el final de sus días. Le encantan las sinfonías de Beethoven y se siente en comunión con Wagner por su desmesura (ampliamente difundido tras el pacto germano-soviético de 1939, su música desaparece en la URSS en cuanto estalla la guerra). Respecto a los compositores rusos de su tiempo, considera a Stravinski el más brillante del siglo, pero dada su condición de emigrado –sale de Rusia a raíz de la Revolución y vive en Estados Unidos– su música queda prohibida. Mantiene una relación ambivalente, lo que equivale a una espada de Damocles, con los grandes compositores soviéticos del momento: Glazunov, Jachaturian, Prokófiev, Shostakóvich.

* * *

La música ocupa un lugar preferente en la política educativa del nuevo régimen. En julio de 1918, Lenin firma un decreto por el que los conservatorios de Moscú y Petrogrado pasan a pertenecer

al Estado;* y otro decreto posterior nacionaliza las principales instituciones y conjuntos musicales del país –los teatros Bolshói y Mariinski, las grandes orquestas–, las editoras, las tiendas de partituras e instrumentos. A la vez se dispone que la música se incluya, de modo obligatorio, en la enseñanza básica como una materia más. Y la radio contribuye, con sus continuos y excelentes programas, a la formación musical de la población. En enero de 1918, el aristocrático Teatro Mariinski de Petrogrado abre por primera vez sus puertas al pueblo (soldados, obreros, campesinos) que asisten fascinados a la representación de *Ruslán y Ludmila*. Nueve años después, en 1927, Prokófiev, emigrado tras la Revolución, de gira por el país invitado por el gobierno (no regresó a Moscú definitivamente hasta 1936), constata: «Dos fenómenos me han sorprendido: la intensa actividad musical y el enorme interés que se observa en el rostro de los nuevos melómanos, que invaden las salas de conciertos». En menos de una década, pese a la penuria y la terrible tragedia de la guerra civil, millones de hombres en la miseria descubren la música clásica y se apasionan por ella.

Cuando Stalin toma las riendas tras la muerte de Lenin (1924), la educación musical se extiende a la enseñanza secundaria. Se abren conservatorios en las más importantes ciudades de todas las repúblicas soviéticas y escuelas de música en las más remotas aldeas,** donde se imparten cursos gratuitos de piano, violín y otros instrumentos; se crean millares de orquestas infantiles y se construyen espléndidos teatros de ópera y *ballet* en todo el territorio (por poner

* Lunacharski, comisario para la Educación y la Cultura, nombra inmediatamente director del conservatorio de Petrogrado al célebre compositor Alexandr Glazunov, quien descubre entre sus alumnos a Shostakóvich cuando este solo tiene catorce años; e intuye que es un genio en potencia.

** Rostropóvich, oriundo de Azerbayán, se inició en la música en una de esas escuelas, hecho que tendió a olvidar cuando alcanzó la gloria. ¿Qué hubiera sido de un pobre muchacho campesino sin la posibilidad de estudiar música, y no solo música, desde la infancia?

un solo ejemplo, el de Novosibirsk, en el centro de Siberia, es uno de los mayores del mundo). Stalin es un hombre antiguo, desconfía de todo lo nuevo e impone lo clásico en las artes, pero protege a los jóvenes creadores si cree que lo merecen. Respecto al *ballet*, reconoce, con la sorna que le caracteriza, que «sería menopáusico si no reclutara continuamente adolescentes» y pasa por alto la ambigüedad sexual de los bailarines y sus gustos burgueses; pero exige de ellos un esfuerzo sobrehumano para que desarrollen al máximo sus cualidades físicas, líricas y teatrales. Y a ello se debe, indiscutiblemente, que el *ballet* ruso no tenga parangón en el mundo.

Stalin fomenta también el estudio de la música popular: las danzas, las canciones, el folclore de las diversas repúblicas. Su concepto de la «unidad en la diversidad» limita el nacionalismo periférico a las manifestaciones artísticas. Permite también la opereta; las canciones espontáneas, de contenido imprevisible; las *chastushki*, coplas satíricas improvisadas que fascinan al pueblo. Naturalmente, cuantos intervienen como realizadores o intérpretes en esos espectáculos tienen sumo cuidado en que sean políticamente inocentes.

Ese enorme esfuerzo educativo da frutos antes de lo esperado. Desde la Revolución, la prensa occidental viene denostando a los bárbaros asiáticos, destructores de la civilización, enemigos de la cultura humanística europea. Los ataques arrecian tras la inconcebible victoria bolchevique en la guerra civil. Ninguna gran potencia reconoce al nuevo régimen, y Rusia, al borde del colapso económico, sobrevive a duras penas, prácticamente aislada. En esa dura situación se convoca la Primera Competición Internacional Chopin para jóvenes pianistas, que debe celebrarse en Varsovia en enero de 1927. Stalin llama a Lunacharski y le pregunta si en los conservatorios de Moscú y Leningrado hay, o ha habido, alumnos destacados, capaces de hacer un buen papel en el certamen. Entre los propuestos por el conservatorio de Leningrado figura Shostakóvich, becario del centro, recomendado por Glazunov y por el

más influyente crítico musical de la ciudad. Para sorpresa del mundo entero, un moscovita de diecinueve años –uno menos que Shostakóvich–, Lev Oborin, obtiene el primer premio: el jurado internacional decide, prácticamente por unanimidad, que interpreta a Chopin mejor que ningún otro concursante. Iliá Ehrenburg, presente en Varsovia como corresponsal de *Pravda*, escribe con ironía que los diplomáticos occidentales, espantados, «se desvanecieron». Y el gran compositor polaco Karol Szymanowski, miembro del jurado, enemigo acérrimo de todo lo ruso, reconoce abiertamente que la concesión del premio a Oborin no es, en modo alguno, un escándalo; su actuación no es solo un éxito: «es una marcha victoriosa absoluta, un triunfo total». Lo es también para Stalin, que obtiene inmensos réditos propagandísticos.

La *yuródivaia* María Yudina

Cierta mañana el Comité para la Radio de Moscú recibió una llamada de la secretaría de Stalin pidiendo que enviasen a su dacha la grabación del Concierto para piano número 23 de Mozart, interpretado por María Yudina, que había sido transmitido en directo, desde el Bolshói, la tarde anterior.

Nadie se atrevió a decir que el concierto no se había grabado, y los miembros del Comité se vieron obligados a convocar a la orquesta y a la pianista para repetirlo. El brillante director de la víspera tuvo que ser enviado a casa: sentía tanto pánico que era incapaz de pensar. Se llamó a otro director sin explicarle el motivo hasta su llegada al teatro, y perdió de tal modo los nervios que no pudo seguir la partitura: mezclaba los tiempos, confundía a la orquesta y encima empezó a sentir retortijones. Tuvo que salir disparado hacia el retrete y, naturalmente, también fue retirado. Por fin, un tercer director logró mantener la calma –como la impasi-

ble Yudina durante todo el tiempo– y terminó la grabación tras largas horas de tensión; fue un récord histórico: tres directores para una sola pieza musical. Al día siguiente, el disco llegó a la dacha de Stalin. Este tenía la costumbre de dejar en un cajón sin llave de su despacho los sobres que recibía cada mes con su salario; y utilizaba esos fondos cuando entendía que el gasto era privado: para dar algún dinero a sus hijos y a otros miembros de la familia o para ayudar a algún viejo amigo necesitado. En esa ocasión, envió a Yudina un gran sobre con veinte mil rublos, una verdadera fortuna en aquel tiempo.

María Yudina, de familia judía, se había convertido al cristianismo en su juventud y siguió siendo fiel a la Iglesia ortodoxa hasta su muerte. Nada más terminar, en 1921, sus estudios de piano en el conservatorio de Petrogrado, fue nombrada profesora del centro y, poco después, expulsada del mismo, porque en lo más álgido de la campaña contra «el opio del pueblo» le preguntaron si era creyente y contestó afirmativamente. Años más tarde, le sucedió lo mismo en el conservatorio de Moscú: la acusaron de hacer proselitismo religioso entre los estudiantes y se defendió diciendo que la Constitución soviética no lo prohibía; no le valió de nada y volvió a perder su puesto. Era, además, muy generosa y compasiva. Por ser sola, vivía en una habitación de un piso comunal lleno de ruidos. Sus colegas, luchando a brazo partido con los funcionarios, lograron que se le asignase un pequeño apartamento donde pudiera trabajar con calma; pero lo cedió enseguida a una pobre anciana a la que apenas conocía y volvió al piso colectivo. Pidió cinco rublos a los servicios municipales para cambiar el cristal roto de su ventana y los dio como limosna, intentando después, en pleno invierno, taponar con trapos las grietas. Su suerte mudaba con frecuencia: durante algún tiempo recibía el salario de profesora, grababa discos, actuaba en la radio; pero lo daba todo, y cuando las tornas se volvían su teléfono solía ser desconectado

por falta de pago. Sus males provenían casi siempre de la más rara de las virtudes: jamás mentía.

Pero María Yudina era una pianista excepcional, sin parangón en su tiempo. Se decía que tocaba con la fuerza de diez hombres, y tanto su maestro, Leonid Nikoláiev, como Shostakóvich, también discípulo de Nikoláiev, afirman que cuando ella tocaba una fuga a cuatro voces, cada voz tenía su propio timbre, algo realmente inaudito. Su popularidad era inmensa, y las autoridades cerraban los ojos a su comportamiento excéntrico e imprevisible. Vestía como una monja: aparecía en los escenarios con un hábito que le llegaba a los pies y una gran cruz colgada del pecho; por la calle, llevaba el mismo atuendo, pero con zapatos deportivos. Se le prohibió actuar en la Filarmónica de Leningrado por salir una tarde al escenario en el intervalo de un concierto para leer al público poemas de Pasternak. En 1950 consiguió permiso para viajar a Alemania con el único objeto de visitar en Leipzig la tumba de Bach y, al llegar a la verja de la iglesia de Santo Tomás, se descalzó y recorrió como una peregrina, desollándose los pies, la senda llena de guijarros que llevaba hasta el recinto. Se empeñaba en convertir a sus colegas y en leerles el Nuevo Testamento, y decía al agnóstico Shostakóvich que debía estar más cerca del Señor. Era, en definitiva, una *yuródivaia*, una santa inocente, una loca de Dios.

Yudina recibió el sobre de Stalin y se apresuró a a contestar:

> Gracias, Iósif Visarionóvich, por su dádiva. Rezaré por usted día y noche y pediré al Señor que le perdone sus grandes crímenes contra el país y contra el pueblo. Dios es muy comprensivo y le perdonará. He dado el dinero a la Iglesia y espero confiada.

Enseñó la carta, antes de enviarla, a sus más cercanos amigos, y estos le pidieron horrorizados que no hiciese esa locura. Se sabían perdidos en cuanto ella fuese arrestada y contase, como hacía siempre, la

verdad; y la echaron literalmente de sus casas susurrando muertos de miedo: «No he visto ese papel, no lo he visto, no has venido a enseñármelo». Stalin mostró la carta a Beria, pero le ordenó que jamás molestara a su autora. Era un déspota supersticioso y, lo mismo que los zares, respetaba a los profetas, los locos de Dios («bendíceme» dice Borís Godunov al anciano *yuródivi* que le acusa de la muerte de Dmitri, el joven príncipe heredero). Cuando Stalin fue encontrado moribundo en su dacha, el disco colocado en su gramófono –probablemente la última música que el *vozhd* escuchó en su vida– era el concierto de Mozart interpretado por Yudina. Esta sobrevivió largo tiempo a su siniestro protector: murió en 1970, cuando acababa de cumplir setenta años.

La fascinación por Borís Godunov

Salvo en raras ocasiones, siempre que se programa en el Bolshói la ópera de Musorgski *Borís Godunov*, basada en la obra de Pushkin, Stalin llega de incógnito a su palco privado, el primero a la izquierda del escenario, y sigue la función por entero una y otra vez. ¿Qué le fascina más allá de la música y las arias?, ¿se identifica con el zar intruso en su astucia para alcanzar el poder?, ¿le crispa su inepcia para conservarlo?, ¿le subleva que lo pierda por falta de crueldad?, ¿le pasma su fe ciega en el amor del pueblo?, ¿revive, para no caer en ellos, sus errores? Lo cierto es que, salvo *Los días de los Turbín,* de Bulgákov, ninguna otra obra teatral despierta en él tanto interés.

En el largo camino hacia el poder, las vidas de Godunov y de Stalin son realmente paralelas. Borís no pertenece a la dinastía reinante ni a ninguna de las grandes familias de la nobleza. Ni siquiera es de origen ruso: procede de uno de los clanes tártaros ocupantes de Rusia desde el siglo XIII y sometidos al principado de Moscú

cuando son vencidos por las tropas de Iván III. Desde entonces, los hombres guerrean al servicio de su nuevo señor y sus hijos son educados en la corte por los preceptores más cultos de su tiempo. Godunov destaca enseguida por su gracejo e inteligencia; entra como paje al servicio de la zarina y esta se lo recomienda a su esposo, Iván el Terrible, quien, cautivado por las singulares condiciones del muchacho, hace de él, en poco tiempo, su hombre de confianza. Contra toda previsión, pese a infinitas intrigas, el zar le mantiene siempre a su lado, como su más fiel amigo. Cuando Iván sufre el síncope que le obliga a guardar cama hasta su muerte, está jugando una partida de ajedrez con su favorito, quien lleva años decidiendo, prácticamente en solitario, los asuntos de Estado.

Borís consigue, con la anuencia del zar, que Fiódor, heredero de la corona, se case con su hermana Irina, y él lo hace, para reforzar su posición, con la hija del siniestro Maliuta Skurátov, cabeza del Gran Consejo de la Opríchnina (primer órgano de terror del Estado ruso) al que él también pertenece. El zar, que mata sin querer a su inteligente hijo mayor de un brutal golpe en la cabeza con el cetro que siempre lleva en la mano, sabe que el segundo hijo, Fiódor, es prácticamente idiota y crea un Consejo de Regencia para que gobierne en su nombre. Lo preside el tutor del zarevich, hermano de Anastasia, madre del heredero; y sus otros miembros, además de Godunov, son príncipes que representan a las más poderosas familias del reino. En solo tres años desde que el Consejo entra en funciones a la muerte de Iván, Borís, aprovechando la rivalidad entre unos y otros, se deshace de todos ellos y se convierte en el único regente y tutor. Fiódor muere poco después, y Godunov se convierte en zar aclamado por el pueblo.

Stalin también es un intruso, por su origen caucasiano, entre los miembros de la *intelligentsia* rusa que copan el poder tras la Revolución. Pero se ha granjeado durante años la confianza de Lenin por su actividad clandestina en el interior del país, incluso gene-

rando recursos para el Partido de modo ilícito. Desde el exilio, Lenin se refiere a él como «ese maravilloso georgiano» y, en los primeros años del nuevo régimen, el mismo Trotski reconoce que Lenin no da un paso sin contar con Stalin: de hecho, deja el Partido en sus manos al crear en 1922, expresamente para él, el cargo de secretario general. Cuando cae en la cuenta de su despotismo y dicta el llamado «testamento» con el propósito de derribarle, es demasiado tarde.

Una vez alcanzado el poder, Godunov y Stalin se enfrentan con problemas similares. Uno de ellos es la resistencia de la Iglesia a perder sus riquezas y sus privilegios, entre ellos la exención de impuestos; en ambos casos, el Estado está exhausto, y el pueblo, en la miseria. El zar lo resuelve sustituyendo al metropolitano de Moscú, líder de la revuelta, por un monje amigo, quien, además de plegarse a sus deseos, organiza y encabeza la procesión popular que lleva a Borís al trono. Stalin es más expeditivo: encierra a las altas jerarquías que se manifiestan contra el despojo y ahorca a los popes que incitan a la gente a resistir a los expoliadores por la fuerza.

Otro asunto que los dos han de abordar es la cuestión campesina. En los últimos años de Iván el Terrible, el hambre hace estragos y el campo se despuebla. Los aldeanos huyen hacia el sur o los Urales, y las haciendas de los terratenientes amenazan ruina por falta de braceros. Y Borís implanta la servidumbre, que solo es abolida, tres siglos más tarde, por Alejandro II: los campesinos y sus descendientes quedan atados a la tierra. Por razones diferentes –modernizar la agricultura y liberar mano de obra para las nuevas industrias–, Stalin pone en marcha la salvaje colectivización forzosa y encadena también al campesino.

Inteligente, culto, buen estadista, Borís persigue siempre el interés de Rusia. Precursor de Pedro el Grande, impulsa el comercio y la industria; contrata técnicos extranjeros para modernizar la minería; reforma el sistema judicial; envía por vez primera a Europa a

jóvenes rusos para mejorar su educación; es prudente en política exterior y evita las guerras que han esquilmado el país en tiempos de su antecesor. Pero actúa contra sus enemigos con una lenidad irresponsable. Rara vez elimina físicamente a los boyardos que conspiran contra él: se limita a apartarlos de la corte y a confinarlos en sus más alejadas posesiones; ni siquiera ejecuta a los poderosos miembros del disuelto Consejo de Regencia, que no le perdonan haber sido excluidos del poder. Se le atribuye la muerte del último hijo de Iván, Dmitri, que podría disputarle el trono en el futuro, y esa acusación, de dudoso fundamento, le atormenta constantemente. Por otra parte, confía ingenuamente en el amor de sus vasallos y se derrumba cuando descubre que el pueblo se ha vuelto contra él.

Stalin, por el contrario, sigue al pie de la letra el consejo de su admirado Iván el Terrible: «Hay que sepultar a los enemigos para que no molesten en el futuro».* Está seguro de que Godunov es responsable del asesinato del pequeño zarevich, pero le alaba por ello: se trata de una medida necesaria para asegurar la permanencia de Rusia en la senda del progreso. Con el mismo pretexto, Stalin aplasta a todos sus adversarios, reales o ficticios, sin piedad alguna. No tarda tres años, sino tres largos lustros en acabar con ellos. En cuanto al pueblo, sabe perfectamente que la masa es una fuerza elemental, voluble y manejable, y que confiar en su amor eterno es una estupidez: la única garantía de fidelidad es el temor.

Stalin considera a Musorgski como uno de los más grandes compositores rusos, pero no le gusta la imagen que se da, tanto en la ópera como en el drama de Pushkin, del «zar progresista». Este aparece en ella como un déspota opresor del pueblo, movido solo

* Según Stalin, Iván se queda corto. En la discusión con Eisenstein sobre la segunda parte de su filme *Iván el Terrible*, critica al zar por no haber acabado con las cinco familias más poderosas del reino, cuyos enfrentamientos tras la muerte de Borís Godunov llevaron el caos a Rusia, y la dejaron inerme frente a sus enemigos.

por la ambición, atormentado por el recuerdo de sus crímenes, lo que no corresponde a la verdad. Stalin recuerda a los responsables de las actividades teatrales que Borís Godunov es una gran figura histórica, cuyo papel como gobernante se falsea, y pide que la ópera desaparezca de los escenarios. Pero el director del Bolshói logra convencerle de que la obra puede quedar bien con algunos cambios. Y en 1940 aparece la nueva versión, orquestada por Shostakóvich, quien aumenta sensiblemente el número de instrumentos y, entre otras variaciones, sustituye el gong por las campanas, sin sospechar ni por asomo que su tañido cautiva al *vozhd* desde su infancia. Ese acierto imprevisible contribuye en gran medida al encantamiento del asiduo y apasionado espectador, que nunca deja el palco hasta la caída del telón.

Stalin vive intensamente, como si fueran reales, las ficciones que presencia. En el caso de *Borís Godunov* contempla la ópera como una verdadera catarsis, como una profunda meditación –al modo de los ejercicios espirituales–, no sobre las penas del infierno, sino sobre los males terrenales que amenazan a quien yerra.

Una ópera inoportuna: *La gran amistad*

En 1947 Vano Muradeli, un compositor mediocre y cobista pero muy popular, de origen caucásico como Stalin, terminó la ópera *La gran amistad,* aprobada por la censura para su puesta en escena por veinte compañías, en diferentes ciudades, una vez se realizase su estreno oficial. Este tuvo lugar en el Teatro Bolshói el 7 de noviembre, como uno de los actos conmemorativos del trigésimo aniversario de la Revolución. Estaba previsto que Stalin y su corte asistiesen al evento, y Muradeli no cabía en sí de gozo: sería llamado al palco presidencial y recibiría la felicitación personal del viejo *vozhd.* Pero este, cansado e indispuesto tras permanecer de pie varias horas aque-

lla misma mañana en lo alto del Mausoleo de Lenin presenciando la tradicional e interminable parada, decidió no acudir al Bolshói. La ópera, bien recibida por la crítica, tuvo éxito en todas partes –más por su argumento y sus danzas populares que por su mérito musical–, y Stalin fue a verla dos meses después de su estreno, el 5 de enero de 1948.

La acción de la obra se desarrolla en el Cáucaso, donde los bolcheviques, apenas llegados al poder, se enfrentan a varios movimientos separatistas. El hábil y enérgico comisario Sergó Ordzhonikidze, responsable de limpiar la zona de rebeldes, logra que chechenos y georgianos entreguen las armas y opten por vivir, como antaño, en perfecta armonía con los rusos. Los osetios, en cambio, siguen luchando y son golpeados con dureza hasta que cesa toda resistencia. La trama no podía ser más inoportuna. En la reciente guerra con Alemania, los osetios –etnia de la que procedía Stalin– se habían mantenido fieles al poder soviético. Por el contrario, chechenos e inguses, convencidos de que la soñada independencia les vendría de la mano de los nazis, se pusieron masivamente al lado de estos, y por ello habían sido represaliados ferozmente: la mayoría de la población, más de un millón de personas, fuera enviada a Siberia en vagones de ganado. Y, a comienzos de 1948, cuando Stalin acudió al Bolshói para ver *La gran amistad*, ese éxodo forzoso aún no había terminado.

Pero el mayor error de la obra era la aparición en ella, como protagonista, de Ordzhonikidze. Georgiano, amigo y hombre de confianza de Stalin desde los primeros tiempos, con gran talento, activo, sincero, nada servil, Sergó había sido uno de las más destacados y capaces dirigentes soviéticos. Miembro del Politburó, se encontraba junto a Stalin en la tribuna presidencial del XVII Congreso del Partido –llamado de «los vencedores»– celebrado en 1934. Dos años después comenzaron las purgas indiscriminadas contra los propios bolcheviques. Todo individuo sospechoso de simpatías por

Trotski o de desafecto a Stalin era arrestado y ejecutado: más de la mitad de los dos mil delegados al congreso fueron eliminados. Ordzhonikidze se opuso frontalmente a la liquidación de sus camaradas y amigos, entre los que se encontraban sus más dotados colaboradores. Y en 1937 se suicidó en su apartamento del Kremlin tras una violenta discusión de varias horas con Stalin. Se anunció que había muerto de un ataque al corazón, se le rindieron espectaculares honras fúnebres y se le convirtió en un icono, como se había hecho con otras dos «víctimas propiciatorias»: Frunze (1926) y Kírov (1934). Su mujer guardó silencio y nunca fue molestada.

Si no se hubiera suicidado, Ordzhonikidze habría terminado, como tantos otros, con un tiro en la nuca, acusado de toda clase de crímenes contra el Estado. Stalin sentía un odio visceral hacia quienes, de una u otra forma, escapaban a su destino, pero Muradeli, naturalmente, no podía imaginar que el *vozhd* detestaba al líder desaparecido, un fiel estalinista a ojos del país entero. Comprendió que a Stalin no le había entusiasmado la ópera cuando abandonó el Bolshói, al terminar el espectáculo, sin felicitarle. Pero su decepción se convirtió en espanto unas semanas más tarde: el 11 de febrero *Pravda* publicaba una resolución del Comité Central, «Sobre la ópera *La gran amistad*», en la que se acusaba a Muradeli y, de paso, a otros compositores (Shostakóvich, Prokófiev, Jachaturian) de formalismo, de tendencias burguesas, de componer música «ajena al pueblo soviético y a sus gustos artísticos». Muradeli se arrepintió públicamente y salió bien librado, aunque *La gran amistad*, por supuesto, fue prohibida. Los demás perdieron sus puestos en conservatorios y demás instituciones culturales, y sus obras desaparecieron de las carteleras. El más joven de los encausados, Gavriil Popov, un compositor de gran talento a quien se auguraba un brillante futuro, quedó tan afectado que se encerró en casa para ahogar sus penas en vodka, y murió unos días después de un coma etílico (el zar Nicolás I hizo lo mismo tras la derrota en la guerra de Crimea y terminó del mismo modo).

El sinvivir de Shostakóvich

Cuando Shostakóvich compuso, a mediados de 1917, la *Marcha Fúnebre en Memoria de las víctimas de la Revolución** era un crío de diez años que aún no había realizado los exámenes de ingreso en el Conservatorio de Petrogrado, su ciudad natal. Es impensable que Stalin, enfrascado en los preparativos del inminente levantamiento bolchevique, se enterase de la aparición de un niño prodigio en el mundo musical. Tampoco es probable que, en 1925, en plena lucha por el poder tras la muerte de Lenin, prestase atención a la noticia, que sin duda conocía, de un acto sin precedentes: el estreno por la Filarmónica de Leningrado (nueva denominación de la ciudad del Neva) de la obra de fin de carrera, la Primera Sinfonía, de un brillante alumno del conservatorio: Dmitri Shostakóvich. Posiblemente, Stalin solo retuvo el nombre al verlo en una propuesta del Comisariado de Cultura pendiente de aprobación. En ella se incluían los informes del NKVD sobre los jóvenes pianistas elegidos para participar, en 1927, en la Primera Competición Internacional Chopin; lo que implicaba, por celebrarse en Varsovia, su salida del país y el riesgo de fuga consiguiente.

El revés sufrido en ese certamen, en el que Shostakóvich solo recibió una mención honorífica, le hirió hondamente en su amor propio y le decidió a dedicarse en exclusiva a la composición. Al éxito de su Primera Sinfonía, que Arturo Toscanini llegó a incluir en su repertorio, siguió, en 1927, el triunfo de la Segunda, dedicada a la Revolución de Octubre; y, a comienzos de 1930, se estrenaba en Leningrado su primera ópera, *La Nariz* (basada en el cuento de Gógol), dirigida por otro excelente amigo y admirador, Samuil Sa-

* Shostakóvich escribió su obra meses antes de la Revolución de Octubre; la dedicó a los caídos en las jornadas de febrero de 1917, la llamada Revolución de Febrero que culminó con el derrocamiento de Nicolás II y la toma del poder por la burguesía.

mosud. La obra tuvo tan buena acogida, sobre todo entre la *intelligentsia* entendida y contestataria, que fue representada otras quince veces ese mismo año. Hasta que acudió a verla, meses después de su estreno, el secretario del Partido en Leningrado, Serguéi Kírov, un hombre inteligente, muy aficionado al teatro, que comprendió enseguida la intención antisistema de la sátira. La crítica, hasta entonces favorable, se volvió demoledora: la ópera no era una obra soviética sino «una bomba de mano anarquista». Y *La Nariz*, de pronto, desapareció de las carteleras y no volvió a los escenarios soviéticos hasta 1974, poco antes de la muerte del compositor.

Lady Macbeth de Mtsensk

La cosa no pasó a mayores, y Shostakóvich siguió cosechando éxitos. En 1934 se estrenó en Leningrado su segunda ópera, *Lady Macbeth de Mtsensk*, dirigida también por Samosud, quien, poco después, por decisión personal de Stalin, fue nombrado director del Bolshói. La obra causó sensación: fue representada treinta y seis veces en el Teatro Mali de Leningrado, en menos de medio año; y, más de ochenta en Moscú, entre el Teatro Musical y el llamado Anexo del Bolshói, que la programaban a un tiempo; se estrenó también, con gran éxito, en Nueva York y en varias capitales europeas. Durante dos temporadas, Shostakóvich, que aún no había cumplido treinta años, calificado de genio por la crítica, gustó las mieles del triunfo; incluso su *ballet* cómico, *El límpido riachuelo*, tras su *première* en Leningrado, se había estrenado en Moscú, nada menos que en el mítico Bolshói, y seguía en su repertorio; y era tanto su prestigio que pese a su juventud formaba parte del jurado de las más importantes competiciones musicales.

Pero el destino le jugó una mala pasada. El 26 de enero de 1936, Stalin, en compañía de Mólotov y de otros dos miembros del Po-

litburó, acudió al Anexo del Bolshói para presenciar *Lady Macbeth*. Shostakóvich pensaba salir aquella misma noche para Arkángelsk, donde tenía que actuar, días después, en la audición programada por la radio local de su Primer Concierto para Piano y Orquesta. Avisado por el director del Bolshói, suspendió el viaje y se presentó en el teatro, como era de rigor: el autor de la obra no podía faltar en tan señalada ocasión, aunque solo fuera por la remota posibilidad de que el *vozhd* le felicitase en persona. Shostakóvich ni siquiera fue invitado a salir al escenario cuando terminó la función. El público, al observar que del palco presidencial no salía ni un solo aplauso, siguió intimidado el ejemplo y permaneció prácticamente silencioso. El compositor, los directores del Bolshói y de la orquesta, los músicos, los actores, todos los que esperaban un grandioso triunfo aquel día comprendieron desolados que a Stalin, aunque había permanecido en el palco hasta el final, no le había gustado la ópera en absoluto.

Shostakóvich, con el alma en vilo, salió en tren para Arkángelsk la noche siguiente, y de mañana, nada más llegar, buscó un quiosco de prensa y compró *Pravda* lleno de malos presagios. Lo abrió allí mismo y quedó horrorizado. En la tercera página, bien visible y recuadrado, aparecía un editorial sin firma, en el estilo inconfundible de Stalin: «Confusión en vez de música», subtitulado «Sobre la ópera *Lady Macbeth de Mtsensk*», en el que la obra era criticada con dureza:

> Desde el primer minuto, el oyente queda aturdido por un intencionado chorro de sonidos inarmónicos, disonantes, confusos, [...] la música gruñe, gime, jadea, suspira para dar a las escenas de amor la mayor naturalidad posible. Y el «amor» es mostrado a lo largo de la ópera del modo más vulgar. [...] La gran cama ocupa el centro del escenario. Todos los «problemas» se resuelven en ella. [...] El compositor ha incumplido un prin-

> cipio fundamental de la cultura soviética, la erradicación de la crudeza y la brutalidad no solo en el arte, sino en nuestra vida por entero. [...] Este modo insensato de hacer las cosas puede terminar muy malamente.

¿Qué provocó la cólera de Stalin?* En primer lugar, la descarnada versión que Shostakóvich hacía de la pudorosa obra de Nikolái Leskov, que el *vozhd,* por supuesto, conocía. La historia de Katerina, casada con un déspota detestable, que mata a su suegro y a su esposo cuando descubren su relación con un joven gañán, es recreada con crudeza: palabras soeces en boca del tosco, osado, irresistible labriego; la gran cama como elemento esencial del decorado; una escena de sexo. Y, para colmo, sobre todo en el acto final de la tragedia, Shostakóvich intenta despertar la compasión hacia la asesina, que cumple condena en Siberia, en el mismo campo que su amante. Este la traiciona con otra reclusa, y Katerina, desesperada, la sorprende junto a un lago, la agarra y se arroja al agua con ella. Stalin odiaba los chistes obscenos y las escenas eróticas en novelas, películas y obras de teatro; además, en aquel tiempo de esfuerzos titánicos para sacar al país del atraso, necesitaba reforzar el papel de la familia, y la figura de Katerina, impelida al crimen por un amor sin barreras, una pasión desenfrenada, debió de resultarle abominable. Y quizá viera en la violenta muerte del marido una incitación a librarse de los tiranos; y en el asesinato del suegro con un raticida, la materialización de una amenaza siempre latente, tantas veces cumplida a lo largo de la historia: la de morir emponzoñado (como lo fue él mismo, sin duda, por obra de Beria).

* Se ha confirmado que Stalin escribió el editorial; lo dictó por teléfono al director de *Pravda.* Su cinismo es asombroso. Seis meses después ponía en marcha la implacable purga de sus rivales, que cerró, dos años más tarde, con su conocida y plácida sentencia: «La purificación ha terminado».

Al editorial del 28 de enero siguieron otros en *Pravda* el 6 y el 13 de febrero. En el primero, «Falsedad en *ballet*», se condenaba *El límpido riachuelo*, que Stalin había visto en el Bolshói tres días antes, con un singular pretexto: era ajeno a la dura realidad y pecaba por exceso de optimismo. La vida, sin duda, había mejorado en los últimos años, pero el *vozhd* sabía que el pueblo tendría que hacer aún grandes sacrificios y juzgó el desenfadado *ballet* de Shostakóvich como una incitación al relajo. El segundo, bastante explícito, «En Arte, Lenguaje Claro y Simple», citaba expresamente, como ejemplos de lo contrario, las dos obras del compositor recién condenadas. La reacción a esos ataques en los ambientes musicales sorprendió a Stalin. El terror masivo aún no había comenzado (empezó ese mismo verano), y la gente, en general, se expresaba sin miedo. Artistas, estudiantes del conservatorio, simples aficionados se agolpaban cada día a pesar del frío a las puertas del Mariinski apoyando a Shostakóvich y protestando por la retirada de *Lady Macbeth* del repertorio. Su maestro, Meyerhold, pionero del teatro moderno, con enorme prestigio en el extranjero, defendió fervorosamente la ópera; y lo mismo hizo el Nobel Romain Rolland, en carta a Gorki (la había visto fascinado en su último viaje a Moscú, durante el cual fue recibido por Stalin).

Gorki había asistido al estreno de *Lady Macbeth* dos años antes, sin poder contener las lágrimas en el último acto, y se había mostrado entusiasmado como tantos otros famosos que, en aquel momento –mucho antes del editorial de *Pravda*–, habían puesto a Shostakóvich por las nubes: Andréi Búbnov, sucesor de Lunacharski en el Comisariado de Educación: el legendario Nemirióvich Dánchenko, director del Teatro Musical; Alexéi Tolstói, el «conde rojo»; Serguéi Eisenstein y los más conocidos críticos musicales de Moscú y Leningrado. Para todos ellos, la ópera era una obra de arte extraordinaria, un verdadero hito en la historia musical rusa. Y el viejo escritor, que se sabía espiado y controlado, decidió escribir a Stalin desde Crimea, donde pasaba el invierno. Le contaba, en primer lugar, que en su reciente

encuentro con André Malraux este le había preguntado con insistencia por el «caso Shostakóvich». A renglón seguido, con gran coraje –cosa rara en él– Gorki decía claramente que el autor del artículo no sabía de qué hablaba: «¿Por qué confusión? ¿Dónde estaba la confusión?». Añadía que el editorial de *Pravda* había dado pie a que un conjunto de mediocridades arremetiese contra Shostakóvich. Y, por último, expresaba su temor de que el compositor, que había recibido el ataque del periódico «como un ladrillo en la cabeza» y estaba literalmente hundido, se quitase la vida.

Stalin comprendió que ese suicidio sería un escándalo internacional de primer orden y buscó una solución. Ni la ópera ni el *ballet*, que habían sido prohibidos de inmediato, volvieron a los escenarios, pero Shostakóvich, que realmente se hallaba desesperado y abocado a la miseria, recibió el encargo de componer música para el cine, una tabla de salvación que le permitía mantener a la familia. Con ello, además, satisfacía uno de los gustos del *vozhd* como melómano: la música de las películas debía ser excelente.* Shostakóvich dominaba el tema. Tenía dieciséis años cuando murió su padre y se vio obligado a ayudar a los suyos. Gracias a un amigo, encontró un trabajo agotador pero creativo: pasaba las tardes en un cine improvisando al piano, «sonorizando» películas mudas a impulsos de su fantasía.

Las sinfonías Cuarta y Quinta

Al regreso de Arkángelsk, donde recibió una de las grandes ovaciones de su vida –logró sobreponerse y tocó el piano de modo sober-

* Prokófiev lo captó enseguida al regresar del exilio en 1936 y se dedicó intensamente al cine: fue el compositor favorito de Eisenstein. Por cierto, Prokófiev murió el mismo día y por la misma causa –hemorragia cerebral– que Stalin. Recibió tal impresión al escuchar en la radio la noticia del fallecimiento que cayó fulminado.

bio–, tomó una decisión radical: nunca más compondría una ópera. Pero siguió trabajando en su Cuarta Sinfonía, que, prácticamente, tenía terminada: le faltaba concluir el último movimiento. En el primero se repetían los compases de la marcha de la policía, tomados de *Lady Macbeth;* en el segundo aparecían los ruidosos sonidos de un parque de atracciones, del tiovivo, de la noria, del tobogán y de la gente –el «carnaval de la vida»–, eso sí, bajo el ojo vigilante de la policía. La ironía era evidente, pero no excedía a la que Ilf y Petrov, Zóshchenko y otros humoristas entonces se permitían. El tercer movimiento, en cambio, que Shostakóvich reescribió, lleno de furor, tras los ataques en *Pravda*, era una denuncia del terror en toda regla: una marcha fúnebre como música de fondo de un alegre festejo, siniestro final que ha sido comparado con las loas, en el *Edipo Rey* de Stravinski, a la reina Iocasta en tiempo de la peste. El estreno de la Cuarta Sinfonía había sido programado por la Filarmónica de Leningrado para diciembre del mismo año, el fatídico 1936 en que empezaron las grandes purgas. Pero el compositor lo pensó mejor: no quiso jugarse la vida y canceló la audición con el pretexto de que quería mejorar la obra. Escondió la partitura durante un cuarto de siglo, sin hacer en ella cambio alguno. Fue estrenada, en su versión original, en tiempos de Jruschov.

Aunque componer para el cine le procuraba ingresos más que suficientes, Shostakóvich quiso curarse en salud y buscó un trabajo estable por modesto que fuera. Gracias a su amigo Samosud, consiguió una plaza de profesor en el conservatorio de Leningrado y, más prudente, con los pies en la tierra, compuso en unos meses su fascinante Quinta Sinfonía. Estrenada en la Filarmónica de la ciudad, en noviembre de 1937, el éxito fue clamoroso: la audiencia, puesta en pie, entregada por completo, contagió su emoción al director de la orquesta, quien, con lágrimas en los ojos, tomó la partitura entre las manos y la alzó a modo de bandera para consagrarle los aplausos. La crítica al unísono calificó la obra de

auténticamente soviética y la gente, entusiasmada por el regreso triunfal del castigado compositor, se agolpaba en las taquillas para hacerse con una entrada. Stalin recibió, por supuesto, el disco grabado la noche del estreno y quedó boquiabierto: los críticos de Leningrado eran imbéciles (como en tantas otras capas de la sociedad, solo los «pesebristas» habían sobrevivido). Sabía de música bastante más de lo que el propio Shostakóvich pensaba y descubrió enseguida el colosal engaño. La festiva procesión del último movimiento era en realidad una parodia: se enmascaraba de modo magistral que quienes marchaban entonando una alegre melodía eran reclusos camino del cadalso. Captó al instante que en la sinfonía subyacían el horror, el sufrimiento del pueblo, incluso la profunda amargura del compositor por la injusticia de que había sido objeto. Pero se contuvo y reaccionó genialmente: puesto que todo el mundo opinaba que la sinfonía era una obra de arte soviética, ¿por qué rasgar el velo de la estulticia? Ordenó que se celebrase una audición exclusiva, «en día festivo», para los cuadros del Partido (tuvo lugar en Leningrado un domingo por la mañana). Pidió a Alexéi Tolstói, el noble cortesano, un artículo encomiástico, que apareció en *Izvestia* a finales de diciembre:

> [La sinfonía es] un gran ejemplo del arte realista de nuestro tiempo. [...] Gloria a nuestra era, que ofrece al mundo tal majestad de sonidos y de pensamientos a manos llenas. [...] Gloria a nuestro pueblo, que engendra tan grandes artistas.

Y se vengó de Shostakóvich con su sadismo característico: le sugirió, por medio del secretario de la Unión de Compositores, que escribiese algo para la prensa con motivo del estreno de su sinfonía en Moscú. Y, cuando el texto llegó a sus manos, introdujo en él una verdadera bomba de relojería. En el artículo de Shostakóvich, publicado, para mayor afrenta, en el órgano moscovita del Partido la

víspera del estreno, aparecía una frase que él no había escrito y que le hizo llorar de rabia y de impotencia: «La Quinta es una respuesta creativa y constructiva de un artista soviético a las justas críticas recibidas». Esas palabras fueron objeto de burla en el extranjero: Shostakóvich, que había mantenido un orgulloso silencio tras los ataques de *Pravda,* también bajaba la cabeza. Stalin debió de sentirse feliz por el resultado de su maldad y cerró su plan con un gesto deferente que venía a reafirmar su «entusiasmo» por la sinfonía. En contra de lo previsto, no asistió al estreno en el Bolshói: solo le faltaba tener que aplaudir a ese obcecado antisistema. Pero ordenó que se editara el disco y se pusiera a la venta a precio módico para que la «genial obra soviética» llegase a todos los hogares del país.

Por insólito que parezca, tampoco los musicólogos ilustres, expulsados de sus puestos por razones espúreas, percibieron el macabro significado de la obra (quizá no todos la conocían; uno de ellos, en sus memorias publicadas ¡cincuenta años más tarde!, afirma que él sí adivinó lo que ocultaba). Solo un viejo profesor del conservatorio, maestro y amigo de Shostakóvich, que había leído la partitura meses antes del estreno, comprendió acongojado el verdadero sentido de la sinfonía. Y, en el entorno de Stalin, solo Alexandr Fadéiev, uno de los grandes escritores soviéticos, apasionado por la música, que había dejado la pluma por el servicio al *vozhd* –fue, durante décadas, secretario de la Unión de Escritores– y por su desmedida afición al alcohol, descubrió espantado la lúgubre ficción. En su diario secreto, publicado en 1957, un año después de su suicidio, aparecen sus notas sobre la Quinta Sinfonía: la ve no como una expresión de triunfo sino como un lamento, una protesta, una queja infinita al culpable de tanta desgracia; el regocijo es ficticio –lo mismo dedujo Stalin–, ya que el alegre final es, para Fadéiev, «una tragedia irreparable».

La Séptima Sinfonía

A finales de 1939, con motivo del sexagésimo cumpleaños del *vozhd*, se convocaron por primera vez los Premios Stalin para creaciones relevantes en arte, ciencia y literatura. Podían presentarse las obras que hubieran sido publicadas en los últimos cinco años o lo fueran en 1940. Para sorpresa de todos, Shostakóvich recibió nada menos que tres premios de primera clase: por su música para una popular trilogía de filmes completada en 1938; por la partitura para *El gran ciudadano* y por su Quinteto para Piano, que había terminado poco antes del cierre de la convocatoria. El solemne anuncio del resultado del certamen se realizó el 16 de marzo de 1941, y al día siguiente *Pravda* publicaba la fotografía del compositor destacada, encabezando las de otros galardonados tanto o más célebres que él: Mijaíl Shólojov y Alexéi Tolstói, por su grandes novelas *El Don apacible* y *Pedro I*; y Serguéi Eisenstein, por su filme *Alexandr Nevski*. ¿Qué motivos tenía Stalin para ensalzarle de ese modo? Estaban claros en el caso de los filmes: también sus directores habían recibido premios de primera clase. El Quinteto, en cambio, competía con obras extraordinarias, entre ellas la gran ópera *Semión Kotko*, una de las más logradas creaciones de Prokófiev. Los designios de los dioses son inescrutables, pero se puede aventurar que el taimado déspota, consciente de que la guerra con Alemania era inevitable a corto plazo, quiso asegurarse la adhesión del insumiso y recalcitrante artista durante el conflicto: a efectos propagandísticos, su papel no tendría precio, dada su gran popularidad dentro y fuera de la Unión Soviética.

Shostakóvich no necesitaba de tales estímulos para demostrar su patriotismo. Se enteró del comienzo de la guerra en el conservatorio de Leningrado, donde se encontraba, pese a ser domingo, examinando a algunos alumnos en la última prueba del curso. Aquel mismo día se alistó como voluntario, pero, debido a su miopía, fue

enviado al servicio contraincendios. Su imagen con el casco dorado de bombero, ampliamente difundida en el extranjero, ocupó la codiciada portada de la revista *Time*, distinción excepcional no concedida hasta entonces a ningún compositor. Quiso compartir la suerte de sus paisanos y se negó a ser evacuado; pero, por orden personal de Stalin, Shostakóvich y su familia partieron en avión militar para Moscú. A poco de su llegada, se decretó el estado de excepción, y el cuerpo diplomático, los organismos del Partido y del Estado, los más conspicuos representantes del mundo cultural fueron trasladados a Kúibishev, a orillas del Volga. La ciudad estaba atestada, y los Shostakóvich recibieron una sola habitación –donde se había instalado un piano de cola– en un piso comunal. Allí, entre el alboroto de sus críos y las trifulcas de los vecinos, terminó en un par de meses su más célebre composición, cuyos tres primeros movimientos había escrito antes de salir de Leningrado.

El apoteósico estreno de la Séptima Sinfonía («Leningrado») tuvo lugar en Kúibishev, en marzo de 1942, interpretada por la orquesta del Bolshói, también evacuada a la ciudad; y un mes después Shostakóvich recibía otro Premio Stalin de primera clase. La partitura llegó a los aliados tras un largo recorrido: en avión hasta Teherán; en coche hasta El Cairo y, de nuevo en avión, a través de África, hasta Londres; y, de allí, hasta Nueva York, donde fue estrenada a mediados de julio (un mes más tarde que en el Royal Albert Hall de Londres). Dirigida por el viejo Toscanini, transmitida en directo por Radio City, escuchada por millones de americanos, la obra causó gran sensación y fue interpretada cientos de veces de extremo a extremo del país. Y Stalin tomó una de sus tremendas decisiones: la Séptima, dedicada por su autor «a la ciudad de Leningrado», debía ser estrenada en ella a cualquier precio. Viejos músicos no aptos para el frente, que apenas se tenían en pie, sacaron fuerzas de flaqueza para ensayar la fúnebre sinfonía –calificada por el propio Stalin de sepulcral– y para interpretarla en la reple-

ta Gran Sala de la Filarmónica el 9 de agosto de 1942. Transmitida en directo por Radio Leningrado, con grandes altavoces dirigidos hacia las líneas alemanas –sobre las que se habían lanzado tres mil obuses en los momentos previos al concierto–, la audición fue un acontecimiento inolvidable para los sitiados y tuvo enorme repercusión en el extranjero.

Shostakóvich regresó a Moscú y fue nombrado profesor del conservatorio; y en noviembre de 1943 estrenó en el Bolshói su Octava Sinfonía, aplaudida masivamente aún más que la anterior. Al final del año casi dos mil emisoras estadounidenses la habían transmitido, y la CBS pagó una fortuna al gobierno soviético por radiarla en primer lugar. Pero la sinfonía enmascaraba de nuevo la desdicha, si bien lo hacía por elevación: todo el orbe, herido mortalmente, se encaminaba sin remedio hacia su trágico fin. Stalin rara vez se engañaba en temas musicales y comprendió a la perfección el apocalíptico mensaje, pero pasó por alto que la destrucción del mundo entero entrañaba la del *paraíso* soviético y dejó que la Octava, lo mismo que la Quinta, siguiese su curso triunfal. Eso sí, la excluyó abruptamente de los Premios Stalin de aquel año.*

El himno nacional

Después de la batalla de Kursk (julio de 1943), que cambió definitivamente a favor de los soviéticos el curso de la guerra, Stalin de-

* Concentrado en la guerra, Stalin no tenía tiempo para dedicarse a los premios que llevaban su nombre y suspendió la convocatoria los tres últimos años de la contienda. En 1946 se otorgaron los correspondientes a 1943, 1944 y 1945. Shostakóvich solo recibió un premio de segunda clase por su *Trío para Piano*, una obra angustiosa, exasperada, indescifrable, que al parecer gustó a Stalin, aunque le dejó perplejo. Prokófiev, en cambio, recibió tres Premios de primera clase por sus obras de aquellos años: Quinta Sinfonía, *ballet Cenicienta* y banda sonora del filme de Eisenstein *Iván el Terrible;* se había ganado el aprecio del *vozhd* por sus preciosas melodías, muy populares entre los soldados.

cidió que el país necesitaba un himno propio y apoteósico. *La Internacional* le parecía inadecuada por diferentes razones: es un canto revolucionario y no casaba, por tanto, con la imagen de mesura adoptada por la URSS en aquel tiempo (incluso la Comintern, la Internacional Comunista, había sido disuelta); es un himno de origen francés, y Stalin, gran conocedor de la Revolución francesa y de la gesta de la Comuna, sentía entonces un desprecio infinito por un pueblo aburguesado que había rendido las armas en cuarenta días sin apenas oponer resistencia a la embestida nazi. Pero, sobre todo, no le convenía la letra: la afirmación de que las masas no necesitan ningún dios ni ningún héroe para liberarse negaba su papel histórico como guía irreemplazable.

Dos de los cinco primeros mariscales del Ejército Rojo (Voroshílov y Budioni), secuaces de Stalin desde la guerra civil, habían sido relegados a puestos irrelevantes en la retaguardia por su incapacidad manifiesta para dirigir grandes unidades en combate: en el momento culminante de la lucha con Alemania, ninguno de los dos tenía gran cosa que hacer. Voroshílov gustaba de las canciones populares y cantaba muy bien; y Stalin le nombró presidente de la comisión creada ex profeso para elegir el nuevo himno. Numerosos escritores, poetas, compositores –entre ellos Prokófiev, Shostakóvich y Jachaturian– participaron en la competición. Todos estaban convencidos de que triunfar en ella supondría, además del beneficio económico, una garantía vitalicia de impunidad: el autor del himno nacional sería intocable.

La selección final llegó a manos de Stalin en otoño y este eligió un poema escrito por el ruso Serguéi Mijalkov y el armenio Gabriil Ureklián. Les llamó por teléfono para felicitarlos; les dijo que quería hacer algunos cambios y les asignó un despacho en el Kremlin para seguir de cerca su trabajo. La letra definitiva no mencionaba al Partido, pero sí ensalzaba a sus dos míticos dirigentes:

> El gran Lenin nos ha iluminado el camino del porvenir y Stalin, el elegido del pueblo, nos ha educado en la fidelidad a su legado. [...] Stalin nos ha enseñado a tener fe en el pueblo, en el trabajo, en los grandes hechos; él nos ha inspirado.

Satisfecho al fin con el texto, pidió que los compositores le pusieran música. Y, tras una nueva selección, eligió los cuatros himnos que más le gustaban: los escritos por Alexándrov, director de los Coros del Ejército Rojo, el georgiano Iona Tuskiya, Shostakóvich y Jachaturian. Este había hecho un esfuerzo inaudito, poco habitual en él: había enviado nada menos que siete himnos, entre ellos el preferido por Stalin, a quien también había encantado el presentado por Shostakóvich. Y, con la clara intención de otorgar el triunfo a los dos compositores, el *vozhd* tomó una peregrina decisión: les pidió que, además de mejorar sus respectivos himnos, hicieran mano a mano una nueva versión.

Ambos vivían en el mismo edificio y eran grandes amigos, pero muy diferentes en temperamento, estilo y modo de trabajo. Jachaturian, inconstante y perezoso, antes de decidirse a trabajar comía y bebía con avidez y hablaba por los codos de lo divino y humano. Shostakóvich, por el contrario, trabajaba intensamente en cualquier sitio, en una habitación ruidosa, en la esquina de una mesa llena de platos. Como a Jachaturian no le gustaba moverse, él subía a su apartamento, pero no escribían ni una simple nota: discutían las últimas noticias mientras tomaban unas copas y solían terminar borrachos. Shostakóvich, por cierto, sostiene seriamente que la afición al alcohol no disminuye el talento y que él mismo no es la excepción a la regla en la escuela musical rusa.

En una ocasión, tras varias horas comiendo, bebiendo y charlando de todo menos de la tarea encomendada, Shostakóvich se quedó dormido como un tronco mientras su amigo se mantenía milagrosamente lúcido y se enfrascaba en el trabajo. Otro día, Jacha-

turian telefoneó lleno de entusiasmo: se sentía inspirado y dispuesto a trabajar, convencido de que, aquella tarde, entre los dos compondrían un himno grandioso. Cuando Shostakóvich acudió a la cita, encontró a Jachaturian deprimido y melancólico, incapaz de coger la pluma porque decía que su genio y su juventud se habían acabado. Para consolarle, bebieron un poco, y al llegar la noche, Shostakóvich, una vez más, regresó ebrio a su apartamento sin haber escrito nada.

Por fin lograron reescribir sus propios himnos y escoger lo mejor de cada uno para la nueva versión. Esta, junto con los cuatro himnos previamente seleccionados, pasó a las audiciones finales, que tuvieron lugar en el Bolshói, en presencia de Stalin. Voroshílov, el secretario de la Unión de Compositores y varios miembros del Politburó le acompañaban en el palco. Jachaturian y Shostakóvich se sentaron con sus mujeres en el vacío patio de butacas. Cada himno se interpretó tres veces: cantado por los Coros del Ejército Rojo dirigidos por Alexándrov, uno de los concursantes; interpretado, sin letra, por la orquesta del teatro y, por último, conjuntamente, por la orquesta, los coros y un solista. Se interpretaron también, con objeto de compararlos, *La Internacional, La Marsellesa,* el británico *Dios salve al rey* y, sorprendentemente, el *Dios salve al zar* del tiempo de Nicolás I. Cuando todo terminó, los dos compositores fueron llamados a la antecámara del palco presidencial, donde, por primera vez, se encontraron frente a frente con Stalin. Este declaró su preferencia por el himno creado entre ambos, aunque creía necesario mejorar el estribillo, que le parecía poco pegadizo. Preguntó cuánto tiempo necesitarían para hacerlo, y Shostakóvich, espontáneamente, contestó que cinco horas. Stalin montó en cólera, indignado: la respuesta del compositor no era seria; se trataba de un asunto de Estado, nada menos que del himno nacional al que se había dedicado tanto tiempo; debería ser revisado siete veces si fuera necesario, y Shostakóvich

pretendía hacerlo en cinco horas; un hombre tan frívolo no podía ser autor del himno soviético...

La elección recayó finalmente en la composición de Alexándrov,* y el enfado de Stalin no tuvo, por fortuna, mayores consecuencias. Los dos amigos siguieron bebiendo juntos, y Jachaturian, desesperado, anegado en lágrimas, repetía noche tras noche: «¿Por qué, por qué le dijiste cinco horas?».

* * *

Tras la derrota de Alemania, se desencadenó un incontenible aluvión de alabanzas al líder victorioso. La Unión de Compositores, seguramente por indicación del propio Stalin, pidió a Shostakóvich una sinfonía triunfal para gran orquesta, con coro y solistas que cantasen la gloria del momento. Como la mayoría de los genios, el compositor era un insensato: prometió una apoteosis y escribió una pieza banal, de veinte minutos de duración, sin canto alguno; un auténtico ultraje. Todo el mundo quedó espantado, pero Stalin, una vez más, se guardó la respuesta para el momento oportuno: la Novena Sinfonía, radiada en directo desde el Bolshói, se estrenó a los pocos meses del final de la guerra; y Shostakóvich era entonces intocable por ser el artista soviético más conocido en el extranjero, un verdadero icono en Norteamérica. En vez de ser castigado recibió un gran apartamento de seis habitaciones en Moscú, una espléndida dacha en las afueras utilizable en invierno y varios miles de ru-

* El himno se emitió por la radio, por primera vez, el 1 de enero de 1944 y continúa en vigor tras sucesivos cambios en la letra, todos ellos realizados por el longevo Mijalkov. Jruschov eliminó las referencias a Stalin; Brézhnev no tocó la nueva versión; Yeltsin sustituyó el himno soviético por *Gloria a la Patria* de Glinka, y Putin lo repuso conservando la música de Alexándrov y manteniendo, en lo esencial, la letra primigenia. Serguéi Mijalkov, padre del cineasta Nikita Mijalkov, autor de *Ojos negros*, *Quemados por el sol* y otras conocidas películas, murió centenario en 2009.

blos para muebles. ¿Se atrevería a rechazarlos? Stalin bien sabía que no: como sabía que el engreído compositor se vería obligado –es lo que hizo, por supuesto– a darle las gracias por sus dádivas.

El juego terminó en cuanto empezó la guerra fría. El genio rebelde, hasta entonces soportado por su labor de propaganda, ya no era necesario. Y en febrero de 1948 *Pravda* publicó una resolución del Comité Central criticando la ópera de Muradeli, *La gran amistad*, y condenando de paso a otros seis compositores formalistas, antidemocráticos, que creaban obras ajenas al pueblo y a sus gustos artísticos; en la lista, encabezada por Shostakóvich, también figuraban Prokófiev y Jachaturian. Todos ellos perdieron sus puestos, y sus obras en cartel desaparecieron de los teatros. Shostakóvich fue expulsado de los conservatorios de Moscú y Leningrado con un injurioso pretexto: «por falta de cualificación para ser profesor». Conservó sus viviendas, pero quedó sin recurso alguno: tuvo que acudir a los amigos para sostener a su familia. Cayó en una profunda depresión, destruyó su correspondencia y preparó un maletín con sus cosas convencido de que sería arrestado. Malvivió de ese modo todo un año. Y, de repente, a comienzos de 1949 la Unión de Compositores le comunicó que había sido elegido para formar parte de la delegación soviética al Congreso Cultural y Científico por la Paz Mundial, que tendría lugar en Nueva York en primavera.

Se negó en redondo: si era un formalista «enemigo del pueblo», ¿cómo iba a representarlo? Mólotov, ministro de Asuntos Exteriores, le citó en su despacho, y volvió a negarse: estaba seriamente enfermo, agotado y, además, tenía pavor a los aviones. Y el 16 de marzo recibió, por primera y última vez en su vida, una llamada de Stalin, quien le preguntó afablemente:

–¿Qué le pasa?, ¿por qué no quiere ir a América?

Shostakóvich le contestó que no le entraba en la cabeza ya que sus obras y las de sus colegas estaban prohibidas en la Unión Soviética desde hacía más de un año.

–¿Qué dice? ¿Que no se interpretan? ¿Quién las ha prohibido?

El compositor le explicó –como si su interlocutor no lo supiera– que la orden había salido del Glavepertkom (la censura). Stalin simuló estar indignado y cambió de tema:

–¿Cómo va su salud?

–Tengo muchas náuseas, todo me da asco –contestó inconscientemente Shostakóvich.

–¿Náuseas? ¿De qué? Le enviaremos un equipo médico para ver qué le sucede.

Y el gran actor –sobresaliente epígono de Stanislavski– le deseó una rápida mejoría y colgó como si tal cosa. Fue el primer acto de una comedia que continuó al día siguiente. De mañana, llegaron a casa de Shostakóvich los mejores especialistas en aparato digestivo del hospital reservado a los altos dirigentes (raros eran, por cierto, los jerarcas que no padecían del estómago en tiempos de Stalin). Los análisis revelaron que tenía gastritis crónica y anemia –comía poco, fumaba demasiado, bebía como un cosaco–, pero los médicos dictaminaron que ello no le impedía volar a Nueva York, cosa que, en cualquier caso, el *vozhd* había decidido de antemano. Stalin, no obstante, quiso dar a Shostakóvich una prueba de que los censores habían actuado sin su consentimiento. Aquel mismo día, *Pravda* publicaba una breve disposición del Consejo de Ministros (¿cuándo se reunió?, ¿lo hizo ex profeso esa misma noche, tras la llamada a Shostakóvich?; el *vozhd* no perdía el tiempo en menudencias):

> Se considera ilegal la Orden número 17 del Comité para las Artes del Glavepertkom [...] por la cual se prohíbe la interpretación de varias obras de compositores soviéticos, [...] y se lo amonesta por emitir órdenes ilegales. El Presidente del Consejo de Ministros de la URSS, J. Stalin.

Shostakóvich, naturalmente, viajó a América* en compañía de escritores y cineastas que, como él, habían recibido en alguna ocasión el Premio Stalin. El Congreso se celebró en el hotel Waldorf, y el compositor interpretó al piano el scherzo de su Quinta Sinfonía ante treinta mil personas que abarrotaban el Madison Square Garden. Stalin obtuvo lo que quería: en plena guerra fría, la Unión Soviética se mostraba ante el mundo como combatiente por la Paz Mundial. Y no volvió a meterse con el martirizado compositor, que recibió varios premios Stalin más –cuatro de ellos por bandas sonoras– en los últimos años del *vozhd*. En 1963, una década después de la muerte de Stalin, Jruschov autorizó la puesta en escena de *Lady Macbeth* –rebautizada *Katerina Ismailova*– una vez que el compositor la adecentase. Shostakóvich recordaba que el público se reía cuando el zafio amante de la asesina soltaba palabrotas, y las eliminó completamente para evitar que el patetismo de la obra se quebrara; y además suprimió la gran cama y la escena sexual. Murió en agosto de 1975, a poco de ver también repuesta, tras casi medio siglo, su primera ópera, *La Nariz*.

* * *

Se ha dicho que Stalin protegía al compositor porque le tenía por un orate, un santo loco de Dios. Nada más lejos de la verdad. Shostakóvich carecía de la virtud esencial del *yuródivi*: el estoicismo. Siempre tuvo miedo, hasta el final de su vida. Vivió atormentado por el temor permanente a ser arrestado, a terminar sus días en un campo de concentración o con una bala en la nuca. Lo mismo que Bulgákov, se despertaba sobresaltado por el terror, creyendo oír los violentos timbrazos de la policía, sumido en un espanto insoportable. A los *yuródivie* no les preocupaba en absoluto su suerte: sufrían

* No había salido del país desde su viaje a Varsovia en 1927.

por las penas de los demás. Ajmátova y María Yudina sí lo fueron: permanecieron firmes, impávidas, indiferentes a su destino. Como lo fue Platónov, que dejaba abierta la puerta de su apartamento para que los esperados chequistas entrasen sin sobresaltar a los vecinos. Stalin admiraba a las primeras por la grandeza de su arte y preservó siempre a los tres porque eran verdaderos «santos» dispuestos al martirio. Shostakóvich, rebelde y obstinado como un niño, inconsciente en ocasiones, vivió siempre asustado, angustiado por la amenaza latente que pendía sobre su cabeza. ¿Le admiraba realmente Stalin? No está claro. Le salvó forzado por las circunstancias: porque le fue útil, por su renombre internacional.

Capítulo 10

La pintura

A finales del siglo XIX aparecieron en Rusia los *peredvijniki* (Los Ambulantes) pintores contrarios a la exquisitez de la Academia de las Artes y que exponían sus obras en los lugares más remotos del Imperio –gastando en ello lo que no tenían– con objeto de acercar el arte al pueblo. Sostenían que el artista debía representar fielmente la vida –el sufrimiento de los oprimidos, la corrupción y los abusos de los poderosos– sin someter la realidad a sus puntos de vista subjetivos. Entre los representantes de esta corriente se hallaban dos de los más grandes pintores rusos, Vasili Súrikov (1848-1910) y Iliá Repin (1844-1930), uno y otro muy admirados por Stalin como augures de su propia obra: el realismo soviético.*

Los Ambulantes decayeron a comienzos del siglo XX, derrotados por quienes sustentaban justamente lo contrario: los artistas –Vrúbel entre ellos– pioneros de la vanguardia rusa, que enarbolaban la bandera del arte por el arte y negaban, como grotesca, la supremacía de la vida sobre la imaginación creadora. Tras el triunfo bolchevique, los miembros de la vanguardia, aún divididos en diversas fa-

* Las obras de Súrikov *La mañana de la ejecución de los streltsi* (1881) y *Morozova, la esposa del boyardo* (1884) –hierática camino del destierro–, y la de Repin *Los sirgadores del Volga* (1873) fueron consideradas en tiempos de Stalin como precursoras del realismo socialista. Este, según Iván Gronski, director de *Izvestia*, «es Rubens, Rembrandt y Repin puestos al servicio de la clase trabajadora».

milias (futuristas, suprematistas, constructivistas), que tenían el propósito común de liberarse de la influencia occidental, se unieron mayoritariamente a la Revolución de Octubre por considerar que entre esta y su movimiento existía un vínculo evidente. Malévich declaró que «el cubismo y el futurismo han sido en el campo de las artes las formas revolucionarias que han anunciado la revolución económica y política de 1917». Y Vladímir Tatlin, máximo exponente de los constructivistas, afirmó: «Lo que en el terreno social ha acaecido en 1917 ya se había afirmado en el campo de las artes». En cualquier caso, los miembros de la vanguardia veían en la Revolución la ruptura total con el pasado, el punto cero del porvenir.

Pero gran parte de los futuristas perdieron literalmente la cabeza. Empeñados en mirar solo hacia lo venidero, preconizaban ni más ni menos que se destruyera todo lo antiguo. Hablaban de sepultar a Pushkin, de «arrojarlo del barco del ahora». Y clamaban enloquecidos: «En nombre de nuestro mañana quememos a Rafael, pisoteemos las flores del arte del pasado». Lunacharski, primer comisario de Educación, había declarado en 1918 que el nuevo régimen respetaría plenamente la libertad del artista, y Lenin, en consecuencia, se vio obligado a refrenar su indignación. Según propia confesión, no entendía mucho de arte,* pero dejó clara su postura: «Es una estupidez venerar lo nuevo por el simple hecho de serlo». Stalin, en cambio, replicó sin contemplaciones: las propuestas de los futuristas eran una incitación a destruir bienes del Estado; el Partido interpretaba esa llamada como expresión de la mala fe de un grupo de artistas liquidadores, desviacionistas de izquierda, trotskistas; sería un crimen execrable destruir las obras de Rafael o de cualquiera de los grandes clásicos, todas ellas imprescindibles para incul-

* Lenin dijo a Clara Zetkin, comunista alemana: «Soy incapaz de considerar las obras del expresionismo, el futurismo, el cubismo y cualquier otro ismo como la mayor manifestación artística. No las entiendo».

car el sentido de la armonía a los fervorosos creadores del futuro. Y Stalin terminaba con un toque sardónico: en último caso, si fuera necesario, los cuadros de Rafael podrían venderse en el extranjero por ingentes sumas de dinero. El resultado fue la desaparición –física en más de un caso– de los futuristas. Con Tatlin al frente, ganaron la guerra de las vanguardias los constructivistas, que se definían como artistas-ingenieros y proclamaban la «muerte del arte» como medio de conocimiento. De ellos copió Stalin su célebre sentencia: «Los escritores son ingenieros de las almas humanas».

Tatlin (pintor, escultor, arquitecto) fue uno de los primeros artistas que trabajaron para el poder soviético y no perdió nunca el favor de Stalin (murieron, por cierto, el mismo año), con quien compartía la pasión por la música: cantaba muy bien acompañado de su propia bandurria. Entre los diversos departamentos del Comisariado de Educación, se encontraba el de Bellas Artes, que a su vez contaba con colegios artísticos en las ciudades importantes. Lunacharski nombró director del Colegio de Moscú a Tatlin, a quien se unieron, entre otros, Malévich, Ródchenko, incluso Kandinski cuando regresó del exilio (aunque pronto emigró de nuevo). El trabajo realizado para despertar en el pueblo el interés por las bellas artes fue inmenso: entre otras iniciativas, se crearon museos modernos destinados al «arte vivo», llamados Museos de Cultura Artística; y se produjeron cientos de carteles con alto contenido didáctico. Tatlin coincidía también con Stalin en el profundo conocimiento de la historia y del folclore del país. Se negaba a realizar decorados, alegando ignorancia, para piezas teatrales no basadas en la historia rusa o en leyendas y costumbres populares. El *vozhd* le felicitó personalmente por el diseño del vestuario –«acorde plenamente con el tiempo en que la acción se desarrolla»– para una de sus obras preferidas: *Una vida por el zar,* retitulada *Iván Susanin.*

Aunque sostenían en general a los bolcheviques, las vanguardias pecaban de orgullo intelectual. Se consideraban muy superiores

a los dirigentes culturales del Partido y aspiraban a encabezar el movimiento estético del país; incluso alguna de sus múltiples corrientes preconizaba que la organización política debía someterse a su criterio. Pero Stalin tenía su propio proyecto y, para ponerlo en marcha, barrió de un plumazo, en abril de 1932, todos los grupos artísticos. Escritores, compositores, arquitectos, cineastas, «todos los trabajadores creadores soviéticos» debían reagruparse en uniones estatales, según su respectiva actividad. La medida se justificaba por la necesidad de poner fin a la lucha fraccional en el frente del arte y la cultura; y, curiosamente, fue bien acogida por las vanguardias –no así por los escritores–, conscientes de que alguien debía marcar el rumbo y terminar con tanta inútil controversia. En realidad, la disposición unificadora tenía como objeto someter a los creadores a las consignas del Partido, es decir, al propio Stalin, que sabía perfectamente lo que quería: educar estéticamente al pueblo conforme a los ideales revolucionarios. Ese adoctrinamiento de las masas, llevado a cabo de un modo genial, en gran parte a través de la pintura, fue uno de sus más fascinantes logros.

El realismo socialista,* definido como «representación veraz de la realidad (en su transformación gracias a los bolcheviques) [...] nacional en la forma y socialista por el contenido», pasó a ser obligatorio para todo el arte soviético. En las diversas declaraciones programáticas sobre el nuevo paradigma se declaraba el arte no figurativo como decadente e inútil, y se afirmaba el valor de la herencia clásica:

> Nos apropiamos críticamente del legado cultural de todos los pueblos, de todas las épocas, para extraer de él todo aquello que

* La expresión *realismo socialista,* como rasgo característico, y canon estético, de la literatura y el arte soviéticos, fue concebida personalmente por Stalin tras rechazar otras denominaciones sugeridas por los propios creadores: arte proletario, arte comunista, realismo monumental...

> pueda inspirar a los trabajadores de la sociedad soviética, con el ejemplo de los magnos hechos del pasado, a realizar grandes gestas en el trabajo, la ciencia y la cultura.

Todo el arte, y la pintura en particular, fue utilizado como un arma de propaganda fácilmente inteligible por el pueblo, al que se mostraban, de modo realista, la grandeza del país y de sus gentes, los logros e ideales de la Revolución, la vida cotidiana, los sueños que cumplir, la confianza en el futuro. Stalin tomó de los manifiestos de la vanguardia lo que concordaba con su proyecto –que el obrero amase la máquina; el campesino, el tractor; el ferroviario, la locomotora– pero rechazó toda concesión al arte abstracto. Decía de Malévich lo mismo que de Pasternak: que estaba en las nubes, como parecen estarlo los jinetes bolcheviques en su cuadro *Caballería Roja al ataque*. Las obras del fundador del suprematismo desaparecieron de los museos y él terminó sus días en la miseria y el olvido (murió en Leningrado en 1935).

Los soviéticos habían erradicado el analfabetismo y edificado escuelas, universidades, teatros, conservatorios; y habían sabido despertar en el pueblo la pasión por el saber y el amor al arte y a la lectura. Y, en 1932, la colectivización forzosa –la modernización violenta del campo– había concluido, y el Primer Plan Quinquenal estaba a punto de finalizar con un éxito sin precedentes. Pero Stalin era consciente de que la transformación del país de arriba abajo sería imperfecta sin la creación de un hombre nuevo: un creyente lleno de fe en el «radiante porvenir», un héroe sencillo y honesto entregado al trabajo, orgulloso de su condición por modesta que fuera. Y ese era el objetivo del realismo socialista tal y como se muestra en la pintura. Los héroes no son caudillos, ni siquiera soldados glorificados por sus gestas: son obreros y campesinos, incluso niños –los héroes del futuro– entregados al estudio. El pueblo trabajador es el único protagonista en esos lienzos. Nunca antes la pintura ha-

bía resaltado el esfuerzo rutinario de los humildes en el campo, en la pesca, en el taller. Y, como componente, el paisaje, la naturaleza tan amada por el pueblo ruso: el adorado Volga; el bosque, mágico en invierno; la estepa árida, desnuda y desierta; la belleza del amanecer y del ocaso.

Por insólito que parezca en un hombre sin alma, Stalin desechaba abruptamente, como no realistas, las obras que no la tenían. Apartaba encolerizado a los artistas incapaces de plasmar en sus cuadros el espíritu, las virtudes de las gentes comunes. En la sencilla vida cotidiana, la dignidad, la confianza, la ternura. En los momentos amargos, la resignación y la entereza, maravillosamente reflejadas en la pintura sobre la contienda civil y la guerra mundial, en la que impresionan los rostros de los personajes por su serena aceptación del sufrimiento. Ciertamente, lo mismo en la dicha que en el infortunio, en los rostros de los protagonistas de la pintura estalinista se transparenta su gran calidad humana.

El realismo socialista, que tuvo su máxima expresión en la novela y la pintura (en la obra fascinante de su máxima figura, Alexandr Deineka, y en la de sus múltiples seguidores), se manifestó también, y de modo grandioso, en la escultura. Rara es la ciudad de la antigua Unión Soviética que no conserva, aunque solo sea por su valor artístico, conjuntos escultóricos impresionantes, dedicados generalmente a las gestas del pueblo soviético en la Segunda Guerra Mundial. Asombran asimismo las esculturas del metro: «parecen vivas», exclamó Stalin en la inauguración de una de las estaciones. Y, por citar un solo nombre, Vera Mújina se hizo célebre con *El obrero y la koljosiana*, enorme escultura en metal, realizada en 1937 para el pabellón soviético en la Exposición Internacional de París; y llegó a la perfección con *La guerrillera*, quizás el rostro más fascinante cincelado en aquel tiempo.

Testigos occidentales del fenómeno estalinista, deslumbrados por el fervor colectivo –una verdadera catarsis–, han dejado escrito

que aquellos fueron tiempos irrepetibles de fe, de entrega y de entusiasmo de todo un pueblo. ¿Cómo logró Stalin uniformar las conciencias? Nada fue improvisado. El milagro se produjo por la conjunción de varios factores, algunos de ellos realmente singulares: el ejemplo del propio Stalin; la apelación al quijotismo del pueblo; el sentido religioso del mensaje; el mito del demiurgo para quien nada es imposible. Si Pedro el Grande logró «crispar» a sus vasallos por la violencia, Stalin, tan cruel e implacable como él, consiguió, en cambio, transmitir a la gran masa de la población su propio paroxismo del esfuerzo, su portentosa voluntad transformadora. Conocía bien a su pueblo, soñador y romántico, y retomó como símbolo de la utopía al héroe de Cervantes;* se editaron cientos de miles de ejemplares del *Quijote* en las quince lenguas oficiales de la URSS, y los niños llegaron a creer que el libro narraba la historia de un *bogatir* (un paladín ruso) que andaba por el mundo deshaciendo entuertos.

Respecto a la sacralidad del arte estalinista, claramente perceptible en la pintura, la escultura, las estaciones de metro –que eran inauguradas con sermones de los popes del Partido, como si fueran iglesias–, su remoto origen debe de estar en las vivencias de Stalin en el seminario, ya que fue implantada tomando como paradigma la insuperable maestría de la Iglesia ortodoxa para embrujar a los creyentes. Esa santificación de la vida cotidiana está plenamente justificada, al menos en lo referente a las personas. El nuevo hombre soviético es un héroe, un luchador, y ya se sabe que, en la historia rusa, los héroes que se distinguieron por sus hazañas están en el santoral. Las creaciones del realismo estalinista vienen a componer un relato bíblico, una Historia Sagrada vivida en el presente. Todo lo

* Dostoievski, en *Diario de un escritor*, sostiene por primera vez la tesis del quijotismo de la *intelligentsia* rusa, el mundo de la cultura, y también del pueblo entero. Cervantes, sin duda, tiene más lectores en Rusia que en cualquier otro país; por supuesto, muchos más que en España.

anterior culmina con el mito del demiurgo, de un dios omnipresente para quien todo es alcanzable, de un nuevo Yahvé tan temido como amado. En el realismo socialista subyace la mística del poder, el arcano y la grandeza de su creador. La obra estética de Stalin, tendente a armonizar las conciencias, alcanza el cénit con su propia divinización, asumida con unción por la inmensa mayoría del pueblo.

Por mala fe, por ignorancia, o por ambas cosas a la vez, el realismo socialista ha sido denigrado por la crítica occidental a lo largo de medio siglo. Se ha dicho que carece de valor artístico porque quienes juzgaban las obras eran burócratas poco cualificados, opuestos a cualquier innovación. (Lo que no es cierto: al frente de la cultura soviética se encontraban hombres ilustrados, procedentes de la vanguardia, que habían entendido el realismo socialista como la culminación de sus anhelos.) Se culpaba también a la censura de rechazar por sistema toda obra afín al arte anterior y de perseguir a los creadores disidentes. Se sostenía que el arte soviético significaba una lamentable involución respecto al período vanguardista de los primeros años del siglo; y que la primacía de la ignorancia y los prejuicios ideológicos habían hecho retroceder el arte ruso varias décadas. Incluso un intelectual tan reputado como Isaiah Berlin, probablemente por puro desconocimiento, se atreve a afirmar en su libro *La mentalidad soviética*:

> La pintura rusa nunca ha dado mucho de qué hablar; y la que se expone en la actualidad (1945) parece haber caído por debajo de los estándares más bajos del naturalismo y el impresionismo rusos decimonónicos. [...] Por lo que concierne a la modernidad [...] que floreció durante el primer período soviético, no queda de ella ni rastro.

Solo en los últimos años ochenta aparecieron las primeras respuestas a esas críticas generalizadas, iniciándose así un proceso similar al

que, en la misma época, ponía en tela de juicio lo mantenido hasta entonces sobre la arquitectura estalinista. En primer lugar, se negó rotundamente que los burócratas hubieran tenido papel alguno en la censura: el único censor del arte soviético –en la literatura, el teatro, el cine, la música, la pintura– fue el propio Stalin, a quien Andréi Siniavski,* en su ensayo *La civilización soviética*, califica como «un déspota con aptitudes artísticas poco corrientes», cuyo culto estaba sostenido por el pueblo, «no era impuesto por la fuerza».

Otro historiador de la cultura afirma que Stalin vio en el arte una actividad básica, esencial, no marginal, de la sociedad humana; y que el arte soviético, en su diversidad, era un paradigma, una inspiración para el resto del mundo progresista. En 1987, el *Russian Language Journal* publicó un extenso estudio sobre la función de la voluntad y la pasión en la génesis de la estética estalinista. Y, el mismo año, Borís Groys escribió en Filadelfia *Obra de arte total Stalin*, un análisis minucioso de la estética estalinista y de sus aspectos más destacados: el parentesco entre el realismo socialista y el arte ritual sacro del pasado; la correlación entre el mensaje estalinista, el Antiguo Testamento y las prácticas mágicas ancestrales; la función hipnotizadora, provocadora del amor colectivo, del mito del dios Stalin.

También por aquel tiempo la restauradora española Dolores Tomás descubrió el arte realista y, literalmente cautivada, visitó los museos más importantes de la Unión Soviética, para descubrir asombrada que la pintura que en ellos se exponía era anterior al realismo soviético; de este no había prácticamente nada.** Inició entonces una dura peregrinación, que la llevó a las regiones más lejanas del país, en busca de obras arrinconadas por los autores en los trasteros de

* Célebre disidente soviético, Andréi Siniavski fue condenado, junto con su amigo Yuli Dániel, a siete años de internamiento en los campos y se exilió en Francia tras su liberación.

** Por ventura, se ha rectificado. En la exposición permanente de la Casa Central de los Artistas, filial de la Galería Tetriakov, frente al parque Gorki, varias salas están dedicadas por entero al realismo socialista.

sus casas. Su impresionante colección, que pasa de los cuatro mil cuadros, está considerada por la Academia Súrikov de Moscú como la mejor del mundo en pintura soviética, criterio compartido por expertos del Museo del Prado, la Galería Tetriakov de Moscú y el Hermitage.*

* De esa extraordinaria colección, el cuadro preferido por el autor, por ser una expresión fascinante de la Rusia auténtica y del alma rusa, es *El armonista,* de Oleg Leónov: la estepa desierta y desnuda; dos cabras famélicas; un campesino sentado sobre un tronco, tocando ensimismado el acordeón.

Capítulo 11

El cine

Stalin compartía la opinión de Lenin de que, para los bolcheviques, el teatro y el cine, sobre todo este, eran las artes más importantes por su valor propagandístico. Ya en 1919, el VIII Congreso del Partido, además de decidir que todos los tesoros artísticos quedasen abiertos y accesibles al pueblo trabajador, estableció que el cinema y el teatro, junto a las escuelas para adultos y las universidades del pueblo, eran medios insustituibles para la autoeducación y el desarrollo cultural de obreros y campesinos. En el Comisariado para la Educación, encabezado por el imaginativo Lunacharski, se creó la llamada División del Cine Extramural, cuyo único objeto era llevar el cine por ferrocarril a las aldeas. Los viejos trenes que se le asignaron contaban con varios equipos de proyección, y la población, sentada generalmente en el suelo de vagones destartalados, veía gratis película tras película cuando la jornada de trabajo terminaba. Se pidió a los escritores que sugirieran temas para ese cine educativo, y figuras tan conocidas como Gorki, Andréi Beli y Alexandr Blok acogieron calurosamente la idea: varias de sus propuestas se conservan en los archivos.

En 1917 dos tercios de la población era analfabeta. El papel escaseaba, pero, además, el viejo sistema de que un obrero leyera a sus camaradas los periódicos y panfletos del Partido carecía de sentido por sus obvias limitaciones; la Revolución había triunfado, y su idea-

rio debía ser ampliamente difundido. El cine, por el contrario, llegaba a todas partes: las iglesias, las escuelas, los locales más amplios de las aldeas se utilizaban como salas de exhibición. Gracias a las imágenes, la memoria del pasado, la larga lucha por superarlo, los ideales del nuevo régimen y la atroz intervención extranjera que pretendía derribarlo se fijaban en la conciencia de los espectadores. Cuando el aforo era limitado, se daba prioridad a los más jóvenes, y estos respondían con entusiasmo: se convertían en apóstoles del nuevo credo y, en muchos casos, se incorporaban como voluntarios al Ejército Rojo ocultando su edad.

Stalin, a diferencia de Lenin, sentía verdadera pasión por el séptimo arte. Veía las películas a altas horas de la noche, como relax tras sus agotadoras jornadas. Le encantaban los *westerns*, las historias de gánsteres, los filmes musicales, y veía repetidas veces las cintas extranjeras que más le gustaban: *El gran vals, El viejo Chicago, Misión en Moscú*; las aventuras de Tarzán, que le divertían sobremanera; las películas de Charlie Chaplin exhibidas, por orden suya, en todas las regiones del país.* En cuanto a la cinematografía soviética, Stalin intervenía directamente en la elección de argumentos, revisaba los guiones, sugería cambios, alteraba títulos; supervisaba la música, el vestuario, las canciones; hablaba con actores, guionistas, directores y no escatimaba recursos para la compra en el extranjero de la última tecnología. En 1927 Stalin dictó la consigna del cinema soviético: «Nuestros filmes deben ser cien por cien ideológicamente irreprochables y cien por cien comercialmente rentables». El cine soviético

* Tras terminar la enseñanza primaria en su aldea natal, en Bielorrusia, el incombustible Andréi Gromiko, futuro ministro de Asuntos Exteriores durante más de un cuarto de siglo, ingresó en la escuela de comercio de la cercana ciudad de Gomel, en cuyo parque se proyectaban con frecuencia los filmes de Chaplin. Como ni él ni sus compañeros de internado tenían dinero, veían extasiados las películas a través de las rendijas de la valla. Gromiko conoció a su adorado Chaplin en Nueva York durante la guerra, poco después de ser nombrado, con tan solo treinta y cuatro años, embajador soviético en Estados Unidos.

debía ser altamente lucrativo, ya que solo sería un perfecto instrumento de educación comunista si era acogido por la audiencia con placer. Los conceptos «ideológicamente irreprochables» y «comercialmente rentables» no eran categorías antagónicas sino complementarias entre sí.

Desde el inicio del Primer Plan Quinquenal (1928), las películas se dedicaban prioritariamente a temas contemporáneos: la vida de trabajadores y campesinos; los retos de la industrialización; la lucha contra los enemigos del régimen; la fe entusiasta en el futuro; la solidaridad como soporte esencial de las conquistas colectivas; las hazañas individuales. Dos de las cintas realizadas en aquel tiempo, ambas del mismo director, Alexandr Dovzhenko, tuvieron gran éxito incluso en el extranjero y eran muy apreciadas por Stalin: *Arsenal* (1929), dedicada a la lucha de los trabajadores de la mayor empresa industrial de Kiev contra los nacionalistas ucranianos, y *Tierra* (1930), el primer largometraje sobre la colectivización y uno de los más emotivos filmes del cine mudo.

Sin embargo, la pluralidad estética, no solo en el cine, característica del primer decenio bolchevique, daba lugar a obras ambiguas, de dudosa fidelidad a las consignas. Y Stalin, en abril de 1932, disolvió de un plumazo las diversas organizaciones existentes para agrupar a todos los artistas, según su especialidad, en uniones fuertemente controladas por el Estado. A partir de ese momento, el presidente de la Unión de Cineastas, un dócil agente del poder, no permitía la exhibición de un filme sin la previa autorización del Kremlin. Stalin se convirtió así prácticamente en el único censor de la cinematografía soviética: pedía con frecuencia los guiones y veía todas las películas antes de que llegaran al público. Los directores, obviamente, se adaptaban a sus gustos e incluso intuían sus deseos. En uno de los guiones aprobados por Stalin apareció una singular insinuación. Se describía el unánime entusiasmo de un colectivo de trabajadores y dirigentes dispuestos a todo sacrificio con

tal de alcanzar las metas que el Plan Quinquenal les imponía; y Stalin, con su lápiz rojo, puso una nota marginal: «¿Y Judas?». Desde entonces, en todas las películas encomiásticas aparecía un personaje fácilmente reconocible por el pueblo: el traidor. Acababa de abrirse un sonado proceso contra varios directivos, presuntos culpables de daños intencionados en la industria,y Stalin, obsesionado como siempre por la amenaza de espías y saboteadores, repetía que las conquistas de la Revolución exacerbaban la lucha de clases y que, por tanto, era imprescindible extremar la vigilancia para descubrir a los traidores.

Los contenidos cambiaron a partir de la llegada de Hitler al poder. Ante la amenaza nazi, Stalin exigió a los cineastas que tratasen temas relacionados con la defensa del país: era necesario fomentar el patriotismo y el espíritu de resistencia. Las pantallas debían mostrar tanto las legendarias hazañas de los grandes héroes del pasado como las no menos épicas de los indomables bolcheviques en las jornadas revolucionarias y en la cruenta guerra civil. Sobre esta última, y más concretamente sobre un personaje real –un jefe militar adorado por sus hombres–, apareció *Chapáev* (1934), basada en la novela homónima de Dmitri Fúrmanov, un canto a la unión indisoluble entre el pueblo y el Ejército Rojo, realizado a la manera de un *western*. El filme entusiasmó a Stalin hasta tal punto que escribió de su puño y letra un editorial encomiástico, «*Chapáev* será visto por todo el país», publicado en la primera página de *Pravda* poco después del estreno. Respecto a la memoria del pasado, Stalin se mostró encantado con las cintas dedicadas a dos de sus más admiradas figuras históricas: *Pedro el Grande* (1937-1938) y *Suvórov* (1940), el gran general de Catalina II. Pero tenía predilección por *Alexandr Nevski* (1938), dedicada a la victoria sobre los Caballeros Teutónicos en el siglo XIII. «Nuestro tema es el patriotismo», había dicho Eisenstein antes de empezarla, y Stalin, que nunca olvidó la frase y siempre protegió a su autor, escribió personalmente las palabras fi-

nales del filme: «Y si alguien viene a nosotros con una espada, por la espada morirá. Tales son los cimientos de la tierra rusa».

Tras el final de las purgas se produjo un curioso fenómeno: en los filmes desaparece el traidor sustituido por el espía. Stalin debió de pensar que había terminado con todos los enemigos internos y que era necesario desenmascarar a los topos, los agentes del exterior. En los cuarenta filmes dedicados a la vida contemporánea en 1940, en vísperas del ataque alemán, se repite el hecho: no hay traidores, solo espías. Por cierto, se conserva una carta de Stalin a Shumiaski, presidente de la Unión de Cineastas, sobre el guión de *Un gran ciudadano*, de Friedich Ermler, dedicado a la lucha del pueblo, la clase trabajadora y el Partido contra los enemigos del sistema socialista. El protagonista, líder bolchevique, es asesinado y los culpables comparecen en juicio, en una escena cuya intención es justificar la reciente purga del Partido. Stalin, que había revisado el guión cuidadosamente –hasta tal punto que puede ser considerado coautor del mismo– escribe: «He leído el guión del camarada Ermler. Estoy de acuerdo en que es políticamente útil y en que tiene virtudes literarias innegables, pero veo en él varios errores». En el guión se dibujaba a los acusados como más viejos físicamente que los miembros del Comité Central, como si estuvieran aplastados, y Stalin, que siempre quiso evitar las sospechas de tortura, afirmaba que esa imagen no correspondía a la verdad, que «la realidad nos da exactamente la pintura opuesta»: debían aparecer jóvenes y llenos de vigor. Subrayaba también que «las referencias a Stalin deben ser excluidas» y terminaba dando instrucciones sobre cómo presentar las luchas internas del Partido.

En los primeros tiempos, sobre todo durante la guerra civil, la escasez de película dificultaba enormemente el trabajo de los cineastas. Y uno de los más creativos directores, Lev Kuleshov, considerado el padre de la cinematografía soviética –célebre por su filme *Las extraordinarias aventuras de Mr. West en el país de los bolcheviques* (1924),

una de las primeras comedias soviéticas–, tuvo la idea de utilizar recortes y restos de viejas cintas para completar las nuevas. Por primera vez en la historia, y con años de anticipación sobre Occidente, el montaje entró en el cine. El experimento no gustó nada a Lenin, más riguroso, menos conocedor del alma humana que Stalin. A este, por el contrario, le divirtió enormemente aquel montaje alucinante, que cambiaba personajes a capricho, saltaba de un tema a otro y ligaba secuencias inacabadas con otras muy diferentes: sería un extraordinario estímulo para la imaginación –ya de por sí fértil en los eslavos– de los espectadores, que salvarían las lagunas del argumento con sus propias fabulaciones. Además, la carencia de celuloide excluía su utilización en pruebas, y ello acostumbró a los cineastas a plasmar en múltiples bocetos sus ideas: veinte años después de su primera película, cuando hacía tiempo que se disponía de material sin limitación alguna, Eisenstein seguía llenando cuadernos con sus ilustrativos esquemas y diseños. Por otra parte, en su afán de competir con Hollywood, Stalin decidió que los mejores fotógrafos del país colaborasen con los cineastas. El gran Alexandr Ródchenko (pintor, escultor, diseñador gráfico, pionero del fotomontaje, antecesor de Malévich en la dirección del Museo de Cultura Artística de Moscú) trabajó con Eisenstein y otros directores, que le acogieron entusiasmados con los brazos abiertos.

Stalin admiraba enormemente a Walt Disney y, en cierta ocasión, reunió a un selecto grupo de cineastas y escritores de cuentos para darles una tarea perentoria: tenían que crear películas infantiles no solo tan buenas como las americanas, sino «muchísimo mejores». Con ese objeto, en 1936 se inauguraron los estudios Soyuzmultfilm, dedicados en exclusiva a la producción de dibujos animados. El éxito fue rotundo: solo en 1940 se realizaron más de medio centenar de películas para niños, y se ha dicho que esos estudios fueron, durante decenios, un símbolo de la potencia soviética tan considerable como el *ballet* o el fusil Kaláshnikov. A la fantasía de los creadores,

se unía el versátil talento de quienes daban voz a los populares personajes; por ejemplo, el gran actor Vasili Livánov, que no desdeñaba ese oscuro papel pese a su fama: hasta la crítica inglesa le había definido como el mejor Sherlock Holmes de todos los tiempos por su interpretación, en las películas rusas, del célebre detective. Las producciones de Soyuzmultfilm, mundialmente conocidas, recibían los mayores elogios. Incluso un adversario acérrimo del régimen comunista como el papa Juan Pablo II llegó a decir que se debería enseñar a los niños los dibujos animados soviéticos por su alto valor didáctico (fomentan la solidaridad, el amor al prójimo, la importancia de lo colectivo). El Museo de la Animación de Moscú, situado junto al llamado Nuevo Circo de la capital rusa, recoge la herencia del Soyuzmultfilm: en él se hallan reproducciones de los más populares personajes; se explican a los visitantes las diversas fases de producción de un dibujo animado (maquetas, decorados, movimiento de los personajes), y se exhiben, además de un documental sobre la historia de los estudios, las mejores cintas realizadas en ellos.

* * *

El cineasta más conocido de la era Stalin es, sin duda, Serguéi Eisenstein, artista polifacético e innovador, de vasta cultura, admirado en todo el mundo. Nacido en Riga en 1898, hijo de un arquitecto modernista, Eisenstein vivió la insurrección de Petrogrado de julio de 1917 –el fallido intento de derribar el gobierno de Kerenski– y, poco después, las jornadas revolucionarias de Octubre; esos acontecimientos le inspiraron las escenas de multitudes que aparecen en sus películas. En 1921, ya en Moscú, ingresó en la Escuela de Teatro de Meyerhold, creador de los grandes espectáculos de masas, que influyó poderosamente en Eisenstein y descubrió su talento para el cine. En 1924, rodó su primera película, *La huelga* (estrenada en abril del año siguiente), y en 1926 realizó, por encargo del gobierno,

El acorazado Potémkin, para conmemorar el vigésimo aniversario de la llamada Primera Revolución Rusa. Stalin le felicitó personalmente y le dio una grata sorpresa: el filme sería estrenado en el Teatro Bolshói «como el mejor homenaje a los marineros revolucionarios de 1905».* Pronto, sin embargo, Eisenstein tuvo su primer tropiezo con Stalin. Éste quiso ver en los estudios, antes de su estreno, la película *Octubre*, rodada en 1928, porque tenía noticias de que en ella aparecía Trostki como principal artífice de la insurrección. Ni siquiera dio la mano al director: le ordenó secamente que eliminase del filme a su enemigo.

El actor favorito de Eisenstein era Nikolái Cherkásov, y su músico preferido, Prokófiev. Stalin sentía gran admiración por los tres, pero distinguía a los dos primeros con su aprecio y amistad porque eran miembros del Partido. (Prokófiev, exiliado a raíz de la revolución, había regresado definitivamente al país tras una gira triunfal por diversas ciudades en 1927. Aunque nunca perteneció al Partido, recibió varias veces el Premio Stalin por sus óperas, sinfonías y bandas sonoras; sus melodías de tiempo de guerra, que emocionaban a todo el mundo, le hicieron muy popular.) De todas formas, el afable trato del déspota ni aplacaba el miedo ni permitía bajar la guardia. En 1938, cuando Eisenstein estaba a punto de terminar el montaje final de *Alexandr Nevski*, recibió la orden de presentarse con la película en el Kremlin, y lo hizo con tanta premura que olvidó un rollo en los estudios. Stalin quiso verla enseguida y pidió al cineasta

* Pese a ser realizada en solo cuatro meses, y a un coste mínimo, Chaplin definió *El acorazado Potémkim* como la obra cumbre del cine mudo, y la Academia del Cine de Estados Unidos la eligió como mejor filme de 1926. Las fuerzas conservadoras alemanas denunciaron la película por exaltar las revueltas revolucionarias, y en 1930, cuando llegó a Norteamérica, los medios reaccionarios pidieron que fuera prohibida «por ser más peligrosa que una división del Ejército Rojo». Aun así, cortada y mutilada por los censores, obtuvo la medalla de oro en la Exposición de París. Y, a punto de cumplirse un cuarto de siglo desde su rodaje, más de un centenar de críticos reunidos en Bruselas con motivo de la Exposición Universal de 1958 eligieron *El acorazado Potémkim* como la mejor película de todos los tiempos.

que asistiese a la proyección. Eisenstein, colmado de elogios, no se atrevió a confesarle su descuido, y el filme, naturalmente, fue exhibido en los cines incompleto.

La guerra con Alemania se aproximaba, y Stalin encargó a Eisenstein un filme sobre Iván el Terrible, «el poeta de la idea del Estado», «de demoníaca grandeza» (frases subrayadas por Stalin en la obra del historiador Kavelin). Pasternak, al enterarse, escribió a su amiga Olga Freidenberg:

> Nuestro benefactor piensa que hasta ahora hemos sido demasiado sentimentales, y que es tiempo de cambiar. [...] Pedro el Grande ya no es el modelo apropiado. La nueva pasión, abiertamente confesada, es por Iván el Terrible, la *oprichnina*, la crueldad. Esa es la materia para nuevas óperas, obras de teatro y filmes. No estoy bromeando.*

Por puro azar, Eisenstein empezó su gran película en una fecha histórica: el 1 de febrero de 1943, día de la rendición de von Paulus en Stalingrado. Él y su equipo habían sido evacuados a Alma-Atá y, además de la pobreza de medios, tenían que filmar de noche porque, de día, toda la electricidad disponible se destinaba a las fábricas de municiones. Eisenstein había previsto dividir la película en tres partes, aunque finalmente la redujo a dos. En la primera se representaba a Iván como un zar progresista: creador de un fuerte Estado unitario, conquistador de Kazán, vencedor definitivo de los tártaros –expulsados de sus últimos *kanatos*– y en combate permanente contra las viejas familias feudales, opuestas al poder real; un poder ab-

* Pasternak tenía razón. En plena guerra, a mediados de septiembre de 1943, el historiador Robert Wipper, autor más tarde de una biografía del zar, dio una conferencia en la célebre Sala de las Columnas de la antigua Asamblea de Nobles, en la que negó que Iván hubiera sido un tirano sanguinario y justificó como necesaria su crueldad. Inmediatamente fue elegido miembro de pleno derecho de la Academia de Ciencias.

soluto sin el que Rusia, dividida y debilitada, no podría enfrentarse con sus siempre amenazantes vecinos. Esa espectacular versión, con música de Prokófiev, recibió el Premio Stalin no solo por sus virtudes artísticas: coincidía plenamente con la historiografía oficial y, además, reafirmaba en el «nuevo zar» su íntima identificación con el antiguo. Los galardones se anunciaron a finales de enero de 1946; junto con Eisenstein y Prokófiev, recibieron el Premio Stalin, en diferentes categorías, los actores principales (Cherkásov y Serafina Birman) y los dos cameramen (Andréi Moskvín y Eduard Tisso). Para celebrarlo, se organizó una fiesta en Dom Kino (la Casa del Cinema), y Eisenstein, que había bailado sin descanso toda la noche con una joven actriz, sufrió allí mismo un infarto. Tratado a tiempo, se recuperó rápidamente y reanudó la filmación de la segunda parte de *Iván el Terrible*. La terminó en agosto de 1946 y mandó una copia, como era preceptivo, a la Unión de Cineastas; sabía que Stalin esperaba impaciente la película y estaba seguro de recibir enseguida el permiso de exhibición. El presidente de la Unión y ministro de la Cinematografía, Iván Bolshákov, quedó espantado: el zar aparecía como un déspota cruel, violento, indeciso, aislado de la sociedad, desquiciado desde la pérdida de su esposa asesinada; era un espejo inconsciente de un personaje bien cercano. Envió la copia al Kremlin con su rotundo dictamen negativo, y el filme fue prohibido. En la resolución del Comité Central, redactada por el propio Stalin, se decía:

> El director Serguéi Eisenstein reveló su ignorancia al interpretar los hechos históricos en la segunda parte de la película *Iván el Terrible,* ya que convierte al ejército progresista de los *oprichniks* [...] en una pandilla de depravados como el Ku Klux Klan norteamericano, y al propio Iván el Terrible, que fue un hombre de gran valía y carácter íntegro, en una persona sin carácter ni voluntad, algo así como Hamlet.

Al recibir el duro e inesperado varapalo, Eisenstein sufrió un segundo infarto. Estuvo varias semanas hospitalizado, y su gran amigo Cherkásov –que interpretaba al zar en la película– pasaba las tardes con él si los médicos lo permitían. Preocupados por su futuro, decidieron escribir a Stalin pidiéndole que les permitiese reelaborar la cinta. La carta, firmada solo por Eisenstein, fue enviada a mediados de noviembre. Pasados tres meses –los artistas ya no esperaban respuesta alguna–, recibieron la orden de «presentarse en el Kremlin a las once de la noche del 25 de febrero de 1947», dos días después de la fiesta de aniversario del Ejército Rojo.

Eisenstein y Cherkásov pusieron por escrito al día siguiente sus recuerdos de la entrevista. Stalin, que estaba acompañado por Mólotov y Zhdánov –«inquisidor» cultural del momento–, les dijo que el retraso en contestarles se debía a un exceso de trabajo y entró directamente en materia:

–¿Han estudiado ustedes historia?

–Más o menos –contestó Eisenstein.

–¿Más o menos? También yo conozco un poco de historia. Ustedes interpretan de manera incorrecta la *opríchnina*, que era el ejército real. En lugar del ejército feudal, que en cualquier momento podía plegar sus banderas y abandonar el campo de batalla, se había formado un ejército regular, un ejército progresista. Y ustedes presentan a la *opríchnina* como si fuera el Ku Klux Klan [...]. En su película –continuó Stalin– el zar se muestra indeciso, parecido a Hamlet. Todos le dicen lo que tiene que hacer, y él mismo no toma decisión alguna. El zar Iván fue un gobernador célebre y sabio. Si lo comparamos con Luis XI,* que, como habrán leído, despejó el camino para el absolutismo de Luis XIV, Iván el Terrible estaría en el décimo cielo.

* Por su similar, y mortífera, aptitud para tramar intrigas y tender trampas a sus enemigos, bien podría aplicarse a Stalin el apodo del sanguinario rey francés: *La Araña Universal.*

Stalin recordó algunas excelentes decisiones del zar: alabó su sabiduría al prohibir a los extranjeros la entrada en el país para evitar la influencia foránea; criticó a Pedro el Grande por permitirlo y, más aún, a Catalina II y sus sucesores, los últimos zares, por extremar esa medida hasta tal punto que sus cortes no eran rusas sino alemanas. Zhdánov y Mólotov intervinieron para afirmar que en la película el zar no era más que un neurasténico y que en ella se destacaban excesivamente sus contradicciones internas y sus sufrimientos.

–Las figuras históricas deben ser presentadas correctamente, según las tradiciones de la época –continuó Stalin–. En la primera parte de la película, por ejemplo, el zar da un beso largo a su esposa. Eso no es correcto. En aquel tiempo tal cosa era inadmisible [...]. Iván el Terrible fue muy cruel. Y se puede mostrar que él, en efecto, fue cruel. Pero también hay que mostrar por qué tenía forzosamente que ser cruel. Uno de sus errores fue que no liquidó del todo a cinco grandes familias feudales. Si las hubiera exterminado hasta el fin, no habría llegado la época de los disturbios.* Iván el Terrible se arrepentía y rezaba mucho después de ejecutar a alguien. Dios le hacía dudar, era un gran obstáculo. Debió actuar con mayor decisión.

Zhdánov opinó que en la película había un exceso de ritos religiosos. Y Mólotov dijo que eso daba al filme un cierto halo de misticismo, alejado de la realidad; aunque añadió que, no obstante, en contra de quienes se mofaban de la cristianización de Rusia, él reconocía que fue un hecho progresista.

–Desde luego –subrayó Stalin–. No somos muy buenos cristianos, pero no se puede negar el papel progresista de la adopción del cristianismo. Aquel hecho tuvo enorme importancia, ya que supuso el viraje del Estado ruso hacia Occidente.

* Debilitada por las discordias internas e invadida a comienzos del siglo XVII por el ejército polaco, que llegó a ocupar Moscú, Rusia estuvo a punto de convertirse en un dominio de Polonia.

Después de varias intervenciones de unos y otros, Eisenstein preguntó a Stalin si deseaba darles alguna otra indicación.

–No les estoy dando indicaciones. Expreso mi opinión como un espectador más –contestó tranquilamente.

Stalin recordó alguno de los personajes de la primera parte.

–Stáritski está estupendo: caza muy bien las moscas con las manos. Es un futuro zar, pero caza moscas con las manos. Es necesario mostrar esos detalles que revelan la esencia del individuo.

Cherkásov hizo varias preguntas;

–¿Qué le parece el aspecto del zar?

–Está perfecto. No hace falta cambiarlo.

–¿Podemos dejar la escena del asesinato de Stáritski?

– Pueden dejarla.

–Hay otra escena en la que Maliuta Skurátov (el Beria del zar) estrangula al metropolitano Filip. ¿Conviene dejarla?

–Hay que dejar esa escena. Es correcta desde el punto de vista histórico.

–Estoy seguro de que podemos rehacer la película –afirmó Cherkásov.

–Ojalá que cada día sea Año Nuevo –dijo Stalin riendo–. Asunto concluido. Hay que dar a los camaradas Cherkásov y Eisenstein la posibilidad de terminar la película. Transmítanselo a Bolshákov.

Cherkásov, exultante, tendió la mano y cogió sin darse cuenta la caja de cigarrillos que el *vozhd* utilizaba para cargar su pipa. Todos quedaron espantados tanto por el gesto en sí como porque allí nadie fumaba excepto el propio Stalin. Alguien dio un puntapié a Cherkásov, y este, desconcertado, solo acertó a decir:

–¿Puedo fumar aquí?

–Que yo sepa, en ninguna parte está escrito que aquí esté prohibido fumar. Fume, fume, aunque quizás –añadió Stalin observando con sorna a sus asombrados oyentes– deberíamos poner el asunto a votación.

La reunión duró más de una hora. Stalin dijo que, por nada del mundo, se dieran prisa: si Repin había trabajado once años en su cuadro *Los cosacos de Zaporozhie*, ellos podían pasar dos, incluso tres años, reelaborando la película; lo importante era que quedase tan perfecta como una bella escultura. Y cerró la entrevista estrechando sus manos y deseándoles éxito con una inusitada invocación:

–Que Dios los ayude.

Eisenstein, con el pretexto de su delicado estado de salud, se hizo el remolón para no tocar la cinta. (Se ha dicho que adujo estar preparando una trilogía sobre Stalin; no es cierto.) Murió un año después de la entrevista, de un nuevo ataque al corazón. La segunda parte de *Iván el Terrible*, en su versión original, fue estrenada en 1958, en tiempos de Jruschov, quien entendió que la tácita identificación entre ambos déspotas suponía un sensible apoyo a su campaña antiestalinista.

* * *

Entre los directores de cine bienquistos por Stalin figura Grigori Alexándrov, que se hizo famoso por un gesto espontáneo de arrojo durante el rodaje de *El Acorazado Potémkin*, en el que actuaba como ayudante de Eisenstein. Cuando se iba a rodar la escena en que los marineros arrojan a sus oficiales al mar, era otoño, el agua estaba muy fría y los actores que hacían de oficiales se negaron en redondo. Ni corto ni perezoso, Alexándrov se puso el uniforme de uno de los oficiales y fue filmado mientras le lanzaban por la borda. Hizo lo mismo en otras partes del barco, cambiándose de uniforme tantas veces como fue necesario para cumplir las exigencias del guión. Enterado Stalin de la proeza, le felicitó personalmente y le puso de ejemplo en múltiples ocasiones.

Alexándrov estaba casado con Liubov Orlova, deliciosa can-

tante y bailarina, la más grande estrella del cine popular soviético de los años treinta, *prima donna* insustituible de las comedias filmadas por su compañero. En 1934, con Liubov de protagonista, Alexándrov rodó el primer musical soviético, *Los niños felices*, y las críticas, inesperadamente, llovieron sobre él. Acudió a Gorki en busca de ayuda: se presentó en la aldea donde el escritor descansaba, y este pidió a los campesinos que le acompañaran a ver la película. Todos se divirtieron enormemente, y Gorki llamó a Stalin recomendándole el filme. Se organizó un pase para el Politburó en la Unión de Cineastas (el Comité Central aún no disponía de sala de proyección), y su presidente Borís Shumianski, que compartía la opinión de los críticos, dijo a Alexándrov:

–Voy a pasar solo dos rollos. Quédese al lado, en el cuarto de rebobinado. Si alguien pregunta por la continuación, le diré que usted está trabajando sobre ello y no quiere mostrarla hasta que esté terminada.

Stalin, sorprendido por el corte, ya que Gorki nada había dicho sobre un filme inacabado, pidió una explicación:

–¿Qué pasa con el resto?

–El director quiere hacer algunos arreglos –contestó Shumianski.

–¿Qué arreglos? Que me lo cuente él mismo.

Shumianski, literalmente temblando, temiendo que Alexándrov contase la verdad, solo acertó a decirle cinco palabras:

–Le requieren en la sala.

Alexándrov, interrogado por Stalin, que ya había perdido la paciencia, reiteró lo dicho por Shumianski.

–Creo que la película necesita algunos retoques

–Me da igual. Pase lo que falta de una vez.

Al terminar la proyección, Stalin, encantado, dijo que la película era muy divertida, y que sería bueno que la vieran todos los obreros y campesinos de las granjas colectivas. Y señalando con un dedo amenazante al pobre Alexándrov, añadió fingiendo enfado:

–Y no se les ocurra dejársela ni un minuto más al director. Es capaz de echarla a perder con sus retoques.

Alexándrov, no obstante, nunca cayó en desgracia. En 1938 filmó *Volga-Volga*, una de las películas favoritas de Stalin, quien la veía cuando estaba de buen humor; le gustaba canturrear sus populares canciones interpretadas en la cinta por Orlova.*

* * *

Otro de los cineastas preferidos de Stalin fue Alexandr Dovzhenko, que había comenzado su carrera como director en los estudios de Odesa. En todas sus películas hay muertes, pero, según el propio autor, no son muertes deprimentes, sino «tragedias optimistas». El protagonista de *Tierra*, un joven campesino llamado Vasili, es asesinado por los *kulaks*, enemigos de la colectivización. La escenificación de su entierro es fascinante: el cuerpo, a hombros de sus camaradas, pasa bajo las ramas de los manzanos vencidas por el peso de los frutos, y las hojas llenas de rocío acarician dulcemente su plácido rostro.**

Dovzhenko gozaba del favor de Stalin no solo por su arte: era alocado, espontáneo, imprevisible, y ya se sabe que Stalin tenía debilidad por los chiflados. El guión de su película *Aerograd* (1935) –escrito por el propio Dovzhenko– llegó a manos de Stalin, y este, en vez de revisarlo, citó al cineasta en el Kremlin y le pidió que lo leye-

* Stalin conoció enseguida que Alexándrov había mentido por orden de Shumianski, y este quedó incluido en la inacabable lista de los infieles; fue ejecutado en 1938. Le sucedió Iván Bolshákov, que pasó a encabezar en 1946 el nuevo Ministerio de la Cinematografía, cuya creación constituye una prueba más de la importancia que Stalin daba al séptimo arte. Siempre creyó, como dijo en el XII Congreso del Partido, a poco de morir Lenin, que «el cine es el medio más grande de agitación de masas».

** A juicio de los críticos, *Tierra* es el mayor logro del impresionante cine soviético del período mudo. Los caballos en estampida, los campos de trigo ondulados son imágenes fascinantes. En su primera versión hay una escena, más tarde censurada por Stalin, de sensualidad espontánea y vivificante: en el entierro de Vasili los hombres meten las manos en las blusas de las mujeres que tienen cerca, como buscando en sus pechos consuelo y entereza.

ra entero en voz alta dando vida a los personajes; era un medio utilizado con frecuencia por el líder para estudiar a sus visitantes. Se aprobó el rodaje de la cinta, que trata de la amenaza latente de intervención extranjera; del tesón del pueblo para extremar la vigilancia y capturar espías y saboteadores; de la entrega a la defensa del país contra sus enemigos. De repente, Stalin sugirió a Dovzhenko que su próximo filme fuese «menos cataclísmico», más alegre y optimista.

–Por supuesto –añadió–, no debe tomar mis palabras como una orden. Usted es un hombre libre. Si tiene otros planes, sígalos sin reservas. No se sienta presionado. Solo quería que conociese mi opinión.

Pero siguió ahondando en el tema y aconsejó al director que en su «próxima película» utilizase las «maravillosas canciones folclóricas rusas».

–¿Las conoce?, ¿las ha escuchado alguna vez?

–No, camarada Stalin, no tengo gramófono.

Aquella misma tarde Dovzhenko recibió un inesperado regalo: el propio gramófono de Stalin y varios discos de canciones populares. Rodó la película y, sin pensárselo dos veces, convencido de que era su deber, escribió un encendido artículo, «Por qué filmé *Aerograd*», en el que afirmaba: «No estoy revelando ningún secreto militar si digo que podemos estar en guerra en pocos años». Ni el más cercano colaborador de Stalin hubiera osado publicar esas palabras sin su consentimiento. El director del periódico fue despedido, y más tarde ajusticiado, pero Dovzhenko ni siquiera recibió una llamada de reproche.

Llegó la guerra, en efecto, y muchos jóvenes artistas se incorporaron al Ejercito Rojo. Stalin, que nunca dudó en ganarla, quiso recogerla en imágenes desde su comienzo. En la tensa actividad de las primeras horas, tuvo tiempo para disponer que los mejores fotógrafos y cineastas de todas las unidades militares fueran enviados a un centro de selección, con objeto de testar sus aptitudes artísticas

y psicológicas. A ellos se unieron jóvenes graduados del Instituto del Filme de Moscú, y resulta increíble que, a mediados de julio de 1941, apenas tres semanas después del ataque alemán, veinte grupos de excelentes cineastas estuvieran filmando en primera línea de combate. Muchos de ellos fueron gravemente heridos, murieron o desaparecieron; otros cayeron prisioneros, sobre todo en los primeros meses, junto con millares de hombres de las divisiones cercadas por los nazis.

En diciembre de 1941 fue rodado el documental *La derrota del ejército alemán en Moscú*. La temperatura era tan baja que las cámaras no funcionaban, y sus usuarios las calentaban pegándolas a su cuerpo; además, con los caminos intransitables por la nieve, los equipos de rodaje más pesados tenían que ser transportados en esquís de un punto a otro. La cinta se pasó enseguida en el Kremlin para el Comité de Defensa del Estado, y Stalin, impresionado, ordenó que se diera a conocer inmediatamente en Estados Unidos. Elegido como el mejor filme documental de 1942, más de siete millones de norteamericanos lo vieron extasiados aquel año.

Uno de los cineastas incorporados al frente fue Alexandr Dovzhenko, quien afirmaba ser «un cronista de la historia y, a la vez, un soldado cuya única arma era la cámara». Sus mejores documentales, dedicados a la reconquista de su nativa Ucrania, son fieles a sus perennes concepciones: la narración de los horrores de la ocupación nazi se mezcla con escenas festivas, en las que aparecen, obviamente, danzas y canciones folclóricas. Pero cometió un error imperdonable en aquel tiempo: los documentales rodados durante la guerra incluían siempre alguna imagen del líder, y Dovzhenko olvidó hacerlo. Stalin sabía de sobra que el director le era incondicionalmente adepto y que no había tenido intención alguna de ofenderle. No existía, por tanto, motivo alguno para castigarle, pero quiso darle un escarmiento. Convocó al cineasta en presencia de Beria, y este, brutalmente, le espetó:

–¿No ha podido gastar ni diez metros de cinta para nuestro líder? Bien, ahora morirá como un perro.

Cuando Dovzhenko salió del despacho, Stalin ordenó a Beria que no le tocase, que le olvidase. Estaba convencido de que el cineasta viviría aterrorizado hasta el final de sus días; era una pena más que suficiente. Pero Dovzhenko, aun consciente de que su muerte a mano de los esbirros de Beria sería menos romántica que las que él imaginaba, siguió trabajando como si tal cosa, sin mostrar preocupación alguna, y sobrevivió largamente a ambos verdugos.

Capítulo 12

El teatro y el *ballet*

A Stalin le fascina el teatro quizá porque él mismo es un gran comediante, un extraordinario actor. Y sabe, por otra parte –como Lenin y otros dirigentes–, que es un instrumento inmediato e irreemplazable para la difusión de la cultura y de la nueva ideología entre las masas analfabetas. En el primer gobierno revolucionario ya figura un comisario (ministro) para la Educación, Anatoli Lunacharski, que es además responsable de todas las actividades culturales. Hombre ilustrado y abierto, trata de no imponer nada, y uno de sus primeros pasos es convocar a un centenar de escritores y artistas para explicarles a grandes rasgos el papel de la cultura en el nuevo régimen. El rechazo a los comunistas y la convicción de que pronto serán derribados dan lugar a un verdadero plante. Solo media docena de los convocados acuden a la cita: un escultor, varios poetas –entre ellos Blok y Maiakovski– y un único actor, Vsévolod Meyerhold, a quien Lunacharski nombra inmediatamente delegado en Petrogrado del Departamento Teatral de su comisariado *(Narkompros)* y a la vez director artístico del Teatro Mariinski.

Meyerhold nace en 1874 y hereda de sus padres la afición al teatro. Es discípulo del famoso director Vladímir Nemirióvich-Dánchenko, fundador, junto al gran Stanislavski, del Teatro de Arte de Moscú, donde inicia su carrera de actor. Su maestro no le soporta, y él le paga con la misma moneda: es una antipatía recípro-

ca e irreprimible. Cuando se programa el estreno de *El zar Fiódor Ivánovich*, Nemirióvich quiere que el papel principal lo interprete otro actor, pero Stanislavski impone su criterio, y es Meyerhold quien representa al zar con un éxito clamoroso. (Las obras de Stanislavski, entre ellas su libro póstumo, *La creación del personaje*, traducidas a decenas de lenguas, se siguen estudiando con fervor en todas las escuelas teatrales del mundo, y Stalin las conserva llenas de anotaciones. El perfeccionismo y la paciencia del genial director son proverbiales: los ensayos para el estreno de *Hamlet* duran tres años.)

Apenas transcurridos dos meses desde que toma las riendas del Mariinski, Meyerhold rompe de pronto con el pasado. La compañía de ópera ha quedado casi desmantelada porque los actores consagrados se niegan a actuar: no aceptan la autoridad del Comisariado para la Educación –es decir, del propio Meyerhold– ni, menos aún, convertir sus actuaciones elitistas en espectáculos de masas. Meyerhold logra reunir un excelente grupo de jóvenes intérpretes, ensaya con ellos día y noche durante un par de semanas y, en enero de 1918, estrena en el aristocrático teatro la ópera *Ruslán y Ludmila*. Pero la verdadera ruptura se produce en la audiencia: las fábricas, las escuelas, los cuarteles reciben entradas gratuitas, y las puertas del exclusivo Mariinski, por vez primera en su historia, se abren al pueblo. Uno de los más influyentes críticos teatrales, Konstantín Ostrovski, se ensaña con Meyerhold y con la abigarrada muchedumbre que ocupa el recinto. Horrorizado por la presencia de los «bárbaros» en el santuario de la élite, describe en la prensa, despiadadamente, lo que observa durante las representaciones: los palcos le parecen carros de feriantes judíos en un mercado callejero; la platea se asemeja a la mitad de una sandía, con su roja superficie cubierta de moscas; los aplausos, los gritos, el escándalo de los asistentes producen tal estruendo que las infinitas ratas del viejo teatro corren despavoridas de un lado para otro.

El éxito del experimento trasciende rápidamente. Lunacharski y el propio Lenin están encantados, y Meyerhold, ya miembro del Partido, es trasladado a Moscú. Se le pone al frente del Departamento Teatral* y, simultáneamente, de la Escuela Estatal de Dirección Escénica creada para que él mismo eduque a los nuevos directores. Meyerhold es un gran admirador de los autores españoles del Siglo de Oro, a quienes considera como precursores de sus propias ideas y como creadores de un teatro subversivo para su tiempo, muy arraigado en el pueblo. (Felipe II, en su lecho de muerte, lamenta no haber podido erradicar el teatro para siempre; tampoco lo logra la implacable represión del Santo Oficio.) V. Meyerhold, que antes de la Revolución ya ha puesto en escena varias obras de Calderón, confiesa que vuelve a él una y otra vez en busca de metáforas y de nuevas formas simbólicas. Como responsable de las actividades teatrales en todo el país, Meyerhold realiza una labor ingente. En 1914 Rusia cuenta tan solo con doscientos teatros; en 1921, un año después de su llegada a Moscú, pasan de seis mil, con la consiguiente multiplicación del número de actores. Y en 1926, ya en tiempos de Stalin, existen en las ciudades y aldeas de la Unión Soviética más de veinte mil grupos teatrales de todo tipo. Muchos de ellos están formados exclusivamente por campesinos y, en todo caso, sus miembros proclaman con orgullo que no son aficionados y, menos aún, profesionales, sino artistas del pueblo. Meyerhold fomenta también el teatro ambulante y, entre otras iniciativas, ofrece apoyo explícito a los promotores de nuevas publicaciones sin imponerles nada sobre su contenido; él mismo se sorprende del resultado: en pocos meses, aparecen en Rusia decenas de revistas de teatro (solo entre Moscú y Petrogrado, más de cuarenta).

* Sustituye a la primera directora del departamento, Olga Kámeneva, hermana de Trotski y esposa de Kámenev, el conocido opositor a Stalin, ejecutado, junto con Zinóviev, en 1936.

Sin embargo, el verdadero Meyerhold, el genial artífice del teatro moderno, no se revela plenamente hasta que una nueva y tensa relación con su viejo maestro le incita a seguir rompiendo moldes. Excepto el Mariinski, convertido en un foro popular gracias a Meyerhold, los demás teatros líricos, sobre todo el Bolshói, son objeto de acerbas críticas durante los primeros años del nuevo régimen por su persistente conservadurismo. Para renovarlos, se acude a los dramaturgos, y Nemirióvich-Dánchenko, sin abandonar el Teatro de Arte, es nombrado director artístico del Bolshói, el mismo puesto ocupado en el Mariinski de Petrogrado por Meyerhold. Cuando este llega a Moscú para hacerse cargo del Departamento Teatral del Narkompros, ha de lidiar con una delicada situación: su antiguo maestro, cuya enemistad conoce, es ahora uno de sus subordinados. Ni se le ocurre pedir su destitución, pero le retira gran parte de sus responsabilidades: decide ocuparse directamente de los espectáculos teatrales y deja solo los líricos en manos de Nemirióvich. Aun así, Meyerhold no se siente a gusto. Al margen de los continuos roces personales, llega a la conclusión de que los teatros tradicionales, por muchos que sean, dado su limitado aforo, no bastan para cubrir la creciente demanda popular.

Meyerhold traspasa a otro director sus frustrantes actividades en el Bolshói para dar vía libre a su portentosa imaginación. Rompe definitivamente con el teatro tradicional al tomar una medida sin precedentes: integra al público en el espectáculo y hace de este una mixtura de drama, circo, mitin y *ballet* popular (las danzas aparecen en gran parte de las producciones de Meyerhold). En la puesta en escena de *Misterio bufo,* de Maiakovski, prescinde del proscenio y, en lugar de escenario, construye una monumental plataforma que avanza sobre el auditorio. En el momento cumbre de la obra, se pide a los fascinados asistentes que suban a la plataforma y se mezclen con actores, payasos y acróbatas. Otra innovación singular es el montaje de espectáculos gigantescos y multitudinarios. Las obras se interpre-

tan en plena calle, en grandes plazas e incluso en el mar. En la representación de *Hacia la Comuna mundial* actúan cuatro mil personas; en *La toma del Palacio de Invierno*, seis mil, y en la *Sinfonía de las Sirenas*, que se escenifica en Bakú, participan la flota del Caspio, compañías de fusileros, baterías de artillería, hidroplanos, más de doscientos músicos y millares de espectadores. Estos, entusiasmados, discuten con los actores, les corrigen y critican, expresan lo que sienten con toda libertad. Obreros, campesinos y soldados, llenos de pasión revolucionaria, ven en el teatro su propia vida, aprenden y se inspiran en él. Si para el poder el teatro es un extraordinario instrumento de educación, para el pueblo –en palabras de Darío Fo– «ha sido siempre el medio principal de expresión y de comunicación, pero también de provocación y de agitación de ideas. El teatro era el periódico hablado y dramatizado del pueblo».

Tras cinco años de actividad frenética, Meyerhold abandona la dirección del Departamento Teatral y consigue que Lunacharski le conceda un teatro propio para poder dedicarse, prácticamente en exclusiva, a su verdadera pasión: el montaje de espectáculos vanguardistas. En 1932 todos los artistas son agrupados en uniones según su especialidad, y Meyerhold pierde en la práctica su independencia. Su amigo Lunacharski muere el año siguiente, y el gran creador se enfrenta a aquello que pretende ignorar: el realismo impuesto a todas las artes por Stalin. Este odia literalmente a Meyerhold por múltiples razones: valora sus iniciativas de los primeros tiempos, pero rechaza de plano sus nuevas e incomprensibles producciones; aunque es miembro del Partido, desconfía de él por ser judío y amigo de Bujarin, Rádeck y otros opositores; le tiene sobre todo por un rebelde contumaz, que se resiste a seguir pautas y consignas. Stalin admira a los genios, los coacciona material y moralmente, pero los protege por poco adictos al régimen que sean. Meyerhold le parece un enajenado imprevisible y peligroso: no es, para él, uno de esos locos honestos, inocentes y profetas a quienes respeta como el pue-

blo hace y los zares hicieron. Stalin no va descaminado. Meyerhold se desboca y monta espectáculos alucinantes en un tiempo de esfuerzo racional y productivo, cuando toda la población ha de tener los pies firmemente asentados en el suelo. En el escenario aparecen potentes motocicletas, que despiden polvo y humo con estruendo; soldados alborotadores disparando sus rifles; artistas, sin papel aparente, que hacen ejercicios en máquinas futuristas. El pueblo –como el propio Stalin– no entiende nada y, en cambio, se siente representado en las obras que rememoran hechos inmediatos y reales. Mucho antes de que Stalin ordene su clausura, el teatro de Meyerhold, sostenido como todos con fondos públicos, es abandonado por los espectadores.

Además, Meyerhold comete un error tras otro: defiende en público a Shostakóvich cuando este es criticado sin piedad en varios editoriales de *Pravda,* escritos a buen seguro por el propio Stalin; se mofa de los celos de Nemirióvich-Dánchenko, a quien tiene por extremadamente conservador, como lo es, en todas sus manifestaciones, el realismo soviético; arremete contra el Teatro de Arte, por considerarlo poco innovador, decimonónico, aun sabiendo que cuenta con la protección de Stalin, gran admirador del viejo Stanislavski. Confiado en su bolchevismo de la primera hora, se cree inmune y cierra los ojos a la desaparición de tanto camarada inocente en las mazmorras de Stalin. Este, por cierto, monta admirablemente sus cruentos espectáculos judiciales; incluso ordena que, durante las sesiones, se sirva té y pasteles a los acusados, todo un gesto «humanitario».

Meyerhold sufre un aluvión de críticas en la prensa. Y al fin, en 1938, Stalin ordena el cierre de su teatro. Preguntado Nemirióvich por su opinión al respecto, se escurre con elegancia no exenta de ironía: «Es estúpido preguntarme qué pienso de la clausura del teatro de Meyerhold. Es como preguntar al zar qué piensa de la Revolución de Octubre». Para salvarle de la miseria, Stanislavski le ofre-

ce trabajo en el Teatro de Ópera, pero el viejo director muere poco después, y Meyerhold queda sin protección alguna. Unas semanas más tarde, mientras dirige la puesta en escena de la ópera de Prokófiev *Semión Kotko*, Meyerhold se evapora sin dejar rastro. El final de los años treinta es tiempo de pavor y de silencio, y nadie osa preguntar por su paradero, de sobra conocido. Un nuevo escenógrafo reanuda el trabajo, y la ópera se estrena con gran éxito. Aunque se deja correr el rumor de que Meyerhold vive desterrado en Alma-Atá y sigue trabajando en su oficio, en realidad permanece en prisión hasta que en febrero de 1940 es ejecutado.

La Revolución utiliza el teatro como un elemento más del proceso educativo, y Stalin, gran aficionado –presencia repetidas veces las obras que prefiere–, fomenta sin descanso su difusión en todas las regiones del país; baste decir que ya en 1925 abre sus puertas en Alma-Atá el primer teatro del Asia soviética. Esa política cultural despierta en el pueblo una pasión por la escena que no tiene parangón con Occidente y que no ha decaído en absoluto tras la caída del régimen. La afición al teatro pervive de tal forma que muchos chiquillos lo prefieren al circo. En la más inhóspita ciudad, y en pleno invierno –Yakutsk, por ejemplo, a 40° C bajo cero–, los enormes teatros siempre están llenos. Y todos los actores, por modesto que sea su papel, son excelentes; aun sin saber una palabra de ruso, el extranjero que asiste a una representación la sigue embelesado.

El *ballet*

En 1734 la zarina Anna invitó al bailarín francés Jean-Baptiste Landé a residir en San Petersburgo con el fin de crear una escuela de *ballet* en la que, además de enseñar a los jóvenes a su cargo –todos ellos hijos de pobres– los secretos de la danza clásica, les educase moralmente para hacer de ellos hombres de provecho, «honestos,

serios, sinceros». Seis años después, poco antes de morir, la misma Anna fundó la Escuela Imperial de Ballet en el Palacio de Invierno, en la que se formó, con los propios alumnos, la primera compañía de bailarines rusos digna de ese nombre. La iniciativa fue secundada por los nobles, que montaban compañías con sus siervos, cuyas actuaciones se limitaban prácticamente a las danzas nativas. Esas compañías solían dejarse como legado al Ballet Imperial, con lo que este conseguía renovar sus bailarines continuamente. Tanta fue la afición de los zares al *ballet* que en 1824 se decretó la emancipación de los siervos pertenecientes a los teatros imperiales, casi medio siglo antes de que Alejandro II aboliese la servidumbre (1861). El mismo año 1824 se inauguró el Teatro Bolshói y, poco después, se creó el Ballet del Bolshói, una nueva compañía que desde su fundación, y a diferencia de San Petersburgo, dio prioridad a las danzas de origen popular. La tesis de que el *ballet* ruso se inspiró en el extranjero no se sostiene, ya que desde su origen tuvo sus raíces en el folclore autóctono.

Sin embargo, a finales del siglo XIX el *ballet* se consideraba en toda Europa un arte decadente y fosilizado; solo sobrevivía, y a duras penas, en San Petersburgo. En el Teatro Mariinski las grandes funciones se reservaban a la ópera; dos días a la semana, uno de ellos el domingo, había sesiones a primera hora de la tarde dedicadas a la representación de *ballets* mediocres, con la sala medio vacía y un público compuesto, según un testigo, por «una mezcla de niños acompañados por sus madres o institutrices y por viejos con binoculares». Incluso Rimski-Kórsakov llegó a afirmar que el *ballet* no era una forma artística en absoluto.

Hasta que aparecieron Serguéi Diághilev y Anna Pávlova. Diághilev, nacido en 1872 en una familia de la nobleza, había recibido una excelente educación musical desde su infancia y quiso dedicarse a la composición; enseñó sus primeras obras a Rimski-Kórsakov y este le dijo que eran «una absoluta majadería» y le re-

comendó sinceramente que se dedicara a otra cosa. Graduado en leyes por la Universidad de San Petersburgo, su verdadera pasión fue el arte en todas sus manifestaciones: le fascinaba el *ballet*, aunque nunca fue bailarín, ni escenógrafo, ni coreógrafo. En 1899 entró en el Teatro Mariinski de la mano de su director, el príncipe Serguéi Volkonski, nieto del célebre *decembrista,** que le nombró director de la revista del teatro. Dos años después, Volkonski se enfrentó con la primera bailarina, Matilde Ksheshinskaia, amante del zar, que se negaba a cumplir sus órdenes, y fue despedido. Con él salió su protegido, y ambos quedaron excluidos para siempre de cualquier puesto en los teatros imperiales.

Serguéi fundó entonces, con otros amigos, la revista *El Mundo del Arte*, que atrajo a los más conspicuos representantes del mundo cultural petersburgués. Tras su breve experiencia en el Mariinski, Diághilev acrecentó su interés por el *ballet*, afición compartida por alguno de sus compañeros; juntos escribieron el libreto de *El pájaro de fuego*. Faltaba la partitura, y Serguéi, que acababa de conocer y convertir en su amante al joven y ya famoso Nijinski, se la pidió en 1909 al compositor Anatoli Liádov:

> Necesito un *ballet* y que sea ruso: el primer *ballet* ruso, puesto que no existe. Hay ópera rusa, sinfonía rusa, canción rusa, danza rusa, ritmo ruso, pero no hay *ballet* ruso. [...] El libreto ya está listo.

Liádov, dudando del proyecto, se negó en redondo. Lo mismo hicieron Glazunov y otros compositores célebres a quienes Serguéi

* Se conocen como *decembristas* los insurrectos, muchos de ellos oficiales de la Guardia Imperial, que se levantaron contra Nicolás I en diciembre de 1825. Cinco de ellos fueron ejecutados, y los restantes, entre ellos Volkonski, condenados a trabajos forzados durante cinco años y a permanecer en Siberia a perpetuidad. Los pocos sobrevivientes solo quedaron libres treinta años más tarde, tras la muerte del zar.

se dirigió. Desanimado, casi sin esperanza, recurrió a Ígor Stravinski, en aquel entonces una joven promesa, quien concibió una música de raíces populares como haría con otras muchas de sus creaciones. El éxito fue tan inesperado que Diághilev cayó en la cuenta de que se podía ganar dinero exportando el *ballet* ruso y se convirtió en empresario artístico. Creó rápidamente los llamados Ballets Rusos y los presentó en París el mismo año 1909 y, en Norteamérica, durante la Primera Guerra Mundial. En todas partes causaron sensación: el público estaba acostumbrado a que en un espectáculo, por ejemplo de mimo, aparecieran danzas aisladas, y se encontró con una exhibición en la que la danza era el único medio de expresión. Fue el nacimiento del *ballet* tal como ahora se considera (los Ballets Rusos se disolvieron en 1929, a la muerte de Diághilev).

Anna Pávlova, por su parte, había estudiado en la Escuela Imperial de Ballet, adscrita al Teatro Mariinski, desde 1891; había ingresado en el Ballet Imperial al terminar sus estudios y, cuando se unió a los Ballets Rusos de Diághilev, llevaba tres años como primera bailarina. En 1913 se separó de Serguéi –el mismo año también le abandonó Nijinski–, formó su propia compañía y recorrió el mundo como una figura legendaria, una de las más grandes bailarinas de todos los tiempos.

* * *

Llegó la Revolución, y el mundo artístico, predominantemente burgués, declaró la guerra al nuevo régimen. Los teatros Bolshói, de Moscú, y Mariinski, de San Petersburgo, que habían cerrado sus puertas a raíz del triunfo bolchevique, se resistían a reabrir porque no reconocían la potestad del recién creado Comisariado de Educación del que los teatros dependerían en el futuro. Los artistas más acomodados, que no precisaban de un salario para subsistir, se ne-

gaban, lisa y llanamente, a actuar. Y la plantilla al completo del Bolshói, reunida en asamblea, adoptó una resolución intransigente:

> El Teatro Bolshói, como institución autónoma, no reconoce el derecho de interferencia en su vida interna y artística por ninguna autoridad, sea la que sea, que no haya sido elegida por el teatro y no pertenezca a su personal.

Esa situación duró exactamente tres meses. El 25 de enero de 1918 se puso en escena, en el Mariinski, la ópera *Ruslán y Ludmila* para un auditorio insólito: obreros, campesinos, soldados.* A partir de ese momento, los teatros líricos continuaron abiertos a pesar de las crecientes carencias de diverso tipo debidas a la guerra civil: escasas asignaciones que, encima, llegaban tarde; no había fuel y los escenarios estaban helados en invierno; todo el mundo estaba mal alimentado y los artistas caían con frecuencia enfermos; incluso faltaban zapatillas de baile. Ese deprimente panorama se prolongó durante varios años y se agudizó en 1921 por una atroz crisis financiera que obligó a suspender prácticamente los pagos y retribuciones de toda clase, salarios incluidos, a las instituciones superfluas. A ello se añadía la animadversión de Lenin, poco aficionado al teatro y a la música, que tenía al *ballet* por una cosa del pasado destinada a una minoría privilegiada, «pura cultura para señores». En enero de 1922 escribió a quien más tarde sería mano derecha de Stalin, y que entonces era uno de los secretarios del Comité Central, una nota conminatoria:

> Camarada Mólotov: Me entero de que el Comité Central ha adoptado por unanimidad la propuesta, absolutamente inade-

* Ver en la página 280 los comentarios sarcásticos del crítico Konstantín Ostrovski sobre el público que asistió a esa representación. Otro crítico, en cambio, subrayó que la audiencia popular resultó ser sorprendentemente sensible, responsable y receptiva.

cuada, de preservar la Compañía de Ópera y Ballet del Bolshói. Sugiero que el Politburó debería resolver:

–Cerrar el teatro.

–Dejar solo unas docenas de actores en Moscú y Petrogrado, de forma que intervengan en toda clase de conciertos, eliminando así los enormes gastos actuales.

–De los miles de millones ahorrados por este camino, que al menos la mitad sean asignados a combatir el analfabetismo y a salas de lectura.

El teatro fue, en efecto, cerrado, pero dos meses después, al dictado de Stalin –el gran melómano, recién nombrado secretario general–, aprobaba una disposición calificando el cierre del Bolshói de «inadecuado». Al parecer, él mismo y Lunacharski, comisario de Educación, convencieron a Lenin de la importancia de preservarlo y del valor de la ópera y el *ballet*, lo mismo que el cine y el teatro, como vehículos culturales de primer orden.

La contribución de Stalin al desarrollo del *ballet* fue impresionante; eso sí, exigiendo a cuantos intervenían en el proceso, como hacía con todo, esfuerzos sobrehumanos. Una de sus consignas permanentes era «menos para más»; y así, mientras en la temporada 1912-1913, con una plantilla de 159 personas, el Bolshói programó 56 representaciones, en la temporada 1924-1925 las cifras fueron 125 y nada menos que 105, respectivamente. El mismo método de reducir la compañía y aumentar el número de representaciones se aplicó en el Mariinski de Leningrado (nuevo nombre de Petrogrado).

Los *ballets* clásicos de contenido histórico, con alegorías revolucionarias, y de raíz popular, se representaban también en otros teatros a precios bajísimos; y en verano, en escenarios montados en los parques. Una de las obras de mayor éxito fue *Stenka Razin* –originariamente un poema sinfónico de Glazunov–, dedicada al líder de

la gran revuelta campesina del último tercio del siglo XVIII, quien, gracias al *ballet*, se convirtió en un héroe *bolchevique*, una figura histórica, un símbolo de la rebeldía del pueblo. Fue el primer *ballet* del Bolshói pensado expresamente para la propaganda revolucionaria; con él –y con *La muñeca roja* (1927)– nace el auténtico *ballet* soviético. Con idéntica intención se encargó a Jachaturian el *ballet Espartaco,* que Stalin no llegó a ver (se estrenó en Leningrado tres años después de su muerte).

Antes de la guerra con Alemania, en pleno proceso de industrialización, Stalin realizó el milagro –un empeño económico inverosímil– de construir treinta y cuatro teatros de ópera y *ballet*, la mayor parte de ellos enormes, en diversas capitales del Imperio, entre ellas las nuevas urbes industriales. Y en 1936 se trajo de Leningrado al genial Samuil Samosud como director del Bolshói, con la consigna expresa de que lo convirtiese en el mejor teatro del mundo, cosa, por cierto, que consiguió en breve tiempo. Simultáneamente, abrió en cada una de aquellas ciudades escuelas de música y *ballet*, donde los alumnos eran –y siguen– sometidos a una disciplina inflexible, a un régimen de trabajo agotador, solo soportable por una vocación a toda prueba. (Rudolf Nuréiev se formó en la escuela de Leningrado fundada en el siglo XIX, pero sometida a ese régimen espartano desde los tiempos de Stalin; entró en ella en 1955.)

Lo establecido por Stalin no ha sufrido cambio alguno. En la Academia de Ballet de Moscú se presentan anualmente más de mil candidatos, de entre diez y once años de edad, para el medio centenar de plazas convocadas, que, además, rara vez se cubren. Los elegidos, si no son expulsados por haber suspendido en los exámenes finales de alguno de los cursos, permanecen en la academia ocho años, realizando durante meses los mismos movimientos, progresando con desesperante lentitud. Trabajan una media de doce horas diarias, seis de ellas dedicadas a la danza y la gimnasia, y otras tantas a las materias de la enseñanza general (lengua, historia, matemáticas,

etc.); a lo que hay que añadir el tiempo empleado en las habituales tareas escolares. Al final de ese largo período, solo dos docenas de alumnos merecen entrar en los exclusivos cuerpos de baile del Bolshói, del teatro Stanïslavski o del Kremlin; los demás suelen tener cabida en las compañías de *ballet* de otras ciudades. Un régimen similar se sigue en las escuelas de música.

Al mismo tiempo, se fomentó el folclore en todas las repúblicas del país: a mediados de los años treinta existían en la Unión Soviética más de 130 000 círculos de aficionados a la danza popular. En 1936, Stalin fundó, a petición del legendario Ígor Moiséiev, el Teatro de Arte Folclórico, de donde surgió un año después la primera compañía soviética de baile popular, ampliamente conocida en todo el mundo. Del mismo modo que Glinka había creado una escuela nacional rusa inspirada en el folclore –«El pueblo inventa las melodías y nosotros las arreglamos», decía–, Moiséiev, apoyado por Stalin, llevó al máximo grado de perfección ese proceso: introdujo en la danza clásica el vigor de la danza popular, arregló de forma genial las obras coreográficas inventadas y bailadas por el pueblo. (Nuréiev bailó en la compañía de Moiséiev cuando solo tenía catorce años.)

Stalin tomaba a veces decisiones peregrinas en las que subyacían motivaciones ideológicas. Ordenó cambiar el final de *El lago de los cisnes* porque no quería que, ni siquiera en la ficción, apareciera la posibilidad de vida en el más allá. En el original, el *ballet* termina con la muerte de Odette y el príncipe que reviven tras salir de sus tumbas. En la versión estalinista (1937), ambos triunfan sobre Rothbard y Odile y celebran su boda jubilosa: el amor rompe el hechizo, los justos vencen a los malvados. La idea de rehacer realísticamente *El lago de los cisnes* y otros *ballets* clásicos idealistas encantó, por sorprendente que parezca, a coreógrafos, compositores y artistas.

Sin embargo, Stalin, a diferencia de los primeros años de la Revolución en que predominaban los experimentos vanguardistas, vol-

vió a la tradición y ordenó reponer las obras clásicas del pasado *(Romeo y Julieta, La Cenicienta)*. Entre ellas y las nuevas creaciones de raíz popular, enseñó al pueblo a amar el *ballet* como hizo con la música clásica y el teatro. La gente adoraba a *sus* bailarines, y todo el mundo conocía a Agripina Vagánova, «maestra de maestros», directora de la Academia de Ballet de Leningrado en los años treinta.* Gracias a Stalin, la Unión Soviética, pese a las carencias posteriores a la guerra civil, pese al hambre y a la ausencia de bailarines y coreógrafos, supo preservar el arte del *ballet*. Y sus *salvajes* métodos de educación –la perfección absoluta a cualquier precio– hicieron que el *ballet* ruso no tenga parangón en el mundo.

* La academia se denomina ahora Academia Vagánova. En mayo de 2012, durante las fiestas conmemorativas de la victoria sobre Alemania, se estrenó simultáneamente en el Teatro Mariinski de San Petersburgo y en el Bolshói de Moscú –en este, sin entradas a la venta, por rigurosa invitación del gobierno— la maravillosa creación del gran coreógrafo George Balanchine, *Joyas*, compuesta por tres *ballets* de distintos compositores: *Esmeraldas, Rubís* y *Diamantes*. En el último, a la música de Chaikovski y la coreografía de Balanchine, se unió la fascinante actuación de Olga Smirnova, una bailarina milagrosa, de tan solo diecinueve años, recién graduada con la máxima puntuación en la Academia Vagánova. Los mejores alumnos de la prestigiosa institución siempre han entrado, por derecho propio, en el cuerpo de baile del Marinski, pero esta vez el Bolshói se adelantó y le *birló* la genial bailarina.

Tercera parte

LA PASIÓN POR LA GUERRA

Capítulo 13

Las lecturas históricas de Stalin

En la biblioteca personal de Stalin figuraban cientos de libros de historia llenos de subrayados, de signos y de notas al margen, que son otras tantas muestras de su intensa dedicación al estudio del pasado y de su interés, en especial, por la psicología de los personajes, los juegos del poder y de la diplomacia, y el arte de la guerra a través de los tiempos. Stalin leía sentado en un cómodo sofá, con la espalda apoyada en uno de los brazos y las piernas extendidas para aliviar su mala circulación. Y utilizaba dos lápices o uno de doble punta: señalaba en trazo azul lo que le interesaba; y usaba el rojo para manifestar rechazo, desprecio o amenaza.

Mucho antes de la Revolución, en la biblioteca del seminario de Tiflis, Stalin descubre a los clásicos: Homero, Heródoto, Plutarco, Jenofonte, Tácito, Tito Livio, Suetonio, Salustio, Julio César. Topa de nuevo con alguno de ellos durante sus últimos cuatro años en Siberia, cuando se apropia *manu militari*, ignorando a los demás penados, de los numerosos libros de otro desterrado fallecido. (Como es notorio, la condena por delitos políticos en tiempo de los zares era en realidad un exilio en Siberia. Los deportados recibían del gobierno una pequeña asignación, que les daba para malvivir alojados en pobres hogares campesinos. Su única obligación era no abandonar el territorio asignado y presentarse periódicamente a las autoridades. La mayoría eran hombres cultivados

de origen burgués, que recibían ayuda de sus familias, a las que pedían sobre todo libros: «Enviadme libros, libros, muchos libros para que mi alma no muera», pedía Dostoievski a los suyos en idéntica situación).

Las intensas lecturas de Stalin sobre el arte de la guerra se reflejan tanto en las medidas para reforzar la defensa de la URSS como en sus decisiones personales en tanto comandante supremo durante la lucha contra Alemania. Sin embargo, las líneas maestras de su comportamiento –astuto, prudente e implacable, dice de él Henry Kissinger– proceden en gran parte de su profundo conocimiento de los clásicos, a los que es fiel durante toda su vida, ya que sigue leyéndolos tras llegar al poder. Bastan algunas de sus notas para confirmar esa lejana deuda. De Filipo, subraya su realismo, su capacidad de alternar la astucia y la amenaza, la diplomacia y la fuerza. De Jerjes, su precipitación en Salamina al caer en la trampa de Temístocles (al margen del relato que hace Heródoto de esa batalla, Stalin escribe en rojo: «igual que el zar en Austerlitz»). Señala también lo dicho por Heródoto sobre la táctica de tierra quemada de los escitas frente a la invasión de su territorio por Darío:

> ...resolvieron ante todo que [...] de ningún modo convenía entrar en batalla a cara descubierta y de poder a poder, sino que se debía ir cediendo poco a poco, y al mismo tiempo de la retirada, cegar los pozos y las fuentes por dondequiera que pasasen, sin dejar forraje en todo el país que no quedase gastado y perdido.

De Alejandro admira su ferocidad implacable: la matanza del Batallón Sagrado tebano ordenada por su padre, que dirige personalmente cuando solo tiene dieciocho años; y el escarmiento a los griegos que luchan contra él en la batalla del río Gránico (el salvaje exterminio de los millares de *hoplitas* capturados). La batalla de

Cannas, de la que guarda un pequeño esquema, le enseña, como a tantos jefes militares a lo largo de los siglos, la transición de la defensa al ataque y al cerco del enemigo; es la maniobra predilecta de Stalin en la Segunda Guerra Mundial a partir de 1943, tras la victoria en Stalingrado.

Aunque Stalin aprende de los acontecimientos del pasado y se inspira en muchos de sus protagonistas –entre ellos, los grandes zares Iván el Terrible y Pedro I–, con quien se identifica plenamente es con Augusto; incluso le imita en el uso de tacones altos para disimular su pequeña talla. Sus libros sobre el fundador del Imperio romano pasan del centenar y, en su mayoría –incluso el último publicado antes de su muerte, la obra de Nicolái Mashkin sobre el principado de Augusto, editado por la Academia de Ciencias en 1949–, contienen alguna nota o subrayado. Stalin relee, en una edición posterior a la guerra que aparece en su biblioteca, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte,* y acota con una raya lateral su primer párrafo, en el que Marx, lleno de desprecio por el «sobrino del tío» (a quien cubre de improperios: mediocre, grotesco, vulgar, ridículo, caricatura y parodia de su gran antecesor), generaliza erróneamente lo que solo es un caso singular:

> Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal se producen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y otra vez como farsa.

Stalin subraya en rojo, con doble trazo, la última frase y escribe al margen: «¡No siempre!». Es evidente que piensa en su propio imperio, cuyas semejanzas con el de Augusto, sobre todo en sus personajes primigenios, son asombrosas. César y Lenin tienen la idea de un nuevo Estado en la cabeza y desaparecen, a edad parecida, sin ver culminados sus proyectos; lo consiguen sus tenaces suceso-

res tras construir pacientemente un poder absoluto y personal. Augusto y Stalin transforman de arriba abajo el Estado y la sociedad: crean, como instrumentos de su poder, eficaces máquinas burocráticas, servicios de seguridad excepcionales y potentes ejércitos; despiertan la conciencia nacional obligando a proclamar ese objetivo a poetas y demás creadores de su tiempo; siguen una política imperialista sin contemplaciones; como «padres» de la Patria, se envuelven en un halo religioso y obtienen la lealtad y la fe ciega de sus pueblos. Y ambos enmascaran sus largas dictaduras personales con la ficción republicana. (Stalin aparenta, mediante expresiones formales, ser un simple mandatario del Politburó, del Comité Central, del Comité de Defensa del Estado. Su fórmula habitual en la correspondencia diplomática es: «El Gobierno soviético me ha autorizado...»; y en las órdenes a los generales: «El Gran Cuartel General ha decidido...».)

Son otras muchas las coincidencias. Gozan de una «pésima salud de hierro», con enfermedades crónicas diversas, frecuente garantía de longevidad. La regla de oro de su conducta es la prudencia; son desconfiados, astutos, implacables y poco amigos de aventuras que puedan entrañar riesgos. Lectores voraces desde su infancia, los dos escriben personalmente sus discursos, aunque los corrigen de modo diferente. Augusto expresa con claridad lo que quiere decir, pero pasa el texto a Mecenas y Agripa para que lo revisen. A Stalin ni se le pasa por la cabeza hacer algo parecido: sin ayuda alguna, él mismo retoca y perfecciona sus escritos. Los discursos de uno y otro son simples, directos, y se caracterizan por su moderación durante los largos años en que precisan de pactos para consolidar su posición. Stalin repite cínicamente, en varias ocasiones, que no consentirá la liquidación física de los adversarios exigida por otros miembros del Comité Central «ávidos de sangre»; y Augusto representa a la perfección el mismo papel apaciguador. En cambio, cuando alcanzan el poder absoluto los discursos de ambos son verdaderas fi-

lípicas llenas de insultos y amenazas; y a ellos sigue el terror, el salvaje exterminio de los enemigos reales o supuestos.

Las semejanzas se extienden a sus dos grandes enemigos. Llenos de soberbia, presuntuosos en grado sumo, Marco Antonio y Trotski se sienten superiores a cualquier otro, no ocultan en sus discursos el hiriente desprecio hacia los demás. En una reunión del Comité Central, el sarcasmo y la prepotencia de Trotski son tan insultantes que incluso el inconmovible Mólotov se revuelve y exclama: «No todos podemos ser genios, camarada Trotski». Este se refiere siempre despectivamente a Stalin, a quien considera zafio, inculto, «la mayor mediocridad del Partido». La fatuidad de Marco Antonio y de Trotski viene, en parte, de las diferencias de origen social y educación. Entre los antepasados de Octavio de que se tiene noticia hay un liberto, y uno de sus abuelos es primero cordelero –panadero, según Marco– y después, cambista. Ese paso de la actividad manual a la especulativa supone el ingreso en la clase media –el más firme soporte de Octavio– y el inicio de un rápido ascenso social. Marco Antonio, por el contrario, pertenece a la oligarquía senatorial, la aristocracia nobiliaria, y por su exquisita educación y su innegable talento se considera muy por encima de su adversario, a quien llega a atribuir un origen africano. No concibe que un jovenzuelo ignorante, a quien saca veinticinco años, pueda derrotarle. Otra curiosa coincidencia con Trotski es su carácter inestable: ambos pasan súbitamente de la acción compulsiva a la indolencia, y caen en esta, de modo inexplicable, en los momentos más críticos. Augusto y Stalin, en cambio, tienen nervios de acero incluso en la senectud.

* * *

Entre los autores leídos por Stalin figuran los mejores tratadistas militares de todos los tiempos. El libro de Sun Wu tiene páginas

enteras marcadas en azul. En cambio, *Del arte de la Guerra,* de Maquiavelo, parece no interesarle demasiado, pues pone en su primera página un gran signo de interrogación en rojo; uno de los pocos párrafos subrayados en azul tiene que ver con los eslavos: «Por eso los escitas pudieron arrasar aquel imperio que había agostado la capacidad de los demás sin ser capaz de mantener la suya». Del siglo XVIII en adelante, los autores se multiplican: Henry Lloyd (inglés al servicio de Rusia, especialista en la Guerra de los Siete Años), Mauricio de Sajonia, Federico el Grande, Jomini. También anota los magistrales apuntes de Lenin sobre la obra de Clausewitz.* De Schiller, aparte de sus obras teatrales, que conserva junto a las de Shakespeare, estudia la *Historia de la Guerra de los Treinta Años.* Siente predilección por la historia de Francia y cuenta con biografías de sus grandes protagonistas: Carlomagno, Enrique IV, Richelieu, Luis XIV, Napoleón. Junto a la *Historia Política de la Revolución Francesa,* de Alfonse Aulard, que le regala su camarada Iákov Sverdlov, conserva la mayor parte de los libros publicados en ruso sobre la Revolución y la Comuna de París. Muchos de ellos están llenos de anotaciones escritas, a veces en papeles aparte que mete entre sus páginas. Es lo que hace con sus extensos comentarios a los errores de Robespierre, a quien culpa de su propia caída y del trágico final de la Revolución. Le enfurece el «estúpido» (sic) *Incorruptible*, que, tras la ejecuión de Danton, lo tenía todo, pues sus hombres controlaban el Club de los Jacobinos, la Comuna de París, la Guardia Nacional, el Comité de Salud Pública, el Tribunal Revolucionario, El ejército (en manos de su álter ego Saint Just). Su pasividad le revuelve la sangre y le tilda de soberbio por creerse intocable y por permitirse desaparecer durante seis semanas

* En los años treinta, se publican en Moscú, por orden suya y con destino a las academias militares, tanto la *Tetradka* -los apuntes de Lenin- como la célebre obra de Clausewitz, *De la Guerra.*

cuando más necesaria era su presencia. Al hilo de esa reflexión, el implacable realista subraya una y otra vez la palabra *virtud* en los discursos de Robespierre y escribe al margen: «¡místico inútil!». Juzga, en fin, que se inmola al exigir a la Convención, sin dar nombres, que acabase con los traidores agazapados en su seno. Y cierra sus notas con una frase certera: «¡Qué suicida! Él mismo inspiró la trampa que le tendieron».

Stalin sigue la misma pauta con Napoleón. Prudente hasta la exageración, se asombra y toma buena nota de los desatinos de los otros. Poco después de ser expulsado del seminario, cuando da sus primeros pasos en los círculos marxistas de Tiflis, acude a una fiesta en el apartamento de un amigo. Mientras los demás comen, beben, cantan, se divierten, él permanece en un rincón absorto en un libro de la «biblioteca barata»: el *Memorial de Santa Elena*. Le llaman para que se una a ellos, le interrumpen, le preguntan qué es lo que tanto le interesa.

–¡Cuántos disparates cometió Napoleón! –responde sin hacerles caso.

Vuelve a leer el libro muchos años después. El ejemplar que aparece en su biblioteca está lleno de acotaciones: una de ellas, subrayada con doble trazo, es la sorprendente confesión de Napoleón de que su mayor error no fue la campaña de Rusia sino la guerra de España, guerra que, quizá por ello, siempre interesó a Stalin. En la *Historia de la guerra de la Península*, de Maximilien Foy, subraya entre otras cosas: «Cuando Napoleón supo el desastre de Bailén, derramó lágrimas de sangre sobre sus águilas humilladas [...]; había desaparecido el encanto: los invencibles habían sido vencidos». También acota los párrafos dedicados al cerco de Zaragoza, defendida «calle por calle y casa por casa», lo que distrajo la atención de dos cuerpos de ejército durante casi dos meses (heroico antecedente de Stalingrado). Y en la *Historia de la Guerra de España*, del general inglés William Napier, considerada por Engels

como la mejor literatura que había leído sobre historia militar, Stalin señala la cita de Napoleón «si pensase que [la invasión de España] me iba a costar 80 000 hombres no lo intentaría: pero no me costará más de 12 000»; y con su saña característica, escribe al margen: «¡Ja! ¡½ millón!». Los movimientos guerrilleros le apasionan. Manda traducir en cuanto aparece *Los Siete Pilares de la Sabiduría*, que realmente solo le interesa por sus referencias a la guerra de guerrillas y a sus amplias posibilidades cuando está integrada en un plan estratégico general.

Por supuesto, Stalin no solo se ocupa de los errores de Napoleón, a quien admira profundamente: estudia, lápiz en mano, todas sus campañas; subraya sus máximas sobre la guerra y amplía con ideas propias sus conocidos comentarios a *El Príncipe*, de Maquiavelo. (Ese ejemplar anotado, uno de los libros de cabecera de Stalin, nunca reproducido y solo conocido por los íntimos, desapareció en el pillaje de su biblioteca después de su muerte). En 1941 se publica en Moscú una amplia antología de las obras literarias y de los pensamientos de Napoleón. Stalin subraya la famosa sentencia: «El corazón de un hombre de Estado está en su cerebro» y, con trazo grueso, entre los recuerdos de la Primera Campaña de Italia, la frase: «Es en la noche de Lodi cuado yo me convencí de que era un hombre extraordinario y me penetré de la ambición de realizar grandes cosas que hasta entonces me parecían pura fantasía».

En cuanto a Rusia, tiene prácticamente todo lo reseñable: las grandes obras de los historiadores Belarminov, Kavelin, Karamzín, Kluchevski, Milukov, Soloviev, Wipper; las múltiples biografías de Iván el Terrible y Pedro el Grande; la correspondencia del primero con el príncipe Kurbski y con otros personajes de su tiempo; los documentos diplomáticos, desde la misión del jesuita Polovino en el siglo XVI hasta la Revolución; las memorias de Catalina la Grande y, con reiteradas señales de interés por su contenido, *La Campaña de Napoleón de 1812*, obra insuperable de Evgeni Tarlé –autor tam-

bién de una biografía del emperador–, a quién concede en 1948 el Premio Stalin. En vísperas de la guerra llega a sus manos una biografía del legendario general de Catalina II, Aleksandr Suvórov, de quien resalta su heterodoxia en el planteamiento de las operaciones y su talento para conseguir el amor de las tropas. (Su autor, Kiril Pigariov, pertenecía a una familia aristocrática que había permanecido en Rusia, sin ser molestada, tras el triunfo de la Revolución. Como era habitual en la nobleza, se había educado en casa, con excelentes preceptores; no había pisado una escuela ni centro alguno de enseñanza superior. Escribió el libro como entretenimiento y envió el original, sin la menor esperanza, a una de las editoriales del Estado. Contra todo pronóstico, la obra fue publicada, y Stalin le llamó personalmente para felicitarle por su trabajo. Sorprendido al conocer que no tenía titulación alguna, ordenó que se le otorgase enseguida el grado de «doctor en Historia». Su nieta, Tatiana Pigariova, es responsable de las actividades culturales del Instituto Cervantes de Moscú.)

★ ★ ★

Pero el autor preferido de Stalin es, sin duda, Friedrich Engels, cuyos escritos militares le interesan bastante más que *El Capital*. Se ha dicho que Marx y Engels fueron los padres de la guerra total y de la estrategia revolucionaria, pero el segundo, además, era un verdadero experto en el arte militar. Escribió cientos de páginas sobre las campañas, la organización de los ejércitos, la táctica y las técnicas de combate, la instrucción y la moral de las tropas, las guerrillas, la influencia decisiva de la producción de armamentos y de la producción en general. Era tal su obsesión por los temas militares que sus amigos le llamaban «general Engels». Y tanto Marx como Lenin tenían en gran estima su talento y su sabiduría en el arte de la guerra. «Durante muchos años –escribió el propio Engels– el estudio de

todas las ramas de la ciencia militar ha sido una de mis principales preocupaciones.» Consideraba que el dominio del arte militar era una condición indispensable no solo para el triunfo de la Revolución, sino también para luchar posteriormente contra quienes quisieran aplastarla.

Stalin reúne todos los escritos militares de Engels –en algunos casos, páginas arrancadas de libros y revistas– en carpetas cuidadosamente ordenadas. Anota especialmente sus artículos en la *Neue Reinische Zeitung*, publicados entre febrero y mayo de 1848, sobre la lucha revolucionaria del pueblo húngaro contra las fuerzas austríacas, en los que describe la táctica de los sublevados –la combinación de acciones de las tropas regulares con golpes de las guerrillas– y el amplio apoyo de la población. Conserva también los más de setenta artículos publicados en *Tribune* durante la guerra de Crimea; aunque subraya las críticas a las pésimas estrategias de ingleses y franceses debidas, según Engels, al cuerpo de oficiales británico, «una casta arrogante e incapaz», y a la fatuidad de Napoleón III, a Stalin le interesan sobre todo las referencias a Rusia: el atraso de su arte militar; la incapacidad de sus generales; el coraje de los soldados; la maestría rusa en la construcción de fortificaciones; el sitio de Sebastópol durante once meses como ejemplo de defensa activa y de heroísmo. También se interesa por el «movimiento de los voluntarios» en Inglaterra, que surgió como reacción a la política amenazante de Napoleón III, y que tuvo gran resonancia popular: millares de obreros se alistaron en él. Los artículos de Engels aparecieron inicialmente en la propia revista del movimiento, pero Stalin conserva –en su versión rusa, por supuesto– la recopilación de todos ellos, publicada en marzo de 1861 bajo el título *Ensayos dirigidos a los voluntarios*.

Otro texto estudiado concienzudamente por Stalin es el primer artículo de los más de cincuenta escritos por Engels para la *Nueva Enciclopedia Americana* sobre cuestiones militares. Tiene por

título *Army,* y se trata de un extenso estudio sobre el arte militar a través de los tiempos, desde la época de Ramsés II hasta la guerra de Crimea, que se inicia con los ejércitos de Asiria, los de Persia y el sistema militar en los estados de la Grecia antigua; continúa con los ejércitos de Filipo, de Alejandro y de Roma; y concluye con la insurrección de los colonos norteamericanos, la Revolución francesa, las campañas de Napoleón y la estructura y organización de los ejércitos modernos de Inglaterra, Francia, Prusia y Alemania. La identificación de Stalin con Engels no se limitaba al terreno militar: ambos compartían la curiosidad por todas las ramas del saber; y Stalin se sentía orgulloso de que Engels, como él mismo, cantase desde su infancia, solo y en grupo, y que lo hiciera muy bien.

No era, sin embargo, una admiración ciega. Un joven profesor del Departamento de Arte de la Guerra de la Academia Frunze, Evgeni Razin, envió un extenso manuscrito a la editorial Voenizdat, especializada en temas militares; se trataba de una obra en cuatro volúmenes titulada *Historia del Arte de la Guerra desde la Edad Media a la primera guerra imperialista de 1914 a 1918.* Pasado casi un año, ante el silencio de la editorial, Razin, que conocía el interés de Stalin por la historia, se decidió a escribirle. Recibió una rápida y rotunda respuesta: había ojeado el largo texto y no estaba de acuerdo con el análisis de la obra de Engels, quien «no siempre acertaba, y cuyos juicios erróneos Razin alababa imprudentemente con tanta pasión». En otra ocasión, Stalin recibió, junto al dictamen preceptivo recomendando su publicación en el periódico del Ejército Rojo, el artículo de Engels «Sobre la política extranjera del zarismo ruso». Lo devolvió con el siguiente comentario:

> Las abominaciones ligadas a las conquistas no son atributo exclusivo de los zares rusos. Engels, al atacar la política extranjera del zarismo, ha pretendido desacreditarlo totalmente a ojos de la opinión pública europea. Publicarlo en *Bolchevick*, nuestro

órgano de combate, sería darle tácitamente la razón. Pienso que la recomendación no es acertada.

Además de innumerables biografías y memorias de políticos y militares de diversas épocas –entre ellas casi todo lo publicado en la emigración por los vencidos de la guerra civil–, en la biblioteca de Stalin se hallaban libros sobre las guerras de religión, la guerra civil de Estados Unidos, la Primera Guerra Mundial y la revolución alemana de 1918-1919. Y, por supuesto, los escritos militares soviéticos: las obras de Tujachevski, de Frunze –sucesor de Trotski como comisario de Defensa y precursor de la ciencia militar soviética– y del propio Trotski; estas últimas, repletas de líneas y notas marginales en rojo. De las embajadas soviéticas, recibía puntualmente los artículos más interesantes aparecidos en las revistas militares de otros países, y un equipo de traductores trabajaba sin descanso a su servicio. La rápida derrota de Francia en 1940, que recordaba la de 1870, llevó a Stalin a interesarse por Bismarck, con quien el propio Hitler gustaba compararse. Ordenó la reimpresión de sus *Obras Escogidas,* dos tomos de memorias y uno de discursos, que habían sido publicados en San Petersburgo en 1899. Recibió el primer tomo, ya impreso, listo para su distribución, y sacó tiempo para leerlo, anotarlo y llenar de comentarios y correcciones el prólogo; solo cuando este fue reescrito a gusto de Stalin, el libro fue puesto a la venta. (Aunque la primera edición del primer tomo nunca llegó a las librerías, algún bibliófilo tiene las dos, solo diferentes en los prólogos.)

El interés por la historia y, más concretamente, por la guerra fue, sin duda, su *hobby* dominante. Ninguna otra afición era tan intensa: en plena contienda mundial seguía leyendo sobre todo literatura militar: releía las biografías de Kutúzov (vencedor de Napoleón) y de Suvórov; y el libro de este último, *La ciencia para vencer.* Coleccionaba mapas y esquemas de las batallas más importantes de todos los tiempos, y seguía sobre ellos el desarrollo de las campañas.

Anotaba en cuadernos los errores y aciertos de los contendientes, la utilización de las reservas, la organización de la retaguardia, las repercusiones geopolíticas. La obsesión por los temas bélicos acompañó a Stalin hasta el final de sus días: unos meses antes de morir mantuvo con el general Chuikov, defensor de Stalingrado, la «charla estratégica» que este relata en sus memorias y que se reproduce más adelante.*

* Ver págs. 453-454.

Capítulo 14

La defensa de la Revolución y de la patria

«El poder lo permite todo», dijo en cierta ocasión el general Franco a su sucesor, el entonces príncipe Juan Carlos. El poder, la excepcionalidad del tiempo histórico y su férrea voluntad permitieron a Stalin hacer realidad prácticamente cuanto se propuso. Sus decisiones se basaban en los más variados ejemplos de la historia, en su fértil imaginación, en las propuestas de sus colaboradores y, con frecuencia, en ideas de sus enemigos, de las que se apropiaba después de aplastarlos.

El Ejército Rojo Obrero y Campesino contó al inicio con menos de 200 000 hombres. En Rusia se celebra, como fecha de su fundación, el 23 de febrero de 1918, aunque unas semanas antes ya se había formado una gran unidad con centenares de guardias rojos y soldados de la guarnición de Petrogrado. En la misma primavera de 1918 tuvo lugar el desembarco de las primeras tropas inglesas, francesas, norteamericanas y japonesas. Esa intervención tenía por objeto no solo derribar el poder soviético, sino más bien ocupar puertos estratégicos (Múrmansk, Vladivostok) y adueñarse de ricos territorios de un extremo a otro del país. La invasión extranjera continuó por mar y por tierra en 1919, y decenas de miles de hombres de otras muchas nacionalidades (checos, polacos, italianos, letones,

estonios, rumanos, finlandeses, alemanes) se unieron a los rusos contrarrevolucionarios –los guardias blancos– mandados por generales y almirantes zaristas. La guerra civil se extendió del Báltico al Pacífico, de Ucrania y Bielorrusia a los Urales y Siberia.

El gobierno soviético se vio obligado a movilizar todos los recursos humanos y económicos para la defensa: se implantó el llamado «comunismo de guerra». Un año después de su fundación, los efectivos del Ejército Rojo se elevaban a casi dos millones de hombres y, a finales de 1920, a cinco millones y medio; otros dos millones –la cifra espanta– ya habían caído hasta entonces en combate. Luchando durante tres años, a veces en seis frentes distintos con una longitud de casi 8 000 kilómetros, el Ejército Rojo, apoyado por la inmensa mayoría del pueblo, repitió la hazaña de las tropas revolucionarias francesas del siglo XVIII: derrotó uno a uno a todos los ejércitos invasores. El coste, eso sí, fue enorme: Rusia perdió más población que en la Primera Guerra Mundial y quedó prácticamente arruinada.

* * *

Trotski fue, sin duda, el artífice de la victoria. Gracias a su legendario tren blindado, en el que vivió durante dos años moviéndose sin parar de un frente a otro, parecía gozar del don de la ubicuidad. Utilizó sin reparos a decenas de miles de oficiales del antiguo ejército zarista, que llegaron a ser mayoría en el Ejército Rojo, al que fueron incorporados bajo el nombre ficticio de «especialistas». Trotski decía que su propio papel consistía, principalmente, en colocar al hombre idóneo en el lugar oportuno y dejarle utilizar sus aptitudes. Lenin aprobaba esa política pese a los actos constantes de traición, que los propios comisarios, en su asfixiante papel de control, no lograban evitar: «Nos traicionan y seguirán traicionando centenares y centenares de especialistas militares [...] –escribió–, pero si no hubiéramos

aceptado sus servicios y hecho que nos sirvieran, no habríamos podido crear el ejército».

Stalin tenía una opinión radicalmente distinta. Era desconfiado por naturaleza, y a ello debió en gran parte su permanencia en el poder. Aborrecía de modo obsesivo a los oficiales zaristas y ponía como ejemplo la Revolución francesa. (Es sabido que cuando el ejército de Dumouriez en Flandes fue derrotado, él desertó para pasarse a los austríacos, que cuatro días después invadieron Francia. Lo mismo que Dumouriez, otros generales que habían sobrevivido al terror jacobino eran de lealtad dudosa, y ello movió a los líderes revolucionarios a volverse hacia hombres nuevos: en 1794 ya habían promovido a un grupo de generales, con una media de treinta y cinco años de edad, entre los que se encontraban ocho futuros mariscales de Francia.) Sin tener en cuenta el parecer de Lenin y de Trotski, Stalin eliminó a la mayor parte de los «especialistas» en las tropas del Sur de Rusia, que él mismo mandaba durante los meses más críticos de la guerra civil; fue, a pequeña escala, su primera represión en masa. Fascinado por el personaje, Emil Lugwig afirma seriamente en su biografía de Stalin que este descubrió una conspiración y que gracias a ello salvó la Revolución. Descubrir complots y aplastarlos, gran «arte cinegético» de Stalin, que alcanzaría su cénit durante las grandes purgas de los años treinta.

* * *

En la guerra civil, Stalin tuvo ocasión de demostrar sus conocimientos militares. La situación de penuria en las grandes ciudades, Moscú en particular, debida al caos en la recolección y los transportes, y a la corrupción generalizada, provocaba el descontento popular y ponía en grave riesgo al régimen. Lenin conocía los métodos expeditivos de Stalin y decidió nombrarle, en mayo de 1918, director general de Abastos en el sur de Rusia, investido de pode-

res extraordinarios: en cuestiones de abastecimiento, todas las autoridades, los sóviets y comités revolucionarios locales y regionales, las organizaciones postales y telegráficas, las de transporte ferroviario, fluvial y marítimo, incluso los Estados Mayores, los jefes de destacamento y los comisarios, estaban «obligados a cumplir las disposiciones del camarada Stalin». Pero este, pocas semanas después de su llegada a Tsaritsin (la futura Stalingrado), escribía a Lenin exigiendo más poder:

> En el sur hay muchos cereales, pero para conseguirlos se necesita un aparato bien organizado, que no tropiece con obstáculos [...] de los jefes de los ejércitos. [...] En interés del trabajo, necesito atribuciones militares. He escrito ya a este respecto sin recibir contestación. Muy bien. En tal caso, yo mismo destituiré, sin más formalidades, a los jefes del ejército y comisarios, que lo echan todo a perder.

Stalin se salió con la suya y fue nombrado presidente del Consejo Militar Revolucionario del Frente del Sur. Pocos meses después, debido a la catastrófica situación en otra zona, fue enviado al Frente del Este. Y medio año más tarde, al iniciarse la ofensiva de Yudénich, que amenazaba con el cerco y la ocupación de Petrogrado por las tropas blancas, fue transferido al Frente del Oeste. Su eficacia resolviendo entuertos era indiscutible.

Las cartas a Lenin desde las diversas áreas bajo su responsabilidad, los informes al Comité Central, las declaraciones a la prensa, los artículos sobre la situación militar en periódicos y revistas sorprenden por su realismo y por la amplitud de los temas tratados: los errores debidos a la falta de preparación de los mandos y a la hostilidad de una parte de las tropas; la falta de material bélico, ropa y calzado adecuados; las decisiones personales sobre operaciones ofensivas y defensivas; la incipiente propaganda soviética en las unidades;

los fallos en la organización de la retaguardia. Define a Kólchak, que a través de Siberia ha llegado a los Urales, como el más serio enemigo porque tiene suficiente número de tropas, una retaguardia bien organizada y un enorme espacio tras de sí, lo que le permitiría retirarse si fuera necesario; Yudénich, por el contrario, no dispone de ninguna de esas ventajas. El largo *Informe acerca de las causas de la caída de Perm* (ocupada por los blancos en diciembre de 1918), perfectamente estructurado y objetivo, parece redactado por el más competente jefe de Estado Mayor. Stalin escribía a mano, y sus textos autógrafos se conservan. En alguno de ellos no puede disimular su orgullo y su ferocidad. Las guarniciones de dos fuertes cercanos a Petrogrado se sublevaron contra el poder soviético en junio de 1919, y Stalin, en contra de toda previsión, ideó un plan para tomarlos mediante ataques simultáneos por mar y por tierra. En plena «noche blanca», los fuertes cayeron y Stalin informó inmediatamente a Lenin por telégrafo:

> Los especialistas navales aseguran que la toma por mar de Krásnaia Gora echa por tierra toda la ciencia naval. Solo me resta compadecer a esta llamada ciencia. La rápida conquista [...] se debe a que hemos intervenido sin contemplaciones de ningún género. Considero mi deber manifestar que, en lo sucesivo, continuaré procediendo de la misma manera, a pesar de toda la veneración que siento por la ciencia. 16 de junio de 1919. Stalin.

Hacia un ejército regular

Una vez finalizada la guerra civil, la reconstrucción de la industria, la agricultura, el transporte y las demás ramas de la economía exigía el esfuerzo de toda la población, y el ejército fue drásticamente desmovilizado. A finales de 1924 quedó reducido a poco más de medio

millón de hombres, el 10 por ciento de los alistados al terminar la lucha. Simultáneamente, tenía lugar una agria polémica sobre el futuro de las Fuerzas Armadas. Varios miembros del Comité Central, faltos de realismo, embriagados por la victoria reciente, desdeñaban el peligro de una nueva y más violenta intervención extranjera y abogaban por la liquidación del Ejército Rojo y el paso inmediato a las milicias populares; se apoyaban en escritos de Lenin anteriores a la Revolución, en los que este sostenía que el pueblo, hasta el último hombre, debía llevar armas e ingresar en la milicia, que reemplazaría al ejército convencional. Stalin se opuso con firmeza a ese proyecto, como había hecho, cinco años antes, en el VIII Congreso del Partido, cuando insistió en la necesidad de crear un ejército regular. A iniciativa suya, en enero de 1924, pocos días depués de la muerte de Lenin, el Comité Central creó una comisión para el estudio de la operatividad de las Fuerzas Armadas. Las conclusiones de la llamada Comisión Frunze fueron sombrías. El propio Frunze, recién nombrado vicecomisario del Pueblo para la Defensa y que ejercía las funciones de jefe del Estado Mayor, declaró: «El Ejército Rojo, en su forma actual, no está en condiciones de combatir». Stalin no era aún el líder indiscutible, pero logró los apoyos necesarios para que sus tesis, coincidentes con las de Frunze, sobre la continuidad, el fortalecimiento y la modernización del ejército profesional fueran aprobadas. La consecuencia inmediata fue la primera ley sobre el servicio militar obligatorio, por cinco años, de todos los ciudadanos de la URSS. Y la creación simultánea de reservas territoriales con millones de hombres listos para tomar las armas en caso de movilización.

La oposición a esas medidas persistía, y ello provocó una nueva y más contundente declaración de Stalin en el Pleno del Comité Central celebrado un año después. Reconocía que las necesidades económicas y culturales superaban las posibilidades del país, lo que servía de argumento a quienes proponían reducir el ejército hasta

convertirlo en una milicia, un ejército de paz, una simple fuerza pública para garantizar el orden. Pero añadía que la posibilidad, por remota que fuese, de una nueva guerra le obligaba a «declarar de la manera más categórica que es necesario liquidar enérgicamente esa tendencia *liquidacionista*» (*liquidar* es una de las expresiones favoritas de Stalin a lo largo de su carrera). Y concluía:

> Hay que estar preparados para todo, hay que preparar nuestro ejército, calzarlo, instruirlo, mejorar su material, mejorar sus recursos químicos, su aviación y, en términos generales, elevar nuestro Ejército Rojo a la altura debida. Así nos lo exige la situación internacional.

La instrucción técnica de los primeros reemplazos fue una tarea imposible debido a la carencia de armamento moderno y, como consecuencia, de mandos especializados en su manejo. Durante la guerra civil, el ejército había formado gran número de cuadros para todas las armas mediante la asistencia a cursos rápidos de escasa entidad. Cuando se produjo la desmovilización, quedaron en el ejército millares de mandos intermedios que deseaban seguir la carrera militar. Muchos de ellos –sobre todo los de más edad, que procedían generalmente del ejército zarista–, fiados en su capacidad y su experiencia, creían que no tenían nada que aprender y fueron descartados enseguida. Para mejorar la situación, se prohibió la desmovilización de los miembros del Partido, en el que eran admitidos por su fidelidad y su entusiasmo tras un duro proceso de selección. Fue una sabia decisión: ellos fueron la espina dorsal del nuevo ejército, los primeros cuadros realmente preparados para la guerra moderna.

Se crearon, por supuesto, centenares de escuelas militares. Esas escuelas, desde las destinadas a la formación de mandos intermedios para todas las armas y servicios hasta la Academia del Estado Mayor General –más tarde, Academia Militar Frunze–, lograron enseguida

un nivel comparable al de las más prestigiosas del mundo. A ellas eran enviados compulsivamente, lo deseasen o no, los oficiales más brillantes a juicio de sus jefes. En la Escuela Superior de Caballería de Leningrado, que conservó su nombre aunque en ella se estudiaba la guerra del futuro, coincidieron en los mismos años varios de los futuros generales de Stalin: Zhúkov, Rokosovski, Bagramián, Yeriómenko, Ribalko. En 1928, Blomberg, futuro ministro alemán de la Guerra, quedó impresionado por la eficiencia operativa de la escuela de tanques de Kazán, de la de guerra química de Volsk y del centro aeronáutico de Lípetsk. En 1935 se realizaron maniobras militares en Ucrania y Bielorrusia, y los observadores extranjeros quedaron sorprendidos por la utilización en ellas de grandes contingentes de desembarco aéreo, no existentes entonces en ningún otro país.

* * *

Alcanzaron gran prestigio la Escuela Naval de Khersón y la Escuela de Aviación Káshino. Esta era dirigida por un simple mayor, el legendario Alexandr Jalutin, a quien, poco antes de la invasión alemana, se había encomendado la creación de un regimiento de cazas. Formado con sus antiguos alumnos, el famoso Regimiento 495.° intervino, durante los cuatro primeros meses de la guerra, en casi cuatro mil combates, derribando, a costa de grandes pérdidas, centenares de aviones enemigos. Jalutin, milagrosamente, sobrevivió, y en agosto de 1994 participó en un festival aéreo celebrado en el aeropuerto Túshino de Moscú –hoy aeródromo militar y helipuerto–, en el que cuantos quisieron, incluidos los inválidos, pudieron saltar en paracaídas. Con ochenta y cinco años de edad, el entonces general retirado realizó su salto número 140, seis decenios largos después del primero.

En 1941, al producirse la invasión nazi, todas las escuelas militares del país sumaban la impresionante cifra de 240 000 alumnos, y

gran parte de ellos aspiraban a continuar su carrera como cuadros permanentes del Ejército Rojo. Durante la guerra, las escuelas se multiplicaron y, en cursos intensivos de cuatro o cinco meses, proporcionaron a las fuerzas terrestres y áreas, a la flota y a los cuerpos auxiliares cerca de dos millones de oficiales. A partir del otoño de 1943, sobraban hasta tal punto que miles de ellos, sobre todo quienes habían realizado estudios de ingeniería antes de la guerra, fueron enviados como técnicos a las fábricas de armamento, que funcionaban día y noche para atender la demanda, siempre creciente, de material bélico.

* * *

Entre los varios logros, largamente documentados, debidos a la iniciativa personal de Stalin, destaca la fusión de las múltiples nacionalidades del país, sin distinción alguna, en las Fuerzas Armadas soviéticas. Stalin conoce la habilidad de Roma para integrar a los pueblos conquistados, al concederles la ciudadanía y hacerles pensar y luchar como romanos; y consigue prácticamente lo mismo. En 1923, en plena desmovilización, el Partido decide la creación de escuelas militares en todas las repúblicas para la formación de cuadros oriundos de las mismas. A la vez, se fomenta por todos los medios el patriotismo soviético con objeto de que el centenar largo de nacionalidades y grupos étnicos se suelden en una ciudadanía común. Poco después, el Ejército Rojo cuenta con divisiones ucranianas, bielorrusas, georgianas y armenias, y con unidades menores de otras repúblicas. Más tarde, cuando la cohesión interna es muy sólida, se establece que los ciudadanos de todas las repúblicas se incorporen a las Fuerzas Armadas en condiciones de absoluta igualdad; con ello se logra la hermandad entre los pueblos de la URSS, que queda patente en múltiples ocasiones durante la guerra.Hombres de Asia Central, de Siberia, del Cáucaso, de la Rusia europea luchan frater-

nalmente en las mismas unidades, codo con codo, contra el invasor alemán. En la heroica defensa de la fortaleza de Brest participan soldados de más de treinta nacionalidades; y entre los millones de combatientes en las grandes ofensivas –iniciadas con el cerco de Stalingrado– hay hombres de todos los puntos del país. (En una pequeña aldea del norte de Yakutia, próxima al Lena, un monumento recuerda a los caídos y desaparecidos en la guerra: casi ciento cincuenta, más que los habitantes actuales del lugar.) Por cierto, en sus lecturas sobre el arte militar de Roma, Stalin subraya el duro y continuo entrenamiento de las tropas, que convierte a los hombres en autómatas implacables. La indiferencia del soldado romano ante la muerte, su sangre fría, su ferocidad segando vidas, quizá sean el remoto origen de la pavorosa orden manuscrita por Stalin que exige la destrucción del enemigo a cualquier precio: «Si fuesen heridos, finjanse muertos. Esperen hasta que los alemanes estén cerca; después escojan uno y mátenlo. Mátenlo a tiro, a bayoneta, a navaja. Rásguenle la garganta con los dientes».

Capítulo 15

La fabulosa Osoaviajim

Stalin era consciente de que la instrucción militar limitada al propio ejército no garantizaba la defensa del país. En 1923 se habían fundado la Sociedad de Amigos de la Flota Aérea y varias otras similares, con objeto de mantener vivo en el pueblo el espíritu de la guerra civil ante la perenne amenaza de una nueva agresión exterior; la primera recaudó en dos años seis millones de rublos oro, con los que se financiaron trescientos aviones de combate. Todas ellas se integraron en 1927, cuando Stalin ya había derrocado a sus principales adversarios, en una de las creaciones más extraordinarias de su fecunda imaginación: la impresionante Osoaviajim, gigantesca organización paramilitar, a escala nacional, subordinada al Comisariado del Pueblo para la Defensa, y que pronto adquirió, por sus singulares atractivos, gran popularidad entre la población: llegó a contar con cuarenta millones de miembros, de los que más de una tercera parte eran muchachas.

Consistía en cientos de clubes deportivos, repartidos por todo el territorio, cuyas múltiples actividades estaban orientadas a la defensa del país. Contaba con su propia flota aérea, aeródromos, torres de paracaidismo, centros de vuelo en planeadores, estaciones de esquí, campos de tiro, escuelas de equitación y talleres de diverso tipo. Los medios puestos a su disposición eran enormes, y resulta milagroso que en pleno proceso de industrialización, que consumía in-

gentes recursos, el Estado pudiera financiar la Osoaviajim. Los diversos cursos, impartidos generalmente por oficiales de la reserva, solían durar un año y, dado su carácter deportivo, debían seguirse sin interrumpir los estudios o la actividad laboral. Una de las más famosas aviadoras soviéticas, Ekaterina Médnikova, aprendió a volar en la Osoaviajim mientras era obrera en una fábrica. Los cursos eran voluntarios, pero era tal la demanda que superaba con creces las plazas disponibles. Tenían preferencia los jóvenes antes de su incorporación a filas y, gracias a la Osoaviajim, ninguno de ellos entraba en el Ejército o la Marina sin haber recibido alguna formación militar.

* * *

En el ámbito de la aviación, durante los casi tres lustros transcurridos desde su fundación hasta el comienzo de la guerra, millares de muchachos de uno y otro sexo participaron en los cursos de la Osoaviajim, a razón de unos diez mil por año; la única exigencia para ser admitidos era aprobar el examen médico. Aprendían a pilotar, realizar vuelos acrobáticos y nocturnos, y volar a ciegas. La mayoría de los graduados soñaban con llegar a ser pilotos de guerra. En los años treinta, los aviadores soviéticos consiguieron récords internacionales de velocidad, distancia y altitud. Todos ellos eran graduados de la Osoaviajim que se habían incorporado posteriormente a las numerosas academias militares de aviación. En estas completaban su formación, aprendían a pilotar los nuevos aparatos y practicaban vuelos de alto riesgo, que exigían temple, osadía y habilidad. En la guerra, los pilotos soviéticos fueron capaces de usar sus aviones como proyectiles, lanzándolos contra la cola de los aparatos enemigos; y de regresar a sus bases pese al inevitable daño en los suyos.* Cuando

* Tres pilotos derribaron de ese modo aviones nazis en la misma madrugada del 22 de junio, apenas comenzada la invasión. Uno de ellos fue el teniente Iván Ivanov, y en el antiguo Mu-

eso no era posible, y se veían abocados a aterrizar en campo enemigo, se inmolaban precipitando sus aviones sobre los depósitos de gasolina o las baterías alemanas. (La aviación era una de las aficiones favoritas de Stalin; cuando su hijo Vasili le dijo que quería ser artillero como Napoleón, le contestó secamente: «Serás aviador». Los hijos de Frunze, Jruschov, Mikoián, Bulganin y otros dirigentes siguieron el ejemplo, y varios de ellos murieron en combate. Stalin llamaba a los bombardeos aéreos «artillería de largo alcance».)

El paracaidismo y el vuelo en planeador también tuvieron gran éxito. La Osoaviajim contaba con más de cien escuelas de paracaidismo y con seiscientas torres de lanzamiento erigidas en los más diversos lugares del país. En 1940 se realizaron cinco millones de saltos desde esas torres y un millón más desde aviones. En vísperas de la guerra se introdujeron importantes cambios en el curso de paracaidismo. Los alumnos estudiaban un idioma extranjero, mayoritariamente el alemán, y aprendían a volar puentes, interceptar o mantener comunicaciones radiotelefónicas y telegráficas, manejar ametralladoras, atacar a la bayoneta y utilizar granadas de mano. Respecto a planeadores, la Osoaviajim disponía de más de cien centros de vuelo, en los que cuarenta mil alumnos por año realizaban prácticas selectivas para futuros pilotos de combate. Todos los récords del mundo tanto en paracaidismo como en vuelos sin motor fueron conseguidos por miembros del Ejército Rojo o por civiles soviéticos. En 1939 Olga Klépikova estableció el récord mundial de larga distancia en planeador: casi setecientos cincuenta kilómetros. Y trenes de planeadores fueron utilizados en la guerra para el transporte de tropas.

Respecto a la marcha con esquís, en cuanto llegaba el invierno y el país se cubría de nieve, la Osoaviajim ponía en funcionamiento

---

seo de la Revolución, hoy Museo de la Historia Contemporánea de Rusia, se exhibe el diploma de su nombramiento como Héroe de la Unión Soviética.

millares de pistas para sus entrenamientos. Los participantes vestían trajes blancos de camuflaje y llevaban el equipo militar completo, incluido un fusil reglamentario del ejército. Aprendían a disparar y arrojar granadas de mano mientras se deslizaban por la nieve; y también, a prestar primeros auxilios. Otra actividad de gran éxito era la equitación, debido a las gestas en la guerra civil de la legendaria Caballería Roja. Entre los cientos de folletos y manuales editados por la Osoaviajim, uno de los más populares era el titulado *Instrucción de la Caballería*. En las ciudades, estudiantes, obreros y empleados, además de aprender a cabalgar y cuidar de sus monturas, adquirían los conocimientos básicos de veterinaria que siempre tuvo el mundo rural. El nivel al que debían aspirar los jinetes urbanos se resumía en un expresivo lema: «No menos que el campesino».

* * *

Otro de los objetivos de la Osoaviajim era fomentar, sobre todo entre los jóvenes antes de que fueran llamados a filas, el interés por la técnica con vistas a la guerra mecanizada, el trabajo industrial y la motorización de la agricultura. En el campo se despertó tal pasión por la mecánica que todos querían manejar una máquina: gran parte de los tanquistas soviéticos en la guerra provenían de las innumerables unidades de tractores, y eran elegidos, más que por su aptitud, por su impasibilidad ante el peligro. El corresponsal del periódico sueco *Stockholm Tidningen* en el frente germano escribió: «Los soldados alemanes se quedan mudos de asombro al ver saltar de sus tanques a los rusos para emplazar cañones o realizar reparaciones bajo una lluvia de balas».

Las instalaciones más numerosas eran, sin duda, los polígonos de tiro. Existían a millares, hasta en las más perdidas aldeas. Bastaba con que algún buen cazador del lugar se mostrase dispuesto a enseñar a los demás para que la Osoaviajim acotase un terreno y faci-

litase el material necesario: blancos, fusiles y municiones sin tasa. Toda la población, desde escolares a ancianos, tenía derecho a practicar el tiro, usando, naturalmente, fusiles de diverso calibre según su edad y aptitud. Quienes demostraban una habilidad excepcional eran premiados con una insignia: *Tirador de Voroshílov.* En 1937, nada menos que cien mil muchachos entre trece y dieciséis años de edad lucían con orgullo ese distintivo. Muchos de ellos pasaron a formar parte durante la guerra de las unidades de francotiradores.

Pero la insignia que alcanzó mayor difusión fue la que reconocía la aptitud para la defensa. Amas de casa, estudiantes, obreros, campesinos, niños en edad escolar aprendieron a usar una máscara antigás, retirar escombros, apagar fuegos, extinguir bombas incendiarias, prestar primeros auxilios en los refugios antiaéreos, cavar trincheras para el tiro inclinado, disparar contra aviones a baja altura y paracaidistas en descenso. Las cuadrillas de voluntarios civiles entrenados en la Osoaviajim, junto con las brigadas de bomberos de la ciudad, lograron extinguir todas las bombas incendiarias, más de doscientas, que cayeron sobre un solo distrito de Moscú en las primeras noches de la guerra. Un muchacho vivió permanentemente con su máscara antigás durante tres meses, y enseguida aparecieron émulos entusiastas en todo el país. Todas las publicaciones de la Osoaviajim, con tiradas de millones de ejemplares, tenían un *leitmotiv* común: que las fronteras soviéticas algún día serían violadas y que toda la población debía estar preparada para repeler la agresión. Varios años antes de la guerra, cinco millones de personas y, aún más significativo, el 80 por ciento de los muchachos llamados anualmente a filas lucían el popular distintivo: «Apto para la defensa antiaérea y antiquímica».

La mayoría de los participantes en los diversos cursos de la Osoaviajim realizaban varias prácticas comunes: cultura física, camuflaje personal, lectura de mapas, avance bajo el fuego enemigo, superación de toda clase de obstáculos, lucha cuerpo a cuerpo, empleo de armas automáticas, lanzamiento de granadas. La práctica más

dolorosa era acabar, de un solo disparo a la cabeza, con animales viejos o de desecho: vacas, ovejas, caballos, incluso perros de los propios alumnos; así tendrían que hacer con sus camaradas heridos y agonizantes en la guerra. Las mujeres eran formadas sobre todo como operadoras de radio, telefonistas, intérpretes, conductoras de ambulancias y de vehículos de transporte. También eran mayoritarias, como médicas o auxiliares, en los hospitales de campaña.

La Osoaviajim, que también agrupó a las asociaciones de partisanos, tuvo una influencia decisiva en la preparación del pueblo para la defensa. Millones de personas aprendieron divirtiéndose, y los variados conocimientos adquiridos quedaron patentes durante la guerra: la asombrosa eficacia de los equipos móviles que reparaban material y vulcanizaban neumáticos en plena línea del frente; la pericia de tanquistas, pilotos, guerrilleros, rastreadores, paracaidistas y francotiradores; el empleo de perros para la destrucción de tanques; la recuperación de material en la retaguardia enemiga; la neutralización de campos de minas, generalmente realizada por muchachas.

Capítulo 16

Los vengadores del pueblo

Como ya se ha dicho, a Stalin le interesa sobremanera la guerra de guerrillas y acumula una importante colección de libros y documentos sobre ella. Entre sus numerosas notas manuscritas figuran sus propias reflexiones sobre un hecho que considera trascendente y novedoso: la guerra de la Independencia española –sobre ella tiene todo lo publicado en ruso–, en la que, por primera vez, un pueblo en la indigencia se levanta en armas para enfrentarse a un ejército regular y moderno, el «invencible» ejército de Bonaparte (Grande Armeé). Casi doscientas partidas, muchas de ellas con escasos efectivos, acosan a las tropas francesas de punta a punta del país; se ha dicho que logran inmovilizar a más de la mitad del ejército invasor. Stalin subraya las frases más rabiosas de la carta de Napoleón a Davout, gobernador general de Hamburgo, del 2 de diciembre de 1812, en la que afirma que los españoles son un pueblo de asesinos supersticiosos inducidos a error por 300 000 clérigos, y los compara con los alemanes, concienzudos, trabajadores y razonables.*

* Efectivamente, pese a que el rey de Prusia publicó un edicto en abril de 1813 disponiendo que el deber de todo ciudadano era oponerse a la invasión del enemigo con las armas a su alcance (hachas, horcas, hoces), siguiendo el ejemplo español un lustro antes, en la guerra alemana contra Napoleón lo *razonable* prevaleció, lo «irrazonable» –la arriesgada acción guerrillera– no se produjo.

Otro texto intensamente estudiado por Stalin es la llamada *Tètradka*, el meticuloso trabajo de Lenin sobre *De la Guerra*, en el que reproduce innumerables párrafos de su admirado Clausewitz, con notas marginales, frases subrayadas, signos de interrogación. La genialidad de Lenin consiste en tomar las ideas del prusiano sobre las guerrillas como fundamento de la revolución bolchevique; en haber intuido la semejanza entre el movimiento guerrillero y la acción revolucionaria, ya que en ambos casos se trata de socavar, mediante una continua actividad subversiva, la fuerza del adversario. Según Carl Schmitt, el gran pensador alemán:

> [Lenin] ha creado de esa forma uno de los documentos más grandiosos de la historia universal y de la historia de las ideas. Un estudio profundo de estos extractos, notas y signos diversos permite deducir la nueva teoría de la guerra absoluta y de la hostilidad absoluta.

Entre los siglos XIII y XIX, los guerrilleros rusos luchan contra los sucesivos invasores del país (tártaros, suecos, polacos, franceses) y en la guerra civil lo hacen contra los ejércitos blancos y las fuerzas extranjeras que pretenden derribar el régimen soviético. Durante el verano de 1812, los guerrilleros, organizados y dirigidos por mandos militares, hostigan sin descanso al ejército francés en su camino hacia Moscú. Y en los últimos meses del mismo año, los campesinos, con las armas más elementales, caen como una plaga sobre las tropas francesas en retirada, muertas literalmente de hambre y de frío. (Tolstói, en *Guerra y Paz*, eleva a los altares al campesino ruso por su fortaleza y su heroísmo.)

Stalin es consciente del papel decisivo que el movimiento guerrillero desempeñará en la inevitable confrontación con Alemania, y pone todos los medios disponibles para anticiparse a la guerra y prepararlo hasta en sus menores detalles. Por lo pronto, establece

personalmente las denominaciones oficiales: «partisano», para el guerrillero; «unidades de partisanos», para las guerrillas, las llamadas despectivamente «bandas» por los alemanes. Como se ha señalado ya, las asociaciones de guerrilleros surgidas en todo el país por iniciativa de las autoridades locales, y que funcionaban de modo independiente, son integradas en la Osoaviajim desde que esta es creada en 1927. Una amplia red de centros activos de información, propaganda y reclutamiento, responsables también de la instrucción de los futuros partisanos, se extiende por todo el territorio. En el Comisariado del Pueblo para la Defensa, del que depende la Osoaviajim, se organiza un doble Estado Mayor para coordinar las acciones del Ejército Rojo con las de los partisanos. Gracias a esas medidas, el movimiento guerrillero, que parece surgir espontáneamente cuando se produce la invasión, nace con un plan previamente establecido, que prevé la estrecha colaboración con las unidades regulares y sobre todo con los paracaidistas para actuar junto a ellos tras las líneas alemanas. A los llamados «vengadores del pueblo» solo les faltan las consignas, y estas se encuentran en la proclama de Stalin a la nación del 3 de julio de 1941: crear en las regiones ocupadas destacamentos de partisanos a pie y a caballo; hacer saltar los puentes; destruir las vías de comunicación y los convoyes; inutilizar las líneas telefónicas y telegráficas; quemar los almacenes; hostigar sin respiro al enemigo para que se encuentre en una situación insostenible.

Esas consignas se formalizan, días después, en una orden redactada por el propio Stalin: *Sobre la organización de la lucha en la retaguardia de las tropas alemanas*. Cuando Hitler recibe esa información, no solo infravalora el peso de las guerrillas, sino que les da la bienvenida: «Ello tiene sus ventajas –afirmó–. Nos da la oportunidad de exterminar a quienquiera que se vuelva contra nosotros». Comete el mismo error que Napoleón: menosprecia el posible movimiento guerrillero. Ambos están convencidos de que en la guerra lo que cuenta es el ejército regular combatiendo al enemigo y no dudan

del resultado: se saben superiores en medios, en organización, en estrategia, tal como muestra la sucesión ininterrumpida de sus victorias. En cuanto a merodeadores, guerrilleros, francotiradores, de ellos se encargaría la policía (la Gestapo en tiempo de los nazis): se fusilaría a quienes se cogiese con las armas en la mano y se tomarían rehenes para ejercer presión sobre la población. Al preparar la Operación Barbarroja (la invasión de Rusia), el Alto Mando alemán ignora la probable aparición de las guerrillas. Hitler no podía imaginar que incluso miles de muchachas se infiltrarían tras las líneas alemanas para sabotear al enemigo. Uno de los documentos más impresionantes del Museo de la Victoria de Moscú es la fotografía encontrada en el cadáver de un oficial alemán, tomada seguramente por él mismo: Zoia Kosmodemiánskaia, una estudiante moscovita de dieciocho años, marcha erguida e inmutable hacia la horca después de haber sido torturada. (La ejecución tuvo lugar al comienzo de la guerra, y tres semanas antes de su final, la madre de Zoia recibió otra funesta noticia: Kostia, el hijo que le quedaba, había caído al mando de una batería de *katiushas.)*

Tres semanas después de comenzar la guerra, en julio de 1941, un biplano con la estrella roja pintada en el fuselaje realizó un aterrizaje forzoso en territorio ocupado. La piloto, una muchacha de veintidós años, y su acompañante, un mayor del NKVD, fueron hechos prisioneros y, más tarde, ejecutados por no pertenecer al ejército regular. Aunque habían intentado destruir los documentos que portaban, estos fueron rehechos, y uno de ellos causó enorme impresión al mando alemán. Se trataba de un informe dirigido a Moscú sobre la actividad de los guerrilleros soviéticos en aquel sector del frente. En él se decía que, en tan corto período de tiempo, ya se habían creado más de veinte unidades de partisanos, todas ellas dirigidas por miembros del Partido, bien funcionarios de las zonas ocupadas, bien oficiales de las tropas fronterizas del Ejército Rojo. Los guerrilleros contaban con instructores en técnicas de sabotaje

procedentes del Cuerpo de Zapadores y con material bélico en abundancia: fusiles, ametralladoras, municiones, granadas de mano, minas anticarro y kilos de explosivos. Además de esas unidades, operaban en la zona batallones especiales del NKVD dedicados prioritariamente a eliminar paracaidistas enemigos en la retaguardia soviética; cuando el ejército nazi avanzaba, esos batallones permanecían tras las líneas alemanas y se convertían en nuevas unidades de partisanos.

El movimiento guerrillero no tuvo, pues, nada de improvisado. En Tiflis, bien lejos del frente, se estableció un campamento-escuela, cuyos alumnos, todos ellos oficiales del NKVD, tras un curso de varias semanas, se incorporaban a las unidades guerrilleras como instructores. Enseñaban la aplicación práctica de los conocimientos adquiridos en la Osoaviajim y de los contenidos en el *Spútnik Partisana* (guía del partisano), un manual de casi quinientas páginas que explicaba con detalle todo lo que debía saber el guerrillero: fabricar minas caseras en pleno bosque; dinamitar depósitos, puentes, vías férreas; pernoctar en la nieve; manejar las armas y los vehículos alemanes; instalar puestos de observación en lugares inverosímiles (incluso entre cadáveres); conservar alimentos; orientarse por las estrellas; modo de proceder en los interrogatorios de la Gestapo; preparación de emboscadas; utilización de hierbas medicinales; métodos de camuflaje, lucha cuerpo a cuerpo; primeros auxilios...

* * *

Casi un millón de partisanos, entre ellos varios «niños» de la guerra civil española, lucharon en los territorios ocupados y llegaron a formar grupos de asalto especialmente entrenados para atacar de noche instalaciones militares muy lejos de la línea del frente. Los guerrilleros iniciaban la acción lanzando granadas y gritando el temible *¡Urrááá!* Los soldados alemanes se despertaban aterrorizados, some-

tidos, además, al fuego de las armas automáticas. Al amanecer, los soviéticos desaparecían y llevaban a sus mandos excelente información. Los alemanes estaban convencidos de que el movimiento de resistencia quedaría paralizado en cuanto se pusiese en práctica lo dispuesto en el plan de la Operación Barbarroja: «Los guerrilleros serán ejecutados en el acto». Hitler, obcecado, no se decidió a crear un Estado Mayor dedicado en exclusiva a la lucha antiguerrillera hasta dos años después del comienzo de la invasión (día por día: el 21 de junio de 1943). Dirigido por un general de las SS, contaba entre sus efectivos con las llamadas «brigadas salvajes», cuyos miembros, muchos de ellos criminales liberados de prisión, nada podían hacer, pese a su crueldad, frente a los miles de guerrilleros que entonces operaban en la retaguardia alemana: en vez de cazar eran «salvajemente» cazados. Y el 6 de mayo de 1944, justo un año antes de la rendición incondicional, el mando alemán tomó otra decisión pasmosa. Cuando el ejército nazi en retirada estaba a punto de abandonar para siempre el territorio soviético, difundió entre las tropas un instructivo manual, ya completamente inútil, para combatir a los partisanos.* Ese reglamento tardío, concebido como respuesta al *Spútnik Partisana,* es tan completo –obra, al fin y al cabo, del perfeccionista Estado Mayor germano– que, tras la guerra, dos generales ingleses interesados en el tema publicaron un libro reproduciendo las instrucciones alemanas como un modelo que seguir en la lucha contra los movimientos guerrilleros del futuro.

Pese a los cuantiosos medios empleados –en ocasiones, divisiones regulares con el apoyo de la aviación, de carros y de artillería–, los alemanes se mostraron impotentes en su lucha contra «las bandas». En la llamada «*gran guerra del carril*» los partisanos hicieron des-

* Del mismo modo, a última hora, unos meses antes de su caída, Napoleón dictó una orden inútil para el general Lefèvre en septiembre de 1813: «Es necesario operar como partisanos en todos los sitios donde haya partisanos».

carrilar miles de trenes y volaron cientos de puentes ferroviarios; en una sola noche llegaron a dinamitar cuarenta mil raíles. Durante la batalla de Kursk, en julio de 1943, los partisanos paralizaron prácticamente a un Grupo de Ejércitos: en veinticuatro horas actuaron sobre más de nueve mil puntos distintos, haciendo saltar las vías férreas, y desorganizando el transporte y el abastecimiento de las tropas. Además de destruir, los guerrilleros rusos mataban sin piedad: solo en Bielorrusia, casi medio millón de alemanes cayeron a sus manos.*

Los cazadores de hombres

Respecto a los *snipers*, los tiradores de élite, Stalin sabe por su admirado Engels que los insurgentes norteamericanos eran excelentes tiradores, antiguos tramperos, que hostigaban sin cesar al enemigo. Por otra parte, durante sus años de condena en Siberia, donde la pesca y la caza son los únicos entretenimientos, aprende a manejar un rifle y observa las lecciones que los abuelos dan a sus nietos. La primera de ellas –permanecer inmóvil pese a la ventisca y el frío, al acecho, en espera del instante propicio– coincide con su carácter: tarda quince años de infinita paciencia en liquidar a todos sus enemigos. Pero reconoce que no cuenta con otros dones de la naturaleza: la portentosa vista y el pulso inigualable del siberiano, capaz de

* El movimiento guerrillero fue muy poderoso en Bielorrusia: llegó a contar con 350 000 partisanos bien entrenados, que disponían de servicios de apoyo perfectamente enmascarados. Los alemanes nunca sospecharon que en las profundidades del bosque Naliboki funcionaban cocinas, panaderías, talleres de ropa y calzado, un hospital, una fábrica de bombas de mano y hasta una escuela para un centenar de alumnos. Yelena Mazánik, una muchacha de aspecto inofensivo, trabajaba como sirvienta en la residencia de Wilhem Kube, comisario general para Bielorrusia desde 1941. El 23 de septiembre de 1943, Kube voló por los aires: Yelena había colocado una bomba bajo su cama. Ella logró escapar, pero mil personas fueron asesinadas como represalia.

acertar en un ojo a visones y martas cebellinas para conseguir pieles perfectas. No es extraña, por ello, su elección a la hora de formar francotiradores; los hay de otras zonas montañosas del país (Cárpatos, Cáucaso, Asia Central), pero en su mayoría proceden de Siberia y los Urales.

Los alemanes sufren por vez primera en Stalingrado el acoso de los *snipers*. Habituados al avance irresistible de sus fuerzas acorazadas, se encuentran inmersos en la lucha callejera, casa por casa, para la que no han sido preparados. Tropiezan, además, con un enemigo invisible, que no participa en el combate, que no lucha por retener o recuperar territorio, sino que abate hombres, disparo a disparo, como si fueran piezas de caza. Hasta la llegada de las lluvias, debido al calor y al polvo, la sed es terrible en el campo nazi a la vista del Volga. En busca de agua, los soldados, portando grandes cubos, salen de sus escondrijos en cuanto anochece; y los francotiradores, «a la luz de la luna», se ocupan de que no lo logren. Impresionado por su múltiple presencia, un oficial alemán calcula que en la ciudad debe de haber al menos un batallón completo de francotiradores; y escribe a su familia:

> ... escondidos entre los escombros, con fusiles de gran potencia dotados de mira telescópica, disparan contra todo lo que se mueve. El enemigo dispara desde todas partes, desde todos los agujeros. No debes dejarte ver.

Matar jefes es precisamente la tarea de los mejores: inertes durante horas, son capaces de adivinar, por el más tenue humo de un cigarrillo, que un oficial sale de su refugio para recorrer agachado la senda, en apariencia oculta y protegida, hasta las letrinas. Aunque el mando alemán reconoce que los *snipers* soviéticos son insuperables, llega a la errónea conclusión de que los tiradores excepcionales, dedicados prioritariamente a eliminar altos oficiales, son muy pocos;

y decide enviar a Stalingrado, para que los localice y destruya, al jefe de la Escuela de Francotiradores de Zossen, coronel de las SS *(standartenführer)* Heinz Thorwald. La respuesta soviética fue confiar a Vasili Záitsev, un impasible cazador de los Urales, la misión de batirle. Záitsev, que sobrevivió largos años a la contienda, era responsable de la formación de francotiradores en el 62.° Ejército, cuyo jefe, el mítico general Chuikov, defensor de Stalingrado, conocía bien su gran destreza y su infinita calma (el término *záitsev* viene de liebre y sus discípulos eran conocidos como *zaichata,* lebratos). El duelo duró varios días, y el alemán logró eliminar a tres de los más expertos *snipers*, pero Záitsev, al acecho jornada tras jornada, desde el amanecer hasta la puesta del sol, consiguió acabar con él. (La mira telescópica del coronel Thorwald se conserva en el Museo de las Fuerzas Armadas de Moscú; y el rifle de Záitsev, en el Museo Panorama de Stalingrado.)*

* * *

Se distinguían por su intrepidez y bravura las tiradoras, muchas de ellas jovencísimas (la mitad de los *snipers* que actuaron en la guerra fueron mujeres y mataron a más de doce mil alemanes). Una fábrica de Perm produjo once millones de cascos a lo largo de la contienda. Stalin aprobó divertido la fantástica idea de sus directivos para realizar el control de calidad. Se pidió a los comités del Partido de las regiones colindantes que enviasen a la fábrica a las muchachas que se hubieran distinguido como tiradoras. Provistas con el más poderoso rifle de asalto, pero sin mira telescópica, disparaban contra los cascos situados a larga distancia: casco atravesado, casco desechado. Después

* En la documentación encontrada en el cuerpo del *sniper* nazi, este figuraba como mayor Erwin König. Al parecer, él mismo decidió ocultar su nombre por si era abatido. Su identidad real solo fue descubierta tras el final de la guerra.

de ese entrenamiento, una verdadera competición que duraba un par de meses, las mejores tiradoras eran enviadas a las escuelas de *snipers* y, tras un rápido curso, directamente al frente. Tanto era el prestigio femenino en esa paciente actividad que la Escuela Central de Francotiradores estaba dirigida por una mujer. En una fotografía figura sentada entre sus alumnos, hierática, imperturbable, sin el menor atisbo de sonrisa, como si estuviera a la espera de que un enemigo apareciese; solo le falta el rifle.

Con frecuencia, los fotógrafos de guerra pedían a sus mandos permiso para acompañar a las tiradoras. Si se les concedía, debían llevar un grueso cinturón repleto de granadas para cubrir cualquier contingencia. Se ocultaban cerca de ellas, y los idilios, como es natural, eran frecuentes. Durante la larga espera, el intenso deseo por la presencia del otro, cercano e intocable, se unía a la propia excitación de la aventura. Todo es normal en la guerra: el disparo certero, la escapada a la carrera, el amor relajante en plena naturaleza. Reafirmar la vida ha sido siempre el objeto de toda ofrenda, de todo sacrificio. No hay nada más sensual en ese escenario inerte y silencioso que la imagen viva de Liudmila Pavlichenko al acecho en una de las grandes fotografías de la guerra: la fascinante mirada de la bella y famosa «sacerdotisa», lista para celebrar el rito cotidiano, fue captada cuando estaba a punto de inmolar una nueva víctima y de alcanzar así el palmarés de trescientos alemanes muertos.

(Liuda estudiaba Historia en la Universidad de Kiev cuando empezó la guerra. Al presentarse como voluntaria, dijo de pasada que era buena tiradora. Tras una prueba que asombró a los oficiales presentes, fue destinada a una división, sin más entrenamiento, directamente como *sniper*. En junio de 1942 resultó herida por un trozo de metralla y fue retirada del frente. Ese mismo año formó parte de una delegación de combatientes distinguidos que viajaron a Estados Unidos invitados por Eleanor Roosevelt, esposa del presidente americano. En una de las multitudinarias recepciones, Liuda

fue invitada a dirigirse brevemente a los presentes. Los aliados se resistían a abrir el Segundo Frente, y la atractiva teniente, vestida, por supuesto, de uniforme, dijo sin cortarse un pelo: «Tengo veinticinco años y ya he matado a trescientos nueve nazis. Espero que no sigan mucho más tiempo escondidos detrás de mi espalda». El jefe de la delegación –un hombre del NKVD–, horrorizado, estuvo a punto de estrangularla, pero Stalin, con su amor por los insensatos, la recibió a su regreso y recordó divertido el incidente. Condecorada con la estrella de oro de Héroe de la Unión Soviética,* Liuda fue instructora de francotiradores hasta el final de la guerra. Murió en Moscú en octubre de 1974. En 1976, con motivo del sexagésimo aniversario de su nacimiento, se realizó una emisión de sellos de correo con la imagen de la legendaria *sniper*).

* Casi nueve millones de soviéticos lucharon en la guerra y solo se concedió la medalla de Héroe de la Unión Soviética a 11 695 combatientes de 69 etnias diferentes, en muchos casos a título póstumo; de ellos, 115 recibieron la legendaria estrella dos veces, y tres, el mariscal Zhúkov y los pilotos Kozhedub y Pokriskin. Poco después del desfile de la victoria, varios mariscales propusieron a Mólotov y Malenkov, adjuntos de Stalin en el Gobierno y el Partido, que se otorgase la exclusiva condecoración al *vozhd*. El Soviet Supremo aprobó, prácticamente en secreto, la propuesta, y Stalin se encontró con el hecho consumado. Pero se negó en redondo a recibirla porque estaba destinada en exclusiva a premiar proezas extraordinarias en el campo de batalla. En 1949, Stalin se adelantó: prohibió expresamente que se le otorgase «otra medallita» (sic) con motivo de su setenta cumpleaños. Cuando murió, se le concedió el título por segunda vez, y el jefe del Departamento de Condecoraciones prendió la estrella de oro sobre un cojín, que fue colocado al pie del féretro mientras el cuerpo estuvo expuesto. En la mayoría de los bustos y retratos de Stalin, este aparece con la estrella de Héroe prendida en el pecho. Nunca la llevó. En las buenas fotografías se distingue con nitidez que la estrella que Stalin llevaba como única condecoración, merecidamente y con orgullo, era la de Héroe del Trabajo Socialista, muy parecida a la otra.

Capítulo 17

La creación del gran arsenal

Si tanto la formación a gran escala de cuadros y tropas en las Fuerzas Armadas como la educación masiva del pueblo para la defensa fueron tareas extraordinarias por su rapidez y amplitud, el esfuerzo de Stalin, en un país industrialmente atrasado, para dotar a sus ejércitos de armas modernas en número ilimitado fue una proeza sin parangón en la historia. En los primeros años veinte, el Ejército Rojo tenía que contentarse con poco más que los restos del armamento, escaso y anticuado, de la época zarista. Durante la contienda civil, aunque el «comunismo de guerra» concentraba todos los recursos con vistas a la defensa, la industria solo pudo satisfacer con cierta holgura la demanda de cañones. (Desde Pedro el Grande, los rusos siempre prestaron gran interés al desarrollo de su artillería.) Dadas las cifras astronómicas de piezas de artillería, carros de combate y aviones a disposición del ejército soviético durante la lucha contra los nazis, hacen sonreír las de la guerra civil que el mariscal Zhúkov cita en sus memorias: las divisiones de infantería del Ejército Rojo estaban armadas con fusiles, ametralladoras pesadas, revólveres y granadas; y las unidades mecanizadas no disponían de tanques sino de algunos centenares de autos blindados. (Entre los pocos aviones disponibles, únicamente seis estaban en aceptables condiciones; de hecho, la aviación tuvo un papel irrelevante en esa guerra.) El propio Stalin informó a Lenin, en enero de 1919, de que el Tercer Ejército,

compuesto por dos divisiones, solo contaba con catorce mil bayonetas; para reforzarlo, recibió trece mil hombres, recurso inagotable en Rusia, y solo tres mil bayonetas. Parece realmente un milagro la victoria en la guerra civil.

* * *

¿Quién hubiera imaginado que la incipiente industria de guerra soviética se desarrollaría gracias a Alemania? Las sangrientas batallas de la Primera Guerra Mundial y la devastadora ocupación por tropas germanas de Ucrania, Bielorrusia y las regiones del Báltico y del Don fueron olvidadas en cuanto los intereses de ambos países coincidieron. El Tratado de Versalles obligaba a Alemania a reducir drásticamente el volumen de sus tropas y de su material bélico, cosa que sus dirigentes, desde el momento mismo en que fue firmado, se propusieron incumplir. Rusia, por su parte, se enfrentaba al peligro de una nueva intervención de los países europeos, cuyo principal objetivo era explotar en propio beneficio los recursos del país y condenarlo a la dependencia económica y al atraso. La instalación clandestina de fábricas en territorio soviético permitiría a Alemania salvar las limitaciones del Tratado de Versalles, y daría al Ejército Rojo la oportunidad de contar con una parte del nuevo material y de recibir el entrenamiento necesario para utilizarlo.

El primer proyecto de colaboración preveía la fabricación de aviones en Rusia y se concluyó, en marzo de 1922, con la firma Junkers; a partir de entonces, técnicos y oficiales alemanes empezaron a entrar en Rusia con pasaportes falsos. Un mes después, el Tratado de Rapallo, concluido por sorpresa en una sola noche, establecía que los dos gobiernos se comprometían a satisfacer sus respectivas necesidades económicas con la «mejor voluntad». Esa falta de concreción no obviaba el hecho de que ambas partes habían creado un frente común, y ello provocó la cólera de los aliados: Ru-

sia se había puesto de acuerdo con Alemania a espaldas de Inglaterra y Francia, tal como ocurriría en agosto de 1939.

Aunque el contenido del Tratado de Rapallo era puramente económico, los acuerdos clandestinos en materia de armamento se multiplicaron. El primer tratado general sobre esa cuestión fue firmado en el mayor secreto en julio de 1922. Lenin había sufrido el primer ataque, que le dejo incapacitado durante meses, y Stalin, nombrado poco antes secretario general, empezó a llevar las riendas de la política exterior como todos los políticos aficionados a la historia. Los rumores sobre la colaboración militar germano-soviética recorrían las cancillerías europeas, pero el ingenuo embajador británico en Rusia, el vizconde D'Abernon, comunicó a su gobierno que carecían de fundamento. Y así, en mayo de 1922, irónicamente, el mismo día en que diplomáticos alemanes y soviéticos iniciaban una nueva ronda de conversaciones para ultimar los acuerdos, el primer ministro inglés, Lloyd George, declaraba en los Comunes: «No voy a detenerme en la estúpida falsificación de unas convenciones militares en las que nadie cree».

Hasta la llegada de Hitler al poder, la relación militar entre ambos países se amplió de tal forma que Alemania llegó a tener en la URSS una verdadera base industrial, lo que le permitió desarrollar y experimentar en secreto sus nuevas armas, todas ellas prohibidas. Se establecieron escuelas de aviación para personal alemán y soviético, y en diversos lugares de la Rusia europea y de los Urales se fabricaron componentes para aviones bajo la dirección de técnicos de la firma Krupp; parte de su producción se quedaba en Rusia. En Kazán se construyó una fábrica de tanques y un centro anexo para entrenar en su empleo a rusos y alemanes. A pesar de las dificultades del idioma, los primeros –cuenta el general Speidel– aprendían tan rápidamente como los germanos.

Sin embargo, ese aporte de material y tecnología no era suficiente en absoluto para asegurar la defensa del territorio soviético. En 1928, con Stalin ya asentado firmemente en el poder, se iniciaron los

planes quinquenales para la industrialización del país, que prácticamente iban solapados con los llamados «planes de edificación militar». El primero de ellos (1929-1933) preveía la producción masiva de tipos modernos de tanques y piezas de artillería, y de nuevos modelos de armas y aviones; la motorización a gran escala del ejército; la preparación intensiva de cuadros técnicos y el entrenamiento de las tropas en el uso del nuevo armamento. En un tiempo récord se construyó un gigantesco complejo fabril en los Urales, región que desde los tiempos de Pedro el Grande fue siempre la base militar industrial de Rusia. (En Ekaterinburgo permanece en pie el edificio donde estuvo la primera fábrica de cañones, gracias a los cuales el ejército sueco fue destrozado en Poltava.) También se construyeron fábricas en lugares con fácil acceso a las materias primas de la Rusia europea.

La industria de guerra se esfuma por arte de magia

Gracias a sus lecturas, Stalin conoce la importancia decisiva en las operaciones militares del transporte de tropas, del material bélico y de otros suministros imprescindibles: alimentos, vestuario, combustible. Toma buena nota de la utilidad logística de las calzadas romanas y aprende de Moltke que «cualquier progreso en los ferrocarriles es una ventaja militar». Se propone por ello la construcción de una extensa red de vías férreas y de millares de vagones y locomotoras, y lo consigue, con su inflexible voluntad, en un corto plazo de tiempo. Al comienzo de la guerra, la gran vía férrea de Moscú, justo detrás de las líneas soviéticas, permite trasladar rápidamente tropas de un punto a otro, lo que compensa en parte la abrumadora superioridad del enemigo. Esa inesperada movilidad logística desconcierta al Estado Mayor alemán, que duda de los informes al respecto de los servicios secretos. Hitler monta en cólera cuando se niega a admitir que los rusos no solo fabrican tanques a centenares

en los Urales, sino que los trasladan hasta los frentes (miles de kilómetros) en menos de una semana. La larga guerra exige cantidades astronómicas de material ferroviario: la totalidad de los transportes militares soviéticos durante la contienda exige el empleo de seis millones y medio de vagones, una cifra impresionante.

* * *

El más extraordinario ejemplo de la capacidad ferroviaria rusa, tan rápidamente adquirida, es la espectacular evacuación del complejo militar-industrial desde los territorios en riesgo inminente de ser ocupados hasta más allá de los Urales. Poco después del ataque alemán, Stalin crea el Consejo de Evacuación, con objeto, por una parte, de organizar el desmantelamiento «hasta el último tornillo» y el traslado «hasta el último hombre» de cientos de plantas industriales de todo tipo, entre ellas casi 1400 de material bélico; y, por otra, de preparar simultáneamente, máquina a máquina, los nuevos asentamientos para que las fábricas puedan reanudar su actividad lo antes posible. A finales de 1941, la mayor parte de las industrias de Ucrania, el Volga y la región de Moscú ya están funcionando en Kazajistán, los Urales y Siberia; y el año siguiente suministran al ejército las tres cuartas partes del material que necesita. Ese asombroso desalojo, considerado por los expertos militares de todos los países como una de las operaciones logísticas más perfectamente planeada y ejecutada de la historia de las guerras, exige más de millón y medio de vagones, que circulan hacia el este sin solución de continuidad. Junto con las máquinas, viajan los obreros y sus familias, y millares de personas se unen al imponente éxodo con tal de no caer en manos de los nazis.* Nadie se lo impide, todo lo contrario: son bienveni-

* En la formidable operación, fueron desplazadas, además de 2600 fábricas, nada menos que tres millones de personas en un mes. Como era prioritaria la rápida construcción de las nue-

dos en la llamada Gran Tierra, el territorio libre de enemigos donde se trabaja sin descanso para abastecer el frente.

El gigantesco laminador de tubos de Dnepropetrovsk (Ucrania) es desmantelado en menos de un mes. Se da la orden el 9 de agosto, y los obreros, ayudados por cientos de mineros de la zona y trabajando día y noche bajo un espectacular camuflaje, desmontan la fábrica y cargan en trenes máquinas, piezas y todo el material almacenado; son necesarios ocho mil vagones para trasladar las miles de toneladas del complejo. El último tren sale el 6 de septiembre y, diez semanas después, la enorme fábrica funciona en sus nuevas instalaciones a pleno rendimiento. Cuando los alemanes reaccionan e intentan detener la operación con masivos ataques aéreos, es demasiado tarde. Mayor es su sorpresa al ocupar, inmediatamente después, la cuenca del Donetsk desmantelada: no queda en pie ni una simple isbá donde guarecerse, incluso los raíles han desaparecido.

Otra gesta inaudita es el traslado, en septiembre de 1941, del enorme complejo industrial de Moscú que fabrica el caza YAK-1. Bajo la constante amenaza de los bombardeos, se desmontan los talleres pieza a pieza, pero una serie de máquinas siguen funcionando hasta terminar, con armamento incluido, los aviones que quedan en las cadenas de montaje. En el exterior esperan los pilotos para acudir directamente con los nuevos aparatos al combate sobre la capital.

La inesperada aparición de tanques modernos

Entre las innumerables cifras estadísticas de fuentes muy diversas impresionan las relativas a la producción de carros de combate. Aun-

---

vas plantas, los obreros dormían en las casas de los campesinos, en las butacas de cines y teatros, en las escuelas, en los pasillos de los hospitales, en cualquier lugar donde poder guarecerse del frío.

que en 1929 no existía en absoluto una industria de tanques propia, cuatro años más tarde, el general Köstring, agregado militar alemán en Moscú (ejecutado por Hitler tras el fallido atentado de 1944), comunicaba a su gobierno que una sola de las fábricas rusas producía veintidós tanques diarios, lo que confirmaba sus reiterados informes sobre la consistencia del sistema estatal y la creciente capacidad industrial del país. Varios años después, en 1937, Guderian, el mayor experto alemán en la materia, publicó su libro *Achtung! Panzar!* (¡Atención! ¡Los tanques!). En él, cifraba en 10 000 los tanques con que entonces contaba Rusia, lo que provocó la indignación del general Bock, jefe del Estado Mayor del Ejército. Guderian relata en sus memorias, *Recuerdos de un soldado*, que logró evitar que la censura militar eliminase ese dato demostrando que Köstring los estimaba en 17 000, «por lo que había sido muy circunspecto al publicar la cifra». Aunque Hitler compartía entusiasmado las ideas de Guderian sobre el empleo masivo de grandes unidades de blindados para romper las defensas enemigas y alcanzar rápidamente los objetivos (la «guerra relámpago»), se enfureció cuando vio la cifra en el libro. Además de arremeter contra el Estado Mayor por haber autorizado la publicación, se enfrentó cara a cara con el general:

–¡Diez mil carros! ¿Está usted bromeando, Guderian? ¿Los ha construido acaso el diablo?

Inmediatamente, para contrarrestar el efecto pernicioso del libro, convocó a gran número de mandos militares y, durante cuatro largas horas, rebatió la cifra dada por Guderian y se mofó de quienes sostenían que no se debía subestimar al ejército soviético por carecerse de información fiable sobre su armamento. Hitler afirmó con contundencia que él sí tenía datos seguros; citó de memoria las supuestas cifras de la industria militar soviética durante los últimos veinte años (!) e hizo ver que eran ciertamente despreciables; y cerró la reunión asegurando que los rusos carecían de talento para la técnica y que, con un golpe contundente, el régimen bolchevique, odiado por el pueblo,

se vendría abajo. Cuatro años después, el 4 de agosto de 1941, cuando apenas habían transcurrido seis semanas desde el comienzo de la invasión, Hitler confesó pensativo a Guderian:

–Si yo hubiera sabido que el número de carros de combate de los rusos que usted mencionaba era cierto, creo que no hubiera comenzado esta guerra.

Acababan de aparecer frente a las líneas alemanas las primeras unidades del indestructible T-34, y Guderian dedujo que muy pronto se produciría en serie, lo que podría dar al enemigo la supremacía en ese campo. De ahí la orden de Hitler de ocupar a cualquier precio Járkov, donde el tanque se fabricaba; cuando los alemanes llegaron, la fábrica ya funcionaba a buen ritmo en los Urales. Consternado por la lentitud del avance, que echaba sus planes por tierra, Hitler escribió a Mussolini expresando su asombro por la feroz resistencia de los rusos y por la inesperada presencia de tanques modernos, cuyo blindaje no era dañado por la artillería alemana: «Es horrible pensar, Duce, en qué terrible situación nos encontraríamos si yo hubiera lanzado la guerra más tarde». Y unos meses después del comienzo de la invasión se preguntaba: «¿Cómo es posible que un pueblo tan primitivo pueda alcanzar tales logros técnicos en tan poco tiempo?». Años más tarde, Guderian escribía:

> El 2 de octubre [de 1941] fueron lanzados al combate gran número de tanques rusos que causaron cuantiosas bajas a los nuestros. La superioridad material de nuestras fuerzas acorazadas se perdió. [...] Con ello desaparecieron las perspectivas de un éxito rápido e incesante.

Los nuevos tanques de que hablaba Guderian no llegaban al millar. Era cierto que los rusos disponían, al iniciarse la invasión, de cinco veces más carros de combate que los alemanes, pero en su mayoría eran de modelos obsoletos y con escasa capacidad de maniobra; su

blindaje era tan vulnerable que los propios rusos los llamaban «féretros de lata». Los alemanes destruyeron rápidamente el 90 por ciento de las fuerzas acorazadas soviéticas.

* * *

Desde 1937 la Unión Soviética venía creando grandes formaciones de blindados, pero Voroshílov y sobre todo su segundo en el Comisariado de Defensa, Grígori Kúlik, que había vivido el pobre rendimiento de los tanques en la guerra civil española, opinaban que, por su tamaño, serían poco operativas en combate. Stalin cometió el error de confiar en su criterio y, en noviembre de 1939, ordenó la disolución de los cuerpos blindados. Medio año después, la fulminante campaña de Francia mostró al mundo el papel decisivo de las grandes unidades acorazadas. A pesar de ello, Kúlik, obcecado, siguió en sus trece, pero Stalin, que había cambiado radicalmente de opinión, intervino sosteniendo que la victoria en la próxima guerra sería del bando que contase con mayor número de tanques y lograse la más elevada motorización de sus tropas: «La guerra moderna será una guerra de motores –afirmó–. Motores por tierra, motores en el aire, motores bajo el agua y sobre el agua [...] el vencedor será quien tenga más y más potentes motores». Y ordenó la rápida formación de veinte cuerpos acorazados, lo que exigía doblar el número de blindados disponibles, y hacerlo, además, con nuevos modelos. Pero era demasiado tarde: el país no tenía ni recursos, ni industria, ni mandos preparados, ni tiempo para tal esfuerzo. Cuando se produjo el ataque nazi, solo estaban listos diez de los cuerpos previstos, y tanto gran parte de los carros como el entrenamiento de sus servidores eran muy deficientes.

El legendario T-34, bautizado después de la victoria como «el arma heroica de la Gran Guerra Patria», había sido proyectado en 1939, pero solo se habían fabricado mil doscientos cuando se pro-

dujo la invasión. Era muy superior a los tanques más poderosos de la época. Su cañón podía atravesar el blindaje de un Panzer-3 desde una distancia de mil quinientos metros, mientras que los carros alemanes tenían que disparar a menos de quinientos para hacerle daño. Stalin mantuvo tenazmente en sus manos, hasta el último minuto, la mayor parte de los T-34 disponibles. A mediados de noviembre de 1941, Zhúkov pidió dos nuevos ejércitos y, por lo menos, doscientos tanques para reforzar la defensa de Moscú, que los nazis esperaban tomar en las semanas siguientes. Stalin le contestó: «Los ejércitos estarán listos a fin de mes. Por ahora, no tenemos tanques». Y poco después, cuando estaba a punto de iniciarse la contraofensiva que obligó a retroceder por primera vez a las tropas alemanas, repitió lo mismo: «Tanques no hay, no podemos darlos. Aviación habrá». Stalin aguanto impasible unos días más y al fin cedió: entregó casi todas sus reservas, setecientos carros modernos, que fueron decisivos para el éxito de la operación. En aquellas fechas, la cantidad de tanques válidos era irrelevante, menor que en cualquier otro momento de la guerra. Además de sus blindados, los soviéticos habían perdido casi cuatro millones de hombres y más de siete mil aviones en menos de seis meses.

* * *

Se partía, pues, en 1942, prácticamente de cero. Importantes centros de producción de acero y carbón habían caído en manos alemanas, y aunque la URSS conservaba intactas las fábricas de los Urales, le faltaban materias primas para hacerlas funcionar a pleno rendimiento: solo en aluminio, la producción se había reducido a la mitad. Es lo que Stalin pide, en su primera visita a Moscú, al enviado personal de Roosevelt, Harry Hopkins, como este cuenta en sus memorias. Hopkins se sorprende de que Stalin no le pida armas ni garantías personales, solo materias primas. Y le encuentra seguro de sí mismo,

contando con que la guerra será larga; los desastres de los primeros días no le habían desmoralizado en absoluto.

Es realmente asombroso que la URSS, pese a esas carencias, fuera capaz de producir material de guerra moderno en cantidades ingentes. En menos de un año, se había recuperado totalmente: en 1942 se fabricaron 60 000 tanques, algo increíble. Las industrias creadas durante los planes quinquenales resultaron vitales: solo Magnitogorsk, una de las mayores acerías del mundo, suministró material, a lo largo de la guerra, para la fabricación de 50 000 tanques. Una inmensa planta industrial de Cheliabinsk que fabricaba 200 000 tractores al año fue rebautizada como Tankogorsk (la ciudad de los tanques) y transformada rápidamente para la producción en serie del T-34. Cuando comenzó la gigantesca operación de cerco a las fuerzas de von Paulus, los soviéticos solo eran deficitarios en radio, telefonía y medios de transporte. Todo el material utilizado en la batalla de Stalingrado, salvo los jeeps y camiones americanos, era de fabricación propia. Cinco meses después de la derrota alemana en la ciudad del Volga, tuvo lugar la batalla de Kursk, que cambió definitivamente el curso de la guerra. En ese enfrentamiento, las cifras en aviones y piezas de artillería –salvo el incontable número de morteros *katiushas*– eran ligeramente superiores a las del enemigo, pero la diferencia en carros (1200 más) pasaba del 40 por ciento, y aún quedaron en reserva otros 800. Hace sonreír la singular apreciación del general Shtemenko, director de Operaciones del Estado Mayor General durante gran parte de la guerra; poco dado a la ironía, dice seriamente en sus memorias: «La correlación de fuerzas en Kursk era casi igual, excepto nuestra pequeña superioridad en tanques». Poco después, a finales de 1943, los carros soviéticos, pese a las enormes pérdidas en combate, triplicaban los que Alemania tenía en el frente ruso: 8 000 frente a 2 500. Y seguidamente apareció el «Iósif Stalin», el tanque pesado IS-2, llamado por los alemanes el «Tigre ruso».

Esa impresionante proeza no hubiera sido posible sin el esfuerzo sobrehumano del pueblo. Los hombres y mujeres de la retaguardia, incansables, haciendo jornadas de once horas con un solo día libre al mes, se entregaron en cuerpo y alma a la agotadora tarea de cubrir las necesidades de los frentes. Naturalmente, se sentían orgullosos de sus logros. Se había dispuesto que el 1 de enero de 1942 el trabajo en las fábricas comenzase a mediodía. Aunque la batalla de Moscú había hecho retroceder por vez primera al enemigo, no era tiempo para fiestas, pero se daban por supuestas las borracheras de fin de año. Aquella mañana, la población de Ekaterinburgo, en vez de descansar, se agolpaba en las calles, a cuarenta grados bajo cero, para presenciar un desfile inusitado: veinte tanques pesados T-60, nuevos y relucientes, cubiertos de banderas y de grandes pancartas con un sencillo y emotivo lema: «Fabricado en los Urales». Más que aplaudir, chicos y grandes lloraban: rara era la familia que no tenía en el frente, o no había perdido, a alguno de los suyos.

El rápido logro de la superioridad aérea

Lo dicho sobre la fabricación de tanques puede repetirse para la de aviones y piezas de artillería. En 1924 había sido creada la Comisión de Inventos Militares, de la que formaron parte dos grandes innovadores: Yákovlev, como director, y Túpolev, al frente del departamento de aviación. Este último diseñó decenas de prototipos, y varios de ellos se fabricaron a tal ritmo que, a principios de los años treinta, la producción de aviones superaba a la de cualquier otra potencia; y, al comenzar la guerra, la flota aérea soviética era la mayor del mundo. Pero el mismo Yákovlev admite que los aparatos eran muy anticuados: se había dado prioridad a los bombarderos, demasiado lentos y con limitado radio de acción, que resultaban indefensos frente a los aviones alemanes. Yákovlev tenía solo treinta y cinco

años cuando Stalin le nombró en 1940 vicecomisario del Pueblo para la Industria de Aviación. Unos meses antes, había diseñado el primer caza de la serie Yak, el YAK-1, que fue aprobado de inmediato para la producción en serie; de ese modelo y de su versión mejorada, el YAK-3, se fabricaron decenas de miles de unidades a lo largo de la guerra, pero su número era muy reducido cuando los alemanes iniciaron la invasión. Y los cazas antiguos, que carecían de la capacidad de maniobra, la velocidad y la potencia de fuego de los Yak, eran derribados a centenares por los Messerschmitt alemanes, que ya habían conseguido el récord mundial de velocidad en 1939: casi ochocientos kilómetros por hora. Con ello, las tropas de tierra quedaban sin escudo protector, expuestas a los ataques devastadores de los Stukas.

Por otra parte, faltaban pilotos con experiencia en combate. Los aviadores soviéticos habían conseguido varios récords mundiales y realizado proezas de gran resonancia. La más conocida fue el milagroso rescate aéreo de la tripulación del rompehielos *Cheliuskin*, que había encallado en el Ártico a comienzos de 1934. Los siete pilotos que lograron salvar a los cien hombres, en condiciones realmente infernales, se convirtieron en verdaderos mitos y fueron los primeros en recibir la recién creada Estrella de Oro de Héroe de la Unión Soviética, la más alta condecoración militar del país. Pero esos logros individuales no tenían nada que ver con la suerte de tantos jóvenes aviadores enviados a la muerte en sus pesados e indefensos bombarderos. El mariscal von Kesselring, jefe de la Fuerza Aérea alemana, llama, en sus memorias, «infanticidios» a esas misiones suicidas.

* * *

Stalin tuvo la suerte de encontrar, y el acierto de elegir, para jefe de la Fuerza Aérea, a Alexandr Nóvikov, cuya creatividad era portentosa. Las extremas temperaturas en las semanas decisivas del cerco

de Stalingrado dañaban incluso a los tanques rusos, aunque estos utilizaban excelentes aditivos en su combustible y parecían invulnerables al frío. Y fue una hazaña extraordinaria, por cómo fue concebida y realizada, el abastecimiento por aire, en un tiempo récord, de cien toneladas de un nuevo anticongelante; lo que evitó, en aquellos cruciales momentos, que centenares de carros quedasen detenidos a la espera del suministro por tierra.

Otra brillante idea fue la formación de regimientos femeninos de bombardeo, con objeto de suplir la escasez de personal y de emplear los pilotos mejor adiestrados en misiones de combate. Todos sus componentes (pilotos, mecánicos, tiradores, incluso los responsables de los servicios de tierra) eran chicas muy jóvenes, estudiantes universitarias en su mayoría, que habían seguido los cursos de la Osoaviajim. Utilizaban un biplano muy simple, construido a base de contrachapado recubierto de lona, el Polikárpov PO-2, que contaba, como única arma, con una ametralladora inofensiva. Su velocidad máxima era de doscientos kilómetros por hora, pero solo se alcanzaba al regreso de las misiones, ya que no llegaba a la mitad cargado de bombas. Estas eran pequeñas, de unos sesenta kilos de peso, y la tripulación se negaba a llevar paracaídas, que pesaban prácticamente lo mismo, para poder transportar más explosivos. Volaban siempre de noche, a baja altura, porque de día los biplanos eran muy vulnerables: llenos de bombas y carburante, una simple bala de ametralladora que atravesase el contrachapado podía provocar la catástrofe. Sufrían lo indecible en las carlingas abiertas, pero la seguridad quedaba prácticamente garantizada: solían regresar sanas y salvas. Cruzaban la línea del frente, paraban el motor y arrojaban su cargamento sobre los aeródromos alemanes. Las bombas no eran muy eficaces, pero esos ataques nocturnos ponían fuera de sí a los soldados nazis, que llamaban a los biplanos «molinillos de café» y a sus tripulantes «brujas de la noche». El mando alemán, que premiaba con quinientos marcos a quien derribaba un avión de combate, ofrecía mil por cada PO-2 destruido.

El más célebre regimiento aéreo femenino se distinguió en la llamada «línea azul» del frente, entre Taman y Novorosisk, donde se logró detener a las divisiones nazis que pretendían llegar a los pozos de petróleo del Cáucaso. En vuelos rasantes sobre el enemigo, los biplanos llevaban municiones, alimentos y medicinas a las tripulaciones de la flota del mar Negro que habían desembarcado en las playas y resistían heroicamente bajo un fuego continuo. Cada avión realizaba más de diez salidas por noche, y las bajas fueron cuantiosas. Por su extraordinaria proeza, el regimiento pasó a formar parte de las selectas unidades de la Guardia, bajo un llamativo título: 46.° Regimiento Femenino de Bombardeo Nocturno Taman de la Guardia. De sus doscientas componentes, treinta y cinco perdieron la vida y veintitrés recibieron la medalla de Héroe de la Unión Soviética. El regimiento participó en sucesivas operaciones, incluso en la batalla de Berlín. (En 2005, una veintena de veteranas con Nadezhda Popova, jefa del legendario regimiento, a la cabeza, participaron en la celebración del sexagésimo aniversario de la victoria. Y, pese a los achaques de la edad, las supervivientes se reúnen cada año, a primeros de mayo, en los jardines situados frente al Teatro Bolshói, luciendo sus condecoraciones y portando un pequeño cartel decorado con rosas rojas, que dice en grandes letras del mismo color: 46.° REGIMIENTO TAMAN DE LA GUARDIA. Si un turista curioso les pregunta quiénes son, una de ellas contesta en inglés: «Viejas brujas de la noche». Los alemanes quizá creyeran, dada su invulnerabilidad, que estaban «encantadas», y ellas, ciertamente, siempre lo estuvieron con su mote. Son, por supuesto, estalinistas furibundas.)

Nóvikov fue nombrado mariscal tras la victoria de Stalingrado, cuando aún no había cumplido cuarenta y dos años. En su primera consigna pedía a sus hombres un cambio de mentalidad: ya no tenían que pensar en defenderse, sino en pasar a la ofensiva hasta la derrota final del enemigo. En aquella fecha, marzo de 1943, la URSS ya contaba con seis mil aparatos modernos, entre ellos, el IL-10,

considerado como el mejor «tanque volante del mundo»; y cuatro meses después, en la batalla de Kursk, alcanzó la supremacía aérea, que mantuvo con creces durante el resto de la guerra. Ello demostraba, una vez más, el ingente esfuerzo de la industria de armamento, cuyos dirigentes no iban a la zaga en la búsqueda de soluciones milagrosas. Una de las fábricas, la Planta Stalin, producía millares de motores para cazas, aviones de combate y bombarderos. Los motores llevaban gran número de tornillos, que se insertaban sin más herramientas que el clásico destornillador. Como la mano de obra escaseaba, se tomó la imaginativa decisión de reclutar críos en edad escolar, que recibían como salario un tarro de mermelada a la semana y realizaban encantados, conscientes de su responsabilidad, la interminable tarea.Algunos de ellos se mareaban hasta caer desvanecidos, lo que, en principio, se achacó a desnutrición y a que en las naves hacía mucho frío; pero pronto se descubrió que, para calentarse, se enjuagaban la boca con el vodka, prohibido en el trabajo, que sus mayores escondían entre la chatarra. Por cierto, la enorme destilería Kristal, la más famosa de Rusia, desdobló su producción: por un lado, millares de botellas con líquido inflamable para la lucha antitanque; por otra, cien mil litros diarios de vodka para abastecer, a cien gramos por cabeza, a un millón de soldados.

La interminable sucesión de armas de fuego

Si se piensa que en 1924 Frunze reconocía que incluso la artillería polaca era superior a la rusa; y que, tres años más tarde, refiriéndose al mismo tema, decía «Vamos a remolque de los estados burgueses, nuestros recursos son limitados», resultan clamorosos los logros soviéticos en ese campo. En 1932 ya se estaba fabricando en los Urales, aunque en cantidades limitadas, un obús que no fue superado por ninguno de los contendientes durante la guerra mundial. En

1937 apareció un cañón antitanque capaz de atravesar el blindaje de todos los carros entonces existentes: y, poco después, el famoso cañón de 152 milímetros, que podía dejar fuera de combate tanques de cien toneladas. Cuando se produjo la invasión, la Unión Soviética estaba equipada con la mejor artillería, muy superior, en cantidad y calidad, a la alemana. La defensa antiaérea de Moscú fue infinitamente superior a la de Londres el año anterior y a la de Berlín en toda la guerra. Cientos de baterías emplazadas muy juntas en el cinturón exterior de la capital, y manejadas mayoritariamente por muchachas entrenadas en la Osoaviajim, lograron una barrera de fuego tan densa que sólo un dos o tres por ciento de los innumerables bombarderos atacantes pudieron sobrepasarla y lanzar su carga sobre la ciudad. Stalin adoptó como suyo el viejo lema del Imperio: «La artillería es el dios de la guerra».

El invento más espectacular fue el lanzacohetes múltiple BM-13, que los rusos llamaban *katiusha* porque solían entonar esa popular canción, llenos de confianza, cuando la masa de proyectiles cruzaba sobre sus cabezas hacia las posiciones enemigas. Ideado en 1940, el lanzacohetes recibió el rechazo del mariscal Kúlik debido al dictamen negativo de los especialistas por su falta de precisión. Pero Stalin intuyó el efecto demoledor de la lluvia indiscriminada de disparos sobre la moral del enemigo y ordenó su producción en serie unos días después del ataque alemán. En su versión más elemental consistía en un bastidor anclado en la caja de un camión, que parecía un pequeño órgano por sus tubos en paralelo; una sola salva de sus ocho lanzacohetes cubría de explosivos, en unos segundos, cuatro hectáreas de terreno. Fueron empleados por primera vez, en número muy reducido, tres semanas después de iniciarse la guerra. Pero un año más tarde, en el verano de 1942, ya se habían creado grandes unidades de «órganos de Stalin» –así llamados por los alemanes–, y el impacto fue terrible: una sola descarga de una división de lanzacohetes proyectaba 350 toneladas de metal. Los alemanes intentaron

responder con el mortero Nebelwerfer 41 («arroja-niebla»), también con varios tubos, aunque bastante menos potente que su homólogo. Los soldados soviéticos lo bautizaron «Vaniusha» (Juanito) y hacían bromas procaces sobre lo que le ocurriría al pobre Vania si se acostase con la robusta Katiusha; también lo llamaban «el burro», porque sus obuses, al pasar uno tras otro, sonaban como rebuznos.

En la primera fase de la batalla de Stalingrado, cuando las tropas alemanas que ocupaban gran parte de la ciudad se encontraban a corta distancia de los defensores, esa potencia de fuego resultaba inútil: los cohetes sobrepasaban los objetivos y caían en la retaguardia del enemigo. Para resolver el problema, se fijaron a la orilla del Volga sólidos enganches, de los que se colgaron verticalmente, hasta tocar el agua, centenares de camiones ZIS, rusos, y Studebakers, americanos, con sus respectivos *katiushas*. Estos, así empinados, conseguían la trayectoria adecuada, y parece increíble que sus servidores, prácticamente boca arriba y sujetos con cinchas, lograsen hacerlos funcionar.

* * *

Stalin se ocupaba directamente de las industrias de defensa y conocía en persona a decenas de directores, ingenieros y proyectistas, a quienes citaba con frecuencia en Moscú. Todos los decretos y órdenes sobre producción y distribución de armamento, aunque formalmente procedían del Politburó, del Comité Central o del Cuartel General, salían en realidad del despacho de Stalin: su estilo tajante, inconfundible, aparece en ellos constantemente. El más alto responsable del abastecimiento militar recibió un escueto telegrama: «Su misión es llevar material y hombres a los frentes. Será mejor que se esmere. De lo contrario, será ahorcado». En dos grandes plantas de la antigua Samara –llamada entonces Kúibishev– se cumplía con poca diligencia la orden del Comité de Defensa del Estado, dada al

iniciarse la guerra, de fabricar el avión de combate IL-2 en vez del MIG-3. Sus directores recibieron un telegrama cuyo original se exhibe en el museo de la ciudad:

> Nuestro Ejército Rojo necesita aviones IL-2 como uno necesita pan o aire fresco. [...] Se están mofando del país [...] no hagan perder la paciencia al Gobierno. [...] Es mi último aviso. Stalin.

Yákovlev, el proyectista de los YAK, escribe en sus memorias que el telegrama provocó «un milagro sin precedentes».

* * *

La superioridad soviética en material bélico resultó abrumadora en los últimos meses de guerra. Stalin tenía prisa: quería ocupar los países vecinos y llegar a Berlín antes que sus aliados, y utilizó todos los medios disponibles para lograrlo. Una vez más, las cifras son impresionantes. A comienzos de 1945, durante la operación de Prusia Oriental, casi cuarenta mil piezas de todo tipo –diez veces más que las alemanas–, incluidos los cañones antitanques y antiaéreos y los lanzacohetes, utilizaron, en solo dos días, trece millones de proyectiles. La preparación artillera, previa al ataque, fue tan brutal que los nazis pensaron que había durado cinco horas cuando solo había durado dos. Los aviones soviéticos, que actuaban entonces con la misma impunidad que los alemanes en 1941, proporcionaron planos perfectos de las líneas defensivas, y los artilleros no erraron ni una sola vez el tiro sobre las trincheras enemigas. En un par de días, las tropas gastaron 620 millones de cartuchos (!) y dos millones largos de bombas de mano; fueron necesarios quince mil vagones para trasladar al frente esa astronómica cantidad de municiones. Su abundancia se debió, en parte, a la previsión y a la fantasía: al comenzar

la guerra, en solo doce horas, todas las fábricas de macarrones del país pasaron a producir cartuchos de kaláshnikov, que tenían el mismo diámetro que aquellos. Del mismo modo, las fábricas de relojes producían detonadores; las de confitería, concentrados alimenticios; las de mercería, granadas antitanque. La fábrica de automóviles de Moscú estaba preparada desde antes de la guerra para producir metralletas, arma masiva del Ejército Rojo; comenzó a hacerlo en octubre de 1941, y dos años más tarde se celebró una fiesta para entregar al mariscal Vasilevski, jefe del Estado Mayor General, el diploma y la metralleta con el número un millón.

Aun siendo comparables el heroísmo y la determinación de los soldados de ambos bandos, la ventaja decisiva del Ejército Rojo fue la profusión de armamento. La Unión Soviética reconoció públicamente que en los nueve primeros meses de guerra había perdido cinco mil tanques y más de siete mil piezas de artillería. La sorpresa fue enorme en todo el mundo: si esas gigantescas pérdidas no le impedían continuar la guerra, ¿de cuánto material bélico disponía? Cronistas alemanes de la contienda han dejado testimonio de su asombro por el flujo interminable de armas excelentes que llegaban a las tropas soviéticas. Dice el mariscal von Manstein en *Las victorias perdidas*: «No esperábamos del bando soviético una capacidad de organización tan grande, también en el despliegue de su industria de guerra. Nos encontramos [...] con una hidra en la que, por cada cabeza cortada, surgían dos nuevas».*

Otro mariscal, von Mannerheim, que califica curiosamente a los rusos como «mañosos, despiadados y extravagantes», reconoce la

* Las pérdidas alemanas tambien fueron enormes. Veinte días después del comienzo de la invasión, el Estado Mayor alemán emitió un informe confidencial aterrador. Durante la primera semana de guerra, el número de alemanes muertos, heridos o hechos prisioneros pasaba de 40 000 por día, y 450 tanques y casi 600 aviones fueron destruidos. En las dos semanas siguientes, las cifras aumentaron. Las pérdidas en total, al cabo de tres semanas, ascendían a un millón de hombres, dos mil tanques y otros tantos aviones.

gran calidad de su material de guerra y la superioridad incuestionable de su artillería. El general von Mellenthin atribuye la derrota de Alemania a la enorme superioridad rusa en hombres y pertrechos; y Goebbels, en enero de 1943, unos días antes del inexorable final de Stalingrado, escribe en su diario:

> Parece un milagro que en las vastas estepas de Rusia hayan surgido nuevas y nuevas masas de gente y material, como si un gran mago modelase bolcheviques y material en cualquier cantidad con barro de los Urales. [...] Con sus recursos inagotables, su capacidad para proporcionar sin cesar nuevas tropas y nuevas armas, los soviéticos son un misterio para la nación alemana.

En 1941 Hitler pronostica la derrota de Rusia en un plazo máximo de ocho semanas, lo que hace innecesario equipar a las tropas contra el frío: «No habrá campaña de invierno [...]. El Ejército solo debe asestar a los rusos un par de potentes golpes, y luego verán que el coloso ruso tiene los pies de barro». Dos años más tarde, después de la batalla de Kursk, Hitler reconoce haber perdido la iniciativa estratégica e intenta enmascarar su error justificando la invasión como una guerra preventiva contra una supuesta amenaza rusa: «[...] ignorábamos –dijo– cuán gigantescos eran los preparativos que había hecho este enemigo contra Alemania».

(En su avance por territorio soviético, las tropas nazis tropezaron con otros dos obstáculos imprevistos: la heroica resistencia de los defensores y el pésimo estado de las comunicaciones. Estas habían sido olvidadas en los planes quinquenales por orden expresa de Stalin: las vías férreas y las carreteras desde la frontera no debían ser modernizadas hasta que el país estuviera completamente preparado para rechazar en ella a un invasor; cualquier mejora sería una ventaja para el adversario.)

Capítulo 18

Las órdenes del día de Stalin

La lectura de los clásicos enseña a Stalin que los grandes capitanes de la Antigüedad arengaban a sus tropas la víspera de las batallas y les infundían confianza después de las derrotas. Subraya lo que dice Plutarco sobre las proclamas de Alejandro y lo que el propio César escribe sobre la guerra de las Galias: cómo consolaba a los soldados sin ocultarles nada, animándoles a sufrir con paciencia los humillantes descalabros. Sabe también que Cromwell, Federico el Grande y otros legendarios jefes militares se dirigían con frecuencia al ejército para influir en el ánimo de sus soldados; y recuadra los párrafos de Maquiavelo en *El Arte de la Guerra* en los que sostiene que el talento oratorio del jefe cuenta tanto como sus cualidades de estratega. Pero quien realmente le inspira es Napoleón, a quien imita en el fondo, en la forma y en la divulgación a todo el pueblo de sus proclamas y órdenes del día. Las de aquel se publican en el *Moniteur*, el periódico oficial de la época; se leen en escuelas, teatros y plazas públicas de los más remotos lugares; aparecen en carteles sobre los muros de París. Las de Stalin se transmiten por las emisoras de radio, se reproducen en *Pravda* y en todos los periódicos, y llegan a las tropas por los altavoces y boletines del frente. Stalin logra, con la misma claridad, sencillez y franqueza que Napoleón, lo que este llama «mantener despierto su prestigio». No en balde, desde 1921, por decisión personal de Lenin, Stalin tiene a su

cargo, entre otras muchas actividades, el Departamento de Agitación y Propaganda del Comité Central (Agitprop), del que hace, inspirándose en las prácticas de la Iglesia romana, un verdadero dicasterio de *Propaganda Fide*, con innumerables tentáculos en todo el país: los comités de Propaganda de los soviets de Trabajadores Intelectuales, también auspiciados por él.

Años antes de la invasión alemana, Stalin ya emplea la propaganda, de modo metódico y masivo, para motivar al pueblo. Cuando se impulsa la educación a gran escala de las masas populares, se proclama «la lucha contra el analfabetismo»; si se trata de movilizar a la población para el trabajo voluntario en el campo, se habla de la «lucha por el pan». Pero la gran batalla es la creación a ritmo frenético de la industria pesada en los primeros años treinta. Surge la mística del Plan Quinquenal, una verdadera catarsis fomentada por todos los medios: discursos, mítines, películas, reportajes, canciones, programas de radio, carteles, gráficos con objetivos que cumplir, normas de producción alcanzadas o superadas, condecoraciones a obreros por sus méritos. Stalin logra despertar el fervor de las masas transmitiendo a la mayoría de la población su propio paroxismo del esfuerzo, la esperanza en una vida mejor, la aspiración a crear un país poderoso, el sueño de que nada es imposible. Testigos occidentales de esa desbordante pasión colectiva quedan asombrados y han dejado escrito que aquellos fueron tiempos irrepetibles de fe, de entrega y de entusiasmo de todo un pueblo.

Pero es en la guerra donde Stalin exhibe al máximo su talento para la propaganda. Tanto sus proclamas y órdenes del día al Ejército Rojo como las dirigidas a toda la población –nunca improvisadas, siempre escritas o dictadas por él– son lacónicas, precisas, emotivas e inteligibles. Stalin habla con acento georgiano, pero su ruso es fluido, con frases bien construidas, impecable. Tan perfeccionista en ese aspecto como en todo lo que emprende, corrige con frecuencia la puntuación de los innumerables documen-

tos que pasan por sus manos y, en especial, las arengas de los generales a las tropas. Asombra el tiempo que dedica, en plena contienda, a sus frecuentes y certeros mensajes: durante los cuatro años de guerra, Stalin emite casi cuatrocientas órdenes del día, dos o tres por semana.

El discurso de alerta

Se ha repetido hasta la saciedad que Stalin confía en Hitler hasta el último momento. Entre las pruebas que lo desmienten está la que puede considerarse como su primera orden del día: el discurso del 5 de mayo de 1941, seis semanas antes de la invasión alemana. El día anterior, Stalin es nombrado por el Politburó –se autonombra– presidente del Consejo de Comisarios (jefe del Gobierno), en sustitución de Mólotov, que continúa como comisario de Asuntos Exteriores. (La inesperada asunción por Stalin del poder ejecutivo, que concentra en sus manos todos los resortes civiles y militares del Estado y elimina interferencias en la toma de decisiones es captada como una señal de alarma tanto por el pueblo soviético como por los medios de comunicación occidentales.) El 5 de mayo tiene lugar la entrega de despachos a centenares de nuevos oficiales al terminar sus estudios en las academias militares. El acto se celebra habitualmente en el Kremlin, bajo la presidencia del comisario de Defensa y en presencia de innumerables invitados: dirigentes del Partido, miembros del gobierno, mandos del ejército, directivos de las industrias de armamento. Stalin no siempre participa en la ceremonia, pero ese día se encuentra en la tribuna y toma la palabra durante casi una hora, como inauguración de su nuevo mandato.

Se ordena a los presentes que no tomen nota alguna, pero aun siendo inverosímil que alguien osara desobedecer, se conservan en

los archivos nueve páginas manuscritas, de autor desconocido, sobre el contenido del discurso. Hay otras versiones de asistentes al acto, incluso de oficiales prisioneros de los alemanes, pero todas coinciden en que es una lección magistral y realista de historia, de política y de previsión del futuro. Stalin se refiere en primer lugar a Francia, vencida el año anterior, en poco más de un mes, por los blindados alemanes. Envanecida por su victoria en la Primera Guerra Mundial, cae en la desidia y la arrogancia, y desatiende a su ejército, el cual, sin soporte moral ni material alguno, carece de prestigio a los ojos del pueblo. Solo esa atmósfera decadente puede explicar el nombramiento, como jefe de las Fuerzas Armadas, del general Gamelin, que no «sabe una palabra» de la guerra moderna. Cuando los políticos caen en la arrogancia, suelen encontrarse con duras sorpresas, incluso con una catástrofe absoluta, como es el caso de Francia.

Alemania, por el contrario –añade Stalin–, ha analizado las causas de su derrota en aquella guerra, ha hecho grandes progresos en el pensamiento militar, ha elevado la moral de su ejército, lo ha dotado de armamento moderno y lo ha entrenado en las nuevas técnicas de combate. ¿Tiene Alemania un ejército superior al soviético? Ciertamente. Aunque el Ejército Rojo ha experimentado grandes cambios en los últimos años, Stalin reconoce que no está suficientemente preparado para derrotar con facilidad a los alemanes: su equipo está lejos de ser satisfactorio, hay escasez de tanques y aviones modernos, y de muchas otras cosas. El ejército nazi, en ese momento, es superior, sin duda, tanto en técnica como en organización. Pero ¿es realmente invencible? No, nunca hubo ejércitos invencibles en la historia. Los alemanes están convencidos de que su ejército es irresistible, pero la Alemania de Hitler es una nación depredadora, que pretende esclavizar a otros países, y por esa razón será derrotada, como lo fue Napoleón en 1812.

Stalin destaca la importancia del factor moral: el amor del pueblo y el firme sostén por parte del gobierno fomentan la fortaleza y el ánimo del ejército. Y alude a la función de los nuevos oficiales: un mando debe saber bastante más que dar órdenes, ha de ser capaz de hablar con sus subordinados, de explicarles cosas, de tratarlos de modo fraternal; los grandes líderes militares rusos, en especial Suvórov, siempre estuvieron próximos a los soldados. Stalin no oculta, en absoluto, la gravedad de la situación. El gobierno soviético hará lo imposible por retrasar la guerra con Alemania, aunque reconoce que será casi inevitable en 1942. Un año más de respiro permitiría mejorar sensiblemente la capacidad del ejército, pero no se puede descartar un ataque alemán en el futuro inmediato. Es preciso, por tanto, estar preparados para afrontar cualquier sorpresa.

Al día siguiente, *Pravda*, además de anunciar el nombramiento de Stalin como jefe del Gobierno, publicó una reseña del acto celebrado en el Kremlin, bajo el título «Debemos estar preparados para enfrentar cualquier sorpresa». Pero en ella solo se decía que el camarada Stalin había explicado los grandes cambios organizativos y técnicos introducidos en el Ejército Rojo, tal y como exigía la guerra moderna a la luz de las más recientes experiencias; y había deseado a los nuevos oficiales el mayor éxito en su trabajo.

* * *

Roy Medvédev, hijo de un filósofo marxista, profesor de Materialismo Dialéctico en la Academia Político Militar –donde se forman los futuros comisarios del Ejército Rojo–, tiene doce años cuando su padre es eliminado, víctima, como tantos otros, del Gran Terror. Pero no pierde su fe comunista y, tras la muerte del dictador y la denuncia por Jruschov de sus crímenes, pide el ingreso en el Partido. Poco después, inicia su gran biografía de Stalin, *Que juzgue la*

historia, a la que dedica ocho largos años. Cuando la termina, en 1968, Jruschov ha caído, los tiempos han cambiado y poco a poco se está procediendo a una cierta rehabilitación de Stalin. Su biografía es rechazada por los editores soviéticos, y Medvédev hace llegar una copia al extranjero. Casi simultáneamente, la revista *Kommunist*, órgano teórico del Comité Central, publica un artículo en defensa de Stalin. Medvédev envía a su director una dura crítica, que, obviamente, no es publicada; aparece, sin embargo, en un periódico antisoviético de Alemania Occidental, al parecer financiado por la CIA, y Medvédev es expulsado del Partido.

El famoso Informe Secreto de Jruschov al XX Congreso del Partido, en febrero de 1956, además de desvelar largamente los crímenes de Stalin contra sus propios camaradas, intenta destruir su imagen de líder carismático con una serie de burdas historias inventadas. Medvédev, como hacen numerosos biógrafos de Stalin anteriores al derrumbe de la Unión Soviética, no pone en duda esos infundios de Jruschov y, basándose solo en ellos, dibuja en su libro a un personaje incapaz, abatido por la invasión alemana: su hundimiento físico y moral; su depresión ante una catástrofe que cree inevitable; su abandono del mando, sumido en la impotencia; su huida de Moscú para esconderse durante diez días en su dacha.

Sin embargo, la honestidad intelectual de Medvédev le impide permanecer callado cuando se descubre la impostura. Jruschov es derribado en octubre de 1964, y los mariscales de Stalin, hasta entonces forzados al silencio, inician la publicación de sus memorias. Los más próximos al dictador, Zhúkov, adjunto y suplente del Jefe Supremo, y Vasilevski, jefe del Estado Mayor General, describen con detalle la frenética actividad de Stalin desde el mismo comienzo de la invasión y sus órdenes y directrices durante los primeros días de la guerra. Esos relatos quedan confirmados cuando en 1992 se permite el acceso a los archivos del Politburó: allí aparecen los libros de visitas de Stalin en su despacho del Kremlin,

desde 1924 hasta su muerte. Roy Medvédev, en colaboración con su hermano gemelo, Zhoren, publica un nuevo libro, *El Stalin desconocido*, y tiene la rara virtud de reconocer la falsedad de su única fuente en 1968: el Informe de Jruschov al XX Congreso del Partido. Y desmiente rotundamente que Stalin se viniera abajo al comienzo de la guerra.

Stalin, noctámbulo impenitente, acababa de acostarse cuando Zhúkov pidió que le despertaran y le anunció por teléfono el ataque alemán. Sacado bruscamente del primer sueño, permaneció un momento desconcertado y silencioso. Pero reaccionó al instante y ordenó a Zhúkov que acudiese al Kremlin en compañía de otros dirigentes.* Las reuniones se iniciaron antes de las seis de la mañana, se prolongaron durante once horas seguidas y en ellas participaron miembros destacados del Partido y del Ejército; solo en esa jornada se emitieron más de veinte órdenes y decretos. Tras la salida del último visitante, Stalin continuó en su despacho: el mariscal Zhúkov cuenta en sus memorias que habló con él por teléfono pasada la medianoche. El intenso régimen de reuniones y entrevistas continuó, sin descanso alguno, durante la primera semana de guerra. El día 23, concretamente, se creó el Cuartel General del Alto Mando *(Stavka)*, convertido en Gran Cuartel General del Mando Supremo unas semanas más tarde (a mediados de julio, Stalin, que ya ejercía como comandante supremo, asumió también el cargo de comisario de Defensa). Ese día la jornada de visitas pasó de veintidós horas sin interrupción, y lo mismo sucedió el 25 y el 26. Stalin, probablemente agotado, redujo el número de citas los días siguientes,

* Entre esos dirigentes se encontraba el legendario comunista búlgaro Georgi Dimitrov, líder de la Comintern, célebre por su espectacular actuación, en defensa propia, durante el proceso de Leipzig por el incendio del Reichstag (1933), del que fue falsamente acusado por los nazis. Dimitrov escribió en su diario: «A las siete de la mañana me han reclamado con urgencia en el Kremlin. Alemania ha atacado a la URSS. [...] Sorprendente calma, firmeza y seguridad en Stalin y en todos los demás».

pero aun así el libro de visitas registra un total de 168 horas de reuniones entre el 22 y el 28 de junio.

Algún biógrafo posterior a la apertura de los archivos, tenazmente aferrado a la idea de la espantada de Stalin, se limita a rebajarla en el tiempo: en vez de los diez días de Jruschov, los deja en cuatro, ya que las entradas en el libro de visitas se interrumpen hasta el 3 de julio. Stalin, efectivamente, no estuvo esos días en el Kremlin, pero acudió en repetidas ocasiones al Estado Mayor General para seguir la marcha de las operaciones. El 30 de junio convocó al Politburó en su dacha para decidir la creación y composición del Comité de Defensa del Estado, que presidiría el propio Stalin; entre los decretos aprobados aquel día figura el que estableció el SKB (Centro Especial de Construcción), cuyo objeto inicial fue retomar el proyecto de los lanzacohetes múltiples –los *katiushas*, los *órganos de Stalin*– y poner rápidamente en marcha su producción. (El SKB, que ha cambiado de nombre varias veces, desarrolló los sistemas de lanzamiento de los primeros misiles balísticos y hace lo mismo –desde el vuelo de Gagarin en 1961– para los lanzamientos espaciales.)

Durante aquellos cuatro días, Stalin se recogió en su cercano retiro de las afueras de Moscú, al pie del teléfono, sin abandonar un solo instante la dirección del país; y allí escribió, en la relativa calma de las noches, tachando y corrigiendo como tenía por costumbre, su más famosa orden del día: la alocución por radio al país del 3 de julio de 1941.

La proclama del 3 de julio de 1941

Yuri Levitán fue el más famoso locutor radiofónico de la era Stalin. Su voz inconfundible, adaptada a las circunstancias adversas o favorables del momento, era conocida por todos los soviéticos, com-

prendidos, por supuesto, los millones de soldados en el frente. Vivía prácticamente en la emisora: transmitió cientos de comunicados, citaciones por actos de valor, felicitaciones a la población por su esfuerzo en la producción bélica, consignas a trabajadores y guerrilleros; incluso anunciaba las alarmas aéreas en Moscú. También leía solemnemente, con la entonación que exigía cada una de ellas, las órdenes del día de Stalin, salvo cuando este lo hacía en persona. En esos casos, Levitán escribía unas líneas introductorias, que mostraba a Stalin antes de leerlas. Aquella tarde del 3 de julio, la trasmisión se realizó desde el Kremlin. Stalin apareció con ocho folios, cuatro de ellos manuscritos con letra clara e inteligible, aunque tenían algunas correcciones; al parecer, había dado los últimos retoques sin tiempo para que fueran pasados a máquina. Después de la intervención de Stalin, Levitán se quedó con las hojas para copiarlas, ya que debía repetir el mensaje en sucesivas emisiones.

Las primeras palabras de Stalin, nunca antes pronunciadas por él, causaron honda emoción: «Camaradas, ciudadanos, hermanos y hermanas, combatientes de nuestro ejército y de nuestra marina. Es a vosotros a quienes me dirijo, amigos míos». Empezó reconociendo que los nazis se habían apoderado de gran parte de las repúblicas bálticas y de otros extensos territorios; y que muchas ciudades habían sufrido repetidos bombardeos. No ocultó la dura realidad: «Una grave amenaza se cierne sobre nuestro país». Pidió al pueblo grandes sacrificios, pero logró despertar en él la voluntad de resistencia, el patriotismo, el orgullo y la seguridad en la victoria. Las tropas alemanas no eran en absoluto invencibles y serían aplastadas como lo fueron las de Napoleón; las fuerzas ocultas del país eran inconmensurables, y el insolente enemigo pronto lo percibiría. Llamó, por vez primera, Gran Guerra Patria a la lucha contra Alemania, y terminó dando instrucciones de «tierra quemada» a los guerrilleros y exclamando: «¡Adelante! ¡Hacia la victoria!». Y la mañana siguiente todas las radios del país abrieron sus

emisiones con el emocionante poema «Álzate oh país poderoso», cantado por el coro del Ejército Rojo (se hizo lo mismo, día tras día, hasta el final de la guerra).

Los cronistas y autores de memorias que se han referido a esta proclama destacan, sin excepción, que las palabras de Stalin, dichas con calma, de modo inexpresivo y sereno, transmitieron una gran sensación de fuerza. No solo los famosos mariscales, sino militares menos conocidos vienen a decir lo mismo. El general Fediúninski, jefe de un cuerpo de ejército al empezar la guerra, dice en su libro, *Despertados por la Alerta:* «Es difícil describir el enorme entusiasmo y el fervor patriótico con que fue recibida esta llamada. De repente parecíamos mucho más fuertes». Y Konstantín Símonov, uno de los grandes novelistas soviéticos, que fue corresponsal en el frente, escribió:

> Stalin hablaba sorda y lentamente, con marcado acento georgiano. [...] La voz de Stalin era profunda y baja. [...] A pesar de la emoción, su voz era mesurada, opaca, y sonaba sin altibajos ni exclamaciones. El contraste entre aquella voz monótona y lo trágico de la situación de que hablaba producía una sensación de fuerza. Y eso no sorprendía a nadie: era lo que se esperaba de Stalin. [...] Nadie dudaba de su valor ni de su férrea voluntad. Y estas dos cualidades parecían entonces las más necesarias en el hombre que se hallaba al frente del país en guerra. Stalin no calificaba la situación de trágica: esa palabra era inconcebible en sus labios, pero las cosas de que hablaba [...] ponían fin a las ilusiones. Se había retrocedido casi en todas partes, y retrocedido mucho. La verdad era amarga, pero había sido dicha al fin, y con ella se sentía uno más firme sobre la tierra. También producía una sensación de fuerza el hecho de que Stalin hablara del desafortunado comienzo de aquella guerra enorme y terrible sin cambiar su léxico habitual, presentándo-

> la como un cúmulo de grandes dificultades que había que superar lo antes posible.

Esas palabras fueron publicadas en 1961, en tiempos de Jruschov, cuando Stalin era sometido a una crítica despiadada. Símonov resistió todas las presiones y se negó a desfigurar la historia en un tema de tanta repercusión, como incluso se reconoce en la obra sobre la guerra escrita por los corifeos de Jruschov; en ella se destaca, sin mencionar el nombre de Stalin, la excepcional importancia del «comunicado del gobierno» de 3 de julio de 1941. (En la edición de 1970, con Jruschov defenestrado, se intercala discretamente en el texto: «el discurso de J. Stalin».)

Tres meses después del comienzo de la guerra, Stalin recuperó la antigua institución de la Guardia, creada por Pedro el Grande, título honorífico otorgado a las unidades de todo tipo (ejércitos, divisiones, regimientos, incluso barcos de guerra) que se cubrían de gloria por sus proezas. La unidad así distinguida cambiaba de nombre –el 62.° Ejército, defensor de Stalingrado, pasó a llamarse 8.° Ejército de la Guardia– y todos sus hombres, con una rodilla en tierra, recibían su nuevo estandarte y prestaban juramento emocionados. El texto, redactado por el propio Stalin, era leído por el jefe de la unidad:

> Juramos ante el estandarte de la Guardia, ganado en los combates. ¡Que nos escuche el gran pueblo soviético, nuestra maravillosa Patria, el heroico partido de los bolcheviques! Nosotros, tus hijos, vamos a batirnos, a derrotar y exterminar a las bestiales fieras fascistas, sin conocer miedo ni fatiga, despreciando la muerte en aras de la victoria total.

Una de las más espectaculares decisiones de Stalin fue la celebración el 7 de noviembre de 1941, con los alemanes a las puertas de Mos-

cú, del desfile conmemorativo de la Revolución, como si nada grave ocurriera. En la Plaza Roja, bajo un cielo cubierto con innumerables aerostatos para impedir un eventual bombardeo, y con el eco, claramente audible, de los cañones, Stalin se dirigió a las tropas siberianas llegadas a Moscú, que participaban en el desfile para seguir enseguida hacia el cercano frente. Reconoció las enormes pérdidas humanas y materiales sufridas en los primeros meses de guerra, y no ocultó la superioridad alemana en tanques y aviones modernos.

> Celebramos el veinticuatro aniversario de la Revolución de Octubre en condiciones aciagas. [...] El enemigo está a las puertas de Moscú y de Leningrado. [...] Los alemanes pretenden el exterminio de la gran nación rusa. ¡Pues bien! Si quieren exterminio, van a tenerlo. Nuestra tarea ahora es destruir a todos los alemanes, todos hasta el último hombre que esté dentro de nuestra tierra ¡Guerra al invasor alemán! ¡Muerte al invasor alemán! [...] La causa es justa, la victoria será nuestra.

La repercusión en todo el mundo de esa parada impensable fue enorme. Varios generales alemanes confesaron más tarde su asombro y pesimismo ante aquella audaz exhibición de fortaleza moral y confianza. Y el embajador británico en Moscú, impresionado, telegrafió a Churchill: «Los rusos ganarán la guerra».

Justo un año después, en la orden del día con motivo del veinticinco aniversario de la Revolución, cuando la gigantesca tenaza de los ejércitos soviéticos estaba a punto de cerrarse sobre Stalingrado, Stalin anunció exultante, para sorpresa de sus conciudadanos: «También en nuestras calles habrá fiesta; pronto bailaremos en ellas». Y tres semanas después de la rendición de von Paulus, el 23 de febrero, Día del Ejército Rojo, Stalin dictó otra entusiasta orden del día:

> Han transcurrido veinte meses desde que el Ejército Rojo sostiene una heroica lucha, sin precedentes en la historia, contra la invasión de las hordas fascistas alemanas. [...] Nuestro pueblo guardará siempre la memoria [...] de la batalla más grande de la historia de las guerras, frente a los muros de Stalingrado. [...] Desde entonces, la iniciativa de las operaciones militares se encuentra en nuestras manos.

Más que el cerco de Stalingrado, la victoria de Kursk, unos meses más tarde, decidió la suerte del conflicto, pese a la desesperada resistencia alemana durante otros dos años. Hitler, al ser derrotado en la mayor batalla de tanques de la historia, reconoció, en una de sus charlas de sobremesa, que Alemania había perdido la iniciativa estratégica. Y Stalin, al vencer en ella, sabía perfectamente que había ganado la guerra. Para celebrarlo, puso en marcha una nueva idea, que provocó gran entusiasmo. Del mismo modo que las campanas de las ciudades anunciaban en el pasado las victorias, los cañones lo harían para todo el pueblo soviético. La primera vez, Levitán anunció:

> Orden del Día del Comandante en Jefe Supremo. [...] Hoy, cinco de agosto, las tropas capturaron, tras duros combates, la ciudad de Orel. [...] Esta noche, a las veinticuatro horas, la capital de nuestra patria, Moscú, saludará a las gloriosas tropas que liberaron Orel y Bélgorod con doce salvas de artillería disparadas por ciento veinte cañones. Gloria eterna a los héroes que cayeron en lucha por la libertad de nuestra tierra. ¡Muerte al invasor alemán! El Comandante en Jefe Supremo. Stalin.

Y el 6 de noviembre de 1944, con motivo del aniversario de la Revolución, Stalin dijo:

> Si los soviéticos odian a los invasores alemanes, no es porque pertenecen a una nación extranjera, sino porque han ocasionado a nuestro pueblo y a todos los pueblos amantes de la libertad sufrimientos y calamidades sin cuento. Hay en nuestro país un viejo proverbio que dice: «No se golpea al lobo porque sea gris, se lo golpea porque se ha comido un cordero».

El más inesperado homenaje a las órdenes del día de Stalin se encuentra en el *Diario* de Goebbels, el fanático ministro de Propaganda de Hitler. A primeros de abril de 1944, horas antes del inicio de la operación para la reconquista de Crimea, se da lectura a las tropas de la Orden del Día de Stalin: «Nos batimos en la tierra empapada en sangre de nuestros padres y hermanos. [...] Que nuestro heroísmo acreciente la gloria de las armas rusas». El ataque soviético fue tan arrollador que las tropas alemanas, pese a tener orden de volar e incendiar completamente la orla marítima de Yalta, no tuvieron tiempo de destruir la ciudad ni los antiguos palacios de Alupka, uno de los cuales, por cierto, había sido regalado dos años antes «al mariscal von Manstein, conquistador de Crimea, por la Nación alemana agradecida». Stalin rindió inmediatamente homenaje a las unidades combatientes, y Goebbels escribe en su diario: «Stalin publica una orden del día a sus tropas sobre la toma de Yalta. Las órdenes del día de Stalin me crispan cada vez más los nervios».

Y en marzo de 1945, cuando los ejércitos soviéticos llegan al Oder y ocupan un sector clave en Pomerania Oriental, Goebbels responde con amargura, en las últimas páginas de su diario, a la nueva orden de felicitación de Stalin:

> Con la pretendida toma de Küstrin, Stalin publica la 300ª orden del día, de la victoria. Esas trescientas órdenes del día representan para nosotros un singular calvario. De hecho, tendríamos que haber aguzado el oído desde la tercera, pero hemos

dejado pasar ante nosotros la 30ª sin reaccionar y sin pensar seriamente en las consecuencias, y ahora hemos de sufrir esa 300ª como una funesta fatalidad, incluso si no corresponde plenamente a la realidad. No es completamente falso decir, como hace la orden del día de Stalin, que esas trescientas etapas de la victoria bolchevique han visto la destrucción progresiva de gran parte de la máquina de guerra alemana.

Capítulo 19

La conducción de la guerra

Además del Pacto Germano-Soviético de 1939, que dejó estupefacto al mundo y permitió al país ganar casi dos años en la convulsa carrera por desarrollar al máximo su industria de defensa –pacto que ni el malévolo Jruschov critica–, Stalin realizó otra maquiavélica jugada en un nuevo intento de retrasar la guerra. En junio de 1940, Hitler había dictado su primera directriz relativa a la invasión de Rusia: «Fecha de la ofensiva: 1 de mayo de 1941. Duración de la operación: cinco meses. Objetivo: destrucción de las fuerzas vitales de Rusia». Y, a mediados de diciembre, firmó el plan para la Operación Barbarroja, que seguía en lo esencial aquella directriz. Al inicio de la primavera los preparativos llevaban el ritmo previsto, y las mejores tropas nazis y las temibles divisiones blindadas que habían arrasado media Europa iban concentrándose en la frontera. Stalin, consciente de que el ataque era inminente, ideó una última maniobra dilatoria: firmó un pacto de no-agresión con Yugoslavia y organizó un golpe de Estado antinazi en Belgrado con el propósito de provocar el furor de Hitler. El embajador yugoslavo en Moscú, que estaba al tanto de todo, preguntó preocupado a Stalin:

–¿Y si los alemanes se vuelven contra ustedes?

–Que vengan –contestó encogiéndose de hombros.

Hitler, efectivamente, respondió de modo fulminante: ordenó el rápido traslado de sus fuerzas acorazadas e invadió Yugoslavia a

sangre y fuego. Stalin esperaba que los nazis estuvieran empantanados varios meses: la operación no sería un paseo y, tras ella, necesitarían recomponer sus maltrechas divisiones y trasladarlas de nuevo a la frontera de la Unión Soviética. Se llegaría así al final del verano y, poco después, las lluvias y el lodo –la *raspútitsa* de otoño– harían imposible el movimiento; la invasión tendría que posponerse casi un año. Sus cálculos fallaron porque las tropas alemanas, en una de sus más brillantes y devastadoras ofensivas, vencieron la resistencia de los yugoslavos en menos de tres semanas. Pero Barbarroja, prevista inicialmente para primeros de mayo, cuando el fango del deshielo –la *raspútitsa* de primavera– desaparece, sufrió un retraso de mes y medio. Hitler y varios de sus generales reconocieron más tarde que el tiempo perdido en Yugoslavia les impidió llegar a Moscú antes de las primeras nieves.

La tenaz conservación de las reservas

Ante la guerra inminente, Stalin tomó otra drástica medida, que ha sido duramente criticada por varios historiadores y provocó gran desconcierto entre los militares soviéticos: se negó a «quemar» sus mejores tropas en los primeros choques con los nazis. Sin embargo, fue una sabia decisión, que confirmó sus conocimientos militares y que hizo fracasar la guerra relámpago de Hitler. Las provocaciones alemanas previas a la invasión tenían por objeto atemorizar al mando enemigo y forzarlo a desplazar el grueso de sus fuerzas hacia la frontera. Esa era la idea básica de la operación Barbarroja: atraer al Ejército Rojo para cercarlo y aniquilarlo en sus posiciones defensivas. Así lo decía la orden de Hitler: «Penetrar más allá de las defensas soviéticas, sitiar y destruir las fuerzas principales [...], perseguir los restos de esas fuerzas y ocupar Moscú envolviéndolo por el norte y por el sur». Pero Stalin no cayó en

la trampa; siguió al pie de la letra el consejo de su admirado Engels en el prefacio a *Las luchas de clases en Francia* (publicado íntegro por primera vez en la Unión Soviética en 1939): «No desgastar en luchas de vanguardia las fuerzas de choque; mantenerlas intactas hasta el momento decisivo». Conservó a buen recaudo enormes efectivos, que usó en el momento oportuno a las puertas de Moscú. Y dejó prácticamente desamparadas las regiones fronterizas con unidades incompletas y material obsoleto. Incluso centenares de aviones anticuados permanecieron en las pistas y fueron rápidamente destruidos: era mucho más importante conservar con vida a los pilotos. Aun así, la heroica resistencia, a costa de terribles pérdidas –«las pérdidas no fueron inútiles», comentó Stalin con su bárbaro desprecio por la vida humana–, logró frenar de modo considerable el avance alemán. Napoleón tardó ochenta y tres días en llegar al Kremlin, pese a que la sangrienta batalla de Borodinó detuvo temporalmente su marcha; los nazis tardaron cuatro meses en llegar a aquel mismo Borodinó y fueron parados en seco antes de entrar en Moscú. (El dios de las batallas ha debido de poner su mano protectora sobre la iglesia de Borodinó. La aldea, incendiada y casi destruida en 1812, quedó arrasada en 1941, pero su pequeña iglesia sigue milagrosamente en pie.)

Mientras los alemanes, atascados en el barro desde octubre, sufrían las bajas temperaturas sin ropas de invierno, sin guantes, sin botas adecuadas, las poderosas reservas estratégicas de Stalin se acercaban con sigilo a Moscú. Sorge, el gran espía soviético en Tokio, aseguraba en sus mensajes que Japón se disponía a enfrentarse con Estados Unidos y no tenía intención alguna de invadir Siberia y luchar en dos frentes; concretamente, había informado de la Conferencia Imperial celebrada el 2 de julio, en la que se adoptó el Programa de Política Nacional, que descartaba expresamente la intervención en el conflicto germano-soviético. Ello dejaba a Stalin las manos libres para emplear contra los nazis las fuerzas

estacionadas en el Extremo Oriente soviético. Y los mismos convoyes que habían evacuado las fábricas de material de guerra siguieron desde los Urales hacia el Pacífico para trasladar a 400 000 hombres perfectamente entrenados, un millar de tanques y otros tantos aviones hasta las cercanías de Moscú. El gigantesco embarque se terminó en solo cinco días, y el último tren llegaba al lugar de concentración, a más de ocho mil kilómetros de distancia, a finales de octubre; justo para que varias de las unidades desplazadas participasen ante Stalin en la legendaria parada del 7 de noviembre de 1941, aniversario de la Revolución. No es extraño que los íntimos de Lazar Kaganóvich, el duro y tenaz comisario de Transportes, responsable tanto de ese vertiginoso traslado como de la evacuación de la industria, le llamasen «la locomotora»; también era conocido como «Lazar de hierro».

Mientras tanto, los alemanes no tenían dudas: el Ejército Rojo estaba acabado. Fue uno de los grandes fallos de los servicios secretos alemanes, que no detectaron los masivos desplazamientos de tropas ni la concentración de estas en los alrededores de Moscú. El 4 de diciembre, el día anterior al inicio de la arremetida soviética, el mariscal von Bock afirmaba: «El enemigo que se enfrenta al Grupo de Ejércitos Centro [que él mismo mandaba] es incapaz, en el momento presente, de organizar un contraataque por no contar con reservas sustanciales». Nada menos que cuarenta divisiones, once de ellas de tanques, las llamadas Fuerzas de la Reserva del Gran Cuartel General del Mando Supremo, se le vinieron encima horas más tarde.

Hitler había asegurado repetidas veces que la guerra terminaría el mismo año 1941, y la Luftwaffe arrojaba sobre las tropas soviéticas octavillas en las que figuraba el titular de un periódico alemán: «1941. Año de la Victoria Total». Como respuesta, se lanzaron sobre las líneas alemanas octavillas con una gran hoja dibujada en cuyo centro se reproducía la frase anterior enmarcada en

un mensaje atroz: «En Rusia las hojas caídas cubren a los soldados muertos. Y la nieve cubre las hojas que cubren a los soldados muertos». El mensaje se hizo realidad cuando aparecieron frente a las trincheras alemanas las divisiones siberianas, bien equipadas con abrigos de piel de cordero, *válenki* –botas de fieltro que la nieve no traspasa–, gorros con orejeras y excelente armamento. Entonces, en aquel helado diciembre, ya no caían hojas sobre los soldados muertos, solo nieve y más nieve. Y los temibles siberianos, con su humor macabro –similar al de los españoles–, se divertían de noche en la tierra de nadie quebrando los miembros de los cadáveres congelados para componer con ellos cuadros pavorosos: pelotones de inválidos; corros de danza; oficiales a cuatro patas o en posturas obscenas. El cuerpo de un general puesto en pie, con el brazo derecho extendido hacia el oeste, parecía ordenar la retirada, el «sálvese quien pueda». Cuando amanecía, los infantes alemanes, ateridos de frío en sus trincheras –ni siquiera tenían tiendas–, llenos de espanto, escuchaban el clamor de los soviéticos disparando enloquecidos contra los siniestros *muñecos* de hielo. No resulta extraño el testimonio del mariscal Keitel, jefe del Alto Mando alemán, en el proceso de Núremberg; al ser preguntado cuándo había pensado por primera vez que la Operación Barbarroja había fallado, contestó secamente: «Moscú».

* * *

Los más antiguos mandos soviéticos iniciaron la guerra con la experiencia de la guerra civil y de las maniobras militares en tiempo de paz, bagaje insuficiente a todas luces para enfrentarse al ejército más moderno y poderoso de la época. Además de entender la guerra como una cuestión de fuerza y de coraje, eran bastante incultos y, aunque en todas las escuelas se enseñaba a los niños la odisea de la Grande Armée, no comprendían la estrategia de Stalin, idéntica

a la de Kutúzov frente a Napoleón. Estaban convencidos de que la agresión sería rechazada de inmediato y la guerra seguiría en territorio enemigo; no podían imaginar el objeto perseguido por los nazis al concentrar sus tropas en la frontera sin el menor disimulo. En cambio, los nuevos generales, que se habían formado en las excelentes academias creadas por Stalin y sabían historia militar, reconocieron su acierto al constituir poderosas reservas y conservarlas en absoluto secreto, y tenazmente, con pasmosa sangre fría, hasta el instanste decisivo. Así lo hacen Zhúkov, Vasilevski y otros generales, que publicaron sus memorias en los años setenta, dos décadas después de la muerte del dictador. Dice Zhúkov:

> En los últimos años se suele acusar a Stalin de no haber dado instrucciones para trasladar el grueso de nuestras tropas desde las profundidades del país con objeto de hacer frente y rechazar el ataque enemigo. [...] Nuestras tropas, insuficientemente dotadas de medios de defensa anticarro y antiaéreo, poseyendo menos movilidad que la del enemigo, no hubieran soportado los potentes y tajantes golpes de las fuerzas blindadas del adversario. [...] Y no se sabe la situación que luego se habría creado a las puertas de Moscú y de Leningrado, y en el sur del país.

Reitera Vasilevski:

> Hay que destacar la inmensa importancia que tuvo la oportuna acumulación y el uso coherente de las reservas estratégicas por el mando soviético. Puede decirse sin rodeos que, a pesar de la grave situación –crítica a veces–, en los días de la heroica defensa de Moscú, el Gran Cuartel General dio pruebas de gran entereza y fuerza de voluntad conservando las reservas [...] para el paso del Ejército Rojo a una resuelta contraofensiva.

Y añade Rokosovski:

> Por orden del Cuartel General Supremo las fuerzas de reserva se trasladaron a Moscú y a otros distritos amenazados [...] para preservarlas intactas hasta el momento decisivo. Ello requería un autocontrol extraordinario.

En cambio, Malinovski, también mariscal de Stalin, encumbrado por Jruschov –fue ministro de Defensa y miembro de otras instituciones del Estado mientras muchos de sus compañeros eran represaliados por mantener su dignidad–, en 1961, sin sospechar que su nuevo patrón pronto sería defenestrado, escribe servilmente:

> El colmo de la estupidez de Stalin fue dar a las tropas la orden de permanecer [...] lejos de la frontera incluso cuando se tenían pruebas absolutas del ataque preparado por Hitler.

La dirección de la guerra

Stalin, que ya era jefe del Gobierno desde mayo, concentró en cuanto se produjo el ataque alemán todo el poder en sus manos: comisario de Defensa, presidente del Comité de Defensa del Estado, jefe supremo. Enseguida, como afirma Zhúkov, se sintió en todas partes su mano dura. Dirigió la guerra desde el primer día en contacto directo con sus generales: el Gran Cuartel General fue en realidad su propio despacho. Stalin estudiaba en detalle todas las operaciones y decidía personalmente el nombre de las grandes ofensivas. En su manía por todo lo grandioso, concibió la idea de sustituir la denominación Grupo de Ejércitos por otra más rotunda e impactante: Frente. En las últimas fases de la guerra intervinieron nada menos que diez Frentes –algunos superaban el millón de soldados–, seis de

ellos mandados por los jóvenes y brillantes mariscales de Stalin. Este delegaba raramente: incluso durante las conferencias de Teherán y Yalta permanecía en estrecho contacto con Moscú y seguía tomando, como jefe supremo, las más importantes decisiones militares; lo hacía reunido con los suyos, en su horario de noctámbulo, de medianoche a cinco de la mañana. En contra de su costumbre, tenía que levantarse a las nueve porque las sesiones plenarias empezaban a las diez.

En la tensa espera de los días previos a la invasión, se dio la orden de que los jefes de los ejércitos emplazados en la frontera y sus jefes de Estado Mayor no se moviesen de sus puestos de mando. No es cierto, como afirman algunos historiadores, que la noche del 21 de junio esos mandos estuviesen durmiendo o divirtiéndose sin preocupación. Pero el general Pávlov, jefe del Frente del Oeste, harto de tantas horas muertas, cometió el error de ir al teatro precisamente aquella noche. Se trasladó a Minsk, capital de Bielorrusia, a más de 200 kilómetros de la frontera, para ver un musical patriótico muy popular. En plena función, su jefe de inteligencia entró en el palco y le susurró al oído que el ataque era inminente. Pávlov, encogiéndose de hombros, contestó: «¡Tonterías!»; y continuó como si tal cosa hasta el final del espectáculo. No regresó a su puesto de mando hasta las cuatro de la madrugada, cuando las tropas alemanas ya se adentraban en territorio soviético. Su sector fue aplastado por los blindados enemigos, y Stalin, puntualmente informado, pidió a Zhúkov que telefonease al general para conocer su versión de lo sucedido. Una vez confirmada la grave falta de disciplina, Pávlov fue fusilado por traición. En contra de lo que se podía esperar, Stalin ejecutó a muy pocos generales por sus fallos en el frente.

El primer año de guerra faltaban mandos capaces de dirigir grandes unidades. Stalin se propuso resolver el problema enviando al frente oficiales de Estado Mayor, en espera de que aplicaran allí

sus conocimientos teóricos. Casualmente, acertó y, durante toda la contienda, persistió en su idea de que los «planificadores» debían ser también «operativos». En vísperas de la victoria, los grandes jefes del Ejército Rojo, salvo alguna excepción, habían ocupado diversos puestos de Estado Mayor en los años anteriores a la guerra.

Cuarta parte

EL TRATO CON LOS GENERALES

Capítulo 20

Los *centuriones* de Stalin

Al terminar la guerra, el Ejército Rojo contaba con 5 700 generales y almirantes y una docena de mariscales. Stalin conocía personalmente a todos los jefes de Frentes, ejércitos y cuerpos de ejército; y sabía de memoria los nombres de sus suplentes y de sus jefes de Estado Mayor. Estaba en contacto permanente con su segundo en la Jefatura Suprema de las Fuerzas Armadas (Zhúkov) y con los tres miembros más importantes del Estado Mayor General (Vasilevski, Antónov y Shtemenko). Recibía, al menos, un informe diario de los jefes de los Frentes,* a quienes convocaba con frecuencia en el Kremlin, haciéndoles viajar desde sus lejanos puestos de mando en duras jornadas de ida y vuelta. Esas entrevistas tenían tres objetivos básicos: conocer de primera mano los planes y necesidades de cada sector; conocer mejor, mediante el contacto personal, a sus interlocutores y aprender de ellos todo lo posible.

Stalin tenía un gran respeto por el mariscal Sháposhnikov (se dirigía a él por su nombre y su patronímico, máxima fórmula de consideración en Rusia). Antiguo oficial zarista, su libro *El cerebro*

* La denominación *Frente* –grupo de ejércitos en otros países–, inventada por Stalin, se presta a equívoco: suele confundirse con *frente*, área del territorio en que se enfrentan las fuerzas combatientes. Al final de la guerra, un Frente contaba con una docena de ejércitos, entre ellos tres de tanques y uno aéreo; en total, unas sesenta divisiones y en torno a un millón de hombres.

del Ejército dio pie a la creación del Estado Mayor soviético en 1935. Jefe del mismo en dos ocasiones, Sháposhnikov fue sustituido definitivamente en el verano de 1942 por Vasilevski, no solo a causa de su precaria salud; aquel «viejo oficial competente» –en palabras de un joven general– carecía de la formación necesaria para hacer frente al moderno ejército alemán y, por su falta de carácter, no discutía nunca las decisiones de Stalin ni se imponía a sus subordinados. Contaron con la permanente protección de Stalin, pese a ser manifiestamente incapaces, sus dos viejos amigos de la guerra civil (Budioni y Voroshílov); y otros generales fieles, miembros antiguos del Partido, cuyas limitaciones conocía, y a quienes perdonaba su terquedad y sus trágicos errores, que tantas pérdidas humanas y materiales costaron (Timoshenko, Meretskov, Yeriómenko). Pero a quienes mimaba como a la niña de sus ojos era a los nuevos hombres con talento, excelentes jefes y organizadores, capaces de dirigir la compleja maquinaria de sus gigantescos ejércitos en las grandes operaciones (Kónev, Rokosovski, Malinovski, Góvorov, Tolbujin); al terminar la guerra, ninguno de ellos había cumplido cincuenta años, diez menos que la edad media de sus contrincantes. Para honrarles, creó la Orden de la Victoria, la espectacular estrella de platino y brillantes, que solo recibieron un general (Antónov) y nueve mariscales. (La preciada condecoración, de valor incalculable, no era transmisible a los herederos: cuando sus poseedores morían, tenía que ser devuelta al Estado.) Solía llamar de tú a unos y otros salvo cuando se enfurecía con ellos. Todos, por supuesto, le trataban de usted y como él exigía: simplemente, camarada Stalin.

El régimen de trabajo que Stalin impuso al Estado Mayor General abarcaba las veinticuatro horas del día y no fue alterado durante toda la guerra. Además, estableció personalmente los horarios de sus más altos dirigentes, que estos debían cumplir sin excusa alguna. Los generales Antónov y Shtemenko, que despachaban a dia-

rio con Stalin, vivían –valga el eufemismo– en el propio Estado Mayor. Solo interrumpieron su encierro la Nochevieja de 1944. Stalin les había invitado a cenar, junto con otros colaboradores cercanos, para celebrar por anticipado la segura derrota de Alemania, y estaban tan alegres cuando la fiesta terminó que decidieron pasar el resto de la noche en sus casas. Dieron a sus familias un susto de muerte, ya que, en aquellos tiempos, los timbrazos de madrugada solían anunciar la llegada de los «cuervos», los negros coches de la policía.

Antónov tenía que descansar, obligatoriamente, desde las cinco de la mañana hasta las once; el resto del tiempo, debía centrarse en su trabajo. Cuando se levantaba, Shtemenko le ponía al corriente de los asuntos y se iba a dormir hasta las seis de la tarde. Stalin seguía el horario de Antónov, pero se levantaba antes; y lo primero que hacía era llamar a Shtemenko para preguntarle, sin preámbulo alguno: «¿Qué hay de nuevo?». Por la tarde, entre las cuatro y las cinco, llamaba a Antónov para recibir un nuevo informe. Y, a altas horas de la noche, se reunía con los dos generales para estudiar, sobre los mapas que ellos llevaban, la situación de los diversos frentes, recapitular lo sucedido en la jornada y tomar las decisiones necesarias. Esa reunión se celebraba casi siempre en la llamada «dacha cercana», donde Stalin solía pasar las noches, y duraba varias horas. Antónov y Shtemenko no regresaban al Estado Mayor hasta bien entrada la madrugada. Allí los esperaban los responsables de los distintos departamentos con sus respectivos equipos: unos, para hacerse cargo de los mapas de operaciones y entrar en contacto con el jefe y el Estado Mayor de cada Frente; otros, para poner en marcha las múltiples directrices firmadas por Stalin.

¿Cómo pudieron soportar tal carga de trabajo durante cuatro largos años? En primer lugar, porque incluso los altos mandos eran muy jóvenes: Shtemenko tenía treinta y cinco años cuando se hizo cargo de la extenuante Dirección de Operaciones. En segundo lu-

gar, porque Stalin venía sometiendo a los alumnos de la Academia del Estado Mayor General, desde que esta fue abierta en 1936, a duras pruebas de resistencia física y mental. En días alternos, asistían a clase hasta media tarde, cenaban pronto y se presentaban en la sede del Estado Mayor para realizar prácticas durante veinticuatro horas seguidas, sin descanso alguno. Después, regresaban a su residencia en la academia y descansaban diez horas. Y el día siguiente repetían el programa: a las siete de la mañana se iniciaban las clases y, cuando estas terminaban, volvían al Estado Mayor para otra jornada de veinticuatro horas. Libraban los domingos hasta el estallido de la guerra; a partir de entonces, el país entero pasó a tener un solo día de descanso al mes.

Exigente consigo mismo y con los demás, Stalin nunca olvidaba lo que había ordenado ni permitía que lo olvidaran otros. No pasaba por alto el más mínimo fallo y reprendía rudamente, sin miramiento alguno, a sus más cercanos colaboradores. Raras veces era injusto: solía tener razón cuando se indignaba, y sus estallidos de cólera eran temibles; si no la tenía, rectificaba. Era consciente de que varios de los desastres del primer año de guerra se debían a sus propios errores y no buscaba otros culpables. Dictaba, generalmente por teléfono, directrices y reprimendas. Si lo hacía en su despacho, paseaba por la habitación con sus dos lápices en la mano y corregía con ellos lo dictado: el azul, para mejorar el texto o incluir felicitaciones; el rojo, para tachar lo que no le gustaba o añadir reproches.

A Stalin le gustaba la gente que mantenía su propio punto de vista y tenía el valor de mostrar su desacuerdo. Cuando eso sucedía, solía decidir que el asunto en cuestión fuese analizado de nuevo; rara vez rechazaba de plano una opinión discrepante. En cambio, trataba con desprecio a quienes no se atrevían a discutir con él y alababan siempre, por pura cobardía, sus decisiones. Entre los militares, solo dos se atrevían a contradecir abiertamente a Stalin y a

sostener, hasta llegar a crisparle, su discrepancia: Zhúkov y Rokosovski. Con mayor tacto, Vasilevski y Antónov también le llevaban la contraria, aunque no siempre se libraban de su cólera ni lograban que cambiase de criterio.

El trato de Stalin con los generales se traducía unas veces en escenas violentas, otras, en situaciones jocosas. Esa relación abierta, sin artificios, contribuye a desvelar la compleja personalidad del jefe supremo: su bronco carácter, su férrea voluntad, su confianza en la victoria, su humor mordaz, su capacidad para conocer y dirigir a los hombres; y permite entrever la psicología de sus «centuriones». El relato de los encuentros personales de Stalin con algunos de ellos –y de sus contactos por teléfono, por escrito, por otros medios– es el objeto de las páginas que siguen.

Gueorgi Zhúkov (1896-1974)

Hijo de un pobre campesino, ayuda a sus padres desde niño sin abandonar la escuela parroquial. En 1918 entra como voluntario en el Ejército Rojo, y cuatro años después ya manda un regimiento. Ingresa en la Alta Escuela de Caballería de Leningrado, donde coincide con otros futuros protagonistas de la guerra: Rokosovski, Bagramián, Yeriómenko. En 1930 es subordinado del primero, quien, en uno de los informes preceptivos sobre sus subalternos, describe con todo detalle las cualidades y defectos de Zhúkov: enorme fuerza de voluntad, capacidad de iniciativa, gran aptitud para el mando, estudioso, bien preparado, con afán de superación, exigente consigo mismo y con los demás, amplia experiencia práctica, amor por la carrera militar; y también, tozudo, patológicamente vanidoso, poco sensible y muy seco de carácter. (Durante la guerra, las tornas cambian: víctima de la purga militar, Rokosovski, relegado en su carrera por sus años de prisión, es subordinado de Zhúkov en varias ocasiones; siguen siendo, no obstante, excelentes amigos).

Zhúkov manda sucesivamente una división y un cuerpo de ejército, y en 1939 es nombrado, para su propia sorpresa, comandante en jefe de las tropas que habrían de rechazar la invasión japonesa de Mongolia. Tras su brillante éxito, Stalin le convoca por primera vez en mayo de 1940 y, unos meses más tarde, le nombra jefe del Estado Mayor General. Cesa al comenzar la guerra para ser el apagafuegos insustituible de Stalin en todas las situaciones extremas: organiza la defensa de Leningrado cercado por las tropas alemanas; hace lo mismo en Moscú y dirige la contraofensiva que hace retroceder en diciembre de 1941 a los ejércitos de Hitler, hasta entonces imparables; concibe y realiza, junto con Vasilevski, la audaz operación de Stalingrado y obtiene otros muchos triunfos decisivos. Stalin le muestra su reconocimiento largamente: le nombra mariscal unos días antes de la rendición de von Paulus; le otorga la primera Orden de la Victoria –que Zhúkov recibe por segunda vez después de la contienda– y en tres ocasiones, cosa realmente excepcional, la medalla de Héroe de la Unión Soviética. Además, le da prioridad para que ocupe Berlín cuando las tropas de Kónev tienen la ciudad al alcance de la mano. Y añade el honor de que Zhúkov presida el último acto de la guerra: la firma de la capitulación alemana. Por último, le concede el extraordinario privilegio, que le confirma públicamente como mano derecha de Stalin, de revistar las tropas en la Parada de la Victoria (24 de junio de 1945).

Relegado a puestos secundarios por Stalin; utilizado por Jruschov para liquidar a Beria; defenestrado por el propio Jruschov, que le acusa de bonapartismo, y rehabilitado en tiempos de Brézhnev, esos bruscos cambios de fortuna no afectan para nada a su gran popularidad entre el pueblo. En su sesenta cumpleaños recibe la cuarta medalla de Héroe de la Unión Soviética; y en 1996, con motivo de su centenario, se crea la Orden de Zhúkov que, a semejanza de las de Suvórov y de Kutúzov, rinde homenaje al último de los grandes mariscales de Rusia.

★ ★ ★

En 1938 Zhúkov recibió una citación para presentarse ante el tribunal que juzgaba periódicamente el comportamiento de los comunistas. Tuvo que reconocer que tenía arrebatos de cólera y que insultaba a sus inferiores. Estuvo a punto de ser expulsado del Partido, lo que hubiera supuesto una tragedia para él –era el tiempo de las purgas– y una gran pérdida para el país, al que prestó impagables servicios durante la guerra. Prometió ser más amable en el trato con sus subalternos, ayudarlos con paciencia y no perder los nervios por sus fallos; y el tribunal aceptó sin sancionarle sus propósitos de enmienda. (Debido a la tensión y a la falta de sueño, el carácter de Zhúkov empeoró durante la guerra: derribaba las sillas a puntapiés, tiraba los planos al suelo a manotazos y amenazaba a todas horas con fusilar a quien no cumpliera la misión encomendada. Sus subordinados conocían su temperamento y no se asustaban demasiado; además, todo el ejército confiaba en él: «Donde está Zhúkov, hay victoria», se decía.)

Un año después del penoso incidente, en mayo de 1939, las tropas japonesas invadieron Mongolia, aliada de la Unión Soviética. Zhúkov era entonces un joven general destinado en una tranquila guarnición provinciana: mandaba la Caballería en la Región Militar de Bielorrusia. Inesperadamente, recibió una orden que le llenó de inquietud: debía coger esa misma noche el tren nocturno a Moscú y presentarse en el Comisariado de Defensa a las dos de la tarde del día siguiente. En la antesala, uno de los ayudantes de Voroshílov le dijo:

–Ya puede pasar. Voy a encargar que le preparen una maleta con todo lo necesario para un largo viaje.

–¿Qué largo viaje?

–Entre, entre. El comisario le informará personalmente.

Voroshílov le recibió de pie y se limitó a anunciarle que había sido nombrado comandante en jefe de las tropas destinadas a rechazar la invasión japonesa; y cerró la breve entrevista diciendo:

–Su avión estará listo a las dieciséis horas. Con usted ira un pequeño grupo de especialistas. Buena suerte.

Zhúkov no volvió a ver a su familia en todo un año. Logró expulsar a los japoneses de Mongolia al cabo de tres meses de durísimos combates, en la llamada guerra del río Jaljín-Gol. Pero permaneció en la zona, listo para repeler cualquier nueva agresión, hasta mayo de 1940, cuando recibió la orden de entregar el mando a su jefe de Estado Mayor y presentarse en Moscú. ¿Cuál no sería su sorpresa al ser recibido personalmente por Stalin? Zhúkov acudió emocionado a ese primer encuentro. Stalin pidió que le informase de la situación en la frontera japonesa, le preguntó su opinión sobre varios de sus subordinados y lo observó atenta y largamente. Concluyó la entrevista diciendo:

–Ahora tiene usted experiencia de combate. Ha sido ascendido a general de Ejército. Asuma el mando de la región de Kiev y utilice su experiencia en la instrucción de las tropas.

El tranquilo aspecto de Stalin, la atención que prestó a su informe, sus conocimientos en temas militares, la concisión y claridad de sus razonamientos impresionaron a Zhúkov hasta tal punto que le parecieron infundados los rumores –dice en sus memoria– de que Stalin era un hombre «malo y terrible».

* * *

Cierto día, pocas semanas después del comienzo de la guerra, Zhúkov, entonces jefe del Estado Mayor General, telefoneó a Stalin y le pidió audiencia para un informe urgente.

–Venga.

Tomó los mapas con la situación de los diversos frentes, y los datos sobre armamento y reservas disponibles, y se presentó en el despacho de Stalin, que estaba acompañado por varios miembros del Comité de Defensa del Estado. El informe de Zhúkov subraya-

ba el peligro de que algunas grandes unidades fueran cercadas y sugería una retirada estratégica, aunque esta comportase la pérdida de importantes territorios. Stalin lo escuchaba en silencio.

–¿Y qué va a ser de Kiev? –lo interrumpió bruscamente mirándolo a los ojos.

–Kiev habrá que abandonarlo –contestó Zhúkov con firmeza.

Comprendía lo que significaban sus palabras: perder Kiev era impensable no solo para Stalin, sino para todo el pueblo soviético. Pero su deber era no dejarse guiar por los sentimientos y proponer la única solución que creía posible para evitar un desastre. Stalin reaccionó indignado:

–¿Qué tonterías son esas? –exclamó casi gritando–. ¿Cómo ha podido ocurrírsele entregar Kiev al enemigo?

Zhúkov no pudo contenerse y respondió ofendido:

–Si usted cree que yo, como jefe del Estado Mayor, solo soy capaz de decir tonterías, aquí no tengo nada que hacer. Ruego ser relevado y enviado al frente. Allí seguramente seré más útil a la Patria.

–No se sulfure, no se sulfure –replicó Stalin–. Además, nos las hemos arreglado sin Lenin, por lo que, sin usted, con mayor razón, también nos arreglaremos.

–Yo soy un militar y estoy dispuesto a cumplir cualquier decisión del Gran Cuartel General, pero tengo mi firme punto de vista acerca de la situación [...] he informado tal y como pienso y como piensa el Estado Mayor.

–Váyase y trabaje... si puede. Lo debatiremos y ya le avisaremos.

Zhúkov recogió los mapas y los documentos, y salió del despacho lleno de rabia y de impotencia. Media hora después, le llamaron a presencia de Stalin.

–Hemos decidido relevarle del puesto de jefe del Estado Mayor General. Le utilizaremos en el trabajo práctico. Tiene gran experiencia de mando de tropas en combate. Por supuesto, continúa

siendo subcomisario de Defensa y miembro del Gran Cuartel General.

–¿Adónde ordena que marche?

–¿Adónde quiere ir?

–Puedo cumplir cualquier tarea. Mandar un regimiento, una división, un cuerpo de ejército.

–No se enfurezca, no se enfurezca. Ya recibirá la orden con su nuevo destino.

–¿Puedo retirarme?

–Siéntese y tome un té con nosotros –dijo conciliador Stalin.

* * *

Ese incidente tuvo lugar a finales de julio de 1941. Tan escaso estaba Stalin de hombres capaces que volvió a nombrar jefe del Estado Mayor General, en sustitución de Zhúkov, al viejo mariscal Sháposhnikov, a quien había destituido el año anterior a raíz de la pésima campaña de Finlandia. (Sháposhnikov era un hombre competente y educado, que nunca levantaba la voz a sus subordinados, pero algo anticuado y con poca salud; Stalin le respetaba mucho y le permitía –caso único– fumar en su despacho.)

Durante todo el mes de agosto, la relación de Zhúkov con Stalin se limitó al envío de informes desde el frente y a consultas telefónicas puntuales. Pero a primeros de septiembre recibió un telegrama de Sháposhnikov: el jefe supremo le citaba en el Gran Cuartel General a las ocho de la noche de aquel mismo día. La situación era muy complicada en la zona de operaciones de Zhúkov, y este necesitaba tomar una serie de medidas antes de partir. Pero sabía que Stalin no toleraba que se llegase tarde a las reuniones; además, Zhúkov no olvidaba que se había excedido hasta faltarle al respeto en su último encuentro. Después de dudarlo mucho, decidió terminar su tarea en vez de presentarse puntualmente a la

hora fijada. Y envió a Sháposhnikov su respuesta: «Informe al jefe supremo de que, debido a la situación, llegaré con una hora de retraso».

Su automóvil entró en el Kremlin en completa oscuridad. La luz de una linterna enfocó su rostro para identificarle, y el jefe de la guardia de Stalin, general Vlasik, se acercó:

–El Jefe Supremo ha ordenado recibirle y acompañarle a su domicilio.

Mientras subía la escalera, seguía preocupado: ¿qué decir a Stalin para justificar su tardanza? Entró, saludó y solo acertó a decir:

–Camarada Stalin, he llegado con una hora de retraso.

Stalin miró su reloj y replicó:

–Una hora y cinco minutos –y añadió–: siéntese y, si tiene hambre, tome un bocado.

Zhúkov aprovechó que Stalin estaba estudiando atentamente un plano de la situación de Leningrado para comer un par de canapés. Stalin le pidió su opinión sobre la situación estratégica general y, después de escuchar su informe sin interrumpirle, repitió, esta vez sin acritud, su obsesiva pregunta:

–¿Y qué va a ser de Kiev?

–Por duro que sea, camarada Stalin, habrá que abandonarlo. No tenemos otra salida.

Stalin bajó la cabeza y cambió de tema.

–Tendrá que volar a Leningrado y sustituir a Voroshílov en el mando de aquel Frente y de la Flota del Báltico.

–Estoy dispuesto a cumplir esa misión –contestó Zhúkov sorprendido y halagado.

–Muy bien. Tenga en cuenta que tendrá que volar a través de la línea del frente o a través del lago Ládoga, que controla la aviación alemana.

Luego tomó un bloc, escribió unas palabras, arrancó la hoja, la dobló y se la dio a Zhúkov.

–Entregue esta nota personalmente a Voroshílov. Se anunciará su nombramiento cuando llegue a Leningrado.

La nota decía: «Entregue el mando del frente a Zhúkov y salga inmediatamente en avión para Moscú». Era evidente que, antes de anunciar el nombramiento, Stalin quería estar seguro de que el avión de Zhúkov no había sido derribado.

Desde Moscú hasta el lago Ládoga el vuelo transcurrió en condiciones meteorológicas favorables: mucha lluvia y nubes bajas. Pero, al llegar al lago, el tiempo mejoró y tuvieron que cruzarlo en vuelo rasante protegidos por una escuadrilla de cazas. Desde el aeropuerto de Leningrado, Zhúkov se dirigió directamente al Estado Mayor del Frente. Voroshílov presidía una reunión del Consejo Militar, y para Zhúkov fue muy violento interrumpir la sesión y entregar la nota al mariscal. Voroshílov la leyó sin inmutarse, la guardó en su guerrera, asintió levemente en dirección a Zhúkov y continuó dirigiendo la reunión. Después, comunicó a los presentes el mensaje de Stalin y no pudo ocultar que se quitaba un peso de encima. Musitó algo así como que había que dar paso a los jóvenes y entregó el mando a Zhúkov. Este, al ver el pésimo estado de la situación, sacó a relucir de nuevo su soberbia en el telegrama a Stalin: «Hoy, 10 de septiembre, asumo el mando del Frente de Leningrado y de la Flota del Báltico. Me propongo ser más activo que mi predecesor».

La orden del Gran Cuartel General anunciando su nombramiento apareció el día siguiente. Zhúkov realizó un trabajo inmenso organizando la defensa de la ciudad cercada; se da por seguro que, sin sus enérgicas medidas, Hitler habría logrado su objetivo. Estuvo un mes exactamente en Leningrado. El 9 de octubre recibió otro mensaje de Sháposhnikov: «El comandante en jefe supremo ordena que te presentes en el Cuartel General del Grupo de Ejércitos del Oeste. Se ha decidido relevar a Kónev, designarte en su lugar y nombrarle tu segundo».

Kónev, efectivamente, había cometido grandes errores, que llevaron al cerco completo de cinco Ejércitos. Zhúkov entregó las riendas del Frente de Leningrado, voló el día siguiente al puesto de mando de Kónev e informó al Cuartel General de su llegada. Stalin contestó a su mensaje por teléfono.

–Unifica los restos, reorganiza rápidamente el Frente y ¡actúa! –fue la tajante orden.

* * *

En mayo de 1942 Zhúkov mandaba todas las tropas de la dirección occidental. El deshielo había terminado, el fango había desaparecido, y se daba por inminente la arremetida alemana que había de llevar al enemigo hasta Stalingrado y el Cáucaso. Convocado por Stalin, que insistía en realizar, casi al mismo tiempo, varios ataques preventivos, Zhúkov volvió a llevarle la contraria al considerar que las pérdidas en hombres y material serían tales que reducirían sensiblemente la capacidad de defensa cuando los nazis iniciasen su ofensiva. De regreso al frente, su jefe de Estado Mayor le entregó una directriz que acababa de llegar: el Alto Mando de la dirección Occidental quedaba suprimido y uno de sus más poderosos Grupos de Ejército, el Frente de Kalinin, mandado por Kónev, pasaba a depender directamente del Gran Cuartel General. Las dos primeras acciones preventivas fracasaron, pero Stalin estaba convencido de que la más importante, en dirección a Járkov, no fallaría. Aunque el Estado Mayor General compartía el criterio de Zhúkov y se oponía frontalmente, Timoshenko, jefe del Frente responsable de la ofensiva, y Jruschov, miembro de su Consejo Militar, afirmaban con rotundidad que vencerían la resistencia enemiga. Stalin telefoneó a Zhúkov:

–¿No ha cambiado de parecer sobre las operaciones en el sur?

–No, camarada Stalin. Cualquier ofensiva contra los alemanes en estos momentos está condenada al fracaso.

Stalin colgó enfurecido y ordenó iniciar la operación. Al principio, esta parecía tener éxito: se rompió la defensa enemiga y las diversas unidades avanzaron entre veinticinco y cincuenta kilómetros. Stalin estaba exultante y reprochó a Zhúkov y al Estado Mayor su rechazo a una ofensiva que tan bien se desarrollaba. Pero la reacción alemana fue fulminante y condujo a uno de los mayores desastres de la guerra. Además de las enormes pérdidas, los nazis, vencidos los obstáculos, avanzaron con rapidez hacia sus objetivos. Stalin telefoneó a Zhúkov:

–Las tropas alemanas han roto los defensas del Frente de Kalinin. Intente restablecer la situación.

–Ese Frente no está subordinado a mí desde hace dos meses.

Stalin había olvidado que, irritado por la oposición de Zhúkov, había decidido que el Frente de Kalinin pasase a depender directamente del Gran Cuartel General. Reaccionó rezongando:

–Hable por teléfono con Kónev. Yo le daré instrucciones.

Pocas semanas después, Stalin llamó a Zhúkov una tarde.

–Venga lo antes posible al Gran Cuartel General.

Zhúkov llegó al despacho de Stalin a altas horas de la noche.

–Las cosas andan mal en Stalingrado y el Cáucaso –y añadió–: El Comité de Defensa del Estado ha decidido designarle suplente del jefe supremo y enviarle a la zona de Stalingrado. ¿Cuándo podrá tomar el avión?

–Necesitaré veinticuatro horas para estudiar la situación.

–Está bien. ¿Tiene usted hambre? No vendría mal tomar un tentempié.

Un año después del comienzo de la guerra, Stalin había reconocido por fin quién tenía razón y le había nombrado su suplente. No volvió a dar un solo paso sin el concurso de Zhúkov. Este aprovechó su nombramiento para elegir, como médico personal, a la bella Lidia Zajarova, que fue su amante hasta el final de la guerra.

* * *

A mediados de marzo de 1943, Zhúkov, ascendido a mariscal dos meses antes por la victoria de Stalingrado, fue convocado a una reunión nocturna en el despacho de Stalin. Para acudir a ella, tuvo que hacer casi mil kilómetros en un todoterreno por carreteras destrozadas. Exhausto, Zhúkov llegó cuando la reunión había empezado, y el secretario de Stalin le indicó que se uniese a ella enseguida. Pasadas las tres de la madrugada, cuando todos se disponían a salir y Zhúkov soñaba con caer en una cama, Stalin le preguntó:

–¿Ha cenado?

–No, no he tenido tiempo.

–Entonces venga conmigo y de paso hablaremos de la situación en Járkov.

Sin apenas probar bocado, estudiaron los problemas del sector hasta las cinco. Stalin miró su reloj

–Pese a todo, debemos terminar nuestra cena.

Terminada esta –más bien, un copioso desayuno–, Zhúkov salía para el aeródromo y a las siete de la mañana emprendía el vuelo de regreso al frente. Quedó tan profundamente dormido que solo se despertó con el impacto del tren de aterrizaje al posarse el avión sobre la pista.

* * *

En junio de 1945 se estaba preparando la espectacular Parada de la Victoria, que había de celebrarse en la Plaza Roja el día 24. Stalin citó a Zhúkov en su dacha.

–¿Ha perdido la costumbre de montar a caballo?

–No, no la he perdido. Monto siempre que puedo.

–Entonces, mire lo que le digo, usted pasará revista a las tropas en la Parada de la Victoria. La mandará Rokosovski.

–Gracias por el honor, pero ¿no debería ser usted quien lo hiciera? Es el Jefe Supremo y, por derecho y obligación, tendría que revistar la parada.

–Yo ya soy viejo para revistar paradas, la revistará usted, que es más joven. Le aconsejo hacerlo –añadió– en el caballo blanco que le mostrará Budioni.

Al día siguiente, Zhúkov fue al Aeródromo Central, en cuyas pistas se realizaba la instrucción para el desfile. Allí encontró al hijo de Stalin, Vasili, general de Aviación, quien le llamó aparte divertido.

–Se lo digo en secreto. Mi padre se estaba preparando para revistar la parada. Pero el tercer día usó mal las espuelas y el caballo echó a correr por el picadero. Mi padre, agarrado a las crines, intentó mantenerse en la silla, pero no lo logró y cayó al suelo. Se golpeó en la cabeza y en un hombro. Al levantarse, escupió y exclamó irritado: «Que reviste la parada Zhúkov. Es un viejo jinete».

–¿Y en qué caballo se entrenaba tu padre? –preguntó escamado Zhúkov.

–En el corcel blanco que le ha recomendado –contestó riendo Vasili.

Alexandr Vasilevski (1895-1977)

Hijo de un pobre pope, que ha de trabajar en el campo para sostener a su numerosa familia, ayuda a su padre desde niño. Estudia, igual que Stalin, en la escuela eclesiástica de su ciudad natal y entra después en el seminario provincial, que los alumnos sin vocación utilizan como trampolín para llegar a la enseñanza superior. Vasilevski pretende primero ser maestro, puesto al que tienen derecho quienes terminan los estudios en el seminario conciliar. Pero cuando comienza la Primera Guerra Mundial, cambia de propósito y decide seguir la carrera militar. Ingresa en una de las más

prestigiosas academias y, tras una corta estancia en ella, recibe la estrella de alférez, es enviado al frente y llega a capitán en el ejército zarista. Todos esos antecedentes le hacen sospechoso cuando se incorpora al Ejército Rojo en 1918 y frenan considerablemente su carrera. En aquellos tiempos de rápidos ascensos, Vasilevski solo es coronel cuando ya tiene cuarenta años y no es admitido en el Partido hasta 1938. Gran lector, buen conocedor de la historia militar, se distingue por sus dotes de organizador y es seleccionado para ingresar, con la primera promoción, en la nueva Academia del Estado Mayor General; allí coincide con Zhúkov, Antónov y otros jefes del futuro. Al terminar sus estudios, continúa en la academia como profesor y, poco después, se incorpora al Estado Mayor General a propuesta de quien entonces lo dirige: Sháposhnikov. Este, convencido de sus excepcionales cualidades, se hace acompañar por Vasilevski en uno de sus diarios despachos con Stalin, quien queda gratamente sorprendido por su viva inteligencia y su modestia.

Sháposhnikov es destituido por primera vez tras la desastrosa campaña de Finlandia, pero Vasilevski no pierde su puesto; y cuando aquel recupera el cargo de jefe del Estado Mayor General al comienzo de la guerra, Vasilevski es nombrado su segundo como responsable de la Dirección de Operaciones. Un año más tarde, al producirse la ofensiva alemana del verano de 1942, Sháposhnikov, tanto por su poca salud como por su débil carácter, no puede resistir el frenético ritmo de trabajo que la situación exige, y es relevado. Stalin le sustituye por Vasilevski, quien se mantiene como jefe del Estado Mayor General hasta 1945. Poco después de su nombramiento, Vasilevski concibe, junto con Zhúkov, la histórica operación de cerco de Stalingrado. Es nombrado mariscal tras ese resonante triunfo y recibe, inmediatamente después de Zhúkov, la exclusiva Orden de la Victoria. Sencillo y con excelente carácter, Vasilevski deja el protagonismo al impulsivo y vanidoso Zhúkov, y suaviza en lo posible el rudo temperamento de Stalin. Según varios cronistas militares, ese prodigioso triunvirato, por su dominio de la estrategia, su imaginación creadora y sus complementarias cualidades, no tiene parangón en la historia de las guerras. Ministro de Defensa hasta la

muerte de Stalin, es condenado al ostracismo por Jruschov, a quien no secunda en su intento de rehacer malévolamente el pasado.

* * *

En la primavera de 1940, después de una larga reunión con dirigentes militares y civiles –entre estos últimos, el astuto Anastás Mikoián, capaz de mantenerse en la cumbre tanto con Stalin como con Jruschov–, el Jefe Supremo invitó a comer a todos los participantes en su apartamento del Kremlin. Vasilevski era entonces un modesto coronel que llevaba un par de años en el Estado Mayor. Stalin, que ya había advertido su valía, le dedicó uno de sus brindis y, a continuación, le preguntó de improviso:

–¿Por qué abandonó el seminario y no se hizo cura?

–Ni mi padre ni yo teníamos realmente ese deseo. Ninguno de mis hermanos se hizo sacerdote –respondió Vasilevski algo turbado.

–Ya, ya, usted no tenía ese deseo. Comprendido. Pues Mikoián y yo sí pretendíamos hacernos curas, pero no nos quisieron –y Stalin añadió con una sonrisa socarrona–: hasta hoy no comprendemos por qué.

–Dígame, por favor, –continuó Stalin–, ¿por qué ni usted ni sus hermanos ayudan materialmente a su padre? El viejo, no ahora sino hace mucho, habría abandonado la Iglesia. La necesita para ganarse el sustento.

Vasilevski respondió que, desde hacía quince años, había roto toda relación con sus padres, y Stalin le ordenó allí mismo, delante de todo el mundo, que entrara en contacto con ellos y les prestara ayuda material. Diez años más tarde, en uno de sus encuentros con Vasilevski, entonces ministro de Defensa, Stalin recordó el incidente y le preguntó por sus padres. Al conocer que la madre había muerto y que el padre tenía ochenta años y vivía cerca de Moscú con una hija que había perdido al marido y a un hijo en la guerra, le sugirió afablemente:

–¿Y por qué no se trae a vivir con usted a su padre y tal vez a su hermana? Creo que aquí no vivirían peor.

* * *

En plena batalla de Moscú (diciembre de 1941) apenas se dormía en el entorno de Stalin, y este, para evitar el derrumbe de sus colaboradores, se vio obligado a imponerles un horario mínimo de reposo. Vasilevski, entonces director de Operaciones, debía descansar al menos seis horas seguidas a partir de las cinco de la madrugada, –lo mismo que su sustituto, Antónov, a partir de 1943–, pero cuando Vasilevski regresaba al Estado Mayor tras la reunión nocturna con Stalin, tenía que despachar con sus subalternos para darles instrucciones, y rara vez se retiraba a la hora señalada. Stalin lo suponía y llamaba por sorpresa preguntando por él. Vasilevski tomó una arriesgada decisión: ponía a trabajar junto a su mesa, donde estaba el teléfono blanco –la línea directa con Stalin–, a un joven oficial de nervios templados, que no traslucía su emoción al oír la voz del Jefe Supremo:

–Camarada Vasilevski.

–Está durmiendo.

–Bien –decía secamente Stalin.

* * *

A mediados de septiembre de 1942, la situación en el sector de Stalingrado se agravaba por momentos. En poco más de un año, los alemanes habían ocupado casi dos millones de kilómetros cuadrados de territorio soviético, donde vivían, al empezar la guerra, ochenta millones de personas. Y en su ofensiva de aquel verano habían abierto una enorme brecha en las defensas soviéticas, por la que avanzaban, más lentamente de lo previsto y a costa de enormes pérdidas,

sus fuerzas acorazadas camino del Volga. Vasilevski, ya jefe del Estado Mayor General, llevaba dos meses en la zona como representante del Gran Cuartel del Jefe Supremo, y Zhúkov, nombrado en agosto suplente de Stalin, mandaba todas las tropas que intentaban detener al enemigo. Ambos fueron llamados a Moscú para estudiar la grave amenaza.

–¿Qué necesita el Frente de Stalingrado para liquidar el pasillo enemigo? –preguntó Stalin.

Tras conocer sus peticiones, Stalin sacó un mapa en el que figuraba el emplazamiento de las reservas disponibles y empezó a estudiarlo absorto y preocupado. Vasilevski y Zhúkov se apartaron de la mesa y en un rincón del despacho cuchichearon en voz baja: dadas las críticas circunstancias, habría que buscar otra solución.

–¿Qué otra solución? –preguntó Stalin levantando de pronto la cabeza.

Asombrados de que Stalin tuviera un oído tan fino, le explicaron que solo les había venido a la cabeza la necesidad de una alternativa.

–Vayan al Estado Mayor y piensen bien qué podemos hacer en el sector de Stalingrado. De paso, piensen también en el frente del Cáucaso. Nos veremos mañana a las nueve de la noche.

Vasilevski y Zhúkov, mano a mano, en veinticuatro horas, idearon la gigantesca operación de cerco de las fuerzas de von Paulus. Stalin, fascinado por la audacia y envergadura del proyecto, y seguro de conseguir los ingentes medios necesarios, llegó a la conclusión de que era realizable y ordenó:

–Por ahora, nadie debe saber lo que hemos discutido aquí, salvo nosotros tres. Ni siquiera los miembros del Comité de Defensa del Estado. Yo mismo hablaré de la operación a quien crea necesario.

Esa misma noche Zhúkov volaba de regreso a Stalingrado. Y Vasilevski se trasladaba al Estado Mayor para iniciar la planificación de

la gran contraofensiva, sin desvelar a su equipo el objetivo final.* En un régimen de riguroso secreto, trabajando día y noche, el plan quedó listo en un par de semanas. El voluminoso documento se conserva: en él figuran las firmas de Vasilevski, de Zhúkov y de Stalin.

* * *

Stalin tenía gran afecto a Vasilevski y apreciaba sus excelentes cualidades: ilimitada capacidad de trabajo, vastos conocimientos militares, paciencia, sencillez, serenidad. Hasta tal punto le chocaba su bondadoso carácter, tan diferente al suyo, que, en cierta ocasión, despachando con Vasilevski, le hizo un sorprendente elogio:

–Usted dirige una inmensidad de tropas y no lo hace mal, pero estoy seguro de que jamás ha ofendido a una mosca.

Debía, por otra parte, a Vasilevski el planteamiento y la ejecución de muchas operaciones cruciales y, ante todo, la idea, compartida con Zhúkov, del cerco de Stalingrado, que cambió el curso de la guerra. Pero Stalin no se casaba con nadie y no perdonaba ningún fallo. A mediados de agosto de 1943 Vasilevski se encontraba, como representante del Cuartel General, en un sector del frente en el que acababa de iniciarse una arriesgada ofensiva. Stalin estaba inquieto debido a sus dudas sobre la operación planteada y, al no recibir noticias de Vasilevski ni conseguir comunicar con él por teléfono, dictó a Antónov un telegrama atroz:

> Al mariscal Vasilevski. Son ya las tres y media del 17 de agosto y usted no se ha dignado todavía enviar al Gran Cuartel Ge-

* La batalla de Stalingrado duró más de medio año; se libró sobre un territorio mayor que Portugal (100 000 km^2) y la línea del frente llegó a alcanzar 800 kilómetros. En ella cayeron millón y medio de alemanes (muertos, heridos, capturados, desaparecidos) y algo más de un millón de soviéticos.

neral el informe sobre los resultados de la operación en la jornada de ayer y su apreciación de la situación. Hace ya tiempo que le impuse el deber de enviar sin falta partes especiales al final de cada día. [...] En caso de que se permita olvidar, aunque sea una vez, su deber [...] será destituido del cargo de jefe del Estado Mayor General y retirado del frente. Stalin.

Vasilevski no había recibido un solo reproche en toda su carrera militar y no esperaba, en absoluto, una reprimenda tan desmedida. Aquella noche estaba trabajando en el puesto de mando de uno de los Ejércitos y, efectivamente, se había retrasado varias horas en el envío de su informe. Este llegó al Cuartel General cuando el telegrama acababa de salir, y Stalin ordenó a Antónov que archivara el cruel mensaje bajo llave y no lo comentara con nadie.

* * *

A mediados de febrero de 1945, cuando iban a iniciarse las operaciones en Prusia,Vasilevski, en una de sus breves estancias en Moscú, pidió a Stalin que le relevase como jefe del Estado Mayor General, ya que, desde hacia más de dos años, pasaba la mayor parte del tiempo en el frente y solo estaba en la capital cuando era convocado. Y sugirió que se confirmase en el puesto a Antónov, su suplente, pues, de hecho, este lo venía desempeñando. Stalin, sorprendido, le preguntó:

–¿Y a usted no le ofendería semejante decisión?

Vasilevski contestó que no, en absoluto, pero Antónov, que asistía a la reunión, se opuso lealmente a sustituir a su jefe. Stalin prometió pensarlo y, sensible al gesto desprendido deVasilevki, tuvo con él una atención inesperada:

–Puede quedarse dos días con su familia y también ir al teatro. Venga a verme después.

Vasilevski fue, efectivamente, al teatro y, en plena función, entró en el palco su ayudante para decirle que Stalin le llamaba por teléfono. Este le dio la triste noticia de que el general Cherniajovski, el más joven jefe de Frente, hombre brillante, de excepcional talento y energía, había sido mortalmente herido; y que había decidido confiarle el puesto que aquel ocupaba. Vasilevski interrumpió su breve descanso para incorporarse de inmediato a su nuevo destino. Stalin designó a Antónov jefe del Estado Mayor y, a Vasilevski, miembro del Gran Cuartel General del Jefe Supremo, nombramiento que cortaba de raíz cualquier especulación sobre su relevo.

(Iván Cherniajovski, coronel cuando empezó la guerra, había hecho una carrera fulgurante: alcanzó el más alto grando del generalato –general de Ejército– en solo tres años y desde mayo de 1944 mandaba con extraordinario acierto el enorme Tercer Frente de Bielorrusia. Con dos medallas de Héroe de la Unión Soviética por el modo magistral de concebir y realizar las operaciones; audaz, imaginativo, estudioso, infatigable, adorado por su gente, era asimismo un hombre muy atractivo y un eterno seductor. A comienzos de 1945, Abakúmov, director del Smersh, que además de perseguir a espías y a colaboradores de los nazis en las zonas liberadas realizaba una discreta vigilancia de los militares, informó a Stalin de los continuos devaneos del joven general con las mujeres a su mando. Oficiales, médicas, enfermeras, escribientes, telefonistas, todas caían rendidas en sus brazos, pésimo ejemplo y una afrenta para los miles de soldados forzados a la *abstinencia*. Stalin, pensativo, le dijo que buscaría una solución. Y un mes después Abakúmov volvió a la carga:

–¿Ha pensado sobre Cherniajovski?

–He pensado, he pensado, no tenemos más remedio que... envidiarle.

Y al día siguiente *invitó* a Anastasia, esposa del general, a que se trasladase a su puesto de mando –cosa realmente insólita en plena

ofensiva final hacia Berlín– para cuidarle, con el pretexto de que comía mal, apenas dormía y no se abrigaba. Nastia, feliz, llegó a la casita que servía de alojamiento a Cherniajovski –en suelo alemán, hoy polaco–, el 16 de febrero. Dos días después, un proyectil explotó detrás del coche del general. Un gran trozo de metralla atravesó la trasera del auto, el respaldo del asiento y, de lado a lado, el torso de Cherniajovski, quien murió antes de llegar al hospital. No había cumplido treinta y nueve años. Y quedaban apenas tres meses para la capitulación de Alemania).

Alexéi Antónov (1896-1962)

Nace en Bielorrusia, hijo y nieto de artilleros. La muerte de su padre frustra su deseo de seguir la carrera militar y le obliga a trabajar como obrero. Logra, no obstante, estudiar Física y Matemáticas y cultivar una de sus grandes aficiones: los idiomas, para los que tiene gran facilidad, como la mayoría de los eslavos. La Revolución le permite realizar su sueño de ingresar en el ejército, pero su formación, su mente analítica, su comprensión de los temas militares y su capacidad organizativa le condenan a servir de por vida en puestos de Estado Mayor; ya dirige el de una brigada con solo veinticuatro años. Durante una década, permanece, como alumno o como profesor, en academias militares, y en 1936 es seleccionado para el primer curso de la Academia del Estado Mayor General, donde obtiene las más altas calificaciones e inicia una estrecha amistad con su compañero Vasilevski. Hace una carrera fulminante: en cuatro años pasa de coronel a teniente general.

A finales de 1942, cuando aún faltan varias semanas hasta la liquidación definitiva de las tropas de von Paulus, el mando soviético prepara nada menos que diez ofensivas simultáneas para aquel invierno. Vasilevski, en su calidad de jefe del Estado Mayor General, hace una breve visita al Frente Transcaucásico, cuyo Estado Mayor está a cargo de Antónov. Este expone con claridad y concisión la situación operativa, y Vasilevski, al ver

confirmada la excelente impresión que tiene de su antiguo compañero, le ofrece, a punto de marcharse, el puesto que él mismo ha ocupado con Sháposhnikov: segundo jefe del Estado Mayor General y responsable de la decisiva Dirección de Operaciones. Antónov duda porque esa dirección ha cambiado siete veces (!) de manos en el primer semestre del año, y pide tiempo para pensarlo. Pero Vasilevski le llama al día siguiente para decirle que Stalin está de acuerdo y ha firmado su nombramiento. Sus futuros subordinados están convencidos de su fracaso, y alguno de ellos asegura que no pasará de la primera entrevista con Stalin. Antónov pide a Vasilevski que retrase ese encuentro lo más posible para tener tiempo de estudiar la situación estratégica y sus nuevas responsabilidades; no espera, por supuesto, que, debido a la constante ausencia de Vasilevski, la reunión introductoria con Stalin se demore tres meses. Contra todo pronóstico, Antónov se gana su confianza y permanece en el cargo hasta el final de la guerra; de hecho, dado que Vasilevski es enviado a menudo a los Frentes como representante del Gran Cuartel General, ejerce como Jefe del Estado Mayor durante la mayor parte del tiempo.

Sometido a gran tensión y a jornadas agotadoras, como todos los colaboradores de Stalin, sufre un grave ataque al corazón pocas semanas después de la victoria, al regreso de la conferencia de Potsdam. Antónov no llega a mariscal, aun contando con el gran aprecio de Stalin, porque este solo asciende al máximo rango militar a quienes llevan a cabo operaciones decisivas al frente de grandes unidades. Pero le otorga la exclusiva Orden de la Victoria, que solo reciben nueve mariscales, además del propio Stalin. Antónov es el único general a quien Stalin distingue con la más alta condecoración soviética.

* * *

Poco después de hacerse cargo de la Dirección de Operaciones, Antónov llamó a Vasilevski, que estaba en Stalingrado, para contarle sus cuitas: conocía bien su papel, estaba al tanto de los problemas y rea-

lizaba con su equipo el ingente trabajo diario; pero era ignorado olímpicamente por Stalin, quien despachaba los asuntos del Estado Mayor con el responsable de asuntos políticos (esto es, el comisario). Frustrado en grado sumo, pidió a Vasilevski ser relevado de su puesto y reintegrado al frente. Vasilevski telefoneó a Stalin, insistió en que Antónov era muy capaz y le sugirió que lo incorporase al Gran Cuartel General y tratase directamente con él las complejas cuestiones operativas. Stalin, desconfiado y cauteloso, sobre todo cuando se trataba de personas no elegidas por él, contestó:

–Si tanto vale, ¿por qué no se lo lleva usted como suplente? A juzgar por sus características, será más útil en el frente que aquí.

Antónov volvió, efectivamente, al frente, y allí estuvo tres meses. Pero Stalin quiso probar su pregonada capacidad y no le sustituyó en la Dirección de Operaciones: echó sobre sus hombros una doble carga que Antónov sobrellevó sin escatimar esfuerzos. Cuando Vasilevski recibió la orden de regresar a Moscú, pidió que Antónov volviera con él; y a finales de marzo de 1943 se lo presentó por fin a Stalin. Este comprendió enseguida el error cometido al desdeñarlo, le confirmó en el puesto y le convirtió en unos de sus colaboradores más cercanos.

Serguéi Shtemenko (1907-1976)

Uno de los más jóvenes y más capaces colaboradores de Stalin. De origen cosaco, ingresa en el Ejército Rojo después de la muerte de Lenin (1924). Solo tiene diez años cuando se produce la Revolución de Octubre y no participa, por tanto, en la guerra civil. Sin hechos de armas, su carrera militar no pasa de lo normal: a los treinta años solo tiene el nivel equivalente a comandante y manda un batallón de instrucción de tanques pesados en el Distrito Militar de Kiev. En 1938, recién casado, se encuentra a gusto en ese apacible destino, por lo que recibe con fastidio la noticia de

que, a propuesta de su coronel, ha sido seleccionado para ingresar en la Academia del Estado Mayor General abierta dos años antes. Intenta por todos los medios revocar la orden, pero así es el proceso de selección establecido, y Shtemenko se ve obligado a trasladarse a Moscú. En la academia se ponen de manifiesto sus grandes cualidades para el trabajo de Estado Mayor: capacidad de análisis, mente organizada, resistencia física y emocional, excelente memoria, paciencia, buen carácter, aptitud para redactar a vuelapluma órdenes e informes claros y concisos. Tanto es así que, al terminar los cursos, es destinado a la Dirección de Operaciones del Estado Mayor General, del que ya no sale hasta la muerte de Stalin (1953). De nada le valen sus insistentes demandas para obtener un mando de tropas. No solo se le niega: se le ordena abruptamente que deje de perseguir sueños y se concentre en su trabajo.

El régimen de promociones de Stalin no tiene nada que ver con el de los ejércitos tradicionales, en los que, salvo ascensos por hechos extraordinarios, las carreras, hasta el empleo de coronel, se han venido rigiendo por el inamovible principio de la antigüedad. Pero una cosa es la consigna de Stalin: «Buscad y encontraréis»; y otra, bien distinta, que Stalin dé su bendición al *encontrado. Un jefe descubre un nuevo valor, le lleva, con cualquier pretexto, a presencia de Stalin y le hace presentar un determinado informe. Si Stalin queda bien impresionado, la «maniobra táctica de aproximación» ha dado resultado; en caso contrario, el presentador, como mínimo, es acusado de incompetencia. De esa forma, Sháposhnikov descubre e introduce a Vasilevski, y este, en agosto de 1942, recién nombrado jefe del Estado Mayor General, hace lo mismo con Shtemenko. Stalin queda tan satisfecho que acepta la propuesta de Vasilevski de nombrar al recién llegado, que solo tiene treinta y cinco años, segundo jefe de la Dirección de Operaciones: de hecho, responsable real de la misma, ya que quienes la mandan oficialmente se suceden uno tras otro, con intervalos de semanas, hasta la llegada de Antónov. Este confirma a Shtemenko en el puesto, y ambos forman parte, con Zhúkov y Vasilevski, del formidable quinteto que encabeza Stalin para la conducción de la guerra.*

Las memorias de Serguéi Shtemenko son una fuente inagotable de información sobre aquellos años. En sus casi mil páginas se describe el día a día de los colaboradores de Stalin, sometidos a un régimen de trabajo despiadado: más de dieciséis horas diarias, siete días a la semana, dura prueba de resistencia física y mental, que pocos resisten en el Estado Mayor. Shtemenko se hace cargo formalmente de la Dirección de Operaciones al ser nombrado Antónov jefe del Estado Mayor General, puesto que él mismo ocupará después de la guerra. Cuando esta termina, Shtemenko solo tiene treinta y ocho años, y ya es, como Antónov, general de Ejército. Por negarse a criticar a Stalin, Jruschov le degrada en dos rangos. Brézhnev le devuelve sus estrellas y le nombra jefe de Estado Mayor del Pacto de Varsovia.

* * *

En agosto de 1942 los ejércitos alemanes, venciendo la tenaz resistencia de las tropas soviéticas, avanzaban simultáneamente hacia el Cáucaso y el Volga. Dos jóvenes coroneles –uno de ellos Shtemenko–, que estaban a cargo de ambos sectores en el Estado Mayor General, recibieron una noche la orden de presentarse en el Kremlin con sus mapas de operaciones. Era la primera vez que iban a informar en el Gran Cuartel del Mando Supremo, y estaban bastante nerviosos cuando entraron en el despacho de Stalin. Este paseaba con tranquilidad por la habitación.

–¿Pueden informar primero de la situación en las proximidades de Stalingrado? –les preguntó.

Cuando su compañero terminó, Shtemenko hizo lo mismo sobre la situación en Transcaucasia. Después de sus informes, Stalin los sometió a un minucioso interrogatorio: estado de las tropas; abastecimiento de material y demás suministros a las mismas; líneas a las que se replegaban; localización y cuantía de las reservas; refuerzos posibles incluso trasladando divisiones de Asia Central y de Irán. Ambos estaban al tanto de todo en sus respectivos sectores y pasa-

ron meritoriamente el examen. A punto de levantar la sesión, Stalin, satisfecho, sin dirigirse a nadie en concreto, dijo:

–A estos coroneles tendrán que llevárselos cuando emprendan el viaje.

¿De qué viaje hablaba? Shtemenko y su camarada, por supuesto, no lo preguntaron, y nadie se ocupó de saciar su curiosidad. Al cabo de unos días, Bodin, entonces director de Operaciones –víctima, dos meses más tarde, de un ataque aéreo– dijo a Shtemenko:

–Prepárese. Esta noche, a las cuatro de la madrugada, saldremos para el aeropuerto. No olvide llevar un código y traiga alguno de los oficiales que trabajan con usted.

Poco tenía que preparar. Vivía donde trabajaba, en el Estado Mayor General, y conocía al detalle todo lo referente a su sector. A la hora prevista, salieron para el aeropuerto en el coche de Bodin. Volaron a través de Asia Central, ya que la línea directa estaba bajo control alemán; cruzaron el Caspio la noche siguiente hasta Bakú y tardaron casi veinte horas en llegar a Tiflis. Durante más de un mes, Shtemenko siguió en el Cáucaso un «seminario Stalin» en toda su intensidad: realizaba labores de organización y coordinación en las diversas unidades; participaba en la toma de decisiones; recababa noticias exhaustivas de la situación en cada momento y redactaba a diario varios informes para el Cuartel General. Y todo ello, sin abandonar sus responsabilidades en el Estado Mayor, con el que estaba en contacto permanente. Dormía menos de cuatro horas diarias; solo pudo hacerlo a pierna suelta durante el largo vuelo de regreso a Moscú.

* * *

Semanas antes de que la batalla de Stalingrado terminase con la rendición de von Paulus, el Ejército Rojo había lanzado una gran ofensiva para expulsar del Cáucaso a los alemanes. Estos, ante la amena-

za de verse rodeados, empezaron a retirarse precipitadamente, abandonando abundante material y destruyendo todo a su paso. Stalin había cogido gusto a los cercos, quizá como revancha por haberlos sufrido él mismo, con enormes pérdidas, al comienzo de la guerra; y un día, a primeros de enero de 1943, telefoneó al Estado Mayor General. «Escriba y transmita al jefe del Frente», dijo a Shtemenko, y comenzó a dictarle lentamente, midiendo con esmero sus palabras:

> El enemigo se retira del Cáucaso Norte incendiando los depósitos y volando los caminos. El Grupo Norte de Máslennikov [debe] perseguir al enemigo sin presionarle mucho. No nos conviene rechazarle frontalmente. [...] Nos favorece más retenerle y cercarle.

Dictó otros varios párrafos y termino, repitiendo que el objetivo era «embotellar al grupo de tropas enemigo a fin de hacerlo prisionero o aniquilarlo». Tres días después, la operación no se desarrollaba según lo previsto, y Stalin, enfurecido, dictó a Shtemenko un duro telegrama para Máslennikov:

> Usted se ha alejado de sus tropas y ha perdido el contacto con ellas. No está excluido que, con tal desorden y falta de enlace, [...] sus unidades móviles puedan ser cercadas. [...] Esto es inadmisible. Le ordeno restablecer el enlace [...] y, regularmente, dos veces al día, informar al Estado Mayor General de cómo está la situación en su Frente. Usted responde de ello personalmente.

Stalin sabía que Shtemenko era buen amigo de Máslennikov y, cuando terminó de dictar, le preguntó secamente qué pensaba de su camarada. Shtemenko, a su vez, conocía que Stalin era comprensivo

con los jóvenes generales, en espera de que sus errores les sirvieran de lección; y le contestó, inconscientemente, con las mismas palabras que aquel empleaba para justificar su paciencia:

–Está aprendiendo.

Stalin soltó un gruñido y colgó. Pero, a la mañana siguiente, después de recibir de Shtemenko el primer parte de novedades, que confirmaba los riesgos de la operación, Stalin le dictó un nuevo telegrama –benévolo a su manera– dirigido al Consejo Militar del Frente: «Presten atención a Máslennikov, que ha perdido el contacto con sus tropas, no las dirige y nada en un mar de confusiones».

Máslennikov nunca estuvo a la altura de las expectativas: ni en el Cáucaso, donde los alemanes lograron evitar el cerco pretendido por Stalin, ni en otras operaciones posteriores. Y Stalin, que nunca olvidaba nada, reprochaba con sorna a Shtemenko una y otra vez su categórica respuesta:

–Conque aprendiendo, ¿eh?

* * *

Stalin solía invitar a cenar a quienes convocaba de noche en la llamada «dacha cercana», a las afueras de Moscú. Los camareros llevaban al comedor todo lo necesario y desaparecían sin pronunciar palabra. En la mesa estaban colocados los cubiertos, el pan, la bebida y algunos aperitivos. Stalin odiaba las conservas y los embutidos, que, por tanto, quedaban excluidos. Las sopas y los platos principales se hallaban en una mesa adosada a la pared. Stalin se acercaba, miraba el contenido de fuentes y soperas, se servía y llevaba su plato a la mesa. Los demás comensales hacían lo mismo sin distinción de rangos.

En la mesa, frente a Stalin, había siempre un bonito frasco de cristal lleno de un líquido incoloro. Bebía habitualmente vino seco

georgiano, que él mismo se servía de una botella con la etiqueta escrita a máquina; llenaba a medias su copa y la completaba con lo contenido en aquel frasco. Shtemenko tenía gran curiosidad por conocer qué mezclaba Stalin con el vino. ¿Se trataba de un vodka especial para reforzarlo? Era dudoso porque la mezcla de vodka y vino es muy dañina, pero, como es obvio, nunca osó tocar la garrafa de Stalin.

Cierta noche Shtemenko llegó el último a la mesa por estar al teléfono. Cuando entró en el comedor, su sitio habitual estaba ocupado, y Stalin le indicó una silla libre a su lado. Y una de las veces que el *vozhd* se levantó para servirse, Shtemenko no pudo resistir la tentación, echó mano del frasco y llenó una pequeña copa. ¿Cuál no sería su sorpresa al descubrir que se trataba de agua muy fría? Bien por haber visto el frasco ligeramente desplazado del lugar en que lo había dejado, bien por observar la confusión de Shtemenko, Stalin se dio cuenta de la travesura. Miró a Shtemenko como a un niño cogido en falta, hasta hacerle enrojecer, y le dijo con sorna al oído:

–Es muy fuerte, ¿verdad?

* * *

A finales de noviembre de 1943 Shtemenko recibió una orden de Antónov, su jefe directo:

–Prepárese para salir de viaje. Llévese las cartas de todos los frentes y que le acompañe un oficial del Servicio de Cifra. Adónde irá y cuándo saldrá, lo sabrá más tarde.

A las dos de la madrugada llegó a buscarle un enlace del Gran Cuartel General para llevarle hasta una estación ferroviaria militar, que Shtemenko no conocía. El oficial se despidió de él al pie de uno de los vagones limitándose a decir:

–Aquí hará el viaje.

El mozo del vagón le indicó su cabina. Unos minutos después, supo que Stalin viajaba en el tren porque recibió la orden de prever las paradas en lugares desde donde pudiera enlazar telefónicamente con Moscú; debía preparar tres informes diarios para el jefe supremo. Ordenó al jefe del tren que hiciera la primera parada a las nueve y media de la mañana, se encaramó a la litera superior y durmió profundamente hasta que le despertaron.

Al final de la tarde, el tren, sin que él lo hubiera previsto, se detuvo en Stalingrado. Shtemenko, intrigado, puesto que la ciudad ya estaba muy lejos de la línea del frente, se preparó para abandonar el vagón y esperó la orden de bajar. Esta no se dio y nadie abandonó el convoy, que reanudó su camino al cabo de media hora. A la caída de la tarde del día siguiente, el tren llegó a Bakú. Stalin y todos sus acompañantes, salvo Shtemenko, subieron a unos coches y desaparecieron. Él pernoctó en el tren, junto al teléfono, para estar en contacto permanente con Moscú.

A las siete de la mañana vinieron a buscarle para llevarle al aeródromo. Varios aviones estaban listos para el despegue. Al pie de uno de ellos se encontraba el coronel general Golovánov, jefe de la aviación de bombardeo; al pie del otro, Grachov, un joven coronel, casualmente amigo de Shtemenko. Stalin llegó a las ocho en punto, y el mariscal Nóvikov, jefe de la Fuerza Aérea, le invitó a subir al avión de Golovánov. Stalin pareció aceptar la oferta, pero, tras dar unos pasos, se detuvo en seco:

–Los coroneles generales pilotan raras veces aviones. Será mejor volar con el coronel.

Y se dirigió hacia el aparato de Grachov. Ya en la escalerilla, se volvió y dijo:

–Que nos acompañe Shtemenko. Durante el camino, informará de la situación.

Solo entonces Shtemenko supo que se dirigían a Teherán, donde iba a celebrarse la primera Conferencia de los Tres Grandes.

* * *

Durante toda la guerra, el Estado Mayor General estuvo subordinado directamente a Stalin; ni siquiera Zhúkov, suplente del jefe supremo, tuvo la menor prerrogativa sobre él. Una noche, Antónov y Shtemenko realizaban su informe habitual en la dacha de Stalin con los mapas extendidos sobre la mesa. Había que resolver varias cuestiones relativas a los tanques, y Stalin hizo llamar al mariscal Fedorenko, jefe de las Fuerzas Acorazadas del Ejército Rojo (todo alto dirigente, civil o militar, tenía obligación de permanecer en su despacho hasta que se le anunciaba que Stalin se había retirado). Llegó minutos después y comenzó a extender sus documentos encima de los mapas para poder contestar con rapidez a las preguntas de Stalin. Cuando terminó la reunión, Shtemenko dobló los mapas, recogió los demás papeles, echó una ojeada a la mesa para comprobar que en ella no quedaba nada y regresó con Antónov al Estado Mayor. Allí les esperaban, como siempre, sus colaboradores inmediatos: los responsables de cada sector para recibir los mapas respectivos y las órdenes pertinentes. Pero aquella noche se llevaron un susto tremendo: faltaban dos mapas.

Pensaron que Fedorenko los había cogido sin darse cuenta, y Shtemenko pidió a su ayudante que fuera al despacho del mariscal y revisase con él toda la documentación utilizada. A su vez, Shtemenko llamó al jefe de la secretaría de Stalin y le rogó que mirase si algún mapa había quedado casualmente en el despacho. Ni una ni otra gestión dieron resultado.

Antónov aconsejó a Shtemenko que no hablase del caso a Stalin cuando este llamase a la mañana siguiente. Así lo hizo, y Stalin tampoco dijo nada. Pero las cartas no aparecieron, y no era posible seguir callando. Aquel mismo día, en la reunión nocturna con Stalin, Shtemenko esperó un momento propicio y se decidió a dar el paso.

–Camarada Stalin, anoche me dejé aquí olvidados dos mapas de situación. Le ruego que me los devuelva.

–¿Por qué piensa que están aquí? Yo no tengo nada –contestó Stalin con el ceño fruncido.

–Es imposible –dijo firmemente Shtemenko–. Desde aquí fuimos al Estado Mayor y no he estado en ningún otro sitio. Los mapas no pueden haber desaparecido.

Stalin permaneció un instante mirándolo a los ojos. Luego salió del despacho y regresó con los mapas. Los traía cogidos por el pico, los sacudió en el aire y los arrojó sobre la mesa.

–Tómelos y no vuelva a dejárselos. Menos mal que ha dicho la verdad.

Konstantín Rokosovski (1896-1962)

Nace en Polonia, entonces parte del Imperio ruso. Su padre, un ferroviario rural, pide el traslado a Varsovia en espera de que sus hijos tengan mejor fortuna. Pero muere en un accidente, y Konstantín, obligado a ganarse la vida, abandona la escuela técnica en la que estudia y trabaja como picapedrero. Entra en el Ejército Rojo y, durante la guerra civil, manda diversas unidades. En 1924 es seleccionado para ingresar en la Escuela Superior de Caballería de Leningrado, donde coincide con Zhúkov, Yeriómenko y otros jefes del futuro; más tarde, asiste a un curso de dos años en la Academia Frunze (Escuela de Estado Mayor). En 1930 ya dirige una división de Caballería, y entre sus subordinados está Zhúkov, que manda uno de sus regimientos.

Su carrera se trunca cuando es arrestado en agosto de 1937 por su amistad con uno de los altos mandos liquidados en la purga del ejército. Acusado de sabotaje y de otros cargos supuestos, permanece dos años y medio en un campo de concentración. Ante la guerra inminente y la falta de mandos, Stalin ordena la revisión de las condenas, y Rokosovski es rehabilitado. Aun-

que asciende inmediatamente a mayor general, ya no le es posible alcanzar a Zhúkov en su carrera; incluso, en más de una ocasión, depende directamente de su antiguo subordinado. Se distingue en la batalla de Moscú, y a finales de 1942 Stalin le confía, descartando a Yeriómenko, la liquidación final de la bolsa de Stalingrado. Al mando de once Ejércitos de todas las Armas, Rokosovski aplasta a la agrupación alemana cercada. Recorre con rapidez los rangos del generalato y es uno de los nueve mariscales a quienes Stalin concede la Orden de la Victoria.

Stalin, a diferencia de Iván el Terrible, nunca se arrepiente de sus crímenes, pero a veces tiene mala conciencia y compensa con honores el daño ocasionado. Es lo que hace con Rokosovski. No solo le concede el singular privilegio de recibir en Stalingrado la rendición, por primera vez en la historia, de un mariscal alemán, sino que le elige, descartando a compañeros más antiguos, para dirigir el impresionante Desfile de la Victoria (24 de junio de 1941). Mientras los demás mariscales desfilan a la cabeza de pequeños regimientos creados para la ocasión con los mejores hombres de sus Frentes respectivos, Rokosovski, sobre un caballo negro, dirige la Parada, y Zhúkov, sobre un corcel blanco, pasa revista a las tropas formadas en la Plaza Roja. Llueve con intensidad y suenan los compases del Gloria a la Patria *de Glinka.*

Después de la guerra, Rokosovski regresa a su país natal como jefe de las fuerzas soviéticas allí estacionadas y, de 1949 a 1956, es ministro de Defensa de Polonia. Por sus virtudes (nobleza, compañerismo, preocupación por ahorrar vidas, coraje al defender sus opiniones), Rokosovski es el gran señor indiscutible de la corte militar de Stalin.

* * *

En octubre de 1941, Rokosovski mandaba el 16.° Ejército, que formaba parte del dispositivo de defensa de Moscú, en una zona sometida a ataques continuos. Para contrarrestar la superioridad en tanques y evitar a la vez que las piezas de artillería fueran des-

truidas por los blindados, cada una de ellas era protegida por destacamentos móviles provistos de ametralladoras, minas y cargas explosivas. Aunque las pérdidas eran cuantiosas, esa acción combinada, idea de Rokosovski, destruía decenas de carros y detenía el avance enemigo. El general, como es natural, apenas dormía, y una noche, cuando estaba a punto de echar una cabezada, recibió una llamada de Stalin, que quería conocer la situación. Rokosovski, después de informarle, quiso explicar cómo utilizaba la artillería en tiro directo contra los tanques y cómo a su vez la protegía.

–No me hables de tus medidas –contestó Stalin, que, por supuesto ya las conocía–. Díme si la situación es de veras tan dura.

–Muy dura, camarada Stalin.

–Bueno, resiste un poco más. Te ayudaré en cuanto pueda.

Cuando Rokosovski se despertó tras unas horas de sueño, se encontró con la sorpresa de que ya habían llegado un regimiento completo de *katiushas*, dos de artillería antitaque, tres batallones de carros nuevos, varios centenares de fusileros especializados en la lucha contra los blindados y dos mil hombres más como refuerzo. Llamó inmediatamente a Stalin para darle las gracias, y este le contestó con sorna:

–La verdad es que han marchado muy deprisa.

* * *

En mayo de 1944 se estaba planeando la gran ofensiva para reconquistar Bielorrusia. Rokosovski, jefe del Frente que había de llevarla a cabo, propuso romper la defensa enemiga en dos puntos diferentes con ataques simultáneos de parecida envergadura; había constatado que los bosques y pantanos de la zona impedirían emplear en un solo sector las enormes fuerzas de que disponía. Ese plan violaba la regla de que, al comienzo de una ofensiva, el atacante debe

concentrar en un solo golpe la mayor parte de sus efectivos para evitar la dispersión de esfuerzos.

–Debemos romper la defensa en un solo sitio –puntualizó Stalin.

–Si rompemos las defensas por dos sitios, camarada Stalin, obtendremos varias ventajas.

–¿Qué ventajas?

Rokosovski explicó su plan sobre un mapa, pero Stalin, que lo escuchaba con desdén, le interrumpió irritado:

–Sal fuera y piénsalo.

Entró en la habitación contigua. Estaba vacía y no se oían las voces del despacho de Stalin. Solo y preocupado, Rokosovski se sentaba, se ponía en pie, paseaba por la estancia. En esa tensa espera estuvo casi dos horas. La puerta se abrió, oyó su nombre y se incorporó a la reunión.

–¿Lo has pensado bien, general?

–Sí, camarada Stalin, lo he pensado.

–Bien. ¿Estás, entonces, de acuerdo en lanzar un solo ataque? –preguntó Stalin satisfecho, mirándolo de soslayo, mientras empujaba un marcador sobre el mapa en la dirección que le parecía más propicia.

Rokosovski, que había seguido con la vista el trayecto del marcador, repitió con firmeza:

–Es más aconsejable lanzar dos ataques, camarada Stalin.

Los presentes, paralizados de espanto, guardaban silencio. Stalin, sorprendido, contempló largamente a Rokosovski y le señaló de nuevo la puerta.

–Vete otra vez y piénsalo de nuevo. No seas obstinado, Rokosovski.

Volvió a encontrarse solo, pero sus pensamientos fueron interrumpidos: alguien estaba a su lado. Levantó la cabeza y, al ver a Mólotov y a Malenkov, se puso en pie.

–No olvides con quién estás hablando, general –dijo ásperamente Malenkov–. Te estás enfrentando con el camarada Stalin.

–Tienes que estar conforme, Rokosovski –le suplicó Mólotov–. Conforme, eso es todo.

Los dos volvieron a la reunión y, pasado un tiempo que se le hizo eterno, Rokosovski fue llamado de nuevo.

–Así pues, ¿qué es mejor?, ¿dos ataques débiles o uno fuerte? –preguntó Stalin intuyendo la respuesta.

–Dos ataques fuertes son mejor que un ataque fuerte.

–Pero, según tu opinión, ¿cuál de los dos debe tener mayor importancia?

–Los dos son igualmente importantes.

El rostro de los presentes acusaba la tensión, ya que en aquel despacho se habían vivido muchas escenas de furia. Stalin paseaba y fumaba su pipa en silencio. Luego se acercó a Rokosovski, puso una mano en su hombro y dijo sonriente:

–Puede que dos ataques sean mejor que uno solo. Rokosovski, estás convencido de lo que dices y me gusta que un jefe defienda lo que cree mejor. Tengo fe en tu decisión. Se hará como tú dices.

La operación fue un gran éxito. Los alemanes fueron cercados por partes y sufrieron una aplastante derrota que aceleró considerablemente los avances posteriores. Rokosovski fue ascendido a mariscal y recibió la Orden de la Victoria.

Iván Kónev (1897-1973)

Hijo de un leñador, pierde a su madre siendo un crío y se ve obligado a dejar la escuela para contribuir al sostén familiar ayudando a su padre en el bosque. Es un niño inquieto y revoltoso que siempre quiere imponer su liderazgo. Entra voluntario en el Ejército Rojo y pronto se distingue por su singular personalidad. Impulsivo, pagado de sí mismo, poco disciplinado, es un brillante au-

todidacta, con gran talento natural y lleno de iniciativa, que prefiere leer historia y biografías en vez de estudiar los farragosos reglamentos militares. Aunque nada hace por ganarse el aprecio de sus jefes, es propuesto para ingresar en la Academia Frunze, donde permanece dos años. Obtiene buenas calificaciones y destaca por su rara capacidad –ya que carece de formación de Estado Mayor– para resolver con rapidez e imaginación los problemas operativos que se plantean a los alumnos. Asciende por ello con celeridad, y en septiembre de 1941 Stalin le nombra jefe del Frente del Oeste, con la misión de detener a los alemanes en los accesos a Moscú. Kónev sufre una tremenda derrota: cinco de sus ejércitos son cercados y prácticamente destruidos, en parte, por culpa del propio Stalin. No es cierto, como se ha dicho, que este se proponga ejecutarle: Stalin reconoce casi siempre sus errores, aprende de ellos y quiere que los demás también aprendan de los suyos. Se limita a sustituir a Kónev por Zhúkov y a nombrarle, como cura de humildad, segundo del nuevo jefe. Una semana más tarde, Stalin rectifica: pretende evitar el enfrentamiento entre dos hombres valiosos y confía a Kónev la formación de un nuevo Frente. Nada consigue, ya que, a partir de entonces, en el trato de Kónev con Zhúkov subyace la obsesión por superarle.

Kónev se distingue, dos meses después, en la contraofensiva de Moscú, aunque solo cuenta con 43 tanques modernos; y recibe por ello la Orden de Kutúzov. Además de iniciativa, Kónev tiene gran valor personal y, según sus subordinados, es capaz de pensar con frialdad en los más difíciles momentos. Participa con éxito en diversas operaciones, asciende a mariscal en 1944 y, de nuevo en competición con Zhúkov, logra adelantar a este en la carrera hacia Berlín. Pero Stalin le obliga a detenerse para brindar ese histórico triunfo a su álter ego. Como compensación, confía la ocupación de Praga a Kónev, cuya entrada en la ciudad, en olor de multitud, es para él, de por vida, su más indeleble recuerdo. Cuando Zhúkov cae, en tiempos de Jruschov, Kónev destapa su rencor escribiendo un despreciable artículo contra él. Zhúkov, en cambio, siempre se porta noblemente con Kónev, a quien hace llorar de emoción cuando, sin haber sido invitado, se presenta en su dacha, en pleno invierno, para felicitarle el día que celebra su setenta cumpleaños.

* * *

En enero de 1945 las tropas de Kónev iniciaron la ofensiva de Prusia Oriental. Varias semanas antes se estudió el plan correspondiente en el Gran Cuartel General. Stalin lo revisó hasta en los menores detalles y prestó una atención particular a la región industrial de Silesia, enorme concentración de empresas, minas, establecimientos fabriles de todo tipo, que eran otros tantos obstáculos al movimiento de las tropas. Pasó un dedo por la línea que contorneaba la zona y, mirando a Kónev, se limitó a decir:

–Oro.

Con esa simple palabra, sin ninguna otra indicación, Kónev comprendió que no solo tenía que ocupar Silesia, sino salvarla de la destrucción. Sin perder de vista ese objetivo, comenzó la ofensiva en la fecha acordada. Sus tropas acorazadas avanzaron con rapidez por el borde exterior del territorio, y cuando Kónev ordenó al jefe de su fuerza acorazada, el legendario Ribalko, que las hiciese girar noventa grados, todos estaban convencidos de que se trataba de encerrar en una férrea tenaza al enemigo. El tiempo era espantoso: cuando los tanques pasaron por delante del puesto de observación de Kónev, estaban tan cubiertos de nieve que solo se los distinguía porque se movían. Diez o doce divisiones alemanas estaban a punto de ser cercadas, pero se hallaban bien atrincheradas y se defenderían hasta el último aliento. Enfrentarse a ellas supondría luchar casa por casa y convertir en ruinas la zona; pero renunciar al cerco resultaría incomprensible para sus subordinados. Kónev tomó la inevitable decisión y, cuando llegó el momento, llamó a Ribalko y le dio la orden de interrumpir el avance. Sabía de sobra cuál sería su reacción.

–Camarada mariscal. Para ejecutar su orden tendré que volver a cambiar de dirección –exclamó Ribalko crispado.

–No se excite, no se excite –y Kónev añadió con cierta sorna–. Espero que ese cambio no se convierta en un hábito. Pare sus tan-

ques. Puede hacerlo, ya que cada uno de ellos lleva un emisor de radio. ¿No es así?

–Así es –respondió Ribalko conteniendo su indignación.

–Sí no me equivoco, su comunicación con ellos es buena. ¿La tiene con todos?

–Sí, con todos. Funciona sin un fallo.

–Bien, entonces, ordene enseguida a sus cuerpos de ejército [cientos de tanques] que se detengan y giren.

Kónev se trasladó esta vez, en parte para calmarle, al puesto de observación de Ribalko, un pequeño abrigo en alto desde el que se veía perfectamente el tranquilo movimiento de los blindados. La nieve cubría el suelo, pero el cielo estaba despejado. Los soldados de infantería habían trepado sobre los tanques y algunos tocaban sus acordeones, aunque no se oían debido al ruido de los propios carros. Muchos de ellos estaban cubiertos de tul blanco. Los blindados habían llegado la víspera a una fábrica textil, y sus tripulaciones, al encontrar grandes existencias del tejido, idearon el divertido camuflaje.

La decisión de interrumpir el cerco dio sus frutos. Bajo la presión frontal de las tropas soviéticas, los alemanes, temiendo el movimiento envolvente, se retiraron por el pasillo que Kónev había dejado. El 29 de enero toda la zona industrial de Silesia cayó intacta: muchas industrias trabajaban a pleno rendimiento cuando irrumpieron los primeros soldados.

Kónev informó a Stalin del éxito de la operación lamentándose de que había dejado escapar a varios generales alemanes. «No te preocupes, los repescaremos pronto», fue la respuesta de Stalin. Y felicitó a Kónev ordenando cientos de salvas en su honor y el de sus tropas.

* * *

El 1 de abril de 1945 Stalin reunió en su despacho a Antónov (jefe del Estado Mayor General), Shtemenko (director de Operaciones), Kónev y Zhúkov para decidir la ofensiva final sobre la capital alemana. Kónev tendría que avanzar hacia el sur de Berlín, cortar en dos las defensas nazis y realizar la unión con las fuerzas americanas; Zhúkov se dirigiría a Berlín en paralelo. Sobre un mapa, Stalin trazó con su lápiz azul la línea de demarcación entre los dos mariscales y llegó con ella hasta Lübben, a unos ochenta kilómetros de Berlín. Kónev intuyó que Stalin pretendía provocar la emulación entre él y Zhúkov por alcanzar el preciado objetivo. Sabía que todo el ejército, desde el soldado al general, y todos los soviéticos soñaban con la caída de la capital alemana.

Kónev y Zhúkov salieron para sus puestos de mando con dos minutos de intervalo. Las nieblas de abril flotaban a nivel del suelo y las condiciones de vuelo eran pésimas. Poco después de llegar a su destino, ambos recibieron las directrices de las dos operaciones. La de Zhúkov decía en su punto primero: «Preparar y llevar a cabo una operación ofensiva que tenga como objetivo la toma de Berlín». Kónev comprendió que ese honor se concedía a su rival, pero sabía que Zhúkov encontraría mayor resistencia y que él, en cambio, podría lograr una rápida penetración. Dispuesto a competir en la carrera, llamó a Ribalko:

–Zumbando hacia Berlín.

Las proezas de las unidades acorazadas soviéticas figuran en todos los libros de historia militar. Una de ellas fue el cruce del Neisse. Los aviones de combate, volando a baja altura, dejaron caer una cortina de humo que cubría, por increíble que parezca, casi 400 kilómetros de río. No había viento, y el humo flotaba sin moverse sobre todo el valle del Neisse. Las divisiones de Kónev cruzaron por diversos puntos sirviéndose de puentes y de cables aéreos; y, en pocas horas, un millón de hombres y una ingente cantidad de tanques y cañones estaban al otro lado del río. Un día

después de comenzar la ofensiva, Kónev había superado largamente a Zhúkov.

Stalin telefoneó a Kónev y le felicitó por su rápido avance:

–Para Zhúkov las cosas no van tan bien. Hasta ahora no ha logrado romper las defensas enemigas.

No dijo más. Kónev también permaneció en silencio. De repente, Stalin propuso:

–¿No sería necesario transferir tus tropas acorazadas a Zhúkov para que las lance por la brecha que has abierto en dirección a Berlín?

Kónev se quedó lívido. Temblando de indignación, logró contestar con calma:

–Camarada Stalin, eso llevaría mucho tiempo y crearía una gran confusión. Pienso que no es necesario transferir los carros. La situación se desarrolla favorablemente en nuestra zona, tenemos bastantes fuerzas y estamos en condiciones de llegar con nuestros ejércitos acorazados a Berlín.

Tras unos instantes de angustioso silencio, Stalin contestó:

–Está bien. Estoy de acuerdo. Dirige tus carros hacia Berlín.

Kónev, exultante, llamó por alta frecuencia a Ribalko: tenía que marchar día y noche, sin perder un minuto y sin esperar la orden escrita, que él, por supuesto, tampoco había recibido. Venciendo todas las resistencias, los carros de Ribalko llegaron en una semana a la capital alemana. Kónev recordaría toda su vida el mazazo: a las seis de la mañana del 25 de abril recibía una directriz del Gran Cuartel General con una nueva línea de demarcación que dejaba a Zhúkov, tácitamente, la toma de Berlín. En ese momento, Ribalko ya había sobrepasado los nuevos límites y se encontraba dentro de la zona reservada a Zhúkov. Kónev tenía que darle un nuevo disgusto: debía retirarse del territorio ocupado y cederlo a los blindados de Chuikov, el defensor de Stalingrado –el *Ribalko* de Zhúkov–, a quien Stalin quería ofrecer el mismo honor que a su jefe: la ocupación de Berlín.

Ribalko estalló. Sus carros habían sido los primeros en abrir una brecha en las defensas alemanas, y los primeros en llegar al centro de la ciudad tras duros y sangrientos combates. Y he aquí que en el momento más emocionante de la batalla recibía una vez más la orden de cambiar de dirección y ceder el sector al vecino. ¿Era o no un hábito lo que se le imponía? ¿Cómo podía soportar eso sin protestar?

–Una orden es una orden, camarada Ribalko. Y, por supuesto, hay que cumplirla.

Para evitar que en los combates casa por casa –la especialidad de Chuikov– sus carros se mezclaran con los de Ribalko, este recibió una segunda orden que le revolvió las tripas: debía girar hacia el oeste y abandonar del todo Berlín.

Stalin, sensible al daño moral sufrido por sus fieles, llamó tres días después a Kónev:

–Según tu opinión, ¿quién debe tomar Praga?

Kónev respondió como una flecha:

–Nosotros, por supuesto.

El 30 de abril las unidades avanzadas del 8.° Ejército de la Guardia, al mando de Chuikov, se encontraban a unos metros del Reichstag. Las divisiones de Kónev salieron de Berlín, que fue ocupado por completo por las tropas de Zhúkov, y se dirigieron hacia Checoslovaquia. En poco más de una semana Ribalko entró en Praga. Recibido como un héroe, rodeado por las masas y cubierto de flores, no pudo salir de la capital ni llegar a su puesto de mando para llamar a Kónev. Este, a su vez, no podía enviar su informe al Gran Cuartel General, ya que carecía de datos precisos. Antónov le llamó más de diez veces presionado por Stalin. La hora límite habitual era las tres de la madrugada. Solo a las nueve, con seis horas de retraso, Kónev pudo enviar su esperado informe: Praga había sido enteramente ocupada y librada de enemigos. Stalin otorgó a Kónev la Orden de la Victoria y Ribalko fue ascendido a mariscal de las Fuerzas Acorazadas.

Semión Timoshenko (1895-1970)

De origen campesino, trabaja desde niño ayudando a sus padres y es llamado a filas en el ejército zarista poco antes de la Primera Guerra Mundial. Entra voluntario en el Ejército Rojo y, durante la guerra civil, combate en los territorios del sur de Rusia frente a las fuerzas contrarrevolucionarias de Denikin. Lo mismo que Budioni y Voroshílov, allí conoce a Stalin, a quien debe su rápida carrera. Destaca por su valor personal, su aptitud para el mando y su virtud para conseguir el afecto de las tropas. Tiene solo treinta y cinco años cuando, pese a su escasa formación, ya encabeza un Ejército de Caballería en el que cuenta con dos brillantes subordinados que le superarán con creces: Rokosovski, jefe de una división, y Zhúkov, al frente de un regimiento. Tras la purga de altos mandos en 1937, Stalin envía a Timoshenko, como hombre de confianza, a varios distritos militares para confirmar que la situación está bajo control; y en septiembre de 1939 le pone al frente de las tropas que ocupan la zona reservada a la Unión Soviética en el reparto de Polonia con Alemania.

Timoshenko participa en la guerra con Finlandia, y en ella sufre un amargo fracaso por su táctica primaria, de ataques frontales y continuos, contra la Línea Mannerheim; solo logra romper las poderosas fortificaciones a costa de enormes pérdidas. Recibe, no obstante, el título de Héroe de la Unión Soviética y, poco después, en el verano de 1940, sustituye a Voroshílov como comisario de Defensa, cargo que lleva implícito el ascenso a mariscal. Stalin, que conoce bien sus limitaciones, confía más en su lealtad que en sus cualidades para dirigir las Fuerzas Armadas, pero no tiene mucho donde elegir: no ha descubierto todavía a los brillantes jefes del futuro. Un año después de su nombramiento, Timoshenko, tras la invasión alemana, cede el testigo al propio Stalin, quien, de ese modo, concentra todos los poderes para la conducción de la guerra. Una de sus primeras decisiones es confiar a Voroshílov, Budioni y Timoshenko el mando de los tres Frentes creados para detener el ataque nazi. Un par de meses más tarde los dos primeros pierden sus puestos: Voroshílov es sustituido por Zhúkov, y Budioni, por Timoshenko, quien,

a su vez, es reemplazado por Kónev. Timoshenko tampoco conserva el mando mucho tiempo. En mayo de 1942 es sustituido por Zhúkov tras la desastrosa ofensiva de Járkov, en la que se obceca: desdeña el parecer del Estado Mayor y asegura a Stalin que cuenta con fuerzas suficientes para derrotar al enemigo. Los alemanes cercan y destruyen quince divisiones soviéticas y hacen medio millón de prisioneros.

Sin embargo, Timoshenko, pese a otros graves errores que cuestan miles de vidas –debidos, fundamentalmente, a su falta de preparación para manejar la compleja maquinaria de los ejércitos modernos–, sigue participando en la guerra al frente de grandes unidades. Sufre otro sonado fracaso en enero de 1943, y es destituido de su último mando importante. Pero Stalin no olvida sus leales servicios del pasado y, aun tratándole con rudeza, incluye a Timoshenko entre los nueve mariscales a quienes otorga la Orden de la Victoria; condecoración, por cierto, que nunca concede a sus más cercanos e ineptos camaradas: Voroshílov y Budioni.

* * *

Tras el tremendo error de la ofensiva de Járkov, Timoshenko estuvo reunido con Stalin durante seis largas horas. Al día siguiente fue destituido y trasladado a un puesto menor. Pero el «viejo campesino» –como le llama Mikoián–, insensible a la tragedia que él mismo había provocado, no se amilanó y, en cuanto se hizo cargo de su nuevo destino, telegrafió a Stalin: «Sería bueno si pudiéramos tener una división de infantería. Con ello podríamos realizar todos los planes que nos ha encomendado».

Stalin, que tenía entonces preocupaciones más serias, arrepentido de haberle dado otro mando, le contestó secamente: «Si las divisiones pudieran ser compradas en el mercado, yo compraría cinco o seis, pero, desgraciadamente, no están a la venta».

Aunque tenía debilidad por sus camaradas de la guerra civil, Stalin prefería perderles de vista en los momentos cruciales. Así,

cuando comenzó la ofensiva alemana hacia el Volga y se creó el Frente de Stalingrado, se quitó de en medio a Timoshenko enviándole a un sector tranquilo en el norte. Allí, además de tener tiempo para reflexionar, lo tuvo –cosa insólita durante la guerra– para dedicarse a la lectura.

Poco después de su llegada, *Pravda* publicó íntegra, en cuatro entregas sucesivas, una pieza teatral inspirada, al parecer, por el propio Stalin: *El Frente*, de Aleksandr Korneichuk. En ella se describía con sarcasmo a los comandantes de la guerra civil, que confiaban sobre todo en el coraje y el entusiasmo; y se ensalzaba a los jóvenes generales que conocían el arte de la guerra moderna, y eran capaces de utilizar con talento las nuevas armas y las grandes unidades. Timoshenko se reconoció en Górlov, uno de los protagonistas, y escribió indignado a Stalin: la pieza era muy nociva para el Ejército Rojo, un verdadero sabotaje; debía ser prohibida en los teatros, y su autor, severamente castigado. Stalin contestó duramente el mismo día:

> He recibido su telegrama acerca de la pieza de Korneichuk. Su opinión no es correcta. La pieza tendrá gran importancia educativa para el Ejército Rojo y sus oficiales. Expone correctamente los defectos del Ejército Rojo. Uno debe tener el coraje de admitir esos defectos y dar pasos para corregirlos. Es el único camino para emplear mejor y perfeccionar el Ejército Rojo.

La pieza tuvo un enorme éxito por su valor didáctico para toda la población. Justificaba los errores del pasado y reafirmaba la fe en la victoria. Siguió en los escenarios de todo el país después del triunfo en Stalingrado, y Stalin, quizá por sentirse coautor, fue a verla tres veces encantado. Y se la recomendó calurosamente a Vasilevski cuando le concedió, tres meses antes del final de la guerra, el raro privilegio de ir al teatro.

Kiril Meretskov (1897-1968)

Kiril Meretskov, de padres campesinos, nace en una aldea cerca de Moscú. Miembro del Partido desde 1917, se distingue por su bravura en la guerra civil y hace una carrera fulgurante. En 1922, con solo veinticinco años, asciende a brigadier y es nombrado jefe del Estado Mayor de un cuerpo de ejército de Caballería, lo que le obliga a superarse a sí mismo para compensar su formación autodidacta. Por su excelente ejecutoria, es seleccionado para formar parte de la primera promoción de la Academia Frunze, a la que también pertenecen otros seis futuros mariscales de Stalin. En 1938 es nombrado segundo jefe del Estado Mayor General y secretario del Consejo Militar Supremo. Este se reúne dos o tres veces por semana y, como ningún problema del país, militar, económico o de cualquier otro tipo, se resuelve sin el concurso de Stalin, Meretskov le lleva personalmente, y discute con él, las actas de las reuniones. Ese trato continuo hace de Meretskov uno de los fieles de Stalin, quien, por su parte, siempre le da amplias muestras de protección y estima.

Una de las ideas fijas de Stalin es que los oficiales del Estado Mayor han de ser capaces de dirigir tropas en combate. Así, sin relevarle de su puesto en Moscú, nombra a Meretskov jefe del 7.º Ejército en la campaña de Finlandia. La falta de experiencia en la marcha sobre esquís a través de bosques y lagos, las extremas temperaturas y el exceso de nieve de aquel invierno –llega a dos metros de altura–, más las poderosas fortificaciones de la Línea Mannerheim hacen fracasar la ofensiva soviética. Pero Meretskov logra asentarse sólidamente en el istmo de Karelia y alcanza los objetivos marcados. Recibe por ello el título de Héroe de la Unión Soviética, y poco después, en agosto de 1940, es nombrado jefe del Estado Mayor General, cargo que le viene grande. Stalin le destituye abruptamente seis meses más tarde.

Pero no cae en desgracia, aunque nunca recupera una posición destacada en el Alto Mando soviético. Continúa en el Estado Mayor como asesor; es nombrado, al comenzar la guerra, consejero permanente del Gran Cuar-

tel General de Stalin y llega a dirigir grandes unidades en sectores secundarios del frente. En enero de 1943 logra romper el cerco de Leningrado para dejar libre la línea férrea con Moscú, lo que permite abastecer la ciudad hasta que, un año más tarde, es definitivamente liberada.

Meretskov, muy sociable, tiene excelentes relaciones con superiores y subordinados. Carece de la inteligencia y de la visión estratégica de Zhúkov, Vasilevski y otros generales a quienes Stalin confía las grandes operaciones, pero lleva a cabo con decisión las misiones que se le encomiendan. Es el hombre ideal para enérgicas acciones ofensivas de alcance limitado. Debido a sus hábitos de trabajo en el Cuartel General, le es difícil delegar cuando manda tropas en el frente: tiende a inmiscuirse en el trabajo de su Estado Mayor, lo que provoca gran frustración a sus miembros. Comparte con Stalin la admiración por Suvórov, el gran general de Catalina II, capaz de despertar el amor de sus soldados aun pidiéndoles lo imposible. Como aquel, Meretskov somete a las tropas a duros y constantes ejercicios, lo que, además de contribuir a salvar vidas en combate, hace realidad las palabras de Suvórov, que él repite constantemente: «Donde un ciervo pasa, pasa el soldado ruso; y donde un ciervo no pasa, el soldado ruso también pasa».

* * *

Tras la sangrienta purga de los mandos más prestigiosos del Ejército Rojo, encabezados por el mariscal Tujachevski, se celebraron reuniones informativas en todas las unidades. En una de ellas, a la que asistía Meretskov, algunos oficiales oportunistas declararon que los mandos eliminados siempre les habían resultado sospechosos. Meretskov intervino indignado: Si habían desconfiado, ¿por qué habían callado hasta entonces?; a él nadie le había infundido la menor sospecha.

Informado Stalin del incidente, felicitó a Meretskov por su coraje y su decencia y le nombró, primero, segundo jefe, y des-

pués, en agosto de 1940, jefe del Estado Mayor General. Francia acababa de ser derrotada, y Stalin dio personalmente a Meretskov la directriz básica para las Fuerzas Armadas, que tenía el mismo objeto que el pacto germano-soviético firmado el año anterior: mantener la paz a cualquier precio para ganar el mayor tiempo posible, un año, medio año, incluso un mes. Si se lograse retrasar la guerra un verano más, se recogería la cosecha, se construirían nuevas fábricas de armamento y se producirían en serie los nuevos modelos de tanques y aviones.

Unos meses después del nombramiento de Meretskov, se realizaron grandes maniobras militares en las que intervinieron más de cien divisiones: unas, por el bando occidental (azul); otras, por el oriental (rojo). El bando azul, dirigido por Zhúkov, arrolló prácticamente al rojo, dirigido por Pávlov. El análisis general de las maniobras tuvo lugar en el Kremlin a mediados de enero de 1941, en presencia de centenares de personas: miembros del Politburó y del Comisariado de Defensa; Estado Mayor General al completo; jefes de todas las regiones militares, acompañados por sus jefes de Estado Mayor y todos los generales a sus órdenes. En su papel de jefe del Estado Mayor General, que había realizado un ingente trabajo preparando las maniobras, correspondía a Meretskov presentar el informe principal. Después de dos o tres bruscas interrupciones de Stalin, se puso nervioso y empezó a vacilar y repetirse. Sin dejarle terminar, Stalin tronó:

–La desgracia consiste en que no tenemos un verdadero jefe de Estado Mayor. Hay que sustituir a Meretskov –y haciendo un irritado gesto de despedida con la mano, añadió–: los militares pueden retirarse.

Al día siguiente, Zhúkov fue convocado por Stalin:

–El Politburó ha decidido relevar a Meretskov del cargo de jefe del Estado Mayor General y designarle a usted para ese puesto.

Zhúkov no esperaba en absoluto ese nombramiento y replicó:

–Nunca he trabajado en un Estado Mayor. Siempre he estado al mando de tropas. No puedo ser jefe del Estado Mayor General.

–El Politburó ha decidido designarle a usted –dijo Stalin recalcando secamente la palabra «decidido».

El 1 de febrero de 1941 Zhúkov tomó posesión del cargo en el que Meretskov había durado menos de medio año. «Hablando con franqueza –dice en sus memorias–, iba de muy mal humor.» Seis meses después, día por día, Zhúkov también cesaba como jefe del Estado Mayor para convertirse, algo más tarde y hasta el final de la guerra, en el brazo derecho de Stalin.

* * *

Finlandia, como aliada de Alemania, después de recuperar los territorios perdidos al ser derrotada por la Unión Soviética en 1940, había construido una fuerte línea defensiva entre los lagos Ládoga y Onega. Aunque Mannerheim, muy prudente, se negó a participar con sus tropas en el asalto a Leningrado, Stalin rumió con detenimiento su venganza. Cuando sus ejércitos victoriosos estaban a punto de ocupar de nuevo los disputados territorios, decidió, por una vez, no gastar hombres ni material luchando contra las fuerzas nazis asentadas en Finlandia; tendrían que ser los propios finlandeses quienes rompieran con Alemania. En febrero de 1944 nombró jefe del Frente de Carelia a Meretskov, quien se mostró entusiasmado, ya que no solo él, relegado al papel de consejero áulico, sino todos los miembros del Estado Mayor soñaban con ser protagonistas en el teatro de operaciones. El objetivo era romper las formidables defensas finlandesas, los llamados «dientes de dragón», para forzar al gobierno del país, ante el riesgo de una invasión en toda regla, a pedir un armisticio.

Cuando Meretskov llegó al Kremlin para exponer su plan de operaciones, quiso mostrar gráficamente a Stalin el área fortificada

enemiga que debería destruir. Llevó a Moscú una espléndida maqueta del terreno y varias fotografías aéreas, pensando que le sería más fácil explicar los duros combates que le esperaban y así conseguir más medios. Los miembros del Cuartel General, que trataban a diario con Stalin y conocían a fondo su carácter, intentaron inútilmente que Meretskov renunciase a presentarle aquellos materiales. Meretskov agravó la situación mostrando a Stalin la maqueta y las fotografías antes de presentar su plan de operaciones. Stalin lo escuchaba paseando, como de costumbre, junto a la larga mesa de reuniones. De repente, se detuvo e interrumpió con brusquedad a Meretskov:

–¿Es que pretende asustarnos con sus juguetes? El enemigo, por lo visto, le ha hipnotizado con sus defensas. Me asalta la duda de si, después de esto, será usted capaz de llevar a cabo la misión planteada.*

La operación fue un éxito. Las defensas fueron derruidas y las tropas finlandesas se vieron obligadas a retroceder hasta el interior de su país. De acuerdo con la doctrina militar soviética, cuando el enemigo comenzaba a retirarse debía ser rápidamente perseguido. Meretskov tenía la orden de no traspasar, en ningún caso, la frontera finlandesa, pero Stalin conocía su impulsividad y sabía que la tentación de llegar a Helsinki lleno de gloria sería para él irresistible. Ordenó al Estado Mayor que, además de recordar al camarada Meretskov que se trataba de una orden del propio Stalin, se asegurase de que la cumplía. Las dudas persistían, y Antónov, jefe del Estado Mayor General, ante el silencio de Meretskov, le envió un nuevo telegrama pidiéndole que explicase con toda claridad sus intenciones. La respuesta de Meretskov confirmaba los recelos de Stalin: Sus tropas estaban listas para iniciar una decisiva operación que aplastaría a los 200 000 alemanes estacionados en Finlandia. Stalin montó

* Ya se ha dicho que Stalin llamaba de usted a sus hombres cuando estos le sacaban de quicio.

en cólera y ordenó enviar a Meretskov un último telegrama: «El Gran Cuartel General le pide que siga a rajatabla sus instrucciones y le previene que, si no las cumple y se empeña en seguir adelante, será destituido como comandante del frente».

El nuevo mensaje –en realidad, una ligera amenaza para los tiempos que corrían– surtió efecto, y Stalin, sin disparar un solo tiro contra los alemanes, se salió con la suya. A cambio de respetar la independencia de Finlandia, impuso a sus dirigentes humillantes condiciones. El gobierno finlandés tuvo que comunicar a Hitler que se veía obligado a abandonar la guerra; anunció a su pueblo por radio que rompía su «honesta alianza» con Alemania bajo la presión de las circunstancias; pidió a los nazis que retirasen sus tropas en el plazo de dos semanas y se comprometió, en caso de negativa, a desarmar a los alemanes y entregarlos a los soviéticos. Hitler, furioso, ordenó a sus tropas que arrasasen Laponia en su retirada.

Cuando todo terminó, Stalin explicó al dolido Meretskov que la prohibición de avanzar había sido una simple decisión de alta política. Y, para consolarle, le ascendió a mariscal y le otorgó la Orden de la Victoria.

* * *

Una de las obsesiones de Stalin era que todo el mundo, empezando por él mismo, sacase el máximo partido de su tiempo. Reducía drásticamente los plazos de ejecución previstos en las más variadas actividades: planes quinquenales (a cumplir en cuatro años); desarrollo de nuevas armas; traslado de unidades de un frente a otro; preparación de grandes operaciones estratégicas. Tras el final de la guerra en Europa, ordenó preparar, en el más absoluto secreto, la campaña contra el Japón, de la que hizo responsables a tres mariscales: Vasilevski, Malinovski y Meretskov, este último como especialista en la ruptura de áreas fortificadas. Por razones de seguridad, los tres reci-

bieron la orden de sustituir en sus hombreras la gran estrella de mariscal por las de otros rangos menores. Aunque faltaban casi dos meses para el inicio de la ofensiva, Meretskov, convertido en general Maksímov, quiso salir cuanto antes hacia el Lejano Oriente siberiano para hacerse cargo de los ejércitos a su mando, conocer a sus subordinados y estudiar la operación. Pensaba ir tranquilamente en tren, pero Stalin, con el pretexto de que podía ser reconocido por alguien, le ordenó ir en avión. En realidad, lo que quería era saber cuánto tardaba. El parte enviado por Meretskov a su llegada decía: «Total, treinta y seis horas y cincuenta cinco minutos; en vuelo, veintiocho horas y treinta minutos». Aunque era obvio que las sucesivas operaciones en tierra, entre ellas, repostar y revisar el avión, habían exigido mucho tiempo, Stalin le preguntó por telegrama en qué había empleado las ocho horas y pico de diferencia. Se ignora la respuesta.

Semión Budioni (1883-1973)

De familia campesina, nace en una granja próxima al río Don. Sirve en el ejército zarista y se hace famoso durante la guerra civil por su destreza en el combate y el entusiasmo que despierta entre sus hombres. Sus hazañas al mando de la Caballería Roja –cuyos héroes menores protagonizan los deliciosos relatos de Isaak Bábel– son conocidas por toda la población y le granjean una enorme popularidad en el país y un gran prestigio en el extranjero. En el frente de Tsaritsin, la futura Stalingrado, conoce a Stalin, a quien se une de por vida como uno de sus más fieles seguidores. A raíz de la reorganización del Ejército Rojo para adaptarlo a la guerra moderna, la Caballería es prácticamente disuelta. Budioni, poco cultivado, aferrado a sus ideas trasnochadas, se opone con tesón, logra que se mantengan algunas unidades y recibe, como premio de consolación, un cargo casi honorífico: inspector de la Caballería.

En 1935 Stalin nombra los cinco primeros mariscales, Budioni entre ellos; y confía a este el Distrito Militar de Moscú. Destituido al poco tiempo, Budioni va pasando de un puesto a otro sin destacar en ninguno. Su incompetencia se pone de manifiesto en los primeros combates de la guerra, y es relegado a un sector sin importancia, en el que solo cuenta con su estado mayor, algunos oficiales y un reducido número de tropas. En 1941, por encargo de Stalin, Budioni organiza la histórica parada conmemorativa de la Revolución de Octubre, que se celebra pese a la cercanía de los ejércitos nazis. Es su más famosa actuación. La imagen, largamente reproducida, de su salida al galope por una de las puertas del Kremlin para pasar revista a las unidades formadas en la Plaza Roja cubierta de nieve, exalta la moral de todos los combatientes y el fervor patriótico de la población. Las tropas contestan a su saludo, lanzando a su paso el grito de guerra del Ejército Rojo, el impresionante ¡Urráaa! *que aterroriza a los soldados alemanes cuando cae en avalancha sobre ellos la infantería soviética. Cuatro años más tarde, Budioni presencia la Parada de la Victoria desde el mausoleo de Lenin al lado de Stalin, quien le muestra, en toda ocasión, un sincero afecto lleno a menudo de ironía.*

* * *

En junio de 1940 se realizaron importantes maniobras en el Distrito Militar de Moscú, que mandaba Budioni, a quien Stalin había ascendido a mariscal, por puro afecto, cinco años antes. Dirigía el ejército Timoshenko, también mariscal desde que sustituyó a Voroshílov como comisario de Defensa tras el desastre de Finlandia. Budioni, por supuesto, presenciaba las maniobras y, cuando fue informado de que los carros iban a entrar en acción, sintió el impulso de dirigir él mismo el ataque y saltó al primer blindado. El conductor se llevó tal susto que perdió el control del tanque, que estuvo a punto de caer en un barranco lleno de agua. Cuando todo terminó, se realizó el examen de las maniobras, y Timoshenko, en presencia de Stalin, cuya complicidad era evidente, reconvino a Budioni:

–Le aconsejo que en el futuro, en vez de subirse a un tanque, permanezca en su puesto de mando, desde donde podrá controlar sus fuerzas. En la guerra civil nosotros le seguíamos al galope, sable en mano. Pero aquellos días están lejos. Un tanque no es un caballo.

Stalin disimuló su regocijo como pudo.

* * *

Durante la guerra, en realidad Stalin no sabía qué hacer con todo un mariscal incompetente. Budioni pasaba de destino en destino, sin responsabilidad mayor y sin formar parte de ningún órgano decisivo. De repente, en enero de 1943 fue convocado en el Kremlin por Stalin. En la antesala se encontró a Zhúkov, a quien dijo halagado que, si Stalin le había llamado, sería por algún motivo importante.

–No lo dude –contestó con ironía Zhúkov, que salía en aquel momento del despacho.

Stalin le recibió a medianoche. Estaba de buen humor por la situación en Stalingrado y le anunció en tono solemne:

–El Comité de Defensa del Estado ha decidido crear el puesto de jefe de la Caballería Roja y nombrarle a usted para el mismo –y añadió seriamente–: ¿comprende la tarea que el Partido pone en sus manos?

–Comprendo, camarada Stalin. Gracias por su confianza. Haré lo posible por justificarla.

Budioni, tomando en serio su irrelevante función, demostró tanto interés en la alimentación de los caballos que fue nombrado simultáneamente viceministro de Agricultura. Cuando la Caballería fue desmantelada al finalizar la guerra, Stalin inventó un nuevo puesto para Budioni: jefe de los Caballos de Carreras, algo así como una remonta civil en la que se incluían las granjas de cría, los establecimientos de selección, doma, inseminación y entrenamiento, y los hipódromos de toda la Unión Soviética.

Andréi Yeriómenko (1892-1970)

De origen campesino, es movilizado poco antes del comienzo de la Primera Guerra Mundial, llega a suboficial en el ejército zarista y se une a un destacamento de guerrilleros cuando se produce la intervención extranjera tras el triunfo de la Revolución. En 1918 ingresa en el Ejército Rojo y, casi simultáneamente, en el Partido. Después de la guerra civil, es enviado a la Alta Escuela de Caballería de Leningrado, en la que coincide, entre otros, con Rokosovski y Zhúkov. Estudia también en la Academia Frunze, y es poco apreciado por sus compañeros por su injustificada presunción, ya que, a falta de talento, supera los cursos a base de esfuerzo. Al inicio de la invasión alemana, es nombrado jefe del Distrito Militar del Oeste, en el que tiene como subordinado, al frente de uno de sus Ejércitos, al futuro mariscal Kónev. Dura en el puesto menos de una semana: es sustituido por Timoshenko, a la sazón comisario de Defensa, quien asume personalmente la dirección de las operaciones en el sector. Una práctica frecuente de Stalin es dejar al destituido como segundo del nuevo para que aprenda de su sucesor; así ocurre con Yeriómenko respecto a Timoshenko y, poco más tarde, con Kónev respecto a Zhúkov.

Unas semanas después, a mediados de agosto de 1941, debido a la carencia de mandos capaces, Yeriómenko es nombrado jefe de un nuevo Grupo de Ejércitos, el Frente de Briansk, que tiene como misión detener los tanques de Guderian en su camino hacia Moscú. Convocado por Stalin a raíz de su nombramiento, Yeriómenko le asegura con firmeza que parará y aplastará a Guderian. Pese a la opinión en contra del Estado Mayor General, consciente de que Yeriómenko carece de fuerzas para lograrlo, Stalin se deja convencer y le proporciona todos los medios disponibles. La confusión entre deseos y realidad se salda con uno de lo mayores desastres de la guerra. Guderian rompe sin esfuerzo las débiles defensas de Yeriómenko y cerca por completo a dos de sus Ejércitos y a varias divisiones de un tercero. Hitler está exultante, anuncia la próxima caída de Moscú y cifra en más de medio millón el número de prisioneros. Yeriómenko es destituido, el Frente de

Briansk, disuelto, y las tropas que logran escapar del cerco son transferidas al Frente del Oeste, mandado entonces por Zhúkov. Stalin, aunque no se ceba con Yeriómenko –se sabe también culpable por creerle–, le reprocha a todas horas su jactancia y pierde la confianza en él.

Después de ser relegado a jefe de una unidad menor, Yeriómenko vuelve a mandar otros Frentes, pero es relevado una y otra vez –en Rostov, en Kursk, en Crimea–, a favor incluso de antiguos subordinados que le superan largamente. Y es descartado –afrenta que nunca olvidará– en la trascendental operación final de la batalla de Stalingrado: el exterminio de la agrupación alemana sitiada, que Stalin confía a Rokosovski. En noviembre de 1943, por último, le sustituye, como jefe del Frente de Briansk, por un joven general armenio, Iván Bagramián, que se ha cubierto de gloria al mando de un Ejército de la Guardia.

Yeriómenko no recibe la Orden de la Victoria (ciertamente, no la merece) ni asciende a mariscal. Vuelve a primer plano en la época de Jruschov, con quien mantiene una estrecha relación desde que ambos coinciden –uno, como jefe, el otro, como responsable político– en el Frente de Stalingrado. En su libro sobre la gran batalla, Yeriómenko, para pasmo de quienes conciben la operación de cerco y la llevan a buen término, se inventa la historia de que tanto la idea de la misma como su realización son obra suya y de Jruschov. Deudor de este por sus nuevos y múltiples privilegios –entre ellos el ascenso a mariscal–, lleno de resentimiento, critica a Stalin, a Vasilevski y a Zhúkov. Y llega a la desfachatez, por puros celos, cuando cuestiona el coraje de su subordinado, el general Chuikov, que se bate heroicamente entre los escombros de Stalingrado mientras Yeriómenko y Jruschov permanecen en su seguro puesto de mando al otro lado del Volga. «El 15 de octubre –escribió– sentí que era baja la moral del comandante del 62.° Ejército [Chuikov] y decido visitarlo [...]. Era indispensable animar a las tropas.» Para colmo,*

* Después de la muerte de Chuikov, un viejo general, supuesto investigador en archivos secretos, le acusó falsamente de haber pedido repetidas veces a Yeriómenko el traslado de su puesto de mando a la orilla segura del Volga.

acusa falsamente a Chuikov de golpear a sus soldados cuando estaba furioso. Tras la caída de su protector, Zhúkov le preguntó indignado por qué había escrito tal sarta de mentiras. «Jruschov me lo pidió», contestó sin inmutarse. Soberbio y con mal carácter, Yeriómenko menospreciaba la opinión de cualquier otro, ante todo de sus inmediatos colaboradores, y carecía de habilidad para motivar a los hombres.

* * *

Dice Zhúkov en sus memorias que Stalin era como un vehemente boxeador lleno de ardor y de impaciencia por entrar en liza. Su obsesión por derribar de un solo golpe al contrario le llevó a cometer graves errores al comienzo de la guerra: ordenaba ofensivas a destiempo o se negaba a dar un paso atrás cuando la situación lo exigía. Así, en cuanto se produjo el cerco de von Paulus, creyó posible liquidarle en unas semanas con un ataque contundente. Pero el 6.° Ejército era uno de los más potentes de Alemania: contaba con las mejores fuerzas blindadas y cientos de piezas de artillería, y con más de 300 000 combatientes dentro del cerco, el triple de lo calculado por los servicios de información soviéticos. Por otra parte, Hitler había ordenado a von Manstein la ruptura de la bolsa, para lo que puso a su disposición fuerzas aún más poderosas que las cercadas. Esa operación de salvamento había sido prevista, por supuesto, por el mando soviético, y la defensa estaba fuertemente organizada; pero el ataque de los blindados nazis fue tan violento que estuvieron a punto de llegar a Stalingrado. Ante la seria amenaza, Stalin ordenó que uno de los ejércitos dedicados a terminar con von Paulus se trasladase enseguida para enfrentarse con Manstein. A costa de enormes pérdidas –el 50 por ciento de sus efectivos–, ese ejército, mandado por el futuro mariscal Malinovski, logró detener al mariscal alemán cuando solo le faltaban cuarenta kilómetros para enlazar con las tropas sitiadas.

En cualquier caso, la operación de exterminio de la agrupación cercada se desarrollaba con lentitud, y Stalin estaba impaciente: quería terminarla cuanto antes para emplear las tropas allí empeñadas –mandadas por Yeriómenko y Rokosovski– en las nuevas ofensivas ya puestas en marcha. A finales de diciembre de 1942 convocó una reunión del Comité de Defensa del Estado para examinar el problema:

–Creo que hay que encargar a una sola persona el aniquilamiento de Paulus –dijo Stalin–. ¿Cuál de los dos jefes sugieren?

Era una práctica habitual de Stalin: los demás debían acertar la decisión que él mismo ya había tomado. Como esta no tenía duda, vista la diferencia de palmarés entre ambos generales, uno de los presentes propuso a Rokosovski. Todos asintieron, salvo Zhúkov, que no dijo nada.

–¿Y usted por qué calla?, ¿no tiene su propia opinión? –le preguntó Stalin.

–A mi modo de ver, los dos jefes son dignos –respondió Zhúkov–. Yeriómenko, como es lógico, se molestará si sus tropas se subordinan a Rokosovski.

–No es momento para molestarse. Telefonee a Yeriómenko y comuníquele la decisión del Comité de Defensa del Estado.

Aquella misma tarde Zhúkov habló con Yeriómenko:

–Camarada Yeriómenko, el Comité de Defensa del Estado ha decidido encomendar a Rokosovski la liquidación definitiva de la agrupación enemiga de Stalingrado, por lo que usted debe entregarle los ejércitos 57.°, 62.° y 64.°.

–¿A qué se debe esto? –preguntó Yeriómenko consternado.

Zhúkov intentó explicarle no solo el motivo de la decisión, sino también de quién había partido la idea, pero Yeriómenko estaba tan descompuesto que no podía seguir hablando. Zhúkov le pidió que le devolviera la llamada cuando se hubiera calmado, y quince minutos después sonó el teléfono:

–Camarada general de Ejército. Sigo sin comprender por qué se da preferencia a Rokosovski. Le ruego transmita al Jefe Supremo mi petición de que se me deje aquí hasta el final de la operación.

–¿Por qué no habla directamente con el Jefe Supremo?

–Ya lo he intentado, pero Poskrióbishev* me ha dicho que el camarada Stalin ha ordenado que hable del asunto solo con usted.

Zhúkov se vio forzado a telefonear a Stalin para contarle su conversación con Yeriómenko. Como era de esperar, Stalin perdió la paciencia, le reprendió con dureza y le conminó a dar de inmediato la orden de que los tres ejércitos de Yeriómenko fueran transferidos a Rokosovski.

La directriz fue firmada el 30 de diciembre de 1942. Una idea de la magnitud de las fuerzas en presencia y de la desesperada resistencia alemana la da el hecho de que Rokosovski, al frente de once ejércitos y contando con más de 200 000 combatientes y casi 7 000 cañones, no logró acabar con von Paulus hasta finales de enero.

Yeriómenko creyó hasta el final de sus días, ignorando los testimonios en contra, que Zhúkov, y no Stalin, fue el culpable de haber sido postergado.

Vasili Chuikov (1900-1982)

Nace en 1900, de familia campesina. Ingresa muy joven en el Ejército Rojo, en el que se distingue, más que por su inteligencia, por el afán de superación y el tesón para lograr, sin ahorrar esfuerzos, lo que se propone. Es seleccionado para ingresar en la Academia Frunze y, a renglón seguido, en la Facultad del Este, dedicada a la formación de especialistas en Mongolia y China. Manda diversas unidades, que enseguida destacan por su cohesión y disciplina. Aunque es duro y exigente, Chuikov demuestra su habilidad para

* General Alexandr Poskrióbishev, jefe de la secretaría de Stalin.

motivar a los hombres. Su trato humano y su propio ejemplo despiertan el afecto y la adhesión de las tropas. Es felicitado numerosas veces y asciende con rapidez: antes de cumplir cuarenta años está al frente del 9.º Ejército en la campaña de Finlandia (1939-1940). En ella quedan al descubierto sus carencias para dirigir grandes unidades en combate. De nada le vale su coraje: sus errores de planteamiento le impiden controlar el movimiento de sus hombres, que son literalmente aplastados por los finlandeses. Tras ese descalabro, Chuikov pierde lo que constituye la razón de su vida: el mando directo de tropas. No se le confía ninguna otra unidad y es enviado a China como agregado militar.

Al comenzar la guerra, pide reiteradas veces un destino en el frente, pero recibe un humillante rechazo: es nombrado segundo jefe, y responsable de la instrucción, de un ejército de reserva situado en la retaguardia. La desgracia le persigue, pero tiene siete vidas. Por culpa de su chófer, que conduce borracho, sufre un grave accidente del que nunca se recupera por completo. Y unas semanas después de salir del hospital, en un vuelo de reconocimiento, su avión se ve obligado a realizar un aterrizaje forzoso y se parte en dos; todos sus acompañantes mueren, pero Chuikov, que sale despedido, solo recibe un fuerte golpe en la cabeza. Stalin conoce sus virtudes: valor personal, dominio de sí mismo, determinación hasta la muerte, terquedad sobre todo; y tiene el acierto de confiarle la defensa de Stalingrado. En septiembre de 1942, le nombra jefe del que sería legendario 62.º Ejército, que durante cuatro meses, en espantosas condiciones, resiste todos los ataques de las tropas alemanas. Estas, habituadas a sus irresistibles avances en campo abierto, se enfrentan a la lucha callejera, en la que han de combatir casa por casa.

Chuikov utiliza pequeños grupos armados con granadas, subfusiles, cuchillos, lanzallamas, que combaten ferozmente en sótanos, alcantarillas y entre escombros. Los alemanes llaman a esa lucha salvaje Ratenkreig *(guerra de ratas); pero Chuikov, un ruso auténtico que no pierde el humor ni ante el espanto, considera que se trata simplemente de «prácticas normales realizadas por los alumnos de la Academia de Combate Calle a Calle de Stalingrado». Diezmados por la férrea resistencia de los combatientes y la mortal pericia de*

los francotiradores, los alemanes no logran ocupar por completo la ciudad. Tres años después del desastre en Finlandia, Chuikov no ha perdido su capacidad para despertar el coraje de los soldados y pedirles lo imposible: han de impedir, a cualquier precio, que el enemigo cruce el Volga y entre en la estepa, libre de obstáculos, que conduce a Moscú. Los hombres siguen a ciegas su imperativa y magistral consigna: «Detrás del Volga no hay nada»; y la proeza es mayor porque esos hombres no son suyos, no llevan tiempo a sus órdenes, solo saben de él cuando llega, en plena batalla, para mandarles. Pocos quedan vivos entre los escombros que defienden al recibirse la noticia de que las tropas de von Paulus suspenden sus ataques porque han sido cercadas.

Chuikov recibe la estrella de Héroe de la Unión Soviética, y los supervivientes del 62.° Ejército, además de ser condecorados, son distribuidos temporalmente, a modo de premio, entre otras unidades –donde son recibidos como héroes– para que cuenten su experiencia y sirvan de ejemplo. Una vez reagrupado y reforzado con nuevos efectivos, el 62.° Ejército cambia su nombre por un honroso título: 8.° Ejército de la Guardia, al que Stalin concede el privilegio de entrar en Berlín como parte del Frente que manda Zhúkov. Son los hombres de Chuikov, esta vez realmente suyos, quienes vuelven a luchar, casa por casa, en las calles de la capital alemana. Zhúkov carece de tacto para tratar a quienes tienen menos talento, y Chuikov, en tiempos de Jruschov, que le asciende a mariscal con la intención de ganárselo, se venga de modo infantil: acusa a Zhúkov, artífice de tantas victorias, de falta de iniciativa en la toma de la capital alemana.

* * *

Dos semanas después del final de la guerra se celebró en el Kremlin una multitudinaria recepción en honor de los militares. Como es habitual, en las mesas había garrafas con vodka, y nadie sabía, salvo el discreto general Shtemenko,* que la usada por Stalin para rellenar su

* Ver págs. 414-423.

copa solo contenía agua. Un locutor nombraba a los mandos relevantes, y estos, uno a uno, se acercaban a la mesa presidencial, con su copa de vodka en la mano, para brindar con Stalin. Cuando le llegó el turno a Chuikov, el *vozhd* le quitó la pequeña copa que traía, llenó un gran vaso con vodka hasta los bordes y se lo ofreció sonriente. Chuikov, emocionado por la deferencia, cumplió el rito y lo apuró de un solo trago. Terminó la fiesta sostenido por sus camaradas.

Siete años más tarde, en el verano de 1952, Chuikov descansaba en Sochi, en el mar Negro, la zona de vacaciones preferida por los soviéticos, en la que Stalin pasaba largas temporadas. Una tarde sonó el teléfono.

–¿Es usted, camarada Chuikov?

–Lo soy. ¿A quién tengo el honor?

–Le habla Poskrióbishev. Le pongo en comunicación con el camarada Stalin.

Confundido por la sorpresa, Chuikov oyó enseguida la voz pausada, con acento georgiano, bien conocida por todos. Stalin preguntó:

–¿Cómo va su descanso?, camarada Chuikov, ¿cómo se encuentra?

–Descanso bien. Me siento perfectamente.

–¿Podría venir a verme?

–A sus órdenes, camarada Stalin. Puedo ir en cualquier momento.

–Un coche irá a buscarle. Venga, pero no lo tome como una orden.

Chuikov se embutió rápidamente su uniforme de general de Ejército y salió al exterior. Las dachas del Estado para altos dirigentes estaban cerca unas de otras, y en unos minutos el coche llegó a la casa de Stalin (hoy convertida en un pequeño hotel de lujo, que ofrece, como máximo atractivo, la posibilidad de dormir en la supuesta cama del *zar*).

Stalin le esperaba paseando junto a la entrada. Chuikov bajó del coche, se cuadró y saludó militarmente.

–A sus órdenes, camarada Stalin.

Este tomó la mano de Chuikov y la separó de su gorra.

–¿Por qué de uniforme, tan oficialmente? Es una reunión amistosa.

–Gracias, camarada Stalin, pero es la costumbre.

La cena fue servida en la terraza, al aire libre. En una mesa cercana había varios mapas de operaciones, a los que Chuikov, picado por la curiosidad, echaba rápidas miradas. Charlaron tranquilamente sobre varios temas, y de repente Stalin invitó a Chuikov a acercarse a aquellos mapas.

–¿Qué opina, camarada Chuikov? ¿No hubiera sido posible dejar entrar en Stalingrado a las fuerzas de Manstein para encerrarlas junto a las de Paulus? Hubiéramos aniquilado más de medio millón de hombres y las mejores fuerzas acorazadas de Hitler. La guerra habría terminado mucho antes.

Unos meses antes de morir, Stalin seguía jugando a la guerra y no andaba descaminado.

Grígori Kúlik (1890–1950)

Nace en 1890, en una familia campesina. Permanece voluntariamente en el ejército zarista después de cumplir su servicio militar y llega a suboficial al cabo de cinco años, en la Primera Guerra Mundial. Se une a los bolcheviques al inicio de la Revolución y se hace cargo de una batería de cañones del legendario Primer Ejército de Caballería mandado por Budioni. Le entusiasma la artillería, conoce bien el material, dirige el tiro con acierto, reemplaza a sus hombres cuando caen sin preocuparse del fuego enemigo y salva con coraje varias situaciones difíciles. Frente a los especialistas –mandos procedentes del ejército zarista, que no inspiran confianza– surgen los llamados

expertos rojos, carentes de estudios, que, lo mismo que en la Revolución francesa, aprenden sobre el terreno y se distinguen en los combates; Kúlik es uno de ellos. En 1918, en el sitio de Tsaritsin (Stalingrado), conoce a Stalin y se convierte de por vida en uno de sus fieles. Ingresa en el Partido y termina la guerra civil como comandante de artillería.

La intuición de Stalin para descubrir nuevos valores es innegable. Rara vez se equivoca al confiar a hombres jóvenes –en el Partido, el Gobierno, el Ejército, la industria– tareas importantes que exceden, al menos en apariencia, a sus capacidades. Pero tiene debilidad por sus amigos de la primera hora y los promueve pese a su falta de talento. Así sucede con Voroshílov, Budioni y Kúlik, cuya única virtud es la ciega adhesión al líder. Kúlik, ya general, es nombrado jefe de la Artillería en 1926, cargo en el que permanece hasta 1930. Enviado a Madrid al inicio de la guerra civil española como asesor militar del gobierno republicano, es conocido como el general Niet, niet *(no, no) por su constante rechazo a cualquier iniciativa ajena. Su experiencia en esa guerra resulta nefasta para la modernización del Ejército Rojo: entre otras conclusiones erróneas, llega al convencimiento de que los tanques, dados sus pobres resultados en zonas montañosas, no son operativos agrupados. Tras la purga de Tujachevski y de centenares de mandos militares en 1937, recupera el puesto de jefe de la Administración Principal de Artillería y es nombrado a la vez vicecomisario de Defensa; y dos años más tarde es elegido miembro del Comité Central.*

Su falta de cultura, sus ideas anticuadas, su desconocimiento de la guerra moderna, su prepotencia al sentirse protegido por Stalin le enfrentaron a otros generales y a los dirigentes de la industria de armamento. Y hace cometer varios errores al propio Stalin. Entre otras funciones, preside la comisión especial para la reestructuración de las fuerzas mecanizadas; impone su criterio, y en noviembre de 1939 los cuatro cuerpos de ejército acorazados son disueltos para ser sustituidos por quince divisiones motorizadas en las que los blindados actuarían como medios auxiliares. Kúlik incluso defiende la tracción de cañones y pertrechos por caballos.

Ante la fulminante derrota de Francia, Stalin se da cuenta del error y,

cuando decide corregirlo, tropieza de nuevo con la terca oposición de Kúlik. Abruptamente, delante de otros generales, le acusa de confusión y de estar anclado en los recuerdos de la guerra civil: oponerse a la mecanización del ejército es lo mismo que estar en contra de la segadora y del tractor, y a favor del arado de madera y de la agricultura de minifundio. Pero no le destituye hasta un año más tarde, al inicio de la invasión alemana; incluso le asciende a mariscal en mayo de 1940.

Las peregrinas ideas de Kúlik son incontables. Se opone a los campos de minas en las líneas defensivas porque «las minas son el arma de los débiles». En vísperas de la guerra propone aumentar el calibre de los cañones de los tanques. Stalin vuelve a hacerle caso y está a punto de arrestar al comisario de Armamento, el capaz Vanikov, que se opone con denuedo al cambio con datos técnicos en la mano. Los nuevos cañones, idénticos en calibre a uno de los empleados en la guerra civil, y que Stalin recuerda perfectamente, disminuyen por su peso la movilidad de los anticuados blindados entonces existentes; y su fabricación, que se realiza a gran escala, ha de ser suspendida para retornar a las piezas de menor calibre. Kúlik se opone asimismo a mantener las reservas alejadas de las fronteras: está convencido de que cualquier agresión será rechazada de inmediato y que, por tanto, los combates tendrán lugar en territorio enemigo. También está en contra de los katiushas *por su falta de precisión, pero esa vez Stalin no lo escucha y ordena su producción en serie en cuanto empieza la guerra. Las críticas a Kúlik son unánimes en las memorias de los generales soviéticos.*

La desastrosa campaña de Finlandia provoca la destitución de numerosos mandos, entre ellos, el comisario de Defensa y el jefe del Estado Mayor General. Pero Kúlik recibe la codiciada medalla de Héroe de la Unión Soviética por una hazaña que no entraña ningún riesgo: la artillería, empleada de forma masiva, hace añicos las poderosas defensas de la línea Mannerheim, y los finlandeses, tras cuatro meses de resistencia, por fin se rinden. ¿De veras cree Stalin que Kúlik aprenderá de sus errores y llegará a ser un gran jefe militar?¿Le tiene en gran estima por su valor personal y su fidelidad a toda prueba? Lo cierto es que Voroshílov, Budioni y Kúlik forman el

inusitado trío de generales mediocres favoritos de Stalin; hasta que estalla la guerra y queda patente su incompetencia. Kúlik revela una vez más su ceguera, su ignorancia, su terquedad patológica, su rechazo visceral a los consejos. En la defensa de Leningrado, mientras Voroshílov acepta con alivio que Zhúkov, inferior en rango, le sustituya, Kúlik, que acababa de sufir un enorme descalabro a manos de los nazis, no reconoce sus errores y se enfrenta con él. Zhúkov, por su parte, no oculta su desprecio por un mariscal que sigue utilizando tácticas de los años veinte. Kúlik fracasa de nuevo en Crimea, por puro afán de protagonismo, y termina ante un tribunal militar acusado de indisciplina.

Stalin duda entre ejecutarle o condenarle a Siberia, pero opta por degradarle en cuatro rangos, a mayor general (una estrella). Kúlik le escribe compungido: «Os soy permanentemente deudor de mi ascensión. Es usted quien ha dado al antiguo muchacho campesino las mayores muestras de confianza que se pueden recibir en este país». Stalin se conmueve –algo sin precedentes–, le asciende a teniente general (le devuelve una estrella) y, poco después, a coronel general; y le da otra oportunidad. Kúlik manda el 4.º Ejército de la Guardia en la decisiva batalla de Kursk (julio de 1943), pero su desastrosa actuación confirma sin paliativos que no está preparado en absoluto para manejar grandes unidades. Se le destina a la Dirección General de Movilización y no vuelve a dirigir tropas en combate. Kúlik se viene abajo. Odia su labor burocrática y sufre lo indecible con el éxito de sus antiguos subordinados. Se entrega a la bebida y lleva una vida desordenada. Acusado por sus propios compañeros de bajeza moral y de pérdida de interés en el trabajo, es degradado de nuevo a general de dos estrellas, y excluido del Comité Central por desobediencia, espíritu derrotista y dilapidación de bienes del Estado. Un mes antes de la victoria, en abril de 1945, Stalin le expulsa del Partido. Nombrado después de la guerra segundo jefe del Distrito Militar del Volga, es arrestado en 1947 y ejecutado en agosto de 1950. (No es cierto, como afirman algunos historiadores, que muriera en su confortable retiro a los sesenta años; muere, efectivamente, a esa edad, pero de modo menos apacible.)

* * *

En noviembre de 1939, Kúlik celebraba en su dacha el aniversario de la Revolución y, por anticipado, su jubileo (cincuenta años). Tenía motivos para sentirse satisfecho: pertenecía al reducido círculo de los íntimos de Stalin, que había anunciado su presencia en la fiesta; era vicecomisario de Defensa y había sido condecorado por su «brillante actuación», unas semanas antes, en el *paseo* incruento del Ejército Rojo al ocupar la zona de Polonia reservada a la Unión Soviética en los pactos con Alemania; estaba orgulloso –él, de origen tan modesto– de Kira, su segunda esposa, una belleza deslumbrante de ojos verdes, que destacaba, por su elegancia y su cultura, entre las compañeras de los demás dirigentes. Kira estaba al piano cuando Stalin entró en la sala. Mientras los demás se mantenían a prudente distancia, se acercó a ella, le pidió que siguiera y permaneció a su lado escuchando la música con el fervor del melómano. Cuando terminó, la felicitó efusivamente, y Kira cometió el error de su vida. Era hija de un conde serbio, miembro de los servicios secretos del antiguo régimen, fusilado por la Checa en 1919; y tenía un hermano, antiguo oficial zarista y antibolchevique furibundo, que cumplía una larga condena en un campo de concentración. Y aprovechó la ocasión de hallarse, en ese fatídico momento, a solas con Stalin para rogarle que liberase a su hermano.

La petición de gracia por persona interpuesta iba contra las leyes no escritas de la justicia estaliniana. Padres, hijos, esposas desaparecían en las mazmorras y, si antes de las purgas, un Gorki, un Bujarin, se permitían interceder, a partir de 1936 ni los más próximos allegados rechistaban: estaba en juego la propia supervivencia, y todos admitían tácitamente –o de modo expreso en más de un caso– que algo habrían hecho para ser detenidos. ¿Creyó Kira que la simpatía del líder podía transmutarse, por puro afecto, en piedad? Stalin la escuchó sonriente, se unió a los otros, probó algunos platos del

espléndido bufé, puso en el gramófono sus discos preferidos y se mostró encantado todo el tiempo; y, al despedirse de los anfitriones, cordialmente felicitó de nuevo a Kira por su actuación al piano. Seis meses después ordenó su arresto. Hombres de Beria camuflados se turnaron a la espera hasta que, en la mañana del 5 de mayo de 1940, Kira salió de la vivienda sola con la clara intención de dar un paseo por el bosque. Dos días después, como una broma macabra, Kúlik fue ascendido a mariscal.

Kúlik nunca sospechó que Kira había sido detenida. Denunció enseguida su desaparición, acudió a Beria y al propio Stalin, pero no volvió a saber de ella: se la había tragado la tierra. Unas semanas más tarde, Beria preguntó a Stalin:

–¿Qué hacemos con la Kúlik?

Stalin llegó en un segundo a una atroz decisión, la única racional posible:

–El mariscal está muy enamorado. Si la soltamos, se indignará al conocer la verdad. Es un hombre fiel y puede convertirse en adversario. Acaba con ella.

* * *

Desde la creación del Smersh en 1943, una de sus funciones fue el discreto seguimiento de los generales. Al ser disuelto después de la guerra, su jefe, Víctor Abakúmov, fue nombrado ministro de la Seguridad del Estado, y Stalin le ordenó expresamente que no perdiera de vista a los militares, más bien fanfarrones después de la victoria. En 1946, Kúlik, que continuaba siendo un desprestigiado general de dos estrellas, fue destinado a Kúibishev (hoy Samara) sede del Distrito Militar del Volga; seis meses después de la desaparición de Kira se había casado con una adolescente a la que sacaba cuarenta años. Su inmediato superior, Vasili Gordon, postergado en su carrera por su pobre actuación en los primeros meses de la batalla de

Stalingrado, seguía siendo coronel general cuando varios de sus antiguos camaradas eran mariscales. Y a su jefe de Estado Mayor, Ribalchenko, le ocurría exactamente lo mismo. Ninguno de ellos imaginaba que sus conversaciones, tanto en sus despachos como en sus domicilios, eran grabadas.

Las transcripciones se conservan en los archivos. Gordon habla con Ribalchenko sobre el descontento de la gente expresado sin tapujos en el metro, en los trenes, en tiendas y lugares públicos (cosa incierta, por supuesto, en tiempos de Stalin y después de la victoria); no oculta su resentimiento por haber sido sobrepasado dos veces en los ascensos y afirma que estos se consiguen con adulaciones hipócritas: él no ha sido nunca un lameculos. A Ribalchenko le traiciona el subconsciente: ha visto a Zhúkov, su antiguo compañero, pasar revista a las tropas en la Parada de la Victoria, y atribuye su fulgurante carrera a esa actitud servil y obsequiosa. La mujer de Gordon le aconseja que acuda a Stalin, y él –consciente de que es absurdo– le contesta blasfemando que ni siquiera podría respirar el mismo aire que el tirano. Y, mientras, Kúlik asiente con su silencio: odia la tediosa guarnición provinciana, ahoga sus penas en alcohol y gasta sin medida lo que no es suyo. A comienzos de 1947, Gordon y su mujer, Ribalchenko, que vive solo, y Kúlik son detenidos y condenados a muerte por traición a la patria, preparación de atentados y actividad antisoviética.* Stalin tarda más de tres años en ordenar la ejecución de Kúkik y no toca a su joven esposa, un misterio más de su alma misericordiosa.

* Lo que Stalin ignora –«fallo» imperdonable del Smersh– es que los tres generales «aspiraban a una auténtica democracia», fantástica afirmación de la autora de un singular ensayo, no una novela, *La sociedad y las reformas*, aparecida en tiempos de Yeltsin.

Capítulo 21

Los marinos

En otoño de 1919, en plena guerra civil, NIKOLÁI KUZNETSOV, un muchacho espigado de origen campesino, escucha boquiabierto a un grupo de marineros que cuentan cómo sus pequeños barcos hostigan desde el río a las fuerzas inglesas ocupantes de Arcángel. Decide unirse a ellos y logra ser admitido en la flotilla afirmando que tiene diecisiete años cuando acaba de cumplir quince. Se abre así una singular hoja de servicios, en la que, curiosamente, nunca figura su fecha real de nacimiento sino la que él da para alistarse: 24 de julio de 1902, en vez de 1904.

La flotilla es disuelta al término de la guerra civil, pero los jóvenes voluntarios siguen en filas. Kuznetsov sueña con ingresar en la Escuela Naval y, pese a su pobre educación –tres años en la escuela parroquial–, es admitido en el curso previo, un duro período eliminatorio de seis meses, que supera con notas excelentes. En 1922 entra en la legendaria escuela de Petrogrado, llena aún de símbolos zaristas. Los altos cabeceros de las camas conservan los nombres y los títulos nobiliarios de quienes las ocuparon en el pasado, y al simple campesino –como él mismo se define– le parece increíble que una de esas camas sea la suya. Dos años después, muere Lenin, y Kuznetsov, elegido para formar parte de la pequeña unidad naval que rinde honores en su funeral, regresa emocionado de Moscú y pide el ingreso en el Partido. Termina los cuatro cursos de la Escue-

la Naval como cabeza de su promoción y recibe el despacho de oficial en 1926. En la solemne ceremonia, los alumnos con mejor expediente tienen el privilegio de elegir públicamente su destino. El comandante de un moderno acorazado en el que los cadetes han realizado prácticas el último curso está convencido de que, para un joven oficial, no hay destino más atractivo que su barco. Su sorpresa, y la de los mandos de la escuela, es mayúscula: Kuznetsov pide con voz firme la Flota del mar Negro y, concretamente, el crucero *Chervona Ukraina* (Ucrania Roja) recientemente renovado. Prefiere el sol de Crimea a las nieblas permanentes y el clima siempre desapacible del Báltico.

Está feliz en su primer destino: los mandos, los compañeros, el ambiente en toda la flota son excelentes; tiene tiempo libre; lee cuanto cae en sus manos sobre temas navales y empieza a estudiar idiomas. Pero en 1929 es enviado, sin haberlo pedido –es el sistema de Stalin–, a la Academia Naval, el centro de formación de altos mandos de la Marina, donde permanece otros tres años. En el informe sobre su primer curso se destacan su inteligencia y su aptitud para el mando, pero se añade: «Dedica excesiva atención al estudio de dos lenguas extranjeras (alemán y francés) en detrimento de otras materias». Rectifica de inmediato y sale de la academia con las más altas calificaciones. Regresa al mar Negro como capitán de otro crucero, para recibir, poco después, el mando de su querido *Chervona Ukraina*. Este es proclamado en 1935 como el «buque de guerra mejor instruido de la Flota» y, a partir de entonces, el ascenso de Kuznetsov es meteórico: agregado naval en la España republicana (1936), donde aprende español en unos meses; comandante en jefe de la Flota del Pacífico (1937); comisario de la Marina de Guerra (1939) cuando aún no ha cumplido treinta y cinco años y solo han pasado trece desde su salida, como alférez de navío, de la Escuela Naval. Conserva este último puesto durante toda la guerra, en contraste con sus antecesores, destituidos al cabo de pocos meses. Participa

junto a Stalin en las conferencias de Yalta y Potsdam; y recibe el título de Héroe de la Unión Soviética tras la rendición de Japón.

Audaz, impulsivo, con gran seguridad en sí mismo, Kuznetsov dirige con mano firme, pero es muy humano con sus subordinados. Expresa a las claras sus ideas, de palabra y por escrito, y lo hace con gran concisión, cosa rara en los eslavos y muy apreciada por Stalin. Este le reprende varias veces por tomar importantes decisiones sin consultarle, pero confía en su competencia y en su singular capacidad para conocer y motivar a los hombres. Lo prueba el hecho de que todos los mandos nombrados por Kuznetsov se mantienen en sus puestos durante la guerra. Y, a diferencia del Ejército Rojo, donde los jefes de las grandes unidades son elegidos personalmente por Stalin, este no hace nombramiento alguno en las fuerzas navales sin tener en cuenta la opinión del joven almirante.

Aunque el Comisariado de la Marina es independiente del de Defensa, gran parte de las flotas se integran, a efectos operativos, en los Frentes, los Grupos de Ejércitos, cuyos jefes ejercen, por tanto, el mando efectivo sobre ellas. En esos casos, el papel de Kuznetsov se limita a elegir mandos, coordinar las acciones y distribuir los barcos disponibles. Es una posición subordinada, que asume con tacto y con paciencia, pero los recursos son limitados, y se ve obligado a discutir con los jefes de los Frentes –mariscales en su mayoría–, insaciables en sus demandas. Kuznetsov se las arregla para convencer a Stalin de que necesita mayor autoridad y en marzo de 1944 consigue su último sueño: equiparado al más alto rango del Ejército, es nombrado comandante en jefe de las Fuerzas Navales de la Unión Soviética.

El orgullo por su nueva posición, y su forma expeditiva de despachar los asuntos, le llevan a enfrentarse con los más altos dirigentes. Se cree invulnerable y, pese a las advertencias de varios colegas, no oculta después de la guerra sus ideas sobre la composición de la Flota, distintas de las de Stalin. Y este, que no olvida sus faltas de discipli-

na, decide bajarle los humos. No le arresta, pero ordena su procesamiento por haber facilitado, supuestamente, a los ingleses información ultrasecreta. Aunque el tribunal le declara inocente, pierde su cargo, es degradado a contraalmirante y desterrado a Vladivostok como jefe de la Flota del Pacífico. En 1951, Stalin le perdona –en realidad, no encuentra un sustituto adecuado–, le asciende de nuevo a almirante y le nombra ministro de la Marina de Guerra. Quien no le perdona es Jruschov, a quien, en cierta ocasión y en presencia de Stalin, dice abruptamente que no opine sobre cuestiones navales porque de ellas no sabe una palabra. Le destituye en diciembre de 1955; y dos meses después le degrada de nuevo, esta vez a vicealmirante, y le retira del servicio cuando tiene poco más de cincuenta años. Pese a la caída de Jruschov, no logra ser rehabilitado. Lo es, a título póstumo, en 1988, catorce años después de su muerte: se le reintegra en su rango, y el único portaviones del país es bautizado con su nombre: Almirante Kuznetsov de la Flota de la Unión Soviética.

* * *

A finales de febrero de 1939, Kuznetsov, a la sazón comandante en jefe de la Flota del Pacífico, y el general Grígori Shtern, jefe del Ejército de Extremo Oriente, salen en tren de Vladivostok hacia Moscú para participar como delegados en el XVIII Congreso del Partido. El viaje dura nueve días, pero tienen mucho de qué hablar. Han coincidido en España al inicio de la guerra civil, como agregados militar y naval en la embajada, y son amigos desde su primer encuentro.

Al dar comienzo la sesión inaugural, ambos se encuentran en la zona reservada a los delegados de su región, el llamado Territorio Marítimo en Siberia Oriental. Su sorpresa es mayúscula al escuchar sus nombres cuando se anuncian los componentes de la mesa del congreso: piensan que es un homenaje a las fuerzas a su mando y se

sientan, inseguros, en el último rincón del gran estrado. En una de las pausas, Mólotov se acerca a Kuznetsov y le pregunta si tiene pensado hablar en el pleno. Contesta, de nuevo sorprendido, que ni se le ha ocurrido, pues da por supuesto que lo hará su jefe, el comisario de la Marina de Guerra.

–Suponga que él no tiene intención de hacerlo. Le sugiero que piense en ello.

Esa noche, Kuznetsov, desconcertado, pues aún tiene como superiores al vicecomisario, al jefe de las Fuerzas Navales y al jefe del Gran Estado Mayor de la Armada, prepara su intervención junto a Shtern –que redacta la suya por si acaso– barajando los temas para no repetirse. Al día siguiente, Stalin pasa junto a ellos y larga un papel a Kuznetsov.

–Lea esto –dice sin detenerse.

Es un breve escrito del comisario de la Marina, dirigido al Gobierno, pidiendo ser relevado «por su incompetencia en asuntos navales». Stalin reaparece fugazmente:

–¿Entiende lo que eso significa?

Se aleja sin esperar respuesta. Kuznetsov piensa simplemente que la intervención del comisario cesante en representación de la Marina no tendría sentido y que se ha querido honrar a la Flota del Pacífico eligiéndole a él como sustituto. Tanto Kuznetsov como Shtern hablan en el congreso (viejo sistema de Stalin para estudiar a los hombres) y, el último día, nueva sorpresa: son elegidos miembros del Comité Central. (Kuznetsov permanece en el «Areópago» –así lo llama Stalin– hasta 1956, cuando Jruschov le despoja de todos sus cargos y honores. Se mantiene en él incluso durante los años de penitencia, cuando Stalin le destituye como ministro y le degrada por sus pecados de soberbia. Shtern tiene peor suerte: es ejecutado al comienzo de la guerra.)

Después del congreso, Kuznetsov quiere regresar a Vladivostok lo antes posible, pero se le ordena que retrase el viaje sin darle razón

alguna. Y una noche se le saca de la cama para llevarle ante Stalin, que está acompañado por varios miembros del Politburó. El líder le invita a sentarse y le observa en silencio largamente. Después se interesa por su trabajo en el Pacífico, el estado de las bases navales, la capacidad combativa de la flota; y le pide opinión sobre los almirantes Galler e Isakov, dos viejos marinos zaristas. (Kuznetsov apenas les conoce, pero tiene de ellos las mejores referencias.). Y, de repente, le pregunta:

–¿Qué le parecería trabajar en Moscú?

–Nunca he trabajado aquí, nunca lo he deseado.

–Pues ha de hacerlo –replica Stalin cerrando la entrevista.

Kuznetsov vuelve a su hotel a altas horas de la madrugada y, poco después, le despierta un enviado del Kremlin para entregarle en persona un sobre rojo que contiene su nombramiento como vicecomisario de la Marina de Guerra. Ello supone que su antecesor, con quien se ha reunido dos días antes, ha sido destituido. Como también ha cesado «a petición propia» el comisario, y ambos desaparecen –señal inequívoca de su funesto destino–, nadie le explica por completo los asuntos pendientes ni qué contienen las innumerables carpetas que encuentra en su nuevo despacho. Pero no se arredra: toma las riendas, trabaja sin descanso y sale adelante. Cuenta con la inestimable ayuda de los dos almirantes mencionados por Stalin, que hasta entonces eran sus superiores jerárquicos: Iván Isakov, responsable del programa de construcción naval, materia que Kuznetsov prácticamente desconoce y a la que se dedican ingentes recursos en los años previos a la guerra, y Leo Galler, jefe del Estado Mayor de la Marina, que le entrega la llave de la «caja secreta» y le informa de la estructura del departamento, de su personal, del estado de las diversas flotas y bases navales. Y, apenas transcurrido un mes de su nombramiento, al llegar una mañana a su despacho, encuentra en su mesa otro sobre rojo con un decreto del Soviet Supremo por el que es designado comisario de la Marina. Llama a

Stalin para agradecerle la confianza y, sin pensárselo dos veces, le pide con vehemencia:

–Por lo que más quiera, no me toque a Galler ni a Isakov.

Ha intuido que también están a punto de ser liquidados.

* * *

Año y medio después, en octubre de 1940, Kuznetsov, ascendido a almirante en junio, acudió al Kremlin en compañía del jefe del Estado Mayor, cosa habitual en sus despachos con Stalin. Este, al término de la reunión, le pidió que esperase un momento en la antesala. Galler regresó a su oficina y Kuznetsov, más bien intranquilo, se quedó solo hasta que Stalin le recibió de nuevo.

–Pienso que Isakov debería ser nombrado jefe del Estado Mayor Naval en lugar de Galler. Galler es un buen ejecutor, pero le falta iniciativa y no tiene la fuerza de voluntad necesaria. Además, creo que Isakov es más competente en la dirección de operaciones.

¿Qué podía contestar? Regresó al comisariado, y Galler, al enterarse de la decisión, respiró aliviado. Quince años mayor que Kuznetsov, algo más viejo que Isakov, llevaba tres décadas en la Marina y era un hombre de gran experiencia, honesto, sincero, muy querido por sus hombres. Se había unido a los bolcheviques al estallar la Revolución y les había servido con lealtad, pero veía caer a sus compañeros, uno tras otro, y sabía que no era santo de la devoción de Stalin. Cuando este, en el verano de 1919, acometió audazmente la toma de Krásnaia Gora –un fuerte próximo a Petrogrado sublevado contra el poder soviético– en plena Noche Blanca, con ataques simultáneos por mar y por tierra, Galler mandaba un destructor y participó en la operación sin entusiasmo, convencido, como otros mandos de la flota, de que estaba abocada al fracaso. Stalin se mofó de los «especialistas» navales, en los que rara vez confiaba, y, desde entonces, tenía a Galler entre ceja

y ceja. Este intercambió encantado su puesto con Isakov y pasó a ocuparse de la construcción naval.

* * *

A comienzos de 1941 los aviones alemanes violan con impunidad el espacio aéreo soviético en misiones de reconocimiento: fotografían objetivos militares, en especial, las baterías de costa, los aeródromos y las bases navales del Báltico. Esas incursiones se multiplican a finales de febrero, y Kuznetsov, el 3 de marzo, pide a su Estado Mayor que transmita a todas las flotas la orden de abrir fuego, sin previo aviso, sobre los intrusos. No recuerda –dice con ironía en sus memorias– si informó verbalmente a Stalin de su decisión; este, por supuesto, la conoce de sobra, pero no rechista hasta ver qué sucede. Ante el fuego real, los aviones escapan; el gobierno alemán protesta con vehemencia, y los vuelos continúan con idéntico resultado. Tras varios incidentes, Stalin entiende que esa guerra no declarada en el aire puede provocar el conflicto que él intenta retrasar a cualquier precio. Cita a Kuznetsov en el Kremlin, en presencia de Beria –señal siempre amenazante–, y le pregunta, sin preámbulo alguno, quién le ha autorizado a dar la orden de disparar. Kuznetsov intenta explicar el riesgo que corren los barcos, pero Stalin le interrumpe enfurecido, le dice que anule de inmediato la orden y le señala la puerta.

Kuznetsov está acostumbrado a las explosiones de cólera de Stalin y no se preocupa en absoluto. Reflexiona largamente, y tiene una idea genial. Dicta una nueva disposición para los mandos de las flotas: «No debe abrirse fuego sobre los aviones intrusos, pero los cazas saldrán a su encuentro y los obligarán a tomar tierra en nuestros aeródromos». El primer avión que aparece en el horizonte después de esa orden es interceptado por los cazas, pero el piloto se niega a descender y da media vuelta tras veinte ráfagas de aviso. La embajada alemana en Moscú protesta de nuevo: se ha disparado con-

tra un pacífico avión en «misión de reconocimiento atmosférico». Pero se produce el milagro: los vuelos nazis sobre objetivos navales se suspenden.

Stalin, impresionado por la hábil finta del almirante para cancelar la primera orden y, más aún, por el inesperado éxito de la nueva, no dice una palabra. Kuznetsov interpreta su silencio como un tácito «visto bueno» y se lanza a tomar otras medidas sin pedirle autorización: por una parte, ordena, en contra de lo mantenido oficialmente, que todos los hombres sean informados de que el enemigo inmediato es Alemania; por otra, establece tres niveles de alerta contra un ataque por sorpresa y los activa, sucesivamente, los días anteriores a la invasión. Como consecuencia, en contraste con lo que sucede en las zonas terrestres el 22 de junio, las flotas responden resueltamente al ataque nazi y la Unión Soviética no pierde ese día ni un solo barco. Incluso la *Historia de la Gran Guerra Patria*, publicada en tiempos de Jruschov, lo reconoce expresamente, sin citar, por supuesto, a Kuznetsov: «Cuando Alemania invadió la Unión Soviética, el mando naval fue capaz de alertar a sus fuerzas mucho más rápidamente que los mandos del Ejército Rojo».

Stalin no tiene más remedio que felicitarle, aunque guarda para el futuro en su memoria las faltas de Kuznetsov: ha «olvidado» por segunda vez informarle de sus iniciativas y pedirle permiso para ponerlas en marcha. Le convoca en el Kremlin, escucha con atención su informe y se limita a decir:

–Muy bien.

* * *

A mediados de septiembre de 1941, los alemanes habían completado prácticamente el cerco de Leningrado, que quedó aislado del resto del país. La flota del Báltico, compuesta por ciento cincuenta barcos –entre ellos dos acorazados que disparaban sus cañones sobre

los carros alemanes–, sufría continuos bombardeos. Kuznetsov, que había estado en la zona varios días con objeto de conocer la situación, regresó en avión a Moscú y fue convocado inmediatamente por Stalin. Este no le ocultó su preocupación y le anunció que había nombrado jefe del sector a Zhúkov, con plenos poderes para organizar la defensa. Y entró de lleno en el motivo principal de la entrevista.

–Ni un solo barco de guerra debe caer en manos del enemigo –dijo con firmeza.

Kuznetsov se quedó sin habla, y Stalin le preguntó si había entendido bien lo que acababa de decirle. Afirmó que, en caso de incumplimiento, los culpables serían castigados con severidad y añadió:

–Redacta un telegrama para el comandante de la flota con la orden de que todo sea preparado para destruir los barcos si fuera necesario.

–Yo no puedo firmar esa orden –contestó con brusquedad.

–¿Qué dices? –exclamó Stalin sorprendido.

–Camarada Stalin –continuó Kuznetsov midiendo sus palabras–, la flota depende operativamente del jefe del Frente de Leningrado y, por tanto, solo usted puede firmar esa orden. Una resolución de tan enorme trascendencia excede con mucho las competencias del comisario de la Marina de Guerra.

Stalin permaneció un instante pensativo. Después pidió a Kuznetsov que fuese enseguida al despacho del jefe del Estado Mayor General y que ambos firmasen el telegrama. El viejo mariscal Sháposhnikov era un hombre prudente y avisado, a quien Stalin tenía en gran estima, y que trataba paternalmente a los jóvenes.

–¿Qué me pides?, hijo mío. Es un asunto que incumbe puramente a la flota. No cuentes con mi firma.

–Pero es una orden del camarada Stalin. Por eso he venido.

Sháposhnikov, habituado a los sustos, se sentó junto a Kuznetsov para buscar una salida. Decidieron redactar el telegrama, firmar-

lo y llevárselo a Stalin para que también firmara el visto bueno. Stalin aprobó el texto, puso su firma y... se guardó el documento. Al salir, cuando cruzaban la antesala, Sháposhnikov dio un codazo amistoso a Kuznetsov, y este le guiñó un ojo. Iban la mar de contentos.

* * *

La idea de Stalin de que los burócratas debían tener experiencias de combate le llevaba a enviar con frecuencia a los frentes a los jefes de Estado Mayor. «No se preocupe, nos arreglaremos sin usted», decía convencido de que sus sustitutos saldrían adelante. En algunos casos, esos destinos temporales tenían relación con problemas que afectaban directamente a los mandos desplazados. Así, el almirante Isakov, jefe del Gran Estado Mayor de la Armada, fue nombrado adjunto del jefe del Frente de Leningrado cuando la Flota del Báltico, que él mismo había mandado en el pasado, corría un peligro mortal. (Isakov, un hombre educado, de gran cultura, sufrió lo indecible con el carácter del imperioso e infatigable Zhúkov.) Un año después fue enviado al mar Negro como miembro del Consejo Militar del Frente Transcaucásico. La flota se encontraba en la base de Tuapsé utilizada con frecuencia para el embarque de tropas. Durante cinco meses, los alemanes intentaron por todos los medios –masas de carros y aviones entre ellos– tomar el puerto, que pensaban emplear para abastecer por mar a las unidades destinadas a la conquista del Cáucaso.

En octubre de 1942, el automóvil de Isakov, que viajaba hacia Tuapsé en compañía del jefe de uno de los ejércitos del Frente, fue descubierto por un grupo de Messerschmitt. Resultó malherido por una esquirla de metralla en la pierna izquierda, que fue amputada in extremis. En cuanto se recuperó del efecto de la anestesia, convencido de que su fin estaba próximo, dictó un telegrama para Stalin y para su jefe directo, el comisario de la Marina: les informaba

de la extrema gravedad de su estado y pedía que, en caso de muerte, se diera su nombre a uno de los destructores en construcción. Stalin llamó de inmediato a Kuznetsov:

–¿Has recibido el telegrama de Isakov?

–Acabo de leerlo, y el cirujano principal de la flota ya está en el hospital.

–Respóndele enseguida y dile que se curará.

Al cabo de unos minutos, Kuznetsov telefoneó a Stalin para leerle el texto:

> Almirante Isakov. Sochi. Tenga coraje, no pierda el ánimo. Los doctores aseguran que su vida no corre peligro. Su mujer sale en avión para estar a su lado. En caso de final trágico, el mejor destructor de la Flota del mar Negro se llamará Almirante Isakov.

–¿En nombre de quién vas a enviar el telegrama?

–En el suyo, por supuesto, camarada Stalin.

–No. Envíalo con doble firma: Stalin, Kuznetsov.

Isakov se salvó y continuó trabajando en la Marina mucho tiempo. En 1944 cumplió cincuenta años, y Stalin quiso mostrarle su afecto creando para él un puesto prácticamente honorífico: Almirante de la Flota. Isakov, emocionado por la distinción, le pidió audiencia para darle personalmente las gracias; y en la breve entrevista afirmó que le sería difícil cumplir como era debido su cometido, ya que ni siquiera podría pasar revista a una formación por tener una sola pierna. Stalin replicó:

–La Marina ha sido dirigida casi siempre por hombres sin cabeza. ¿Por qué no puede hacerse sin una pierna?

Un año después, el 24 de mayo de 1945, se celebró en el Kremlin la gran recepción dedicada a los militares para festejar la victoria. Isakov compartía mesa con varios generales y almirantes, entre ellos altos jefes del NKVD, cuyos rangos habían sido equiparados a los

del Ejército Rojo al terminar la guerra. El acto fue interminable. Ya se ha dicho que los citados como dignos de mayor honor se acercaban a la mesa de Stalin para brindar con él. De tanto en tanto, las llamadas se interrumpían para que los presentes, que ingerían copa tras copa al compás de los brindis, pudieran comer algo durante los intervalos. De repente, en una de las pausas, Stalin abandonó la presidencia portando su propia copa y se acercó a la mesa de Isakov para que este no tuviese que ir hacia la suya con muletas.

Bien distinta fue la suerte de Lev Galler. Nombrado de nuevo jefe del Estado Mayor Naval tras la grave lesión de Isakov, fue destituido poco después «por incompetencia». Era, en realidad, un hombre indeciso, incapaz de seguir el frenético ritmo de trabajo que Stalin imponía. Cuando este, después de la guerra, arremetió contra Kuznetsov, aprovechó para llevarse por delante a tres almirantes que nunca le inspiraron confianza y que fueron condenados a largas penas de cárcel. Uno de ellos era Galler, que murió en prisión, en 1950.

Capítulo 22

Los generales del aire

«La próxima guerra –decía Stalin a finales de los años treinta– será una guerra de máquinas. La ganará quien tenga más y mejores motores en tierra, mar y aire, y cuente con mandos cualificados para obtener de ellos el máximo rendimiento». Dedicó, en consecuencia, ingentes recursos a la fabricación de nuevos tanques y aviones; y abrió cientos de escuelas militares que proporcionaron al Ejército Rojo cuadros bien preparados para la guerra moderna. Pero la fascinación de Stalin por la aeronáutica tenía raíces más profundas: procedía de sus vivencias infantiles –quizá la lectura de Julio Verne–; de su amor a la aventura y su interés por los avances de la ciencia; de su imaginación creadora y su fe ilimitada en el progreso, que le llevaron a concebir la conquista del espacio, triunfo inmerecido de Jruschov y sus acólitos. Stalin conocía las hazañas de los pioneros y de los grandes ases de la aviación, y se propuso que los pilotos soviéticos superaran –como, de hecho, hicieron– todos los récords mundiales.

Durante la guerra civil, se lamentaba de la falta de aviones, ya que los pocos disponibles se empleaban para bombardear a las tropas que avanzaban hacia Moscú (tampoco los ejércitos blancos tenían muchos aparatos: la aviación tuvo un papel irrelevante en el conflicto). Estaba al tanto de la producción de armamento prevista en los acuerdos secretos con Alemania, que permitieron a esta salvar

las restricciones del Tratado de Versalles; una parte de lo fabricado quedaba en la Unión Soviética, y Stalin facilitó al máximo la construcción de plantas de aviones y permitió que cientos de técnicos alemanes –por razones obvias, con nombres supuestos– llegaran al país. Decidió que su hijo Vasili fuera aviador, contrariando sus deseos de ser artillero, y vio con satisfacción que varios de sus amigos, pertenecientes a las familias de la «corte», le siguieron. (Tres de los hijos de Mikoián ingresaron en la Fuerza Aérea: uno de ellos, Vladímir, cayó en Stalingrado, y otro, Stepan, piloto de pruebas, sufrió graves quemaduras al incendiarse en vuelo la cabina de un nuevo avión y empeñarse en salvarlo tomando tierra en vez de lanzarse en paracaídas; Timur Frunze, hijo del sucesor de Trotski como comisario de Defensa, murió en combate al comienzo de la guerra, cuando no había cumplido diecinueve años; Leonid Jruschov fue derribado en marzo de 1943.)

El interés de Stalin por la aviación está ampliamente recogido en los archivos estatales y en las memorias de generales, proyectistas, constructores y pilotos. Entre esos personajes destacan los célebres proyectistas de aviones y los héroes que se jugaban la vida en ellos. Stalin trataba directamente con los primeros, estudiando, uno a uno, sus proyectos y decidiendo qué modelos debían fabricarse en serie; y vivía las proezas de los segundos leyendo y releyendo los minuciosos informes de sus jefes –muchas veces, testigos de los combates desde tierra– y anotando los nombres de quienes, a su juicio, merecían ser condecorados. Ascendía, como es lógico, a los militares por sus acciones de guerra y elevaba al generalato a los técnicos civiles que más se distinguían por sus inventos: los grandes diseñadores y constructores fueron generales de dos y tres estrellas. Tan «generales del Aire» como sus camaradas combatientes, los creadores de motores y nuevos aviones sufrían a todas horas la insoportable presión de Stalin, pero, en premios, estrellas y privilegios, no salieron mal parados.

ALEXANDR NÓVIKOV, de origen campesino, nace en noviembre de 1900, no lejos de Moscú. Desde niño, ayuda a su familia en las labores del campo, pero le gusta estudiar, y sus padres se sacrifican para que pueda asistir a clase. Tras terminar la educación primaria, aprueba las pruebas de ingreso en la Escuela de Magisterio y, antes de cumplir dieciocho años, obtiene una plaza de maestro en una localidad cercana. Su padre, suboficial en la reserva, es movilizado por el Ejército Rojo al comienzo de la guerra civil, y Alexandr está a punto de renunciar a su puesto para atender a los suyos. Pero su joven madre, una mujer fuerte y luchadora, se niega en redondo: está orgullosa de él, quiere que siga estudiando y se siente con ánimo para sacar adelante a los tres pequeños que quedan en casa. Como en otros países, el título de maestro permite a Alexandr pasar directamente a la enseñanza superior. Piensa en ser agrónomo, pero en 1919, al cumplir la edad reglamentaria, es también movilizado. Pocos reclutas tienen estudios, y él, además, destaca por su inteligencia y su calidad humana: dedica su tiempo libre a enseñar a sus camaradas. Entra en el Partido y es seleccionado para el curso de oficial. Como tal, llama de nuevo la atención en sus primeros destinos, y sus jefes le aconsejan que siga estudiando. Ingresa en la Vystrel, la Academia de Infantería, y allí gana, en 1922, un premio por sorteo que consiste en quince minutos de vuelo sobre Moscú; sube así por primera vez a un avión.

La experiencia le entusiasma de tal modo que, en cuanto sale de la academia, pide el traslado a la Fuerza Aérea. Pero sus jefes se oponen: en la Vystrel se han puesto de manifiesto sus dotes para la enseñanza, y en aquel tiempo la formación de cuadros se considera prioritaria. Es nombrado profesor en una escuela militar y, sucesivamente, en otras dos de mayor importancia. En 1927 ingresa en la Academia Frunze para realizar estudios superiores y sale de ella, tres años más tarde, con excelentes calificaciones, y con una dolorosa, y quizá malévola, nota en su expediente: debido a un defecto en la vista se le considera inútil para servir en la Fuerza Aérea.

Nóvikov, además de tozudo, tiene suerte. Stalin, obsesionado con alcanzar en poderío aéreo a los paises desarrollados, ordena que los hombres mejor preparados y con mayor talento del Ejército Rojo sean transferidos a la aviación si lo desean. Cerca de seis mil oficiales responden a su llamada, y Nóvikov, diez años después de aquel vuelo premonitorio, logra su propósito: ingresa en el mundo de sus sueños y es destinado, como jefe de Estado Mayor, a una Brigada Aérea con base en Smolensko. Pero lo que quiere es volar, y su general, que le tiene en gran estima, organiza para él un programa de entrenamiento. Para sorpresa de todos, se revela enseguida como un consumado piloto en todo tipo de aviones.

En 1935, Nóvikov asciende a teniente coronel. Tiene derecho a nuevo destino y solo pide que este sea en una unidad de vuelo. Con la intención de que se arrepienta, se le comunica que, dada su nula experiencia, debe comenzar mandando un escuadrón, lo que comporta renunciar al ascenso y seguir siendo comandante. Acepta sin dudarlo y, a partir de entonces, su carrera es meteórica, debido en gran parte a las purgas de altos mandos militares en los últimos años treinta. Ya es general cuando estalla la guerra y en septiembre de 1941 manda las fuerzas aéreas que defienden Leningrado. Allí coincide con el expeditivo Zhúkov, que acaba de sustituir al incapaz Voroshílov. Se entienden bien desde el primer momento, y Zhúkov, cuando regresa a Moscú, habla a Stalin de las extraordinarias cualidades, como jefe y organizador, de su inteligente subordinado, quien, unos meses después, es entrevistado en el Kremlin por el líder. Nóvikov no se intimida en su primer encuentro con Stalin, que lo observa atentamente mientras responde sin temor a sus preguntas; y le nombra sobre la marcha adjunto al comandante jefe de la Fuerza Aérea. Es su método habitual cuando pierde la confianza en un dirigente: le asigna un sustituto por sorpresa, sin contar con él, cruel modo de anunciarle que pronto será depuesto y, muy probablemente, arrestado. (La hiriente figura del «obispo auxiliar con derecho de sucesión» es la copia vaticana del in-

vento.) Nóvikov, en efecto, dos meses después de su inesperado nombramiento, sucede al general Zhígarev, quinto jefe de la Aviación en poco más de tres años. Nóvikov le sustituye en abril de 1942 y a la vez asciende a teniente general y es designado vicecomisario para la Industria Aeronáutica. Conserva ambos puestos durante toda la guerra, y la labor que realiza en ambos, reconocida de modo unánime por los historiadores, es sencillamente asombrosa. En poco más de un año, consigue construir tal número de aviones modernos que en la batalla de Kursk (julio de 1943) la superioridad aérea soviética es aplastante. Y continúa fabricándolos a ritmo siempre creciente para poder hacer realidad una idea suya que entusiasma a Stalin: la creación de grandes unidades de aviones –divisiones, cuerpos de ejército, ejércitos aéreos–, subordinadas a los jefes de los Frentes lo mismo que la artillería y las fuerzas acorazadas.

Un año exactamente después de su primer encuentro con Stalin, Nóvikov es nombrado mariscal del Aire; y, pasados unos meses, cuando el líder considera que otros generales también merecen serlo, inventa para él un título exclusivo: mariscal jefe de la Fuerza Aérea, distinción a la que Nóvikov añade, entre otras muchas condecoraciones, dos estrellas de Héroe de la Unión Soviética. Su suerte cambia al finalizar la guerra. Durante esta, algunos de los dirigentes civiles y militares más brillantes, pese al temor generalizado, se enfrentan en ocasiones a los molestos sabuesos del NKVD, y Beria, como el propio Stalin, jamás perdona. Acusado de conspiración contra el Estado, Nóvikov es arrestado en 1946 y desposeído de títulos, cargos y condecoraciones. Permanece en prisión hasta la muerte del dictador y es rehabilitado de inmediato, pero Jruschov, rodeado de mediocres, le pone «a disposición del ministro de Defensa», lo que tácitamente supone su baja en el servicio activo. Cuarenta años después de recibir su diploma de maestro, Alexandr Nóvikov vuelve a la docencia con el buen ánimo que le caracteriza: dirige durante más de una década la Escuela Superior de Aviación Civil. Muere en 1976.

ANDRÉI TÚPOLEV, hijo de un notario, ingresa en 1908, al terminar la educación secundaria, en la Escuela Superior de Tecnología de Moscú, y se une al llamado «círculo aeronáutico» del profesor Nikolái Zhukovski, fundador del Instituto Central Aerohidrodinámico (CAHI) y tenido por padre de la aviación rusa. En 1919 Túpolev construye un hidroplaneador –una simple barca con hélice– y, poco después, el primer avión de la larga serie ANT (Chkálov y Grómov realizaron sus célebres vuelos a Estados Unidos a través del polo Norte en sendos ANT-25). Cuando Zhukovski muere, Túpolev le sucede al frente del CAHI y, en los años treinta, como ingeniero jefe de la División Industrial de Aviación, se ocupa de la construcción de grandes plantas de aviones sin abandonar su trabajo como proyectista; y aún le queda tiempo para presenciar desde el aeropuerto Túshino de Moscú los vuelos de prueba de los aviones proyectados por sus antiguos alumnos del CAHI, que tienen en alta estima sus consejos. Año tras año, Túpolev crea nuevos aviones, sobre todo bombarderos; entre ellos el SB, construido en serie a partir de 1934, y el poderoso TU-2, que aparece al final de la guerra. Después de esta, diseña otros aviones de combate y varios más para uso civil. El vuelo inicial del TU-114, el mayor avión del mundo en aquel tiempo (con capacidad para doscientos pasajeros, cubría la distancia entre Moscú y Nueva York en doce horas), se hace coincidir, como homenaje, con el setenta cumpleaños del decano de los proyectistas soviéticos.

SERGUÉI ILIUSHIN, hijo de un pobre campesino, es todavía un niño cuando deja su aldea natal, junto a sus hermanos mayores, para salir de la miseria. Sobrevive malamente de obra en obra, y en la primavera de 1910 se une a una brigada de obreros encargada de limpiar y nivelar el terreno en el primitivo aeródromo de San Petersburgo, donde ha de celebrarse, meses después, la primera semana aeronáutica. Ese empleo temporal decide su destino: ve por vez primera un aeroplano y queda tan fascinado que hace lo imposible para seguir en el aero-

puerto. Permanece en él durante largos años incluso después de ser movilizado en 1914, al comienzo de la Primera Guerra Mundial. Trabaja primero como aprendiz, pero destaca pronto por su viva inteligencia y entra en la escuela del propio aeropuerto. Parte prácticamente de cero, pero estudia con tesón y se forma como mecánico y piloto. Se une a los bolcheviques y, durante la guerra civil, se hace cargo de un taller volante desplazado por vía férrea, de frente en frente, para reparar aviones. Cuando la guerra termina, es admitido en la Academia Aeronáutica pese a su escasa formación. Termina sus estudios con las máximas calificaciones y se incorpora al Departamento Científico y Tecnológico de la Fuerza Aérea para pasar, poco después, a un gabinete de proyectos de la industria de aviación. En 1936 realiza su vuelo inaugural el DB-3, un bombardero de largo alcance, primer avión de combate diseñado por Iliushin. Y en 1941 aparece el IL-2, su temible bombardero con cohetes anticarro, el «tanque volante», por el que recibe el Premio Stalin; de él se fabrican casi 40 000 unidades durante la guerra (cuando esta comienza, solo se han podido construir doscientos). En plena contienda, Iliushin proyecta el IL-12, primer avión de pasajeros de la larga serie que lleva su nombre.

ALEXANDR YÁKOVLEV, hijo de un funcionario de la Compañía Nobel de Petróleo, es un muchacho hiperactivo, interesado a la vez en las ciencias humanas, la mecánica y, por supuesto, los aeroplanos. Durante su estancia en la escuela secundaria, dirige la revista estudiantil de historia y literatura, y es miembro de los clubes de teatro, radio y aeromodelismo de su barrio. A la hora de elegir carrera, dice en casa que quiere ser proyectista de aviones, dando con ello un gran disgusto a su madre, que sueña con verlo ingeniero (décadas más tarde, la compensa ampliamente con sus éxitos). Para conseguir su propósito, Yákovlev inicia un largo y duro proceso: entra como simple obrero en la carpintería de la Academia Aeronáutica; después, para estar más cerca de los aeroplanos, logra pasar a los talleres como ayudante de mecánico y

allí se forma como especialista en motores. Dedica su escaso tiempo libre –como él mismo dice– a «pensar y calcular» y, para sorpresa de todos, diseña una avioneta biplaza que despierta gran interés; hasta tal punto, que el proyecto es enviado a la comisión técnica estatal encargada de seleccionar las propuestas de nuevos aviones. La comisión aprueba el proyecto y decide que la avioneta se construya en los talleres de la propia Academia Aeronáutica. Yákovlev ni siquiera es alumno de ella, y la caza al intruso se desencadena. Un brillante alumno del último curso, ignorando, naturalmente, al osado –¡un simple mecánico!– escribe a la comisión técnica advirtiendo de que los cálculos para la unión de las alas al fuselaje son erróneos por lo que es posible la rotura en vuelo. Incluso el jefe del departamento de instrucción se acerca una noche al pupitre donde Alexandr trabaja y le espeta: «Me parece, camarada Yákovlev, que usted no está preparado para construir un aeroplano. Carece de la formación y la experiencia necesarias». Herido, sintiendo el menosprecio, el joven diseñador salva todos los obstáculos, y la construcción de la avioneta continúa, aunque no cesan los problemas: instructores y estudiantes pasan por los talleres continuamente, observando los trabajos, preguntando, tomando notas, poniendo pegas. Y en mayo de 1927, tras ocho meses interminables, el AIR-1, el primer avión de Yákovlev, está listo para el despegue. Toma los mandos uno de los más famosos pilotos de pruebas, Yulián Piontkovski, quien da varias vueltas sobre el aeródromo y se posa en tierra suavemente: la avioneta –declara– es simple, estable, manejable, muy superior a cualquiera de las que conoce. Las pruebas se repiten con éxito durante dos semanas; y Yákovlev y el piloto –que son grandes amigos– conciben la idea de volar desde Moscú a Sebastópol, con una sola escala en Járkov, y regresar del mismo modo. Son tildados de locos, y el presidente de la comisión técnica se niega en redondo a autorizar el vuelo; por una vez, se pone en contra de Yákovlev. Pero este no se da por vencido: le persigue día y noche, y logra convencerle de que el plan es realizable. Y un mes después, los dos aventureros, sin pa-

racaídas, salvan aguaceros y turbulencias, y realizan el viaje de ida tal y como lo han previsto. Piontkovski, sin contar con nadie –salvo con su cómplice–, decide regresar solo, llevando en el asiento libre un gran bidón de gasolina para repostar en vuelo y llegar a Moscú sin escala alguna. (Ese vuelo de regreso establece dos récords mundiales: distancia, 1420 kilómetros; y duración, quince horas y treinta minutos.) Son recibidos como héroes, con premios y homenajes, y Yákovlev consigue el sueño de su vida: es admitido como alumno en la Academia Aeronáutica, donde lleva trabajando siete años. Le quedan otros cuatro para dar la alegría a su madre de que al fin es ingeniero.

Al terminar sus estudios, en 1931, se atienden sus deseos y es destinado a la más importante planta de construcción de aviones, en la que proyecta otros tres AIR; entre ellos, el AIR-6, primer modelo de Yákovlev aprobado para la producción en serie, del que se fabrican rápidamente un millar de unidades. Los celos se despiertan de nuevo, pero Yákovlev, con su tesón acostumbrado, consigue zafarse del ambiente hostil que le rodea: le es cedida una nave destinada a chatarra en una fábrica de camas en funcionamiento. Allí se traslada con su equipo de técnicos y obreros; y en ese taller improvisado, con ayuda de una sola máquina –un torno abandonado que reparan– construye tres variantes más del AIR y un aeroplano deportivo, el UT-2, que también sería utilizado para entrenamiento. En 1939 proyecta un avión de reconocimiento, el BB, que es transformado en bombardero por sus excelentes prestaciones; y el mismo año, por petición expresa de Stalin, que también da nombre al modelo, construye el YAK-1, el famoso caza, decisivo en la guerra, que Yákovlev no deja de perfeccionar: el último de la serie aparece en los años sesenta. (En uno de los vuelos de prueba del YAK-1 muere su gran camarada Piontkovski, que arriesga demasiado en una evolución a ras del suelo, no logra remontar y se desploma.) A Stalin le cae muy bien Yákovlev por su carácter franco y abierto, y porque, como él mismo, es tenaz e infatigable y no se amilana ante los retos.

Otros creadores destacados de la era Stalin fueron los proyectistas Polikárpov, Mikoián y Antónov, y los constructores de motores Mikúlin y Klímov. Hijo de un pobre pope de aldea, NIKOLÁI POLIKÁRPOV, pionero de la fuerza aérea de combate y Héroe de la Unión Soviética, construye el modesto y versátil PO-2, el avión más longevo de la aviación de guerra soviética (se fabrica durante doce años); es utilizado para abastecer a los guerrilleros y trasladar heridos y, sobre todo, como bombardero nocturno para las audaces brujas de la noche. ARTEM MIKOIÁN, creador de los famosos MIG –hermano del poderoso Anastás– pasa su infancia en una aldea montañosa de Armenia donde ni siquiera se sabe que existen aviones. OLEG ANTÓNOV construye los famosos aviones de carga que llevan su nombre, entre ellos el AN-2, el popular Ánnushka, empleado durante décadas en numerosos países. ALEXANDR MIKÚLIN y VLADIMIR KLÍMOV crean los motores que se instalan en los primeros aparatos diseñados por Túpolev, Iliushin y Yákovlev.

En cuanto a los pilotos dignos de mención, la lista es interminable. Uno de ellos, PÁVEL RICHAGOV, es uno de los hombres nuevos descubiertos por Stalin tras la purga de mandos militares; en 1940, cuando acaba de cumplir veintinueve años, es nombrado segundo jefe de la Fuerza Aérea, pero en abril de 1941, dos meses antes de la invasión alemana, es arrestado.* Durante el primer año de guerra, los pi-

* Pável Richagov, teniente en 1936, hizo una carrera fulgurante: dos años después era general y jefe de la Fuerza Aérea en el Extremo Oriente siberiano; y en 1940, jefe del Estado Mayor, por tanto, número dos del Ejército del Aire. En abril del año siguiente, durante una reunión dedicada al estado de los aviones, Stalin preguntó por qué había tantos accidentes. Richagov, con la inconsciencia de la juventud, exclamó: «Porque usted nos hace volar en ataúdes de lata». Stalin, sin inmutarse, dio una vuelta alrededor de la mesa observando los rostros lívidos de los demás partícipes, y se limitó a repetir: «No debías haber dicho eso. No debías haber dicho eso». Richagov, detenido tres días después, permaneció en prisión, sin ser torturado, exactamente medio año. Cuando los alemanes se encontraban a las puertas de Moscú, Stalin, siempre precavido, quiso evitar que cayese en manos del enemigo –no fuera a convertirse en traidor– y decidió eliminarle. Richagov fue ejecutado el 28 de octubre de 1941; acababa de cumplir treinta años.

lotos atacan heroicamente, derrochando coraje, a los cazas alemanes, cuya superioridad es aplastante. Practican, como si fuera un juego de niños, el tarán, el temible espolonazo, maniobra suicida que aterroriza a los nazis: rasgan con su propia hélice, o con un ala, la cola del avión adversario, que inmediatamente se desploma; y se las arreglan para volver a tierra con su maltrecho aparato. Mueren a cientos en esos combates desiguales y quienes se salvan lo deben sobre todo a su maestría y a sus rápidos reflejos; y a la suerte, por supuesto. Entre ellos, sobresalen dos audaces pilotos de caza que salen indemnes de la guerra, los coroneles KOZHEDUB y POKRISHKIN, condecorados tres veces –algo insólito; solo Zhúkov les iguala– con la estrella de Héroe de la Unión Soviética por su valor extraordinario: en incontables ocasiones, se enfrentan a los cazas enemigos que escoltan a los bombarderos, muy superiores en número, y derriban decenas de unos y otros. (En el Museo de la Victoria de Moscú, sus bustos, con las tres estrellas de oro prendidas en el pecho, flanquean la entrada del Hall de la Gloria, cuya decoración principal es la gigantesca e impresionante escultura de un soldado que simboliza a todos los héroes.)

* * *

Con la arriesgada intención de ganar por la mano a Stalin, los recién nombrados para un alto puesto le daban enseguida los nombres de quienes proponían como colaboradores directos. Aunque Stalin veía de sobra la jugada, rara vez rechazaba los nombramientos, pero ponía a los así designados en el punto de mira y les trataba de modo infame; y alguno de ellos, más pronto o más tarde, era abatido (por ejemplo, el almirante Galler, propuesto por Kuznetsov para jefe del Estado Mayor de la Marina). Cuando Nóvikov fue nombrado jefe de la Fuerza Aérea, eligió a dos antiguos compañeros, los generales Vorozheikin y Khruliov, procedentes, igual que él, del Ejército Rojo, para los puestos clave: al primero, como su sustituto; al segundo, jefe

del Estado Mayor de la Fuerza Aérea. Una noche los tres fueron citados en el Kremlin para discutir, entre otros asuntos, varios nombramientos; Stalin designaba personalmente a los jefes de las grandes unidades (Ejércitos y Frentes), pero solía aconsejarse cuando se trataba de unidades menores.

Para jefe de un cuerpo de ejército aéreo, se propuso a un general, al que Stalin no conocía

–¿Cómo es? ¿Qué aptitudes tiene? ¿Hará bien su trabajo?

–Lo hará, camarada Stalin –respondió Vorozheikin.

–¿Qué significa lo hará? –replicó bruscamente Stalin–. ¿Vale o no vale para el puesto?

El general, desconcertado, se enredó relatando hechos relevantes de la biografía del candidato. Y Stalin montó en cólera:

–Le estoy preguntando si es apto o no para el puesto –bramó amenazante.

–Sí, camarada Stalin, es un hombre honesto –contestó balbuceando Vorozheikin.

–No diga más tonterías. ¿Qué condición supone para el mando esa de ser honesto? Muchos inútiles son honestos. Y conozco varios locos que también son muy honestos.

Vorozheikin sobrevivió a la guerra de milagro, quizá porque uno de sus hijos, piloto de caza, cayó en combate. Pero Khruliov corrió la misma suerte que Galler.

* * *

En 1930 Stalin inauguró el Instituto de Aviación de Moscú, que pronto se convirtió en uno de los más prestigiosos centros de educación superior del país (sigue existiendo: cientos de jóvenes que aspiran a ser ingenieros aeronáuticos pretenden cada año obtener plaza). En su discurso, el líder instó a investigar en todos los campos de la ciencia aeronáutica y a formar técnicos altamente cualificados,

capaces de crear aviones más modernos que los de cualquier otro país; y definió el reto con una de sus habituales consignas: «Volar más alto, más rápido y más lejos que nadie».

En el Segundo Plan Quinquenal (1933-1937) se asignaron considerables recursos a la industria aeronáutica, y el avance de esta fue espectacular. Simultáneamente, se impulsó en todo el país la formación de nuevos pilotos y, con ese objeto, se construyeron cientos de aviones deportivos, muy utilizados en vuelos de entrenamiento; y los proyectistas, con el viejo Túpolev a la cabeza, se esforzaron por mejorar los modelos existentes. La segunda competición aérea, dedicada en exclusiva a aviones deportivos, se celebró en el aeropuerto Túshino de Moscú, en 1935. Solo podían participar en ella nuevos aviones, cuyos motores no superasen en total 250 caballos de potencia; y sus pilotos debían acreditar un mínimo de 300 horas de vuelo. Yákovlev y su equipo, en las precarias condiciones de su taller, terminaron el UT-2 tan cortos de tiempo que el primer vuelo de prueba –preceptivo para poder participar– fue realizado por su amigo Piontkovski justo el día antes de la competición. El UT-2 realizó la exhibición en último lugar. Stalin presenciaba el espectáculo y quedó tan impresionado que hizo llamar a Yákovlev para felicitarle en persona. Después, inesperadamente, descendió con él de las gradas y caminó entre aplausos hasta el UT-2 seguido por un sorprendido grupo de dirigentes, pilotos y reporteros. Golpeó con los nudillos un ala y se interesó por la clase de madera empleada en la construcción del aeroplano, por su velocidad máxima, la potencia de su motor y otros datos técnicos. Y, dirigiéndose a los pilotos, les preguntó qué avión preferirían si tuvieran que escoger: el que tenían delante o el U-2, un biplano construido por Polikárpov ocho años antes, y considerado superior a cualquiera de los disponibles hasta entonces.

–Este, sin duda alguna –contestaron a coro.

–¿Qué ventajas le veis?

–Es mucho más rápido y es más ágil por ser un monoplano.

–¿En qué planta se ha construido su aeroplano? –preguntó a Yákovlev.

–En una fábrica de camas que se encuentra en la autovía de Leningrado.

–¿En una fábrica de camas?

–Sí, camarada Stalin. Allí se fabrican un avión al año y diez mil camas.

Muy divertido por la insólita historia, Stalin invitó a los pilotos a fotografiarse con él. Posó entre ellos sonriente, al lado de Yákovlev, apoyando una mano sobre el hombro del emocionado proyectista, que recordaría toda su vida el amistoso gesto. La fábrica de camas se trasladó a otro lugar, y toda la planta, dotada de nueva maquinaria, quedó en poder de Yákovlev. Su avión fue producido al por mayor durante doce años; en 1946 fue sustituido por el más moderno YAK-18.

* * *

Como respuesta a las consignas de Stalin para impulsar la aviación, todas las fábricas querían construir aviones, y la comisión técnica responsable de autorizarlo contribuía al desbarajuste desbordada por las peticiones. Con objeto de poner orden, en 1938 se anunció la creación del Instituto de Proyectos, al que deberían someterse todos ellos. Pero Yákovlev, rebelde por naturaleza, aborrecía los trámites burocráticos y, en un tiempo récord, antes de la apertura del nuevo centro, construyó un avión de reconocimiento –convertido más tarde en el bombardero BB– y consiguió de la comisión técnica, a punto de ser disuelta, la autorización preceptiva para los vuelos de prueba. Estos fueron realizados por Piontkovski, quien superó, nada menos que en un 30 por ciento, la velocidad del bombardero más rápido del momento, el SB de Túpolev. Incrédulo al conocer la noticia, el general Smushkévich, jefe de la Fuerza Aérea, se presentó en el aeropuerto y

presenció varias pruebas. Impresionado, prometió a Yákovlev que, en cuanto tuviera ocasión, hablaría del asunto a Stalin. Cumplió su promesa y, pasados unos meses, el diseñador recibió una llamada para que se presentase en el Kremlin. Aunque se había fotografiado junto a Stalin aquella inolvidable mañana en el aeropuerto cuatro años antes, y le había saludado otras veces en reuniones oficiales, era su primera entrevista personal y entró en el despacho bastante nervioso.

Stalin, que estaba charlando con Mólotov (jefe del gobierno) y Voroshílov (comisario de Defensa), le recibió afablemente. Comenzó preguntándole por su trabajo en general y pasó enseguida a ocuparse del nuevo avión.

–¿Cómo has conseguido que tu avión alcance una velocidad tan alta con el mismo motor y la misma carga que el SB?

–El SB fue construido hace cinco años y en ese tiempo la ciencia aerodinámica ha hecho grandes progresos. Además, pesa menos, es un poco más ligero.

–Es milagroso, simplemente milagroso –exclamó Stalin entusiasmado–. Es una verdadera revolución en la aeronáutica.

Voroshílov, también muy satisfecho, escribió una pequeña nota y la pasó a Stalin; y este asintió con la cabeza. Era una propuesta para conceder a Yákovlev la Orden de Lenin, un automóvil ZIS –prácticamente reservado a los más altos dirigentes– y 100 000 rublos, la misma suma que un Premio Stalin de primera categoría, una fortuna en aquel tiempo. También se decidió que el avión fuese producido en serie.

* * *

Esa entrevista tuvo lugar a finales de abril de 1939. Dos semanas después, Stalin citó de nuevo a Yákovlev y este quedó asombrado de los conocimientos del líder en cuestiones aeronáuticas. No solo estaba informado de los tipos de aviones fabricados en Alemania,

Francia y Gran Bretaña, de sus motores y de su armamento, sino que hablaba de sus características técnicas como un verdadero experto. Preguntó a Yákovlev por el caza Spitfire:

–¿Sabes por qué los ingleses montan en él ametralladoras en vez de un cañón de bajo calibre?

–Porque no tienen un cañón especialmente diseñado para aviones ni un motor en el que pueda ser montado.

–Es lo que yo pienso –continuó Stalin–. ¿Conoces lo que está haciendo Klímov en esa materia?

–Por supuesto. Es un gran avance, un trabajo de enorme valor.

(Klímov tenía prácticamente terminado un motor adaptable a un cañón recién diseñado para ser montado en aviones.) Stalin permaneció un momento silencioso y, de repente, preguntó a Yákovlev:

–¿Podrías construir un caza con ese motor y ese cañón?

–Nunca he trabajado en cazas, pero me sentiría orgulloso de hacerlo.

–Bien, piensa en ello.

Aquella misma tarde, después de una larga reunión con otras personas, Stalin volvió a quedarse a solas con Yákovlev, le invitó a una taza de té y preguntó al desconcertado proyectista si ya había pensado sobre el caza. Y, pocos días después, volvía a la carga por teléfono:

–¿Sabes ya si puedes construir un caza con el motor de Klímov?

–Sí, camarada Stalin, estoy en contacto con él y tengo todos los datos técnicos.

–¿Funcionará el cañón?

–Desde luego. Y, además, el avión llevará dos ametralladoras de tiro rápido.

–Muy bien. Queremos producir esa máquina lo antes posible.

–¿Cuándo la quiere?

–Cuanto antes mejor. El día de Año Nuevo, por ejemplo.

–Imposible. Nunca he construido un aparato parecido y no

tengo ninguna experiencia. Los americanos tardan dos años en diseñar y construir un nuevo caza.

–Tú no eres americano –le interrumpió Stalin–. Demuestra que un joven ingeniero ruso puede hacerlo. Si lo consigues –añadió divertido– te invitaré a otra taza de té.

Quedaban siete meses hasta fin de año. Durante ellos, Yákovlev recibió continuas llamadas de Stalin interesándose por la marcha de los trabajos y preguntando una y otra vez si se cumpliría el plazo de entrega que él mismo, tan poco formalmente, había fijado. Y, por supuesto, el 1 de enero de 1940, el reluciente YAK-1 se encontraba en el aeropuerto, listo para el despegue.

* * *

La presión de Stalin sobre los hombres de ciencia era insoportable, pero daba asombrosos resultados. (Ya se ha dicho que cuando debían trabajar en equipo los encerraba con cualquier pretexto, para que no perdieran el tiempo y se dedicasen en exclusiva a sus investigaciones.) Llevaba de cabeza al constructor de aviones Vladímir Klímov porque confiaba plenamente en su talento. Le enviaba, por ejemplo, un motor inglés, comprado para destriparlo, con un simple e imperativo mensaje: «Hazlo mejor». Cuando Yákovlev estaba diseñando su primer caza, el YAK-1, se mantenía en contacto con Klímov, a quien se había encargado la construcción de los motores. Stalin, impaciente, llamaba a los dos todos los días y, no contento con ello, envió una áspera nota a Klímov, que este regaló a su amigo como recuerdo:

> Camarada Klímov. Con respecto a nuestra conversación de ayer, me gustaría saber: 1) Si está en condiciones de entregar a corto plazo al proyectista Yákovlev dos motores para el avión y otros dos para su armamento; 2) Si es así, *precisamente* cuándo. J. Stalin.

En plena guerra, Klímov proyectó un nuevo motor que incrementaba sensiblemente la velocidad de los cazas, pero su producción en serie implicaba cambios importantes en las plantas, cosa que llevaría mucho tiempo e interrumpiría la fabricación de los modelos existentes; y, como estos eran imprescindibles en aquellos momentos, se desechó el proyecto. Stalin, buscando una solución, preguntó a Klímov si era posible dar más velocidad al motor que llevaban entonces los cazas, y el inventor le contestó que ello acortaría mucho su vida.

–Pero ¿cuánto acortaría su vida? –replicó Stalin con su habitual exigencia de precisión.

–El motor tiene una vida de cien horas. Si se fuerza, no pasará de setenta.

–Ya lo veremos –contestó Stalin–. Reajústalo y ponlo a prueba con sobrecarga. Tienes una semana. Infórmame día a día.

Pasadas las setenta horas, Klímov pidió permiso para desmontar el motor con objeto de revisar su estado. Stalin se negó en redondo: debía seguir funcionando. Al llegar a las cien horas, Klímov, convencido de que estaba a punto de fundirse por haber sobrepasado, dada la sobrecarga, todas las normas, volvió a pedir a Stalin que le permitiese desarmarlo. Recibió una nueva negativa:

–Nunca me fío de vuestras normas. Si se demuestra que son erróneas, no te preocupes. Las cambias.

El motor se rompió tras doscientas tres horas de funcionamiento ininterrumpido: dobló la máxima vida prevista.

* * *

En enero de 1940, unos días después de la presentación del YAK–1 en el aeropuerto Túshino de Moscú, Stalin volvió a citar a Yákovlev para anunciarle lo que este nunca hubiera imaginado: su nombramiento como vicecomisario de la Industria de Aviación, a cargo de

la investigación científica y la producción experimental en ese campo. Alexandr, sorprendido y espantado, se opuso con firmeza con toda clase de argumentos: era un ingeniero, nunca había pensado en ser un dirigente; no tenía ninguna experiencia administrativa y estaba seguro de su fracaso; era demasiado joven para un puesto tan importante; los demás diseñadores pensarían que no era ecuánime cuando rechazase sus proyectos; no podía concebir su vida sin su apasionante trabajo de proyectista.

Stalin contestó a todo con gran paciencia: ser joven y no tener experiencia eran ventajas, no inconvenientes; sus colegas reconocerían pronto su objetividad y, además, estarían encantados de tener un amigo en el comisariado; administrando bien el tiempo, podría continuar sus trabajos de diseño.

Yákovlev repitió que su única vocación era construir aviones y afirmó que le sería casi imposible hacerlo, dado que en el comisariado –de hecho, en todas partes– los jefes trabajaban hasta bien entrada la madrugada. Stalin replicó que su superior, el comisario, lo arreglaría todo para que pudiera tener libre media jornada; y quiso halagarle afirmando que el país necesitaba sus nuevos aviones. Pero Yákovlev, tenaz como siempre, no cejaba: pedía que el nombramiento fuese revocado. Y Stalin lo escuchaba sin inmutarse.

–Entonces, ¿no quieres ser vicecomisario?

–No, camarada Stalin, no quiero.

–Ya veo, lo que quieres es ser comisario –apuntó divertido–. Hablemos en serio. ¿No eres comunista?, ¿no sigues la disciplina del Partido?

Entre la broma y el golpe bajo, el abrumado Yákovlev tiró la toalla:

–Me daré por vencido, pero tendré esto como una coacción –dijo inconscientemente.

Stalin soltó la carcajada. ¡Claro que era una coacción! Esta debía usarse siempre que fuera necesario. Él mismo, confesó riendo,

nunca se quedaba corto al emplearla. ¿Se hubiera hecho la Revolución sin coacción?

–Recuerda, camarada Yákovlev –concluyó Stalin visiblemente satisfecho– la coacción es la partera de la Revolución.

Durante cinco años, hasta el final de la guerra, Yákovlev trabajó más de quince horas diarias. Consiguió grandes éxitos en la industria aeronáutica y siguió diseñando aviones sin descanso.

* * *

En enero de 1944, cuando el Ejército Rojo estaba a punto de cruzar la frontera alemana para proseguir su avance hacía Berlín, Stalin, pensando en la posguerra, citó en el Kremlin a Yákovlev y a su jefe, el comisario para la Industria de Aviación, Volodia Sajurin. Les pidió que transformasen un bombardero de largo alcance en un confortable avión civil para diez o doce pasajeros, y con una autonomía de 5 000 kilometros. El reto resultó un calvario: los dos constructores no acertaban a *insertar* un interior lujoso, para altos personajes, en el fuselaje de un bombardero. Desesperado, porque tenía miles de cosas que hacer, Yákovlev se enteró de que Iliushin, por propia iniciativa, estaba diseñando un avión de pasajeros. Pidió audiencia a Stalin y le contó la iniciativa de Iliushin confiando en que le gustase y anulase la orden relativa al bombardero. El *vozhd,* por supuesto, conocía el proyecto de Iliushin y se disponía a aprobarlo; pero despidió secamente a Yákovlev diciéndole que se ocupase de lo suyo: «Tú piensa solo en el bombardero». Y, efectivamente, a finales de año, tres bombarderos Ermolaev convertidos en aviones señoriales, con acogedores compartimentos para los pasajeros, volaban sin escalas de Irkutsk, en el centro de Siberia, a Moscú: a su nombre original, ER-2, se había añadido ON, *Osoboe Naznachenie* (Diseño Especial).

(El 9 de mayo de 1945, un avión –se ha dicho erróneamente que uno de esos ER-2ON– pilotado por el coronel Seménkov, jefe

del 19.° Regimiento aéreo, voló de Berlín a Moscú. Su único pasajero, un alto jefe militar, llevaba por todo equipaje una cartera que, recogida en la pista, fue llevada enseguida al despacho de Stalin. Contenía un documento histórico: la capitulación sin condiciones de la Alemania nazi.)

* * *

Un caso singular de resistencia a la coacción fue el del legendario ALEXANDR POKRISHKIN. ¿Quiso realmente Stalin doblegarle como hizo con Yákovlev? ¿O le presionó solo para ponerle a prueba? Lo cierto es que soportó sus desplantes con rara indulgencia, prueba evidente de que se hallaba en un dilema. Por un lado, esperaba impaciente los informes sobre las inauditas proezas del piloto, al que comparaba con los héroes de las películas del Oeste, uno de sus entretenimientos favoritos; como ellos, solo ante el peligro, siempre triunfante e ileso. Por otra, no quería que las aventuras terminasen con la muerte del protagonista y decidió retirarle del combate para proteger su vida. Meses antes de tomar esa medida, Stalin había dado una orden sorprendente: que Pokrishkin no volase nunca sobre el mar. ¿Quería evitar que su cuerpo desapareciese si era derribado? Un misterio más de la compleja psicología del personaje.

Pokrishkin, de origen siberiano, decía desde pequeño que quería ser aviador y recibía buenas tundas de su padre por escaparse de la escuela con otros chiquillos cuando se enteraban de que un avión había aterrizado en el improvisado aeródromo, una explanada a las afueras de su ciudad. Inició el aprendizaje en un club de vuelo de la Osoaviajim; pasó las pruebas de ingreso en una escuela de aviación y salió de ella, como oficial, cuando estaba a punto de estallar la guerra. Destinado a un regimiento de cazas, se reveló pronto como un piloto excepcional, que dominaba magistralmente su avión sin perder nunca, ni en las peores circunstancias, el control de sí mismo. Se jugaba la

vida, pero no la ponía en peligro por sus fallos: no cometió error alguno en los millares de salidas que realizó durante la guerra. El secreto no estaba solo en su sangre fría y en sus rápidos reflejos: estudiaba a conciencia las características de los aviones tanto propios como ajenos; hacía croquis de los combates en que intervenía y los examinaba repetidas veces junto a los demás pilotos participantes en la acción; observaba, en plena refriega, la actuación de sus camaradas y les advertía lealmente, cuando hacían alguna locura –cosa, por lo demás, frecuente–, que la temeridad y la inconsciencia, más pronto o más tarde, se pagaban. (Por no hacerle caso, o por exceso de confianza, varios de sus compañeros cayeron: entre ellos un amigo entrañable, Vadím Fadéiev, capitán y jefe de escuadrilla como él, adorado por sus hombres, célebre por su osadía, a quien Pokrishkin rogaba casi de rodillas, lleno de inquietud, que dejara de hacer chiquilladas.)

El 18 de agosto de 1943, Pokrishkin, recién ascendido a comandante, recibió por segunda vez el título de Héroe de la Unión Soviética, algo excepcional, ya que hasta entonces solo se habían otorgado dos estrellas de oro a diez combatientes. Mandaba un regimiento estacionado en el sur como parte del dispositivo preparado para la reconquista de Ucrania, y que estaba formado, principalmente, por jóvenes pilotos que él había entrenado y que le seguían con fervor. A comienzos de enero del año siguiente, Pokrishkin fue citado por el jefe de su división.

–Terminaste de combatir –dijo a su sorprendido visitante–. Te destinan a Moscú, a disposición del Estado Mayor de la Fuerza Aérea. Tienes que salir hoy mismo. Enhorabuena.

Tomó el tren nocturno inquieto y disgustado. Al llegar, se dirigió directamente desde la estación al Estado Mayor, donde fue recibido por el general jefe de la Dirección de Personal.

–Bienvenido a esta casa. Has sido nombrado jefe de instrucción de la aviación de caza.

Sin pensárselo dos veces, Pokrishkin, exclamó:

–No quiero. No me iré del frente hasta el final de la guerra.

El general conocía bien el carácter del piloto: le había seleccionado, años atrás, para que hiciese las pruebas de ingreso en la Escuela de Vuelo. Se encogió de hombros, pasó por alto el gesto desabrido de Pokrishkin, cerró la carpeta con su hoja de servicios y le despidió afablemente.

Al día siguiente, fue recibido por el mariscal Nóvikov, jefe de la Fuerza Aérea, y la escena se repitió. Pokrishkin se negó en redondo.

–Su nombramiento se debe a una indicación directa del camarada Stalin.

–Dígale que no quiero, lo comprenderá. ¿Qué dirían mis compañeros si dejase el combate por un ascenso y un despacho? Mi único deseo es luchar hasta la victoria, llegar a Berlín.

Nóvikov, estupefacto, le pidió que esperase en la antesala y, unos minutos después, le anunció que podía volver a su unidad. De pura alegría, Pokrishkin estuvo a punto de abrazar al mariscal.

Meses después, Stalin volvió a la carga, de nuevo a través de Nóvikov. Este citó a Pokrishkin en su cuartel general.

–Te nombramos jefe del Regimiento de Aviación de la Reserva del Estado Mayor.

–Por favor, camarada mariscal –dijo más comedido–. No quiero marcharme de mi regimiento.

–Lo sé, pero está decidido.

–Permítame entonces que me acompañen varios pilotos, discípulos y compañeros míos, con los que llevo combatiendo mucho tiempo.

–Eso es imposible. Dejaríamos el regimiento desmantelado. Su nuevo jefe tardaría meses en rehacerlo.

–Si es así, le ruego que revoque mi nombramiento y me deje volver a mi unidad.

¿Sospechaba Nóvikov que eso es lo que, en su fuero interno, Stalin deseaba? Lo cierto es que Pokrishkin se salió con la suya y

regresó, loco de contento, al frente. Había ido a Moscú en tren, pero regresó a su base con otros compañeros después de recoger varios aviones relucientes, recién salidos de la fábrica. Lo que no esperaba en absoluto es que, en cuanto tomó tierra, el jefe de personal del regimiento, un viejo teniente encargado sobre todo de cubrir las continuas bajas en combate –amarga tarea–, corriera hacia él con un papel en la mano. Era un telegrama con una orden irrechazable: se le nombraba jefe de la división a la que pertenecía su unidad, lo que implicaba su ascenso a coronel. El juego quedó en tablas: Pokrishkin siguió en el frente, pero dedicado a dirigir a sus hombres y no a volar junto a ellos.

Ese mismo verano, de nuevo el Día de la Aviación, Pokrishkin recibió la tercera medalla de Héroe de la Unión Soviética. Su división formaba parte del 2.° Ejército Aéreo, que a su vez estaba integrado en el Primer Frente de Ucrania, el Grupo de Ejércitos mandado por el joven mariscal Kónev. La misión concreta de Pokrishkin era proteger de los bombardeos la inmensa masa de tanques del célebre Ribalko, con quien llegó hasta Berlín. En la Parada de la Victoria, cada Frente estaba representado por un regimiento formado expresamente para la ocasión con los más heroicos combatientes del mismo, fuesen generales o soldados. Entre los cientos de millares de hombres que habían luchado a las órdenes de Iván Kónev, quien había recibido las más altas condecoraciones era el coronel Pokrishkin, y a él se le concedió el honor de portar el estandarte del Primer Frente de Ucrania. Stalin le reservaba una última sorpresa. En cuanto las tropas de Kónev, con el propio mariscal a la cabeza, pasaron ante el Mausoleo de Lenin, desde donde, como siempre, los altos dirigentes presenciaban la parada, otro laureado coronel se acercó a Pokrishkin para relevarle: Stalin le invitaba a ver el resto del desfile desde la tribuna.

Quinta parte

EL ARTE DEL ESPIONAJE

Capítulo 23

Stalin como sabueso

Una de las pasiones desmedidas de Stalin es conocer los pensamientos y los actos de amigos y enemigos. Movido por la curiosidad, espía desde pequeño a cuantos le rodean y, durante toda su vida, es un *voyeur* compulsivo, en el más amplio sentido del término. (Uno de sus primeros encontronazos con Trotski se produce poco después del triunfo de la Revolución: Trotski provoca la ira de Stalin cuando le reprocha que esté pegado a la puerta de la habitación donde Alexandra Kollontái, abanderada del amor libre, se ha encerrado con el marinero Pável Dibenko, su amante de turno.) Sin embargo, esa curiosidad congénita, a la que también debe su vasta cultura, no solo provoca en Stalin un afán desmedido y malévolo por inmiscuirse en la vida de los otros: es una componente esencial de su también innato instinto de poder. Los servicios secretos se convierten en su entretenimiento favorito, un verdadero *hobby* al que dedica infinidad de horas y que le proporciona gran placer. El espionaje soviético, concebido y constantemente perfeccionado por Stalin, es una obra de arte imitada por otros muchos servicios de seguridad, encomiada incluso por el propio Hitler. No existe precedente en la historia de un virtuosismo tan excepcional.

Stalin es expulsado del Seminario de Tiflis en mayo de 1899 «por no presentarse a los exámenes» de fin de curso, aunque lo tiene de sobra merecido por su actitud insolente frente a los profeso-

res, su declarado ateísmo y su ostensible falta de disciplina. Se incorpora de inmediato al trabajo revolucionario y pronto destaca entre sus camaradas por sus rasgos singulares: audacia, energía, capacidad de mando, seguridad en sí mismo, intuición para conocer a la gente; cualidad, esta última, que cimenta enormemente su prestigio. Cierto día sorprende a uno de sus más jóvenes compañeros charlando amistosamente con un viejo barrendero. Los observa a distancia unos instantes –vive oculto y sale a la calle disfrazado– y, antes de desaparecer, pone en guardia a su camarada con un grito de su voz inconfundible: ha adivinado, como se confirmará más tarde, que el pobre hombre es un soplón de la policía.

A comienzos de 1900, Stalin es arrestado en Tiflis en una redada rutinaria. Liberado poco después, continúa su actividad clandestina y, en noviembre del mismo año, es elegido, en ausencia, por primera vez para un órgano de poder: el comité local del Partido Socialdemócrata, todavía no escindido en bolcheviques y mencheviques. La policía lo sabe, se entera así de la insospechada importancia del joven furtivo y espera echarle el guante en la primera reunión del nuevo comité, fijada para unas semanas más tarde. Pero Stalin ya tiene confidentes en la gendarmería y, cuando la policía irrumpe en el local donde se celebra la sesión, él se encuentra en un tren camino de Batumi.

En el gran puerto del mar Negro, Stalin desarrolla una intensa actividad proselitista. Ordena a sus secuaces que agrupen de siete en siete –siempre el número siete– a las personas dispuestas a colaborar en el trabajo clandestino para que él, personalmente, pueda decidir quiénes merecen confianza. Las reuniones se celebran de día en casas aisladas situadas al fondo de patios abandonados o de callejones sin salida. Los convidados llegan, por supuesto de uno en uno, y dan los golpes convenidos en la puerta. Si esta no se abre es que Stalin –cuyo verdadero nombre nadie conoce–, tras observar al individuo desde una ventana mientras se aproxima, ha encontrado en él, por

pura intuición, algo sospechoso. Los descartados suelen ser humildes trabajadores que reciben de la policía pequeñas ayudas en pago de sus servicios; se les silencia con amenazas o palizas. Pero uno de ellos es visto, vestido de uniforme, en una unidad de cosacos que reprime con brutalidad una manifestación, y Stalin ordena que sea eliminado de inmediato. Según las crónicas, ese asesinato en Batumi, en 1902, es la primera de sus ejecuciones «oficiales»; aún no ha cumplido veintitrés años.

En aquel tiempo, Stalin ya dispone de dos pequeños grupos de informadores para su uso personal. Uno de ellos, precursor de las múltiples redes del espionaje soviético, está formado por infiltrados en los servicios de seguridad zaristas. El otro es una panda de críos de la calle que le siguen fascinados y trabajan con entusiasmo a su servicio: pasan armas de un lado a otro burlando a la policía; le informan de cuanto ven en sus correrías; siguen y vigilan a los propios camaradas –otro quehacer iniciático– y lo ayudan a desenmascarar enemigos encubiertos. Por ello no es extraño que, en 1909, la dirección del Partido le confíe el servicio de espionaje y contraespionaje en el interior del país. Stalin utiliza su antigua red personal para apuntarse los primeros éxitos y da a los militantes una estricta consigna: deben infiltrarse a cualquier precio en todas las instituciones del Estado. Mucho antes de la revolución ya es considerado un maestro en ese tipo de actividades. En 1915 coincide con Kámenev en su exilio en Siberia y no duda ni un instante: «Este hombre no es de fiar, puede traicionarnos», dice a sus asombrados camaradas, que conocen la confianza de Lenin en el recién llegado. Efectivamente, Kámenev revelará dos años después a la prensa, junto con su amigo Zinóviev, por pura cobardía, por temor a las consecuencias, la decisión tomada por el Partido de llevar a cabo la insurrección armada.

Las muestras del endiablado talento de Stalin como sabueso son innumerables. En tiempos de Lenin, líder incontestado, los congresos del Partido son relativamente democráticos. La candidatura para

el Comité Central propuesta por el aparato se somete a votación secreta, y los delegados pueden tachar cualquier nombre de la lista y sustituirlo por otro. Lenin muere en enero de 1924, y cuatro meses después se celebra el XIII Congreso. Aunque Stalin ya es secretario general y forma parte, con Kámenev y Zinóviev, de la troika dirigente, sabe que está rodeado de adversarios, con Trotski a la cabeza, y quiere saber quién vota en su contra. Y encuentra un modo magistral de conseguirlo. Cuando los delegados llegan a la secretaría del congreso para presentar sus credenciales y recoger sus mandatos, deben rellenar un pequeño cuestionario de carácter personal. Tanto esos «inocentes» formularios como las papeletas de voto van a parar a la secretaría general; y allí un grafólogo descubre enseguida, comparando las letras, a los adversarios del líder. La operación se repite en sucesivas conferencias, y Stalin urde pacientemente su venganza: tarda más de una década en consolidar su poder y no emprende la liquidación de sus enemigos hasta tenerlo firmemente en sus manos. En 1934 se celebra el XVII Congreso –llamado «de los vencedores»– al que acuden 1966 delegados, de los cuales más de 900 no votan a Stalin. Este, por tanto, solo recibe en torno a un millar de votos, y, aun así, juzga que la quinta parte proceden de delegados poco fiables; y les incluye en la lista de los «perdedores» ejecutados en los cuatro años siguientes.

* * *

Tras la guerra civil, en la que participan fuerzas de catorce naciones con objeto de derribar el régimen soviético, este no es reconocido por las grandes potencias, y Rusia, carente de relaciones diplomáticas, queda prácticamente aislada. Pero el interés por los negocios prevalece y los intercambios mercantiles continúan. Se crean sociedades comerciales soviéticas en diversos países, que sirven de cobertura a los primeros agentes en el extranjero. El máximo responsable

del espionaje en cada lugar es el llamado *rezident*, que envía, bajo nombre ficticio, sus mensajes a Moscú, donde muy pocas personas conocen su identidad. El primer espía de alto nivel en Norteamérica, ya en tiempo de Stalin, Gaik Ovakimián, llega al país en 1932 como funcionario de la AMTORG (American Trading Organization), la compañía rusa en Norteamérica, y es *rezident* en Nueva York hasta su arresto en 1941.*

El segundo paso es la creación de una red en tres niveles: los espías propiamente dichos, que obtienen, a menudo en su lugar de trabajo, la deseada información; sus «correos» personales, que la reciben y los llamados «antenas», que la transmiten. Estos últimos son ciudadanos libres de toda sospecha, que cuentan en su domicilio con emisor de radio y aparatos de cifrado y descifrado. Envían sus mensajes a un destinatario desconocido: el propio *rezident*, cuya existencia ignoran. El *rezident* nunca interviene en la captación de miembros de la red, que es realizada por otros agentes; se limita a recibir la información, descifrarla, cifrarla de nuevo y enviarla a Moscú. Ahí no acaban, sin embargo, las medidas de seguridad: para cada objetivo concreto –un astillero, por ejemplo– se crean tres redes: una, activa; otra, en reserva, lista para coger el timón si la primera cae; y una más, la «red durmiente», como último recurso. Obviamente, cada red es estanca: ignora la existencia de las otras dos. Además, una orden personal de Stalin tiene como objeto proteger a los partidos comunistas de otros países. Todo contacto con ellos por parte de los servicios secretos debe ser excluido; si algún agente de singular importancia pertenece al Partido, debe abandonarlo declarando en público que ha perdido la fe en el comunismo.

* Unos meses antes del arresto de Ovakimián, llegó a Nueva York un joven de veinticinco años, Alexandr Feklisov, bajo nombre supuesto (Alexandr Fomin), otro legendario espía soviético, que pasó más de dos décadas entre Estados Unidos y Gran Bretaña, y nunca fue descubierto. Se retiró tras casi medio siglo de servicio; escribió su autobiografía, *El hombre detrás de los Rosenberg*, y murió en su casa de Moscú, en 2007, con más de noventa años.

En los años treinta, Estados Unidos, Gran Bretaña y otras naciones establecen relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, lo que permite a esta mejorar en buena medida sus actividades de espionaje. Los *rezidenti* se dividen en legales e ilegales. Un *rezident* legal es un agente del NKVD en el extranjero con cobertura oficial, generalmente con pasaporte diplomático. Un *rezident* ilegal opera sin protección alguna, casi siempre bajo nombre supuesto, ejerciendo en apariencia una actividad normal. Legal o ilegal, un *rezident* es responsable de una organización de espionaje, un puesto receptor de información, llamado genéricamente *rezidentura* sea cual sea su tamaño, su objetivo –la investigación atómica, por ejemplo– o su ámbito de actuación: todo un país, una ciudad, un laboratorio (Los Álamos), un astillero (Portland). Cuando en 1939 estalló la Segunda Guerra Mundial, ejercían como *rezidenti* legales en la mayor parte de los países con embajada de la URSS los agregados militares; y, como ilegales, ya funcionaban, entre otros, tres de los más grandes espías soviéticos: Sorge, en Tokio; Rado, en Suiza y el legendario creador de la Orquesta Roja, Leopold Trepper, en París, como responsable del espionaje en Europa Occidental.

Si un *rezident* legal, un diplomático, es descubierto, será expulsado del país en que actúa, y el gobierno soviético proclamará reiteradamente su inocencia. Si un agente ilegal, *rezident* o no, corre el riesgo de ser desenmascarado, se organizará su huida; si es capturado y no confiesa, es decir, no hace daño a la organización, se le dará apoyo y, si es posible, se procederá a su canje; si admite su culpa, será abandonado a su suerte. Ese es el ingrato destino de uno de los espías más grandes de todos los tiempos: Klaus Fuchs. Sus minuciosas informaciones sobre la investigación nuclear estadounidense permiten a la Unión Soviética adelantar en varios años la fabricación de su propia bomba. Arrestado en 1950, Fuchs confiesa en el juicio su larga participación en el espionaje atómico soviético. Y Moscú niega siempre, incluso después de la muerte de Fuchs, haber tenido

contacto alguno con él: dice conocer su nombre porque aparece en los medios de comunicación a raíz de su proceso.

Stalin conserva en su biblioteca buen número de libros sobre espionaje y contraespionaje, varios de ellos aparecidos en el extranjero y hechos traducir por él; y se ocupa personalmente de las múltiples funciones de los servicios secretos. Le apasiona el reto de descifrar códigos y reúne a cientos de matemáticos y jugadores de ajedrez, que logran éxitos espectaculares en la labor de descodificación: en 1940, por ejemplo, ya conocen el código inglés; y en 1943, tras un largo año de trabajo, descifran el alemán. Stalin persigue hasta la muerte a los agentes huidos al extranjero, utilizando, entre otros medios, los que le facilita el laboratorio de toxicología, cuya competencia es conocida.* Suspicaz por naturaleza, recibe la información a través de, al menos, dos redes paralelas –por ejemplo, los Servicios de Información del Ejército (GRU) y el propio NKVD–, lo que le da mayor control sobre el sistema. No deja de cavilar: ordena que la misión militar soviética presente en España durante la guerra civil procure confiscar, y «perder», los pasaportes de los voluntarios anglosajones de las Brigadas Internacionales para enviarlos a Moscú. Establece una norma que pervive, la llamada «tradición oral» de los órganos de seguridad: las órdenes secretas nunca son escritas, siempre se transmiten de boca a oreja. Otra regla concierne a aquellos agentes que, tras cumplir su misión, regresan del extranjero: han de redactar un detallado informe manuscrito de sus actividades, en un solo ejemplar, sin copia alguna; a través de esos escritos, que conserva en su caja fuerte, Stalin capta la capacidad y la psicología de sus autores. Fija incluso una norma de seguridad, curiosamente nunca descubierta, para los en-

* Sus actuales responsables no desmerecen de su diligente antecesor, el gran toxicólogo Grígori Mairanovski (1899-1964), «envenenador oficial» en tiempos de Stalin durante más de un cuarto de siglo.

cuentros entre agentes: toda cita debe celebrarse dos días y dos horas antes del momento fijado.

El propio Hitler, que nunca siguió de cerca el funcionamiento de sus servicios secretos, rindió homenaje a la eficacia de los ajenos. El 17 de mayo de 1942, en una de sus conversaciones de sobremesa, afirmó: «Los bolcheviques nos superan en un solo dominio: el espionaje». Se han escrito centenares de libros –entre ellos las memorias de los propios protagonistas– sobre el espionaje soviético. Las páginas que siguen se dedican a sus logros más notables y a aquellos personajes que, por su talento, consiguieron éxitos mayores, en ocasiones por directo encargo de Stalin. (Hoy se sabe que cientos de agentes soviéticos en todo el mundo nunca fueron descubiertos.)

Capítulo 24

El Smersh. La excelencia en el contraespionaje

La expansión hacia el Este fue una de las más intensas obsesiones de Hitler. Desde su llegada al poder, la Unión Soviética pasó a ser el objetivo prioritario de sus servicios secretos, que intentaron reclutar agentes entre los emigrados rusos, muy numerosos en Alemania. No era una tarea fácil porque la mayoría de ellos, dada su edad, no estaban para embarcarse en aventuras: el Abwehr (central de inteligencia del Estado Mayor) logró captar a una veintena de hombres dispuestos a infiltrarse en territorio soviético. Lo hicieron, divididos en tres grupos, en junio de 1941, poco antes de la invasión, con el fin de obtener información sobre las tropas estacionadas a lo largo de la frontera. Todos fueron exterminados enseguida: los agentes del NKVD ya entonces pululaban en Alemania y su penetración en los círculos de emigrados venía de lejos. Estalló la guerra, y el Abwehr creó el Fremde Heere Ost (Ejércitos Extranjeros del Este) dedicado en exclusiva al espionaje en el frente oriental. Aunque contaba con un excelente equipo, su jefe, el coronel Reinhard Gehler, un hombre frío, rígido y minucioso, se tomó las cosas con calma. Su fracaso fue absoluto: no consiguió información sensible sobre la Unión Soviética durante toda la guerra.* En realidad, los nazis esta-

* El 19 de agosto de 1941, dos meses después del ataque a la Unión Soviética, Goebbels escribió en su Diario: «Para nuestros espías era casi imposible penetrar en el interior de la Unión

ban tan convencidos de su victoria que no se preocupaban demasiado por los recursos y planes de un ejército menospreciado y maltrecho; su principal fuente de noticias sobre las fuerzas adversarias era el rutinario interrogatorio de prisioneros. Tampoco a Stalin le quitaban el sueño los agentes enemigos en aquel tiempo, cuando las operaciones del Ejército Rojo eran mayoritariamente defensivas: bastante tenía con intentar frenar las devastadoras embestidas alemanas.

Todo cambió tras el desastre de Stalingrado, la aplastante derrota alemana del segundo invierno de guerra. El inesperado cerco de las tropas de von Paulus –una obra de arte estudiada en las academias militares de todo el mundo– debió su éxito, más que a su envergadura, al efecto sorpresa, conseguido con creces. A lo largo de varias semanas, tres poderosos grupos de ejércitos –más de un millón de hombres, millares de tanques y piezas de artillería, toneladas de armas y municiones– fueron concentrados con sigilo al norte y al sur de Stalingrado; dos, frente al Don, uno, frente al Volga, en puntos muy distantes entre sí, y a decenas de kilómetros de la ciudad asediada por los nazis. Los desplazamientos se efectuaban de noche, y, al amanecer, en aquel páramo desolado, los grandes contingentes de tropas y pertrechos ya habían sido prodigiosamente camuflados. El silencio solo era quebrado por la pavorosa ventisca de la estepa tantas veces descrita en las obras literarias (y que el autor ha vivido en persona): la tormenta de nieve, que surge inesperada y violenta, «barre pistas y destinos humanos». Ambas predicciones se cumplieron fatídicamente en Stalingrado: los enormes puentes tendidos jornada tras jornada se hicieron invisibles para la aviación alemana; y el destino de los hombres que habían arrasado la ciudad

---

Soviética. [...] Los bolcheviques se han esforzado directamente en engañarnos. De toda una serie de armas que poseían, sobre todo armas pesadas, no hemos podido sacar nada en claro. Exactamente lo contrario de lo que se ha producido en Francia, donde lo sabíamos prácticamente todo».

quedó sellado. «Dios nos ha ayudado», afirmó sorprendentemente Stalin. El paso de los ríos se realizó también de noche, amortiguando por todos los medios el ruido de carros y camiones; y los conductores se guiaban por singulares y eficaces balizas humanas que marcaban a la perfección el peligro; ni un solo vehículo cayó al agua. Cuando la luz diurna aparecía, todo quedaba enmascarado y silencioso. Y así, hasta que las últimas columnas atravesaron los puentes y dio comienzo la ofensiva.

Aunque los alemanes habían detectado algunos movimientos, nunca presintieron la magnitud de la operación ni, mucho menos, su último objetivo: creían que se trataba de un intento desesperado de atraer fuerzas hacia otras zonas, con el fin de rebajar la presión sobre Stalingrado. Cuando se inició el repentino movimiento convergente de los ejércitos soviéticos, la sorpresa fue mayúscula: nadie había imaginado que el adversario –cuyo próximo derrumbe se preveía– fuese capaz de concebir, y contara con recursos para realizar, un cerco de tales dimensiones. Incluso von Paulus se vio obligado a cambiar rápidamente el emplazamiento de su puesto de mando ante el riesgo de ser arrollado. No tuvo tiempo para organizar un contraataque: el secreto de la formidable operación resultó decisivo. Y el 23 de noviembre de 1942 las tropas que días antes habían cruzado los dos ríos se abrazaban en Kalach, al sur de Stalingrado, y la enorme bolsa –miles de kilómetros cuadrados– fue definitivamente cerrada; más de 300 000 hombres quedaron atrapados.

A Stalin no le cegó el triunfo. Dedujo enseguida que el mando alemán, una vez descubierta la insospechada potencia del Ejército Rojo, haría lo imposible por evitar que el clamoroso fallo de sus servicios secretos se repitiera; y que estos, en vez preocuparse, como hasta entonces, por conocer algo de la hermética e inaccesible industria de armamento soviética –situada en su mayor parte más allá de los Urales–, dedicarían sus esfuerzos a infiltrarse en la cercana retaguardia de los frentes. Y en abril de 1943, dos meses después de la

rendición de von Paulus, puso en marcha el Smersh* (*Smert Nemetskim Shpionam*, Muerte a los Espías Alemanes), la más fascinante creación personal de Stalin en el campo del espionaje.

Escogió para dirigirlo a Víktor Abakúmov, uno de sus jóvenes «lebreles». De origen humilde –hijo de una lavandera–, Abakúmov era un chico fuerte, inquieto y decidido que adoraba las peleas callejeras y tenía pasión por el riesgo y la aventura. La Revolución le provocó una emoción incontenible. Fascinado por la lucha contra los enemigos llevada a cabo por los hombres en «túnica de cuero», se obsesionó con la idea de llegar a ser uno de ellos. Aunque era un crío, logró realizar su sueño. Muy desarrollado para su edad, que ocultó con gran desparpajo, fue admitido en una unidad de la Checa, en plena guerra civil, cuando aún no había cumplido doce años. Se ganó enseguida la confianza y el afecto de sus jefes y camaradas por su carácter abierto, su deseo de aprender, su disposición para ayudar a los demás y participar en todo tipo de acciones. Prácticamente, Abakúmov nunca abandonó los «órganos», en los que, pese a su incultura, hizo una brillante carrera. Alto, apuesto, gran bailarín, amante de las mujeres y del lujo, con una capacidad de trabajo sobrehumana, llegó a ser uno de los más íntimos colaboradores de Beria. Dirigía el Departamento Especial del NKVD, que fue el terror del Ejército desde el comienzo de la guerra: perseguía y ejecutaba a quienes desertaban o se automutilaban; formaba las llamadas «escuadras de bloqueo», que disparaban sobre los soldados que retrocedían; controlaba a los oficiales de intendencia, a los médicos y demás personal de los hospitales de campaña; cazaba a los colaboracionistas en los territorios liberados. Cuando en 1943 el Depar-

* Los servicios de contraespionaje fueron creados en 1922, al finalizar la guerra civil, como un departamento más de los órganos de seguridad. Para conmemorar el ochenta aniversario de su fundación, Putin, al fin y al cabo un chequista, realizó en 2002 una emisión especial de sellos de correo.

tamento Especial cambió de nombre y de función para convertirse en el nuevo centro de contraespionaje, y Stalin confirmó en su puesto a Abakúmov como director del Smersh, este tenía treinta y cuatro años. Al terminar la guerra, el Smersh fue desmantelado, y Abakúmov, nombrado ministro de Seguridad del Estado, tomó parte activa en los últimos crímenes de Stalin. Dos años antes de morir, el viejo dictador le pidió que montase uno de sus habituales procesos en cadena con el propósito evidente de eliminar a Beria, como ya había hecho con sus dos antecesores, Yagoda y Yezhov. Convencido de que él sería la próxima víctima, Abakúmov frenaba las actuaciones para no involucrar a su antiguo jefe. No era fácil engañar a Stalin. Acusado de blandura, fue destituido y arrestado. No hay constacia de maltratos durante su estancia en prisión, pero fue ejecutado por Jruschov, junto con otros hombres de Beria, en 1954.

Una de las decisiones tomadas por Stalin poco antes de la batalla de Stalingrado fue la supresión del cuerpo de comisarios políticos, calcado de la Revolución francesa, que existía desde la guerra civil. Los comisarios, representantes del Partido en todas las unidades, eran una verdadera cruz para los mandos, que no podían dar ningún paso sin contar con ellos incluso en cuestiones estrictamente militares. Su papel, no obstante, fue heroico y decisivo: daban ejemplo a todas horas, levantaban la moral de las tropas, suplían en muchos casos a los oficiales, morían a millares (por orden personal de Hitler, los comisarios que caían prisioneros eran inmediatamente ejecutados). Su desaparición fue un gesto aparente de confianza en los generales, que además recibieron otro inesperado regalo: nuevos y vistosos uniformes con las llamativas charreteras del pasado.

Stalin sabía que muchos de ellos interpretarían la implantación del Smersh como una medida de signo contrario (de hecho, lo era, ya que el Smersh realizaba un discreto seguimiento de los generales); y que los privilegiados fisgones, exentos de participar en el combate, los «especiales» –como fueron llamados con desdén por quie-

nes se jugaban la vida a diario–, serían recibidos con desconfianza y malestar tanto por los mandos como por las tropas. Para evitarlo, Stalin realizó una de sus hábiles jugadas. El Smersh, que seguía siendo una rama del NKVD, y mantenía sus vínculos con este, quedó adscrito oficialmente, para satisfacción de los militares, al Comisariado de Defensa, aunque, de hecho, siempre fue una entidad autónoma. Abakúmov, que conservó su antiguo puesto en los órganos, se incorporó así, por vez primera en su carrera, al Ejército Rojo. Y lo hizo directamente en la cúspide: Stalin, para darle autoridad entre sus nuevos compañeros, se saltó el escalafón por entero y le nombró de un solo golpe coronel general (seguramente, el ascenso más fulminante de la historia). Por último, Abakúmov, subordinado formalmente tanto a Beria como a Stalin –comisario de Defensa durante la guerra–, en la práctica solo despachaba con este. El padre del Smersh, con su insaciable pasión por el espionaje, quería seguir de cerca los pasos de su criatura y, a la vez, tener información de primera mano sobre el comportamiento de sus generales.

La construcción del personaje

Bajo este título apareció la obra póstuma del gran Stanislavski, resumen de su larga práctica en la formación de actores, a la que se dio enorme importancia en el Smersh. El nuevo centro de contraespionaje, sucesor del Departamento Especial, había heredado de este todos sus medios humanos y materiales. Abakúmov conservó su antiguo equipo, pero incluyó en él, por indicación expresa de Stalin, a un centenar de agentes del NKVD que se distinguían por sus grandes dotes de observación –propias, por otra parte, de su oficio– y, sobre todo, por su afición al teatro. Los recién llegados, divididos en pequeños grupos, fueron enviados rápidamente a las unidades del frente con una singular misión. Sin signos externos de su per-

tenencia a los servicios secretos, vestidos de uniforme como los demás, asistían a los espectáculos organizados por los propios soldados en los campamentos: solo los altos mandos conocían su cometido. Si algún actor improvisado les llamaba la atención, revisaban con detenimiento su historial: origen, estudios, profesión, aptitudes, cualidades como combatiente. Y, cuando tanto las referencias como el interrogatorio al que era sometido resultaban favorables, el «artista» causaba baja en su unidad y desaparecía. Como nadie conocía su nuevo destino, es de suponer que muchos camaradas pensarían en lo peor. Tampoco sabía mucho el propio interesado, a quien, por supuesto, no se había pedido opinión. Era enviado a la Escuela Central del GRU (Servicios de Información del Ejército), donde le esperaba una primera sorpresa: iba a recibir una educación rigurosa para perfeccionar sus dotes de actor.

Stalin, apasionado por el teatro –como soberbio actor que era, y como espectador–, compartía con Stanislavski el perfeccionismo, la convicción de que siempre es posible obtener más del ser humano, y también la voluntad implacable para lograrlo. Protegió en todo momento al genial director y a su Teatro de Arte, y soportó, tascando el freno, a muchos de sus amigos, por mucho que le crispasen; Meyerhold, por ejemplo, no fue arrestado mientras vivió Stanislavski. Este había publicado en 1938 *La preparación del actor*, y Stalin llenó el libro –que apareció en su biblioteca cuando fue revisada tras su muerte– con subrayados y notas marginales, lo que demuestra su interés por las ideas que contiene: la interpretación es un arte, y el arte, «la más alta expresión de la naturaleza humana»; todos nacen «con una capacidad innata para la creación, es una necesidad natural»; el arte de vivir plenamente un personaje, de identificarse con él, exige un trabajo tenaz –Stalin escribió al margen: «labor omnia vincit» –; un actor «debe trabajar toda su vida, cultivar su mente, desarrollar su talento sistemáticamente, acrecentar su personalidad». El libro se convirtió en un manual de trabajo para los discípulos de los

viejos actores y directores reclutados por el Smersh, cuya insólita contribución al esfuerzo de guerra fue transmitir su arte y su experiencia a los hombres del contraespionaje.

¿Por qué hacer de estos unos actores consumados? Era evidente que los espías nazis se confundirían con la población en las grandes aglomeraciones y que, más a menudo, vestidos de uniforme, lo harían entre las tropas. El Smersh se había creado con el exclusivo objeto de localizarlos: era su única y difícil misión, definida escuetamente por el propio Stalin: «neutralizar el espionaje activo para garantizar la seguridad del ejército, de su retaguardia y de las operaciones que se lleven a cabo». Sus miembros tendrían que realizar constantes operaciones de control, absolutamente inútiles si se limitaban a la revisión de la documentación presentada, ya que esta resultaría impecable, con sellos, firmas y últimas contraseñas, fuese cual fuese la identidad real de los interpelados. Por ello, los hombres del Smersh deberían ser capaces de interpretar a la perfección personajes muy diferentes: milicianos locales, cortos de luces, orgullosos de su cometido; soldados convalecientes, aún no aptos para reintegrarse a unidades de combate; miembros de los servicios de retaguardia, inflexibles y puntillosos; oficiales en la reserva, aparentemente inofensivos. Todos ellos solían formar parte de las innumerables patrullas de policía ajenas al contraespionaje, dedicadas sobre todo a controlar el trasiego de personas en las proximidades del frente (bandas trashumantes seguían a las tropas y se asentaban cerca de ellas para vender y comprar de todo). Se dejaría entrever que su labor de inspección era temporal, aunque, por supuesto, cumplían con rigor, paso a paso, las normas de control establecidas. El riesgo, en cualquier caso, sería muy alto; si los espías interceptados adivinasen que se enfrentaban en realidad con hombres del Smersh, no dudarían ni un segundo en liquidarlos.

* * *

Los espías nazis, por supuesto, también eran magníficos actores, y los agentes del Smersh, en consecuencia, además de construir magistralmente sus propios personajes, debían ser capaces de adivinar al instante la impostura en los ajenos. Stalin, gran psicólogo, era maestro en el oficio: le apasionaba estudiar a la gente y no fallaba al juzgarla. Conocía muy bien la obra de Pávlov y estaba de acuerdo con sus tesis sobre la relación entre fisiología y psicología. Pávlov era un furibundo enemigo del régimen, pero su prestigio internacional le protegía: nunca fue molestado pese a sus continuas declaraciones antisoviéticas. Stalin se limitó a impedir que fueran publicadas en la prensa y a esperar –con la paciencia que le caracterizaba– que el sabio desapareciese. Pero Pávlov tenía una salud de hierro y murió, por causas naturales, en 1936, cuando casi tenía noventa años. Fue una muerte oportuna, porque Stalin, a punto de empezar las purgas, venía eliminando discretamente a los testigos molestos. Los «cuidados paliativos» ayudaron a Gorki, por ejemplo, a morir en buena hora, dos meses antes de que Kámenev y otros amigos fueran ejecutados.

Uno de los fascinantes milagros de Stalin fue conseguir que el mismo pueblo sometido a la brutal colectivización, expropiado, condenado al hambre, deportado a Siberia en espantosas condiciones, pocos años después vibrase de entusiasmo y de fe en el futuro, inspirado en la mística del Primer Plan Quinquenal. Lo logró gracias, precisamente, a los experimentos de Pávlov y sus discípulos. La industrialización a marchas forzadas del país exigía esfuerzos sobrehumanos por parte de la población, y una ciencia que valoraba la autonomía individual, la potencia íntima de cada persona para multiplicar su fuerza de voluntad y su capacidad de entrega y sacrificio era un arma insustituible para motivar al pueblo. Coincidía con las más firmes convicciones de Stalin –básicamente, las mismas de Stanislavski–, reafirmadas por los trabajos de dos jóvenes continuadores de Pávlov: Piotr Anojin, brillante neurofisiólogo entregado

por entero a divulgar y proseguir la obra de su maestro; y Serguéi Rubinstein, fundador del Departamento de Psicología de la Universidad de Moscú, abierto a otras perspectivas y muy controvertido por sus ideas novedosas. Sus estudios y los de otros psicólogos cercanos a Pávlov ya habían sido utilizados diez años antes de que el frenético proceso de industrialización se transmutase, a ojos del pueblo, en aventura apasionante. El Servicio de Agitación y Propaganda (Agitprop) realizó su primer prodigio en la campaña de alfabetización emprendida en 1918 por el nuevo régimen: millones de míseros campesinos, sin otro interés que el de la propia subsistencia, se convirtieron por arte de magia en entusiastas escolares movidos por el ferviente deseo de aprender. Por inconcebible que parezca, la integración forzosa de seres –y de bienes– en grandes haciendas colectivas, impuesta por Stalin en los años veinte, se llevó a cabo de modo salvaje cuando la enseñanza primaria había llegado tiempo atrás a toda la población rural. La «servidumbre ilustrada», inédita en la historia, que hacía más hondo el sufrimiento, respondía a la aplastante lógica del déspota: para modernizar rápidamente la agricultura –sustituir el arado de madera por la máquina, eliminar los arcaicos minifundios, liberar la mano de obra necesaria en los planes industriales– era imprescindible la educación previa de los «esclavos». Sin conocimientos básicos, ¿cómo lograr que en un par de años, millares y millares de tractoristas, mecánicos, agrónomos, técnicos de todo tipo apareciesen en el campo?

* * *

No era preciso, por supuesto, motivar a los hombres del Smersh, llenos de coraje y patriotismo, pero la psicología debía servirles para desenmascarar a los espías. El manual de los servicios secretos sobre la materia, elaborado a partir de la obra de Rubinstein *Bases de la Psicología General* (Premio Stalin de 1940), contenía también textos

de Anojin y de otro científico compatriota del líder: el psicólogo georgiano Dima Uznadze, célebre por sus investigaciones pioneras sobre la actividad nerviosa no consciente, que Stalin consideraba vitales para la formación de los hombres del Smersh. Estos deberían conocer a fondo los signos externos de esa pulsión involuntaria para poder traducir rápida y certeramente, en sus arriesgadas acciones de control, los gestos y el lenguaje de los sospechosos. Que lograran dominar a la perfección ese difícil arte en unas semanas de aprendizaje se debió a las extraordinarias dotes para el estudio del pueblo eslavo: curioso, observador, perseverante, con memoria prodigiosa y excelente oído musical (es conocida su rara habilidad para aprender rápidamente idiomas y hablarlos con acento impecable). En cualquier caso, el entrenamiento de los nuevos agentes era durísimo, dadas sus múltiples facetas. A los interminables ensayos como actores y a las lecciones de psicología, se añadían, por supuesto, las prácticas necesarias para realizar con acierto, y con el menor riesgo posible, su labor de contraespionaje.

Los hombres del Smersh aprendieron a interpretar las miradas, la actitud, las reacciones nerviosas, el tono de voz en preguntas y respuestas; en suma, todas las manifestaciones externas inconscientes. Y ello les sirvió, mientras revisaban morosamente los documentos de los individuos interceptados, para obtener, por un lado, sus «retratos verbales» a través de un lento interrogatorio rutinario; y, por otro, para captar al instante, por tenue que fuera, cualquier gesto de duda o inquietud. Si se llegaba a la conclusión de que eran espías, debía seguirse una dura consigna: «inmovilizar sin matar», que obligaba a cogerlos vivos aun a riesgo de la propia vida, cosa casi irrealizable cuando disparaban por sorpresa al saberse descubiertos. En esa situación, para evitar bajas propias, la única opción, no siempre posible, era responder al fuego y liquidarlos. Otra cosa sucedía si alguno de los agentes enemigos intentaba huir a la carrera sin dejar de disparar. Su captura, una verdadera obra de arte, raramente

fallaba. Solo uno de los miembros de la patrulla le perseguía practicando el llamado «tiro macedónico sobre blanco móvil armado»: «bailando» para no ser alcanzado y disparando a la vez, con una pistola en cada mano, a los hombros y las rodillas del huido. Cuando este caía, debía abalanzarse sobre él para evitar a cualquier precio su suicidio y, encima, tras desarmarle, tenía que refrenar su odio y esforzarse en taponar sus heridas. Como compensación a tanto riesgo y a tanta rabia contenida, la caza de un nazi vivo se premiaba, curiosamente, con la honrosa medalla que llevaba el conocido lema del Smersh: «Muerte a los espías».

El exhaustivo programa de adiestramiento se extendía a otras muchas cuestiones: lucha cuerpo a cuerpo, actuación en condiciones extremas, rastreo de minas, radio, fotografía, criptografía, escuchas telefónicas, conocimiento de plantas, medios para subsistir en el bosque y combatir el frío, manejo de explosivos y de todo tipo de armas de fuego, incluidas las del enemigo. El rastreo de minas no era responsabilidad en absoluto de los hombres del contraespionaje, pero estos las hallaban con frecuencia en las sendas forestales y aprendían a desactivarlas con los ojos vendados para poder realizarlo a oscuras. En cuanto a comunicaciones por radio, cada patrulla disponía de una estación para el contacto continuo con la jefatura del Smersh en la zona. Todos los agentes sabían manejarla, pero uno de ellos era responsable de la misma como operador permanente. Este había recibido el mismo entrenamiento que los demás y actuaba, junto a sus camaradas, listo para llegar a las armas, en las peligrosas acciones de control; por su preparación para el combate, estaba a años luz de los poco aguerridos radiotelegrafistas del Ejército Rojo, los SK, así llamados porque repetían constantemente, al finalizar cada transmisión, las palabras *svias kouchain* (cambio y cierre). Cuando los alemanes comprendieron que necesitaban penetrar con urgencia en la retaguardia soviética, cometieron el error, en parte por falta de tiempo, de incluir entre los agentes infiltrados a operadores de radio con es-

casa experiencia de combate; algo así como SK nazis, elegidos sobre todo por su dominio del ruso. Los hombres del Smersh habían sido entrenados –una práctica más– para realizar el «juego radiofónico», a fin de desinformar al enemigo, con los operadores capturados. Estos solían venirse rápidamente abajo y rara vez se jugaban la vida: desvelaban sus códigos y seguían transmitiendo, como si estuvieran libres, con sus propias emisoras. A cambio, si pertenecían a los cuadros permanentes del Ejército alemán, se les consideraba prisioneros de guerra en vez de espías y se libraban, por tanto, de ser ejecutados. Esa medida de clemencia no se aplicaba jamás cuando se trataba de soviéticos. En ese caso, el premio por sus servicios era una compasiva «reducción de pena»: en lugar de ser ahorcados como traidores tras largas sesiones de tortura, morían por sorpresa, de un tiro en la nuca.

El Smersh en acción

Uno de los entretenimientos favoritos de Stalin consistía en idear nombres –y consignas cuando lo creía conveniente– para obras, proyectos e instituciones de todo tipo, sobre todo cuando se debían a su propia iniciativa: grandes construcciones, complejos industriales, estaciones de metro, planes de desarrollo, centros de investigación. Durante la guerra, dio nombre personalmente a las grandes operaciones estratégicas y, por supuesto, hizo lo mismo con una de sus creaciones preferidas: el servicio de contraespionaje, popularmente conocido como «muerte a los espías». Al traspasarlo formalmente del NKVD al Ejército Rojo, Stalin se proponía halagar a los militares. Sabía que estos adoraban los símbolos, los uniformes, las condecoraciones; y los títulos altisonantes tanto en los órganos de la institución como en los altos grados de la jerarquía. Dio al nuevo centro un nombre impresionante: Contraespionaje Smersh del Comisariado Popular de

Defensa de la Unión Soviética. Siguió la misma pauta en todo el organigrama, hasta los últimos niveles: así, la pequeña patrulla –no más de cinco hombres– que actuaba en una zona de combate se denominó nada menos que Grupo de Investigación Operativa de la Dirección de Contraespionaje del Frente. Es fácil imaginar la sonrisa socarrona de Stalin mientras ideaba esas designaciones maravillosas: como los militares ignoraban que él mismo dirigía el Smersh, se sentirían llenos de legítimo orgullo solo de pensar que una organización de tal envergadura pertenecía al Ejército.

Los primeros cursos del Smersh, en los que participaron, junto a los novatos, antiguos miembros del NKVD, duraron siete semanas –no había tiempo para más–, sin un solo día de descanso, a razón de quince horas de trabajo por jornada; y a primeros de junio de 1943 los cazadores de espías llegaban al frente. Los servicios de información venían facilitando datos fidedignos sobre las fuerzas concentradas por los nazis para la inminente ofensiva de verano, el desquite de Stalingrado. Y, lógicamente, se pensaba que el mando alemán intentaría descubrir los medios de que disponía el ejército soviético para resistir la avalancha. Pero los hombres del Smersh, a pesar de su duro y concienzudo entrenamiento, no detectaron ni a un solo espía en los cientos de controles practicados. Stalin no podía creerlo: era impensable que, a punto de iniciar una gran ofensiva, los nazis no se preocuparan por las fuerzas del enemigo. Sin embargo, se contuvo, no se enfureció, porque intuyó que el fallo no era propio sino ajeno. Y, en efecto, el coronel Gehler, director del espionaje militar alemán en el frente del Este, confiado en las palabras de Hitler –«Los rusos están muertos»–, seguía entrenando con tranquilidad a sus agentes, captados en su mayoría entre los prisioneros bielorrusos y ucranianos. En la batalla de Kursk tuvo de nuevo un papel decisivo el secreto. Los alemanes apenas disponían de información sobre la retaguardia soviética: desconocían los movimientos de tropas; el incesante trasiego de divisiones, tanques y piezas de artillería; las su-

cesivas líneas de defensa construidas. Y no podían imaginar que el enemigo había reunido fuerzas más que suficientes no solo para resistir la embestida de sus unidades acorazadas sino para aniquilarlas por completo. Entre los dirigentes nazis, solo Goebbels –por lo escrito en su diario– presentía la catástrofe: le parecía un milagro la presencia masiva de nuevos tanques soviéticos, «como si un gran mago los modelase en cualquier cantidad con barro de los Urales».

El tremendo descalabro de Kursk confirmó a Hitler que sus servicios de información no funcionaban. Gehler estuvo a punto de ser fusilado, como lo fue su jefe, el almirante Canaris, director del Abwehr, un año más tarde: sus credenciales de nazi fanático le salvaron. Recibió duros reproches por su pasividad, pero, sorprendentemente, no fue destituido, y sus hombres, por fin, se pusieron en marcha. Un centenar de agentes lanzados en paracaídas se infiltraron sin dificultad entre las tropas que, en número incalculable, se movían en la retaguardia soviética. Los nazis habían perdido, junto con sus mejores fuerzas, la iniciativa estratégica, y el Ejército Rojo, por tanto, poco tenía que temer del enemigo: en lugar de atrincherarse en posiciones de defensa, iniciaba las grandes ofensivas que habían de llevarlo hasta Berlín. Esas operaciones obligaban a concentrar en las áreas próximas al frente enormes efectivos, y el trasiego de tropas y material era incesante. Las carreteras y las vías férreas estaban al borde del colapso, a pesar de la demostrada eficacia de los servicios logísticos a lo largo de toda la guerra.

Los agentes nazis realizaban sus pesquisas sobre todo en los nudos ferroviarios próximos a ciudades de cierta importancia, siempre que en ellas contasen con el imprescindible apoyo de, al menos, una *célula durmiente*. (Con motivo de los acuerdos que permitieron a Alemania liberarse de las ataduras del Tratado de Versalles en materia militar, un número considerable de alemanes llegaron a la Unión Soviética; su relativa libertad de movimientos fue aprovechada por los servicios secretos para crear una red de células inactivas que pu-

dieran ser útiles en el futuro.) Los nazis, vestidos de uniforme y con la documentación en regla, se confundían con las tropas que inundaban, día y noche, las estaciones: en cuanto una unidad embarcaba, otra ocupaba su lugar. No era fácil averiguar su destino, pero sí el número de divisiones desplazadas y, tanto o más importante, el de tanques y piezas de artillería transportados en los trenes.

* * *

La primera operación de gran envergadura planeada por el mando soviético tras la victoria de Kursk tenía como objetivo la reconquista de Ucrania. La inevitable caída de Kiev a poco de iniciarse la invasión alemana –mientras Moscú y Leningrado resistían– era una herida abierta que Stalin quería cerrar lo antes posible: fijó como fecha límite para que la ciudad fuese liberada el 7 de noviembre, aniversario de la Revolución. (Ese día, en efecto, la bandera soviética ondeaba de nuevo en las calles de Kiev, pero la ofensiva, realizada con medios impresionantes, tuvo un alto coste: para cumplir la fecha exigida por Stalin, el peligroso cruce del Dniéper se efectuó antes de tiempo bajo el intenso fuego de los alemanes, que dominaban las alturas cercanas, y en él perdieron la vida millares de soldados.) Antes incluso de que las directrices de la operación fueran aprobadas, Stalin, obsesionado como siempre por el secreto, convocó en el Kremlin a los jefes del Smersh, con Abakúmov a la cabeza: estaba seguro de que los nazis, después de dos fracasos sucesivos, habían aprendido la lección y estaban enviando un número considerable de agentes; era imprescindible que fueran capturados enseguida, y los servicios de contraespionaje debían lograrlo a cualquier precio. Ninguno de los presentes en la reunión olvidó nunca sus palabras: «Para ganar una batalla pueden necesitarse centenares de miles de soldados; para frustrar esa victoria bastan las acciones subversivas de unos pocos espías».

Los alemanes actuaban siempre en grupos de tres, aunque, de hecho, solo dos de ellos espiaban: el tercero, el operador de radio, se mantenía oculto con su emisora hasta que era necesario utilizarla. Una patrulla del Smersh estaba compuesta por tres o cuatro «policías» y un chófer, que no intervenía en las acciones de control: permanecía junto a su vehículo en espera de órdenes por radio. Los soviéticos, por supuesto, sabían que las estaciones eran fuentes de información inapreciables: el camuflaje de las plataformas, por ejemplo, no impedía descubrir el material que contenían. Pero los «paseantes» –así llamados porque recorrían con disimulo los andenes observando los trenes–, que adoptaban el aspecto de ciudadanos evacuados en espera de su convoy, caían como moscas por hábiles que fueran. Y aquellos que lograban pasar desapercibidos afrontaban otro peligro inminente: la caza proseguía, implacable, tan pronto como lanzaban al éter su primer mensaje. ¿Cómo hacerlo sin quedar al descubierto? No era posible transmitir desde un edificio porque este sería localizado enseguida. Solo adentrándose de noche en el bosque –el inmenso e impenetrable bosque ruso– los espías podían usar la emisora sin caer al instante en manos de sus perseguidores.

Por supuesto, todo mensaje era inmediatamente detectado y, por tanto, se conocía, de modo aproximado, el lugar de la emisión. Pero cuando los hombres del Smersh se internaban en el bosque no encontraban rastro alguno, ni siquiera una huella, de los enemigos. ¿Cómo localizarlos si emitían de tiempo en tiempo y siempre desde emplazamientos diferentes? En las carreteras cercanas al bosque, desbordadas a todas horas, el tráfico era muy lento, y los hombres saltaban de tanques y camiones o salían de sus filas para hacer sus necesidades bajo los árboles. Aunque todos volvían corriendo a sus puestos, ¿cómo evitar que entre ellos se deslizase algún espía? Si, casualmente, un informador observaba que dos o tres militares entraban en el bosque después de la puesta del sol, las patrullas que lo

recorrían no tenían dudas de que eran los hombres buscados, pero ¿qué dirección seguían? Y si, por azar, tropezaban con ellos, de nada valían las habilidades teatrales ni los conocimientos de psicología: solo las armas hablaban. En cualquier caso, esos encuentros fortuitos se daban raramente. A lo largo de todo un año –desde la batalla de Kursk hasta que el Ejército Rojo cruzó la frontera de Alemania en 1944– solo tres patrullas alemanas fueron cazadas en los bosques; lo que da idea de la inmensidad de la taigá, «que solo las aves migratorias saben dónde termina» (Chéjov).

Stalin se ponía frenético cuando recibía noticias de emisiones procedentes del bosque. ¿De veras creía que esos mensajes podían alterar el curso de las operaciones? En absoluto: la superioridad en tropas, tanques, piezas de artillería, aviones, era tal que el rodillo soviético aplastaba cualquier resistencia. Lo que no podía soportar era que agentes enemigos campasen por sus respetos aun sabiendo que pronto serían capturados. Llenaba de improperios a Abakúmov, incluso hablaba de cercar el bosque. Stalin no era peligroso enfadado –lo era cuando fijaba la mirada como un depredador a su presa–, y sus colaboradores más cercanos no se impresionaban demasiado por sus explosiones de cólera. Enseguida se calmaba: encendía su pipa, señal de placidez bien conocida por todos, y pasaba tranquilamente a otra cosa.

En realidad, a Stalin solo le interesaban las acciones del Smersh que tenían éxito. No es extraño que quisiera conocer una por una sus hazañas: al fin y al cabo, él mismo había ideado el concienzudo entrenamiento de los cazadores de espías. Exigía un informe exhaustivo de cada operación. ¿Fue fruto de un control rutinario o algo resultó sospechoso? ¿Qué papel representó el actor principal? ¿Cómo discurrió el interrogatorio? ¿Qué gesto desenmascaró a los espías? ¿Cómo se desarrolló la acción? El informe debía incluir un esquema del lugar con las sucesivas posiciones de los hombres enfrentados (similar al de los partes de accidente de tráfico). Para Stalin, las

historias del Smersh eran relatos de aventuras que leía a altas horas de la noche como hacía con los informes de los agentes soviéticos en el extranjero. Curiosamente, devolvía estos últimos a los servicios secretos sin poner en ellos ni una nota: nunca dejaba rastros de sus crímenes ni de otras «menudencias» clandestinas; él no tenía nada que ver con los espías. En cambio, conservaba en su biblioteca, llenos de comentarios, los informes de los héroes del contraespionaje: vivía intensamente sus acciones quizá viéndose a sí mismo en ellas, recordando los años en que organizaba asaltos a bancos y otras fechorías para financiar al Partido. Siempre que una operación se saldaba sin haber logrado capturar vivo a un enemigo, o con la muerte de algún miembro de la propia patrulla, Stalin se entretenía largamente cavilando y escribiendo sobre los errores cometidos. En papel aparte, dirigido a Abakúmov, indicaba las medallas que debían ser concedidas.

* * *

Ian Fleming popularizó el Smersh en sus novelas, pero sitúa sus acciones imaginarias en la guerra fría, cuando ya había desaparecido. Fue disuelto en 1946 y sus historias reales son fascinantes. En cierta ocasión, una patrulla dio el alto a un coche de servicio del modelo utilizado habitualmente por los jefes en desplazamientos puntuales. El dispositivo no difería del empleado por las policías de todo el mundo en los puestos de control: dos hombres agazapados y otros dos dando la cara. Junto al conductor, viajaba un alto mando del NKVD destinado a Moscú, y en el asiento trasero, su esposa, un niño de pocos años y un sargento. En el portamaletas, además de los objetos personales, había dos grandes paquetes lacrados. La documentación de los viajeros y la orden de ruta estaban en regla: en esta última se mencionaba a todos los ocupantes del vehículo y se indicaba que los paquetes contenían documentos ultrasecretos de

los órganos de seguridad del Estado. Todas las patrullas del Smersh procedían del mismo modo: el jefe y su segundo –que lo era por ser un buen psicólogo– asumían el riesgo. El primero examinaba lentamente los documentos presentados, hacía preguntas sin cuento y ponía a prueba sus dotes teatrales; el segundo, con el arma en posición de disparo y el dedo en el gatillo, estudiaba de arriba abajo a los interpelados en busca de cualquier gesto que pudiera delatarlos. Los demás, bien a cubierto, no perdían de vista a sus camaradas por si uno u otro daba la señal de ataque.

Aquel día lo hizo el «psicólogo» al observar que la mamá apretaba fuertemente la mano del niño y que este tenía la boca llena de caramelos; la intención de que no dijera una palabra era evidente. Pero no disimuló bien su emoción, y los ocupantes del coche comprendieron que habían sido descubiertos. El conductor y el sargento saltaron de sus asientos y, protegidos por el propio vehículo, abrieron fuego. Ambos fueron abatidos; su jefe se disparó mortalmente en el cuello; la mujer, aunque hizo uso de su arma, fue capturada y el niño no sufrió daño alguno. Unas semanas después, la misma patrulla, que había salido indemne de la operación, intervino en otra con el mismo reparto de papeles. Y esa vez, por unos segundos, los espías se adelantaron y los dos hombres –el jefe y el «psicólogo»– murieron acribillados.

Tras la victoria, y hasta su disolución, el Smersh realizó dos tareas prioritarias: la criba de cuatro millones de soviéticos – la mitad de ellos prisioneros de guerra – llegados de Alemania y de otros países; y la discreta vigilancia de los generales, que se habían vuelto arrogantes, a juicio de Stalin, después de la victoria.* La primera fue una labor ingente, que pudo llevarse a cabo gracias al apoyo del

* De hecho, el Smersh ya grababa las conversaciones telefónicas de los generales desde el momento en que fue creado, en 1943. En los archivos de los servicios secretos se conservan millares de esas grabaciones.

NKVD. Una cuarta parte de los retornados se incorporaron a los campos del gulag con condenas de diez años por haberse rendido o por su comportamiento ambiguo durante el cautiverio: Stalin necesitaba mano de obra para la rápida reconstrucción del país. Los considerados traidores, fueron ejecutados, y los demás quedaron libres. Gehler llevaba años echando sus redes entre los prisioneros soviéticos, y varios de ellos pasaron la «prueba de inocencia» a su regreso y lograron enviar a Alemania información desde los puntos más dispares del país. Gracias a ellos, el ya general Gehler, al servicio entonces de los norteamericanos –que más tarde impusieron su nombramiento como director del BND, la Central de Inteligencia de la República Federal–, pudo por fin saber alguna cosa de la Unión Soviética.

En cuanto a los generales, Stalin tenía razón, y algunos de ellos, además de pretenciosos, demostraron, por su imprudencia, que eran unos insensatos: parecían haber olvidado con quién se jugaban los cuartos. Pero esa es otra historia, y se cuenta en otro lugar.

Capítulo 25

Harold Philby

Al término de la Primera Guerra Mundial, el único servicio secreto permanente digno de mención era el Secret Intelligence Service (SIS) británico, creado en 1909 bajo la denominación inicial de MI-1c. Una vez vencida Alemania, el enemigo pasó a ser el comunismo, una amenaza real aun en tiempo de paz por su designio de exportar la revolución a Occidente. El SIS dedicó la mayor parte de su presupuesto a Rusia y envió a Moscú y Petrogrado a sus mejores agentes, con la misión primordial de derribar al gobierno. El más brillante de esos agentes era el capitán Sydney Reilly, quien logró infiltrarse en los órganos de seguridad rusos hasta el punto de hacerse pasar por el comisario Relinski, de la Checa de Petrogrado. Con la complicidad de dos coroneles letones, Reilly preparó un golpe espectacular. En la época zarista los fusileros letones constituían una especie de guardia pretoriana del poder; incluso los verdugos salían de sus filas. Hicieron el mismo papel con los bolcheviques al ponerse de su lado en las jornadas revolucionarias. A finales del verano de 1918 iba a celebrarse en Moscú un pleno del Comité Central del Partido, y los letones, que ya eran guardaespaldas de los principales líderes, tendrían a su cargo la seguridad de la conferencia. A una señal dada, una unidad de fusileros al mando de los dos coroneles y del propio Reilly, entraría en la sala, arrestaría a los miembros de la presidencia, con Lenin a la cabeza, y los pasearía

desnudos por las calles de Moscú. La conspiración fue descubierta y los coroneles, junto con muchos de sus seguidores, fueron ejecutados, pero Reilly logró escapar.

El impacto en la Checa fue tremendo: Reilly no solo había encontrado apoyo en sus propias filas, sino que sus secuaces, otros agentes británicos, se habían movido libremente por Rusia. Por orden directa de Lenin –gravemente herido por los disparos de Fanni Kaplán–, la represión se hizo implacable y los servicios de seguridad fueron reorganizados. En 1922 la Checa se convirtió en Administración Política del Estado (GPU) y asumió mayores competencias al centralizar casi todas las actividades policiales. De ahí el nombre usado desde entonces por sus propios miembros: «el Centro». Aunque los órganos de seguridad fueron integrados más tarde en el Comisariado de Asuntos Internos (NKVD) y cambiaron varias veces de denominación (OGPU, NHGB, KGB) siempre fueron «el Centro» para los suyos; y, simplemente, «los órganos» para los demás ciudadanos.

Las dificultades para obtener información tanto del interior como del exterior eran enormes. La mayor parte de los periodistas de la época zarista habían emigrado, y hubo que acudir, para recibir noticias de otras ciudades, a trabajadores voluntarios por poca cultura que tuvieran. Los llamados *rabkori*, corresponsales obreros, enviaban a los periódicos largos artículos con informes de todo tipo: acontecimientos y problemas locales, críticas sobre los dirigentes, denuncias de sabotaje – mencionando a los traidores– en los centros de trabajo. El sistema se extendió al mundo rural mediante una densa red de corresponsales compuesta sobre todo de ferroviarios. Estos eran una fuente inagotable de noticias sobre lo vivido directamente por ellos y lo que llegaba a sus oídos: sucesos y rumores; actividades colectivas (mítines, sesiones culturales, espectáculos), que solían realizarse, a falta de local más adecuado, en las salas de espera de las estaciones o en los clubes del ferrocarril. El gran Mijaíl Bulgákov

trabajaba en el periódico *Gudok* (El silbato), órgano del sindicato ferroviario, al que enviaban sus cartas los *rabkori* del gremio. Inspirado en esas cartas, Bulgákov escribió varios de sus más divertidos relatos.

Respecto al exterior, resultaba casi imposible infiltrarse en el SIS para conocer su actividad subversiva contra el poder soviético. Los agentes británicos o habían nacido en Rusia, como el propio Reilly, o podían pasar perfectamente por rusos: conocían bien la lengua y se expresaban en ella con fluidez; y en un país multiétnico, la diferencia de acentos siempre ha sido irrelevante (el mismo Stalin hablaba con acento georgiano). En cambio, era impensable que un ciudadano ruso, por bien que dominase el inglés, hiciera un doble milagro: primero, ser reconocido como miembro del *establishment* por sus irrefutables antecedentes familiares; después, conseguir que el SIS se fijase en él y decidiese incorporarle a sus filas.

No obstante, la red en Gran Bretaña crecía con rapidez y no permanecía inactiva. Uno de sus éxitos fue la «captura» de Reilly, a quien ni Stalin ni la Checa estaban dispuestos a olvidar. El antiguo espía ya no pertenecía a los servicios secretos y se había convertido en un próspero hombre de negocios, pero, en su fuero interno, no desistía de su viejo designio y seguía en contacto con los medios anticomunistas. Agentes soviéticos, haciéndose pasar por miembros de la oposición, lograron ganarse su confianza. Reilly, seducido por una fervorosa «partidaria» –María Zajarchenko, atractiva oficial del GPU–, que alentó su vanidad y su ambición hasta hacerle creer que sería el líder indiscutible de la contrarrevolución, regresó insensatamente a Rusia para reunirse con sus supuestos seguidores y desapareció sin dejar rastro. Años más tarde, la prensa soviética publicó un informe oficial sobre los intentos clandestinos de penetración en el país que habían sido abortados. Entre ellos citaba el de un supuesto Sternberg, que había entrado en Rusia desde Finlandia en el verano de 1925 con un falso pasaporte soviético; herido y hecho pri-

sionero, reconoció en su interrogatorio que era el capitán Sydney Reilly, el famoso espía británico. Nada se decía sobre su destino final, conocido mucho más tarde: fue ejecutado tras dos meses de salvajes torturas. Siete años después de la intentona de 1918, la implacable venganza –tramada con la infinita paciencia de Stalin– se había consumado.

Pasados unos meses moría Féliks Dzerzhinski, primer jefe de la Checa y del GPU, y el objetivo de penetrar en el servicio de inteligencia británico seguía siendo inalcanzable. Lenin había muerto, y Stalin tomó las riendas de los órganos de seguridad –que no soltó hasta su muerte– y procedió a una profunda reorganización de los mismos. Sus instrucciones manuscritas al sucesor de Dzerzhinski, Viacheslav Menzhinski, son una muestra más de su mente reflexiva y de su empeño en buscar solución a los problemas. Pueden resumirse como sigue: extender el sistema de los *rabkori* a Francia; captar jóvenes idealistas ingleses para infiltrarlos en el SIS, «excluyendo» –palabra subrayada con doble trazo– a los cercanos al Partido Comunista, y crear un centro independiente para Operaciones Especiales, que sería dirigido en la práctica por el propio Stalin. (Como es sabido, Stalin también utilizó el GPU para vencer la resistencia de los campesinos a la colectivización; deportar millones de personas y emplearlas como mano de obra; obtener testimonios falsos bajo tortura y, en definitiva, liquidar a sus enemigos.)

¿Por qué Francia? La idea era aprovechar el creciente movimiento obrero dominado por los comunistas. El éxito fue inmediato. La directriz de Stalin está fechada en 1926, y tres años después el espionaje soviético en los centros industriales franceses contaba con más de tres mil *rabkori*, que trabajaban sobre todo en astilleros, arsenales y fábricas de material bélico. Entregaban sus informes en múltiples lugares, generalmente pequeños establecimientos que servían de cobertura a agentes camuflados; y todo lo que estos consideraban importante se hacía llegar a la embajada, camino de Moscú.

La red fue desmantelada casi por completo en 1932, debido a una delación.

Stalin, por el contrario, renunció al sistema de los *rabkori* en Gran Bretaña porque podría ser un estorbo para su objetivo principal: penetrar en el SIS. Los trabajadores quizás aportasen alguna información útil, pero no tendrían acceso a secretos valiosos; y, en cambio, si eran desenmascarados, quedaría al descubierto que los soviéticos, aparentemente inertes en acciones de espionaje, habían tendido sus redes en suelo británico. Era necesario reclutar en las universidades más exclusivas a jóvenes cultivados, de convicciones comunistas, dispuestos a traicionar, por puro idealismo, a su país y a su clase; y capaces de engañar a su familia, a sus colegas, a sus amigos, a sus amantes.

* * *

Harold Adrian Rusell Philby –Kim para sus conocidos–, hijo de un alto funcionario del Indian Civil Service, nació en 1912 y siguió los pasos de su padre en los estudios. Antes de cumplir trece años participó con éxito en el llamado Desafío Westminster y se convirtió en becario del Rey en la prestigiosa escuela fundada por Isabel I junto a la abadía. En 1929 Kim fue el mejor calificado de los tres alumnos elegidos para ingresar como becarios en el Trinity College de Cambridge, una de las instituciones más conservadoras del país, que, sin embargo, era un hervidero de ideas políticas. Contaba incluso con una célula comunista no clandestina –el Partido era legal–, y muchos estudiantes, aunque pertenecían a las más rancias clases privilegiadas, eran alevines de lo que se ha dado en llamar la «*gauche divine*», la izquierda culta y acomodada. Kim tomaba en serio sus estudios, pasaba horas en la biblioteca, leía a los clásicos del socialismo y no se perdía ningún debate político. Así se produjo su toma de conciencia y su lenta transición: primero, al laborismo; después, al marxismo.

En 1933, el último día de su estancia en Cambridge, Philby fue a despedirse de Maurice Dobb, un brillante profesor de Economía que no ocultaba su pertenencia al Partido Comunista desde que este fue fundado en 1920. Kim le confesó que había decidido ser también comunista, y Dobb, bien aleccionado para la captación de talentos, en vez de enviarle a la sede del Partido en Londres, donde debería formalizar su inscripción, le dio una carta de presentación para una entidad de París limpia de toda sospecha. Sus dirigentes, después de entrevistarle, le enviaron a una organización clandestina en Viena. Gracias a ello, Kim Philby nunca perteneció al Partido, hecho decisivo para su carrera en el SIS. A mediados del año siguiente, Kim regresó a Londres y, poco después, un hombre le abordó y le propuso entrar en el servicio de inteligencia soviético. Sorprendido y halagado, aceptó sin dudarlo. Mayor fue su sorpresa cuando se le asignó como única misión algo que le pareció irrealizable: penetrar en los servicios secretos británicos fuera cual fuera el tiempo que ello llevase. Pasaron seis largos años hasta que consiguió su objetivo. La paciencia, una vez más, había dado sus frutos: fue siempre una de las virtudes de Stalin, que tardó catorce años (1924-1938) en librarse de sus enemigos internos y dos más en eliminar a Trotski.

En primer lugar, Kim consiguió labrarse una nueva imagen, fruto de su supuesta conversión a la ideología más conservadora desde la postura izquierdista mantenida durante sus últimos años en Cambridge. Sus antiguos compañeros quedaron espantados, y el propio profesor Dobb, que le había encaminado hacia París como novicio encubierto, creyó durante casi treinta años –hasta que Kim huyó a Moscú en 1963– que era un anticomunista fanático. Philby fue enviado por los rusos a España durante la guerra civil para recibir de él información de primera mano y, sobre todo, para darle protagonismo con vistas al gran objetivo perseguido. Una agencia de prensa inglesa le acreditó como corresponsal, y Kim se dedicó compulsivamente a enviar a *The Times* un artículo tras otro por pro-

pia iniciativa. Uno de los artículos fue publicado y, gracias a ello, Kim era nombrado en 1937 segundo corresponsal del prestigioso diario británico junto a las fuerzas franquistas. Acababa de cumplir veinticinco años.

El 31 de diciembre del mismo año, en el frente de Teruel, un proyectil de un cañón ruso impactó de lleno en el coche en que viajaban Philby y otros tres corresponsales extranjeros. Sus acompañantes murieron, pero Kim solo recibió una ligera herida en la cabeza. Esa buena suerte aceleró su carrera. El general Franco le impuso personalmente la Cruz Roja del Mérito Militar, y la derecha británica le acogió como a un héroe. Se le abrieron todas las puertas, y en julio de 1940, poco después de la derrota de Francia, el SIS le invitó a entrar en la organización. Fue destinado primero a una sección sin importancia dedicada a fomentar, con escasas perspectivas de éxito, el sabotaje en Alemania. Pero Philby destacó pronto y se abrió camino con rapidez. A primeros de 1945, poco antes del final de la guerra, fue nombrado jefe de una nueva sección, que tendría como único objeto proteger al país de la creciente amenaza de la Unión Soviética: desenmascarar a sus agentes en suelo británico y penetrar con los propios en ella. Se le ofreció el puesto –que le daba acceso, prácticamente, a todos los secretos del SIS– cubriéndole de elogios por sus grandes cualidades. Kim dice con ironía en sus memorias: «Muy extrañamente, el recital de mis virtudes omitía mi más importante cualificación para el puesto: el hecho de que yo ya sabía algo sobre comunismo».

¿Qué méritos tenía para un ascenso tan fulgurante? Su talento y su habilidad le distinguían frente a la mediocridad de sus colegas. El historiador Hugh Trevor-Roper, que había ingresado en el SIS durante la guerra, lo explica con toda franqueza. El Servicio de Inteligencia también pretendía captar a sus agentes en las universidades, pero estas estaban llenas de izquierdistas, y por ello se escogían estudiantes de clase alta, defensores de sus valores y privilegios. El

mismo Trevor-Roper clasificaba a sus colegas en tres categorías: «estúpidos, muy estúpidos y extraordinariamente estúpidos». Y el director del SIS desde 1939, Stewart Menzies, era considerado como «no del todo analfabeto». La investigación sobre el pasado de Philby, previa a su admisión, se limitó a revisar los archivos desde la guerra civil española. Naturalmente, se cerró en positivo: «No se sabe nada en contra». Por su eficaz trabajo, Kim recibió una importante condecoración al término de la guerra mundial: The Most Excellent Order of The British Empire.

* * *

Una de las virtudes de Stalin era su capacidad para relajarse. Se entretenía, a la manera de Churchill con las novelas de Agatha Christie, leyendo los informes de los espías soviéticos en el extranjero. En agosto de 1945, después de Hiroshima y Nagasaki, cuando la Unión Soviética había entrado en la guerra contra el Japón para asegurar su parte en el botín –las islas Kuriles, por ejemplo–, Stalin recibió un insólito informe de su más importante agente en Gran Bretaña. Es fácil imaginar su sonrisa sardónica al conocer el contenido. Un ruso se había presentado en la embajada británica en Turquía pidiendo hablar con el cónsul general. Se identificó como Konstantín Volkov, cónsul soviético y, como era habitual, agente del NKVD. Había decidido desertar y pedía un salvoconducto para él y su esposa, y una importante cantidad en libras esterlinas. A cambio, ofrecía el nombre de tres agentes soviéticos en Gran Bretaña, uno de ellos jefe de una organización de contraespionaje. Se le contestó que su petición debía ser transmitida a Londres, y Volkov exigió que se enviase por valija diplomática, pese al retraso que ello comportaba, porque los soviéticos habían descifrado algunos códigos británicos; y dijo que esperaría la respuesta durante un plazo máximo de tres semanas. Diez días después de la visita de Volkov, su propuesta llegó

al SIS, a la mesa del jefe de la nueva sección antisoviética. Philby también debió de sonreír divertido ante la inesperada tarea: tenía que investigarse a sí mismo. Volkov fue arrestado por los suyos en su propia embajada y, poco después, un avión militar soviético aterrizaba por sorpresa en el aeropuerto de Estambul. Un coche se acercó hasta la escalerilla, y una figura maltrecha, con la cabeza vendada, fue subida en volandas al avión, que despegó de inmediato.

En 1931 los periódicos ingleses ya hablaban de la propaganda soviética en Cambridge. Iniciada por Maurice Dobb, el más antiguo miembro del Partido Comunista entre el profesorado británico, su actividad proselitista, pública y legal, era en realidad una cortina de humo para desviar la atención del principal objetivo: la captación de agentes. Esa labor no podía ser confiada a un hombre como Dobb, siempre bajo sospecha, aunque este esporádicamente encaminase a algún que otro estudiante hacia su primer contacto clandestino. Philby fue el primer captado y él recomendó a otros compañeros: Burgess, Maclean, Blunt, Cairncross, que integraron, junto a Kim, el famoso Círculo de Cambridge –los Cinco de Cambridge–, la más importante red de espionaje soviético en suelo británico. Tras casi un cuarto de siglo en el SIS, Philby, a punto de ser arrestado, huyó a Moscú desde Beirut en 1963. Allí vivió apaciblemente hasta su muerte en 1988. Su cuerpo fue trasladado a la KGB para que sus antiguos colegas pudieran rendirle homenaje sin aparecer en público. El funeral oficial se celebró al día siguiente, con los honores reservados a los héroes. Está enterrado en el cementerio militar de Kúntsevo, reservado a oficiales superiores y a ciudadanos ilustres.

Capítulo 26

Pável Sudoplátov

Hijo de un molinero, nace en Ucrania en 1907. Su infancia es normal: asiste a la escuela parroquial y aprende a leer y escribir. Pero su padre muere en 1917, el año de la Revolución, y la familia subsiste gracias a la ayuda de los parientes. Huye de casa en plena guerra civil y se une a un regimiento del Ejército Rojo. Este es diezmado en una emboscada, y los sobrevivientes se incorporan a una división de Infantería que también sufre continuas bajas en lucha contra los independentistas ucranianos. En 1921, la Sección de Información de la unidad pierde en combate la mayor parte de sus efectivos y necesita con urgencia un secretario capaz de escribir y transmitir en código. Pável solo tiene catorce años, pero destaca por su viva inteligencia entre la masa de soldados analfabetos, y es elegido para el puesto. Así comienza su larga carrera en los órganos de seguridad.

La rebelión ucraniana contra el poder soviético es aplastada, y Sudoplátov es destinado al departamento de Policía Secreta de Járkov.* En 1933, su jefe, director de los servicios de seguridad en

* En 1928 Pável y Emma, una bella colega, iniciaron su vida en común, aunque no registraron su matrimonio hasta 1951. La joven agente tenía como misión infiltrarse en las colonias alemanas dispersas alrededor de Járkov. Rubia, de ojos azules, inteligente, con perfecto dominio del alemán y del yiddish, pasaba perfectamente por judía germana. Sufrieron largos años de separación, sin saber uno del otro, temiendo siempre lo peor. Pero superaron todas las pruebas y siguieron unidos más de medio siglo.

Ucrania, es nombrado director adjunto del GPU de toda la Unión y se lleva parte de su equipo a Moscú. Nombra a Pável inspector-jefe y le confía, cuando tiene tan solo veintiséis años, un difícil cometido: la elección, supervisión y promoción del personal en el Departamento Extranjero de la Administración de Seguridad del Estado. Un año después, por decisión personal de Stalin, que sigue siempre de cerca la actividad de los órganos y tiene noticias del talento del joven Sudoplátov, este desaparece; pasa a ser funcionario clandestino. Sin protección diplomática y bajo identidad falsa, los grandes clandestinos soviéticos, rara vez descubiertos, son auténticos actores de teatro, capaces de representar a la perfección múltiples papeles. Un «clandestino» suele ser responsable de crear a largo plazo –en algunos casos, durante más de quince años– una tupida red de agentes que él nunca controlará. Otro cometido, mucho más arriesgado, es introducirse en los movimientos hostiles presentándose como simpatizante huido de la Unión Soviética. Es la misión encargada a Sudoplátov: penetrar en la organización militar de los independentistas ucranianos en el exilio. Tras ocho meses de entrenamiento, en los que aprende a luchar cuerpo a cuerpo y a manejar armas, está listo para su primer viaje al extranjero.

La organización nacionalista ucraniana estaba dirigida por Yerhen Konovalets, quien tenía como adjunto a Vasili Lébed, antiguo compañero de prisión y hombre de su absoluta confianza. Konovalets, que había pasado a Polonia con sus tropas al ser derrotado por el Ejército Rojo, envió a Lébed de regreso a Ucrania para que organizase una red clandestina; pero este fue capturado y salvó la vida traicionando a los suyos. Para Konovalets, ignorante de la captura, Lébed siguió siendo su representante en el interior, máximo responsable de mantener viva la resistencia contra la ocupación soviética de Ucrania; para Moscú, fue una pieza fundamental que permitió eliminar el llamado bandidismo ucraniano. A lo largo de catorce años, Lébed viajó varias veces a Occidente, en su papel de activista

encubierto, para entrevistarse con Konovalets, que nunca tuvo secretos para él. Convencido de que la guerra entre Alemania y la Unión Soviética llevaría a la independencia de Ucrania, Konovalets se había entrevistado dos veces con Hitler, y sus seguidores se entrenaban en la escuela del partido nazi en Leipzig.

En 1935 Lébed comunicó a Konovalets que enviaría a Berlín –donde este residía– a su «sobrino» y asistente como enlace permanente. Acompañó a Sudoplátov hasta Helsinki y le dejó en manos del representante de Konovalets en Finlandia –también agente soviético–, quien, tras varias peripecias, llegó con él a Berlín. Entrevistado largamente por Konovalets, el joven Sudoplátov pasó la prueba y fue enviado a la escuela nazi de Leipzig para una estancia de tres meses. El hecho de aparecer como miembro activo y destacado de la red clandestina en Ucrania le dio gran prestigio entre sus compañeros, todos ellos emigrados sin ocupación conocida, que vivían, como el propio Konovalets, de la ayuda alemana al movimiento independentista. Desde Leipzig, regresó a Berlín, vivió modestamente en una habitación alquilada y se ganó la confianza de Konovalets, quien le tomó bajo su protección y le dio a conocer todos sus planes; hasta viajaron juntos a París y Viena en sendas visitas de inspección a los emigrados ucranianos. Durante casi un año, Sudoplátov permaneció aislado del Centro: tenía prohibido cualquier contacto con otros agentes fuese cual fuese la situación en que se encontrara.

A mediados de 1936 llegó a Berlín un mensaje de Lébed proponiendo un plan muy sugestivo: podía conseguir que su sobrino fuese enrolado como operador de radio en un mercante soviético que hacía frecuentes escalas en puertos extranjeros. Con ello se convertiría en un «correo regular» entre la red clandestina en Ucrania y la organización nacionalista en el extranjero. Konovalets, encantado con la idea, aprobó el regreso a la Unión Soviética de Sudoplátov. Este fue capturado al cruzar la frontera finlandesa y enviado a prisión. Finlandia no quería problemas con su poderoso vecino, y

sabía que permitir el tránsito por su territorio a un nacionalista ucraniano sería considerado un acto hostil si llegaba a conocimiento de los soviéticos. Ante su inesperada desaparición, en Moscú se le dio por muerto, seguramente asesinado. Varias semanas después de la captura de Sudoplátov, la policía finlandesa, ignorante de que el representante de Konovalets en Finlandia era agente soviético, le informó de la existencia del prisionero y le exigió que, si confirmaba su pertenencia a la organización clandestina ucraniana, le sacase en secreto del país. Así lo hizo, pero no camino de Berlín. Con pasaporte lituano, Sudoplátov desembarcó en Leningrado con un visado para un día, como un turista más; escapó del grupo –la pobre guía pasó un par de días arrestada– y llegó por fin a Moscú: habían pasado casi dos meses desde su salida de Alemania. El informe de su arriesgada y larga misión llegó a la mesa de Stalin, y fue condecorado con la Orden de la Bandera Roja.

Sudoplátov pasó dos años en un carguero como operador de radio, representando a la perfección su papel de correo, y Konovalets se trasladaba con frecuencia a las ciudades donde el barco hacía escala para entrevistarse con él. En noviembre de 1937, después de las fiestas conmemorativas del vigésimo aniversario de la Revolución, Yezhov, entonces jefe del NKVD –«un asesino incompetente», en palabras de Sudoplátov–, citó a este en su despacho. Al terminar la entrevista, le ordenó secamente que le acompañara al Kremlin. ¿Cuál no sería la sorpresa del joven Pável al encontrarse frente a Stalin? Emocionado y balbuceante, perdió por completo el control de sí mismo.

–No se ponga nervioso, joven. Cuente lo esencial. Dispone de veinte minutos –dijo Stalin afablemente.

Cuando Sudoplátov terminó su informe, Stalin, que lo había escuchado y observado con atención, concluyó que Konovalets era una amenaza real ya que se preparaba para entrar en la guerra, próxima e inevitable, al lado de los alemanes. Dio a sus visitantes una se-

mana para que estudiasen las posibles medidas que debían adoptar contra los nacionalistas ucranianos. En la segunda reunión, Stalin escuchaba impaciente las diversas sugerencias de los convocados: penetrar de modo intensivo en la organización ucraniana; enviar a Berlín a otros agentes del NKVD con objeto de que alguno de ellos fuera enviado a la escuela de Leipzig, donde obtendría mejor información de los más importantes miembros del movimiento; intentar que alguno de esos agentes se infiltrase en el Abwehr, el servicio de seguridad alemán... Stalin interrumpió con brusquedad:

–Nuestro objetivo es decapitar el movimiento fascista ucraniano. ¿Cuáles son los gustos personales de Konovalets? –preguntó a Sudoplátov.

–Konovalets adora los bombones de chocolate.

Stalin le pidió que pensase en ello, le ordenó que matase a Konovalets y le preguntó si comprendía la importancia política de la misión encomendada. Sudoplátov contestó que estaba dispuesto a perder la vida en el empeño, y Stalin le deseó éxito y le despidió con un cálido apretón de manos.

El gabinete técnico del NKVD recibió órdenes para ocultar una potente bomba en una típica caja de bombones ucraniana. Pronto estuvo lista. El dispositivo de funcionamiento no se accionaba con un interruptor exterior. Una vez montada, la bomba explotaría diez minutos después de que la caja fuese colocada en posición horizontal. Sudoplátov, por tanto, tenía que mantenerla vertical entre su ropa. Yezhov se despidió de él entregándole una pistola automática Walter y diciéndole que debía actuar como un hombre si el atentado fallaba; le aconsejó que cambiase de apariencia en cuanto iniciase la fuga.

Sudoplátov y Konovalets se pusieron de acuerdo para encontrarse el 23 de mayo de 1938 en Róterdam, en un restaurante próximo a la estación de ferrocarril. Cuando Sudoplátov llegó, unos minutos después del mediodía, Konovalets le esperaba: estaba solo. Tras

la comida, Pável pretextó que tenía que regresar al barco, y quedaron en verse de nuevo a las cinco de la tarde. En el último momento, se llevó la mano a su blusón –confeccionado especialmente con un gran bolsillo interior–, dijo que casi se le olvidaba su pequeño regalo y dejó la caja de bombones sobre la mesa; un técnico en explosivos que le acompañaba en el carguero la había montado una hora antes. Sudoplátov salió tan tranquilo mientras Konovalets apuraba su café, entró en una tienda cercana y compró un sombrero y una gabardina; desde allí oyó la explosión. Fue a la estación y tomó el primer tren hacia París.

A la mañana siguiente, debía encontrarse en una estación de metro con otro joven camarada camuflado como diplomático en la embajada soviética. Optó por no dejar rastros y, en vez de dormir en un hotel, pasó la noche deambulando por las calles. Dio a su enlace, que, por supuesto, ignoraba su misión, el revólver y una pequeña nota, que debía ser enviada por telégrafo a Moscú: «El obsequio fue entregado [...]». Provisto de un pasaporte polaco, Sudoplátov llegó a Barcelona como uno más de los voluntarios extranjeros que se unieron al bando republicano en la guerra civil española. Dos meses después del asesinato de Konovalets estaba de regreso en Moscú. A su llegada, fue efusivamente felicitado y recibió el primer cargo de alto nivel de su carrera: ayudante especial del director del Departamento Exterior del NKVD, puesto que comportaba su ingreso en la *nomenklatura*, la élite dirigente. El departamento tenía a su cargo la gestión de las *rezidenturas* y, por tanto, era responsable del espionaje y de todas las acciones –cruentas e incruentas– en el extranjero. Sudoplátov siempre se sintió orgulloso de su participación en ellas, pero, refiriéndose a su «inocente» cometido en aquel tiempo, se permite una pequeña ironía en sus memorias: «[...] tuve conocimiento de los raptos y asesinatos de trotskistas y desertores llevados a cabo en Europa».

* * *

A mediados de 1939, un año después del nombramiento de Sudoplátov, Beria, sucesor de Yezhov al frente del NKVD, le condujo de nuevo al despacho de Stalin. Esta vez se trataba de Trotski. Después de informar sobre los crecientes esfuerzos trotskistas para infiltrarse en las organizaciones de la izquierda, lo que representaba una seria amenaza al papel dirigente de la Unión Soviética en el movimiento comunista mundial, Beria propuso el nombramiento de Sudoplátov como director adjunto del Departamento Exterior. Ello le permitiría movilizar todos los recursos del NKVD para la liquidación de Trotski.

–No hay figuras políticas importantes en el movimiento trotskista a excepción del propio Trotski –dijo Stalin–. Si este desaparece, la amenaza terminará. Trotski debe ser eliminado en el plazo máximo de un año, antes de que estalle la inevitable guerra con Alemania.

Stalin aprobó el nombramiento y cerró la entrevista ordenando a Sudoplátov la acción contra Trotski: tendría libertad para seleccionar el personal necesario, tendría todo el apoyo que precisase y no informaría a su jefe, Pável Fitin, sino directamente a Beria, escribiendo los informes de su puño y letra. Fitin, uno de los más brillantes colaboradores de Beria y hombre de gran cultura, tenía la misma edad que su tocayo –treinta y dos años– y acababa de ser nombrado director del Departamento Exterior, puesto en el que permaneció durante toda la guerra. Fitin y Sudoplátov fueron grandes amigos, realizaron juntos un trabajo prodigioso y contaron siempre con la estima y la protección de Stalin.

El primer atentado fracasó por pura incompetencia. El 23 de mayo de 1940, un grupo armado dirigido por el pintor Siqueiros logró penetrar en la casa de Trotski en Coyoacán, en las afueras de la capital mexicana; casualmente, se cumplían dos años, día por día,

del asesinato de Konovalets. Los asaltantes, mineros sin experiencia de combate, ametrallaron el dormitorio de Trotski, pero este, escondido bajo la cama, no sufrió ni un rasguño. Por un mensaje cifrado de la agencia de prensa TASS, Stalin conoció la noticia un par de días antes que Sudoplátov: una vez más, sus redes paralelas habían funcionado. El agente soviético organizador del golpe había enviado de inmediato su informe por radio al cónsul en París, pero este no se percató de su importancia porque no logró descifrarlo. Cuando el mensaje llegó por fin a manos de Sudoplátov, y este lo reescribió para presentárselo a Beria, sufrió el mayor bochorno de su carrera. Beria le echó de su despacho con cajas destempladas, y Pável se dio por despedido. Poco después, Beria le llamó para decirle que Stalin quería verlos aquella misma noche. Sudoplátov recordaría toda la vida su angustiosa espera ante el encuentro.

La sorpresa fue mayúscula. Stalin estaba de buen humor, los invitó a cenar, dijo que las cosas llevaban su tiempo y aprobó el plan alternativo propuesto por Sudoplátov. Como es sabido, el español Ramón Mercader, a quien Sudoplátov había conocido durante su estancia en Barcelona, asesinó a Trotski tres meses después del primer intento, en agosto de 1940, justo al límite del plazo fijado por Stalin. Este recibió la noticia, de nuevo a través de TASS. Le pasaron el mensaje cuando estaba reunido y, según los testigos, no demostró la menor emoción, ni siquiera una leve sonrisa o un gesto de satisfacción. Se limitó a anunciar: «Han matado a Trotski»; dejó la nota sobre la mesa y siguió despachando impasible como si tal cosa.

Cuando Mercader llegó a Rusia tras cumplir en México su condena de veinte años, fue premiado con la medalla de Héroe de la Unión Soviética, la más exclusiva condecoración, que solo se concedía –las más de las veces, a título póstumo– a quien realizaba proezas extraordinarias. Halagado por las miradas de admirativa sorpresa de la gente, Mercader llevaba siempre prendida la legendaria estrella de oro; cuando se encontraba con Sudoplátov, este le rogaba

que la ocultase para no llamar la atención. Como buenos amigos y cómplices, se veían con frecuencia y compartían mantel en su local preferido: el restaurante de la Casa de los Escritores. Mercader solía repetir un proverbio ruso: «No se escoge el tiempo ni para vivir ni para morir», con tres palabras de su cosecha; «ni para matar», añadía con una sonrisa melancólica.

* * *

Al producirse la invasión alemana, Sudoplátov fue nombrado director del Departamento de Operaciones Especiales. El departamento, creado por Menzhinski en 1926, fue responsable inicialmente del rapto y asesinato de los enemigos del régimen más allá de las fronteras del país; uno de sus primeros jefes definió «especial» de modo gráfico: «sangre, veneno y terrorismo». Durante la guerra mundial, Sudoplátov se ocupó de las acciones de información y desinformación; de la preparación de cuadros para las guerrillas; de la creación de redes clandestinas en los territorios ocupados; de combatir el sabotaje enemigo y organizar el propio, y de liquidar a los paracaidistas alemanes. Tuvo a su mando 20 000 hombres –entre ellos, paracaidistas, tiradores de élite, boxeadores, atletas, expertos en cifra– que fueron la espina dorsal del grandioso movimiento partisano. De los veintiocho chequistas –como se seguía llamando a los miembros del NKVD– que recibieron el título de Héroe de la Unión Soviética, veintitrés eran hombres de Sudoplátov. Este recibió la Orden de Suvórov, la más alta condecoración militar. Al terminar la guerra, Stalin decidió equiparar los grados del NKVD a los del Ejército Rojo, y tanto Sudoplátov como su jefe, Pável Fitin, recibieron la doble estrella de teniente general.

Antes del final de la guerra, Beria creó el Grupo Sudoplátov –llamado más tarde Departamento «S»–, con objeto de coordinar todas las operaciones del espionaje atómico. Y, poco después, sin

abandonar ninguna de sus otras funciones, Pável fue encargado de prestar asistencia prioritaria a un nuevo organismo creado por Stalin: el Comité Especial del Estado para el Problema Número Uno (la fabricación de la bomba). Hasta que esta se consiguió, en 1949, la actividad de cuantos participaron en el proyecto fue frenética.

La última entrevista de Sudoplátov con Stalin tuvo lugar el 23 de febrero de 1953, diez días antes de la muerte del *vozhd*. Este le entregó un documento manuscrito –no por él, que nunca dejaba rastros y lo había dictado–. Genio y figura hasta la sepultura: era un plan para asesinar a Tito. Stalin le dijo que se tomase todo el tiempo que fuera preciso y, sobre todo, que no repitiera los «pequeños errores» cometidos en México (el fracaso de Siqueiros). Debía tener presente que no se trataba de un agente desleal o de un «pobre emigrado» como Trotski, sino de un jefe de Estado. El nombre dado al plan por Stalin expresaba su rabia incontenible por la rebeldía del líder yugoslavo: «Operación Cuervo Asqueroso». Poco después, Stalin moría y el plan fue abandonado.

Cuando Beria desapareció, muchos de sus colaboradores fueron eliminados. Aunque Sudoplátov, dedicado en exclusiva a la acción en el exterior, nunca había participado en la represión interna, fue objeto de la ruin venganza del nuevo líder, Jruschov, con quien había tenido algunos roces en el pasado. Mientras su exjefe, Fitin, con idénticos antecedentes, no sufría daño alguno, Sudoplátov estuvo a punto de ser ejecutado. Fue condenado a quince años de prisión, que cumplió íntegramente. Pese a sus continuas demandas, en las que reiteraba una y otra vez que siempre estuvo al servicio del Estado, solo fue rehabilitado, como víctima de represión política, en diciembre de 1991, cuando la Unión Soviética, a la que había dedicado su vida, acababa de derrumbarse. Murió en 1998, con más de noventa años.

Capítulo 27

Leopold Trepper

Desde el siglo XIX los judíos del Imperio austro-húngaro están autorizados a germanizar sus nombres y apellidos con objeto de facilitarles su integración en la sociedad. Los Trepper viven en una pequeña ciudad polaca, Novy-Targ, donde nace Leopold en 1904. La familia se sustenta con los exiguos rendimientos de una modesta tienda, en la que rara vez se paga con dinero: las mercancías, sobre todo legumbres y otros artículos básicos, se truecan por productos de la tierra. Al inicio de la Primera Guerra Mundial, ante el previsible ataque de los cosacos y el consiguiente riesgo de un salvaje pogromo, se organiza la evacuación de la comunidad hebrea. La familia Trepper llega a Viena, y Leopold ingresa en el liceo judío, donde pronto destaca por su viva inteligencia. Dos años después, de nuevo en Novy-Targ, Leopold se inscribe en el movimiento juvenil sionista, y en 1920, con solo dieciséis años, es elegido miembro de la dirección nacional. El padre muere de infarto, y la familia queda casi en la miseria. Huyendo de ella, los Trepper se trasladan a Dombrova, en Silesia, región altamente industrializada, pero Leopold no consigue un empleo estable. Se ve obligado a abandonar los estudios y trabaja como aprendiz de relojero y en diversas fábricas. A la vez, dirige la organización judía y colabora clandestinamente con la juventud comunista. Adopta para su trabajo político el seudónimo Domb –cuatro primeras letras de Dombrova–, que conserva durante toda su vida de militante.

En 1923, los trabajadores de Cracovia –residencia alternativa de Leopold, sobre todo para su trabajo clandestino– organizan una huelga general y ocupan la ciudad. El gobierno envía contra ellos a los lanceros, y la lucha se prolonga durante varios días. Trepper, que ha participado activamente en la revuelta, está a punto de ser arrestado, pero logra huir a Palestina. Poco después de su llegada, ingresa en el Partido Comunista y es nombrado secretario de la sección de Haifa, una de las más importantes del territorio; con ello se convierte en «liberado», funcionario del Partido. A finales de 1928 es detenido en una reunión, y el gobernador inglés ordena su expulsión del país. Trepper desobedece y durante casi un año continúa su actividad clandestina. Pero es perseguido constantemente por la policía, y el Partido decide su traslado a Francia.

Leopold llega a París en 1929 con dos valiosos documentos: una recomendación de la Comisión de Control del Partido Comunista Palestino, aprobando su partida, y un visado de tránsito por Francia. Entra en contacto con un antiguo camarada, Alter Strom, que le acoge fraternalmente. Tres años más tarde, Strom es detenido por espionaje a favor de la Unión Soviética. Trepper informa a la dirección del Partido de su vieja amistad con Strom y, ante el riesgo de que la policía descubra esa relación y el gobierno emprenda una campaña contra los inmigrantes judíos, se toma la decisión de pedir a la Comintern (la Internacional Comunista) su traslado a Moscú. La petición es aceptada, y Leopold llega a la Unión Soviética a comienzos del verano de 1932.

Strom, condenado a tres años de prisión, queda libre a finales de 1936 y es enviado también a Moscú. Según la versión oficial francesa, su caída se debe a la traición de un agente doble, Riquier, periodista de *L'Humanité* y responsable de los *rabkori*, los corresponsales obreros que el diario tiene en centenares de empresas. Strom y sus camaradas, convencidos de la inocencia de Riquier, creen que la acusación encierra una maniobra para desprestigiar al Partido Co-

munista francés y sugieren que se investigue en París; y proponen a Trepper como el hombre idóneo para hacerlo. Leopold entra por vez primera en la llamada «casa chocolate», sede del GRU, los servicios secretos del Ejército Rojo –creados por Trotski durante la guerra civil–, que se apoyan básicamente en los militantes comunistas de todo el mundo. Su jefe, el general Iván Berzin, aprueba la designación de Trepper, y este llega a París con un pasaporte luxemburgués el 1 de enero de 1937. Regresa a Moscú cinco meses después tras desenmascarar al verdadero traidor: nada menos que el propio *rezident* en Francia, que desaparece al saberse descubierto. Trepper ha logrado infiltrarse en los tribunales y en los servicios secretos franceses hasta tener en sus manos, durante todo un fin de semana, el expediente completo del caso. El éxito es tan espectacular que, por primera vez, Stalin oye hablar de Leopold Trepper. Ordena que sea incorporado al Centro de Inteligencia del Ejército Rojo de modo permanente y decide que, en el futuro, los servicios secretos soviéticos no empleen en ningún caso a militantes comunistas: la separación entre agentes y Partido debe ser total.

* * *

Durante casi un año, Trepper asiste a varios cursos en una de las universidades de Moscú, recibe un intenso entrenamiento como agente secreto y aprende a cifrar. Desde el primer momento, el general Berzin no le oculta que su destino será Europa. Habrá de crear redes en Alemania y países vecinos, redes «durmientes» que solo entrarán en actividad cuando Hitler desencadene la guerra, y que no realizarán misión alguna aparte de la lucha contra el nazismo: su único objetivo será proporcionar al Estado Mayor soviético información sobre los planes y las operaciones del enemigo. Ello exige que los nuevos agentes reúnan dos condiciones esenciales: ser adversarios irreductibles del fascismo, sea cual sea su ideología y su

origen político o religioso, y contar con buenas relaciones, bien en el Alto Mando, bien en las instancias gubernamentales y económicas. Trepper propone crear una cobertura comercial real y rentable, cuyos beneficios cubran el coste de mantenimiento de las redes. Pide diez mil dólares para iniciar el negocio y, aunque nadie cree en su proyecto, los recibe.

En la primavera de 1938 Leopold Trepper llega a Bruselas con un pasaporte canadiense a nombre de Adam Mikler, hombre de negocios oriundo de Québec –lo que explica su desconocimiento del inglés–, que tiene el propósito de establecerse en Bélgica. Va a actuar como representante para Europa del Centro de Inteligencia del Ejército Rojo y su «correo» será un funcionario de la misión comercial soviética. Se ha elegido Bruselas como base de operaciones porque el gobierno belga es bastante permisivo en materia de espionaje, salvo si este afecta a Bélgica directamente. Trepper crea la compañía The Foreign Excellent Trench-Coat y, a lo largo del año 1939, abre decenas de sucursales en grandes puertos y en otras ciudades importantes del extranjero. En todas ellas instala a sus agentes, aunque los directores son, en ocasiones, honrados comerciantes que ignoran las actividades secretas de sus empleados. La venta de impermeables fabricados en Bélgica tiene un gran éxito, y el negocio es floreciente. Cuando, el 10 de mayo de 1940, Alemania invade Bélgica, camino de París, la firma de Trepper tiene filiales en una docena de países, entre ellos los escandinavos, y mantiene relaciones comerciales con Alemania, Francia, Holanda e Italia.

Todo se viene abajo: el fabricante de los impermeables, Leó Grossvogel, judío y miembro de la red, se ve obligado a escapar, y sus bienes son confiscados. Por el mismo motivo –su condición de judío, fácilmente detectable–, Trepper destruye su pasaporte canadiense, recibe otro a nombre de Jean Gilbert, industrial, natural de Amberes, y se traslada a París. Acaba de ser nombrado *direktor-rezident*, responsable del espionaje militar soviético en toda Europa Occidental.

La red belga queda «durmiente» durante un año –hasta la invasión de Rusia en junio de 1941–, pero mantiene abierto el enlace por radio con Moscú. Se hacen cargo de ella dos oficiales rusos, el teniente Makárov y el capitán Gurévitch, que portan pasaportes uruguayos a nombre de Carlos Alamo y Vicente Sierra. Ambos son enviados a Bélgica meses antes del ataque alemán, en previsión de lo que efectivamente sucede: la forzosa huida de Trepper y sus más directos colaboradores, todos ellos judíos. Trepper llega a París en agosto de 1940 con Grossvogel y Hillel Katz, otro camarada de los años en Palestina. Ponen inmediatamente manos a la obra, y unos meses después abren sus puertas dos nuevas sociedades comerciales: Simexco, en Bruselas, y Simex, en París. Esta última tiene su sede justo enfrente de la poderosa Organización Todt, responsable de todos los trabajos de construcción y fortificación del ejército alemán.

Gracias a su audacia, su ingenio y su facilidad para hacer amigos, Trepper consigue éxitos espectaculares. Antes de trasladarse a París realiza dos viajes insólitos. Quiere recuperar una emisora oculta en una casa de campo, lejos de Bruselas, y pide a uno de sus amigos, el cónsul de Bulgaria en Bélgica, que le lleve hasta allí para ver en qué estado se encuentra la finca tras la ocupación. Bulgaria es aliada de Alemania, y el coche del diplomático circula sin problemas. La casa ha sido saqueada, y solo queda en ella un enorme armario, en cuyo falso techo permanece la maleta donde se oculta la emisora. Al regreso, el coche sufre una avería, y la emisora llega a Bruselas en el maletero de un lujoso Mercedes, cuyo ocupante, un alto oficial alemán, ofrece amablemente asiento al cónsul búlgaro y a sus acompañantes: Trepper y Grossvogel.

Animado por el éxito de la operación, Trepper propone a su amigo una nueva excursión, esta vez al teatro de operaciones. Encantado con la idea, el búlgaro se ofrece a su embajador para recorrer la zona ocupada con objeto de conocer la suerte de sus compatriotas. Durante diez días, los viajeros siguen de cerca a la

Wehrmacht desde Verdún hasta Dunquerque. Al regreso, Trepper envía a Moscú un informe de ochenta páginas, fruto de sus observaciones: la asombrosa rapidez de los blindados, la precisión de los bombardeos, la perfecta organización de las comunicaciones y de los suministros a las tropas. Es su primer informe importante, y el último que realiza a través de la embajada soviética. A partir de entonces, toda la red europea confiará sus mensajes cifrados a la radio. Trepper cumple a rajatabla la regla establecida por Stalin en 1937: la separación total entre agentes y partidos comunistas. No obstante, por orden directa del propio Stalin, Trepper, dada su responsabilidad excepcional como *rezident* para Europa, tendrá un único contacto anual con un emisario del Partido Comunista francés.

* * *

El trabajo de Trepper no tiene parangón en la historia del espionaje. Las redes que dependen de él son de una eficacia incontestable; se ha llegado a decir que la guerra se ganó gracias a él, una exageración evidente. Pero lo que realmente demuestra el excepcional talento de Trepper como psicólogo, organizador y dirigente es la profunda infiltración en los más diversos centros de decisión alemanes, tanto en la Francia ocupada como en la propia Alemania; ni un solo sector de las estructuras políticas, económicas y militares queda excluido. En Francia, el odio de la población al ocupante facilita la captación de agentes: secretarias que trabajan en la embajada alemana –una de ellas, junto al propio virrey, Otto Abet– y proporcionan toda clase de documentos confidenciales; funcionarios franceses de la Organización Sauckel, encargada de la mano de obra del Tercer Reich, que transmiten datos sobre el número creciente de trabajadores extranjeros; *mademoiselles* de los cabarés frecuentados por los nazis, muchos de ellos soldados de permiso, a quienes, entre copa y copa, sonsacan información sobre el estado de las unidades, las pér-

didas en hombres y material, los problemas de abastecimiento, la moral de las tropas; camioneros que comunican los movimientos de las divisiones alemanas; obreros que facilitan cifras de la producción en sus fábricas. Entre los miembros de la red hay especialistas de todo tipo. Uno de ellos logra instalar una mesa de escucha de las líneas telefónicas que parten del hotel Lutetia, cuartel general en París del Abwehr, el Servicio de Información Militar nazi; y Moscú recibe la transcripción literal de todas las conversaciones entre la sede del contraespionaje alemán en Francia y su central de Berlín.

Trepper no olvida por supuesto su gran objetivo: incluir en la red a alemanes antifascistas situados en puestos decisivos. En Francia, uno de sus primeros logros es la infiltración en la central telefónica alemana en París: dos operadores germanos –nazis «de confianza»– se turnan para escuchar la mayor parte de las conversaciones con Berlín y hacen llegar a Trepper lo que creen relevante. Mayor importancia tiene la captación de varios altos oficiales del Estado Mayor alemán en la capital francesa. La información que proporcionan, por ejemplo sobre el movimiento de tropas en los momentos más críticos de la campaña de Rusia, es de valor incalculable: Moscú conoce la fecha de salida hacia el Este de toda división estacionada en Francia antes incluso de que los propios mandos reciban la orden correspondiente.

Trepper recibe la mayor parte de las informaciones de la red a través de agentes intermedios, los llamados correos. Selecciona lo recibido y pasa lo que considera válido a los operadores de radio, a quienes otros agentes han enseñado a cifrar. Pero donde muestra su audacia sin límites y su habilidad para hacer amigos es en sus contactos personales. En representación de Simex, su sociedad de París, Trepper entra en contacto con la Organización Todt, a la que ofrece materiales difíciles de encontrar, adquiridos en el mercado negro. Ofrece lo que tiene y lo que no tiene, medio sutil para conseguir, por una parte, conocer las necesidades perentorias de los alemanes

y, por otra, mantener continuos contactos con ellos, que le llaman, le convocan, le presionan, impacientes por recibir los materiales pedidos. Los nazis son sus clientes exclusivos, que pagan puntualmente y que están encantados con el señor Gilbert, su diligente proveedor. Trepper los agasaja, los invita con frecuencia a los mejores restaurantes y cabarés. Ellos le presentan a sus amigos, y el círculo de relaciones de Trepper se amplía constantemente. La información surge de modo espontáneo en el ambiente cálido y distendido de las continuas fiestas. Un ingeniero de la Todt da a Trepper las primeras noticias sobre los preparativos de la campaña de Rusia. Un coronel austríaco, miembro de los servicios de aprovisionamiento de la Wehrmacht, comenta perplejo, a comienzos de la primavera de 1941, que gran parte de las tropas alemanas están saliendo de Francia, puesto que el número de raciones a prever se reduce constantemente. Meses después, un grupo de oficiales de las SS celebran su partida hacia el Este, y Trepper brinda con ellos por la próxima derrota de Rusia. Por sus estrechos lazos con la Organización Todt, tanto él como sus más cercanos colaboradores en la Simex de París y en la Simexco de Bruselas reciben *Ausweis* –pases de circulación– que les abren todas las puertas.

A su talento fuera de lo común, Trepper une un raro conjunto de cualidades: intuición, prudencia, dotes de actor y de psicólogo, habilidad para hacer relaciones y negocios, valor personal, confianza en sí mismo. En primer lugar, dirige las diversas redes desde la sombra. Solo unos pocos saben que Jean Gilbert es el llamado Gran Jefe: sus camaradas Grossvogel y Katz, únicos que conocen su verdadera identidad polaca; los directores de la Simex, Alfred Corbin, y de la Simexco, Vicente Sierra –capitán Gurévitch–; el segundo oficial ruso de la red belga, Carlos Alamo –teniente Makárov–, su contacto en el Partido francés, a quien ve una vez al año, y un tercer oficial ruso, Konstantín Efrémov, llegado a Bruselas como «durmiente» en previsión de que sus dos compañeros sean detenidos,

cosa que efectivamente sucede.* Los demás empleados de ambas sociedades, muchos de ellos miembros de las redes belga y francesa, están convencidos de que *monsieur* Gilbert es un hombre de negocios que colabora sin escrúpulos con los alemanes. No obstante, Trepper es consciente del riesgo que corre y lleva siempre encima, oculta de modo insospechado, una cápsula de cianuro.

Cuando el teniente Mijaíl Makárov sale para Bruselas meses antes del ataque alemán a Bélgica, recibe en Moscú otros diez mil dólares y la orden de ponerse al servicio de Trepper. Este, en vez de buscarle otra cobertura, decide integrarle en su propia compañía, The Foreign Excellent Trench-Coat, en la que él mismo ni siquiera figura como socio. Por consejo de Trepper, Makárov anuncia en la prensa belga que un hacendado iberoamericano desea invertir en algún negocio. A la vez, Trepper sugiere a Grossvogel, que actúa como director de la firma y busca un socio para la sucursal de Ostende, que eche un vistazo a los anuncios por si apareciese en ellos algo interesante. Makárov, contactado por Grossvogel, informa a Trepper, y este aprueba encantado la inversión: una firma que comercializa impermeables es un buen camuflaje. Ni Makárov ni Grossvogel conocen que ambos pertenecen a la red. No es un acto de desconfianza por parte de Trepper –menos aún hacia su fiel camarada Grossvogel–, sino una medida de prudencia, una barrera de seguridad imprescindible, en caso de arresto, frente a los bárbaros métodos de la Gestapo. Cuando, a raíz de la invasión de Bélgica, Grossvogel huye abandonando todos sus bienes, Makárov solo sabe que pertenece a

* Efrémov llega a Bruselas con pasaporte finlandés emitido en Nueva York, a nombre del estudiante Eric Jernstroem. La guerra acaba de estallar, y los belgas se interesan más que antes por la identidad de quienes cruzan sus fronteras. A su requerimiento, el consulado finlandés en Nueva York les informa de que Jernstroem vive modestamente en Estados Unidos desde 1932. Efrémov no ha estado nunca en Norteamérica, pero un secretario del consulado es agente soviético. Ni belgas ni alemanes sospechan nunca del joven «finlandés» que estudia con ahínco en la Escuela Politécnica.

una rica familia judía, y entiende, naturalmente, su evasión. El negocio de impermeables es desmantelado, y Makárov, junto a su compañero Gurévitch, se hace cargo de la red durmiente, que entra en actividad un año más tarde, al producirse el ataque alemán a la Unión Soviética.

La maestría de Trepper tiene múltiples facetas. En cierta ocasión, un antiguo y eficaz agente recomienda a un joven estudiante para su integración en la red. Trepper hace que ambos se encuentren en un café para poder observar al candidato desde una mesa cercana. Saca la conclusión de que es un muchacho brillante, pero pagado de sí mismo y poco discreto. Decide, no obstante, confiarle una primera misión: llevar una pesada maleta cerrada con llave de Amberes a Gante y guardarla en esta última ciudad hasta recibir instrucciones. Agentes infiltrados en su entorno descubren que, antes de su salida, el estudiante ha contado «en secreto» a su mejor amigo su arriesgada misión: entregar armas a un grupo clandestino. Trepper ordena que se le entregue la llave: dentro encontrará las esperadas instrucciones. La maleta solo contiene piedras.

* * *

Harro Schulze-Boysen, miembro de una familia de la nobleza y descendiente del célebre almirante von Tirpitz –creador de la flota de guerra alemana en la Primera Guerra Mundial–, se distingue en sus años de estudiante por su violenta oposición al nazismo: crea y dirige una agresiva revista con un expresivo título: *El Adversario*. Cuando Hitler llega al poder, Harro tiene veinte años. Detenido por las SS y tratado brutalmente, es liberado gracias a la influencia y las altas relaciones de su familia. Simula haber superado sus veleidades juveniles, continúa sus estudios, cultiva su afición a los idiomas y entra en las filas de la resistencia. En 1936 se casa con una nieta del príncipe Philippe von Endenburg, miembro de la familia imperial.

Entre los testigos de la boda está un amigo de sus suegros, el mariscal Goering, jefe de la Luftwaffe, quien toma a Harro bajo su protección y le incorpora a su más importante centro de poder: el Instituto de Investigaciones Hermann Goering. Este controla las redes telefónicas y telegráficas del país, y las transmisiones de radio en Alemania y en la Europa ocupada; realiza investigaciones de todo tipo para ampliar y mejorar los medios con que cuenta el ejército alemán, y recoge información sobre los avances tecnológicos del enemigo. Harro hace una carrera fulgurante, que recuerda la de Kim Philby en los servicios secretos británicos: un año después de su llegada al Instituto, gracias a su dominio del ruso, es nombrado jefe del departamento que se ocupa de recabar y estudiar las innovaciones soviéticas. Simultáneamente, trabaja en la Luftwaffe: por sus manos pasan los informes relativos a la aviación de los agregados militares nazis en todas las embajadas.

Harro entra en contacto con los servicios secretos soviéticos en 1936, poco después de contraer matrimonio. Durante más de cuatro años, desde su incorporación al Instituto Goering hasta el ataque alemán a Rusia, va creando su red durmiente. A la vez, hace llegar a la embajada soviética en Berlín la información sensible a la que tiene acceso; así, en agosto de 1939, transmite el plan completo de la Wehrmacht para el inminente ataque a Polonia. Harro es, pues, la cabeza de la primera red de la Orquesta Roja en el corazón mismo del poder nazi, red que entra en actividad en cuanto se produce la invasión en junio de 1941; otras dos redes permanecen en reserva. En total, Trepper cuenta en Alemania con más de doscientos agentes perfectamente situados. La red de Harro supera el centenar de personas: altos funcionarios que informan sobre el estado de la economía, la preocupación alemana por las materias primas, la producción de carros y aviones, las pérdidas reales en hombres y material; oficiales en el Estado Mayor, los servicios de información, las academias militares, los centros de formación de guerrilleros y paracai-

distas; incluso en el Cuartel General del Führer, un oficial taquígrafo que asiste a las reuniones de Hitler con sus generales pertenece a la red. Para transmitir la ingente masa de documentos que proporcionan, Trepper decide que solo funcionen tres emisoras en Alemania y que cada una de ellas no envíe más que un mensaje al día. Tres meses después del comienzo de la guerra, en septiembre de 1941, los servicios de escucha alemanes descubren con espanto que casi trescientos mensajes interceptados, pero indescifrables, han ido a Moscú y no a Londres, como se creía. Tras su llegada al poder, los nazis se ceban con el Partido Comunista: persiguen, encarcelan, torturan a sus miembros; y eliminan físicamente a sus dirigentes. De ahí que tanto el contraespionaje militar (Abwehr) como la Gestapo aseguren a Hitler con rotundidad que no existe red alguna de información soviética en territorio alemán.

Stalin liquida en 1938 a la cúpula militar por la misma razón que a sus opositores civiles víctimas de las purgas: no por lo que han hecho, sino por lo que pueden hacer. Está convencido de que, sea cual sea la opción que elija –pacto con Francia y Gran Bretaña, pacto con Alemania–, la guerra es inevitable y de que, a los primeros reveses, sus enemigos en el Ejército Rojo, mayoritariamente trotskista, darán un golpe de Estado para eliminarle. Entre los ejecutados está el general Berzin, director del Centro de Inteligencia y valedor del joven Trepper. Su sucesor es uno de los miles de hombres «en rodaje», sin experiencia, que, como en todo oficio, aprenden de sus propios errores. Presionado por Stalin, que pide con insistencia información desde el inicio de la invasión alemana, el Director –así es nombrado por los agentes– toma varias decisiones fatales. Una de ellas afecta a la red belga: ordena que los «pianistas», los operadores de radio, emitan cinco horas seguidas cada noche. De nada valen las súplicas de Trepper, desolado por el alto riesgo que corren: la red alemana tiene tres agentes en la firma Loewe-Opta-Radio, fabricante de los más sofisticados equipos de radiogonometría, y Trepper

sabe que estos pueden localizar cualquier estación de radio en funcionamiento. La emisora más importante de Bruselas es descubierta y, junto a sus servidores, cae uno de los miembros más importantes de la red: Carlos Alamo. Los alemanes descubren su verdadera identidad, pero el teniente Makárov soporta todas las torturas y no denuncia a ninguno de sus compañeros.

Aunque no se producen nuevas detenciones, Trepper es consciente de que los alemanes no se contentarán con una cosecha tan exigua y ordena el traslado de Vicente Sierra y otros valiosos miembros del grupo belga a París. Gurévitch, alias Sierra, es sustituido al frente de la red por el tercer oficial soviético, el capitán Efrémov –el estudiante «finlandés» en la sombra desde 1939–, quien es arrestado también, por pura inexperiencia, siete meses después de la caída de Makárov. Efrémov se viene abajo antes incluso de ser maltratado y acepta trabajar para sus captores. A consecuencia de sus delaciones, treinta agentes son detenidos, entre ellos, los más importantes de la red holandesa, que queda prácticamente desmantelada: solo nueve hombres y dos emisoras se salvan. Ninguno de los arrestados pertenece a la Simex ni a la Simexco. Efrémov ignora el papel que desempeñan ambas compañías; cree que solo funcionan como cobertura de Trepper, el primero a quien, por supuesto, denuncia. ¿Cuál no sería la sorpresa de los dirigentes de la Todt cuando la Gestapo les informa de que su gran amigo, Jean Gilbert, es el Gran Jefe? Efrémov reaparece tres días después de su arresto y cuenta a su contacto que la policía belga, tras verificar su identidad, le ha liberado. Trepper deduce, por supuesto, que ha traicionado y aconseja a todos los agentes de la Simex y la Simexco que desaparezcan: está seguro de que los alemanes mantienen bajo vigilancia a las dos sociedades.

* * *

La red alemana funciona sin descanso durante los primeros meses de guerra. Moscú recibe un flujo continuo de información: planos del nuevo tanque alemán, Tigre T-6, y del último modelo de caza Messerschmitt; efectivos de las divisiones y de las unidades aéreas en el frente del Este; dispositivo para el ataque final a la capital soviética e incluso, con medio año de anticipación, para la ofensiva del Cáucaso, prevista para la primavera de 1942. De repente, las tres estaciones de radio que funcionan en Alemania interrumpen por completo sus emisiones por razones de seguridad. Las divisiones alemanas se acercan a Moscú, y Stalin exige frenéticamente información. El Director, aterrado, comete un error imperdonable: en octubre de 1941 envía un mensaje al capitán Gurévitch, todavía responsable de la red belga, ordenándole que se traslade a Berlín, averigüe la causa de la interrupción de las emisiones y se haga cargo de ellas porque son de *importancia vital*; y, *confiado en la invulnerabilidad* del cifrado, ¡incluye en el mensaje las tres direcciones berlinesas! El mensaje cae en manos alemanas cuando asaltan, dos meses después, en Bruselas, la estación de radio receptora. Los criptólogos nazis tardan doscientos días, con sus noches, en desentrañarlo; el 14 de julio de 1942, ofrecen a sus jefes, llenos de orgullo, su particular toma de La Bastilla: el mensaje desvelado. Ciento cincuenta personas son arrestadas, y solo una treintena de ellas quedan libres por ser ajenas a la red. Entre las restantes, la mitad son condenados a duras penas de prisión, dos logran suicidarse, más de cuarenta son decapitadas y los ocho hombres más importantes, con Harro a la cabeza, son ahorcados con cables de acero, por decisión personal de Hitler, para endurecer su agonía.

El descubrimiento de la densa red berlinesa llena de estupor a los dirigentes nazis. Les resulta insoportable el hecho no solo de que existan decenas de traidores, sino de que estos, en su mayoría, pertenezcan a la buena sociedad. Y les parece inconcebible que, pese al potente contraespionaje, la organización tenga tantas rami-

ficaciones y funcione con tanta eficacia; y que toda ella, en Alemania y en los países ocupados, esté dirigida por un solo hombre, que se oculta en París. Con el único objeto de capturarle, se crea el Sonderkommando Rote Kapelle: son los propios alemanes quienes, impresionados por el número de «músicos» que envían mensajes a Moscú, deciden llamar Orquesta Roja a la fascinante malla tejida por Trepper. El comando se instala en París en octubre de 1942. Un mes después, Gurévitch cae, y la historia de su compañero Efrémov se repite: traiciona por puro terror, sin sufrir presión alguna. Conoce el papel de la Simex y de su director, Alfred Corbin, y este es arrestado junto a los principales responsables de la firma. Grossvogel, Katz y Trepper se ocultan en una casa de campo, lugar que solo los tres conocen. Sometido, día y noche, a las peores torturas durante una semana, Corbin resiste y no confiesa. Su mujer es detenida: si no da una pista segura sobre el paradero de Jean Gilbert, su marido será ejecutado, y ella y su hija, enviadas a un campo de concentración. María Corbin conoce a Gilbert porque este ha estado algunas veces en su casa para visitar a su marido; pero nada sabe de las actividades clandestinas de uno y otro. Sus captores no creen en su inocencia, pero no la maltratan: se limitan a interrogarla una y otra vez sobre sus contactos con el Gran Jefe. Desesperada, con los nervios destrozados, María recuerda de repente que, en una ocasión, Gilbert le ha pedido la dirección de un buen dentista. Media hora después de recibir esa información, los hombres del Sonderkommando se encuentran en la consulta del odontólogo revisando su agenda. No dan crédito a sus ojos: el señor Gilbert tiene cita para ese mismo día a las dos de la tarde. Trepper es detenido en cuanto pasa de la sala de espera al gabinete. No pierde su sangre fría; se limita a decir:

–Buen trabajo.

La genialidad del Gran Jefe

Trepper cae el 24 de noviembre de 1942. El día anterior se produce un hecho que causa sensación en todo el mundo: mientras algunos periódicos anuncian en grandes titulares la caída de Stalingrado, las potentes divisiones soviéticas que, en el mayor secreto, participan en la magistral Operación Urano convergen en Kalach, y las tropas de von Paulus (más de trescientos mil hombres) quedan cercadas. Trepper, que tiene la suerte de caer en manos del Abwher, no en las de la Gestapo, sabe que los militares alemanes cumplen su deber con entrega, valor y patriotismo. Pero está seguro de que la noticia del inesperado cerco, que demuestra la potencia del Ejército Rojo, quebrantará su moral y hará que muchos de ellos duden de la victoria: solo los fanáticos mantendrán su ciega fe en Hitler y seguirán creyendo que Alemania ganará la guerra. Su intuición no le engaña. El comportamiento de sus captores es sorprendente: le facilitan café y tabaco, y los primeros interrogatorios más bien parecen trueques de información entre aliados. Le confirman la traición de Efrémov, por ser evidente, y niegan la de Gurévitch hasta que Trepper les explica con todo detalle, a la manera de un viejo maestro, los errores cometidos por el ruso después de su captura. Aseguran a Trepper que el Centro desconfía de él, ya que ha sido sustituido en Alemania tras la caída del grupo berlinés (desconcertados por las reiteradas pruebas de que Moscú sigue recibiendo información ultrasecreta e ignorantes del sistema de la triple red, los nazis deducen que la rápida reconstitución de la trama se debe a un nuevo superagente). Le preguntan por sus relaciones con el Partido, y Trepper se encoge de hombros: no tiene contacto alguno, los soviéticos no son tan inocentes; ni un solo miembro de la Orquesta Roja, salvo quizá los dos inexpertos capitanes rusos, es militante comunista; ¿lo son acaso los oficiales arrestados en Berlín? Los alemanes, en fin, le comentan que su captura se mantiene en secreto para que Moscú no la conozca; y

Trepper les responde que eso es imposible porque existe en París una red de contraespionaje –pura invención suya– que pronto le echará de menos.

Trepper, no obstante, sabe que, una vez satisfecha la curiosidad de los hombres del Abwher por conocerle, pasará a manos de la Gestapo. Poco puede desvelar una vez que la mayor parte de sus redes –en Ámsterdam, en Berlín, en Bruselas, en París– han sido destruidas, y confía en resistir todas las pruebas. Pero quiere salvarse y, sobre todo, quiere estar seguro de que no traicionará al Partido bajo tortura. Y en el duermevela de su segunda noche de cautiverio, cavilando sobre la incertidumbre que intuye en sus captores, tiene de pronto una idea luminosa. A la mañana siguiente, durante el interrogatorio, pone a prueba sus consumadas dotes de actor. En una pausa, con una taza de café en la mano, queda ensimismado. Habla luego de la insensatez de la guerra, en la que ya está envuelto medio mundo: se pregunta cuánta destrucción y cuántos muertos serán aún necesarios para que todo termine; recuerda la caída del último Káiser, y la de la propia dinastía prusiana, por desoír el consejo de Bismarck de que Alemania debe ser siempre aliada de Rusia... Aparta con un gesto sus amargos pensamientos, recupera su habitual frialdad y sigue dando respuesta a las preguntas de sus interlocutores. Ha lanzado un melancólico anzuelo en espera de que su fugaz expresión de pesar se grabe en la mente de los otros y los lleve a la única conclusión posible. La respuesta inducida no se hace esperar. Dos días después, el jefe del Sonderkommando, Karl Giering, a solas con él, le pregunta:

–¿Cree posible una paz separada?

Empieza lo que el propio Trepper llama el Gran Juego. No sin ironía, Trepper califica de ese modo a una partida arriesgada que determina su destino, y que gana con suerte y con audacia, poniendo una vez más todas sus cartas en juego. Sabe que la iniciativa de paz parte de unos pocos –aunque cuenten con el apoyo en la som-

bra de algún alto jerarca nazi– y que actúan a espaldas del Führer, ya que este, pese a los reveses, obcecado, aún cree que, al igual que en París, impondrá desde el Kremlin las condiciones de un armisticio. Conoce también que Stalin ha anulado la orden de asesinar a Hitler porque prefiere capturarlo vivo. El intento de terminar la guerra en el Este es, pues, una pura entelequia. Pero Trepper asume satisfecho, con renovada esperanza, su papel principal en el Gran Juego –en la gran farsa–, un papel que él mismo ha buscado al concebir, en la soledad de su celda, el plan sin futuro que sus adversarios sugieren.

* * *

Giering sigue empeñado en ocultar la captura de Trepper y prepara para él un lugar aislado, distante de las celdas. En una planta vacía, antes dedicada a oficinas, se acondicionan dos piezas separadas por una puerta enrejada: una, para el prisionero; otra, para sus guardianes, que se relevan por parejas cada doce horas y no deben perderle de vista ni de día ni de noche. La ventana de la habitación reservada a Trepper da a un pequeño jardín privado. Giering le presenta a su adjunto, Willy Berg, que pasa, de hecho, al servicio del prisionero: le visita con frecuencia y le trae tabaco; se ocupa de su comida, que procede de una cantina militar ya que, por razones obvias, no está incluida en las raciones de la prisión; pasea con él todos los días, sin límite de tiempo, por su jardín exclusivo. Berg comparte con Giering las dudas sobre la victoria final y está al tanto de sus propósitos. Trepper, buen psicólogo, capta enseguida que es un hombre poco inteligente y lleno de amargura; lo escucha con compasiva atención y gana en poco tiempo su confianza.

Tres médicos le someten a un reconocimiento exhaustivo y concluyen que su circuncisión es una treta de los servicios secretos soviéticos; y que sus medidas antropológicas demuestran, sin lugar

a dudas, que no es judío, condición obviamente imprescindible para que un nazi como Giering, en su sueño de paz con Moscú, se atreva a contar con los buenos oficios de un prisionero cuya identidad verdadera desconoce. Con el pretexto de mejorar su alemán, Trepper obtiene un diccionario, papel y lápiz; también se le autoriza a recibir periódicos y a bañarse cada dos días. Se queja a Berg de que su litera es corta, dura y estrecha, y recibe una cama de hierro con un buen colchón y... con patas de tubo, que es lo que realmente va buscando. Debido a su fingido insomnio, se permite a Trepper leer de noche. Escribe a altas horas de la madrugada, cuando el sueño vence a sus guardianes, aunque sabe que, si se despiertan, verán con indiferencia que está enfrascado en el estudio, tomando notas del diccionario y marcando con tiras de papel las páginas que le interesan; y se las arregla para esconder más tarde esas tiras en las patas de su cama. Durante casi dos meses, redacta con letra diminuta un detallado informe de todo lo ocurrido en el último año: los errores del Centro, la traición de Gurévitch y de Efrémov, la detención de los Corbin, su propia caída, las emisoras capturadas, los mensajes descifrados por los nazis; explica el Gran Juego y da los nombres de una veintena de personas que deben desaparecer por estar en riesgo inminente de ser arrestadas. Pide, por último, como confirmación de que se ha recibido su informe y se le autoriza a seguir el Gran Juego, que el 23 de febrero de 1943 se envíe un mensaje para Otto –su nombre de guerra– a la emisora de Gurévitch; si este sigue libre, como el Centro cree, ese mensaje nunca llegará a su destino; si, por el contrario, trabaja para los alemanes, Trepper lo recibirá de inmediato. El contenido ha de ser irrelevante: una felicitación por el Día del Ejército Rojo, que coincide con su propio cumpleaños.

Pero ¿cómo sacar de la prisión su manuscrito?, ¿cómo hacerlo llegar al Partido Comunista francés, único enlace seguro con Moscú? Cualquier otro medio que utilice para enviar su informe –o el mensaje de Giering con su propuesta de paz– solo servirá para que

el Centro confirme sus sospechas: es él, y no Gurévitch, quien ha sido captado por los nazis. Trepper despliega todos sus recursos, los infinitos registros de su arte. Convence a Giering de que es un error mantenerle oculto: el grupo de espionaje –fruto de su fantasía– conoce los lugares que frecuenta (bares, restaurantes, tiendas, peluquero) e informará a Moscú de su larga ausencia. Comienzan entonces sus paseos por París en compañía de Berg. Cierto día, en un control, la policía francesa está a punto de detener el coche. Berg se lleva las manos a la cabeza: él lleva pasaporte holandés; su acompañante, ni documentación ni dinero. Gracias a ese golpe de suerte, Trepper recibe a partir de entonces, antes de cada salida, todo lo necesario para moverse sin problemas.

Giering redacta, con ayuda de Trepper, el primer comunicado a Moscú avanzando la idea de la paz separada y sugiriendo, por mínima que parezca la posibilidad de entendimiento, un encuentro con un representante soviético. Trepper conoce de sobra la extrema prudencia y el cruel realismo de Stalin, y está seguro de que nunca autorizará el envío de un mensajero ni a París ni a ninguna otra parte. Le divertirá, sin duda, el Gran Juego y ganará tiempo; dará largas al asunto con la intención de amansar a los nazis y así proteger, no la vida de Trepper –un buen *rezident* lamentablemente quemado–, sino al combativo Partido Comunista francés, alma de la Resistencia, pieza irreemplazable en el creciente movimiento clandestino contra el invasor. Pero no correrá el riesgo de que todo se sepa y ello provoque un serio conflicto con sus aliados.

En cualquier caso, el problema de Trepper está, precisamente, en que necesita contactar con el Partido sin perjudicarle, y ello multiplica las dificultades. ¿Cómo hacerle llegar los mensajes de Giering y del propio Trepper sin dejar pistas que puedan conducir a la captura de sus dirigentes? El tiempo pasa, Giering se impacienta y Trepper no da ningún paso, ya que la Orquesta Roja –reitera una y otra vez– no tiene nada que ver con el Partido, cosa que, naturalmente, nadie cree. La

suerte, una vez más, viene en su ayuda. Uno de los agentes que han cambiado de bando tras su captura confiesa que en una conocida confitería trabaja una vieja militante comunista, llamada Juliette, que actúa como correo de la Orquesta Roja: él mismo le ha entregado mensajes un par de veces. Giering quiere comprobarlo y, sin decir nada a Trepper, envía al delator a la confitería con un recado inocente para Juliette: que, por favor, dé saludos al «viejo» (el propio Trepper). La amable dependienta se muestra muy sorprendida: no tiene el gusto de conocer a su interlocutor ni al viejo a quien se refiere. El visitante desconoce que, desde la detención de Efrémov, poco antes de la del propio Trepper, este ha reforzado las medidas de seguridad: quien se presente ante Juliette debe llevar en la mano un botón rojo.

Giering, furioso, está a punto de detenerla, pero se contiene y cuenta lo sucedido a Trepper. Este le elogia por su acierto al no arrestarla, confirma que Juliette trabaja para la red, pone en duda que lo haga simultáneamente para el Partido, y añade que quizá, si él se lo pide en persona, ella se arriesgue a entrar en contacto con otros camaradas para que el mensaje de Giering llegue a su destino. ¿Intentará escapar Juliette una vez que se sabe vigilada? Giering así lo cree y Trepper dice, encogiéndose de hombros, que solo Dios lo sabe: dejarla libre es un riesgo evidente; capturarla, un disparate, ya que no será fácil hallar otro contacto a corto plazo. Trepper, por supuesto, está seguro de que una militante comunista de los primeros tiempos nunca abandonará su puesto por mucho riesgo que corra. Juliette vivirá en tensión, consciente de la amenaza, temiendo ser detenida en cualquier momento, pero seguirá cumpliendo estoicamente la misión encomendada mientras el Partido se lo ordene. Así sucede, en efecto: la antigua dependienta, apreciada en todo el barrio por su simpatía, sigue despachando dulces mientras charla amigablemente con sus viejos clientes.

Giering no se atreve a permitir, por propia iniciativa, que Trepper se encuentre con Juliette. Se traslada a Berlín y obtiene la auto-

rización que necesita. (Se ha dicho que Himmler estaba al tanto de la operación, dispuesto a eliminar al Führer cuando fuera preciso.) A finales de enero de 1943, se produce por fin el esperado encuentro con Juliette. Trepper no pega ojo en toda la noche: sabe que si lleva encima su informe y le cachean, será ejecutado. Decide no correr riesgos: ha encontrado el modo de retrasar la entrega, por lo que solo llevará el mensaje de Giering. Entra en la confitería en compañía de Berg, que no le pierde de vista mientras simula contemplar las vitrinas. Las calles adyacentes han sido prácticamente tomadas y Giering espera en el coche. Juliette, llena de alegría, le estrecha entre sus brazos, y Trepper le susurra al oído:

–Volveré el próximo sábado a última hora. Haga llegar al Partido lo que yo le entregue y desaparezca enseguida.

Trepper dice en voz alta que tiene prisa, y que solo ha entrado para saludarla, pero que volverá pronto, y Juliette se muestra feliz y le regala una tableta de chocolate. Trepper explica a Giering que ella se ha negado a recibir el sobre porque no es correo del Partido y lo tiene prohibido; cree, no obstante, que la autorizarán a recogerlo, pero necesita algunos días.

Trepper ha pensado en un sábado para el nuevo encuentro porque la confitería cierra los domingos y los lunes, y Juliette tendrá más tiempo para poner tierra por medio. La noche anterior, dobla con esmero sus papeles, los envuelve para que no se desperdiguen y mete el pequeño paquete –no mayor que una caja de cerillas– en un bolsillo, debajo de su pañuelo. La escena se repite, pero, esta vez, Trepper, tranquilamente, entrega ambos mensajes a Juliette, se despide de ella con un abrazo y vuelve a decirle que desaparezca. Cuando se descubre que ella ha abandonado su trabajo con el pretexto de tener que cuidar a una tía enferma, Trepper tranquiliza a Giering: es normal que el Partido quiera protegerla, no vale la pena preocuparse; lo único importante es que su mensaje llegue a Moscú.

* * *

Stalin conoce desde su infancia el Antiguo Testamento, y la tremenda historia sagrada le subyuga hasta el final de sus días como una parábola de su propia vida. En cierta ocasión, cuenta a sus sorprendidos visitantes que incluso Yahvé quería estar bien informado, pues pidió a Moisés que enviara doce hombres, uno por cada tribu, a explorar la tierra de Canaán antes de invadirla. La rememoración de ese relato bíblico revela que la pasión de Stalin por el espionaje viene de lejos. La información en todos los ámbitos es el principal soporte de su poder, y sabe que incontables personajes de la historia debieron sus hazañas a la eficacia de sus espías. Como muchos de ellos (Isabel de Inglaterra, Felipe II, Talleyrand, Bismarck), no cierra su jornada, por larga que sea, sin leer los informes de los órganos de seguridad y los mensajes de sus agentes en el extranjero. Entre admirado e irritado, Stalin examina, reescrita a máquina, la dura crónica de Trepper y la asombrosa oferta de paz de Giering. Admira la audacia, el coraje, la habilidad del *rezident*, pero toma buena nota de sus innumerables faltas: ha iniciado el Gran Juego sin autorización de Moscú; en contra de lo estrictamente establecido, ha enviado su informe a Jacques Duclos, líder del Partido Comunista Francés; además, le ha pedido que lo haga llegar directamente al Comité Central en Moscú en vez de a su Director, cuya capacidad pone en entredicho; por último, critica acerbamente al Centro por los funestos errores cometidos, que solo se explican si hay un traidor en su seno.

Aun así, Stalin está contento –von Paulus acaba de rendirse en Stalingrado– y decide seguir el juego. Redacta personalmente la felicitación por el Día del Ejército Rojo y ordena que se confirme a Trepper la recepción de «su mensaje por intermedio de nuestros amigos» –no se cita a Giering, por supuesto– y se le anuncie que pronto recibirá nuevas instrucciones. Dispone también que se envíe un telegrama a la mujer de Trepper, evacuada con sus hijos a Sibe-

ria a comienzos de la guerra, como millares de familias. Para ella, es la primera noticia del ausente en tres años. Aun siendo un mensaje tan seco, tan poco efusivo, supone un raro gesto de humanidad por parte de Stalin: «Su marido es un héroe. Trabaja por la victoria de nuestra patria». En cuanto al Director, el general Panfílov, se limita a cubrirle de improperios y a cambiarle de puesto.

El 23 de febrero de 1943, Giering entra exultante en la celda: ¡Gurévitch ha recibido dos mensajes para Trepper! El Centro, por tanto, no duda de que ambos siguen libres. Mayor es la disimulada alegría de Trepper cuando tiene ante sus ojos la esperada felicitación:

> En el día del aniversario del glorioso Ejército Rojo y de su nacimiento, le enviamos nuestros mejores votos. La Dirección, en reconocimiento a sus valiosos servicios, acordó sugerir al gobierno que le conceda una condecoración militar.

Moscú, pues, ha recibido su informe y conoce todos los avatares de la red.

* * *

Durante más de medio año, el Gran Juego continúa. Stalin no oculta a sus íntimos cuánto le divierte la situación. Puesto que Moscú aparenta creer que Trepper, Gurévitch y otros importantes miembros de la red no han sido capturados, es evidente que todos ellos deben mantener el contacto y seguir enviando mensajes; sería sospechoso que permaneciesen inactivos y, más aún, que el Centro no les pidiese nada. Y Stalin, con su acostumbrado ensañamiento, toma el pelo al Sommerkomando bombardeando al Gran Jefe, vía Gurévitch, con una insistente demanda de información... que ya tiene: ¿Qué divisiones alemanas se trasladan de Francia al frente ruso? ¿Qué armamento tienen? ¿En qué medios de transporte se desplazan?

¿Quiénes son sus mandos? En la mayoría de los casos, Moscú recibe la información solicitada: ni Giering ni quienes están detrás de él, obsesionados con la esperanza de paz, pueden negarse; sería descubrir la caída de la Orquesta Roja. Eso sí, los miembros del Sommerkomando quedan perplejos cuando, tres meses después del inicio del Gran Juego, Gurévitch recibe un extraño mensaje para Trepper: sin explicación alguna, la lista detallada de las pérdidas de la Wehrmacht en hombres y material –incluidos los nombres de los veinticuatro generales prisioneros– en la batalla de Stalingrado; las cifras son terribles, no tienen nada que ver con las publicadas oficialmente por el Estado Mayor nazi. Firmes en su convicción de que Moscú ignora las capturas de sus mejores agentes, Giering y los suyos consideran lógica la petición de información, pero no se explican qué oculto objeto encierra el envío a Trepper de esa fría relación de datos. ¿Qué se pretende? ¿Elevar la moral del Gran Jefe y demás miembros de la red? No pueden imaginar que se trata solo de un cruel sarcasmo de Stalin dirigido a los verdaderos destinatarios del mensaje: los ilusos alemanes.

Las cosas se complican a partir de julio. El Ejército soviético destruye en Kursk las mejores fuerzas acorazadas del adversario, las únicas capaces de emprender todavía operaciones ofensivas. Alemania pierde la iniciativa estratégica, como el propio Hitler reconoce en una de sus conversaciones de sobremesa. Solo un milagro –que el Führer espera hasta el último minuto– puede evitar que la «horda roja» llegue a Berlín. Ante esa evidente amenaza, los principales dirigentes nazis, cómplices de un horror indiscriminado e infinito, temiendo la venganza, solo tienen una opción: pactar con Occidente. Creen posible salvar Alemania –salvarse ellos mismos– si empeñan contra los soviéticos todos los recursos bélicos, todo el esfuerzo de guerra; sueñan con romper la coalición antifascista, lograr incluso que Estados Unidos y Gran Bretaña se unan a ellos en la lucha contra los bolcheviques.

Por otra parte, Giering, consumido por un cáncer de garganta que padece desde hace años, consciente al fin de que Stalin, seguro de su victoria, no tiene interés alguno en la paz separada e inquieto por las previsibles consecuencias de que el Gran Juego se descubra, decide quitarse de en medio y renuncia a su puesto. Trepper pierde así a un interlocutor irreemplazable, un aliado que le necesita para llevar a cabo su proyecto. Giering es sustituido por Heinz Paunwitz, un brutal asesino de la Gestapo, responsable de la muerte de millares de checos como represalia por el asesinato en Praga de Heydrich, el gobernador nazi de Bohemia y Moravia. La caza al comunista se intensifica, y varias emisoras son descubiertas. Berg, que no oculta su satisfacción por los éxitos del Sonderkommando, cuenta también a Trepper que ha llegado a París el mejor equipo de cifra de Alemania con la misión de desvelar los cientos de mensajes encontrados. Trepper sabe que, si ese equipo descubre el informe entregado a Juliette, todo habrá terminado. (Lo que ignora es que el prudente Duclos, en vez de confiar el mensaje a las ondas, ha enviado un correo a la embajada soviética en Londres para que el texto original –los papelines escritos en la celda– llegue a Moscú por valija diplomática.) Trepper, por último, teme que Berg, blando a los ojos de Paunwitz, sea también relevado.

Está, pues, a punto de perder la partida. Juega su última carta, fruto de su portentosa imaginación. Berg es un hombre abatido por la desgracia: tres de sus hijos han muerto en la guerra, y su mujer, tras un intento de suicidio, está internada en un psiquiátrico. Ahoga sus penas en alcohol, aunque tiene una úlcera de estómago y sufre fuertes dolores cuando bebe. Busca la compañía de Trepper –de hecho, es su único trabajo–, le acompaña en sus paseos, le cuenta sus cuitas, le habla con esperanza de un futuro mejor. Trepper le anima, le insiste en que debe dejar la bebida como único medio de aliviar sus dolores. Una tarde en la que Berg se queja especialmente, Trepper, de pronto, aparenta recordar que un amigo con la misma enfermedad compraba un medicamento que le iba muy bien en una

farmacia cercana a la estación de Saint Lazare. Trepper confía en la suerte: espera que Berg, en vez de pedirle la dirección, le proponga que vayan juntos, y eso es lo que sucede. A la mañana siguiente, el coche se detiene a la puerta de la farmacia. Trepper sabe que tiene dos puertas y piensa salir corriendo: Berg no puede disparar en un lugar lleno de gente ni, dado su estado, perseguirle a la carrera.

Y, entonces, la suerte se transforma en milagro.

–¿Bajamos? –pregunta Trepper.

–Vaya solo. Tengo confianza en usted –contesta un dolorido Berg, hundido en el asiento.

Trepper cruza tranquilamente el establecimiento, sale por el lado opuesto y desaparece.* Todos los esfuerzos del Abwher, de la Gestapo, de la policía francesa con sus miles de confidentes, son inútiles: al Gran Jefe se lo ha tragado la tierra.

* * *

Trepper escapa el 13 de septiembre de 1943 –ha estado en prisión algo menos de diez meses– y, hasta la liberación de París, casi un año después, salta, con el alma en vilo, de un escondrijo a otro. A comienzos de 1945, regresa a Moscú con pasaporte soviético y nueva identidad, una más de las usadas en su larga carrera clandestina. Es recibido enseguida por el nuevo director –el brillante general Ilichev, que ocupa el puesto desde la caída de Panfílov en 1943–, quien le pregunta por sus planes para el futuro. Y Trepper, el frío, astuto, prudente creador de la Orquesta Roja, comete el mayor error de su vida.

–Quiero volver a mi tierra. Pero antes de salir para Polonia –añade con la rabia acumulada durante tantos años–, me gustaría que me explicasen los errores del Centro, que han costado tantas vidas.

* La farmacia Bailly sigue existiendo. Trepper entró por la puerta de la calle Roma y salió a la calle Rocher.

–¿Eso es lo que quiere?, ¿pedir cuentas? Está bien, lo pensaremos.

Ilichev llama a Stalin, y Trepper es inmediatamente detenido. ¿Lo hubiera sido sin su insensata actitud? Con seguridad absoluta, ya que a Stalin le sobran motivos para hacerlo. Cuentan, en primer lugar, las intolerables culpas del propio Trepper, pero hay una razón mucho más importante: Stalin sabe que los servicios secretos estadounidenses y británicos andan sin descanso tras la pista del Gran Jefe, dispuestos a todo con tal de obtener información sobre las redes soviéticas en Europa. Al fin y al cabo, Trepper no es ruso, sino, además de judío, polaco. ¿Cómo garantizar su adhesión al inexorable proceso de convertir a su país en satélite del Imperio?, ¿cómo impedir que escape si, por cualquier razón, se siente herido o desencantado?

La historia, curiosamente, se repite: Stalin, lo mismo que Giering, decide mantenerle oculto. Incluso la mujer de Trepper, que ha regresado a Moscú y no puede imaginar que está encerrado y tan cerca, cree la versión oficial: ha desaparecido quizás asesinado por la Gestapo. Stalin ordena que no se le toque, que reciba atención médica y raciones especiales, que comparta celda con gente de su nivel jerárquico (figura como coronel en los servicios secretos del Ejército Rojo). Ni se le pasa por la cabeza ejecutarle. Stalin solo suele eliminar a sospechosos, enemigos y traidores: un burócrata es reemplazable y, aunque a la postre resulte inocente, su ejecución carece de relevancia; un sabio, un elemento valioso que pueda ser útil en el futuro, debe ser conservado.* De la misma manera que no se ensaña con Panfílov por sus trágicos errores, disculpa los cometidos por sus generales en el campo de batalla: es un método costoso, pero seguro, de aprendizaje. ¿Y los millares de muertos? A Stalin, le son

* Solzhenitsin se salvó de ser ejecutado, tras sus críticas por carta en plena guerra, precisamente por su formación científica: condenado a diez años de prisión, declaró que era físico nuclear (no lo era) y fue enviado a una *sharashki*, cómoda carcel de sabios.

indiferentes, lo único que cuenta es la victoria. ¿Cae la red alemana? Otra la sustituye. Stalin no se conmueve por las tragedias y, menos aún, por las «hecatombes reflexivas», como han sido llamadas las que él, conscientemente, provoca.

Condenado a diez años de prisión atenuada, Trepper es liberado a la muerte de Stalin, cuando lleva más de ocho encarcelado. Es felicitado solemnemente por sus servicios a la Unión Soviética, recupera su rango y se le concede una pensión extraordinaria. Reencuentra a su asombrada familia, vive varios años en Polonia y muere en Jerusalén, en 1982.

Capítulo 28

El robo de la bomba a los americanos

La penetración soviética en el gobierno estadounidense comenzó en los años treinta. El primer espía de importancia, Gaik Ovakimián, que había actuado durante casi una década camuflado como comprador de la AMTROG, la compañía comercial rusa, con sede en Nueva York, fue descubierto en 1941. Pero se le dejó regresar a Moscú antes de su comparecencia en juicio; la Unión Soviética acababa de ser atacada por Alemania, y Roosevelt decidió evitar un conflicto con su nuevo aliado. Ovakimián continuó su carrera en el NKVD como supervisor de las actividades del Departamento Exterior en Estados Unidos; y sus sucesores tuvieron un papel fundamental en lo que Robert Lamphere –inspector general del grupo que se ocupaba en el FBI del espionaje soviético– llama «una acción fascinante contra los intereses vitales de América». Lamphere reconoce la superioridad del NKVD frente al FBI: los servicios secretos soviéticos trabajaban sin descanso y demostraron ser extraordinariamente competentes.*

* Los norteamericanos no se preocuparon por su seguridad hasta los años cuarenta del pasado siglo. Por increíble que parezca, durante la Primera Guerra Mundial no existía en Estados Unidos un servicio de espionaje y contraespionaje. En 1944 el FBI contaba con unos siete mil agentes, que, desde la fulminante derrota de Francia, se habían dedicado, prácticamente en exclusiva, a proteger el país del espionaje y el sabotaje de las potencias del Eje. Solo medio centenar de agentes se ocupaban entonces de la penetración soviética, que parecía desdeñable. Y la CIA no fue creada hasta 1947.

Del mismo modo, el espionaje soviético en las instituciones británicas avanzaba a buen ritmo. Kim Philby había logrado entrar en el SIS, y otros dos miembros del Círculo de Cambridge (Donald Maclean y John Cairncross), pertenecían a la carrera diplomática y ocupaban puestos que les daban acceso a importantes documentos. Cairncross, que había ingresado muy joven en el Foreign Office, pronto fue nombrado, por su inteligencia, cultura y discreción, secretario particular de sir Maurice Hankey, ministro y secretario del Gobierno. Hankey tenía gran interés en los servicios de inteligencia, cuya actividad seguía de cerca, y presidía innumerables comisiones y comités, entre ellos, el Comité Atómico Científico (SAC), también conocido como Comité Uranium. Entre sus funciones, Cairncross –*Liszt* para el NKVD– llevaba la correspondencia de lord Hankey, y ello le convertía en fuente inestimable de informaciones. Sus mensajes, a través de contactos «inocentes», llegaban al *rezident* legal en la embajada, quien los transmitía, sin perder un minuto, a Moscú, al director del Departamento Exterior. Pável Fitin los reenviaba a Beria, y este los hacía llegar sin dilación al despacho de Stalin.

A mediados de septiembre de 1941 se celebró en Londres una reunión del Comité Atómico, presidida por Hankey, para estudiar un informe de los más eminentes físicos británicos sobre una bomba de uranio que podría ser conseguida en el plazo de dos años. La Junta de Jefes de Estado Mayor, convocada con urgencia, decidió construir inmediatamente una fábrica para la producción de esa clase de bombas. El acuerdo se adoptó el 20 de septiembre, y cinco días después Stalin tenía sobre la mesa el mensaje de *Liszt*-Cairncross informando con detalle de ambas reuniones. Hankey, desbordado de trabajo, se tomó algún tiempo para redactar su propio informe, y este pasó por el ministro de la Guerra antes de llegar a Churchill, quien, a su vez, lo transmitió a Roosevelt. Como sucedió lo mismo en varias ocasiones, se ha dicho con sarcasmo que Stalin

era el primer destinatario de la información confidencial del gobierno británico.

Pero en aquel momento, con los alemanes avanzando imparables hacia Moscú, Stalin tenía otras preocupaciones, que los científicos compartían. Abram Ioffe, el más prestigioso físico de la Unión Soviética, venía impulsando la apertura de institutos fisicotecnológicos en distintos puntos del país, con objeto de fomentar la formación de expertos y la investigación en ese campo. Entre esos institutos, destacaba el de Járkov, que ya había realizado en 1932 la fisión del litio; y, el de Leningrado, más conocido como Instituto Ioffe, que había iniciado su actividad antes de la Revolución con un pequeño equipo de once jóvenes físicos –entre ellos dos futuros premios Nobel– elegidos por el propio Ioffe. Todos esos institutos se interesaban por la energía nuclear, y se ordenó a los *rezidenti* en Alemania, Francia, Gran Bretaña y Norteamérica que intentaran infiltrarse en los laboratorios dedicados a ella. Pero llegó la guerra, y la física nuclear fue relegada en favor de las necesidades inmediatas: al día siguiente del ataque alemán se celebró una reunión extraordinaria en la Academia de Ciencias, y todos los asistentes decidieron dedicar sus conocimientos y energías al esfuerzo de guerra. Los institutos que corrían peligro fueron trasladados y la mayor parte de ellos se dedicaron a la investigación bélica: radar, blindaje, explosivos, nuevas armas.

No obstante, a finales de 1941, cuando los alemanes, obligados a retroceder, ya no amenazaban Moscú, Stalin convocó al director del Departamento Exterior, Pável Fitin, y a Vasili Zarubin, recién nombrado *rezident* en Nueva York –en sustitución del descubierto Ovakimián– y les dio una serie de instrucciones. Fitin las recogió en una orden secreta que, una vez aprobada por Stalin, fue transmitida a los máximos responsables de las redes en el extranjero. Más de doscientos agentes infiltrados en fábricas y centros de investigación de Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos se dedicaron

prioritariamente desde entonces al espionaje atómico. La mayor parte de ellos actuaron durante largos años, y para orgullo del NKVD y del GRU, nunca fueron descubiertos.

Muchos científicos se incorporaron al Ejército como voluntarios. Es lo que hizo Georgi Fliorov, uno de los más jóvenes miembros del Instituto Ioffe, que ingresó en la Fuerza Aérea. Georgi estaba tan obsesionado por la fisión del uranio que tanto en el instituto como en el frente le costaba dormirse por cansado que estuviera. A primeros de 1942, su unidad fue enviada a un campo de aviación militar cercano a Voronezh, y el teniente Fliorov aprovechaba sus escasos ratos libres para acudir a la biblioteca de la universidad en busca de los últimos números de la *Physical Review* y de otras revistas técnicas extranjeras. Estas venían publicando, en los años anteriores a la guerra, artículos sobre física nuclear; incluso el *New York Times* había prestado considerable atención a la materia. Para sorpresa de Fliorov, toda mención a investigaciones sobre el problema que le interesaba había desaparecido. Intuyó lo que sucedía: los norteamericanos estaban trabajando para fabricar un arma atómica. Advirtió de inmediato por carta a Serguéi Kaftánov, responsable de las cuestiones científicas en el Comité de Defensa del Estado: la ausencia de publicaciones sobre fisión en las revistas extranjeras revelaba, no la falta de nuevos descubrimientos, sino el desarrollo de trabajos secretos en ese campo.

Kaftánov no contestó a su carta ni a cinco telegramas posteriores; y Fliorov, con la osadía de sus veintinueve años, escribió a Stalin, en abril de 1942, contándole todo y sugiriendo –para evitar la sospecha de que lo que pretendía era dejar el frente– que se reuniese a los más relevantes físicos soviéticos para estudiar el problema del uranio. Tampoco recibió respuesta, pero su carta fue enviada a Kaftánov, que quedó espantado al verse acusado de negligencia en un tema tan importante, que afectaba a la seguridad del país. Supo, no obstante, reaccionar: escribió un largo informe apoyando la tesis de

Fliorov, y este fue liberado del ejército y llamado a Moscú. Casi simultáneamente, Beria hacía llegar a Stalin otro informe del Departamento Exterior del NKVD sobre los trabajos de investigación nuclear que se llevaban a cabo en secreto en Francia, Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos.

Cuando se trataba de tomar decisiones, Stalin se reunía con el menor número de personas posible. En esta ocasión, decidió convocar no a la veintena de sabios propuestos por Fliorov, sino a cinco físicos a quienes conocía personalmente, todos ellos miembros de pleno derecho de la Academia de Ciencias. La reunión fue pospuesta varias veces debido a problemas más urgentes derivados de la guerra. Pero Stalin había captado perfectamente la importancia de la cuestión y no la había olvidado en absoluto. Lo prueba el nombre dado por él mismo al plan de cerco de las fuerzas de von Paulus en Stalingrado: Operación Urano. Ni los académicos convocados por Stalin sabían nada, por supuesto, de la gran operación militar en marcha; ni Zhúkov y Vasilievski, los generales que la habían concebido, podían imaginar que el caprichoso nombre dado por Stalin tenía que ver con la fabricación de una bomba. (Según otra versión, el nombre tenía que ver con el número preferido de Stalin; este estaba tan seguro de que el cerco de von Paulus cambiaría el curso de la guerra que dio a la operación el nombre del séptimo planeta solar.)

La reunión se celebró por fin en noviembre de 1942, en cuanto la gigantesca bolsa de Stalingrado quedó cerrada. Los académicos habían tenido meses para preparar sus repuestas al único punto que iban a debatir: «El estado de la investigación sobre el arma atómica». Tras escucharlos, Stalin aprobó la creación de un comité que se ocuparía en exclusiva del asunto y contaría con todos los medios disponibles. Invitó a los científicos a pedir al «camarada Beria» toda la información del exterior que precisasen y les aseguró con contundencia que la tendrían. Designó como director científico del pro-

yecto a Ioffe, pero este, alegando su avanzada edad (sesenta y dos años), propuso a Ígor Kurchátov para el puesto.

–No conozco a ese académico –dijo Stalin.

–No es académico, solo es profesor.

–¿Es que no tenemos académicos capaces? ¿Y Kapitsa? –preguntó con acritud.

* * *

Piotr Kapitsa, uno de los cinco académicos presentes, futuro Premio Nobel, era hijo de un general zarista y había ingresado en el Instituto Politécnico de San Petersburgo al terminar, con medalla de oro, el bachillerato. Abram Ioffe, amigo de la familia, conocía el talento del muchacho y su pasión por la ciencia, y se opuso rotundamente a que los padres le enviasen a la Escuela de Cadetes: «Sería un crimen» –fue su argumento– destinarle a la carrera militar. Kapitsa, efectivamente, no tenía otro interés que sus estudios y, en poco tiempo, demostró su valía y se convirtió en uno de los discípulos predilectos de Ioffe, a quien siempre vio como maestro y protector: gracias a él, se libró de ser movilizado durante la Primera Guerra Mundial y fue incluido, cuando solo tenía veinticuatro años, en la lista de científicos preeminentes pedida por Lenin a su llegada al poder. Aunque los bienes de su familia fueron confiscados, y su padre, acérrimo opositor al nuevo régimen, había desaparecido, Kapitsa, consagrado a su trabajo, nunca fue molestado: se sentía feliz en el Instituto Ioffe y no tenía intención alguna de abandonar el país. Pero en 1921, presionado por su madre, escapó con ella a Inglaterra, donde tenían parientes y amigos bien situados. En su primera entrevista con el gran físico sir Ernest Rutherford, este quedó tan impresionado que le contrató de inmediato como ayudante personal. Kapitsa, pagado de sí mismo, huraño, de carácter difícil y reacciones imprevisibles, fue durante más de diez años su mano derecha. Lord

Rutherford cerraba los ojos al despotismo de su segundo, que dirigía con mano de hierro a sus colegas, como si el centro en el que trabajaba día y noche –llamado más tarde Laboratorio Kapitsa– fuese suyo en propiedad.

Stalin, enfrascado en el Primer Plan Quinquenal (1928-1932), no le perdía de vista. Se había propuesto recuperar a los exiliados que pudieran dar lustre al país en el arte o en la ciencia y, lo mismo que hizo con Gorki, Prokófiev, Alexéi Tolstói, Ehrenburg y otros miembros de la *intelligentsia,* urdió un plan a medida para atraer a Kapitsa. La primera treta fue realmente genial: en 1931 la Academia de Ciencias eligió por unanimidad, como miembro correspondiente, «al profesor Kapitsa, emigrado que trabaja en Inglaterra». El joven físico, como todos los que abandonaban el país sin autorización del gobierno, había perdido la nacionalidad rusa, pero su elección como académico comportaba la recuperación automática de la ciudadanía según un olvidado edicto de Catalina II, de finales del siglo XVIII; es fácil imaginar la satisfacción del vanidoso Kapitsa al conocer la noticia. Stalin nunca tenía prisa: tres años después, en 1934, se celebró a bombo y platillo el centenario de Mendéleiev, autor del sistema periódico; y uno de los invitados fue Kapitsa, al que se garantizó libertad absoluta de movimientos. Llegó con su esposa, visitó en Leningrado la mansión familiar –cedida a la Cruz Roja– y participó en los actos conmemorativos; y, cuando todo terminó, se le impidió salir del país de «modo temporal».

El escándalo en el mundo científico fue mayúsculo: llovieron las protestas, pero Kapitsa, ensalzado en la prensa soviética, viajando de un lado para otro por cuenta del Estado, permaneció en silencio durante casi un año. Y en la tarde del 15 de mayo de 1935, día de la inauguración del metro de Moscú, fue conducido al despacho de Stalin. Este apeló a su patriotismo, y Kapitsa accedió a permanecer en el país, aunque lamentaba enormemente la pérdi-

da de sus trabajos y de todo lo que contenía *su* laboratorio. «No se preocupe», le contestó Stalin, sin informarle de que, un mes antes de recibirle, ya había iniciado conversaciones con los británicos para comprar por entero las instalaciones del centro que Kapitsa dirigía. Rutherford, herido en su amor propio, y varios miembros del Parlamento se opusieron a la transacción porque el moderno laboratorio, único en el campo de la física, podría ser empleado con fines militares. Stalin no cejó en su empeño: ordenó que se comprasen en Gran Bretaña –sumida en una prolongada crisis– dos mil toneladas de bacón, absolutamente innecesarias en la Unión Soviética, cuya producción de conservas de todo tipo cubría entonces con creces la demanda interior. Y los hombres de negocios ingleses, ante la perspectiva de incrementar las relaciones comerciales con un país que tenía a gala pagar sus compras al contado, presionaron a los políticos, y estos «olvidaron» la cuestión. La venta se realizó sin mayor problema: no había impedimento legal alguno para que el nuevo propietario fuese una entidad extranjera. Pero la exportación de cualquier establecimiento industrial exigía la previa autorización del gobierno y el pago de elevados derechos de aduanas. Y Stalin decidió compensar el coste del bacón ahorrándose esos impuestos. El laboratorio fue desmontado y embalado pieza a pieza, y los centenares de cajas salieron como «piezas de repuesto» en tres barcos con destinos diferentes: Leningrado, Murmansk y Odesa. El transporte continuó por ferrocarril, y cuando todo llegó a su destino, Ioffe, que estaba en el secreto, convocó a Kapitsa y le dio la inconcebible sorpresa: «Ahí abajo tienes tu laboratorio. Ya puedes dedicarte a montarlo».

* * *

Aunque la relación entre los dos sabios seguía siendo muy afable –Kapitsa siempre respetó a su mentor–, Ioffe conocía el carácter

intratable, la soberbia, la incapacidad para trabajar en equipo de su protegido y ni se le pasó por la cabeza proponerle como director del nuevo comité en 1942. La mención de su nombre por Stalin cerraba obviamente toda discusión, pero lo que nadie esperaba es que Kapitsa, en vez de agradecer su nombramiento, tuviese la osadía de poner una condición para aceptar el puesto: que se le permitiera incorporar a las investigaciones a varios físicos británicos de renombre. La idea de invitar a Moscú a científicos extranjeros para que participasen en un proyecto ultrasecreto solo podía ocurrírsele a un loco. Stalin, que conocía a Kapitsa mejor que a cualquier otro académico –se ha dicho que jugaban al ajedrez de vez en cuando–, aun no dudando de su lealtad, debió de mirarlo con tanta suspicacia como asombro. Pero se limitó a rechazar su insensata propuesta.

En realidad, ninguno de los físicos presentes deseaba asumir una responsabilidad tan arriesgada, con grandes posibilidades de fracaso, bajo la terrible presión de Stalin y en contacto directo con Beria. Ioffe mencionó de nuevo a Kurchátov:

–Es joven y lleno de energía.

–De acuerdo, camarada Ioffe, pero hágalo académico para darle mayor peso.

La Academia de Ciencias publicó una intrascendente disposición interna: el nombramiento, como director del Laboratorio Número Dos (así llamado para ocultar su función) del profesor Kurchátov. Este tenía menos de cuarenta años, pero parecía aún más joven por ser barbilampiño. Por consejo de Ioffe, se dejó una larga barba, que le llegaba al pecho y que conservó hasta su muerte. Cuando Stalin le recibió por primera vez, meses después de su nombramiento, quedó encantado con su aparencia de pope y le puso un simpático sobrenombre: Ígor el Barbudo. Las dudas iniciales debidas a su juventud desaparecieron cuando se supo que Robert Oppenheimer, director científico del Proyecto Manhattan y, por tanto, del

laboratorio de Los Álamos,* en el que se fabricaría la primera bomba americana, tenía la misma edad que Kurchátov. Stalin quedó también muy satisfecho con el informe del NKVD: Kurchátov era astuto, callado, cauto y diplomático, a imagen y semejanza del propio líder; además, pertenecía al Partido. Y dio orden de que se le entregasen todos los materiales recibidos del extranjero. El primer informe de Kurchátov después de leerlos decía: «Los materiales obtenidos por los servicios secretos tienen un valor inmenso, incalculable, para nuestro gobierno y nuestra ciencia».

Un año antes de la decisiva reunión de los físicos con Stalin, los servicios secretos soviéticos habían recibido un verdadero regalo del cielo. Klaus Fuchs, un joven estudiante de Física, había abandonado Alemania cuando Hitler llegó al poder. Terminó sus estudios en Gran Bretaña, presentó brillantemente su tesis doctoral y entró en la Universidad de Edimburgo como investigador. Los artículos publicados por él en la prensa especializada despertaron el interés de otros físicos; y, tras varias vicisitudes –entre ellas varios meses de internamiento en Canadá por su condición de alemán–, consiguió la ciudadanía inglesa. En junio de 1941, Fuchs prestaba juramento de fidelidad al British Official Secrets Act, la ley británica de secretos de Estado, y se incorporaba a la investigación nuclear. Y, poco después, él mismo se ofrecía a los servicios secretos soviéticos, convencido de que los descubrimientos en ese campo nunca serían compartidos con los comunistas, por mucho que el nuevo aliado aportase, en sangre y devastación, a la causa común, la lucha contra Alemania.

* La elección en 1942 de Los Álamos en Nuevo México, para la instalación del laboratorio nuclear fue conocida inmediatamente en Moscú. Zarubin, *rezident* en Nueva York, comunicó la noticia a su jefe, Pável Fitin, y le informó de las estrictas medidas de seguridad adoptadas por los americanos. A pesar de ellas –y de los quinientos hombres del FBI responsables de ponerlas en práctica–, antes de que la construcción del laboratorio estuviera terminada, varios agentes soviéticos, entre ellos cuatro científicos de alto nivel, se habían infiltrado en Los Álamos. Con esa hazaña comenzó en la práctica la llamada Operación Enormoz, el robo de la bomba a los americanos.

Efectivamente, en agosto de 1943 Roosevelt y Churchill firmaban en Quebec un convenio secreto para el intercambio de información sobre materia nuclear, en el que se excluía expresamente la comunicación a terceros. Dos días después, Stalin tenía sobre la mesa una copia del acuerdo, pero ese éxito de la *rezidentura* en Canadá fue pronto superado. El convenio preveía la creación de un comité destinado a supervisar el desarrollo del programa, que contaría con funcionarios estadounidenses y británicos. A él se incorporó en 1944 el primer secretario de la embajada del Reino Unido en Washington, Donald Maclean, miembro distinguido del llamado Círculo de Cambridge, agente soviético desde 1936, quien, como máximo representante británico en el citado comité, controlaba el intercambio de información entre ambos países. Durante los cuatro años siguientes –Maclean estuvo destinado en Washington hasta el verano de 1948–, años que fueron decisivos para la fabricación de la bomba soviética, todos los secretos en materia nuclear que Estados Unidos compartía con Gran Bretaña pasaron por sus manos, camino de Moscú. Los documentos facilitados por él que se conservan en los archivos rusos pasan de 13 000 folios. Maclean, alertado por Kim Philby, huyó a Moscú en 1951 y allí residió hasta su muerte en 1983. *Izvestia* publicó una amplia reseña necrológica describiéndole como un hombre de grandes cualidades morales, un sincero comunista y un camarada irreemplazable.

Pero la información facilitada por Maclean no era suficiente. Los científicos necesitaban datos concretos sobre el proceso de fisión nuclear, y el espionaje soviético realizó la mayor proeza de su historia: logró situar a Fuchs, «el enviado del cielo», en el corazón mismo de la investigación atómica americana. El acuerdo de Quebec preveía la incorporación de sabios británicos al llamado Proyecto Manhattan –la creación de la bomba–, y uno de los designados, a petición del propio Oppenheimer, fue Klaus Fuchs. Después de nueve meses en Nueva York, Fuchs, enviado a Los Álamos, trabajó

junto a Oppenheimer en el centro clave del famoso laboratorio, desde el que se dirigían y coordinaban las investigaciones. A partir de entonces (agosto de 1944), Moscú recibió información continua y detallada de la marcha del proceso nuclear.

Los mensajes de Fuchs y de otra decena de científicos dedicados al espionaje atómico –seis en Estados Unidos, cuatro en Gran Bretaña– llegaban al despacho de Stalin, y este, con su proverbial desconfianza, prohibió que salieran del Kremlin. Solo podía verlos Kurchátov, a quien se asignó un pequeño despacho en la tercera planta del edificio del Arsenal –donde se encuentra el Tesoro de Rusia– con una simple mesa, un sillón, una lámpara y un teléfono. En esa celda espartana, Kurchátov estudiaba los documentos enviados por los espías: debía confiar en su memoria, aunque se le permitía tomar las notas imprescindibles. Desde su nombramiento al frente del proyecto atómico, Kurchátov, siguiendo la orden de Stalin, venía informando a Beria de la marcha del proceso y, más concretamente, de los datos que sería deseable obtener en el extranjero. A comienzos de 1945, Fuchs proporcionó una descripción detallada del modelo definitivo de la bomba y anunció que el test experimental se realizaría en dos o tres meses. Y Kurchátov confirmó a Beria que la información facilitada por el agente *Charles* (Klaus Fuchs) era más importante que cualquier otra: le permitía tener una idea clara del camino que debían seguir.

* * *

La primera explosión nuclear de la historia tuvo lugar en el desierto de Alamogordo, en Nuevo México, el 16 de julio de 1945, el día anterior a la inauguración de la conferencia de los Tres Grandes en Potsdam. Entre los científicos que presenciaron el experimento estaba Fuchs –y, probablemente, otros agentes soviéticos–, al lado de Oppenheimer. Truman recibió inmediatamente la noticia por tele-

grama, y cinco días después llegó a Potsdam un correo especial con un detallado informe del general Leslie Groves,* jefe del Proyecto Manhattan, del que se hizo inmediatamente una copia para Churchill. Truman decidió transmitir la noticia a Stalin y, cuando este se disponía a abandonar la sala de conferencias tras la sesión plenaria del día 24, se acercó a él y le dijo que Estados Unidos acababa de experimentar una nueva arma con un inmenso poder de destrucción; pero le ocultó que se trataba de una bomba atómica. Truman afirma en sus memorias que Stalin se mostró complacido y le deseó que hiciera buen uso de ella contra los japoneses, pero otros testigos desmienten su versión: Anthony Eden, secretario de Exteriores británico, que estaba a dos pasos, junto a Churchill, presenciando la escena, y Pávlov, intérprete de Stalin, que había traducido las palabras de Truman, dicen en las suyas que Stalin se limitó a escuchar con atención, con un leve cabeceo, y a dar a Truman las gracias por la información.

En cualquier caso, tan seguros estaban Truman y Churchill de la ignorancia soviética sobre el proyecto nuclear que sacaron la conclusión de que Stalin no había apreciado en su justo valor la importancia de la noticia. Pero, por una parte, Stalin sabía mucho más del Proyecto Manhattan que el propio Truman, quien, como la mayor parte de los vicepresidentes estadounidenses, había sido marginado en los grandes asuntos de Estado y nada supo de la investigación atómica hasta que accedió a la presidencia a la muerte de Roosevelt; por otra, Stalin conocía desde hacía semanas que la prueba tendría lugar el 10 de julio (se retrasó por el mal tiempo) y, por último, había recibido, el mismo día 16, un mensaje urgente del *rezident* en

* Un año antes de la primera explosión atómica, durante una cena con un reducido grupo de colaboradores, el general Groves sorprendió a estos con una declaración inusitada: «Ustedes se habrán dado cuenta, naturalmente, de que la razón de ser del proyecto es someter a los rusos».

Nueva York informando de la explosión. Aunque Stalin se reía abiertamente solo de pensar que Truman había intentado asustarle, los miembros de la delegación soviética en Potsdam (Mólotov, Gromiko, Zhúkov) coinciden en sus memorias: era plenamente consciente de que la bomba rompía, a favor de los americanos, el equilibrio de poder.

Dos semanas después de la confidencia de Truman, Stalin, en compañía de Mólotov, recibió en el Kremlin al embajador americano William Harriman y a su adjunto y sucesor, George Kennan. Tras anunciarles que el Ejército Rojo había cruzado la frontera de Manchuria y que los japoneses se batían en retirada, comenzó a hablar de la bomba. Dijo que los científicos soviéticos habían trabajado en la fisión nuclear, pero no habían tenido éxito; y que los nazis también lo habían intentado porque acababa de descubrirse en Alemania un laboratorio con ese objeto. Añadió que, si Hitler hubiera tenido la bomba, los alemanes nunca se habrían rendido; y Harriman replicó que, aun en ese caso, los ingleses tampoco. Stalin, por supuesto, no dejó traslucir que conocía desde su inicio la colaboración angloamericana en materia nuclear ni, mucho menos, mostró preocupación alguna por la posible amenaza. Felicitó al embajador por el hermetismo con que habían llevado a cabo las investigaciones y le deseó que consiguieran guardar el secreto en bien de la paz: las guerras y las agresiones habrían terminado. Y Mólotov, que no había abierto la boca durante la entrevista, añadió seriamente: «No hay duda de que ustedes, los americanos, si se lo proponen, saben guardar muy bien sus secretos». ¿Se dieron cuenta los visitantes de la tomadura de pelo? Harriman afirmó años más tarde –cuando hacía tiempo que Stalin tenía la bomba– que en el impenetrable rostro de Mólotov se insinuaba una sonrisa irónica y que tanta alusión al secreto le había mosqueado un poco.

Tras la rendición del Japón, Stalin decidió dar un impulso definitivo a la investigación nuclear y creó el Comité Especial del Es-

tado para el Problema Número Uno (la bomba atómica), formado, cómo no, por siete personas: dos miembros del Politburó; tres altos dirigentes de la industria y dos científicos: Kurchátov y, a propuesta de este, el intratable Piotr Kapitsa, director entonces del Instituto de Física de la Academia de Ciencias y Héroe del Trabajo Socialista –la más alta condecoración civil– por su inestimable contribución a la ciencia soviética; Kurchátov, muy hábil, sabía manejarle. La ansiedad de Stalin por acortar rápidamente la ventaja conseguida por los americanos le movió a designar para la presidencia del comité al hombre más duro –y uno de los más inteligentes y eficaces– de su entorno: Laurenti Beria. Este no solo controlaba los servicios secretos, sino que tenía a su disposición los millones de individuos de la población carcelaria. Beria creó el Departamento «S» del NKVD, encabezado por Sudoplátov y dedicado en exclusiva a obtener información atómica en el exterior; movilizó a setenta mil prisioneros para la rápida construcción del primer reactor nuclear y dirigió el comité con mano de hierro. Debía informar a Stalin una vez por semana de la marcha del proceso.

Pero la presión de Beria sobre los miembros del comité y, concretamente, sobre los dos físicos, se hizo insoportable. Y Kapitsa estalló: inflexible, orgulloso, nada diplomático, llamado por sus propios compañeros «el Centauro» –mitad hombre, mitad bestia–, decidió escribir a Stalin pidiendo ser relevado de su puesto en el Comité Especial. En su primera carta (3 de octubre de 1945), Kapitsa se quejaba del comportamiento de Beria con los científicos y expresaba sus ideas sobre el papel de estos en la sociedad: en el pasado, el patriarca ocupaba una posición predominante junto al emperador porque la Iglesia era la única depositaria de la cultura; ahora la Iglesia era obsoleta, y el lugar del patriarca debía ser ocupado por los hombres de ciencia. Stalin no le contestó, y Kapitsa, a finales de noviembre, volvió a la carga reiterando su petición de dejar el comité nuclear:

> El camarada Beria tiene la batuta de director de orquesta en su mano. Está bien, pero un científico debería tocar el primer violín, que es el que da el tono adecuado a toda la orquesta. La debilidad básica del camarada Beria es que el director de orquesta no solo tiene que mover la batuta, debe conocer la partitura, [...] entre Beria y yo no funcionan las cosas [...] no puedo interpretar a ciegas, [...] encuentro su actitud hacia los científicos totalmente inaceptable.

Stalin envió la carta a Beria, y este quiso detener a Kapitsa y enviarle a Siberia. Pero Stalin se negó: un sabio, a diferencia de un burócrata, debía ser conservado. Contestó a Kapitsa, diciéndole que sus cartas eran «muy instructivas» y que estaba pensando en reunirse con él para discutirlas. Y envió a Beria un lacónico mensaje: «Déjales trabajar. Si hace falta, ya los fusilaremos más tarde». Kapitsa consiguió su objetivo: salió del Comité Atómico, y conservó la dirección del Instituto de Física. Pero unos meses después, en agosto de 1946, fue destituido de todos sus cargos y perdió su casa en Moscú. Pasó siete años en arresto domiciliario en una confortable dacha cercana a la capital, donde dispuso siempre de los medios necesarios para continuar sus investigaciones. Stalin nunca olvidaba nada, aunque pasaba por alto los desplantes de Kapitsa: su absurda petición de incorporar científicos ingleses al comité atómico; sus cartas quejándose de Beria; su indisciplina, su insoportable prepotencia. Sabía que había escrito a Einstein y que seguía en contacto con otros físicos occidentales, a quienes había propuesto una reunión en algún país neutral para compartir experiencias, algo que rozaba la traición. Y decidió quitarle de en medio: Stalin había eliminado a Gorki cuando dejó de serle útil y empezaba a ser peligroso; Trepper estaba entre rejas para impedir que pudiera pasarse al enemigo; Kapitsa era un genio y lo mejor para él sería una prisión dorada en el campo para que dejase de hacer tonterías y se ocupase únicamente de su

trabajo.* No es cierto, como sostienen algunos historiadores, que Kapitsa fuera el padre de las bombas atómica y de hidrógeno soviéticas: se dedicó, principalmente, a estudios balísticos durante su largo encierro.

Aun contando con la inapreciable documentación proporcionada por los espías, la fabricación de la bomba exigía decenas de toneladas de uranio puro incluso para construir el más pequeño reactor; y la Unión Soviética solo disponía de algunos kilogramos. Los alemanes, en su intento de crear su propia bomba, habían conseguido uranio en Bulgaria, Checoslovaquia y Sajonia. Las minas búlgaras cayeron en manos de los soviéticos a comienzos de 1945, pero las demás fueron destruidas por los bombardeos americanos antes de la llegada del Ejército Rojo. La producción búlgara era escasa y de baja calidad, y la Unión Soviética no contaba entonces con plantas de enriquecimiento. En cambio, según Fuchs y otro de los agentes (Bruno Pontecorvo), Estados Unidos producía uranio suficiente para fabricar varias bombas al mes.

Stalin, para quien el proyecto nuclear se había convertido en prioridad absoluta, puso en marcha una doble operación. En primer lugar, ordenó la búsqueda de uranio en todos los confines del Imperio, y mantuvo en el más estricto secreto el rápido hallazgo de importantes yacimientos más allá de los Urales y en Asia Central. En segundo lugar, dejó que el espionaje norteamericano se infiltrase en Bulgaria y confirmase la decepción de los soviéticos por tener que contentarse con esa pobre fuente de suministro. No es extraño que Truman y sus colaboradores estuvieran convencidos de que la Unión Soviética tardaría entre quince y veinte años en conseguir su propia bomba. Ello hace creíble la historia contada por una de las grandes espías en suelo americano, Leslie Cohen. A su regreso de Potsdam,

* Liberado en agosto de 1953, tras la muerte de Stalin, Kapitsa volvió a dirigir su amado instituto. En 1978 recibió el Premio Nobel de Física.

Truman habría preguntado a Oppenheimer cuándo, a su parecer, los rusos tendrían la bomba. Oppenheimer contestó que lo ignoraba y Truman replicó que él sí lo sabía: «Nunca».*

Lo cierto es que el 29 de agosto de 1949 la Unión Soviética realizó su primer ensayo nuclear en la región de Semipalatinsk, en Kazajistán. Los laboratorios americanos detectaron los rastros de la explosión en la atmósfera, y Truman se vio obligado a reconocer que Stalin tenía la bomba. La sorpresa y la rabia fueron mayúsculas, y se desencadenó la caza a los espías. Enseguida cayó Fuchs, que había regresado al centro nuclear británico de Harvell y seguía transmitiendo a los soviéticos la información que recibía de sus colegas de Los Álamos. Confesó y fue condenado en 1950 a catorce años de prisión, reducidos a nueve por buena conducta. Otros agentes huyeron a Moscú, y el discreto Cairncross no fue descubierto hasta los años ochenta, tres décadas más tarde. Tuvieron peor suerte los esposos Rosenberg, que no habían facilitado información relevante y que fueron ejecutados en junio de 1953 como chivos expiatorios del amargo fracaso del FBI.

* * *

Los americanos nunca han perdonado a Stalin el robo de la bomba. A diferencia de los estudiosos europeos, que no desvirtúan la verdad histórica por penosa que les sea, la mayoría de los autores estadounidenses de biografías, memorias y otras obras en que aparece el personaje no son capaces de enmascarar el odio que sienten por él:

* En octubre de 1945 Truman recibió a Oppenheimer, quien le dijo que vivía atormentado por el horror de Hiroshima y Nagasaki. Truman se enfureció: le llamó «bebé llorón», le echó con cajas destempladas y nunca volvió a verlo. Oppenheimer se mostró más tarde contrario a la bomba de hidrógeno y fue expulsado del proyecto; se le prohibió incluso la entrada a las instalaciones. Los norteamericanos habían captado algunos agentes en la Unión Soviética, pero nunca lograron infiltrarse en sus centros atómicos.

se trasluce entre líneas el rencor soterrado, la intensa aversión a quien, contra todo pronóstico, rompió en cuatro años el monopolio atómico de Estados Unidos y, con ello, sus sueños de hegemonía mundial. Como excepción, Henry Kissinger, en su libro *Diplomacia*, declara abiertamente su admiración por Stalin. Incluso un sabio como George Kennan, maestro de Kissinger y de varias generaciones de políticos de su país, profundo conocedor de la historia y de sus actores, se deja llevar por el resentimiento –fue declarado «persona non grata» por Stalin cuando era embajador en Moscú– a la hora de enjuiciar al líder soviético. El odio a Stalin se extiende, naturalmente, con mayor virulencia, a los norteamericanos que actuaron como espías soviéticos, a quienes se denigra por todos los medios sin el mínimo rigor intelectual. Por poner un solo ejemplo, Gary Kern, supuesto especialista en historia de la URSS, en el epílogo al libro de Vladímir Tchikov, *Cómo Stalin ha robado la bomba atómica a los americanos*, dice de sus compatriotas infiltrados en el Proyecto Manhattan: «[...] les tengo por traidores abyectos y miserables imbéciles, lo mismo que a los pobres tipos que les secundaron».

Capítulo 29

Espionaje y propaganda. El hechizo de los ilustrados

En 1919, dos años después del triunfo de la Revolución, Lenin creó la Internacional Comunista (Comintern) con objeto de establecer la hegemonía rusa en el movimiento comunista mundial y como medio de propaganda del nuevo régimen. La Comintern se formó con activistas procedentes de diversos países y contó desde su inicio con sus propios servicios secretos, que, naturalmente, actuaban en conexión con la Checa y con los restantes servicios de inteligencia. Entre sus fundadores se encontraba un joven alemán, Willi Münzenberg, que había conocido a Lenin en Suiza durante el exilio y era uno de sus discípulos más queridos por su gran ingenio y su fervor. En el congreso fundacional fue nombrado responsable de la Liga de Jóvenes Comunistas, puesto en el que desplegó por primera vez su talento como dirigente. Ello le valió, en menos de dos años, un ascenso espectacular: en 1921 fue enviado a Berlín como jefe de Propaganda de la Comintern para Occidente, con la misión de montar urgentemente una campaña internacional de ayuda humanitaria a Rusia. La guerra civil había terminado con el triunfo bolchevique, pero debido a las sequías y al abandono del campo el hambre se extendía por gran parte del país. Y Lenin, ante el riesgo de explosión social, se vio obligado a pedir auxilio al extranjero.

Por sugerencia de Münzenberg, Gorki, ya entonces universalmente conocido, hizo un llamamiento a la comunidad internacional, y la respuesta superó todas las expectativas: diez días después empezaron a llegar a Rusia grandes cantidades de víveres procedentes de Europa y, poco más tarde, las provisiones adquiridas con fondos norteamericanos. Toda esa ayuda fue canalizada a través de la primera empresa de envergadura creada por Willi: el Socorro Rojo Internacional, que organizó por todo el mundo manifestaciones masivas y otros actos de diversa índole, en demanda de solidaridad con los obreros y campesinos rusos. Una vez superada el hambre, el Socorro Rojo dejó de existir: se transmutó en un gran colectivo, en el que no quedaba rastro alguno de su pertenencia a la Comintern: la Ayuda internacional Obrera, conocida entre los iniciados como «el Trust Münzenberg» para la propaganda política; por supuesto, Willi y sus más directos colaboradores actuaban en la sombra.*

El trust concentró sus esfuerzos en los países con grandes tensiones sociales: la Alemania de Weimar, con su galopante inflación; Japón e Inglaterra durante sus huelgas de 1925 y 1926. Cantinas móviles y cocinas ambulantes aparecieron en las barriadas obreras: se distribuyeron cientos de miles de folletos en apoyo de la campaña de ayuda; se editaron libros, revistas, periódicos, incluso publicaciones especializadas de diverso tipo; se promovió el teatro de vanguardia, muy apreciado en aquel tiempo. A mediados de los veinte, el trust contaba en Alemania con dos diarios de distribución masiva y un semanario con una tirada superior al millón de ejemplares; y en Japón controlaba varios periódicos y una docena larga de revistas. Esa gigantesca red de propaganda, dedicada a influir en la opinión pública, que ensalzaba sutilmente las excelencias del «paraíso»

* Uno de los más estrechos colaboradores de Münzenberg fue Arthur Koestler, quien relata en el cuarto volumen de su autobiografía *(El destierro)* las acciones del trust y confiesa su admiración por el genial propagandista.

soviético frente al despiadado capitalismo, funcionaba a la vez como un apéndice de los servicios secretos. Se ocultaban, por tanto, cuidadosamente, su dependencia de Moscú, la identidad de sus dirigentes, el origen de sus cuantiosos recursos.

* * *

Tras la muerte de Lenin, Stalin seguía de cerca, como hacía con todo, las actividades del trust y decidió aprovecharlo al máximo alargando sus objetivos. Con gran talento para la propaganda* –en la clandestinidad había sido responsable del Agitprop (Agitación y Propaganda)–, tuvo una idea genial: utilizar las artes de Münzenberg para convertir a los intelectuales de Occidente, los portadores de cultura, en «compañeros de viaje». Consistiría en una manipulación selectiva dirigida a los creadores de opinión: artistas, escritores, dramaturgos, periodistas, científicos, profesores, incluso clérigos, cuyas ideas tuvieran repercusión pública. Y sería fundamental que tanto los propios manipulados como quienes confiaban en ellos creyesen en su independencia; si fuesen etiquetados como prosoviéticos, perderían ipso facto su utilidad.

No se ahorraron medios para conseguir ese propósito. La nueva y apasionante tarea de Willi empezó en 1928. La Unión Soviética, no reconocida por ninguna de las grandes potencias, aislada prácticamente del mundo exterior, sentía la amenaza, siempre latente, de una nueva intervención extranjera. Y Stalin decidió lanzar un gran movimien-

* En 1929 Stalin ordenó la creación de Radio Internacional Moscú, la primera emisora de ese tipo en todo el mundo, que se convertiría rápidamente en un poderoso centro de propaganda. Y la mayor parte de las consignas y eslóganes dirigidos al pueblo durante su mandato, con los motivos más diversos (la alfabetización, la colectivización, la emulación socialista, los planes quinquenales) fueron concebidos por él. Lo mismo sucedió durante la guerra: incluso los atroces mensajes de las octavillas lanzadas sobre las tropas alemanas para socavar su moral salieron de su mano.

to internacional por la paz, una operación masiva a favor del pacifismo. Revisó personalmente el proyecto y confió su realización a Münzenberg, quien inició la campaña en las universidades con infinidad de actos multitudinarios. El movimiento culminó con un gran congreso celebrado en agosto de 1932 –iniciado en Ámsterdam, clausurado en París–, al que asistieron más de dos mil delegados en representación de diversos colectivos pacifistas; y que se cerró con la creación de la Liga contra la Guerra y el Fascismo, un éxito más de Willi por el respaldo que recibió en todo el mundo.

En 1933, poco después de llegar al poder, Hitler emprendió el exterminio de los comunistas, a los que acusaba del incendio del Reichstag. Münzenberg escapó de milagro y se instaló en París, desde donde prosiguió su frenética labor orientada a activar en todas partes la oposición al fascismo. Adquirió una editorial, Editions du Carrefour, sello bajo el cual lanzó dos atractivas revistas, *Vu* y *Lu*, nada sospechosas, dado su lujo, de comunistas, pero bien encaminadas a la mentalización antifascista de sus lectores. En Londres apareció el semanario *Week*, otra publicación elitista dedicada prioritariamente a publicar los últimos rumores políticos, ideados en su mayoría por el equipo de Willi, con idéntico fin: despertar en las conciencias la repulsión al fascismo. También se creó el Club del Libro Izquierdista (Left Book Club), pionero de los clubes del libro actuales, en cuyo catálogo –supervisado, para evitar errores, por el Partido Comunista británico– no figuraba ni una sola obra de carácter marxista. Además de libros, el club ofrecía campamentos juveniles en Inglaterra –a cargo de comunistas encubiertos– y, como un medio más de propaganda, viajes turísticos muy baratos a la URSS. En Norteamérica, el trust logró penetrar en la meca del cine y promover la Liga Antinazi de Hollywood.

La eficacia de ese espectacular aparato de propaganda, que tenía por objeto, además de promover la campaña antifascista, captar agentes entre los universitarios europeos y norteamericanos, y seducir a

los intelectuales, se debió a una de las iniciativas de Stalin menos conocidas: el centro de espionaje de la Comintern, abierto a las afueras de Moscú a raíz de la llegada de los nazis al poder. Oculta tras un alto muro, la denominada oficialmente Octava Base Deportiva Internacional era en realidad una moderna escuela de Publicidad comparable a las existentes entonces en Norteamérica. Sus alumnos eran jóvenes comunistas de diferentes países, seleccionados inicialmente por los partidos locales por su entrega a la causa, su interés por la cultura y su talento; y evaluados de modo permanente por los psicólogos del centro. Eran formados como espías, por supuesto, pero también, y sobre todo, como creativos al máximo nivel: expertos en desinformación, especialistas en publicidad subliminal capaces de deslizar mensajes *inocentes* en los textos neutros que escribieran, por supuesto, bajo nombre ficticio, para las publicaciones del trust.

Cayeron en las redes tendidas por Münzenberg los más conspicuos representantes del mundo de la cultura. Solo entre los escritores de renombre, la nómina es impresionante, aunque alguno de ellos escapó pronto del encantamiento: André Gide, André Malraux, Bernard Shaw, Bertolt Brecht, Dorothy Parker, H. G. Wells, John Dos Passos, Ernst Hemingway, Henri Barbusse, Romain Rolland, Sinclair Lewis, Sidney & Beatrice Webb, Louis Fischer, Harold Laski, Theodore Dreiser, Paul Robeson..., todos convencidos del fundamento ético de su postura y de su sacrosanta independencia; todos, en definitiva, al servicio de Stalin. Fue la mayor muestra del genio de Willi: logró inculcar en las cabezas pensantes de Occidente la convicción de que apoyar a la Unión Soviética era signo de honestidad y progresismo, y que criticarla era prueba de conservadurismo y mala fe.

Cuando se trataba de personajes famosos, se procuraba la seducción personal: se les sitiaba con jóvenes cultivadas y atractivas procedentes de las clases altas de la época zarista, cuyas familias habían emigrado a Occidente después de la Revolución. Se hacía lo mismo con los homosexuales influyentes, aunque en la Unión So-

viética los gays eran perseguidos sin piedad; millares de ellos, condenados a trabajos forzados, murieron en las grandes obras –los canales, abiertos a pico y pala– de los planes quinquenales. Entre las decenas de mujeres dedicadas en Europa y Norteamérica a esa aproximación sentimental –llamadas por la escritora rusa Nina Berberova las «damas del Kremlin»– se encontraban la princesa María Pávlova Kudasheva y la baronesa Moura Budberg, ambas captadas y entrenadas por los servicios secretos antes de su salida de Rusia, y aleccionadas por Münzenberg. Como afirmó una de ellas en su vejez, lo único que importaba era sobrevivir.

Viuda del príncipe Serguéi Kudashev –oficial en el ejército blanco, muerto en la guerra civil– María fue seleccionada expresamente para seducir al Nobel Romain Rolland, treinta años mayor que ella. Inició el asedio, que duró todo un decenio, escribiéndole asiduamente: le enviaba sus poemas y confesaba sin tapujos la adoración que sentía por él y por sus obras. No recibió respuesta hasta que dos escritores franceses (Georges Duhamel y Luc Durtain), que la habían conocido en Moscú, dijeron a Rolland que era una mujer fascinante. Comenzó así una intensa correspondencia, cada vez más tierna, que culminó con la llegada de María a Suiza, donde vivía el escritor. Este, deslumbrado, cayó al fin en sus redes. Secretaria, amante, esposa desde 1934, María cumplió a conciencia su misión: dominó por completo a su consorte, hizo de él un estalinista sin fisuras, un propagandista a ultranza de la Unión Soviética; muchos pensaban que era miembro encubierto del Partido.

Moura Budberg, por su parte, fue destinada a conquistar a Gorki. Este había estado en prisión por manifestarse contra el zarismo y apoyaba a los bolcheviques tras el triunfo de la Revolución, aunque era muy crítico con el gobierno, sobre todo por sus medidas represoras. Abrumaba a Lenin, de quien era amigo personal, con peticiones de clemencia, demandas de ayuda y quejas de todo tipo. Había creado una editorial para publicar obras de los clásicos rusos a bajo precio

y recibía infinidad de cartas del extranjero; y se lamentaba de que no podía contestarlas por no encontrar colaboradores idóneos entre los adeptos al nuevo régimen. Lenin, dispuesto a «ayudarlo», le ofreció una secretaria que dominaba varias lenguas. Gorki cayó en la trampa: se enamoró perdidamente y dejó en manos de Moura su casa, su correspondencia, sus archivos. Budberg, ama de llaves, asistente, traductora y amante, siguió a Gorki cuando este, convencido por Lenin –ansioso por perderle de vista– de que debía vivir en un país con mejor clima si quería restablecer su maltrecha salud, dejó Rusia y se instaló en Italia. En cambio, cuando Gorki decidió regresar definitivamente a Moscú en 1931, Moura recibió la orden de abandonarle y trasladarse a Londres; ya no era necesaria a su lado. Se le encargó otra misión: debía corresponder al intenso amor que le mostraba el escritor inglés H. G. Wells, a quien había seducido años atrás en casa del propio Gorki, donde estuvo unos días invitado.

Se ha dicho que Budberg confesó a uno y otro, «hecha un mar de lágrimas», al comienzo de sus respectivas convivencias, que los amaba con pasión, pero que trabajaba para los servicios secretos y su cometido era espiarlos. De ser cierto, ambos debieron de sentirse conmovidos por esa arriesgada confesión. Lo cierto es que los dos la amaron hasta el final de sus días: Gorki susurró su nombre en su agonía; Wells reconoció en familia que no podía vivir sin ella.

* * *

A mediados de los años treinta, Stalin, consciente de que el plan de Hitler de expandirse hacia el Este –descrito en su libro *Mein Kampf*– sería puesto en marcha más pronto que tarde, decidió aniquilar a todos sus antiguos rivales por muy leales que entonces parecieran. No se fiaba de ellos: quería un país sólidamente unido, capaz de superar todas las pruebas, y estaba convencido de que sus viejos enemigos aprovecharían los momentos difíciles para volver a las anda-

das. Pero, a diferencia de Hitler, que había exterminado a las SA de Röhm en la llamada «noche de los cuchillos largos», se propuso condenarlos de un modo legal, en procesos públicos formalmente irreprochables: los acusados confesarían sus odiosos crímenes –espionaje, atentados, complots– y serían sentenciados a la pena capital.

Stalin sabía, por supuesto, que esas insólitas confesiones levantarían sospechas de tortura en el extranjero y que ello provocaría una fuerte reacción antisoviética. Para conjurarla, concibió dos imaginativas maniobras de diversión: el Frente Popular y la nueva Constitución de la URSS. El primero fue anunciado en el último congreso de la Internacional Comunista, celebrado en agosto de 1935, exactamente un año antes de la primera purga. Consistía en aglutinar a toda la izquierda, sobre todo los comunistas y los hasta entonces denostados socialistas, en un gran movimiento antifascista. El éxito fue espectacular: el Frente Popular, sostenido con fervor por la opinión pública, llegó al poder en Francia unos meses después. El entusiasmo generalizado redujo al mínimo el impacto negativo de los procesos de Moscú. Se ha dicho que en el entorno de Stalin, algunos pusieron en duda el resultado del camuflaje y que él secamente contestó: «Europa se lo tragará todo». No es creíble que pronunciara esas palabras, pero se puede dar por cierto que eso es lo que pensaba.

La segunda cortina de humo fue la publicación a bombo y platillo, en julio de 1936, un mes antes del primer proceso, de la nueva Constitución soviética, la más avanzada del mundo en aquel entonces. ¿Cómo creer que en un país con una Carta Magna tan progresista, que garantizaba infinidad de derechos a los ciudadanos, se ejecutase, tras juicios amañados, a víctimas inocentes?*

* Romain Rolland se cuenta entre los que se «tragaron todo». En entrevista telefónica para la prensa soviética proclamó su entusiasmo por la nueva Carta Magna: «Esta nueva Constitución muestra al mundo que la URSS ha vencido definitivamente a las fuerzas de inercia que habían sobrevivido al antiguo régimen. La nueva Constitución instituye la verdadera democracia, que solo puede existir en una sociedad sin clases: es la aplicación de las grandes palabras

El Frente Popular fue la última acción de propaganda en que intervino Münzenberg, aunque su participación era secundaria, ya que los comunistas actuaban al descubierto movilizando a las masas. No creyó, por supuesto, la versión oficial sobre las purgas en las que decenas de sus amigos habían sido eliminados. Sin una misión concreta por primera vez en su larga vida de activista, intentó desligarse poco a poco del Partido, sueño imposible porque sabía demasiado. El pacto germano-soviético de 1939 le sublevó como a tantos otros: ¿un comunista alemán, incansable luchador antifascista, aliado de los nazis? En la primavera siguiente los alemanes invadieron Francia, y Willi, consciente del destino que le esperaba si caía en manos de la Gestapo o, a través de esta, en las de Stalin, emprendió la huida. Fue a parar a un campo de internamiento cerca de Lyon y, desde allí, quiso llegar a Suiza en compañía de dos jóvenes alemanes que dijeron ser comunistas escapados por los pelos de su patria; habían aparecido en el campo y se habían ganado su confianza. Salieron el 20 de junio, víspera de la capitulación francesa, y Willi debió de morir pocas horas después estrangulado por sus acompañantes. Su cadáver descompuesto fue encontrado en octubre por unos cazadores en un paraje situado a una veintena de kilómetros del campo de internamiento. Se hallaba al pie de un árbol, con una soga al cuello desprendida al parecer de una rama rota por su propio peso, como si se hubiera suicidado.

---

que no fueron hasta el presente más que un sueño para la humanidad: Orden, Libertad, Igualdad, Fraternidad». Rolland creyó a pie juntillas que todos los condenados en los procesos de Moscú eran culpables de conspiración contra el Estado y de intento de asesinato de los líderes del país. Solo rompió abruptamente con Stalin tras el pacto germano-soviético, el reparto de Polonia y la anexión de los Estados bálticos, lo que suponía la recreación del sueño paneslavista ruso, la consolidación y la expansión de la potencia soviética. «La URSS desvela bruscamente un imperialismo devorador», escribió a finales de 1939.

Sexta Parte

OTRAS LUCES Y SOMBRAS DEL *REINADO*

Capítulo 30

La educación del pueblo

Cuando cayó el zarismo, Rusia era un país predominantemente agrario en el que el 70 por ciento de los hombres y el 90 por ciento de las mujeres no sabían leer ni escribir: en vez de firmar, trazaban una cruz. En 1917, de los ciento setenta millones de habitantes, no más de un millón habían recibido enseñanza secundaria y no pasaban de cien mil los que tenían estudios universitarios. Uno de los primeros decretos del nuevo régimen estableció la educación obligatoria para todos los ciudadanos analfabetos comprendidos entre los dieciocho y los cincuenta años. Aun abriendo fuera de su horario habitual, las escuelas rurales, escasas y situadas en pueblos de cierta importancia, no podían cubrir ese objetivo. Por ello se crearon las llamadas «estaciones de cultura popular» –80 000 en un solo año–, donde los campesinos aprendían las primeras letras fuera de las horas de trabajo. Como es natural, faltaban maestros, y se promovió como enseñantes, a cambio de un pequeño salario en especie, a los vecinos instruidos. Simultáneamente, se implantó la escuela única, a la que debían asistir todos los niños, sin distinción de sexo, desde los ocho años. Las distancias que muchos de ellos tenían que recorrer eran enormes, pero, en poco tiempo, el número de escuelas y de maestros creció espectacularmente en todas las regiones del país. Rusia fue también el primer país en declarar obligatoria la educación física en las escuelas.

Sin embargo, la alfabetización acelerada no bastaba para modernizar la economía. Era imprescindible elevar la cultura del pueblo si se quería tener éxito en los planes de industrialización. Stalin vivió siempre obsesionado por aprender y por enseñar. En la cárcel, pasaba las horas leyendo y escribiendo; organizaba con los obreros revolucionarios presos la lectura de periódicos, libros y revistas; recomendaba a sus camaradas lo que debían leer. Para él, la cultura mínima era «la alfabetización, las matemáticas elementales, la higiene, la vivienda, la alimentación, la conciencia y la eficiencia». Abordó el problema con su energía característica, emitiendo una serie continua de decretos para acelerar el proceso educativo. Además de ampliarse, a gran ritmo, la red de escuelas en todas las repúblicas, se abrieron jardines de infancia, clubes para niños –donde se iniciaban en el ajedrez–, clubes para proletarios, escuelas de arte y literatura, centros de educación para discapacitados.

Una experiencia fascinante fue la recuperación de niños vagabundos, que aparecieron a millares –se ha dicho que pasaban del millón– a partir de 1918, como consecuencia de la guerra civil: padres muertos o desaparecidos, familias desintegradas por la hambruna y la miseria. Dormían donde podían y se veían obligados a robar para sobrevivir. Las bandas infantiles eran temibles en el campo. Se apostaban en los caminos y asaltaban los carros de los aldeanos sujetando entre varios a los varones, mientras sus compinches metían las manos en los pechos y en el regazo de las mujeres en busca del dinero escondido; también se llevaban ropas, calzado y alimentos. Muchas mujeres, por compansión y pese a la carencia de medios, los recogían, y la policía realizaba redadas en mercados y estaciones para llevarlos a centros especiales de reeducación. Las llamadas «colonias» eran de dos tipos: para jóvenes delincuentes y para niños abandonados. En todas se seguían las mismas normas de conducta: no se obligaba a nadie ni a estudiar ni a trabajar; las puertas estaban abiertas, incluso los maleantes cogidos in fraganti y entregados al centro por la policía podían marcharse si

querían. Lo milagroso del sistema, basado en la paciencia, la bondad, el ejemplo, el afán por despertar en los internos un sentimiento de orgullo, fue que la inmensa mayoría de ellos comprendían enseguida que valía la pena estudiar, que el trabajo colectivo –lo fabricado en los talleres se vendía al Estado– redundaba en beneficio de todos, y que en la calle se estaba bastante peor que en la colonia; quienes se escapaban solían volver al cabo de pocos días.

(La figura más destacada, un verdadero pionero de este singular sistema educativo, que trastocaba todas las teorías de los grandes criminalistas, fue Antón Makarenko, nacido en Ucrania a finales del siglo XIX. Sus principales obras, *Poema pedagógico* y *Banderas en las torres,* son conocidas en todo el mundo y han recibido el elógio unánime de los mayores expertos en la materia. Vale la pena relatar su primera experiencia. En plena guerra civil organizó –con la venia de las autoridades, por supuesto, y una dotación económica exigua– una colonia para jóvenes delincuentes en las cercanías de Poltava. Se le cedieron unos pabellones abandonados en los que había funcionado, antes de la Revolución, un reformatorio. Los campesinos los habían desvalijado: se habían llevado las máquinas de los talleres, los muebles, las estanterías de los almacenes y del palomar, incluso las puertas con sus marcos y los cristales de las ventanas. Dos meses después de su llegada, con ayuda de los propios campesinos y de un contable que le fue asignado, había logrado adecentar el más pequeño de los pabellones, y así lo comunicó al departamento de Instrucción Pública de la ciudad. Inmediatamente, la policía le hizo entrega de los seis primeros residentes, detenidos con las manos en la masa. Pocos días después se llevaron a uno de ellos, acusado de asesinato, pero los demás, seducidos por el talante de Makarenko, se interesaron por el estudio y el trabajo y se integraron plenamente en la sociedad: el más rebelde se hizo militar y era teniente coronel cuando empezó la guerra; otro fue cirujano; uno más, ingeniero hidráulico, y los dos últimos, actores de gran éxito.)

Las realizaciones más destacadas fueron la enseñanza a distancia, la formación profesional, las facultades obreras y la reforma de la enseñanza superior. La enseñanza a distancia, puesta en marcha rápidamente tras la Revolución y seguida por un alto porcentaje de estudiantes, permitía llegar a las más lejanas zonas del país sin tener que invertir grandes cantidades en instalaciones fijas; se trataba, en cualquier caso, de un modelo elemental basado en el intercambio de cuestionarios y el envío de material didáctico. En cuanto a la formación profesional, se abrieron escuelas a millares, en las que se podía aprender prácticamente de todo: desde filosofía, literatura y folclore hasta los oficios más elementales, como zapatero o albañil. La enseñanza era gratuita, y para ingresar en esos centros no había cortapisa alguna: ni exámenes de aptitud ni diplomas de estudios previos. Tampoco importaba la edad: todos, jóvenes y mayores, eran bienvenidos. Solo contaba la afición, el interés por aprender.

Las escuelas de formación profesional propiamente dichas –las escuelas técnicas– se encontraban en todas partes, sobre todo en las nuevas ciudades industriales, en las que vivían con sus familias millares de obreros. Muchas de las escuelas de aprendizaje pertenecían a las propias fábricas o se encontraban, como un servicio más, entre las instalaciones anejas a las grandes obras de construcción. Los presos que abrían a pico y pala los grandes canales completaban sus largas jornadas siguiendo cursos nocturnos para mejorar su educación. Y lo mismo sucedía con los trabajadores de los gigantescos complejos industriales: asistían obligatoriamente a clase antes de regresar a sus casas. Cada granja colectiva (koljós o sovjós) tenía su propia escuela. En las doscientas mil explotaciones agrícolas que sustituyeron a los casi tres millones de parcelas individuales, se formaron electricistas, fontaneros, contables, técnicos en mantenimiento, conductores y mecánicos de máquinas agrícolas. La mayoría de los tanquistas y de sus servidores –los famosos «arregladores» que reparaban blindados en plena refriega, bajo una lluvia de balas– procedían de las brigadas de tractores. Los

hijos de los campesinos que se habían resistido a la colectivización comprendieron enseguida que sus padres se habían equivocado y se entregaron con fervor a la apasionante tarea de modernizar no solo el campo, sino el país entero. Una infinidad de ellos respondieron a la llamada del gobierno y se trasladaron a las grandes ciudades para participar en el vertiginoso proceso de industrialización. En menos de un decenio, la población activa de Moscú prácticamente se duplicó, y ello explica la crónica carencia de habitaciones.

Por otra parte, se crearon numerosas facultades obreras *(rabfaki)*, cuya misión era preparar a campesinos y obreros para el ingreso en la universidad. El único requisito para ingresar en ellas era saber leer y escribir, y conocer las cuatro reglas. Los cursos se impartían de la mañana a la noche, de forma que los alumnos pudieran asistir a ellos sin abandonar su trabajo habitual. Respecto a las universidades, la entrada en ellas era libre si se había terminado la enseñanza secundaria, pero quien no demostraba interés o carecía de aptitud para el estudio era rápidamente excluido. Se crearon innumerables institutos –denominación rusa de las facultades– y centros de investigación y diseño, de los que salieron los pioneros de la ciencia soviética: químicos, geólogos, físicos, mineralogistas, matemáticos. Estos últimos superaban en número a los de toda Europa en conjunto. Entre ellos destacaron Nikolái Luzin, Andréi Kolmogórov y Pável Aleksándrov, los tres elegidos muy jóvenes miembros de pleno derecho de la Academia de Ciencias de la URSS. El primero murió en 1950, pero el segundo sobrevivió a Stalin y siempre habló de él con gratitud, porque apoyó a los académicos en los años difíciles de la guerra y se interesó personalmente –cosa realmente asombrosa– por los trabajos de los matemáticos teóricos; tuvo el valor de hacer esa defensa cerrada del líder desaparecido en tiempo de Jruschov.*

* Kolmogórov también tenía motivos personales para el agradecimiento. En 1939 tanto él como Luzin formaban parte del presídium de la Academia de las Ciencias, y Kolmogórov

Otros establecimientos tenían como objeto forzar a los sabios a concentrarse en su trabajo. Stalin conocía la inestabilidad del alma rusa y dudaba de que los científicos destinados a un determinado proyecto se pusieran de acuerdo para emprenderlo en común y sin demora. Por eso, cuando la guerra se aproximaba, envió a prisión, con fútiles pretextos, a los científicos más doctos del momento y creó para ellos docenas de centros, llamados *sharashki* por los propios reclusos, donde estos disfrutaban de comodidades suficientes y disponían de todos los medios para poder dedicarse, intensa y exclusivamente, a la investigación. Túpolev, uno de los padres de la aviación soviética, y Koroliov, primer responsable del programa espacial, trabajaron mano a mano en una de aquellas «prisiones académicas». (Serguéi Koroliov proyectó el primer Sputnik, lanzado al espacio en 1957.)

Después de la guerra tuvo enorme éxito una institución singular: la Sociedad para la Difusión del Conocimiento, fundada en 1947, que llegó a tener nada menos que millón y medio de socios dispuestos a divulgar lo que sabían o a aprender lo que ignoraban. Académicos, sabios, profesores, ingenieros, arquitectos, investigadores, especialistas de todo tipo daban conferencias, publicaban monografías, organizaban seminarios y exposiciones. Junto con ellos, eran socios miles de personas, casi todas tituladas en alguna disciplina, que sentían curiosidad por otras ramas del saber.

La labor educativa se complementaba con el aumento constante de bibliotecas y museos, y con el extraordinario desarrollo de la industria editorial. En 1917 había en Rusia 14 000 bibliotecas; a la muerte de Stalin, 300 000. Respecto a museos, en los que casi

---

abofeteó a Luzin –ambos tenían un pésimo carácter– porque se negó despotricando a aceptar su propuesta de que Aleksándrov fuera elegido académico. Se abrió un expediente para expulsarle de la Academia, pero enterado Stalin, que acababa de liquidar en las purgas a todos sus viejos rivales, envió una nota angelical: «También entre nosotros disentimos. Esas peleas ocurren en todas partes y no queda otro remedio que aceptarlas».

siempre hay grupos de niños, raro es el pueblo que no cuenta con uno, por pequeño que sea; la mayoría de esos museos fueron abiertos en los años treinta, antes de la invasión alemana. En cuanto a libros, baste decir que eran editados en cifras muy superiores a las de cualquier otro país: una media de cinco libros por habitante y año. Aparecían en todas las lenguas de la URSS y, en impecables traducciones, en cincuenta idiomas extranjeros. Balzac, Jack London, Dickens, Shakespeare, Tagore y tantos otros –entre ellos los grandes escritores rusos de todos los tiempos– estaban en todas las casas. Existía una editorial especializada en literatura infantil (Dietguiz), que publicó en dos décadas mil millones de libros; solo en 1953, año de la muerte del *vozhd*, se imprimieron 400 000 ejemplares de *Las aventuras de Tom Sawyer,* de Mark Twain.

En definitiva, en tiempos de Stalin se trabajaba y se estudiaba. Cuando a finales del siglo XX el viejo escritor Serguéi Zaliguin presentó su última obra, *Acerca de la Inmortalidad*, respondió a una pregunta sobre qué hacía la gente de su generación antes de la guerra con Alemania: «Estudiábamos –contestó–, estudiábamos con entusiasmo». Uno de los mayores logros de la época estalinista fue, efectivamente, inculcar en los jóvenes el amor al estudio, virtud que no se ha perdido del todo con la caída de la Unión Soviética. El ruso sigue siendo desde la infancia, y mayoritariamente, un estudiante serio, tenaz y concienzudo. La educación daba gran importancia a las matemáticas para fomentar la inventiva y la capacidad de análisis; y obligaba asimismo al constante aprendizaje de textos para ejercitar la memoria. Incluso en una clase de idiomas se trataba de enseñar a pensar. En lo esencial, ese sistema educativo se mantiene en la Rusia de hoy.

Stalin fue capaz de transmitir a la gran masa de la población su propio paroxismo del esfuerzo, la esperanza en una vida mejor, la aspiración al saber, el sueño de que nada es imposible. El horror de la colectivización, en la que millones de campesinos perecieron, se des-

vaneció en la memoria ante la mística del Primer Plan Quinquenal (1928-1932), una verdadera catarsis que despertó el orgullo y el fervor de la inmensa mayoría de la población, dispuesta a seguir a los dirigentes sin compartir todos sus credos. En la ingente tarea de industrializar a marchas forzadas el país participaron millones de no comunistas, los *bespartini* –«los bolcheviques no afiliados al Partido», decía Stalin– listos para aplicar los conocimientos recién adquiridos. Testigos occidentales del fenómeno estalinista, fascinados, han dejado escrito que aquellos fueron tiempos irrepetibles de fe, de entrega, de afán por aprender y de entusiasmo de todo un pueblo.

Capítulo 31

La alianza con la Iglesia

Desde el siglo XIV hasta el triunfo de la Revolución, la Iglesia ortodoxa siempre fue una rueda del Estado, como simbolizaba su expresivo lema: «Estado. Iglesia. Pueblo». La sede metropolitana, que se encontraba en Kiev desde la adopción del cistianismo, se había trasladado a Vladímir cuando la ciudad, en 1240, fue arrasada por los tártaros. Un siglo después, en 1327, Iván I recibió del kan el título de Gran Príncipe de Moscovia, y la sede de la Iglesia –que era en la práctica autónoma, aunque dependía formalmente del Patriarcado de Constantinopla– se instaló en Moscú como el más firme pilar del Estado. Prueba de ello es lo ocurrido tras el Concilio de Florencia (1439), que reunió a los máximos responsables de toda la Cristiandad, y en el que griegos y rusos reconocieron la autoridad del papa. Cuando el metropolitano* Isidoro, representante ruso en el concilio, regresó a Moscú y anunció que la unidad de la Iglesia había sido restaurada, cosa contraria a la política seguida por los príncipes moscovitas, fue inmediatamente depuesto y encarcelado. Y en 1443 el Concilio de los Obispos rusos, además de condenar explícitamente la Unión de las Iglesias, prohibía todo contacto con Roma. Cien años después, caía Constantinopla en manos de los tur-

* El metropolitano es un dignatario eclesiástico de la Iglesia ortodoxa de categoría inmediatamente inferior a la de patriarca y superior a la de arzobispo.

cos y empezaba a gestarse el mito de la Tercera Roma: «Dos Romas han caído, la tercera será Moscú y no habrá una cuarta».

La influencia de la Iglesia llegó a su cénit tras la llamada «época de los disturbios», cuando los polacos, que habían invadido Rusia, fueron expulsados y, en 1613, se eligió un nuevo zar, un muchacho de diecisiete años, descendiente de Anastasia, primera esposa de Iván el Terrible. El padre de Mijaíl –el primer Románov–, un hombre ilustrado, intrigante y ambicioso, había conspirado contra Borís Godunov, y este le obligó a tomar los hábitos, cosa que algunos nobles hacían motu proprio al llegar a la vejez. Prisionero de los polacos, el padre Filaret –nombre adoptado al hacer los votos– fue liberado en 1619, e inmediatamente, elegido patriarca de Moscú y de todas las Rusias. Su hijo le concedió un título reservado a los zares: *Veliki Gosudar* (Gran Señor); y el poder quedó compartido, pues los *ukases* (decretos) llevaban las firmas de los dos.

Todo cambió con Pedro el Grande. Este, debido a su temperamento explosivo, su dinamismo y su afán por modernizar el país, odiaba literalmente a la Iglesia ortodoxa por su ignorancia, su oscurantismo, su apego a los bienes materiales y su oposición soterrada a cuanto él emprendía. Y en 1721, para eliminar de una vez por todas el papel de la Iglesia en el Estado, abolió el Patriarcado y lo sustituyó por el Santo Sínodo, un consejo cuyos dictámenes dejaron de ser vinculantes. A partir de entonces, el poder en todos los ámbitos quedaba en manos del zar.

La dirección de la Iglesia siguió dependiendo del Estado hasta la revolución de febrero de 1917, que provocó la abdicación de Nicolás II. El régimen burgués proclamó la libertad religiosa, y la Iglesia, desligada de toda autoridad exterior, convocó un concilio –el primero en dos siglos– para restaurar el Patriarcado. El concilio, inaugurado en agosto de 1917, duró más de un año y, por tanto, cuando fue clausurado ya estaban en el poder los bolcheviques. Fue elegido patriarca el metropolitano de Moscú, Tijon Belavin. Poco

después, el gobierno arrebataba a la Iglesia todas las escuelas parroquiales –únicos centros de enseñanza primaria en la mayoría de las aldeas– y las pasaba al Comisariado de Educación; simultáneamente, se cerraron los seminarios.

La situación empeoró con celeridad. Al término de la guerra civil, el hambre se extendía por amplias zonas del país, y Lenin, a comienzos de 1922, firmó uno de sus últimos decretos antes de sufrir el primer ataque cerebral. Tenía por objeto la confiscación de los bienes eclesiásticos, que se justificaba por la «urgente necesidad de movilizar los recursos del país para combatir el hambre en la región del Volga»; y se ordenaba a los soviets locales que, en el plazo de un mes, confiscasen el oro, la plata, las piedras preciosas y todo cuanto tuviera valor en las iglesias y no fuera imprescindible para la celebración del culto. La jerarquía se opuso radicalmente. Monseñor Tijon incitó a los fieles a agruparse en asociaciones laicas para la defensa del patrimonio de la Iglesia, y muchos popes se atrincheraban en sus parroquias soliviantando a la población. La represión fue implacable: Tijon fue arrestado en mayo y varios obispos corrieron la misma suerte; los curas rebeldes fueron ahorcados y, de paso, se prohibieron todas las publicaciones eclesiásticas. Un año después, ante la aparición de una Iglesia disidente promovida por el Estado, la Iglesia Viva, Tijon publicó una carta pastoral en la que condenaba todo ataque al gobierno por parte de los fieles ortodoxos. Fue liberado, pero permaneció en arresto domiciliario. Abatido y sin esperanzas, murió en abril de 1925, y las autoridades prohibieron la convocatoria de un concilio para elegir a su sucesor. Tijon había designado una terna de prelados como sustitutos, pero los tres fueron sucesivamente encarcelados. El último, días antes de ser detenido, nombró un único lugarteniente, el metropolitano Serguéi de Nizhni Nóvgorod.

La Iglesia, acosada por la Liga de los Sin Dios, sobrevivió descabezada y prácticamente en silencio. Este, al final de los años vein-

te, cuando se inició la colectivización forzosa en el campo, se transformó en terror. Los popes apoyaban a los campesinos que se negaban a abandonar sus parcelas y a integrarse en las granjas colectivas. Stalin ya estaba al timón, y la respuesta fue atroz: millares de popes perecieron, y el 80 por ciento de las iglesias rurales fueron cerradas. La Iglesia regresó a las catacumbas.

Las circunstancias mudaron en la década siguiente. Desde la llegada de Hitler al poder, Stalin sabía que la guerra con Alemania era inevitable. Conocía asimismo que la mayoría de la población, sobre todo en el campo, conservaba sus creencias religiosas, cosa que tener en cuenta si quería conseguir la unidad del pueblo ante una agresión exterior. También era consciente de que la persecución a la Iglesia y el ateísmo militante dañaban seriamente la imagen de la URSS en el extranjero. Por todo ello, tomó varias medidas oportunas: la nueva Constitución soviética (1936) garantizaba «la libertad de creencias»; y, tras su publicación, la propaganda antirreligiosa disminuyó y la actividad pública de la Iglesia poco a poco se reanudó.

Llegó la guerra, y el mismo día de la invasión alemana el metropolitano Serguéi, la figura más preeminente de la Iglesia, pidió a los fieles que apoyasen al gobierno y defendiesen su patria: «El Señor nos concederá la victoria». No hubo capellanes militares durante la contienda, pero los soldados, en su mayoría de origen campesino, podían manifestar su fe con toda libertad. Aunque el esfuerzo del país se dirigía prioritariamente a la guerra, se dedicó algún dinero a la restauración de templos, y se creó un comisariado para asuntos de la Iglesia, que el pueblo bautizó con humor como el *Narkombog* (Comisariado del Pueblo para Dios); también era llamado *Narkomop* (Comisariado del Pueblo para el Opio), irónica alusión al célebre lema: «La religión es el opio del pueblo». La propaganda del gobierno, patriótica y nacionalista, invocaba a los grandes héroes del pasado, muchos de ellos en el santoral de la Iglesia ortodoxa; y esta respondía con su apoyo incondicional al régimen. Al-

gunos popes ucranianos se habían puesto al servicio de los alemanes, pero el clero ruso al unísono execraba en sus sermones la «cruzada de liberación» de Hitler y calificaba de «perros rabiosos» a los nazis.

El 7 de noviembre de 1942 se festejaba el veinticinco aniversario de la Revolución, y el metropolitano Serguéi envió a Stalin un telegrama de felicitación, que *Pravda* reprodujo dos días después:

> En nombre del clero y de todos los fieles de la Iglesia ortodoxa rusa, hijos fieles de nuestra patria, cordialmente y en un espíritu de oración, saludo en su persona al jefe elegido por Dios de todas nuestras fuerzas militares y culturales, que nos conduce a la victoria sobre los invasores bárbaros, a la prosperidad de nuestro país en la paz y al porvenir radiante de sus pueblos: que Dios corone de éxito y de gloria sus grandes proezas en defensa de la patria.

En 1943, tras las batallas de Stalingrado y de Kursk, Stalin quiso difundir en Occidente, sobre todo en los países aliados, su imagen de hombre civilizado, y decidió normalizar las relaciones con la Iglesia. Reunió a los metropolitas de Moscú, Leningrado y Kiev y les pidió que convocasen un concilio y nombrasen un patriarca. Resultó elegido precisamente Serguéi, quien solicitó audiencia a Stalin para informarle en persona de su nombramiento. Nada más verlo, Stalin le espetó:

–¿De quién tienes más miedo, de mí o de Dios?

El nuevo patriarca, estupefacto, no acertó a responder. Y Stalin continuó:

–No dices nada. Es de mí, claro está. Si hubiera sido de Dios, no hubieras venido a verme vestido de civil. Ponte tus arreos, sal a la calle con ellos, habla por la radio.

Y añadió complaciente:

–Tendrás un coche a tu disposición. ¿Necesitas algo más?

–Me gustaría volver a publicar el boletín del Patriarcado.

–Nos falta papel, y todos los medios de que disponemos se dedican a la guerra –contestó Stalin pensativo.

De repente, descolgó el teléfono y pidió a su secretario bruscamente, como tenía por costumbre: «Yaroslavski». Yemilián Yaroslavski, estalinista hasta la médula, autor de una biografía encomiástica del líder, era el director de la revista *Bezbozhnik* (Los Sin Dios), que había dejado de publicarse desde el comienzo de la guerra. (Curiosamente, su último número contradecía lo expresado en el título: estaba dedicado en gran parte a denunciar las persecuciones nazis a las Iglesias católica y protestante de Alemania.)

Cuando se puso al teléfono, Stalin le ordenó:

–Cierra la revista y entrega al Patriarca las instalaciones con todo lo que contienen: las máquinas de escribir y demás material que pueda serle útil. No olvides, por supuesto, el papel.

La sede de los «Sin Dios» pasó a ser ipso facto la sede de los «Con Dios».

Serguéi se puso de acuerdo con la Casa de la Radio para dirigir una alocución al país. Llegó con sus recobradas vestimentas y fue recibido con todos los honores. Se le ofreció una taza de té «mientras se revisaba su texto».

–¿Qué texto? No traigo texto alguno. Sé de sobra lo que quiero decir.

Nunca se había dado un caso igual. Los responsables de controlar las emisiones, aterrorizados, llamaron por teléfono a los altos dirigentes de la censura, y estos lo hicieron al Comisariado de Educación y Cultura. Nadie se atrevió a tomar una decisión, y la noticia, por asombroso que parezca, llegó en pocos minutos al despacho de Stalin, quien, como es lógico, zanjó irritado el asunto:

–Que diga lo que le dé la gana.

La inesperada y emotiva arenga de Serguéi, una vibrante llamada al patriotismo, transmitida a toda la nación incluso por los alta-

voces del frente, causó sensación. Y, a partir de ese momento, los sacerdotes pronunciaban plegarias por Stalin, a quien definían como «el ungido del Señor». La Iglesia Viva fue disuelta y se permitió la apertura de los seminarios, con una condición impuesta por Stalin: que ningún ciudadano soviético con educación superior pudiera entrar en ellos, a fin de evitar que el hombre ilustrado ingresase en las filas de la Iglesia: Esta también fue autorizada a poseer propiedades, y recibió, como concesión en exclusiva, la venta de cirios, una fuente considerable de ingresos. Como contribución a los gastos de la guerra, la Iglesia donó ciento cincuenta millones de rublos procedentes, al parecer, de las colectas a los fieles. Y el Patriarcado regaló al Ejército Rojo casi una docena de blindados, el llamado Batallón de San Dmitri Donskói (vencedor de los tártaros en Kulikovo). En la solemne ceremonia de bendición y entrega de los tanques, Serguéi se refirió a Stalin como «nuestro padre común». La alianza entre la Iglesia y el Estado quedó definitivamente sellada.*

Después de la guerra, el pacto se consolidó. Se abrieron más de veinte mil iglesias, y otros tantos sacerdotes volvieron a ejercer su ministerio. El apoyo de la Iglesia al régimen tuvo gran repercusión en el extranjero. El portavoz del Patriarcado, un metropolitano imponente, asistía con sus ropajes de ceremonia y su gran cruz pectoral a congresos y conferencias, predicaba la paz entre las grandes potencias, ensalzaba al «amado guía de los pueblos de nuestro Estado». Cuando Stalin murió, Alexis, el nuevo patriarca, sucesor de Serguéi, pidió al clero de todo el país que rezase por él: «Da el eterno descanso entre los santos, Señor, al alma de tu servidor José».

* Sergéi falleció a finales de 1943, poco después de ser elegido Patriarca. Su sucesor, Alexis, fue entronizado con gran pompa en 1945, tras el final de la guerra, en presencia de varios patriarcas de otros países, del cuerpo diplomático y de altos dirigentes del Partido y del Estado.

Capítulo 32

Las jugadas en política exterior

En 1918, apenas finalizada la Primera Guerra Mundial, se produjo la intervención extranjera en Rusia, la llamada por Churchill «cruzada de las catorce naciones», con objeto de «estrangular en su cuna» la reciente Revolución de Octubre. Con ello comenzó la salvaje guerra civil, en la que murieron siete millones de rusos –dos más que en la larga contienda mundial–, y que se saldó, para pasmo del mundo, con la victoria bolchevique. Aunque un par de años después, la mayor parte de las fuerzas extranjeras y todos los ejércitos zaristas (los guardias blancos) habían sido expulsados del país, el Ejército Rojo no logró liberar el último reducto rebelde, Vladivostok, hasta 1922, coincidiendo prácticamente con la creación de la Unión Soviética y con el nombramiento de Stalin como secretario general. De la mano de este, la URSS, exhausta y aislada, no reconocida por ninguna de las grandes potencias, inició un lento proceso de recuperación económica y de reinserción en la arena internacional.

El «cebo» de Stalin para romper ese bloqueo fue el comercio, principalmente con Estados Unidos. A poco de comenzar el Primer Plan Quinquenal, ocurrió el crac de la Bolsa de Nueva York, inicio de la Gran Depresión de 1929, y los pedidos soviéticos de maquinaria y otros bienes industriales ablandaron el corazón de los hombres de negocios, que empezaron a presionar a su gobierno para que estableciese relaciones diplomáticas con un país que pa-

gaba con puntualidad. Otro curioso señuelo tuvo como destinataria la industria del automóvil. En los primeros años del régimen buen número de dirigentes bolcheviques, incluso en provincias, tenían asignados flamantes Rolls-Royce, que habían sido expropiados a la familia imperial, la aristocracia y la alta burguesía. Stalin, con el pretexto de su elevado consumo, ordenó encerrar todos esos coches y asignó una importante partida para la importación de Packards. Ante esa bendición inesperada, el poderoso *lobby* de los fabricantes de automóviles se puso rápidamente en marcha. Aun así, vencer el anticomunismo congénito de la sociedad americana llevó mucho tiempo: desde que, en 1923, el cónsul en Vladivostok, último diplomático estadounidense en dejar el suelo ruso, cerró su oficina, hasta la reapertura de la embajada pasaron diez largos años. A mediados de noviembre de 1933, Roosevelt y Maxsim Litvínov, comisario de Asuntos Exteriores, firmaron en la Casa Blanca el establecimiento de relaciones diplomáticas. (Francia y Gran Bretaña habían reconocido a la Unión Soviética en los años veinte, aunque las relaciones con Inglaterra, debido a una serie de graves incidentes, se rompieron en mayo de 1927 y solo se reanudaron año y medio más tarde.)

En 1933 Hitler fue nombrado canciller y, dieciocho meses después, tras la muerte del mariscal Hindenburg (presidente del país), se convirtió en dictador de Alemania. Stalin conocía de sobra su filosofía y sus intenciones expuestas en *Mein Kampf*: la expansión alemana hacia el este de Europa, el *Lebensraum*, el espacio vital, a costa, obviamente, de Rusia. Sabía, por tanto, que la guerra era inevitable e hizo cuanto pudo para retrasarla. Por el Tratado de Versalles, firmado tras el final de la Primera Guerra Mundial, Alemania, además de sus pérdidas territoriales –la rica Alta Silesia pasaba a Polonia, Alsacia-Lorena volvía a Francia–, era fuertemente penalizada con una serie de restricciones militares: su ejército quedaba reducido a cien mil voluntarios (se excluía el servicio militar obligatorio); su

Armada no podía pasar de seis cruceros y unos cuantos barcos menores; se le prohibía poseer armas ofensivas como tanques, artillería pesada, submarinos, aviones; se disolvía su Estado Mayor. Hitler se propuso terminar con esas limitaciones y logró la tácita conformidad de Francia y Gran Bretaña con el espantajo de la Revolución. La hostilidad de las democracias al comunismo fue incentivada con pericia por la propaganda alemana, que insistía continuamente en la amenaza bolchevique.

En marzo de 1935, Anthony Eden, en representación del gobierno británico, visitó a Hitler en Berlín. Este reiteró que sus intenciones eran pacíficas, pero que su país y Europa entera necesitaban defenderse del peligro comunista; y definió a Alemania como el principal bastión y valedor de la civilización occidental, por lo que necesitaba paridad en armamento con las potencias europeas. Eden se limitó a escuchar –no se opuso a esa petición contraria al Tratado de Versalles– y voló a Moscú para informar a los soviéticos de sus conversaciones con Hitler: era la primera visita de un ministro británico en los dieciocho años del régimen bolchevique. Fue recibido por Litvínov, Mólotov –jefe del gobierno–y Stalin, quienes afirmaron que no tenían duda alguna de las intenciones agresivas de Alemania, puesto que su política exterior se regía por una idea fundamental: el deseo de dominar Europa. Stalin añadió que veía la situación internacional más preocupante que en 1913, en vísperas de la Primera Guerra Mundial; y que era no solo posible, sino altamente probable que el primer golpe alemán no fuese dado contra la URSS. ¿Había intuido lo que realmente ocurrió al estallar la guerra? En absoluto. Comprendió que se le informaba de las demandas de Hitler dando tácitamente por hecho que serían aceptadas; y expresó a Eden, como una advertencia que sabía inútil, lo que era su más íntimo deseo: que Gran Bretaña y Francia pagasen su ceguera recibiendo en primer lugar la embestida alemana. A ese objetivo dedicó desde entonces sus jugadas.

El mismo año 1935, la URSS firmó un pacto político con Francia relativo a la seguridad colectiva, pero los gobernantes franceses rechazaron la petición soviética de conversaciones entre los estados mayores de ambos países; ni siquiera permitieron que observadores soviéticos presenciaran las maniobras de su ejército. La negativa a la cooperación militar demostraba la intrascendencia del pacto y suponía que, en caso de ataque alemán, la Unión Soviética siguiese abandonada a su suerte. La respuesta de Stalin no se hizo esperar. Francia había firmado un tratado de defensa mutua con Checoslovaquia y, en un acto de arrogancia, olvidando la reciente ofensa, pidió a la irritada Unión Soviética que hiciera lo mismo. Stalin quiso mostrar su buena voluntad y firmó, en 1936, un tratado similar con aquel país, en el que subyacía sutilmente su venganza. El acuerdo incluía una cláusula en apariencia inocua: la URSS cumpliría su deber de auxilio a Checoslovaquia «previo» el cumplimiento por Francia de las obligaciones contenidas en su tratado con ella. Stalin estaba seguro –como así fue– de que el gobierno francés no movería un dedo para salvaguardar la independencia de Checoslovaquia, por lo que la Unión Soviética también podría lavarse las manos. Francia, además de negarse a un pacto militar para no tener obligaciones cuando se produjese el ataque alemán a Rusia –del que estaba convencida–, pretendía que la Unión Soviética le sacase en Checoslovaquia las castañas del fuego. No podía imaginar que ella recibiría el golpe nazi primero ni que Stalin se liberaría hábilmente, con una cláusula «inocente», del forzado compromiso con Checoslovaquia.

A mediados de los años treinta se produjeron cambios significativos en el seno del gobierno británico. Debido a su delicado estado de salud, el primer ministro, Stanley Baldwin, presentó su dimisión en mayo de 1937 y fue sustituido por Neville Chamberlain, hasta entonces ministro de Hacienda. Eden, que había sido nombrado ministro del Exterior a finales de 1935, y que era contrario –como demostró con su silencio tras las conversaciones con Hitler

en marzo del mismo año– al uso de la fuerza para detener a Alemania, cambió de criterio influido por Churchill y, en desacuerdo con la actitud pacifista del primer ministro, renunció a su puesto. Le sustituyó lord Edward Halifax, amigo de Chamberlain, tan furibundo anticomunista y tan obtuso como este. Ambos tenían una sola idea en política exterior: que Alemania atacara a la Unión Soviética y derribara al régimen bolchevique. Apenas tomar posesión de su cargo, Halifax visitó a Hitler, que ya había ocupado Renania impunemente. Y no solo alabó a Alemania como «baluarte de Europa contra el bolchevismo», sino que se refirió a posibles alteraciones territoriales en algunos países –Austria y Checoslovaquia entre ellos–, aunque, eso sí, deberían realizarse por medios pacíficos.

Chamberlain y Halifax contaban con el apoyo mayoritario del Partido Conservador. Entre sus líderes, solo Churchill, pese a su anticomunismo –había apoyado en 1918 la «cruzada» contra el poder soviético– veía claro: reiteraba que Alemania suponía un grave peligro no sólo para la Gran Bretaña sino para toda Europa e incluso para el mundo entero. Predicaba en el desierto y recibía en la prensa y en el Parlamento toda clase de insultos por su actitud belicista. En 1937 visitó al entonces embajador alemán en Londres, von Ribbentrop, y este, ante un gran mapa colgado en la pared, repitió las ideas de Hitler: Gran Bretaña tenía que dar carta blanca en el este de Europa a Alemania para que pudiera conquistar un espacio vital imprescindible, dado el continuo aumento de su población; y mencionó explícitamente, como objeto de sus ambiciones, Ucrania y Bielorrusia. Churchill le contestó que el gobierno británico nunca estaría de acuerdo en dar esa carta blanca (se engañaba a sí mismo, ya que Chamberlain y Halifax llevaban ese camino). Y Ribbentrop exclamó brutalmente: «En ese caso, la guerra es inevitable. No hay alternativa. El Führer está decidido». El mismo año, el 14 de julio, Churchill se reunió con el embajador soviético en Londres y, tras la entrevista, declaró públicamente que Alemania suponía una seria

amenaza para el Imperio británico; y afirmó que, con toda seguridad, el primer golpe nazi no sería contra la URSS, pues ello entrañaría un riesgo excesivo, sino contra Occidente.

Stalin, por supuesto, conocía la postura de Churchill y estaba seguro de que, más pronto que tarde, los hechos le darían la razón. Por aquel tiempo recibió a una pequeña delegación inglesa, cuyas figuras más famosas eran el Nobel Bernard Shaw y la diputada lady Nancy Astor, la primera mujer elegida miembro del Parlamento británico. Lady Astor era una mujer expansiva, con gran afán de protagonismo, que solía recibir los fines de semana en su mansión campestre al llamado clan Cliveden –por el nombre de la finca–, los partidarios de apaciguar a Alemania, con Chamberlain y Halifax a la cabeza. Hablaron sobre la situación internacional, y Stalin se interesó por la opinión de sus visitantes sobre los políticos ingleses. De repente, preguntó:

–¿Y qué me dicen de Churchill?

–Por fin está acabado –contestó despectiva lady Astor.

–No estoy tan seguro –le respondió Stalin–. Si el pueblo inglés sufre una gran crisis, es posible que recurra al viejo caballo de guerra.

(Saint John Ervine, en su biografía de Bernard Shaw, cuenta que en esa misma reunión la osada aristócrata pretendió perturbar al impasible Stalin preguntándole: «¿Cuánto tiempo piensa seguir matando gente?»; a lo que él contestó sin inmutarse: «Mientras sea necesario, señora».)

La partida duró dos años más. En noviembre de 1937 Hitler reunía a los más altos mandos militares y les exponía claramente sus propósitos, los mismos de *Mein Kampf*: conquistar grandes espacios en Europa Oriental. En 1938 ocupó Austria, país que tenía prohibido por el Tratado de Versalles unirse a Alemania; y las democracias protestaron levemente sin tomar ninguna medida concreta. El paso siguiente fue reclamar los Sudetes, la región checoslovaca poblada por tres millones y medio de alemanes. Chamberlain y Daladier, jefe

del gobierno francés, optaron por el sosiego. Tras una serie de negociaciones, el primero convocó, en septiembre de 1938, a los jefes de gobierno de Francia, Alemania e Italia, dejando fuera a la Unión Soviética con el pretexto de que Hitler y Mussolini no querían negociaciones de ningún tipo con los bolcheviques. La nefanda Conferencia de Múnich aceptó las nuevas demandas de Hitler, y Checoslovaquia fue desmembrada. Chamberlain regresó a Londres en olor de multitudes: de muchas partes del mundo, le llovieron felicitaciones por haber logrado lo que él mismo había definido como «la paz de nuestro tiempo». Solo Churchill disintió: «Tenían que elegir entre el deshonor y la guerra –dijo–; han optado por el deshonor y pronto tendrán la guerra».

Efectivamente, no había pasado medio año cuando Hitler ocupaba el resto de Checoslovaquia, cosa que en Múnich se le había prohibido. Francia y Gran Bretaña reaccionaron al fin ante una nueva exigencia del Führer: la recuperación de Dantzig. Garantizaron la integridad de Polonia, pero hasta el último minuto mantuvieron viva la esperanza de que Alemania atacase a la URSS. Se negaron a dar garantía alguna a los Estados del Báltico, lo que equivalía a dejar una puerta abierta para que Hitler arremetiese contra la Unión Soviética sin tocar Polonia. ¿Qué podía hacer Stalin? Excluido en Múnich, consciente de las aviesas intenciones de Francia y Gran Bretaña, y de que su país aún no estaba pertrechado para enfrentarse al ejército nazi, decidió pactar con Alemania. Sin mostrar ansiedad alguna, ocultando cuidadosamente su designio, esperó impertérrito casi un año a que Hitler diera el primer paso. Aunque este había jurado repetidas veces que preferiría ahorcarse antes que firmar un pacto con Stalin, se vio obligado a desdecirse: una vez decidido a enfrentarse con Francia y Gran Bretaña, garantes de Polonia, quiso asegurar su retaguardia, tener las espaldas cubiertas. Y propuso, a través de su embajador en la URSS, Schulenburg, que Ribbentrop –ya ministro de Relaciones Exteriores– llegase a Moscú con plenos po-

deres para firmar un acuerdo. Stalin respondió con una más de sus astutas jugadas. Pidió que, antes de esa visita, se le enviase una propuesta por escrito en la que figurasen las ofertas territoriales. Si esa propuesta, por un desliz alemán, se divulgase, se trataría solo de una proposición de Alemania; Stalin podría asegurar que la había rechazado abruptamente.

Lo demás es de sobra conocido. El 23 de agosto de 1939, para sorpresa del mundo entero, se firmó en Moscú el pacto germano-soviético. La noticia produjo una verdadera conmoción a millones de luchadores, entre ellos los militantes comunistas, que llevaban años combatiendo al fascismo por todos los medios a su alcance. Hitler invadió Polonia, y Francia y Gran Bretaña declararon la guerra a Alemania. Stalin había ganado la partida. Esperaba conseguir un mínimo de tres años para completar la preparación del Ejército Rojo, ya que estaba convencido de que la guerra en Europa sería larga y, como en la Primera Guerra Mundial, sin un claro vencedor. No podía imaginar –ni él ni ningún otro analista político– que el ejército francés se derrumbaría en cuarenta días ante las fuerzas acorazadas de Hitler. Tras la caída de Francia en junio de 1940, Stalin recibió en el Kremlin al embajador británico, sir Stafford Cripps, y le confesó sin ambages que la URSS aún no estaba preparada para un choque con el ejército nazi. Necesitaba, por tanto, retrasar lo más posible el inevitable enfrentamiento con Alemania, aunque ello comportase la derrota de Inglaterra: la invasión y ocupación de las islas británicas supondría un enorme desgaste para el ejército alemán, y la Unión Soviética ganaría un tiempo precioso para reforzar sustancialmente su poder militar. Él dedicaría todos sus esfuerzos –afirmó Stalin al asombrado embajador– para que ese fuese precisamente el curso de los acontecimientos. Como es sabido, no fue así. Ante la imposibilidad de invadir Gran Bretaña, Hitler se revolvió contra la URSS un año después.

* * *

Stalin aprovechó al máximo los casi dos años ganados gracias al pacto germano-soviético. Continuó a gran ritmo la preparación para la guerra: construyó enormes líneas de fortificaciones; multiplicó las fábricas de armamento; mejoró sensiblemente la formación de mandos del Ejército Rojo. Pero también se ocupó, como una medida defensiva más, de alejar las fronteras del país, lo que implicaba la anexión a la Unión Soviética de territorios ajenos. El 17 de septiembre de 1939 las tropas soviéticas invadieron Polonia para ocupar la parte del país reservada a la URSS en el pacto con Hitler. Stalin no arriesgó nada: estaba seguro de que Francia y Gran Bretaña, que habían declarado la guerra a Alemania dos semanas atrás, bastante tenían con enfrentarse a ese poderoso enemigo. La Unión Soviética se anexionó el 40 por ciento del territorio polaco, con unos once millones de habitantes. Se justificó la ocupación afirmando que esa población era mayoritariamente de etnia ucraniana o bielorrusa, y que se pretendía evitar que cayese en manos alemanas. En realidad, casi la mitad de los habitantes eran polacos.

Simultáneamente, se forzó a los Estados bálticos a firmar con la URSS los llamados Pactos de Asistencia Mutua, por los que traspasaban a los soviéticos sus más importantes bases militares. Menos de un año después, tras la caída de Francia, se celebró una votación amañada en los tres países y estos quedaron incorporados a la URSS en pie de igualdad con las demás repúblicas soviéticas. Habían sido conquistados por Pedro el Grande a comienzos del siglo XVIII y volvían al Imperio ruso, del que habían salido en 1918, cuando proclamaron su independencia, con el apoyo de los aliados, al término de la Primera Guerra Mundial.

A la vez, se pidió a Rumanía la devolución de Besarabia, unida a ella desde el mismo año 1918, aunque pertenecía a Rusia desde 1812.

Los soviéticos nunca había reconocido esa anexión, y la provincia volvió a sus manos. También se exigió a Rumanía la entrega de Bucovina, territorio situado entre Besarabia y la zona recién ocupada en Polonia, pero que nunca había pertenecido al Imperio zarista. Mólotov planteó la cuestión a Ribbentrop, quien se opuso frontalmente:

–Pero si nunca ha sido suya, siempre ha pertenecido a Austria. ¿Cómo pueden reivindicarla?

–Son los ucranianos que viven allí los que lo piden.

Ribbentrop, ante la insistencia de Mólotov, consultó con Hitler, y este zanjó el asunto:

–Cede, nosotros la recuperaremos más tarde.

Cuarenta años después, Mólotov, poco dado a la ironía, en una de sus charlas con Féliks Chuev recordó su éxito con una humorada: «O sea, recuperamos la Bucovina..., que nunca había pertenecido a Rusia».

Unos meses después de la firma del pacto germano-soviético, Moscú exigió a Finlandia la cesión de territorios hasta 70 kilómetros al norte de Leningrado y la base militar de Hanko. La negativa finlandesa provocó la invasión del país por el Ejército Rojo, que logró su objetivo a costa de grandes pérdidas. Por el tratado de paz, de marzo de 1940, la Unión Soviética adquiría el istmo de Carelia con Viborg, la segunda ciudad del país y su mayor puerto de exportación. Finlandia perdió también gran parte de sus ferrocarriles, de sus fuentes de producción, de su industria pesquera y de sus tierras de cultivo. Perdió asimismo Pétsamo, su única salida al Ártico, con lo que Rusia recuperaba la frontera con Noruega que había tenido hasta 1918.

En menos de siete meses, la URSS se había anexionado territorios con más de veinte millones de habitantes. Todos se perdieron al producirse la invasión nazi; pero Stalin, desde el primer momento, pensando ya en el final victorioso de la guerra, se pro-

puso que sus nuevos aliados reconocieran las fronteras de 1941. En diciembre de ese mismo año, con los alemanes a las puertas de Moscú, aprovechó la visita de Anthony Eden, ministro de Exteriores británico, para pedirle que su país reconociera a la Unión Soviética la posesión de los territorios que había ocupado durante el pacto con Hitler: los Estados bálticos, las amplias zonas de Polonia y Finlandia, Besarabia, Bucovina. Como recibió de Churchill una respuesta ambigua, Stalin volvió a la carga en mayo de 1942: envió a Mólotov primero a Londres y después a Washington. Churchill se mostró dispuesto a reconocer la situación de facto, no de iure. Pero Mólotov tropezó con la rotunda oposición de Roosevelt, que se negó a hablar de cambios territoriales mientras durase la guerra. Stalin no cejó en su empeño, aunque con menos insistencia a medida que avanzaba el Ejército Rojo. Este reconquistó todo lo perdido en 1941, y en Yalta Churchill y Roosevelt aceptaron el hecho consumado. Polonia perdió definitivamente la parte objeto de litigio y fue compensada al oeste, a costa de Alemania. Stalin también se apropió, con la bendición de los aliados, del puerto de Koenigsberg, hoy Kaliningrado.

La URSS se había comprometido a entrar en guerra contra Japón cuando Alemania se rindiese. Al disponer de la bomba atómica, Estados Unidos ya no necesitaba esa ayuda, pero Stalin no quiso renunciar a su parte del botín. Atacó rápidamente y ocupó la isla de Sajalin, las islas Kuriles y Port Arthur, y obtuvo el derecho de administrar el ferrocarril de Manchuria, construido por los rusos en 1904 y operado por ellos en tiempo de los zares, bajo contrato con los chinos. El pretexto para esas anexiones era que se trataba de territorios perdidos en la guerra ruso-japonesa de principios de siglo, cosa incierta respecto a las Kuriles. Estas habían sido transferidas pacíficamente a Japón en 1875 por el Tratado de Comercio y Navegación con Rusia. Por ello, Japón las reclama, pues nunca ha reconocido la soberanía de Rusia sobre ellas.

Stalin hizo otras dos importantes jugadas al terminar la guerra: consiguió tres votos en las Naciones Unidas para Rusia, Ucrania y Bielorrusia, como si estas fueran repúblicas independientes; y propuso el derecho de veto para los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, privilegio vigente hasta ahora del que han disfrutado todos sus sucesores.

Capítulo 33

El declive de Stalin. Sus errores en la posguerra

Entre los millares de objetos expuestos en el Museo de la Victoria de Moscú, dos fotografías de Stalin llaman la atención. En la primera, tomada en el Kremlin en agosto de 1939, cuando Mólotov y Ribbentrop están firmando el pacto germano-soviético, aparece Stalin lleno de vigor, con una leve sonrisa sardónica y visiblemente satisfecho. Tiene motivos para estarlo: ha logrado que la URSS se mantenga al margen de la guerra que está a punto de estallar; y cree que esa guerra será larga –nadie contempla la posibilidad de que Francia sea rápidamente derrotada–, por lo que ganará el tiempo necesario para desarrollar al máximo la industria de defensa, producir en cantidades suficientes nuevos tipos de tanques y aviones, modernizar el Ejército Rojo y, en definitiva, poner al país en condiciones de rechazar cualquier agresión. En la segunda fotografía, el hombre que está en lo alto del Mausoleo de Lenin, el 24 de junio de 1945, presenciando el desfile de la victoria, es un anciano. Las tensiones de la guerra, las interminables jornadas de trabajo, las noches en vela, la falta de ejercicio físico, aceleran el envejecimiento natural de Stalin, que ya tiene sesenta y cinco años, sufre diversas dolencias (poliartritis, hipertensión, arteriosclerosis), fuma demasiado y no se medica en absoluto. El deterioro llega inevitablemente

al cerebro, y el gran realista, prudente y avisado, pierde la lucidez, toma decisiones equivocadas, comete graves errores.

En Yalta se aprobó lo irremediable: la inclusión en la esfera de influencia soviética de los países de Europa del Este ocupados, o a punto de serlo, por el Ejército Rojo: eso sí, debían celebrarse elecciones democráticas para que sus nuevos dirigentes saliesen de las urnas. Stalin se proponía absorber esas naciones –al menos, las de origen eslavo–; integrarlas pura y simplemente en la Unión Soviética, como había hecho en 1940 con los tres países bálticos. Comprendió que el proyecto era inviable y se limitó a «encauzar» las elecciones: los candidatos no comunistas quedaron descartados. Las potencias occidentales cerraron los ojos, salvo en el caso de Polonia. Para Francia y Gran Bretaña, que habían declarado la guerra a Alemania cuando esta invadió el país, era intolerable que, tras seis años de lucha sin cuartel contra los nazis, Polonia perdiera de nuevo su independencia, convertida en satélite de la URSS. Stalin se negó en redondo a pactar con el gobierno polaco en el exilio; y en 1944, cuando se produjo en Varsovia un levantamiento popular dirigido por el llamado Ejército del Interior, ordenó que sus tropas, que estaban a punto de entrar en la ciudad, se detuviesen, con la clara intención de que los alemanes exterminaran al mayor número de patriotas posible. Se deshizo de la oposición y nombró un gobierno a su capricho, gobierno en el que incluyó, como ministro de Defensa, a uno de sus fieles: el mariscal Rokosovski. Stalin no percibió que, al margen de la política, la cuestión de Polonia hería moralmente a sus antiguos aliados. Se salió con la suya, pero enconó para siempre su relación con ellos.

En 1943, cuando la guerra ya le era claramente favorable, dijo a Anthony Eden, ministro de Exteriores británico: «Lo malo de Hitler es que no sabe dónde debe pararse. Yo sé dónde debo pararme». Tras la victoria, dejó varias veces de saberlo. Al producirse la libera-

ción de Libia, que formaba parte del imperio de Mussolini, Stalin se comprometió formalmente a proteger su independencia, pero dos años después olvidó su promesa. En septiembre de 1945 se celebró en Londres una conferencia de ministros de Asuntos Exteriores, y en ella Mólotov, por orden de Stalin y en contra de su propio criterio, hizo una sorprendente declaración: anunció que se había iniciado en Libia un movimiento de liberación nacional –del que nadie tenía noticia–, y pidió que, con objeto de apoyarlo, el país fuese cedido como protectorado a la Unión Soviética. La pretensión era indefendible, ya que nunca, ni en tiempo de los zares, Libia había sido colonia rusa. Mólotov tuvo que escuchar la indignada reacción de sus colegas (el ministro británico, Ernest Bevin, se alteró hasta tal punto que sufrió una lipotimia), y la inaudita petición soviética fue rechazada.

Simultáneamente, Stalin empezó a presionar a Turquía con múltiples exigencias: compartir con ella el control de los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos; una base militar en el Bósforo; la devolución a Armenia y Georgia de los territorios de Anatolia Oriental que les habían pertenecido en el pasado. Al no recibir respuesta, Stalin decidió enviar, como amenaza, varios barcos a los estrechos. Cuando llegaron, en febrero de 1946, ya se encontraba en Estambul el *Missouri*, el buque de guerra más poderoso del mundo, en el que se había firmado la capitulación de Japón. En agosto se le unió el *Roosevelt,* el más moderno portaviones norteamericano. Estados Unidos dejaba claro que no toleraría una agresión soviética a Turquía.

Por otro lado, Stalin se resistía a retirar las tropas soviéticas de Irán. Ponía como condición que parte de su territorio, poblado mayoritariamente por azeríes, se anexionase al Azerbaiyán soviético; una verdadera quimera, pues Estados Unidos había garantizado la integridad del país. Stalin exigía, además, que se otorgasen a la Unión Soviética concesiones petrolíferas, como ya tenían Gran Bretaña y Estados Unidos. El gobierno accedió a la petición, y el Ejército Rojo

salió de Irán en abril de 1947. En cuanto el último blindado cruzó la frontera, el parlamento iraní revocó la decisión, y las concesiones petrolíferas quedaron canceladas.

* * *

Stalin tomó otras decisiones desastrosas en el ámbito internacional. En mayo de 1948 la URSS fue una de las primeras potencias en reconocer de iure a Israel, lo que produjo una enorme conmoción en los países árabes; incluso sus partidos comunistas se sintieron traicionados. Stalin estaba convencido de que la nueva nación, cuya población estaba compuesta en gran parte por inmigrantes europeos –muchos de ellos liberados de los campos de exterminio por el Ejército Rojo en las postrimerías de la guerra– se pondría a su lado en el conflicto con Occidente. Cuando Israel hizo exactamente lo contrario y expresó su apoyo incondicional a Estados Unidos, Stalin se enfureció de tal modo que perdió por completo la cordura: arremetió sin piedad contra los judíos de su propio país, medida inicua e insensata que provocó una repulsa generalizada, destruyó la imagen progresista de la Unión Soviética y afectó profundamente a su política exterior.

Otro error manifiesto fue el bloqueo de Berlín. Alemania había quedado dividida en cuatro zonas de ocupación, y Berlín, situado en el interior de la zona soviética, también estaba dividido en cuatro sectores controlados por las respectivas potencias ocupantes. En junio de 1948 Stalin cortó por completo el tráfico terrestre en dirección a los sectores occidentales de la capital. ¿Creía realmente que Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia no tendrían alternativa –salvo la guerra– y se verían forzados a abandonar Berlín? Como es sabido, Estados Unidos puso en marcha una impresionante operación logística para abastecer por aire la ciudad. Al cabo de once meses, en mayo de 1949, Stalin se dio por vencido –es de suponer

que hecho una furia– y levantó el bloqueo. El prestigio de la Unión Soviética quedó por los suelos, tanto por la acción en sí, absolutamente reprobable, como por su estruendoso fracaso. Además, las potencias occidentales respondieron al desafío unificando sus zonas de ocupación para constituir la República Federal Alemana; y la OTAN se consolidó definitivamente como una alianza militar bajo mando americano.

Un año después del final del bloqueo de Berlín, Stalin apoyó la invasión de Corea del Sur por Kim Il-sung enviándole, como haría después con Mao Zedong, armas, municiones, aviones y otros equipamientos. Fue una decisión poco meditada, ya que no se basaba en el cálculo de probabilidades sino en la convicción personal. Estaba seguro de que Estados Unidos haría lo mismo que en la guerra civil china: se limitaría a enviar material a los surcoreanos, no intervendría militarmente. La inmediata reacción de Truman fue para él una sorpresa. Las tropas estadounidenses rechazaron a los norcoreanos, que se habían apoderado de Seúl, y cruzaron el paralelo 38. El conflicto entró en una nueva fase, mucho más peligrosa, cuando el ejército chino entró en liza y expulsó a los norteamericanos de Corea del Norte. La ayuda a Mao se incrementó, incluso llegaron pilotos soviéticos, que combatían vestidos con uniformes chinos. ¿Qué pretendía Stalin con esa alarmante escalada? ¿Esperaba que Estados Unidos, como proponía el general MacArthur, utilizase la bomba atómica contra China, un rival en potencia? En cualquier caso, la intervención de Stalin en la guerra de Corea fue una aventura irrazonable que comportaba grandes riesgos y que no produjo beneficio geopolítico alguno: deterioró aún más la imagen de la Unión Soviética, que aparecía de nuevo como potencia agresora, expansionista, culpable del conflicto.

* * *

Aunque Stalin conocía perfectamente a Maquiavelo y había seguido en numerosas ocasiones sus consejos, hizo caso omiso de una de sus más sensatas advertencias: «Gran prudencia será la de un príncipe viejo que no dejase en duda la sucesión». Durante muchos años, los principales pilares de su poder fueron Guéorgi Malenkov y Lavrenti Beria. El primero había iniciado su carrera en la secretaría de Stalin, quien le confió en 1934 un puesto clave: el servicio de personal del Comité Central, función que nunca abandonó, ya que le permitía designar para los más importantes cargos del país a sus secuaces. Malenkov ascendió con rapidez. Desde 1941 actuaba, de hecho, como primer secretario en sustitución de Stalin: este, enfrascado en la guerra, había dejado el Partido en sus manos, situación que, en la práctica, no cambió cuando acabó la contienda. En cuanto a Beria, era responsable de la policía y de los servicios secretos desde 1938 y, por tanto, en él descansaba la seguridad del régimen. Ambos aspiraban a la sucesión y, de momento, eran cómplices: actuaban al unísono para eliminar competidores. Lograron que dos jóvenes rivales, de enorme prestigio por su actuación durante la guerra, fueran ejecutados, inventando el llamado «caso Leningrado», una conspiración inexistente que supieron vender al siempre receloso Stalin.* Pero este, en un momento de lucidez, comprendió que había perdido el control del aparato del Partido y de los órganos de seguridad, y que Beria y Malenkov le gobernaban; decidió entonces acabar con ellos, persuadido de que, como siempre, nadie osaría oponerse a sus designios. Aunque quizá le preocupara el inmenso poder de Beria, cuyas bien disci-

* Nikolái Voznesenski, segundo de Stalin en la jefatura del gobierno, y Alexéi Kuznetsov, secretario del Partido en Leningrado y secretario del Comité Central para la seguridad –de iure, supervisor de Beria–, fueron ejecutados en 1950, cuando tenían poco más de cuarenta años. Con Stalin senil y suspicaz, en Beria se cumplía el aforismo de Louis Pichon: «Un ministro de la policía en un régimen autoritario desempeña el mismo papel que el confesor de un rey supersticioso».

plinadas huestes superaban el millón de personas; estaba seguro de que no tenía escapatoria.

Stalin conservaba en su biblioteca, llenos de anotaciones, la mayor parte de los libros publicados en ruso sobre la Revolución francesa; la conocía muy bien y había aprovechado al máximo sus lecciones. Obsesionado con Robespierre, a quien culpaba de su propia caída por no haber terminado a tiempo con todos sus enemigos, evitó el peligro de acabar como él liquidando preventivamente a los suyos. «¡Qué disparate!», había escrito Stalin al margen del amenazante discurso de Robespierre, del 22 pradial del año II (10 de junio de 1794) exigiendo la intensificación del terror (la Convención, amedrentada, aprobó la llamada Ley Pradial, pero inmediatamente ultimó la conjura para acabar con él). Y, sin embargo, Stalin cometió el mismo funesto error: puso sobre aviso a quienes pretendía eliminar.

En octubre de 1952 se celebró el XIX Congreso (según los estatutos del Partido, los congresos debían realizarse cada tres años, pero habían pasado trece desde el anterior). Se ha dicho que Stalin lo convocó presionado por el Politburó, cosa de todo punto inconcebible. Lo hizo para poner en marcha una nueva purga, y comenzó con una maniobra de diversión pueril y trasnochada. Dejó que Malenkov presentase el informe de gestión del Comité Central, lo que era tanto como proclamarle delfín.* Pero todos recordaban que, treinta años antes, había hecho lo mismo con Zinóviev para hacerle creer que era el primer triunviro y, como tal, legítimo heredero de Lenin. De igual modo, Beria, elevado a los altares, pronunció un largo y brillante discurso, que sorprendió a los congresistas: en contra de lo esperado, el siniestro «gendarme», a quien todos temían, no

* Se da por cierto que Stalin apenas intervino en el Congreso porque estaba exhausto. Pero al día siguiente de su clausura, el 16 de octubre, en la primera reunión del nuevo Comité Central, sorprendió a todos pronunciando un vibrante discurso de hora y media, de pie, con voz clara y sin ayuda de notas.

habló de los temas de su competencia (seguridad, orden público, delincuencia), sino de economía, de educación, de cuestiones internacionales. Aunque era consciente del peligro que corría al ser tan súbitamente enaltecido –viejo método del *vozhd* para adormecer a sus rivales–, confió en ganar la partida y, pensando en el futuro, no desperdició el momento de gloria y vendió a la asamblea una nueva imagen de sí mismo: la figura insospechada de un gran líder político, de un relevante hombre de Estado.

Cuando Stalin organizaba una cacería, no se contentaba con abatir dos piezas; por magníficas que fueran. Propuso al Comité Central elegido en el Congreso –más bien le impuso– cambiar el nombre del Politburó por el de Presídium y aumentar el número de sus miembros de once a veinticinco más once suplentes. Y cubrió los nuevos puestos con jóvenes dirigentes de cuya devoción y lealtad no tenía duda. Pero, por una parte, eran hombres nombrados por Malenkov y, por otra, solo eran fieles a sí mismos. Treinta y cinco años después de la Revolución, siete desde el final de la guerra, los ideales de los tiempos heroicos habían desaparecido, y se ingresaba en el Partido por puro oportunismo, con el único propósito de medrar.

En cualquier caso, la creación del Presídium no engañó a nadie, fue una treta aún más burda que la anterior. Los antiguos miembros del Politburó comprendieron de inmediato la intención de Stalin: reemplazarlos a corto plazo por los recién llegados y liquidarlos después (un retiro apacible era impensable en aquel tiempo). Pero, a diferencia de la Convención en 1794, nada podían hacer para salvarse, ya que, pese a su alta posición, eran estrechamente vigilados. Solo Beria y Malenkov, que tenían mayor libertad y se protegían mutuamente, respondieron a la amenaza.* Alertados por los cantos

* Algunos historiadores sostienen que Jruschov participó en el complot contra Stalin. No es creíble. Beria y Malenkov se bastaban para llevar a cabo su plan. ¿Por qué correr el riesgo de involucrar a un tercero?

de sirena del congreso –señal inequívoca de que serían los primeros en caer– y conscientes de que nunca estarían seguros mientras Stalin viviera, decidieron acabar con él.

Para lograr su objetivo, tenían que privarle de los hombres que le protegían: los jefes de su secretaría y de su guardia personal, y el comandante del Kremlin. Los dos primeros cayeron en menos de dos meses, lo que demuestra la maestría de los conjurados para manejar al viejo y desconfiado dictador. Alexandr Poskrióbishev llevaba más de treinta años al lado de Stalin y, como jefe de su gabinete, tenía un enorme poder; se ha dicho que ni siquiera se podía llegar al cerebro del *vozhd* sin pasar por él. Beria ideó una artimaña para derribarle. Varios documentos secretos que se guardaban bajo llave en el despacho de Poskrióbishev aparecieron en otro lugar. El propio Beria informó a Stalin del hallazgo, y este, furioso, cayó en la trampa y despidió al fiel escudero por su negligencia (milagrosamente, Poskrióbishev no fue detenido y murió en su cama diez años después).

Nikolái Vlasik, responsable de la seguridad personal de Stalin, a quien había conocido en 1919 durante la guerra civil, tenía también a su cargo la servidumbre, el control de las provisiones y la inspección de los alimentos que aquel consumía; y en los años treinta incluso hizo de ayo de sus pequeños. No hizo falta tramar nada para hundirle porque sus pecados eran ciertos. Vlasik amaba la buena vida, bebía mucho y siempre encontraba tiempo para divertirse con sus amigos. Estos organizaban verdaderas bacanales en las que no faltaban los buenos vinos, el caviar y otras exquisiteces procedentes de las bien surtidas «despensas de palacio». Como es natural, a Stalin le traían sin cuidado las cuestiones domésticas, y Vlasik actuaba tranquilamente, a la vista de todos, como si hiciera uso de un derecho incuestionable. Cuando Stalin se enteró por Beria de sus abusos, le envió a prisión a mediados de diciembre de 1952 –justo un mes después de la caída de Poskrióbishev–, pero no se ensañó con él.

Vlasik fue condenado «por malversación de bienes del Estado» a cinco años de destierro en Krasnoiarsk, a orillas del Yeniséi, donde no pasó demasiados sinsabores: percibía su pensión y estaba bien alojado. Sobrevivió tres lustros a su mentor.

Stalin eligió a los sustitutos de sus dos ayudantes entre los altos funcionarios del Partido y de los órganos de seguridad. Creyó acertar porque los conocía personalmente desde hacía muchos años, y estaba convencido de su lealtad. Pero el primero debía su carrera a Malenkov y le informaba de cuanto pasaba por sus manos; y el segundo, antiguo subordinado de Beria, renovó la guardia personal del *vozhd* con chequistas de confianza. Quedaba un último obstáculo, y pronto fue eliminado: el 17 de febrero de 1953 la prensa anunciaba la «muerte prematura» del general Kosinkin, comandante del Kremlin, un hombre lleno de vigor, fiel estalinista, que no dependía de Beria. Dos semanas después, el propio Stalin yacía moribundo en su casa de Kúntsevo –la llamada dacha cercana–, a las afueras de Moscú.

Que Stalin fue asesinado está hoy fuera de toda duda: para los conjurados era el único modo de salvarse. ¿Cómo lo hicieron? En enero de 1952, meses antes de quedar «sitiado» por hombres de Beria, el propio Stalin se deshizo de otros de sus protectores: despidió con cajas destempladas –y más tarde encarceló– a su médico personal, Vladímir Vinográdov, porque este, alarmado por el creciente deterioro de su salud (entre otros males tenía una seria cardiopatía, la tensión muy alta y las arterias dañadas), le había recomendado que dejase todas sus actividades, siguiese una dieta adecuada, diera largos paseos y no fumase. A Stalin ni se le pasó por la cabeza renunciar al poder y, aunque dejó de fumar, siguió llevando su vida insana de siempre: trabajaba hasta altas horas de la madrugada y no hacía ejercicio alguno. Cada vez más desconfiado, no volvió a tener un médico personal; de hecho, no vio a ninguno en casi un año. Al parecer, el general Orlov, nuevo jefe de su guardia tras la caída de Vlasik,

le habló de una joven cardióloga y logró que la recibiera. Debió de resultarle una persona fiable, porque enseguida la citó de nuevo y volvió a hacerlo cada poco tiempo. ¿Se limitaba ella a auscultarle, tomarle la tensión y darle algunos consejos? ¿O se ganó poco a poco su confianza, y él se puso en sus manos? Según todos los indicios, el derrame cerebral que acabó con la vida de Stalin no fue accidental sino provocado. ¿Fue ella quien le inyectó la sustancia causante de la embolia?* Pertenecía, sin duda, a las «huestes» de Beria, y este no ocultó el crimen, incluso se jactaba de que había sido obra suya. El 1 de mayo de 1953 –dos meses después de la muerte de Stalin–, los líderes presenciaban desde lo alto del Mausoleo la habitual procesión festiva del Día del Trabajo. Beria se acercó a Mólotov y le dijo al oído: «Soy yo quien le ha eliminado. Os he salvado a todos».

* * *

Malenkov y Beria se convirtieron en los hombres más poderosos de la URSS. El primero, adjunto de Stalin tanto en el Partido como en el gobierno, fue confirmado como secretario del Comité Central y presidente del Consejo de Ministros. El segundo fue nombrado vicepresidente primero del gobierno y ministro del Interior (mantuvo la dirección de la Policía y recuperó el Ministerio de Seguridad del Estado, que Stalin había creado en 1948 para despojar a Beria de parte de sus competencias). La Secretaría del Partido siempre había sido el centro real del poder, y el cauteloso Malenkov llevaba muchos años actuando por delegación como máximo dirigente del

* Aunque se ignora su nombre y desapareció sin dejar rastro, hay varios testimonios de que aparecía por la dacha de Kúntsevo con frecuencia. Svetlana, hija de Stalin, por el contrario, iba muy poco, un par de veces al año. En sus memorias, *Veinte cartas a un amigo*, escribe sobre los últimos momentos de su padre: «De pronto me di cuenta de la presencia de una joven médico que me era conocida. ¿Dónde la había visto?». (Se sospecha que Stalin recibió una dosis brutal del anticuagulante que tomaba.)

país. Varios miembros del Presídium decidieron desbancarle y forzaron su renuncia «voluntaria»: fue sustituido como secretario del Comité Central por su segundo, Nikita Jruschov, un hombre en apariencia manejable, semianalfabeto –cometía faltas de ortografía–, que había sido una especie de bufón de Stalin a lo largo de veinte años. Si Beria montó la operación, su error fue mayúsculo. Jruschov demostró ser un astuto campesino y organizó, con la connivencia del propio Malenkov, que continuaba como jefe del gobierno, el complot que acabó con Beria. Este nunca pudo imaginar que Jruschov acudiría al Ejército para derribarle.

En el verano de 1953 estaban previstas maniobras militares en la región de Moscú. En ellas iban a participar divisiones siberianas prestas a intervenir contra las tropas especiales de Beria si fuera necesario. Era costumbre invitar a los generales más importantes a una reunión conjunta del Consejo de Ministros y del Presídium del Comité Central. La reunión se celebró el 26 de junio, y los generales fueron llegando al Kremlin en los coches de los líderes. Como prueba de confianza, se les dijo que no tenían que depositar sus armas en la antecámara. Permanecieron en ella hasta que sonó un timbre: entraron tranquilamente, y Malenkov, sin perder un minuto, les ordenó que detuvieran al enemigo del pueblo, Lavrenti Beria, en nombre del gobierno soviético. Se ha dicho que fue inmediatamente estrangulado por el general Moskalenko, comandante de las fuerzas aéreas de Moscú, a quien Beria había encarcelado en 1938. En cualquier caso, el propio Jruschov reconoce que no podían mantener con vida a un hombre tan peligroso hasta que terminase su proceso. Este tuvo lugar a fin de año, pero varios miembros del tribunal reconocieron más tarde que nunca vieron al reo. El 23 de diciembre, Beria y seis de sus más cercanos colaboradores fueron condenados a muerte, y el mismo día, según la prensa, ejecutados; pura ficción en el caso de Beria, asesinado medio año antes.

Como «premio» por el éxito del complot, Jruschov fue nombrado, dos meses después de la detención de Beria, primer secretario del Comité Central;* y en 1955 forzó la renuncia de Malenkov –que temía terminar como Beria por su complicidad en el siniestro «caso Leningrado»– a la jefatura del gobierno. Malenkov fue expulsado del Partido y enviado como director a una fábrica de electricidad de Kazajistán por su participación en la primera conjura contra Jruschov. Regresó a Moscú en tiempos de Brézhnev y murió longevo en 1988.

* En el XIX Congreso el puesto de secretario general fue inesperadamente suprimido a propuesta de Stalin, que se convirtió en primer secretario. Años después de llegar al poder, Jruschov recuperó el viejo título, que también utilizaron sus sucesores, incluido Gorbachov.

Capítulo 34

Fábulas sobre Stalin*

Cuando una cosa ha sido dicha y bien dicha,
no tengas escrúpulos: coge y cópiala.

ANATOLE FRANCE

La purga de los militares

Según una historia cien veces repetida, Stalin arremetió contra los militares en 1937 porque cayó en una trampa tendida por Hitler. Habría recibido una serie de documentos elaborados por la Gestapo que demostraban la traición del mariscal Tujachevski y, ciego de ira, se llevó por delante a decenas de miles de oficiales, dejando sin mandos al Ejército Rojo en vísperas de la guerra.

En realidad, Stalin se sirvió de Hitler para llevar a cabo un plan siniestro. Conocía las ideas del Führer sobre el espacio vital –la expansión hacia el Este– y, obsesionado por la seguridad, dispuesto a conseguir la cohesión del país a cualquier precio, había decidido eliminar físicamente a sus antiguos rivales, en cuyo arrepentimiento no creía, y a cuantos los seguían (en los años del Gran Terror, 1936-

* El término *fábula* no se emplea en sentido peyorativo, no envuelve censura, salvo si la falacia es tendenciosa.

1938, fueron ejecutados cerca de 800 000 miembros del Partido). La purga de dirigentes potencialmente peligrosos debería incluir, por supuesto, al Ejército, única institución del Estado que campaba por sus respetos. Creado por Trotski durante la guerra civil, gran parte de sus mandos habían participado en la contienda a las órdenes del mítico líder desbancado del poder y desterrado. No eran, por tanto, de fiar, y Stalin conocía de sobra, y aplicaba, el viejo lema: «Hay que atajar el mal antes de que acontezca».

El más distinguido de los generales era Mijaíl Tujachevski, hombre brillante e ilustrado, ascendido a mariscal por el propio Stalin cuando acababa de cumplir cuarenta años. Como adjunto del comisario (ministro) de Defensa, estaba dedicado en cuerpo y alma a la modernización del Ejército Rojo, y tenía gran prestigio entre sus camaradas. Preocupado por el peligro que se cernía sobre su país desde la llegada de los nazis al poder, no ocultaba su inquietud y preconizaba la alianza de la URSS con Francia y Gran Bretaña para hacer frente a la amenaza. Stalin, por el contrario, pensaba que en los círculos dirigentes de ambos países primaba el anticomunismo sobre cualquier otra consideración y que Hitler tendría las manos libres para atacar a la URSS. Y estaba dispuesto a pactar con Alemania, con un doble objetivo: ganar tiempo y hacer que la guerra comenzase en Occidente.

Stalin, por otra parte, no perdonaba a Tujachevski su injerencia en política exterior, un campo vedado al que nadie tenía acceso. La gota que colmó el vaso fue el insensato comportamiento del joven mariscal durante su viaje por Europa a comienzos de 1936. Formaba parte de la delegación soviética al entierro de Jorge V, y aprovechó su estancia en Londres para entrevistarse con políticos y militares a quienes quiso ganar para su causa: llegó a informar a los británicos de las fuerzas que podría aportar la Unión Soviética a una coalición contra Hitler. Hizo lo mismo en París, donde se entrevistó dos veces con el general Gamelin, jefe del Estado Mayor francés:

insistió en la necesidad de oponerse al expansionismo alemán antes de que fuera demasiado tarde.

Los temores de Tujachevski eran compartidos por la mayoría de los altos mandos, que expresaban en público su zozobra. Stalin llegó a la conclusión –y no andaba descaminado– de que, si pactaba con Alemania, el Ejército Rojo se levantaría contra él. Resuelto a conjurar la amenaza, comentó a Mólotov: «Tendré que ocuparme de un grupito de generales que se meten donde no les llaman». Pero Tujachevski era intocable: gran patriota, trabajador incansable, gozaba de la confianza de su jefe, el comisario de Defensa (Voroshílov), y había demostrado en múltiples ocasiones su fidelidad al poder soviético. Stalin tenía previsto comenzar aquel mismo verano (agosto de 1936) los procesos-farsa contra sus antiguos rivales; aunque no habían cometido los horrendos crímenes de que eran acusados y hacía tiempo que habían reconocido sus errores, quedaban al menos rastros de su reiterada oposición a la «línea general», es decir, al propio Stalin. En el caso de Tujachevski, no existía prueba alguna, por lo que un juicio amañado contra él sería un escándalo de imprevisibles consecuencias: hasta los más íntimos seguidores del dictador quedarían consternados. Pero Stalin, que creía imprescindible acabar con la cúpula militar, puso en marcha su fecunda imaginación y concibió una infame jugada maestra.

* * *

Durante los primeros cinco años del régimen bolchevique (1918-1922), cerca de dos millones y medio de rusos buscaron asilo en Occidente, entre ellos los generales derrotados en la guerra civil. Estos fundaron el Grupo de Combatientes del Frente Ruso (ROVS) con objeto de coordinar las actividades clandestinas en Rusia, aunque aparecía como una asociación de carácter histórico dedicada a recopilar y conservar los documentos de la emigración. Tras unos

meses en Belgrado, la sede central del ROVS se trasladó a París; y sus servicios secretos se instalaron en un edificio del Barrio Latino, cosa naturalmente conocida por el eficaz contraespionaje soviético, ya infiltrado en la organización y dispuesto a controlarla por entero. El método que siguieron para lograrlo consistía en comprar al mayor número posible de miembros del ROVS –acción facilitada por el hecho de que casi todos ellos vivían pobremente– y descabezar el movimiento cuantas veces fuera preciso.

A finales de enero de 1930, el general Alexandr Kutiépov, enérgico director del ROVS, desapareció sin dejar rastro. Las pesquisas de la policía francesa no dieron ningún resultado. Probablemente, murió a bordo de un barco soviético, y el periódico *Izvestia* se permitió el sarcasmo de publicar una información «solvente»: Kutiépov había huido a Sudamérica con los fondos de la organización. Le sucedió el general Evgueni Miller, un hombre de poco carácter que nombró portavoz del ROVS a otro general, Nikolái Skoblin, que también había optado al primer puesto. Skoblin estaba casado con una célebre canzonetista rusa, Nadezhda Plevitskaia, muy admirada por el último zar, que le había otorgado un inusitado título: «Solista de Su Majestad el Emperador». Nadezhda era agente de la Checa desde 1918, y su marido, captado diez años después, trabajaba a la vez para la Gestapo.

Tras el primer proceso de Moscú, que terminó con la condena a muerte de todos los acusados, Stalin citó al director adjunto del departamento exterior del NKVD, Mijaíl Spiegelglas, y le dio un «pequeño encargo» para Skoblin. Spiegelglas se entrevistó con el general en un hotel de las afueras de París a finales de noviembre de 1936, y se limitó a transmitir el breve mensaje sin citar, por supuesto, al remitente: sabían que era agente doble, pero no les importaba; y conocían su amistad con el segundo jefe de la Gestapo, Reinhard Heydrich, a quien debía informar en persona de que Tujachevski y otros generales preparaban un complot contra Stalin. Así de simple.

El ROVS, como los independentistas ucranianos y otros movimientos similares, perseguía el mismo objetivo que los nazis –la caída del régimen soviético– y mantenía con ellos excelentes relaciones. A nadie extrañó, por tanto, que el 4 de diciembre Skoblin tomara el expreso París-Berlín. Heydrich le recibió el día siguiente, y Skoblin cumplió la misión encomendada: según fuentes fiables –los hombres del ROVS en Rusia–, un grupo de generales, con Tujachevski a la cabeza, conspiraban contra Stalin. La noticia provocó la reacción que este esperaba: Heydrich pensó inmediatamente que Stalin se ensañaría con los militares y liquidaría a los mejores mandos de su ejército si recibía pruebas convincentes del complot. Propuso la idea a su jefe, Heinrich Himmler, quien la trasladó al Führer el día de Nochebuena, un jueves, cuando este se disponía a salir hacia los Alpes para pasar en ellos el largo fin de semana. Hitler le prometió pensarlo y el 28 de diciembre (día hispano de los Santos Inocentes) autorizó la operación. Se prepararon varios documentos que probaban la traición de Tujachevski, entre ellos recibos de las cantidades supuestamente recibidas por sus servicios a los nazis.Y se hicieron llegar al presidente de Checoslovaquia, Edvard Benes, quien los pasó de inmediato a la embajada soviética en sobre lacrado, que solo debía abrir el propio Stalin.

El resto es conocido. Se ha repetido hasta la saciedad que fueron liquidados decenas de miles de oficiales: la cifra más moderada se fija en 35 000. Stalin no estaba tan loco. El Ejército Rojo contaba en 1937 con 206 000 oficiales, desde alférez a general, y la purga afectó a menos de la décima parte. Unos trece mil fueron expulsados por razones no políticas. Habían logrado sus primeras estrellas por su actuación en la guerra civil, y en sus expedientes personales figuraban los informes negativos de sus jefes: creían saberlo todo sobre la guerra; no se interesaban por mejorar su formación; eran incompetentes, presuntuosos, pendencieros, borrachos. Pasaron a la vida civil, fueron movilizados en 1941 y lucharon heroicamente en la Gran Guerra Patria.

Otros siete mil fueron detenidos, y la mayoría de ellos quedaron libres sin cargos al revisarse sus condenas tres años después; entre ellos Rokosovski, Mérestskov, Tolbujin, futuros mariscales de Stalin. Cayeron, eso sí, cerca de dos mil jefes, casi todos coroneles y generales que mandaban regiones militares y unidades operativas: regimientos, divisiones, cuerpos de ejército (una salvajada en cualquier caso). Stalin acabó para siempre con el viejo ejército creado por Trotski y no se preocupó demasiado. El año anterior había fundado la Academia de Estado Mayor, y entre los componentes de la primera promoción se encontraban varios de los oficiales que destacarían como grandes jefes en la guerra con Alemania; la formación adquirida en la Academia era muy superior a la que tenían los ajusticiados. Milovan Djilas, disidente yugoslavo, autor de *Conversaciones con Stalin* y crítico de este en las páginas del libro, reconoce que la purga militar de 1937 apenas afectó a la eficiencia del Ejército Rojo. Y Goebbels, el 23 de octubre de 1943, reproduce en su *Diario* un comentario de Hitler:

> Nuestro error más trágico ha sido creer que Stalin se había colocado en una posición de debilidad haciendo fusilar a Tujachevski y su banda. En realidad, él se ha desembarazado de ese modo de toda oposición procedente de los generales.

Las borracheras de Stalin

Se ha dicho mil veces que Stalin fue un bebedor empedernido. La historia lo desmiente. El 23 de agosto de 1939 se firmaba en el Kremlin el pacto germano-soviético. La delegación alemana, encabezada por el ministro de Asuntos Exteriores, Ribbentrop, era enorme: todo el mundo quería ir a Moscú, y las influencias pesaban. Fueron necesarios dos aviones Condor –uno de ellos el del Führer, el *Immelman III*– para trasladarla a Moscú. Aunque todos sus miembros soña-

ban con conocer a Stalin, solo unos pocos asistieron al acto, entre ellos Heinrich Hoffmann, el fotógrafo de Hitler (su intérprete, Paul Schmidt, cuenta en sus memorias, *Europa entre bastidores*, que se llevó un gran disgusto por no poder acudir: la maleta con su traje oscuro fue extraviada y apareció en otra embajada). Stalin brindó uno a uno con todos los presentes: llenaba su pequeña copa con vodka y la apuraba de un trago cada vez. ¿Cómo aguantaba sin dar muestras de embriaguez? Un joven oficial de las SS, Richard Schulze –uno de los enchufados–, picado por la curiosidad, tomó el frasco del que Stalin se servía, echó una pizca en su vaso y quedó de una pieza: era agua fría. Stalin, divertido, le dio una palmada en la espalda y le indicó que se colocase entre Ribbentrop y el mariscal Sháposnikov, jefe del Estado Mayor soviético, para tener de él una fotografía; ningún extranjero había descubierto hasta entonces el secreto. Años después, como ya se ha contado, el general Shtemenko, director de Operaciones del Estado Mayor, durante una cena en la dacha de Stalin, no pudo resistir la tentación y se sirvió del frasco del *vozhd* cuando este dejó la mesa; y también se llevó la sorpresa de que era agua lo que contenía.

Pocas personas de su entorno sabían que Stalin solo bebía vino seco georgiano mezclado con agua (una botella le duraba una semana). Tampoco bebían, en contra de lo generalmente sostenido, sus más estrechos colaboradores. ¿Cómo explicar si no su inaudita capacidad de trabajo (una media de catorce horas diarias) y su longevidad? Voroshílov murió con 89 años; Malenkov, con 86; Mólotov, con 96; Kaganovich, con 98. Beria tampoco bebía. Quien sí lo hacía hasta caer redondo era Jruschov.

Las memorias apócrifas de Mikoián

Una tarde de 1943, en plena guerra, un grupo de muchachos descendían las escaleras del puente Kámenni, sobre el Moscova, para

entrar en la llamada Casa del Malecón (la Casa del Gobierno), donde todos ellos, pertenecientes a familias de la *nomenklatura*, tenían sus domicilios. Iban delante un hijo del general Jmelnitski, edecán del mariscal Voroshílov, y Vania (Iván) Mikoián, hijo del incombustible Anastás Mikoián, un genio de las finanzas que, como es sabido, había iniciado su carrera política en tiempos de Lenin, era miembro del gobierno de Stalin y continuaría en su puesto con Jruschov. Detrás bajaban Volodia Sajurin, hijo del ministro de la Industria de Aviación, y su novia, hija de Konstantín Umanski, que acababa de ser nombrado embajador en México; los cuatro tenían dieciséis años. De repente, sonaron dos disparos. Volodia, desesperado porque su novia estaba a punto de partir con sus padres para México, la mató y se pegó un tiro. La pistola, preciosa, pertenecía a Mikoián: Volodia se la había pedido a su amigo Vania para enseñársela a «su chica».

El escándalo fue mayúsculo. Stalin montó en cólera y pidió a Beria que se ocupase del asunto. Fue «descubierta» una organización juvenil antisoviética, y varios muchachos de la Casa del Malecón fueron detenidos, entre ellos un sobrino de la mujer de Stalin y, naturalmente, Jmelnitski hijo y Vania Mikoián; también fue arrestado el hermano pequeño de este, Sergó, que solo tenía catorce años. Todos pasaron seis meses en la Lubianka, en celdas individuales e incomunicados. Después fueron desterrados hasta el final de la guerra a diversas repúblicas de Asia Central; los hermanos Mikoián, a Tayikistán, donde continuaron sus estudios. Cinco años más tarde, Stalin preguntó a Anastás qué había sido de sus hijos «conspiradores»: Vania era alumno de la Academia de la Fuerza Aérea y Sergó acababa de ingresar en el Instituto de Relaciones Internacionales (la Escuela Diplomática). Pero Sergó nunca superó el trauma, el terror de su adolescencia, y sentía por Stalin un odio visceral.

Cuando Anastás Mikoián se retiró al cumplir setenta años (1965), empezó a escribir sus memorias, que pensaba dividir en cin-

co tomos. Publicó el primero, dedicado a su infancia, su juventud, sus primeros pasos en la clandestinidad, en 1971 (*Dorogoi borbí*, La senda de la lucha; hay traducción inglesa). El segundo, no traducido, apareció en 1975: contiene sus recuerdos sobre la Primera Guerra Mundial y la toma del poder, y acaba a comienzos de 1920. El tercero nunca se publicó. Mikoián declaró en una entrevista que llegaría hasta 1937, pero murió en 1978, antes de terminarlo. No hay rastro alguno de que dejara apuntes para los últimos tomos.

Doce años después de la muerte de su padre, Sergó, indignado al parecer por el éxito de los libros del estalinista Féliks Chuev (sus conversaciones con Kaganóvich y Mólotov), publicó *Tak bylo* (Así ocurrió, Moscú, 2000), supuestas memorias de Anastás Mikoián, dictadas a su hijo. Es tan evidente su falsedad, que solo los más tendenciosos biógrafos de Stalin las citan como fuente y las toman en serio. Destaca, sobre todo, una historia inverosímil. Stalin, abatido, incapaz de reaccionar, se esconde en su dacha de las afueras de Moscú cuando estalla la guerra. Varios miembros del Politburó, entre ellos Mikoián, deciden presentarse en la casa para levantarle el ánimo y pedirle que tome de nuevo las riendas del país. Stalin, lívido, asustado, cree que vienen a arrestarle. ¡Válgame Dios! Sergó, cegado por el rencor, debió de olvidar la vengativa, la inmisericorde psicología del personaje, que conocía de sobra por propia experiencia. Si eso hubiera sucedido realmente, Stalin, por pura vergüenza, habría eliminado uno tras otro a los testigos de su sobresalto.

La capitulación sin condiciones

Durante la Conferencia de Casablanca (enero de 1943) entre Roosevelt y Churchill, este envió a su gabinete de Guerra una nota que decía:

> Proponemos que se redacte un informe sobre la labor de la Conferencia para transmitirlo a la prensa cuando sea oportuno. Me gustaría conocer la opinión del Gabinete de Guerra sobre la posibilidad de incluir en ese informe una declaración de la firme intención de Estados Unidos y del Imperio británico de continuar la guerra de forma implacable hasta conseguir la «rendición incondicional» de Alemania y Japón. [...] Al presidente le agradó esta idea, que serviría de estímulo a los amigos que tenemos en cada país.

El hijo de Roosevelt, Elliot, asegura en sus memorias que fue su padre quien propuso la «rendición sin condiciones», y que Churchill, tras pensar unos instantes, exclamó «¡Perfecto! Me puedo imaginar cómo van a chillar Goebbels y los demás». En cualquier caso, ambos dirigentes, muy satisfechos con su ocurrencia, dejaron correr la consigna, y esta fue divulgada a bombo y platillo por la prensa occidental.

La mayoría de los historiadores sostienen que a Stalin también le encantó esa decisión. No es cierto. Más lúcido que sus aliados, dedujo enseguida que la idea de exigir la rendición incondicional solo serviría para unir al pueblo alemán, que lucharía con más ardor. Es lo mismo que Goebbels anotó en su Diario: la exigencia de «capitulación sin condiciones» fortalecería la moral del pueblo alemán, no debilitaría, sino que incrementaría la capacidad de resistencia del frente y de la retaguardia; incluso era un arma formidable para acallar a los derrotistas. Lo cierto es que tras el desastre de Kursk en el verano de aquel año (1943). Alemania perdió la iniciativa estratégica y pasó a la defensiva. ¿Contribuyó el proclamado «sin condiciones» a prolongar la guerra dos años?

Stalin y el lenguaje

Sobre la supuesta incultura de Stalin, se ha dicho de todo. Incluso su hija Svetlana afirma en su segundo libro de memorias, *En un solo año*, escrito en Estados Unidos, que su padre no era un hombre instruido, apenas leía y solo gustaba de la música popular. (Diez años depues de publicarlas reconoció, avergonzada, en una conferencia de prensa, que nunca estuvo sola mientras escribía: un miembro de la CIA se encontraba siempre a su lado.)

Las intervenciones públicas de Stalin han sido objeto de críticas virulentas. Según uno de los corifeos de Jruschov, Leonid Batkin, autor de un ensayo sobre la dimensión cultural de la personalidad de Stalin, este era un charlatán: hablaba de forma catequística, repetía y repetía preguntas y respuestas: utilizaba blasfemias y clichés del lenguaje burocrático; ocultaba la pobreza de sintaxis y vocabulario con frases de oscuro significado.

> El estilo de Stalin fusionaba [...] el aire de pausada importancia, propio de un hechicero oriental, trucos retóricos de un seminarista mediocre, un deplorable léxico oficinista, un pesado «humor», [...] el tono amenazante... y esta pobreza en el uso de un idioma que no era el suyo.

Otros críticos (occidentales y, por supuesto, menos despiadados) abundan sobre todo en dos ideas: Stalin no dominaba el ruso, y sus discursos resultaban oscuros y farragosos. Ello demuestra que han seguido la regla de Anatole France que figura en cabeza de este capítulo: no han leído ni los artículos de Stalin, ni sus discursos, ni sus impresionantes «órdenes del día» durante la guerra –casi cuatrocientas–, que sacaban de quicio al propio Goebbels.

Batkin al menos reconoce que Stalin, a diferencia de sus sucesores, escribía él mismo todos sus textos. Lo hacía a mano, lenta-

mente, en silencio, corrigiendo con frecuencia. Hablaba con acento georgiano, pero conocía muy bien el ruso. Alexandr Yákovlev, el célebre proyectista de aviones (los temibles cazas YAK entre otros), mantuvo continuos contactos con Stalin a lo largo de doce años. Cuenta en sus memorias que tuvo frecuentes ocasiones de observar su intolerancia respecto a la gramática: un documento pobremente redactado le ponía furioso. Cierto día, Yákovlev recogía al dictado una disposición de Stalin, y este, que solía pasear mientras dictaba, miraba lo que escribía por encima de su hombro; de repente, le cogió la mano y la guió para que pusiera una simple coma que faltaba. Yákovlev también recuerda una expresión de Stalin: «Si un hombre no puede expresar claramente por escrito lo que piensa, eso significa que su pensamiento es asistemático, caótico. ¿Cómo se puede esperar que haga las cosas bien en su trabajo?».

Yuri Levitán, el más famoso locutor de la era Stalin, tenía que leer con frecuencia las declaraciones y órdenes del día del *vozhd*, muchas de ellas manuscritas, y siempre le llamó la atención que no contenían falta alguna de ortografía. También tuvo ocasión de observar a Stalin cuando este hablaba directamente por la radio: su ruso era espléndido, inteligible, persuasivo. Lo mismo han dicho, años después de su muerte, escritores, artistas, generales, visitantes extranjeros; todos coinciden en que su vocabulario era muy rico y en que tenía una especial habilidad para expresar ideas complejas de modo sencillo, al alcance de todo el mundo. Sus tres emotivos discursos a la nación en 1941, en el primer semestre de la guerra, son verdaderas obras de arte y tuvieron gran repercusión, como reconoce, sin citar a Stalin, la *Gran Enciclopedia Soviética* publicada en tiempos de Jruschov.

Una curiosa referencia. Días después de la victoria de Barack Obama en 2008, un renombrado lingüista estadounidense, David Cristal, hizo, a petición del *Sunday Times*, una larga serie de reflexiones sobre el estilo oratorio del nuevo presidente. Es un análisis sin-

gular: el sorprendente uso del condicional; la repetición de preguntas y respuestas; la «retórica de los *tres*» –estuve con vosotros ayer, lo estoy hoy y lo estaré mañana–; el empleo efectista de pares sin conjunción –jóvenes, viejos; ricos, pobres; negros, blancos; demócratas, republicanos–. Todo ello recuerda el convincente modo de hablar de Stalin en los congresos y plenos del Partido. Con una importante diferencia: los más grandes expertos en comunicación orientan el discurso de Obama y de otros dirigentes políticos de nuestro tiempo. A Stalin le guiaba su propia intuición.

* * *

Otras críticas generalizadas tienden a menospreciar la incursión de Stalin en el campo de la lingüística. Nikolái Marr ya era reconocido como un gran sabio cuando se unió a los bolcheviques en 1917. A finales de los años veinte se convirtió en líder indiscutible de la lingüística soviética por sus tesis marxistas sobre la transformación de la lengua desde que el dominio burgués había acabado a manos del proletariado. Afirmaba que el idioma cambia poco a poco cuando lo hace la clase dominante, y sus teorías pervivieron tras su muerte (1934) y se impusieron en la Unión Soviética durante más de tres décadas.

En 1950 Stalin recibió un informe de un reputado lingüista georgiano, profesor de la universidad de Tiflis, que denunciaba sin ambages la carencia de base científica en las elucubraciones de Marr. Stalin había perdido en gran parte el sentido de la realidad desde la victoria en la guerra. Dejó de ser el frío, astuto, prudente, calculador, admirado por Kissinger y, a partir de 1945, cometió varios errores de bulto en política exterior. Pero conservaba su capacidad intelectual y siempre se había interesado por el lenguaje: no en balde había escrito un amplio estudio sobre las nacionalidades en el imperio zarista años antes de la Revolución. Pidió los libros más importantes

sobre lingüística publicados en ruso y... se dedicó a estudiar concienzudamente la cuestión.

Y el 20 de junio de 1950 apareció en *Pravda* un insólito artículo de Stalin: «En torno al marxismo y la lingüística». En él afirmaba que el lenguaje no tenía nada que ver con la base económica, pues se mantenía en contextos sociales y económicos diferentes, y apenas cambiaba con el paso del tiempo. Stalin criticaba duramente a Marr por haber simplificado el marxismo en la cuestión del lenguaje y hacía a sus fanáticos seguidores una irónica pregunta: «¿Piensan estos camaradas que los señores feudales ingleses se comunicaban con los campesinos a través de un traductor? ¿Es que acaso no utilizaban unos y otros el idioma inglés?».

Esta vez responde a las críticas una autoridad en la materia. Fernando Lázaro Carreter, director de la Real Academia Española de la Lengua de 1991 a 1998, cita a Stalin varias veces en su conocido libro *El dardo en la palabra,* recopilación de sus artículos sobre el pésimo uso del idioma por políticos y periodistas. He aquí algunas de sus reflexiones (en artículos distintos):

> ... se piensa que hablar y escribir bien es ideal de viejo régimen, antipático atributo de clase, y que, si hay enfrentadas dos culturas, han de ser precisos dos idiomas desiguales, el atildado de unos frente al llano de los otros. Quienes piensan así «se engañan gravemente, afirmando que la existencia de dos culturas diferentes (la burguesa y la proletaria) conduce a la formación de dos lenguas diferentes y a la negación de una lengua común». Tal afirmó Stalin hace un cuarto de siglo.

> El idioma «correcto» ya no resulta, para muchos, deseable, [...] les basta, dicen o piensan, el suyo propio, el de su ámbito familiar y socioeconómico. [...] He aquí el primer problema grave, [...] la indiferencia e incluso hostilidad de los estudiantes ante

una lengua más refinada, copiosa y flexible. [...] [Esa situación] estuvo viva en la sociedad y la pedagogía soviéticas durante años, [...] acabaron con ella los artículos que publicó Stalin en *Pravda* en 1950. Su esfuerzo se concentró en demostrar que la lengua no es una superestructura crecida a la economía y dependiente de ella. No debe confundirse, aseguraba el líder soviético, la lengua con la cultura: esta puede ser burguesa o socialista, mientras que la lengua, como medio de comunicación entre los hombres, es común a todo el pueblo. Escribía [...] con evidente razón.

Stalin y España

Desde la sublevación militar de 1936 hasta nuestros días, la mayoría de los historiadores vienen sosteniendo que Stalin pretendía implantar en España una república bolchevique. La idea no solo fue un *leitmotiv* permanente de la propaganda franquista, sino que era compartida, y difundida, por buena parte de los exiliados, los perdedores de la guerra civil. Debemos al historiador Ángel Viñas, en su trilogía sobre la República española –fruto de décadas de investigación– las pruebas de que esa persistente acusación –sesgada en más de un caso– carece de fundamento. Baste como ejemplo la entrevista mantenida por Stalin el 3 de febrero de 1937 con el embajador de la República en Moscú, Marcelino Pascua:* le dice sin ambages que el gobierno republicano debería acercarse a las democracias occidentales. En aquel momento la Unión Soviética se sentía amenazada por Alemania y Japón, y no estaba para aventuras. Stalin siempre tuvo los pies sobre la tierra y sabía que un régimen comunista

* Pascua tomaba pequeñas notas durante las entrevistas y se basaba en ellas para escribir personalmente a máquina sus informes.

en España provocaría una agresión inmediata contra su país por una coalición encabezada por Hitler y Mussolini y tácitamente apoyada por Francia y Gran Bretaña. La ayuda a la República fue muy mesurada. Cuatro días después del alzamiento, el 22 de julio de 1936, el jefe del gobierno español, José Giral, pidió al soviético el envío de un contingente de técnicos, instructores, pilotos, tanquistas, marinos, intérpretes, asesores. El número total de ellos, entre 1936 y 1939, fue de 2150 frente a 19000 alemanes y 80000 italianos. En cuanto a carros de combate, piezas de artillería y aviones, no llegaron a la mitad de los enviados por las potencias del Eje. El general Grígori Shtern, consejero militar jefe en España, recomendó a su gobierno que se suministrasen aviones a los republicanos «en una escala muy superior a la seguida hasta entonces». Aunque la petición fue apoyada por el comisario de Defensa, el mariscal Voroshílov, uno de los más íntimos colaboradores de Stalin, este se negó rotundamente. El temor a una intervención extranjera y la obsesión por garantizar la supervivencia de la Unión Soviética guiaron siempre sus pasos en política exterior.

En otro orden de cosas, es de destacar la gran admiración de Stalin por los españoles, de la que dio muestras en numerosas ocasiones. Compartía con la mayoría de sus compatriotas la hispanofilia, un sentimiento intenso y arraigado que tiene un doble origen: el quijotismo y la gesta de 1808 contra Napoleón. Gavrila Derzhavin, el mayor poeta ruso del siglo XVIII, inventó el verbo *donquijotstvovat* para expresar la tendencia del pueblo ruso a desvariar. El historiador Nikolái Karamzín dijo por carta a un amigo, en 1793, que amaba con pasión a la humanidad y añadía: «Dirás que soy un Don Quijote». Casi un siglo después, el artículo de Turguéniev *Hamlet y Don Quijote*, en el que califica a este último como un héroe positivo, luchador y revolucionario, tuvo gran repercusión en el mundo cultural. Entre los apologistas, destaca Dostoievski, que fue el primero en sostener la tesis del quijotismo de la *intelligentsia* y de la totalidad del

pueblo ruso. Catalina II leyó el libro en la traducción alemana de 1734 y le gustó tanto que encargó, para su uso personal, una selección de los proverbios de Sancho. Stalin, por su parte, autorizó personalmente la traducción de los seis tomos de la edición crítica del *Quijote* de Rodríguez Marín, que aparecieron en Moscú entre 1929 y 1932. Durante los últimos años del zarismo, la tirada total de la novela de Cervantes fue de 153000 ejemplares. En las dos últimas décadas de Stalin superó los dos millones solo en ruso y se acercó al millón en las demás lenguas de la URSS. El mito del Quijote está profundamente arraigado en la conciencia rusa: se ha dicho que los rusos encontraron en el peregrino rebelde e inútil, un alma próxima, un *yuródivi*, un santo loco de Dios. Y Stalin difundió profusamente la parábola cervantina por su mensaje, que coincidía en esencia con su propio designio: la creación de un hombre nuevo, desprendido, fraternal, solidario, entregado con fervor al servicio de la comunidad.

En cuanto a la lucha del pueblo español contra Napoleón, ya se ha dicho que Stalin tenía en su biblioteca, llenos de notas y subrayados, todos los libros publicados en ruso sobre ella. La hispanofilia rusa generalizada nace realmente en 1812, durante la llamada Guerra Patria (la contienda con Alemania fue la Gran Guerra Patria). La actuación de las guerrillas españolas tuvo gran influencia en la creación del movimiento partisano en Rusia cuatro años más tarde y fue la base de un extenso ensayo colectivo: *Teoría de las acciones guerrilleras para las tropas rusas*. Tambien aparecieron relatos encomiásticos sobre el sitio de Zaragoza y las sonadas batallas victoriosas. En 1813, la revista *Sin Otechestva* publicó un amplio debate: «Conversaciones sobre la guerra de España»; y en otra obra se afirmaba que «Todas las bocas, todas las revistas, todas las obras históricas de nuestra época ensalzaron y no cesarán de ensalzar la abnegación y los magnos esfuerzos de la nación española» (todo ello se encontró en la biblioteca de Stalin tras su muerte). España se puso

de moda y en la prensa rusa aparecían con frecuencia crónicas sobre el país. La ejecución de los últimos constitucionalistas, con el general Riego a la cabeza, produjo enorme indignación; y está ampliamente documentado que influyó en el pronunciamiento de los decembristas, los oficiales que se rebelaron contra el zar Nicolás I en diciembre de 1825, reverenciados durante la era estalinista como precursores de la Revolución.

Stalin conocía bien, y admiraba, el carácter español. En julio de 1948 recibió a Dolores Ibárruri (la *Pasionaria*) y a Santiago Carrillo, encuentro que este relata en sus memorias. Como solía hacer mientras el intérprete traducía sus palabras, Stalin dibujaba en un bloc (en aquella ocasión –muy bien, por cierto, subraya Carrillo– la cabeza de Lenin); y de repente exclamó: «Los españoles sois muy orgullosos. Nunca nos pedís ayuda». Otro ejemplo es el trato dispensado a los oficiales de la División Azul capturados durante la guerra. Los prisioneros se negaron rotundamente a trabajar, tal y como establece la Convención de Ginebra, y no cedieron pese a las celdas de castigo y las amenazas de muerte. Pero no sufrieron torturas y ninguno de ellos fue ejecutado. Stalin, informado del plante de los oficiales españoles, envió a los campos a través de Beria su conocida orden: «Aislar pero preservar». Aislar para evitar que otros siguiesen su ejemplo, cosa en cualquier caso improbable: un prisionero lo único que quiere es sobrevivir, procura no hacer locuras.

El bombardeo de Dresde

Escuchado directamente en un telediario el 13 de febrero de 2005, sexagésimo aniversario del salvaje bombardeo de Dresde, que destruyó prácticamente una de las ciudades más bellas de Europa y costó la vida a más de cien mil personas: «Stalin dio rienda suelta a su venganza». Como es sabido, la ciudad fue reducida a escombros, pri-

mero por la aviación británica (Churchill quiso vengar la destrucción de Coventry por los nazis en 1940), y después por la norteamericana en febrero, marzo y abril de 1945, ataques injustificados desde el punto de vista militar, cuando faltaban semanas para la capitulación de Alemania. Es más: en los archivos rusos se conserva la orden firmada por Stalin que disponía la reconstrucción inmediata de la ciudad –situada en la zona de ocupación soviética– piedra a piedra, tal y como está ahora.

Una fantasía *pánica*

Un dramaturgo español, de cuyo nombre no quiero acordarme, daba una conferencia en Madrid, en el auditorio de una conocida compañía suiza. De repente, hizo una pausa y guardó silencio unos segundos para atraer la atención de los oyentes. Y anunció, todo ufano, una primicia histórica de primer orden fruto de sus propias, y arduas, investigaciones: Bobby Fischer, el gran campeón de ajedrez, era hijo de Stalin. Su madre, de visita en Moscú, fue recibida por el *vozhd* en plena guerra (1942) y tuvieron un fugaz «encuentro» afortunado.

Capítulo 35

Stalin visto por propios y extraños

La mayoría de los biógrafos de Stalin describen sus rasgos característicos, sus señas de identidad: astuto, prudente, implacable, con paciencia infinita, seguro de sí mismo, desconfiado, cruel, tenaz, rencoroso, vengativo, gran actor, con aptitudes artísticas poco comunes... Para completar su imagen, se recogen algunas opiniones sobre él.

Harry Hopkins

En 1940 Roosevelt era consciente de que el pueblo americano no quería en absoluto que «sus muchachos» combatiesen en Europa. Por eso, tanto en la campaña electoral como después de ser reelegido, prometió que Estados Unidos no intervendría en ninguna guerra ajena al país (la «propia» empezó con el ataque japonés a Pearl Harbor en diciembre de 1941).* Sin embargo, suministraba a Churchill toda clase de material bélico y, a partir de la invasión alemana, estaba dispuesto a hacer lo mismo con la Unión Soviética. Había recibido un informe del secretario de Estado, Henry

* De inmediato, Hitler declaró la guerra a Estados Unidos. Cuando Stalin se enteró, rompió a reír: «Sería interesante conocer con qué fuerzas y recursos piensa guerrear Alemania contra los americanos».

Stimson, en el que afirmaba que compartía el criterio de la División de Planes de Guerra del Estado Mayor General (con su jefe, el general Marshall, a la cabeza): «Alemania estará ocupada a fondo en batir a Rusia durante un mínimo de un mes y un máximo de tres». Pero Roosevelt sabía que la resistencia rusa, por corta que fuera, era vital para la supervivencia de Inglaterra, y envió enseguida a Moscú a un amigo personal, Harry Hopkins, que no era miembro de su gabinete.

Hopkins se entrevistó dos veces con Stalin a finales de julio de 1941, un mes después del ataque alemán, y se llevó una enorme sorpresa. Esperaba verlo preocupado por el rápido avance de los blindados enemigos y encontró a un hombre tranquilo, seguro de sí mismo, consciente de que la guerra sería larga, pero convencido de la victoria: «Los desastres de los primeros días no le habían desmoralizado en absoluto». Le extrañó que Stalin le pidiera principalmente armas ligeras antiaéreas y aluminio para construir aviones: «Un hombre que temiera una derrota inmediata no hubiera puesto el aluminio en la lista de sus prioridades». Preguntó a Stalin si necesitaba tanques y cañones antitanque, y este le contestó. «Creo que tenemos bastantes». Tras dejar Moscú, Hopkins envió un cable a Roosevelt: «Me siento confiado acerca de ese frente, [...] hay una infinita determinación de vencer». Y anotó otros juicios sobre Stalin:

> No había en él amaneramiento alguno, ni decía una palabra superflua. [...] Las cuestiones que planteaba eran claras, concisas, directas. Y sus respuestas, prontas, inequívocas, como si el hombre las hubiera tenido listas durante años. [...] Era como hablar con una máquina perfectamente coordinada, una máquina inteligente. Su sonrisa es fría pero amistosa, adusta pero cálida. Ríe a menudo, pero es una risa corta, algo sardónica.

Averell Harriman

En febrero de 1941, apenas comenzado su tercer mandato, Roosevelt envió a Londres, como representante personal, a Averell Harriman, otro amigo que tampoco era miembro de su gabinete, con objeto de «recomendar todo lo que podamos hacer, salvo la guerra, para mantener las islas británicas a flote». En septiembre del mismo año, unas semanas después del regreso de Hopkins a Washington, Harriman encabezaba, junto a lord Beaverbrook, la misión anglo-americana enviada a Moscú para concretar la ayuda militar al nuevo aliado, ayuda que se decidió en tres largas reuniones con Stalin. Harriman vio a este de nuevo en agosto de 1942, cuando acompañó a Churchill, en representación de Roosevelt, en su viaje a Moscú. Y se entrevistó con él en múltiples ocasiones a partir de su nombramiento, en octubre de 1943, como embajador en la Unión Soviética. Stalin rara vez recibía a los representantes diplomáticos, pero Harriman le caía muy bien y nunca le negaba una audiencia. A Harriman le pareció un líder de guerra extraordinario, con amplios conocimientos militares, que había dirigido la batalla por Rusia con entendimiento y decisión. Tres décadas después de la guerra, resumió sus impresiones como sigue:

> Me resulta difícil conciliar la cortesía y consideración que me demostró en persona con la atroz crueldad de sus liquidaciones indiscriminadas. Otros, que no le conocen personalmente, solo ven en Stalin al tirano. Yo también vi su otra cara: su gran inteligencia, su fantástica atención a los detalles, su astucia, y esa sorprendente sensibilidad humana que era capaz de demostrar, al menos en los años de la guerra. Me pareció mejor informado que Roosevelt, más realista que Churchill, en algunos aspectos el más eficaz de los líderes de la guerra. Al mismo tiempo, era, por supuesto, un tirano asesino. Debo confesar que, para mí, Sta-

lin sigue siendo el personaje más inescrutable y contradictorio que he conocido, y dejo a la historia el juicio definitivo sobre él.

George Kennan

En 1933 llegó a Moscú el primer embajador norteamericano en la URSS, William Bullit. Entre los miembros de su equipo se encontraba un joven diplomático, George Kennan, que hablaba ruso y se había especializado en el país. Diez años después, tras ocupar otros puestos en el extranjero, Kennan volvió a Moscú como segundo de Harriman, a petición de este al propio Roosevelt cuando fue nombrado embajador. El tándem funcionó de maravilla. Kennan solía actuar como intérprete en las reuniones de Harriman con Stalin; no intervenía en la conversación, pero tomaba notas y estudiaba al personaje:

> Había en él una fuerza tranquila, sosegada, y una cierta distinción en sus rasgos. [...] No se esforzaba por causar impresión, [...] cálculo, ambición, amor al poder, crueldad, se escondían tras esa fachada no pretenciosa. La grandeza de Stalin como simulador era una parte integrante de su grandeza como estadista. [Asombraba] su inmensa, diabólica capacidad como táctico. La edad moderna no ha conocido más grande maestro del arte táctico. [...] Nunca dudé, cuando le visité, que estaba en presencia de uno de los más notables hombres del mundo, un hombre grande en su perversidad: cínico, despiadado, astuto, interminablemente peligroso, pero, por todo esto, uno de los verdaderos grandes hombres de la época.

En la primavera de 1952 Kennan fue nombrado embajador en Moscú; era el primer diplomático de carrera en acceder al puesto. Conocía bien el país y a muchos de sus dirigentes. ¿Cómo explicar sus errores? Por lo pronto, no se molestó en pedir audiencia a Stalin,

quizá para diferenciarse del embajador británico, que llevaba meses esperando una respuesta. ¿Lo hizo por presunción? Veinte años después escribió satisfecho en sus memorias: «Dios sabe qué impresión causó eso en el viejo y semiloco dictador».

Infinitamente mayor fue el disparate que cometió unos meses después de su llegada a Moscú. A mediados de septiembre de 1952, salió hacia Londres para asistir a una reunión de los embajadores estadounidenses en Europa. Su avión hizo una breve escala en Berlín, y un periodista le preguntó sobre la vida en Moscú. Kennan, malhumorado, contestó que eran tratados de un modo vergonzoso por los rusos, lo que le recordaba la situación de los diplomáticos americanos en la capital alemana desde que Hitler declaró la guerra a Estados Unidos (diciembre de 1941) hasta que salieron de Alemania varias semanas más tarde: «Los nazis permitían pasear por las calles bajo vigilancia, sin derecho a hablar con ningún alemán; eso sería exactamente como nosotros tenemos que vivir hoy en Moscú». La ofensa era mayúscula y la reacción no se hizo esperar. Fue declarado persona non grata y no pudo regresar a su embajada. Como es lógico, también en Washington arremetieron contra Kennan. El Departamento de Estado le comunicó que no había «ningún hueco» para él en el servicio exterior. Y causó baja en el cuerpo diplomático (si bien fue embajador en Yugoslavia [1961-1963] por decisión personal de Kennedy).

Kennan entró en el mundo académico y alcanzó un enorme prestigio por su talento como escritor y su sabiduría en historia y política exterior. Recibió dos veces el premio Pulitzer y fue un verdadero maestro para sus colegas más jóvenes, con Kissinger a la cabeza. Pero su expulsión de la Unión Soviética dejó en él una profunda huella que fue incapaz de superar; se convirtió en un trauma irreversible. Por increíble que parezca, llegó a afirmar en sus memorias que nunca supo por qué había sido declarado persona non grata. Se obsesionó de tal forma con Stalin que hizo lo imposible por destruir su imagen. Investigó su vida en la clandestinidad y aseguró que

había sido confidente de la *Ojranka*, la policía zarista, y que muchos de sus camaradas habían caído por sus delaciones (la historia reaparece de tanto en tanto en biografías y medios de comunicación). Participó en la captación de Svetlana, la hija de Stalin, y en el plan de su huida desde la India a Estados Unidos, a finales de 1966; la acogió en su propia casa, en Princeton, y la *ayudó* a escribir su segundo libro de memorias, *En un solo año.**

Winston Churchill

Se entrevistó con Stalin en Moscú, en 1942 y 1944, y se reunió con él en las conferencias de los Tres Grandes de Teherán, Yalta y Potsdam. Esos encuentros se relatan por extenso en *La Segunda Guerra Mundial*, sus célebres memorias de la contienda. En Teherán dijo: «Stalin figurará entre los grandes hombres de la historia de Rusia y se ha ganado el título de Stalin el Grande». En otra ocasión, comentó: «Es un hombre de un valor y una energía inagotables. Me causó la impresión de una sabiduría fría y profunda, y una completa ausencia de ilusiones de cualquier tipo».

Otros juicios sobre Stalin

«Creo que en su naturaleza penetró algo del modo en que debe comportarse un caballero cristiano.»

(ROOSEVELT, ante su gabinete, poco después de Yalta, refiriéndose a la posible influencia en Stalin de sus años de seminario)

* El libro está lleno de afirmaciones peregrinas: «Mi padre tenía una buena colección de canciones populares [...] no apreciaba otra música»; «nunca intentó aprender algo de historia, [...] fue hasta el final un hombre áspero por ignorancia, un hombre sin instrucción»; «mi padre no se interesaba por la poesía».

«Stalin ha ganado apuestas tan enormes como ningún otro estadista jamás.»

(WILLIAM BULLIT, primer embajador estadounidense en la URSS, 1933-1936)

«Dotado de una gran capacidad de trabajo, Stalin fue un genio de la organización, que poseía un físico y un espíritu vigorosos y, al mismo tiempo, la paciencia de Oriente.»

(JOSEPH DAVIES, embajador americano en la URSS, 1936-1938)

«Es un cerebro militar de primer orden.»

(General sir ALAN BROOKE, jefe del Estado Mayor Imperial; habló con Stalin de cuestiones estratégicas en Teherán)

SIR ARCHIBALD CLARK KERR, embajador británico en la URSS durante gran parte de la guerra, fue destinado a Washington en 1945. Antes de salir de Moscú, un periodista le preguntó: «¿Qué es lo que más le ha impresionado en Rusia?». Y respondió sin dudarlo: «Stalin».

«El rasgo más atractivo de Stalin son sus oscuros ojos, que se iluminan cuando se siente interesado por algo. Son unos ojos vivos, expresivos e inteligentes. [...] Es valiente, pero prudente, receloso, [...] frío y realista, rápido en la ejecución de sus planes cuando el objetivo le parece claro, pero paciente y astuto cuando la situación es oscura. [...] La secuencia y amplitud de sus observaciones me revelaron que posee una memoria muy notable y un gran poder de concentración. [...] Un hombre que llenará más páginas de la historia universal que Napoleón.»

(General WALTER BEDELL SMITH, jefe del Estado Mayor aliado durante la guerra, sucesor de Harriman como embajador en Moscú, 1946-1949)

«Se trataba de un hombre que pensaba lo que decía. Nunca cometía el error de que sus palabras fueran más rápidas que sus pensamientos.»

(ANDRÉI GROMIKO, ministro de Asuntos Exteriores de la URSS)

«Stalin es un maestro del detalle y posee notables conocimientos sobre las características de las armas o los aspectos estructurales de los aviones.»

(General JOHN DEANE, jefe de la Misión Militar de EE.UU. en la URSS)

«Me recordaba a los déspotas renacentistas por su carencia de principios.»

(CLEMENT ATTLEE, primer ministro británico)

«Su inteligencia es muy penetrante. Me dio la impresión de que si usted no conoce bien el asunto que tratar será rápidamente enredado al discutir con él.»

(Mariscal de Campo Vizconde MONTGOMERY DE ALAMEIN, jefe del Estado Mayor Imperial después de la guerra)

«Stalin tenía un cierto encanto siniestro.»

(CHARLES DE GAULLE)

«Fue, sin duda, un monstruo, pero en la dirección de las relaciones internacionales él fue el realista supremo: paciente, astuto e implacable, el Richelieu de su época.»

(HENRY KISSINGER)

«Ideológicamente, yo sigo siendo un estalinista. [...] Aunque comencé la guerra con dudas sobre el liderazgo de Stalin, la terminé creyendo que habíamos sido muy afortunados, que, sin el genio de Sta-

lin, alcanzar la victoria hubiera llevado mucho más tiempo y hubiera comportado mayores pérdidas.»

(PIOTR GRIGORENKO, general en la guerra, encabezó el movimiento en pro de los derechos humanos, pasó años en prisión y fue desposeído de la ciudadanía soviética en 1977. Escribió sus memorias en el exilio)

«Tuve la posibilidad de estudiar a fondo a Stalin como estratega militar porque hice toda la guerra junto a él. [...] En la dirección general de la guerra, Stalin se apoyaba en su ingenio natural y en su viva intuición. Sabía encontrar el elemento principal de una situación estratégica y basarse en él para resistir al enemigo, o para conducir esta o aquella operación ofensiva. Está fuera de duda que fue un excelente comandante supremo.»

(Mariscal ZHÚKOV)

«Nadie era más experto que Stalin en la cuestión de las nacionalidades, nadie hubiera organizado las repúblicas nacionales con tanta clarividencia. La creación de las repúblicas de Asia Central fue enteramente obra suya, así como la delimitación de las fronteras entre ellas. [...] Era en eso de una competencia absoluta.»*

(MÓLOTOV, *mano derecha* de Stalin)

* Cinco años antes de la Revolución, entre diciembre de 1912 y enero de 1913, Stalin escribe en Viena su extenso artículo «El marxismo y la cuestión nacional». Lo envía a Lenin, quien lo califica como «muy bueno». El artículo aparece en tres números sucesivos de la revista *Prosveschenie* y, en 1914, la editorial Pribói de San Petersburgo lo publica en folleto aparte, folleto retirado de las bibliotecas y salas de lectura por disposición del ministro del Interior. Tras la muerte de Lenin (1924), Stalin decide dividir el llamado Turquestán ruso, los dominios zaristas de Asia Central, en cinco repúblicas soviéticas: Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán. Lo hace basándose en criterios lingüísticos y culturales: estudia concienzudamente las etnias, los dialectos, los hábitos, el folclore, los recursos del enorme territorio, y traza en persona las fronteras entre ellas. Esa cuidadosa división persiste hasta nuestros días: las cinco repúblicas, independientes desde la caída de la URSS, en las que han surgido serios conflictos internos, aceptan de modo casi unánime los límites fronterizos diseñados por Stalin.

«Rusia es la verdadera vencedora de la guerra, y Stalin, el más grande hombre vivo.»

(BENITO MUSSOLINI, en Germasino, tras ser capturado por los partisanos)

«Stalin es una de las figuras más extraordinarias de la historia universal.» «Podemos tener por Stalin una admiración sin reservas. Realmente es inteligente. Conoce admirablemente a sus maestros, empezando por Gengis Kan.» «Stalin es mitad bestia, mitad gigante». «Hay que admitir que Stalin ha elevado el nivel de vida de su patria. El pueblo ruso no padece hambre.»

(HITLER, *Conversaciones de sobremesa,* 1941-1942)

«En caso de que el Ejército Rojo se hubiera hundido a las primeras de cambio, como ocurrió con los ejércitos francés y británico en Francia, [...] Hitler habría tenido la bomba atómica antes que Estados Unidos. [...] Stalin murió sin enemigos [...] los había matado a todos [...] pero todos los que estamos vivos le debemos nuestro agradecimiento.»

(DAVID SEATON, periodista y escritor norteamericano)

«Los inmensos resultados obtenidos en la industria, [...] el rápido aumento del número de obreros, la elevación del nivel de vida, [...] tales son los resultados incontestables de la Revolución de Octubre, en la que los profetas del viejo mundo vieron la tumba de la civilización. [...] Solamente la revolución proletaria ha permitido a un país atrasado obtener en menos de veinte años resultados sin precedentes en la historia. [...] En la URSS la educación se imparte actualmente en al menos ochenta idiomas. [...] Aparecen periódicos en otras tantas lenguas y transmiten a los pastores nómadas y campesinos los elementos de la cultura. [Otro avance es] la difusión de

un nuevo patriotismo soviético, sentimiento ciertamente muy profundo, sincero y dinámico.»

(TROSTKI, honesto a carta cabal, reconoce los logros sin mencionar al artífice)

«Tras tres decenios, la cara de la Unión Soviética se ha transformado completamente. Lo esencial de la acción histórica del estalinismo es esto: se ha encontrado con una Rusia que trabajaba la tierra con arados de madera y la deja siendo dueña de la pila atómica. [...] No se habría podido obtener un resultado similar sin una gran revolución cultural, en la que se ha enviado al colegio a un país entero para impartirle una amplia enseñanza.»

(ISAAC DEUTSCHER, historiador trotskista, de reconocida rectitud intelectual)

«Yo era un antiestanilista convencido desde que tuve diecisiete años. La idea de un atentado contra Stalin invadía mis pensamientos y mis sentimientos. Estudiábamos las posibilidades técnicas de un atentado. Luego pasamos a su preparación práctica. [...] Si me hubiesen condenado a muerte en 1939, esa decisión hubiese sido justa. Había concebido el plan para matar a Stalin, ¿acaso eso no era un crimen? [...] Mientras Stalin vivió, yo veía todo eso de otra manera, pero hoy, cuando puedo sobrevolar este siglo, digo: Stalin ha sido la más grandiosa personalidad de nuestro siglo, el político más genial. Adoptar un actitud científica con respecto de alguien no significa comprometerse en una actitud personal.»

(ALEXANDR ZINÓVIEV [1922-2006], filósofo y científico, disidente soviético, entrevistado en 1993, cuadragésimo aniversario de la muerte de Stalin)

«Todo era insoportable y magnífico.»

(ILIÁ EHRENBURG, escritor soviético, juzgó de ese modo la época de Stalin)

«No deberíamos olvidar el papel positivo jugado por la autoridad personal [de Stalin] en los críticos días de nuestra historia, [...] sería erróneo ignorar los extraordinarios logros del país durante su liderazgo. [...] He hablado con mucha gente que ha conocido a Stalin y ha trabajado con él. No recuerdo una sola persona que no reconozca su inteligencia, sus conocimientos y su voluntad de hierro.»

(Almirante NIKOLÁI KUZNETSOV, comisario del Pueblo de la Armada, comandante en jefe de las Fuerzas Navales de la URSS)

Dice el teólogo Juan G. Bedoya: «Pablo de Tarso, el auténtico secretario de organización del primer cristianismo, por encima del pescador Pedro». *Mutatis mutandis.* Para MANUEL RODRÍGUEZ RIVERO, «Stalin fue el san Pablo del bolchevismo, por encima del fundador Lenin.»

EPÍLOGO

Capítulo 36

Diálogo sobre el poder entre Stalin y Gorbachov*

STALIN: Desciendo del Olimpo, reprimiendo mi ira, para que los muertos que tuvieron fe en mí se revuelvan en sus tumbas y los vivos que la tuvieron en ti lloren su amargura por haber sido víctimas de tu idealismo fraudulento. Usurpaste el poder, destruiste mi obra, la de Catalina y la de Pedro, engañaste al pueblo y lo arrojaste a la miseria moral y material. Y, como en los tiempos posteriores a Iván, trajiste «el caos, el pecado, la muerte y la desgracia sobre la tierra rusa».

GORBACHOV: El caos, el pecado y la desgracia son anteriores a mí, y no he matado ni a mis peores enemigos. Si engañé, es por haber estado engañado yo mismo. Y nunca he sido un usurpador porque mi poder era legítimo.

STALIN: Quien no sabe gobernar es siempre un usurpador. Y tus errores llevarán a la muerte a millones de personas. ¿A cambio de qué? De nada. ¡Cuánta crueldad inútil! El poder lo permite todo, y tú lo permitiste todo. Cuando Gromiko votó por ti y dijo aquello

* Generalmente, Stalin tuteaba a sus *súbditos* y estos le hablaban de usted.

de que tenías una hermosa sonrisa y unos dientes de acero, estaba insultando mi nombre. Y, cuando en sus *Memorias* te describe como estadista sagaz, político astuto y hombre de mente aguda, no sabe lo que dice. Esas tres cualidades son menores en política y también las necesita un mercader. Con astucia, con disimulo, con adulación obsequiosa y servil llegaste al poder como todos mis sucesores. Pero ser estadista es otra cosa, porque los Estados reposan sobre la violencia, y la fuerza tiene en ellos un papel mucho más importante que cualquier otro.

GORBACHOV: El destino quiso, cuando me vi al frente del Estado, que muchos dirigentes compartiesen mi opinión de que el país estaba enfermo y era imposible seguir viviendo indefinidamente de la misma manera. Yo tuve el valor de actuar con la intención de cambiar de arriba abajo el sistema económico y político vigente. Pero quise hacer de la perestroika una revolución pacífica, la primera experiencia histórica de una revolución sin violencia, y por eso busqué siempre el compromiso.

STALIN: ¿Una revolución con compromiso?, ¿sin violencia ni represión? No hay revoluciones pacíficas. Una revolución nunca es una transacción, así que no utilices indebidamente los términos. Desde hace décadas, los dirigentes habéis vivido fuera de la realidad, y tú has querido cambiarla sin conocerla. Quien no conoce la situación en toda su complejidad y quiere modificarla según le sugiere su fantasía, hace el quijote. La historia enseña que el momento más peligroso para un mal gobierno es cuando empieza a reformarse, pero tú no has leído nada, y tienes la ingenuidad y la ignorancia política de todos los reformadores. Tendrías que haber zanjado la primera situación crítica, la primera protesta, el primer brote nacionalista con una buena dosis de violencia. Hay que evitar el mal antes de que acontezca.

GORBACHOV: Estoy en contra, por principio, del derramamiento de sangre. Pero, además, quise edificar una sociedad óptima, un Estado de Derecho orientado hacia el ser humano. ¿Cómo conciliar la violencia indiscriminada con el humanismo, la democracia, la igualdad y la libertad?

STALIN: ¿Conciliar? ¿Qué tiene que ver la práctica política con esas bellas ideas? La democracia es una palabra sin sentido que solo sirve para manipular a la gente. Tu mayor error fue la glasnost, la hedionda transparencia informativa. Ya te gustaría saber cuántos millones de dólares fueron utilizados por nuestros enemigos para aprovechar esa estupidez. La ideología y la propaganda más corruptoras desintegraron el Partido y el Ejército, y han dinamitado la disciplina moral del pueblo. ¿No son perfectamente separables la libertad económica y la libertad política? Los chinos saben desde antes de Cristo que se gobierna un Estado como se fríe un pez: no hay que darle muchas vueltas porque lo haces pedazos. Y así, ellos sacan adelante su perestroika sin ninguna glasnost destructiva, manteniendo un férreo control del poder. Claro está: de vez en cuando, tienen que enviar al seno de Confucio a algunos chicos.

GORBACHOV: Es repugnante ese logro a costa de vidas humanas. Creo en la razón y en la posibilidad de extender el control racional sobre la política y los destinos humanos.

STALIN: Así te ha ido. El tuyo no ha sido el ejercicio del poder, sino un intento fallido de ejercerlo. Lo tenías todo: la riqueza del país, la fuerza, la información, el prestigio, la popularidad, la legitimidad que tanto te preocupa. En potencia, lo tenías todo. Pero el poder es la capacidad de determinar los comportamientos ajenos, y tú fuiste incapaz de convertir en poder los ingentes recursos que tenías a tu alcance. Te faltó una virtud fundamental: el arte de la

diferencia entre tener el poder y ejercerlo. Yo supe siempre qué hacer con el poder.

GORBACHOV: Conmigo la sociedad obtuvo libertad, se liberó política y espiritualmente. Se liquidó el sistema totalitario; los órganos de poder representativos y el pluripartidismo se hicieron realidad; el pueblo obtuvo la libertad de elección, de prensa, y de conciencia. Estoy convencido de la razón histórica de mis reformas.

STALIN: En 1987 decías: «No se trata de someter a erosión nuestro sistema político; la democracia socialista no tiene nada que ver con la permisividad, la irresponsabilidad y la anarquía». Perteneces a esa categoría de hombres felices que escriben para olvidarse al día siguiente de lo escrito. Ahora estás obsesionado con la libertad, un lujo, como decía Bismarck, que no todos se pueden permitir. «Rusia roba mi libertad», acabas de escribir. Te has transmutado en liberal, cosa que no me espanta: los liberales rusos siempre fueron conversos procedentes del marxismo, marxistas renegados. Lenin, que los detestaba, te hubiera hecho ajusticiar. Yo también, por traidor a tu patria y a tu pueblo.

GORBACHOV: Nunca he traicionado mis más profundas convicciones. He creído y creo en el imperio de la ley, que debe proteger la moral y la dignidad del ser humano. Pero, en el fondo de mi alma, siempre he sido un comunista y sigo siéndolo. Esa es mi desesperación y mi tragedia.

STALIN: No digas más tonterías. Siempre has sido un menchevique, un fabiano. Tus ideas son humanistas, y tus inclinaciones, socialistas. Por eso, frente a la firmeza revolucionaria opones la vacilación intelectual. Eres un ejemplo corriente, y raramente afortunado, del abogado metido a política. Las facultades de Derecho siempre han

sido facultades de cosas inútiles. Ahora que tienes tiempo podrías leer lo que opina Kissinger, en sus memorias, de William Rogers, otro abogado metido en política. Me recuerdas a Bujarin, que jamás transmitió un mensaje coherente y que, como tú, no daba la talla en ningún aspecto específicamente político. Los dos parecéis héroes de las tragedias shakespirianas, que contribuyen al desastre en el que han de perecer. Tú eres el Bujarin de Yeltsin, aunque tu destino se asemeja cada vez más al de Trotski. Por cierto, si este quisiera acompañarnos en esta velada, diría de tus declaraciones de los últimos meses lo que dijo de las de Bujarin en parecidas circunstancias: «Son como las burbujas que produce uno que se ahoga».

GORBACHOV: Trotski era otro hombre sin piedad y quizá mereció su horrible final. Pero nunca he comprendido por qué destruyó usted a Bujarin, que era inofensivo, que era su amigo.

STALIN: Y yo le quería un poco. En Viena, me leía, traduciendo directamente del alemán, el *Oráculo manual* de Gracián, pero parece que el esfuerzo de traducir en voz alta le impedía enterarse del arte de la prudencia. Se permitía decir que el ritmo de la industrialización era funesto y que la colectivización conducía a la explotación militar-feudal del campesinado. ¡Imagina la molestia de tener que corregirle en los tiempos que se avecinaban! Desgraciadamente, en política los amigos no existen, solo existe gente que finge amistad. Los únicos amigos fiables son los muertos. Bujarin era tierno y frágil, y la muerte nos vuelve duros y rígidos a todos.

GORBACHOV: Es repugnante, se me revuelven las entrañas. La historia no ha conocido un déspota tan cínico y brutal. Nunca tuvo principios ni respetó ninguna ley.

STALIN: No existen principios, solo acontecimientos. No existen leyes, solo circunstancias. Lenin, como Julio César, tenía autoridad moral y poder de persuasión, y podía mitigar el elemento coacción. Yo, como Augusto, no. Tuvimos que actuar de la manera más cruda, elevarnos por nosotros mismos hasta en los detalles más nimios. ¿Sabes que Augusto también usaba calzado un poco alto para aparentar mayor estatura? La historia, es cierto, se repite, pero no siempre la segunda versión es una farsa. Trotski fue mi Marco Antonio: desarmado, anulado, desterrado y aplastado. Eso tenías que haber hecho tú con Yeltsin.

GORBACHOV: El comportamiento de Yeltsin me llena de indignación. Todo lo que hizo después del golpe de agosto para apoderarse del Estado fue anticonstitucional. Y sus decisiones ilegales y arbitrarias, como la de retirar mi pasaporte, nos retrotraen a los tiempos que dice condenar. No ha cumplido ninguna de sus promesas, ha traicionado sus pactos conmigo y ha renegado de todo con tal de conquistar el poder. Pero yo hubiera sido incapaz de atentar contra su vida o su libertad.

STALIN: La indignación no es un sentimiento político. Echaste a Yeltsin del Politburó, pero no te atreviste a más: conservó su libertad de acción y la aprovechó para tomar revancha y desbancarte. El agravio que se haga a un hombre, decía Maquiavelo, debe ser tan grande que no se tema la venganza. No has leído a los clásicos ni has seguido los consejos de Lenin: «Lo primero, no dejarse deslumbrar por la victoria; lo segundo, consolidar el éxito obtenido; lo tercero, aplastar al adversario».

GORBACHOV: Siempre creí que podía hacer de Yeltsin mi aliado, que podía modificar su conducta sin coacción, que podía controlar sus acciones y usar su radicalismo como amenaza para vencer la resistencia de los conservadores a las reformas.

STALIN: No hay mayor peligro que subestimar al enemigo, y se debe eliminar siempre hasta la sombra de la competencia eventual. Yo no hubiera intentado modificar la conducta de Yeltsin, sino que hubiera alterado convenientemente su estado físico. Has provocado en él un comportamiento contrario al que pretendías. Yeltsin siempre ha sido el censor de tus errores y vacilaciones, pero, además, ha utilizado su experiencia estalinista como hombre de poder para destruirte. Todavía no te ha matado, pero lo hará si lo cree necesario. Todo es lícito en el vencedor.

GORBACHOV: La crueldad ha sido una constante terrible en la historia rusa, pero usted ha sido el terrorista de Estado más grande de todos los tiempos. Peor que Iván el Terrible.

STALIN: Eso será desde el punto de vista de eso que tú llamas humanismo. Mi grandeza no tiene nada que ver con la maldad ni con la bondad, sino con la historia y el poder. El objetivo de un gobernante es defender el Estado y curarlo si está enfermo. Debías haberte dedicado a otra cosa, ya que ni siquiera has leído a Maquiavelo: «Aquellos que observan como conducta un buen uso de la crueldad pueden, con ayuda de Dios y de los hombres, encontrar para su estado algún remedio». A mí me ayudaron mucho los hombres porque tuve gran capacidad para liquidar a mis enemigos por procuración. Y me ayudó Dios porque nunca me indujo a arrepentirme de nada. Iván también era algo cruel, y a Gromiko le hubiera arrancado personalmente los ojos, como castigo por su ceguera, pero se arrepentía y rezaba después de ejecutar a alguien. Yo dormía profundamente. «¿Cuánto tiempo piensa seguir matando gente?», me preguntó lady Astor. «Mientras sea necesario», le contesté amablemente.

GORBACHOV: Su humor siniestro me repele. ¿Cómo va a ser necesario liquidar a los campesinos, condenar al hambre a millo-

nes de personas, asesinar a los mejores cuadros del Partido y del Ejército?

STALIN: ¿Crees que el precio de la civilización es mensurable en términos menos brutales? La historia de la humanidad, que es la historia del progreso, se ha edificado sobre montañas de cadáveres. Era prioritario industrializar el país a un ritmo infernal si queríamos sobrevivir a la guerra inevitable, y ello solo podía hacerse a expensas del pueblo. El proletariado aceptó el sacrificio con entusiasmo y comprendió que té, galleta seca, patatas y berzas siempre han sido una comida suficiente. El campesino resistió, y tuve que elevar la violencia masiva al rango de la política. Pero solo se perdieron unos millones de kulaks, una parte insignificante del campesinado. En cuanto a los cuadros, ¿qué hubiera sido de nosotros frente a los alemanes si hubiéramos perdido el tiempo en discusiones bizantinas? Sin industrialización, no hubiéramos ganado la guerra, y el país se habría hundido irremediablemente. Ese fue el caballo de batalla de mis discusiones con Trotski y con Bujarin.

GORBACHOV: ¿Discusiones? ¿Llama discusiones al exterminio despiadado de sus adversarios?

STALIN: Las discusiones deben ser seguidas de sanciones; es la lógica comunista, entra en el espíritu de Lenin. En el arsenal de nuestro partido nunca se han considerado excluidas las represalias. Gracias a ellas, nadie discutió mi poder, sin el que nada puede hacerse políticamente serio. El poder absoluto me permitió realizar un trabajo inmenso con una determinación inflexible. Convertí el Partido en una fortaleza inexpugnable, y el país, en una gran potencia; amplié las fronteras del Estado y reafirmé la tradición nacional en una sociedad revolucionaria. La alfabetización universal, la educación a todos los niveles, la seguridad material son otros tantos en mi haber.

Pero lo irrepetible es aquel tiempo heroico, radiante, alegre, de fe y de entusiasmo por transformar e industrializar el país a una velocidad sin precedentes.

GORBACHOV: Millones y millones de esclavos, movilizados a punta de pistola, hicieron esa proeza gigantesca.

STALIN: Tú sabes que no es cierto. Ninguna otra nación ha sido tan creadora, ni ha derrochado tantas energías, hombres, ideas y sueños como la Rusia de mi tiempo. Nunca fuiste un guía porque siempre has ido detrás de los acontecimientos; y solo has entusiasmado a nuestros enemigos, que nunca pudieron soñar con tener como rival a un insensato. ¿Cómo vas a aceptar que un déspota ilustrado, con una crueldad piadosa y precavida, haya sido capaz de motivar y movilizar a todo un pueblo? Nunca he creído ni en el destino ni en la fortuna, solo he creído en el poder de la voluntad humana. Pero mi voluntad, que el propio Trotski calificó de prodigiosa, hizo milagros. El «país adolescente», del que hablaba Maiakovski, contagiado por la magia del propio proceso, vibraba impulsado por la fe colectiva en el valor, la capacidad y el destino del pueblo ruso. Eso es lo que nos hizo moralmente grandes. Llegó la guerra, y las energías espirituales del país fueron movilizadas sin esfuerzo alguno. ¿Qué queda ahora de aquel espíritu y de aquel orgullo que nos hacían guías del universo?, ¿qué, de nuestro patriotismo?

GORBACHOV: Me repugna que un monstruo despiadado hable de fe, de espíritu y de patriotismo. Pero esas virtudes no se perdieron en mi tiempo, sino en la época de Brézhnev. En el país no había entonces ni orden ni legalidad, y la corrupción, el nepotismo y los abusos de poder se convirtieron en normas de vida que llevaron a la degradación moral a millones de personas.

STALIN: La elección de Brézhnev, es cierto, fue el principio del fin. Él representa la corrupción, la apatía filistea. Tú, el idealismo, la ingenuidad culpable. ¿Qué es peor políticamente? Me han atribuido infinidad de errores, pero solo he cometido dos imperdonables. Uno, desterrar a Trotski sin evaluar correctamente el arma temible que iba a ser contra nosotros su pluma envenenada. Otro, no seguir el antiguo adagio: «Gran prudencia será la de un príncipe viejo que no dejase en duda la sucesión». Cuando el jefe supremo desaparece y uno de sus barones serviles toma el primer puesto, el resultado suele ser desastroso. Pude destruir a Trotski y lo hice. Pude destruir a mis antiguos camaradas para dar paso a un hombre nuevo y no lo hice. Voznesenski, Kuznetsov, Rodiónov tenían poco más de cuarenta años cuando, al final de mi vida, dejé que Malenkov y Beria eliminasen a esos rivales más jóvenes con el viejo pretexto de la conspiración contra mí y de crimen contra el Estado.

GORBACHOV: El sistema estaba podrido desde entonces. Los falsos traidores eran fusilados y los verdaderos han permanecido siempre agazapados. Mire al infame de Kravchuck.* ¿Cómo pudimos nombrarle responsable de ideología en Ucrania?

STALIN: Tú también has sido traidor a tu ideología y a tu partido, cosa honorable y digna de alabanza si hubieses conservado y reforzado el Estado. Pero tu perestroika no ha sido una revolución ni una reforma, sino una conspiración contra el Estado y contra el pueblo. Lo que cuentan son los resultados, no las intenciones. Eres el peor tipo de traidor, el traidor equivocado. ¿Adónde han conducido tus ideas sobre la liberación de los pueblos y del hombre? A la crisis económica y social, a los conflictos interétnicos, a la destrucción del

* Primer presidente de la Ucrania independiente, un hombre corrupto que sigue envuelto en problemas judiciales.

Estado. El país que tú recibiste, con todas sus deficiencias, era incomparablemente mejor que el que dejaste. Por eso serás maldito sobre la tierra rusa por los siglos de los siglos.

GORBACHOV: Era un hombre lleno de energía y de confianza en mí mismo. Ahora soy un viejo colmado de tristeza. Trotski decía, poco antes de morir, que la venganza de la historia es terrible y que era consolador pensar que las estatuas de Stalin serían aplastadas y su nombre borrado de todas partes. La caída de Yeltsin, que está próxima, no será para mí ningún consuelo.

STALIN: Que Dios te ayude a soportar tu amargura. Pero no estés tan seguro de esa caída, desconfía de tus sentimientos. «Si el pueblo deja de temer tu poder, es que un gran poder se aproxima», decía Lao Tsé. Yeltsin ha demostrado su voluntad y su audacia para transformar en poder efectivo los medios limitados que tenía. Además, es un líder elegido por el pueblo y que no acepta estar sometido a contención, por lo que su esfera de poder tiende a ser ilimitada. Si quiere sobrevivir y conservar lo que queda del Estado, tendrá que implantar la tiranía, aunque ya no podrá extirpar, por culpa tuya, la hidra del nacionalismo, como yo hice incluso en Georgia, mi propia tierra. Yeltsin es el mensajero de la tempestad, porque «es imposible que un príncipe nuevo evite ser motejado de cruel». La felicidad que siente al verte postrado y a su discreción me produce una cierta nostalgia. Más vale que tengas en cuenta su mensaje: te repite en toda ocasión lo que se decía de Luis XVI poco antes de ser ajusticiado: «El rey de Francia es un simple pensionista de Francia».

GORBACHOV: No pienso huir de mi país y voy a seguir defendiendo mis ideas.

STALIN: Siempre es el acto final el que constituye la esencia de la tragedia, y yo detesto los finales ridículos. La escena de tu dimisión, tu rostro patético y, junto a ti, la bandera bolchevique que estaba siendo arriada para siempre mientras tú decías que cesabas por cuestiones de principio, fue una cataplasma aplicada a un cadáver. El poeta Yevtushenko imaginaba que yo tenía un teléfono en mi ataúd. Si así fuera, habría dado la orden a Yeltsin para que hiciera contigo lo que tú no supiste hacer con él: arrojarte al Moscova cosido a un saco de cuero. Ese sería el final adecuado para un emancipador iluso que trajo la tiranía. El pueblo sufre ya, tras el señuelo de la democracia, un régimen mucho más terrible que el que tú destruiste. ¿Fui yo un emancipador o fui un tirano? El patíbulo ha sido muchas veces, también en mi tiempo, el árbol de la libertad. Piensa, ya que no has leído, y quizá comprendas por qué mi sombra tutelar pervivirá para siempre en la memoria de Rusia.

Esta edición de *Stalin el Grande*,
de Anselmo Santos,
se terminó de imprimir en Liberdúplex,
el 23 de diciembre de 2012